

A woman wearing a vibrant floral dress is walking away from the camera on a dirt path through a field of large, green, leafy plants. The scene is bathed in a warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise. The background is softly blurred, showing more of the field and some distant structures.

«Una novela fascinante. Una historia conmovedora sobre la familia, el amor y la soledad.»
Amos Oz

ESHKOL NEVO
Los destinos invisibles

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



Los destinos invisibles

Eshkol Nevo



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Índice

Inbar y Dori. Misiles
Dori. Un mes antes
Inbar. Un mes antes
Inbar, Dori y Alfredo
Neuland
Altneuland
Inbar y Dori. Epílogo y prólogo
Agradecimientos
Créditos

A mi abuela, Praja Frishberg (1916-2010).
Si no hubiese venido de allá, yo no estaría aquí.

Inbar y Dori. Misiles

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: Preocupada por ti

Conseguí tu dirección de correo electrónico por medio de la web de tu instituto. Ya sé que acordamos que no mantendríamos correspondencia, pero supe que te iban a movilizar para la reserva militar. Entonces mi corazón cesó de latir. Solo quiero saber si todo te va bien.

Luego, prometo no molestarte más.

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: Re: Preocupada por ti

Hola,

estoy bien. Siento estropear la imagen de héroe, pero finalmente no me han movilizado. Me reincorporé a la unidad al día siguiente de mi llegada. Me tuvieron de plantón un día entero esperando al oficial de enlace que tenía que decidir qué haría conmigo. Nada ha cambiado en la cantina militar. Incluso sigue estropeada la máquina de bebidas. Al anochecer me mandaron para casa y me dijeron que estuviera alerta por si acaso. Están cubiertos todos los puestos de vigía, pero podría ser que tuvieran que mandarme al norte.

¿Qué tal va tu abuela? ¿Ha vuelto en sí?

Esto es un auténtico manicomio. Mis suegros han venido huyendo del kibutz desde que un misil cayó en pleno comedor y, desde el instante en que llegaron, esto parece Neuland: asambleas, órdenes del día, instrucciones. También viene a menudo mi hermana con sus hijos porque le da miedo dormir sola. Hay colchones por los rincones, como los que había en casa de mis tíos en Arad durante el festival. Ayer por la noche, al ir al baño, tropecé con alguien y hasta ahora no tengo ni idea de quién era. A lo mejor un extraño que aprovechó la confusión para dormir en nuestra casa. O quizás sea yo el extraño en mi propia casa.

Escríbeme. Aunque no estoy seguro de que sea una buena idea mantener

correspondencia.

Dori

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: Re:Re: Preocupada por ti

Hola,

¿oíste mi suspiro de alivio? ¿Ha conseguido llegar hasta Jerusalén saltando sobre Castel?

¡Es estupendo que hayas respondido! Y qué bien que no estés allí, en el frente. Quiero decir, estoy segura de que eres el mejor vigía del ejército; sin embargo, desde mi punto de vista impaciente y mezquino, espero que no te necesiten.

¡También mi casa es un manicomio!

Respondiendo a tu pregunta, mi abuela pasa de unos instantes de gran lucidez a otros de absoluta confusión. En los dos estados no cesa de discutir con mi madre. Más o menos así: No me lo digas/Ya te lo digo yo/Hace calor, conecto el aire acondicionado/El aire acondicionado no es sano, Hanna/Pues sí lo es/¿Tan sano como vivir en Alemania?/Mi compañero es alemán, qué se le va a hacer/¿Qué hizo durante el Holocausto?/Ya te lo dije, mamá, era un niño/¿Qué hizo su padre, entonces?

Y si con eso no bastara, de repente aterrizó mi padre. Tenían ya los billetes encargados y no se podían cambiar y, visto desde Australia, «Esto no es una guerra verdadera, solo una operación que va a durar algunos días.» Así que aterrizaron él y su nueva mujer con mi medio hermano; han tomado una habitación de hotel y vienen a visitarnos a horas convenidas para que mi madre se pueda ausentar antes de que lleguen. ¿Lo entiendes? Y a alguien como yo, le han encargado preparar un programa de radio sobre los problemas familiares.

Y eso no es todo. Ayer en la noche todos, frente al televisor, intentamos calcular dónde se encontraría «*ba'ada Haifa*» y «*ba'ada, ba'ada Haifa*» (en los alrededores, en los alrededores de Haifa) y Eytan me preguntó si no me importaría que si los misiles llegaran a Yokneam, albergáramos a su familia; entonces le contesté que daba igual cinco más o cinco menos.

¿Recuerdas que hace solamente unos días estábamos en Neuland, Dori?

«Ahora me parece tan lejano», es lo que dice la gente, ¿verdad? Pero no es cierto. Por lo menos en lo que se refiere a mí. A veces aún me dirijo a las personas en español, la imagen del paisaje todavía perdura en mi cabeza, el ritmo del viaje, en mi cuerpo. Y tú, para serte sincera, todavía fluyes por mis venas.

¿Volverás a escribirme?

Tuya,

Señorita Inbar

PD

Lo de mi abuela me entristece. Es muy duro verla en ese estado. Siempre fue mi ánora de salvación.

PD2

Esta guerra tiene algo de sinsentido. ¿No lo crees así? ¿Pudiera ser que el señor Neuland después de todo llevara razón?

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: Re:Re:Re: Preocupada por ti

Señorita Inbar,

estos correos me recuerdan el final de mi servicio militar, cuando nos llevaron de visita al departamento de investigación del Cuerpo de Inteligencia. Entonces ya existían los ordenadores, pero todavía no eran totalmente seguros, así que las informaciones confidenciales las mandaban en cajas a las secciones principales por medio de una red de tubos aéreos. A esas informaciones las llamaban «misiles», un mecanismo al vacío las propulsaba en forma de rollo hasta la caja privada de quien estaba autorizado a leerlos. ¡Has recibido un misil!, anunciaba el adjunto al jefe de sección.

Así es como me siento cuando veo tu nombre en la bandeja de entrada. Espero que guardes mis correos en un archivo privado. Solo con pulsar la tecla de reenvío, estoy muerto.

Debo decirte que, por mi parte, nuestro viaje sí me parece lejano. Hay algo en los hijos que no te dejan otra opción más que simplemente existir. En lo que respecta a mi hijo todavía es más evidente (de hecho nunca habíamos

hablado de él, ¿verdad?), me ha puesto a prueba desde mi regreso. Los dos primeros días no se dejaba abrazar. Luego, permitió que lo abrazara, pero no me devolvía el abrazo. Por las noches realmente era una pesadilla. El pequeño Edipo se había acostumbrado a dormir con su madre y no le gustó nada que ocupara su lugar. Así que hacia las tres de la madrugada se levanta de la cama, viene a la nuestra y empieza a echarme a puntapiés. Y a este niño, no tengo otro modo de expresarlo, lo amo con locura. Siempre hemos tenido una relación estrecha. Es un niño extraordinario (objetivamente...). Listo, sensible, guapo. Pero antes de mi viaje tuvo muchos problemas. Cuando lo dejaba en la guardería, las despedidas eran insostenibles. Sus compañeros no querían venir a casa. No conseguíamos comprender el porqué. Había otros detalles que nos dejaban perplejos. Como lo de que la casa olía mal y, a pesar de todo lo que hicimos para ventilarla, él seguía berreando por eso. Siempre lloraba antes de mi partida. Y resultó que precisamente mi viaje ha conseguido lo que la terapia familiar de un año no había logrado: el niño ha dejado de llorar y va feliz por la vida, como si yo o quizá nuestra relación hubiera sido el problema real durante todo el tiempo.

Espero que no te moleste si te hablo de ello. Sencillamente, me parece extraño escribirte sobre algo distinto cuando eso es lo que me preocupa realmente.

Para que comprendas hasta qué punto estamos conectados él y yo, ayer estaba bañándolo y de pronto alzó los ojos, azules como los de mi padre, y dijo:

Papá, ¿quién es Inbar?

Te lo juro, es lo que dijo.

No sé, le dije, ¿puede ser una niña de la guardería?

No, respondió seguro. No hay ninguna Inbar en la guardería. A continuación me pidió que le llevara los colores para pintar en la bañera y se olvidó de la historia.

Pero yo no. Nunca antes me pasó algo como contigo, Inbar. Y no tengo ni idea de cómo asimilarlo. Quizás no haya modo de asimilar algo así y el camino no emprendido deba quedar fuera de la realidad. Lo que significa que debemos dejar de escribirnos. Ya mismo. De hecho, ni siquiera debería mandar este correo.

Dori

PD

Es triste de verdad constatar el declive de una persona amada. Tengo el mismo recuerdo de mi madre. Al final ya deseaba que muriese.

PD

La última, ya.

Esta guerra parece cada día más extraña. No sé si el señor Neuland está en lo cierto, pero he sacado en limpio una buena lección de mi visita allá. Ayer llamé a alguien que enseña música en mi instituto y le pregunté si estaría dispuesto a darme clases prácticas de trompeta y quedamos para la semana próxima. Estupendo, ¿verdad?

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: Cuando realmente se quiere cortar una correspondencia, no se termina con un signo de interrogación

Estoy contenta de comentarte que nosotros tenemos también los colchones en danza. Un misil Grad cayó a cincuenta metros de la casa de la familia Eytan, en Yokneam, y también ellos se han refugiado aquí. Mi padre y Eytan han sacado del patio todos los trastos que había allí acumulados, lo han limpiado y cerrado con lona y han puesto luz y un ventilador, así que, ahora, disponemos de cuatro habitaciones.

Incluso el olor de la casa ha cambiado estos últimos días. Cada casa tiene su fragancia particular y la nuestra poseía un olor que iba desde el *after shave* de Eytan, que pasaba por mi champú, por el suavizante preferido de los dos y por el aroma algo rancio que desprende la vieja alfombra del salón.

Ahora hay toda clase de olores nuevos: el efluvio a vejez de mi abuela. La fragancia de un perfume alemán que al parecer mi madre ha comenzado a utilizar. El olor a chocolate que deja Reuven tras él. El de perplejidad que acompaña a mi padre. Y el más intenso de todos: el olor a sudor de los hermanos adolescentes de Eytan. O para ser más precisa: el olor a desodorante barato que se aplican en las axilas después de transpirar.

No te equivoques. Me encanta la familia de Eytan. Aunque se me hace extraño vivir con ellos sabiendo que voy a separarme de él muy pronto.

En mi fuero interno, bajo un caparazón de autoconvicción, hace tiempo

que sé que debo hacerlo. Dos encuentros me han ayudado a admitirlo.

El primero, contigo. El segundo con Reuven. Mi hermano. Es muy cierto lo que me escribiste, que los niños nos obligan simplemente a existir. Desde el instante en que franquea la puerta de la casa, le pertenezco por completo. Durante las horas que está conmigo no pienso en otra cosa que en hacerlo feliz (¡incluso ni pienso en ti!). Jugamos a todo lo que me pide: lego, escondite, corre-que-te-atrapo. También le enseñé ¡un, dos, tres, escondite inglés!, y cada vez que lo pronuncia con su acento australiano «ashcondithe inglèsh», me muero de la risa. Me encanta estar con él. Y a él conmigo. Gracias a Reuven he comprendido mi error: no es que no quiera tener hijos, no los quiero tener con Eytan.

Entonces, ¿por qué no lo dejas? Escucho cómo tu voz profunda lo pregunta a través de los montes de Judea.

Porque, a pesar de todo, Míster Dori, hace falta valor para dejar a alguien que te ama tanto.

Ahora estoy consiguiéndolo, el valor. Un día tras otro. Una hora tras otra.

También espero un poco a que termine la guerra y sea posible en esta casa entablar un diálogo normal sobre la separación.

Tuya,

Inbar

PD

¡Es estupendo que vuelvas a tocar! Tocabas maravillosamente en Neuland. Como si los tambores fuesen la continuación de tu cuerpo. Y estoy segura de que serías también una estrella con la trompeta. Y que aparecerás junto a David Broza en los refugios, en la próxima guerra, y podré contar que estaba allí cuando todo comenzó. De todos modos, cuéntame cómo ha ido el curso. Por cierto, también yo he empezado finalmente a escribir. Aún no mi gran novela, sino un relato corto que trata de una joven judía de Buenos Aires que se enamora del hijo de un nazi refugiado en Argentina (en estos últimos tiempos me ocupan los amores imposibles, no sé por qué...).

PD2

No te preocupes por el reenvío. No quiero que mueras.

PD3

No te preocupes tampoco por tu hijo. Cuando descubrí que mi padre tenía una nueva familia me enfurecí. Pero es imposible estar enfurecido con una persona a la que te unen vínculos tan fuertes. La prueba es que ahora está aquí y no siento rechazo hacia él. Bueno, casi no.

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: Una idea

Hola,

sé que debería esperar a que me respondieras. Pero de repente pensé en lanzarte una nota por encima del muro que diga así: ¿Y si nos vemos?

Sé que es arriesgado. Primero, don Ángel ha dictaminado que soy audaz por naturaleza. Segundo, estoy harta de escribir correos hipócritas que enmascaran mi deseo de verte. Y en tercer lugar, el lunes de la próxima semana estaré en Jerusalén.

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: RE: Una idea

No me lo parece, Inbar. Es decir, es tentador. Muy tentador. Echo mucho de menos nuestras conversaciones. Cuando escucho en las noticias eso de «el pueblo de dura cerviz», me acuerdo de tu mano acariciándome la nuca camino de Neuland. Pero no puedo verme contigo. No ahora. Y probablemente más adelante tampoco. Esta correspondencia también me complica la vida. No soy de ese tipo de persona, lo sabes. Nunca supe mentir. Estoy contento por ti (de verdad) por la decisión que has tomado. Pero para mí las cosas son más complicadas. No me parece bien mezclarte en ellas; pongamos que también yo me hago preguntas sobre lo que ocurrió con mi padre y del encuentro... contigo. Solo que en mi caso se trata de un trío y ¿qué dijo don Ángel? La geometría de un triángulo es algo complejo.

Mi abuelo me dijo una vez: me contento con que no cometas los mismos errores que yo, pasar la vida entera pensando en otra mujer. Creo que rehúso tu invitación; no obstante, también así, sin vernos, pienso bastante en ti. Por favor, trata de comprenderme.

Dori

PD

Aquí las noches pueden ser frías, si vas a venir a Jerusalén, toma una *chaquetita*.

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: ¿Fima?

Mi abuela tuvo un enamorado llamado Fima. Lo conoció en un barco rumbo a Israel y no tengo ni idea de si ocurrió algo entre ellos, aunque desde entonces ella soñaba siempre con él y por la mañana le contaba sus sueños a mi abuelo. Yo, en el lugar del abuelo, hubiese tenido celos –una parte de los sueños era realmente explícita–, pero él solo la escuchaba mientras le acariciaba la mano con paciencia.

Cuando él murió, yo ocupé su puesto. La llamaba desde el trabajo y nos contábamos, la una a la otra, nuestros sueños nocturnos. Incluso los más embarazosos.

Su estado ha empeorado últimamente. Si antes los momentos de lucidez y los de confusión estaban en cincuenta-cincuenta, ahora están en veinte-ochenta. No consigue recordar cómo se llama Eytan, por ejemplo. Lo llama con todos los nombres de mis antiguos amigos, excepto por el suyo. Él no se ofende, no es de esos. Aunque cuando llama a mi madre con el nombre de alguna de sus amigas, ella sí se ofende. Sigue cuidándola, pero cada vez que se equivoca con su nombre, le sale otra cana.

A mí siempre me reconoce. Siempre. Me llama *Tsipke Feuer*. Pájaro de fuego. A veces, también, Inbarita.

Cada mañana se sienta frente a la ventana en una silla que ha traído de su casa; entonces me pide que le coloque el ventilador en frente del rostro, en el punto tres, y que le prepare un té normal marca Wissotsky, no uno de esos nuevos con nombres ridículos. Cuando le llevo la taza con las hojas, la agarra, bebe a pequeños sorbos y me pide que salga de la habitación porque tiene necesidad de hacer algo. Ayer no pude contenerme y le pregunté qué hace cuando se queda sola. Se calló un instante, tomó un sorbo y dijo: «¿Qué puede hacer una mujer de mi edad? Recordar».

Finalmente no fui a Jerusalén. En realidad no tenía una cita. Soy la hija de Yosi Benvenisti, sabes. Miento siempre a todo el mundo y a mí misma. Contigo lo he intentado lo menos posible, pero el escorpión termina por clavar su aguijón.

Tuya, sinceramente, *señorita* Inbar

PD

La casa de mi abuela fue alcanzada ayer por un impacto. O sea, no tiene casa a la que regresar. También al otro lado de la frontera hay miles de personas sin casa. Y lo más absurdo es que toda esta guerra se repite. ¿Crees que desde ahora todas las guerras volverán a repetirse en sentido contrario? ¿Entiendes por qué tiene tanta fuerza lo que el señor Neuland trata de hacer? Es verdad que por medios radicales, pero quizás solo los medios radicales puedan funcionar cuando todo está bloqueado.

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: *Tsipke feuer*

Es muy apropiado este apodo para ti

Ayer –me pediste que te lo contara, ¿verdad?– fue mi primer día de clase de música. Pero antes que nada, deja que te lo diga, no solo tú tienes jaleo, yo también. La casa de mi profesor se ha convertido en una perrera. Hay un Golden Retriever de Kiryat Shmone. Un Teckel de Acco y un mestizo de Gush Jalav. Fueron abandonados por sus amos, que huyeron al centro del país, y él fue allí, los recogió y se los trajo a casa. Cuando entré, todos los perros abandonados me saltaron encima y no conseguí imaginarme cómo podríamos hacer la clase así. Entonces, él me llevó a la sala acústica, que tiene el techo forrado de cartones de huevos, cerró la puerta y me dijo: Toca. ¿Qué toco?, pregunté. Lo que quieras, dijo él. Limpié el polvo de la trompeta del abuelo Fima y toqué un fragmento que una vez me había enseñado. No tengo ni idea de cómo se llama este fragmento. Algo judío, melancólico. Mientras tocaba, me acordé del abuelo, de cómo estaba conmigo horas y horas, pacientemente. Me llevaba a sus actuaciones, a las que esperaba que acudiera mucha gente, y siempre iba muy poca. Pero no importa, solía decir,

porque aparte del amor, la música es la única cosa que hace la vida soportable.

Me acordaba de eso mientras tocaba. Cuando terminé, el profesor dijo: OK, cometes siete errores por minuto, pero tienes alma de músico. Empecemos a trabajar. Mientras trabajábamos pensé: cuánto tiempo hace que no estoy en el lugar del que aprende, del que recibe, de hecho desde la universidad, y qué bonito sería que mi abuelo y mi madre, quienes siempre opinaron que era una lástima que no tocara, me vieran ahora desde lo alto.

Dori

PD

Mi hermana empieza a decir que ella también quiere ir a Neuland cuando la guerra termine. No sé qué decirle.

PD2

¿Cómo se llama tu abuela?

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: Muy tarde (espero que no demasiado tarde).

Sé que te toca a ti, ahora, pero no consigo dormirme. He dado vueltas en la cama durante dos horas y al final he vuelto al ordenador. De repente, con un retraso de dos semanas (soy lento, lo sé), se me agolpan las imágenes del viaje en la cabeza. Voces, sonidos, personas. Por ejemplo –creo que no te lo conté–, Alfredo y yo nos detuvimos en una especie de tiendecita camino del mercado de Otavalo para resguardarnos de la lluvia. Fue antes de encontrarnos contigo. En resumen, cuando el dueño de la tienda se enteró de que yo venía de Jerusalén, insistió en darme una nota para que la colocara, de su parte, en el muro. Lo había olvidado completamente, pero ayer me puse los pantalones que llevaba aquel día y la encontré. En el bolsillo. Que sepas que desde entonces los pantalones se han lavado por lo menos una vez, pero el papel, de alguna forma, no se ha estropeado ni borrado. Siento que debo llevarlo al muro porque, si no, algo me va a suceder. Y... pensé en proponerte que me acompañaras.

No ahora, por supuesto. Después de la guerra. Cuando nuestras casas se

vacíen de huéspedes, y el cielo de aviones de guerra.

¿Qué me dices? Sé que es justamente todo lo contrario de lo que te dije anteriormente. Y lo último que deseo es volverte loca, pero todo el día estoy conversando contigo en mi cabeza, Inbar, y estos correos cada vez están menos conectados con la realidad, y crean un mundo aparte, utópico, y quizás si dejamos de escribirnos y nos vemos de verdad –una sola vez, no más– nos ayudará a librarnos uno del otro de verdad. Y, finalmente, terminar nuestro viaje.

Si no aceptas, lo entenderé. Pero de todos modos...

Tuyo, Dori

Dori. Un mes antes

Suerte que es de noche, piensa en el umbral de la habitación de Neta. Si el vuelo fuera diurno se vería obligado a arrancarlo a la fuerza de su cintura. Ya había ocurrido varias veces, tuvo que quedarse en casa porque no podía soportar su llanto. En otras ocasiones, cuando se iba, el niño se subía a la silla alta de plástico, abría la ventana que daba a la calle y para que todo el mundo lo oyera, chillaba, no te vayas, papá, no te vayas, como si su padre abandonara la casa para siempre y no solo para ir a jugar básquet.

Durante los días en que preparaba el viaje, Dori deseaba fervientemente no tener que viajar. Que en el último instante su hermana Tseela se recuperaría, y también su ex marido Aviram, y que dejarían de lado por unas semanas la rabia y los insultos acumulados durante su fea ruptura; de ese modo su hermana podría viajar sola, ya que, después de todo, ella siempre había sido la niña de papá, y él el niño de mamá, en esa sobreentendida división que se da en las familias, y ella también era la que estaba en contacto con su padre desde que se fue de viaje.

Aunque eso no ha ocurrido. Su maleta espera junto a la puerta. El taxista acaba de llamar para decir que vendrá a recogerlo un poco antes, porque hay un embotellamiento en el acceso al aeropuerto.

Entra al cuarto. En el suelo, los pequeños zapatos de Neta, una pieza perdida de lego de color rojo y *Bob, el hombre en la Luna*, que le había leído antes de acostarse. Cuando terminaron, cerraron el libro y él se acostó a su lado, su largo cuerpo junto al cuerpo minúsculo. Recuerdas que mañana me voy de viaje, dijo. ¿Estarás en mi cumpleaños?, preguntó Neta. Lo intentaré, respondió. ¡Prométeme que estarás!, le exigió Neta. Te prometo que lo intentaré. Iba con cuidado aunque, en su fuero interno, creía que Tseela se preocupaba demasiado, su viaje no le llevaría demasiado tiempo. ¡Uf, pa-pá!, dijo Neta, y Dori se puso tenso por el estallido que le aguardaba, las piernas pateando la manta, los pequeños puños golpeando la almohada, los ojos atisbando entre los intersticios de los dedos...

Sin embargo, Neta, por lo visto, estaba más cansado que enojado, gracias a Dios, así que cerró los ojos. Dori le acarició el cuero cabelludo, a través del

fino pelo, con movimientos concéntricos, lentamente. Hasta que la respiración del niño alcanzó el sueño.

Lo observa de nuevo. Qué guapo es este niño y cómo engaña su postura mientras duerme. De espaldas. Con los brazos abiertos. Con generosidad. Realmente se puede llegar a creer que es un niño feliz.

Se inclina sobre él y lo besa en la frente, un beso suave para no despertarlo. Otro en la mejilla. Y uno más en la otra mejilla.

No le apetece salir de viaje. No le apetece. Quiere enterrar la nariz una y otra vez en su olor, olor a champú suave y a pijama con el que ha dormido varias noches y del que se desprende aún el olor a suavizante y a leche caliente con una cucharadita de azúcar moreno que bebe antes de acostarse, más una pizca del perfume de Roni, que se le ha pegado al darle el beso de buenas noches.

De pronto llama de nuevo el taxista. Está ya en el parking del edificio de la calle. Mientras, ha averiguado la causa del embotellamiento en el acceso al aeropuerto. Parece que hay una alerta de atentado y detienen a todos los vehículos para inspeccionarlos minuciosamente. Así que hay que darse prisa. Un minuto, promete Dori.

Sale de la habitación de Neta en penumbras, a la luz, y saca del bolsillo la lista que Roni le ha preparado con su letra impecable. Ha subrayado todos los elementos de la lista, para comprobar que ya están en la maleta o en la bolsa que va a embarcar, pero así y todo tiene la sensación de que olvida algo. Comprueba lo habitual: pasaporte, billete, carnet de vacunación, gafas de sol, libro de historia, fotos de su padre. Luego se acerca al dormitorio donde encuentra a Roni atrincherada en su cobertor. Solo asoma un rizo. Las primeras veces que se acostaron juntos en la casa de Nahlaot tenía miedo de que se ahogase por falta de aire, y cuando estaba dormida, retiraba el cobertor de su rostro. Con el tiempo se ha acostumbrado. Resigue con los dedos el camino de un mechón de pelo hasta llegar a la cabeza, entonces Roni se vuelve hacia él, abre los brazos y lo atrae hacia sí en el abrazo prometido. A lo largo de la última semana, se ha comportado con él como si deseara que hubiera partido ya. Al anochecer, ella se encerraba en el estudio alegando que «¡Todos esos correos solo representan más y más trabajo!». Y, una vez, cuando intentó tocarla después de leer y de apagar la luz, su cuerpo se tensó y se retrajo. Ten mucho cuidado allá, le dice ahora. Todavía tiene los ojos cerrados y él se pregunta si todos sus movimientos se deben a la somnolencia

o son fingidos, evita mirarla a los ojos, como ha hecho durante esta última semana. Quizás también durante el último año.

Cuida de Neta, le dice mientras la arroja con la manta y piensa, realmente me voy de viaje. Esto ocurre de verdad. A continuación se saca del dedo la alianza y la deja en el tocador, ya que al lugar adonde va no se anda luciendo oro, vuelve al salón y apaga todas las luces, excepto las del baño, pues Neta chilla si no la dejan encendida, aspira por última vez el aire de la casa y de nuevo piensa, me olvido algo, me olvido algo, me olvido algo, mierda, cierra la puerta con dos vueltas de llave, deja la llave en el armario de los contadores junto a la cucaracha muerta que yace así de espaldas desde hace ya meses sin que a nadie le importe.

El aire nocturno impregna sus fosas nasales, y pronto lo sustituye por el humo del cigarrillo del taxista que se ofrece a llevarle la maleta y colocarla en el maletero. El taxista debe de tener la misma edad que su padre, así que la coloca él mismo, a continuación toma asiento en la parte trasera del coche y deja la maleta de mano junto a él.

¿Podemos ponernos en marcha ya?, pregunta el taxista.

Sí, masculla Dori. Corto. Seco. Directo.

¿Negocios o placer?, sigue indagando el taxista.

Ni una cosa ni la otra, responde Dori.

* * *

Lo recuerda al ver el logo de la compañía del móvil, ¡su móvil! Mierda. Eso es lo que ha olvidado. Suerte que aquí hay una sucursal, piensa. Pero cuando se acerca, ve un cartel en la puerta de la tienda... «Próximamente abriremos una agencia a su servicio.» Próximamente no sirve. ¿Cómo podrá comunicarse con Tseela? ¿Cómo podrá decirle a Roni que ha llegado bien? Mira el reloj. Dentro de cincuenta minutos es el embarque. No le da tiempo de regresar a casa. Por otra parte, ya ha dejado atrás el punto de control de pasaportes.

Se cruza con una chica joven con el móvil pegado a la oreja. De pronto se apodera de él un impulso criminal, del tipo de los que le asaltan últimamente a menudo, tropezar con esa chica como por casualidad y hacerse con el aparato. Respira profundamente, deja pasar el impulso y se acerca al café de la terminal. Mientras espera su turno se le acercan dos muchachos y una

chica y le preguntan si les haría una foto. Para qué os hace falta una foto, se pregunta, todavía no habéis hecho nada, pero les dice que sí, espera a que terminen de posar –brazos desplegados a los lados como un avión– centra la cruz del foco en el nacimiento del escote de la chica, le da al disparador, devuelve la cámara y pregunta a dónde van. A Quito, dice uno de los chicos, con escala en Barcelona, los observa de nuevo y se pregunta sobre esa panda, dos chicos y una chica que seguro que termina en llanto, y les dice, yo también. Le preguntan cuánto tiempo va a estar en Sudamérica y dice que no sabe, no tiene billete de vuelta, de momento, y la chica le sonrío dejando al descubierto un diente roto, y le dice al chico que está más alejado de ella, lo ves Tobi, te lo dije, así hay que viajar y él responde, pero si compramos el billete de vuelta por ti, eres increíble, y el otro chico, el más cercano, aclara, Noya empieza un master de relaciones internacionales.

Dori asiente con la cabeza, no consigue aún descifrar las relaciones de ese terceto y por un momento piensa en un mundo en el que todos vivieran en trío, cuántos problemas se solucionarían y cuántos problemas nuevos se crearían, piensa que en realidad él también vive en un trío con Neta y Roni. Si necesitas algo, Noya le toca el brazo e interrumpe sus pensamientos, solo tienes que decirlo. Estamos conectados on line para todo. Hoteles, senderismo, precios.

Gracias, nos veremos en el vuelo, dice en un tono mucho más frío de lo que hubiera querido y ellos retroceden como si los hubiese empujado y se van a lo suyo.

Últimamente, y no está orgulloso de ello, le ocurre a menudo: su tono no se ajusta a la ocasión ni a sus sentimientos. Como si hubiera olvidado cómo comportarse entre las personas que no son alumnos suyos. Como si hubiera perdido la capacidad de entablar una sencilla y cordial conversación, intentar encontrar un denominador común, aproximarse a la gente.

Desde su mesa sigue observando al trío, que no deja de entrar y salir de las tiendas libres de impuestos sin comprar nada. Una gran alegría se desprende de sus gestos, de su modo de andar y de detenerse, del modo en que Noya cada pocos segundos balancea su hermosa y negra cabellera de un lado a otro. Se gastan bromas sin cesar, brindan con grandes copas de vino tinto que han comprado y se fotografían de nuevo junto a la fuente.

Sobre la fuente está el tablón de anuncios de los vuelos. Junto al anuncio de su vuelo dice: en tiempo previsto.

Los amigos de Dori –los antiguos amigos, todos ellos se han convertido en examigos al ser padres–, una vez terminado el servicio militar se fueron a viajar por el mundo. Antes aprendieron español. Asistieron a las conferencias de «Trotamundos». Trabajaron en toda clase de empleos para pagarse el billete. Él no viajó. La necesidad más acuciante al licenciarse no fue salir de vacaciones sino encontrar algo que le hiciera bien, que le restituyera la confianza en sí mismo, y su identidad, borrosa luego de tres años de vigilancia en los pueblos de la franja de seguridad del Líbano. En el campus del Monte Scopus conoció a Roni, que había declarado, haciendo gala del dogmatismo que la caracterizaba, que «todos esos viajes no son más que una huida hacia adelante, un intento de retrasar la entrada a la vida real», lo que puso fin a su idea de ser un mochilero, ya que desde que conoció a Roni y sus almas se fundieron en una, no podía estar sin ella un instante sin que se abriera bajo sus pies un abismo de nostalgia. Sus amigos regresaban de sus largos viajes con regalos de pésimo gusto y con reservas inagotables de bromas privadas. Años después recordaban a veces a una drag queen brasileña que habían visto en el carnaval, o un fallido esquí sobre arena en Perú y se retorcían de risa. Él también se reía con ellos. Había escuchado la historia tantas veces ya, que le parecía haber estado allí en persona. Ahora, con nada menos que quince años de retraso, él también iba allí. Lo invaden unos ligeros escalofríos por el placer del viaje y, enseguida, para eliminarlos y recordarse a sí mismo el verdadero objetivo de su presencia en el aeropuerto, aparta el café, saca de la bolsa tres fotos de su padre y las extiende sobre la mesa.

La primera fotografía es de fotomatón, su hermana Tseela la encontró en un cajón con sus documentos. Tiene la mirada asustada. La iluminación no es muy favorecedora. El primer plano, cruel. Y aún así, en una foto de fotomatón, su padre sale guapo. Con unos ojos tiernos. Una nariz contundente. Una frente inteligente. Las mujeres siempre le habían dedicado sonrisas. De pequeño, Dori no comprendía por qué, pero al crecer, cuando veía que las niñas de su clase murmuraban y rodeaban a sus padres, comenzó a entender que su padre era un hombre apuesto. Esperaba heredar algo de eso. De una forma u otra. Si no de inmediato, en el futuro.

La segunda foto había sido recortada de una foto del álbum de boda de Tseela. En la original aparece Tseela con el pelo lleno de tirabuzones, junto a ella Aviram, el que fue su marido y, a ambos lados, papá y mamá

resplandecientes como dos lunas, con una mano abrazando al más cercano y en la otra blandiendo una copa: mamá un ponche anaranjado y papá con su soda habitual.

De la foto inicial se había recortado la cabeza de papá. Y un pedacito de cuello. Su pelo, que hasta entonces había conservado islotes sin canas, surge como una cresta gigante que se sale del cuadro. La nuez de Adán le sobresale como a todos los varones de la familia (Dori, ¿te has tragado una cucharilla o estás contento de verme?, le preguntó Roni una vez cuando se le acercó en la cafetería de Rajel).

La tercera foto es muy antigua para que sirva de algo pero, de todas formas, la ha llevado consigo. Es la única —de todos los álbumes— en la que aparecen juntos él y su padre. Tseela, por lo visto, estaba ya en el ejército. Mamá hizo la foto, como de costumbre. Era en el monte Hermón, ellos llevan puestos los esquís y los gorros de lana. Negro, el de papá, blanco, el suyo. Tenían casi la misma estatura. Aunque, claro, él no era consciente de ello, solamente tenía quince años y aun no se daba cuenta de su tamaño.

Hacía frío. Se veía porque usaban abrigos abotonados hasta el cuello. Incluso esta foto le pareció a Dori más fresca al tacto que las otras. Sin embargo, aunque hacía mucho frío, en la foto no estaban apretados, sino simplemente uno junto al otro. Nunca se habían abrazado de verdad. No del todo. Ni aun cuando Dori regresó del Líbano, ni en el funeral de mamá, sus abrazos siempre habían sido comedidos; su padre le palmeaba la espalda con una mano mientras con la otra lo mantenía alejado. Esta vez, Dori se hizo una promesa, cuando lo encuentre, me lanzaré sobre él, lo abrazaré con fuerza y no le quedará otra sino devolverme el abrazo.

En la maleta, bien guardadas, hay decenas de fotos de su padre. Alfredo, su enlace en Quito, es reticente al empleo de fotografías, dice, cree solamente en la información, sin embargo puede traer algunas, por si acaso. Así que, el sábado anterior, él y Tseela bajaron los álbumes de los estantes, los hojearon y sacaron fotos de las fundas de plástico, junto con las notas. Mira, las fotos de la excursión al río Yehudya, cuando mamá se torció el pie y papá la llevó en brazos hasta el coche. Aquí está la visita al parque acuático Luna Park, en la que descubrió por primera vez que su padre no era todopoderoso, que el vértigo le impedía montar en la montaña rusa. Y estas son de la casa de Mevaseret, que papá estuvo construyendo durante diez años y en la que no llegaron a vivir porque finalmente mamá no quiso. Mira, dice Tseela

señalando con un dedo a su padre con un casco de albañil de pie junto a un andamio. Ahí tiene tu edad. ¿Te das cuenta de cómo se te parece? Qué va, Tsel, no se parece a ninguno de nosotros. Quizás un poco a Aviram. ¡Sinvergüenza! Le lanza una mirada furiosa aún sabiendo que tiene razón. El parecido físico entre Aviram y su padre era tan sorprendente que la primera vez que Aviram fue a su casa para cenar, Dori tuvo que sofocar las ganas de reír.

Tseela devolvió el álbum del bar mitzvá al montón. Lo siento, se apresuró a disculparse. No quería hurgar más en la herida. A lo que ella respondió, no es por él... yo, sencillamente... estoy preocupada por papá.

Te recuerdo que es el padre de los dos, Tsel, dice Dori. Ha sobrevivido a la batalla más dura de la guerra de Yom Kipur. ¿Qué es para él Sudamérica?

Quizás por eso estoy preocupada, insiste Tseela. Toda esa historia no va con él.

Mete la mano en el bolsillo trasero para sacar el teléfono y mandar un breve texto optimista a su hermana.

Está vacío. No importa. En la escala en Barcelona encontraré un lugar con Internet y le escribiré. *Hagamos un trato*, redacta el correo en su cabeza, *yo encuentro a papá y tú encuentras un nuevo amor. ¿Por qué? Porque te lo mereces. Es verdad, de pequeños, siempre me quitabas los juguetes y siempre tienes algo que decir de todo, pero para mí eres muy valiente, por dejar a Aviram tan de repente, y eres una madre maravillosa para tus hijos. Lo repito, maravillosa. Así que te mereces lo mejor. Y no te preocupes por papá. Es decir, es normal que te preocupes. Pero te prometo que voy a remover cielo y tierra, como si yo fuera tú.*

Se ruega a los pasajeros del vuelo 256 con destino a Barcelona se dirijan a la puerta de embarque –anuncian los altavoces e interrumpen sus pensamientos. Mete las fotografías en la bolsa. La cierra. Se pone de pie. Y se va.

* * *

¡Vaya auriculares que reparten en los aviones! Trata de nuevo de colocárselos en las orejas para que le molesten menos y le viene a la mente que la película *Before Sunset*, *Antes del atardecer*, la habían puesto en el cine Smadar y que

le había preguntado a Roni: ¿Quieres que vayamos? A lo que ella respondió que no estaba segura de tener fuerzas para esas bobadas románticas. ¿Te acuerdas dónde...? dijo él intentando reavivar las brasas. Claro que me acuerdo, donde vimos *Before Sunrise, Antes del amanecer*, respondió ella con el cansancio de un día de bronca en la oficina, en ese cine, vaya, junto al paseo marítimo de Tel Aviv, después de dejarme tirada. No te dejé tirada, él seguía el guión habitual, solo quería unos días de respiro.

Dos días para ser más exacto. Algo menos de cuarenta y ocho horas sin ella bastaron para que se desmoronara, aunque ninguna de las razones por las que había pedido ese respiro, ninguna de esas funestas premoniciones, se habían resuelto. A él aún le preocupaban las historias de amor de ella, que desde los dieciséis años nunca había estado sola; de hecho, cuando la conoció por vez primera en el taller de percusión de Shlomo Bar, tenía un novio, incluso vivían juntos, lo que no fue obstáculo para que rompiera con él de golpe, con una nota en el frigorífico, en el instante que decidió que quería a Dori. Lo atemorizaba esa frialdad que mostraba a veces. La rapidez con que se desinteresaba de los temas de conversación. O de las personas. La eficiencia con la que se dirigía hacia sus objetivos, los cuales no siempre eran de su agrado. No reinaba la armonía entre ellos en el sentido apacible de la palabra. Ya entonces, reñían a menudo. Mucho más que con sus propios padres, para poner un ejemplo. De casi todas las discusiones, ella resultaba vencedora. Cuando salían de paseo, le abría paso con su andar menudo y veloz, y él debía pedirle que aflojara el ritmo. Alguna vez no querrá hacerlo, ese pensamiento le venía a la cabeza, un día seguirá avanzando y yo quedaré rezagado. A veces, mientras hacían el amor, él tenía la sensación de que era la última vez. Que al terminar, ella se levantaría y lo dejaría plantado. Así que, para evitarlo, se fue él primero. Le dijo que necesitaba «reflexionar», aunque muy pronto sus reflexiones se hundieron en el burbujeante pantano de la nostalgia y del temor, que se había transformado en terror, de perderla, la primera mujer a la que había permitido acercarse al núcleo de su amarga soledad, la primera mujer a la que había logrado contar que en sus sueños aparecían invariablemente Kissinger y De Gaulle sin miedo a que se burlara de él, la primera mujer cuya despierta inteligencia y su modo de pensar lo excitaban, la primera mujer que le había dicho, tienes un cuerpo de escultura griega, y puedo ser fuerte frente al mundo solo porque sé que hay un lugar

donde me puedo permitir ser débil, la primera mujer en quien se ha permitido confiar por entero, apoyarse en ella, dedicarse a ella...

Así que, después de dos días de crisis, la llamó para decirle: Vamos a ver una película. Ella preguntó: ¿Eso quiere decir que ya has terminado de reflexionar? Y él respondió: Me parece que sí, y ella lo esperó en el paseo marítimo, con la falda verde con la que sabía que era irresistible y se acariciaron y se manosearon en la arena, vestidos, como una pareja de colegiales (con qué rapidez llegaba ella entonces), luego fueron a ver juntos *Antes del amanecer* se agarraron de la mano en la oscuridad, como para establecer una eterna alianza, y el contacto de los dedos de ella, aún algo titubeantes, le produjeron un escalofrío que le llegó hasta el cráneo y pensó lo difícil que es saber qué nos espera porque cada decisión tiene algo de apuesta, y le murmuró al oído, te amo tanto, Roni, no tienes ni idea. Ella puso la mano en su entrepierna, acercó la boca a su oído y cantó con voz enronquecida un tema popular, *tienes el corazón desgarrado, no eres nada sin mí, tienes el corazón desgarrado, no eres nada sin mí.*

Y desde entonces hasta esta mañana –diez años–, realmente no se había separado de ella, por su propia voluntad, más de un día.

También han pasado diez años para Ethan Hawke y Julie Delpy entre las dos películas, y a ellos se les notan las marcas del tiempo. A Ethan Hawke – Jesse en la película– se le marcan patas de gallo cuando sonríe. Y Julie Delpy está más triste y pálida. ¿O quizás entonces ya estaba pálida? Salen de una librería, entran en un café, salen del café, pasean por las calles de París y poco a poco, una herida tras otra, aparecen ante Dori los diez años transcurridos entre las dos películas, entre su primera noche sembrada de promesas antes del alba, y lo que acaso se pudiera salvar de esas promesas, antes del crepúsculo.

De pronto la imagen se congela, la voz del comandante de a bordo anuncia que el avión atraviesa una zona de turbulencias. Las azafatas ruegan a los pasajeros que están de pie en el pasillo que regresen a sus asientos y se abrochen el cinturón de seguridad, como si este les fuera a servir de algo si el avión se precipitara en medio del océano. ¿Y si fue eso lo que le ocurrió a papá? A Dori le asalta esta posibilidad. Quizás se montó en un avión ligero para no ir apretujado en un autobús, este se estrelló, y junto con su asiento ortopédico, marca Dr. Gav se desplomó, abajo, abajo, plaf, hacia su muerte. Una aguda imagen le viene al pensamiento: su padre yace en el fondo del

mar, con los ojos abiertos como la boca de un pez, y a su lado su eterno Dr. Gav, y él Dori, se sumerge con un equipo de submarinistas provisto de oxígeno, se abre paso entre peces y corales hasta que llega junto a él y lo abraza de verdad por primera vez. Y última. ¿La mochila flota en el agua o se hunde? Esta pregunta anecdótica emerge de las profundidades de su imaginación. Cesan las sacudidas del avión y la mujer que tiene al lado cierra su libro de Salmos. Alfredo dice que ha investigado en todos los hospitales y todas las compañías que alquilan aviones ligeros y el nombre de su padre no figura en ninguno de ellos. Existe también la posibilidad de que haya volado en un avión privado clandestino para evitar los controles y se haya estrellado, ¿verdad? Insistió Dori. *You're right, mister Dorri*, respondió Alfredo arrastrando la erre, pero hace ya veinte años que estoy en esto. He aprendido a fiarme de mi instinto. Y mi instinto me dice que su padre vive.

El último correo que Tseela recibió de su padre era de dos meses atrás, desde Ecuador. Escribía en él que estaría unas dos o tres semanas sin dar señales de vida y que no se preocuparan. Anteriormente, habían mantenido algunas conversaciones por teléfono que a Tseela le parecieron extrañas. En una de ellas le criticó el modo en que había encaminado su vida. Y que ella en realidad se negaba a ser feliz. Cuando empezó a discutir con él, la interrumpió y le dijo que había cosas que no comprendería hasta que emprendiera un viaje auténtico. En otra conversación les mandó, a ella y a Dori, recuerdos de mamá. La había encontrado allí.

Eso podría haber sido normal si su madre no hubiese muerto un año antes. Y si el que hablaba no fuera su padre. Mani Peleg. Un héroe de guerra. Sensato. Equilibrado. Además, era uno de los más acreditados consejeros estratégicos del país para empresas en crisis.

La compañía de seguros no quiso inmiscuirse. Su padre no es un niño, dijo un agente. Esperen unas dos o tres semanas antes de ponerse nerviosos. No ha suscrito una póliza de repatriación, así que si necesitan nuestros servicios, tendrán que asumir los cargos. Además —les advirtió— deberán de tener en cuenta que, en cuanto inicien este proceso, no podrán mantenerlo en secreto. Este es un país pequeño. Su padre es conocido en el ámbito. Así que deben pensarse dos veces si él desearía estar expuesto de este modo. Puede suceder que dentro de un par de días lo encuentren tomando el sol en una playa de Perú, pero ya no estarán a tiempo de reparar los daños a su reputación.

Siento que está en peligro, le dijo Tseela a Dori. Lo noto en mi cuerpo.

Dijo que no daría señales de vida durante dos o tres semanas, no durante dos meses. Papá siempre es muy preciso en estas cosas.

Ve en su busca, le dijo Roni sin quitarle el ojo a su ordenador, es la única solución. Tseela no puede ir, por los niños. Y, de todos modos, tú no sabes qué hacer durante los primeros días de vacaciones. Además nunca os perdonaríais si, finalmente, resulta ser que tiene problemas.

¿Qué tipo de problemas? Estuvo a punto de gritar. ¿Tú también estás histérica como Tseela? ¿También empiezas a notar cosas en tu cuerpo?

Para serte sincera –Roni baja un poco la pantalla del ordenador para poder mirarlo de frente– pienso que está bien y que, simplemente, está disfrutando de su viaje. Aunque, ¿qué tal sería si lo encuentras al cabo de dos días y viajáis un poco los dos juntos. ¿A lo mejor... sería la ocasión... para aproximarnos? ¿No fue la semana pasada cuando confesaste a tu psicóloga que tenías una relación complicada con tu padre?

Eso no fue lo que dije. Dije que me sabía mal haberme resignado a que nuestra relación sea como es.

Pues eso, creo que quizás no debas resignarte.

No sé. ¿Y Neta? Se estremeció. Mientras lo acunaba entre mis brazos, en la sala de partos, juré que sería un padre irreprochable. No un simulacro de padre.

Neta estará bien, respondió Roni. Tiene una madre, sabes. Lo que necesitas –volvió la vista a la pantalla– es un enlace local. Alguien del oficio. No puedes aterrizar en el aeropuerto de Ecuador como si nada, no sabes ni español. Ven, mira, he dado con varias opciones.

¿Opciones? ¿Qué quieres decir? ¿Cuándo has podido? ¿Dónde?

En Google, Dori. Siéntate a mi lado un momento.

No busco. Encuentro. Este es el título de la página de Alfredo, que es sin duda la más impresionante de las que Roni le había mostrado. Bajo el título, una foto: un hombre chaparro, de mediana edad, algo calvo, con un traje que le viene grande. No parece especialmente audaz, no es un Che Guevara, ni un Simón Bolívar, pero en su mirada hay algo turbulento, casi salvaje. La cabeza apuntando algo hacia adelante, como un toro presto a hundir su cornamenta en la muleta, y lleva los botones del pecho de la camisa abiertos. En otras fotos aparece abrazando a sus clientes reencontrados. En ellas, su forma de vestir es otra, más natural: enormes gafas de sol parecidas a las del terrorista Carlos, pantalones con bolsillos, camisa con las mangas cortadas mostrando

sus fuertes espaldas. En las fotografías, una sonrisa le ilumina la cara: sorprendentemente vulnerable.

Entre las cartas de agradecimiento y los recortes de prensa que llenan su página, hay un fragmento de un reportaje que le hicieron una vez para el programa *Ver el mundo*. «Un veinte por ciento de mis clientes son israelíes», señala, mientras con la mano acaricia el vello de su torso bajo la camisa abierta. «A veces tengo la impresión de que ustedes, allá en Israel, lo que quieren es perderse.»

Un hijo que busca a su padre, nunca tuve un caso así, contaba a Dori en una de las conferencias telefónicas mantenidas antes del viaje. Tuve una madre que buscaba a su hija. Un hermano a su hermana. Un marido en pos de su mujer. Una mujer en busca de su marido. Pero nunca he tenido un caso como el suyo.

¿Qué me importa los casos que hayas tenido o no?, pensaba Dori. Pero tenía cuidado con lo que decía, porque a juzgar por la página de Alfredo había comprendido que recibía cantidad de peticiones de todo el mundo y solo accedía a ocuparse de las que le apetecían.

Han cesado completamente las sacudidas del avión y la señal luminosa de mantener los cinturones abrochados se ha apagado. La pantalla que tiene frente a él vuelve a funcionar, pero en vez de la continuación de *Antes del atardecer*, ponen un episodio de *Matrimonio con hijos*. Llama a la azafata para comentarle que la película se ha interrumpido a la mitad. Le responde que lo averiguará y volverá para informarle, pero pasan diez minutos y no vuelve. Lástima que Roni no esté aquí, piensa. Ella sabría cómo pedirle a la azafata que vuelva a poner la película, de una manera en que no podría negarse. Se pone de pie, decidido a formar una amplia coalición para reclamar, pero descubre que la mayoría de los viajeros duerme. El trío de Noya también está adormecido. Está sentada junto a la ventanilla, los ojos cubiertos con un antifaz negro. Tiene las rodillas dobladas, los pequeños pies pegados al asiento delantero. Lleva unos calcetines desparejados. Uno rojo y el otro amarillo.

De repente recuerda que, un día, fue a protestarle a su padre porque no tenía ningún par de calcetines en el armario y su padre le dijo: Pues ponte calcetines desparejados, hijo. Nadie se va a dar cuenta. Él se sorprendió, no era del estilo de su padre sugerirle algo tan provocador y se preguntó si

durante todos esos años que su padre había salido a trabajar con zapatos relucientes, llevaba puestos unos calcetines desaparejados.

Y un día —eso también le vino a la memoria— habían entrevistado en la radio a un cierto Yakov Jasdai, coronel de la reserva, y su madre había dicho, imagina que Jasdai hubiera obtenido cinco escaños en las elecciones, ¡ahora serías diputado! Su padre replicó, ¿cinco? No obtuvo ni uno solo. Dori se quedó pasmado, pero papá, ¿fuiste candidato al parlamento alguna vez?, no lo sabía. Papá sonrió y dijo con una voz distinta, poco familiar, hay muchas otras cosas que desconoces, Dorinio.

* * *

Cuando abre los ojos no sabe dónde se encuentra. Le lleva unos instantes acordarse, si bien la impresión es extraña, imposible preguntar a la azafata: ¿Perdón, a dónde se dirige este avión? Quito, finalmente surge la respuesta obvia, y con ella se le despiertan los fuertes dolores en la parte baja de la espalda. Intenta ponerse de pie para salir: tiene que pasar junto al pasajero dormido sin despertarlo, poniendo el pie sobre el brazo del asiento. Primero sobre el suyo, luego sobre el del vecino. La maniobra tiene éxito, pero empeora el estado de su espalda. ¡Mierda!, maldice en su fuero interno. Intenta estirar la musculatura en el angosto pasillo, por medio de movimientos circulares de la pelvis. Con el rabillo del ojo se da cuenta de que Noya lo mira y sus movimientos entonces son más conscientes, más moderados. Hasta que la azafata le pide con una tajante cortesía que tome asiento para dejar el paso libre al carrito de la comida. Mira y se pregunta, ¿qué será?, ¿desayuno?, ¿almuerzo?, aunque no importa. Regresa saltando a su asiento, con la espalda peor —el dolor se extiende del dorso a las rodillas— y piensa, a pesar de lo absurdo de la situación, que no le molestaría tener consigo en ese momento uno de los Dr. Gav de papá.

Su padre contaba con cuatro respaldos ergonómicos distintos. Uno en la oficina, otro en el coche, uno más en el estudio de su casa y, el cuarto, «por si acaso». Cuando Tseela y yo fuimos a despedirnos de él antes del viaje estaba metiendo en su mochila el respaldo ergonómico «por si acaso», el de color gris.

¿Eso no ocupa demasiado lugar?, preguntó Tseela. Él respondió que sí, pero que si pasaba dos días sin su Dr. Gav, los dolores recomenzaban.

Tengo la intención de practicar *trekking*, no estar echado todo el día en una hamaca, subrayó con orgullo. Pronunció la palabra *trekking* de un modo cómico, *tarakking*, pero no tuvieron corazón para corregirlo.

La primera vez que les habló de su intención de viajar fue al regreso de la ceremonia de los treinta días de duelo. La casa ya no estaba invadida de gente como durante los seis días de duelo, que había sido su versión reducida de los siete días que marca la tradición, y en el salón había solamente el núcleo duro de los que amaban a mamá tomando café o té. Sin posavasos bonitos. Con una sola clase de galletas.

Quiero cerrar mi oficina y viajar a Sudamérica, dijo. Ellos no tomaron muy en serio esta declaración, era una más de las cosas insólitas que hacía después de la muerte de su mujer: su hundimiento total, su frialdad durante el entierro, su explosión de cólera al descubrir que Tseela había cambiado las sábanas de la cama de matrimonio privándolo así del olor de su madre, el recorte de un día de duelo, porque vuestra madre sabía cómo comportarse, era natural en ella y, sin ella, los invitados lo ponían nervioso, todo ese esfuerzo para parecer amable todo el tiempo.

Unas semanas más tarde del anuncio de su viaje, tenía el despacho repleto de mapas, manuales de español, páginas impresas de recomendaciones para excursionistas sacadas de Internet, cuadernos con anotaciones de las conferencias a las que asistió en la tienda Lametaiel, en el centro comercial Dizengoff.

Seguro que vuelves locos a los conferenciantes, dijo Tseela riendo (solamente ella gozaba del privilegio de reírse de él. Dori nunca lo hacía. No porque tuviera miedo, sino porque simplemente pensaba que no era conveniente para su relación). ¡Seguro que se arrepienten del día en que aceptaron dar las conferencias!

Al contrario, sonrió su padre, sin embargo respondió con una seriedad absoluta, creo que están contentos con mis preguntas. Por ejemplo, si Perú y Bolivia tienen monedas distintas, conviene saber en qué frontera se puede obtener un cambio de moneda mejor, ¿no?

Perú... Bolivia... balbuceó Tseela. Qué tienes que ver... dime, papá, ¿qué tiene de malo el «Sendero Nacional de Israel»? ¿Por qué tienes que ir tan lejos?

El «Sendero Nacional de Israel» es agradable, pero conozco ya la mayoría

de itinerarios. Casi siempre fui con vuestra madre. Además, es demasiado corto para lo que necesito.

¿Qué quieres decir demasiado corto? ¿Qué necesitas? No entiendo nada. ¿Cuánto tiempo piensas estar en Sudamérica?

No lo sé, hija mía, de verdad no lo sé. Por eso compré un billete solo de ida.

¿Sabes que es peligroso? He leído que cortan los dedos a la gente para robarles la alianza.

Dejaré mi alianza aquí antes de irme.

Pero ¡allí roban los riñones en plena calle, papá! ¡Anestesian a la gente y como si nada les sacan un riñón para venderlo!

Por ¡Dios, mi pequeña Tseela, no es más peligroso que aquí!

Pero, ¿por qué precisamente Sudamérica, papá? No lo entiendo.

¿Sabes cómo llamaron a ese continente cuando lo descubrieron? El Nuevo Mundo. Es lo que necesito en este momento. Un lugar nuevo que no me recuerde nada.

No se va a ir, profetizó Tseela, después de despedirse de él en la puerta – ella con los brazos alrededor de su cuello, Dori con unas leves palmaditas en la espalda– mientras se apartaban para que él no pudiera oírles. Al cabo de dos meses estaba segura: verás cómo no pasa el examen médico. A su edad, la compañía de seguros no querrá hacerle una póliza sanitaria y ya conoces a papá, no viajará sin seguro. Al cabo de cinco meses aseguraba: no estará dispuesto a plantar a sus clientes. Se siente comprometido con ellos.

Dori no decía nada. Tanto si ella tenía razón como si no, sabía que Tseela necesitaba creer que su padre estaría siempre a su lado.

Entonces ¿seguro que te vas a ir? Le dijo medio año después mientras acariciaba la tela gris de su Dr. Gav. Los niños correteaban de las habitaciones al salón, jugaban al corre-que-te-alcanzo, al escondite, se aliaban dos contra uno. Neta siempre era el que quedaba fuera y Dori procuraba por todos los medios no inmiscuirse. No ir en su auxilio. La psicóloga decía siempre que Neta debía aprender solo cómo comportarse con los niños de su edad y que Dori solo podía perjudicarle si lo sobreprotegía.

¿Veis estos zapatos?, dijo su padre mientras levantaba dos tanques con suelas. Tanto si me creéis como si no, es lo más caro de mi equipaje.

¿No es la cámara fotográfica?, preguntó Dori.

Tomé una cámara sencilla, dicen que las caras atraen a los ladrones.

Tampoco es que me guste tanto la fotografía. Era vuestra madre a la que le parecía importante fotografiarlo todo.

Su madre los observaba desde una foto enmarcada colocada sobre el mueble de la televisión y Dori tenía la sensación de que sus ojos se fijaban especialmente en él, prolongando así su secreta alianza en el cuarteto familiar. Fue solo después de su defunción cuando se dieron cuenta de que ella, la fotógrafa familiar, no salía apenas en ninguna fotografía y, confusos, tuvieron que recurrir a sus amigas para reunir fotos suyas y colocarlas en un álbum.

Y... dime, ¿qué han dicho tus clientes, cómo se han tomado lo de tu viaje?, preguntó Tseela con la voz llena de esperanza: quizás de ellos llegaría la salvación.

Imagínate que muchos me dijeron que querían acompañarme, dijo su padre.

¿Y yo, también hubiera querido acompañarlo?, se preguntó Dori. Una sola mirada a Neta, compungido ante sus escandalosos primos, bastaron para saber que no.

Sabes que te voy a echar mucho de menos, papá, dijo Tseela cayendo en sus brazos. Rompió a llorar. Los niños dejaron a Neta para contemplar el prodigio: Mamá, ¿estás llorando?, preguntó el mayor. Ella se secó las lágrimas con la manga de la blusa, atrajo hacia sí a sus dos hijos, colocó a cada uno en una rodilla, esbozó una sonrisa forzada y se dirigió a su padre en una especie de algarabía: *It's just... It's a very difficult período for me. First, mamá. Also things at home tienen problemas. Y ahora you're going away.*

Basta, basta de chantaje, pensó Dori y apartó un poco su silla de la de ellos dos. Y lo peor –se dolió en su fuero interno– es que al final siempre sale ganando. Con su padre funciona. Si te muestras débil, recibes amor. Aún será capaz de renunciar por ella a su viaje.

Para su asombro, su padre solo le puso a Tseela una mano en el hombro y dijo en hebreo, lo siento, mi pequeña Tseela, si mi viaje llega en un momento inoportuno para ti, pero debo partir. No me queda otra solución. ¿Qué es lo que Begin dijo después de la guerra del Líbano? No puedo más.

Es extraño, piensa Dori. Extraño que cite esta frase de Begin. Siempre calificó a este hombre de la calle Tsemaj de demagogo y cuando, después de la guerra del Líbano, renunció al puesto de primer ministro, no derramó por él ni una sola lágrima.

Se despidieron en la puerta de la casa en la que el nombre de su madre aún estaba grabado en la placa. Si necesitáis las llaves, las tienen Janita y Elisha, dijo su padre como por casualidad, sin saber que en poco menos de un mes Tseela, llevando consigo a los niños y alguna ropa, se refugiaría allí en plena noche, y que llamaría al timbre de Janita y Elisha con el codo porque no tendría las manos libres, cinco timbrazos cortos y uno largo, como el claxon de un vehículo bloqueado a causa de un accidente, hasta que finalmente, Elisha, con la sudadera de Beitar Jerusalén, le abriría la puerta, la miraría a ella y a los niños dormidos en sus brazos, y sin mediar palabra descolgaría la llave y se la entregaría.

Vamos, queridos míos, abrazad al abuelo por última vez, dijo su padre cuando las palabras ya estaban de más, y los dos hijos de Tseela se apresuraron a ocupar un lugar en su pecho. Neta, resignado, esperaba su turno en un rincón y Dori se contuvo para no animarlo a ser más decidido. Chicos, ahora le toca a Neta, dijo su padre. Neta se le acercó, dubitativo. ¿Un palo de lluvia? ¿Ese instrumento indio es todo lo que me pides?, preguntó su padre y Neta asintió con un movimiento de cabeza.

Te va a echar mucho de menos, le dijo Dori a su padre cuando Neta se apartó y él mismo quedó ante él, al descubierto. Intenta llamar lo más posible y mandar fotos por correo. De acuerdo, dijo su padre y le palmeó la espalda cuatro veces en vez de la única de costumbre.

De ninguna forma hubiera podido imaginar en aquel instante, en la puerta, que al cabo de algunos meses él iría en su busca y se encontraría entre el cielo y el océano, volando para Ecuador, frente a una comida con sabor a plástico, con agudos dolores lumbares como si él fuera el herido en la guerra de Yom Kipur, o como si esos dolores de espalda no fueran la secuela de una herida sino una dudosa herencia genética que esperaba su oportunidad para manifestarse.

Alfredo

Lo bueno que tienen los israelíes, piensa Alfredo camino del aeropuerto, es que no hay que vestirse de un modo especial para ellos. Con los norteamericanos nada funciona si no vas de traje y corbata. Si no vas así,

simplemente, no te respetan. No les importa que el traje no sea lo más adecuado para nuestro clima, ni que la corbata lleve a la gente de la calle a pensar que eres un jodido banquero. No soporta a esos norteamericanos. Hablan como si llevaran una patata en la boca. Piensan que son los dueños del mundo. Le corrigen su inglés como si él fuera su alumno. Es cierto, no ha ido a la escuela, pero eso no lo convierte en menos inteligente que nadie, ¿eh? El hecho es que, con todas sus escuelas, sus colegios, el dinero que mana de ellos, como de las cataratas del Iguazú, nunca llegan a comprender cómo pudo ocurrir: Pero ¡si mi niña cantaba en el coro de la iglesia! Y gimotean ante las fotos de ella, en la jungla, en *topless*. Pero ¡si mi hijo jugaba en el equipo de beisbol!, exclama mientras el hijo le mira con ojos de peyote sin reconocerlo en absoluto. Una vez, uno de sus clientes, para darle las gracias, lo llevó a un partido en Minnesota. ¡Vaya aburrimiento! Mucho mejor mirar unas vacas durmiendo. Una vez cada hora alguien conseguía dar una patada a esa horrible pelota y entonces el público entero se excitaba como si hubiera ocurrido quién sabe qué. Se fue en el descanso, ¡vaya que no! Salió del estadio en busca de putas. ¿Qué clase de ciudad sin putas era esa? Tienen algo jodido esos norteamericanos, jodido del todo. Piensa que los israelíes también, pero distinto, a causa de las guerras. Eso lo puede entender. Nunca ha sido soldado pero a su madre, Dios la tenga en la gloria, la alcanzó una bala durante la guerra civil. Una bala perdida que le penetró en el corazón, como si hubieran apuntado a conciencia. Él estaba allí cuando ocurrió. Estaba ayudándola a tender la ropa en la cuerda, en el patio, le alargaba las prendas húmedas que sacaba de un barreño y colocaba las secas en otro cuando, de repente, ella se desplomó. En las películas, la gente abatida por un disparo, cae despacio, se agarra a toda clase de objetos en su caída, pero su madre se dobló sobre sí misma de golpe, como un paraguas. Eso fue todo. No pudo hacer nada. En el instante en que se agachó y vio sus hermosos ojos sin luz, tuvo claro que no podía hacer nada para salvarla. Así que él también sabe qué es el dolor, ¿eh? No jodas. También conoce algunas palabras de hebreo. Con eso siempre te ganas a los israelíes. Les echas algunas palabras en su extraña lengua que nadie más que ellos comprenden y ya se te abren un poco. No es que confíen plenamente en ti. Son desconfiados. Bueno, se comprende después de lo que les hicieron los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Es curioso que no supiera nada de esto. Un judío de Sudáfrica que desapareció practicando *rafting* se lo había

contado. Al principio le pareció que exageraba –¿seis millones?, parecía una cifra para rebajarla después–, pero fue a preguntar a Marcelo, el relojero, que había sido profesor de historia en secundaria antes de que uno de sus alumnos le estrellara una silla en la cabeza, y le respondió que era cierto, sí, está escrito en los libros. De pronto, Alfredo recordó que en la ciudad donde había crecido, Granada, había un anciano alemán que tenía una panadería y contaban de él que en esos tiempos había matado judíos para Hitler, aunque nadie quería creerlo ni saberlo, porque precisamente ese tipo era simpático, y siempre, una vez terminada la jornada, repartía a los huérfanos, que dormían en los bancos de la Plaza de Armas, los panes y bollos que nadie había comprado.

Otra cosa buena con los israelíes –pensaba Alfredo mientras se dirigía a la terminal– era que les gustaba comer. La mayoría no tenía ningún problema en tragarse un bistec por la mañana. A pesar de que la última clienta israelí que tuvo era, justamente, vegetariana. Vaya bobada ser vegetariana. El ser humano, cuando aún era un simio, comía carne. Es lo natural. ¿Te parece extraño que esa mujer estuviera tan pálida? Les llevó menos de una semana encontrar a su hija drogada. Entonces la madre, que durante toda la semana no había comido nada, porque según ella la comida no era lo bastante sana, se desmayó por la debilidad y estuvo un mes ingresada en el hospital de Lima. Lo que, por cierto, llevó a su hija a resolver su problema por completo. Era cómico: mientras la madre se hunde, la hija tira las pastillas a la basura, se levanta y comienza a cuidar de ella. No le hubiera importado follarse a la hija. A la madre tampoco, claro. Nunca lo había hecho, una madre y su hija, una tras otra. O las dos a un tiempo. Aunque no creía que hubieran accedido a hacerlo juntas. Todavía hay esta incomodidad entre padres e hijos. A él no le importaba, es un decir, que alguien lo viera masturbándose, pero cuando una vez su madre, que Dios tenga en su gloria, entró y lo encontró con las manos en la masa, hubiera querido morir. De hecho, no era cierto. Lo dijo por decir, eso de que hubiera querido morir. Acaso le dio vergüenza, o quizás se ruborizó, pero morirse, no. Siempre tuvo un fuerte apego a la vida. Si no, ¿cómo hubiera podido huir de Nicaragua a Costa Rica en una barca cuando la muerte de su madre lo dejó solo en el mundo? ¿Cómo hubiera podido convertirse de limpiabotas en patrón de limpiabotas? ¿Cómo hubiera podido levantar de cero el negocio de las búsquedas y llegar a ser el número uno del continente, eh?

Su primera búsqueda la hizo casi por amor al arte. Se presentó un holandés, alto y de edad. Son altos, esos holandeses. Le mostró una foto de su hijo y le preguntó si podía ayudarlo a encontrarlo. Entonces le dijo: Vamos. Fueron a una fotocopidora y sacaron cincuenta fotocopias. Regresaron a la plaza, allí las repartieron entre los limpiabotas a los que prometió: aquel que me proporcione alguna información sobre este muchacho, ¡recibirá como recompensa el sueldo de una semana! Al cabo de unas horas tenía ya un hilo del que tirar. Uno de los limpiabotas, que trabajaba también en el aeropuerto, había visto al hijo del holandés embarcando para Belice. Toma un avión para Belice, le aconsejó al padre. Pero el hombre se obstinó en que lo acompañara. Te pagaré todos los gastos, le dijo. Tenía la mirada que tienen los padres cuando creen que les ha ocurrido algo a sus hijos. Y tomó con él el avión para Belice. Resultó ser que el chico se había enamorado de una negra de Isla de Mujeres y había cortado la comunicación con sus padres para que no lo obligasen a dejarla. Realmente tenía clase, esa negra. Ese género de mujeres que, con solo pensar en ellas, ya se te empina. No hace falta tocarla. Ni incluso estar junto a ella. Solamente pensar que le lames el chocolate. Perdón, no era negra. Era afroamericana. Así es como hay que decirlo ahora. Para que los clientes no crean que eres un asno. Esa es otra cosa que tienen de bueno los israelíes: con ellos no hay que observar estas reglas. Y a veces puedes reírte con ellos. Porque es imposible trabajar en esto sin reírte un poco. Precisamente porque todo es fatal, precisamente porque en mitad de una búsqueda la esperanza se puede transformar en desesperación con la rapidez con que se blande un puñal, necesitamos contar algunos chistes. Empinar juntos el codo. Comer como Dios manda y soltar unos gases después de la comilona. Lástima que no todos lo comprendan. Lástima que algunos crean que si se permiten a sí mismos disfrutar, aunque sea un instante, van a disminuir las posibilidades de encontrar a su desaparecido. La gente está jodida. Prefieren sufrir a ser felices. Incluso ese israelí, por ejemplo, cuyo padre ha roto todo contacto con la familia. Él, Alfredo, ha intentado aconsejarle que después de dos días de vuelo, debería ir directo del aeropuerto al hotel, comer, ducharse, descansar, y empezar la búsqueda al día siguiente. Pero no. No he venido a pasear, he venido a trabajar, manifestó el israelí por teléfono, así que quiero que, nada más aterrizar, vayamos directamente al primer punto de nuestro itinerario. Muy bien, tú eres el

patrón, le dijo. De todos modos sabía que, después del vuelo, pensaría distinto.

Dori

Allí está, con Noya y su séquito junto a la cinta de recogida de equipajes, en Quito. Allí está, con Noya y su séquito junto a la cinta de recogida de equipajes, en Quito, hace ya una hora y media. Allí está, con Noya y su séquito junto a la cinta de recogida de equipajes, en Quito, hace ya una hora y media y solo ha salido una maleta de color beige, que sigue dando vueltas. Nadie la recoge.

Welcome to drom America, dice uno de ellos.

Pues yo creo que es divertido, dice Noya. Es como si quisieran introducirnos ya al ritmo del viaje.

Ya es suficiente, me muero de ganas de llegar al albergue, uno de los chicos hinca un alfiler en el balón de la autosugestión y los tres se ríen al unísono con la misma risa. Dori se les une. Se deja llevar por la risa, como ellos.

Entonces, dime, ¿tú también vas a dormir en el Iguana, como todos los israelíes?, le pregunta Noya. Lleva recogido su pelo, negro y largo, en una cola de caballo y un mechón rebelde le cae sobre la mejilla.

A decir verdad no tengo ni idea de dónde voy a dormir, dice Dori. Vienen a recogerme.

Ah..., balbucea Noya. Pensé que habías dicho... Un momento, ¿tú trabajas aquí?

Su amigo Udi –o sea, su ex amigo Udi– seguramente habría inventado algo, piensa Dori. Cuando los domingos regresaban a la base en el coche de sus padres y no tenían ganas de recoger a otro soldado en autostop y llevarlo con ellos, Udi se detenía en el lugar donde los soldados hacían autostop, a las afueras de la ciudad, y gritaba: ¡Jenin! Y así los ahuyentaba a todos. En la discoteca Octopus, cuando había chicas cerca, siempre contaba en voz alta sus hazañas de piloto de dron tras las líneas enemigas, y cuando terminó el ejército se inventó un currículum gracias al cual pudo obtener todos los trabajos que quiso. No tengo nada contra la verdad, aseguraba siempre. Simplemente,

me aburre. «¡Soy consejero del presidente de Ecuador para reprimir al movimiento maoísta!», le hubiera podido decir a Noya en ese momento. O bien: «¡Fui convocado urgentemente por el Ministerio de Hacienda para detener la espiral inflacionaria!».

Estoy buscando a mi padre, suelta finalmente.

El terceto se agrupa en torno a él, como la muchedumbre alrededor de un trío de músicos indios en el paseo peatonal Ben Yehuda, en Jerusalén. ¿Qué significa que buscas a tu padre?

Les esboza la historia a grandes trazos, brevemente, como si se tratase de un retrato robot.

Un momento, ¿cuándo supisteis de él por última vez?, inquiera Noya.

Hace dos meses, explica Dori. Mandó un correo a mi hermana. Desde aquí. Es decir, escribió que estaba en Quito. Y desde entonces no hemos recibido ninguno más. Por eso empezamos la búsqueda aquí.

¿Y qué escribió en el correo?

Que en el transcurso del viaje había comprendido muchas cosas importantes. Que le aconsejaba efectuar un viaje parecido si quería hacer cambios en su vida. Y que estaría un tiempo sin dar noticias.

¿Tienes alguna foto suya?

Sí, aquí están. Sacó las fotos de la bolsa y se las mostró.

¡Vaya tío bueno!, exclama Noya, y lo mira con ojos relucientes como si pensara en él y no en su padre.

Me es familiar. ¿Es famoso o algo parecido?, pregunta uno de los chicos.

Un poco, dice Dori. Sobre todo en el mundo empresarial.

¡Pues lo conozco de eso!, dice el otro, exultante. No cago si no es leyendo los suplementos de economía.

Idiota, le increpa el otro. Aquí, el chico está buscando a su padre. No te lo tomes a broma.

¿Tienes copias de las fotos?, pregunta Noya.

Sí, pero están en la maleta, dice Dori señalando la cinta transportadora.

Pues vamos a fotocopiar esta, le interrumpe Noya. Sin titubear, se arregla la cola de caballo, se dirige a un policía local, se le acerca un poco de más, sacude su cabellera de un lado para otro, coquetea con él, y al cabo de unos minutos regresa con las fotocopias que el policía le ha hecho. Dame tu dirección de correo, le pide a Dori, por si damos con tu padre, y él le dicta la que ha creado especialmente para este viaje: findfather@gmail.com. Ella

mira el papel y, cuando alza los ojos, en su mirada hay algo que lo cohíbe, entonces Dori baja la vista.

A continuación, la cinta se pone en movimiento y salen todas las maletas. Salvo la suya. Fantástico, piensa. No tengo teléfono y ahora la maleta ha desaparecido. Noya le propone quedarse con él hasta que aparezca su equipaje, pero él los anima a que vayan a su albergue. Es posible que hayan embarcado mi maleta en otro vuelo y entonces habrá que rellenar formularios, dice. Además, es seguro que volveremos a encontrarnos en el camino. De acuerdo, dice primero Noya, afligida, a continuación se pone de puntillas y le planta un beso por sorpresa en la mejilla. Por un instante, un breve instante, siente el deseo de acariciar su hermoso pelo, pero ella no es más que una niña y él ya es padre. Así que alarga una mano algo reticente y les dice, a ella y a sus acompañantes, hasta luego, disfrutad de la excursión. Se alejan los tres, empujando su carritos hacia el Nuevo Mundo, como Colón.

* * *

Miiii amigoooo, *¿hay problemas?* Una mano calurosa se posa en su hombro. Dori se vuelve, asombrado, y descubre a un hombre bajo y fornido que le sonríe cordialmente, como si se conocieran de toda la vida. *Shalon*, Mister Dori, le dice el tipo y le da un brusco abrazo, *I am* Alfredo, y antes de que Dori reaccione ante este abrazo, Alfredo ya se ha soltado y se dirige al mostrador de objetos perdidos. *¿Qué pasa?*, increpa al empleado en un español terminante, saca un billete de su cartera de cuero brillante y se lo alarga, mientras pregunta a Dori dónde ha hecho escala. En Barcelona, responde, y el empleado toma nota y sigue rellenando todos los detalles que un momento antes se había obstinado en que rellenara él mismo, en español. Maldita burocracia, farfulla Alfredo, mientras se alejan del mostrador en dirección a la salida. *Don't you worry*, en 48 horas tu maleta estará aquí. Este imbécil tiene ahora un interés personal en encontrarla. Entretanto, te compraremos una *mochila*. De hecho, una maleta no es adecuada. Te compraremos también algo de ropa. Un conjunto entero te costará lo mismo que un par de calzoncillos en Tel Aviv. Perdón, en Jerusalén. Porque ¿eres de Jerusalén, verdad? Me gustaría haber ido allí alguna vez. Ir en pos de los pasos de Jesús el cristiano. Era un buen chico, Jesús el cristiano. Algo «ingenuo», como dicen ustedes, pero buen chico. ¿Había algo importante en

la maleta que no ha llegado? Sí, murmura Dori, la mayoría de las fotos de mi padre. ¡*Hijo de puta!*, exclama Alfredo, y Dori siente cómo le recorre la espalda el escalofrío del fracaso. Pero al parecer, Alfredo está furioso con un policía enorme que está a punto de poner una multa a su Ford Fiesta rojo. ¡Eh, *muchacho!*, le grita, mientras se acerca al uniformado, intercambia con él unas palabras, que llevan a la desaparición de la multa y luego le abre la puerta del coche a Dori. No creas, Ecuador es un estado de derecho. Pero el padre de este policía trabaja para mí como informante y, como comprenderás, quiere quedar bien conmigo. ¿Tienes hambre? ¿Sed? ¿Ganas de joder? Es broma. He observado la marca de la alianza en tu dedo anular. ¿Cómo me he dado cuenta? Mi trabajo consiste en eso, en reparar en detalles minúsculos como este. De todos modos, sería mejor que te diera el sol y desapareciera cuanto antes la señal. Porque eso hará que las *chicas* huyan. Bromeo otra vez. ¿Dónde está tu humor, Mister Dori! Estupendo que hayas venido sin tu alianza. Aquí te pueden cortar un dedo por algo así. Sin embargo, debes saber que Quito es apacible. Una bonita ciudad. Tranquila, a fin de cuentas. Solo hay ocho o nueve asesinatos por día. ¿Quieres un snack de cacahuetes de Israel, Bamba? Tengo una gran cantidad de Bamba en la oficina, Bissli no, es comida basura, dice, y le alarga a Dori una bolsa. ¿No quieres? Pues, si no te importa, yo voy a comer. Así dejaré de hablar hasta por los codos y podrás hacerte una opinión de la ciudad por ti mismo, ¿eh, Mister Dori? No te preocupes por las fotos, amigo, nos arreglaremos con lo que haya. Vamos a detenernos aquí. Desde ese punto se puede ver un panorama especialmente hermoso. Uf, ¡cuidado con tu trasero! Me había olvidado de que aún no estás acostumbrado a mis frenazos. ¿Estás vivo? Bravo. Ahora, sal por ahí, por tu lado, así, y llena los pulmones de aire porque vas a ver un *panorama fantástico*.

Durante los primeros instantes en un lugar nuevo, los ojos de vigía del Dori reservista examinan prioritariamente los peligros potenciales: francotiradores en los tejados; movimientos sospechosos en los callejones; una cortina que se descorre; un destello que revela que alguien los observa con binoculares. Sabe que es completamente inútil, pero no puede dejar de hacerlo. Así es desde que hizo el curso de vigía: su primera mirada siempre está destinada a prevenir un peligro.

Al cabo de pocos segundos, calmado ya su instinto, se entrega por completo a la vista excepcional que se extiende ante él: al fondo de un

enorme valle, entre altas montañas rojizas, se mece una enorme ciudad, apacible como un pueblecito. Y sobre todo ese tapiz humano, desde la cima más alta, vigila una Virgen misericordiosa y dorada. «Existe en Quito una majestad difícil de explicar con palabras», le viene de repente a la memoria una frase del último correo que su padre mandó desde aquí.

Es nuestra Virgen y las montañas que la rodean, los Andes eternos, dice Alfredo con una voz cambiada, reverencial. Permite que Dori contemple el grandioso paisaje unos minutos más, luego lo conduce de regreso al vehículo. Y, ¡al camino! En las afueras de la ciudad se cruzan con autobuses de desecho de la compañía israelí Egged, de los años setenta. Llevan cantidad de equipaje sobre el techo y a veces también pasajeros. En las estrechas aceras hay vendedores ambulantes con la mercancía colocada sobre esteras multicolores, del tipo que, tiempos atrás, tenían sus amigos colgados en las paredes de sus casas. Los rasgos de esos vendedores ambulantes son particulares. No son como los de los israelíes ni como los de los americanos. Tienen algún parecido con los japoneses, pero no exactamente. Los hombres son bajos, salvo uno que hace guardia a la puerta de una pizzería. Las mujeres son anchas de pelvis y con un pelo muy negro. Incluso las más ancianas. Dos turistas de pelo claro sobresalen de la muchedumbre y atraen todas las miradas. Entran a una tienda cuyo letrero reza: fotocopia. Al lado hay otra tienda con el rótulo de farmacia. A lo mejor es fácil aprender español, como afirmaba su padre en uno de sus primeros correos, en los que aún se podía comprender lo que escribía. Un gran árbol desconocido se alza junto a la carretera. Tiene las hojas dentadas. ¿Cómo se dice árbol, en español? Está a punto de preguntarle a Alfredo. Pero si empezara a preguntar cómo se llama cada cosa, sería interminable. Ahí está la escuela. Por la puerta irrumpen alumnos de uniforme. Es una magnífica idea, el uniforme. Igualitaria. Es una lástima que en su escuela ya no se utilicen. Ahora, en verano, las alumnas van con unas camisetas que dejan el ombligo al aire, y en general le dan ganas de taparlas, aunque a veces, cuando Neta lo despierta varias veces por la noche y llega a la clase fatigado y vulnerable, como si a cada instante se le pudiera quebrar una fibra íntima, y después de la clase una de las chicas con esas exiguas camisetas se le acerca para hacerle una pregunta...

Otros alumnos de uniforme invaden la calle como hormigas huyendo de su

nido atacado. Más y más carteras. El modo en que las carteras danzan en la espalda de los niños, observa, no es distinta en esta parte del globo terráqueo.

De pronto, un frenazo.

Un tipo trajeado hace con la mano la señal de «alto» y Alfredo frena con un chirrido.

Un grupo de hombres trajeados rodean un ataúd. Al frente, alguien lleva una bandera roja y amarilla, cierra el cortejo una banda de músicos. Detrás, van las mujeres. Los percusionistas golpean el tambor. Los trompetistas soplan a pleno pulmón. Una canción sale de las gargantas de los dolientes en tanto la procesión mortuoria avanza. No parece una plegaria, más parece una canción. Alegre, con ritmo. La muchedumbre de la calle se divide en dos para dejarles pasar. El ataúd no es grande. ¿Acaso de una mujer? Así es entre nosotros, explica Alfredo. Así nos despedimos del difunto. Y Dori piensa que así es hermoso. Respetuoso. Y de pronto recuerda el entierro de su madre. Casi ha transcurrido ya un año y ni una sola vez lo ha evocado, lo ha enterrado por completo en el polvo del olvido, ahora la imagen aparece con la rapidez del rayo y no puede resistirse a ella: cómo Tseela estaba al lado de su padre, muy segura de sí misma y él no sabía dónde meterse. Claro que sabía que debía estar junto a ellos, pero le costaba abandonar a Roni, renunciar a brindarle su apoyo en un momento así, y quedó atrapado en medio de la gente hasta que lo llamaron para que ayudara con la camilla funeraria, a inclinarla y que el cuerpo cayera en la fosa. Su padre la tomó por una esquina, él por otra y dos enterradores por las dos restantes. Su padre parecía normal en ese momento, completamente normal. Incluso cuando el cuerpo tan diminuto —él nunca había pensado que su madre fuera una mujer menuda— descendió a la fosa, su padre parecía estar bien.

Quién podría haber imaginado —aun en ese instante le parece inverosímil— que precisamente hacia el final, cuando Tzvi Mandolina empezó a tocar, precisamente entonces, su padre se derrumbaría, caería al suelo aullando y su llanto formaría un terrible y extraño dueto con la melodía que tocaba Tzvi Mandolina.

Tu padre no está en la ciudad, dice Alfredo una vez que ha pasado el cortejo fúnebre y la carretera ha quedado abierta a la circulación, esos últimos días hice el trabajo previo y según todos los indicios, después de la última conversación telefónica con tu hermana, se fue al mercado de Otavalo. Entonces, vámonos para allá enseguida, propone Dori —el recuerdo de su

padre sollozando lo empuja, lo ahoga—, ¿para qué esperar? *Tranquilo* — Alfredo le da una palmada en la espalda—, Míster Dori, estamos en Ecuador. Tienes que acostumbrarte a esperar. Pero no entiendo por qué, dice Dori, nervioso. El mercado no abre hasta pasado mañana, explica Alfredo, el sábado, y antes no hay allí con quien hablar. Primero, comeremos como Dios manda, dormiremos en un buen hotel que he reservado para ti, tomas una ducha caliente, cosa que no se encuentra siempre, y mañana por la mañana nos ponemos en marcha. ¿Sabes lo que es un *churrasco*, Míster Dori? Alfredo te va a llevar ahora a la mejor *churrasquería* de Quito.

* * *

Dori no encuentra ninguna explicación lógica a la sensación que lo embarga desde el instante en que Alfredo aparca el vehículo y los dos comienzan a caminar por las angostas calles de la ciudad antigua de Quito. Por lo que sabe, no hay en su árbol genealógico ninguna rama sudamericana oculta. Nunca se sintió atraído por los grupos de salsa que inundaron Jerusalén cuando estudiaba, nunca perdió el sentido con los álbumes de fotos de sus amigos al volver de su gran viaje, nunca pensó que el Machu Picchu fuera nada del otro mundo. Y los seminarios de su licenciatura versaron sobre los orígenes del sionismo y no sobre América Latina.

Sin embargo, se siente cómodo en Quito. No como en casa —porque solo Jerusalén es su casa—, pero cómodo. Muy cómodo. Pudiera ser que el aire de las alturas lo embriagara un poco y le provocara una agradable confusión. Durante el vuelo lee en la guía que Quito está situado a 2.850 metros de altitud y que la mayor parte de los turistas acusan la falta de oxígeno las primeras horas de su estancia en la ciudad. O pudiera ser, en efecto, un asunto musical: cada ciudad tiene su ritmo, por ejemplo, en Tel Aviv siente cómo el pulso de la ciudad entra en conflicto con su ritmo interior, en Quito siente desde el primer instante que no le hace falta esforzarse para integrarse en ella.

Alfredo guarda silencio cuando van de camino al restaurante. Como guía experimentado, deja que la conciencia de su acompañante fluya sola mientras bajan por una calle en pendiente. Los olores dilatan las fosas nasales de Dori, olor a arroz al vapor, a pollo, a incienso, a cera para el calzado. Hay limpiabotas a lo largo de la calle. Roni también encera a veces sus zapatos cuando llegan clientes del extranjero. La kibutznik que antes iba a la

universidad con unas All stars, ahora da cera a sus zapatos de tacón de aguja. Mujeres con zapatos planos se cruzan con ellos llevando a la espalda un saco, de mayor tamaño que su cuerpo, en rojo con hilos dorados. Un autobús se detiene para cederles el paso. Despacio. Es extraño, piensa Dori. Abarrotado, pero lento. Como antes. Dicen que antes de que yo naciera, aquí se vivía feliz. ¿Acaso estuve yo aquí, antes de nacer? Aquí, en esta ciudad, antes de venir al mundo. ¿Acaso mi padre anduvo precisamente por aquí, por esta calle, y yo camino pisando sus huellas, como lo hacía en la playa de Mahmoret de vuelta al bungalow, en las vacaciones de verano?

Un policía toca el silbato, intentando restablecer el orden en el mundo. Parece un árbitro de básquet en el estadio de Malha. ¿Qué circulación regula? Pasos, pasos pasos y más pasos. Velocidad colo-ni-al, co-lo-ni-al. A Neta queríamos ponerle Yaheli, recuerda Dori, pero Neta es más bonito. ¿Qué debe estar haciendo ahora? ¿Cómo se las arregla? ¿Quién lo habrá incordiado hoy en la guardería? ¿Habrá almorzado o habrá hecho otra vez huelga de hambre? Yo también estoy hambriento, ¿cuánto tiempo hace que no como? No solo estoy hambriento, sino muerto de hambre... *Excuse me*, Alfredo, ¿no me hablaste de un restaurante?

* * *

Toma, lee mientras traigo nuestra comida. Alfredo saca de su bolsa una gruesa carpeta y la deja sobre la mesa entre el tenedor y el cuchillo. No quiero que creas que solo soy un hablador.

Dori está sentado en una silla que da a la calle. Sus ojos no se han saciado aún del panorama de la ciudad. Los levanta a menudo para captar un color que pasa y volver luego al blanco y negro de la carpeta.

Hay cartas de agradecimiento archivadas. Un sinnúmero de cartas. Cada una de ellas colocada en una funda de plástico. En inglés, en hebreo, en chino. ¿O es japonés? No está muy seguro de cuál de los dos se escribe en vertical.

Dori saca de su funda una carta escrita de derecha a izquierda y la lee:

No sabíamos nada de nuestro Yaroni desde hacía tres meses. Estábamos absolutamente desesperados. Habíamos intentado buscarle con la ayuda de las autoridades públicas, pero fue en vano. Hasta que nos recomendaron a Alfredo. Nada más verlo, supimos que había posibilidades de dar con él.

Sencillamente, no estaba dispuesto a darse por vencido, a lo largo de dos semanas nos llevó a lugares que no figuran ni en el mapa. En uno de ellos encontramos por fin a nuestro Yaroni, en un estado de desnutrición extremo. El médico nos dijo que, si por desgracia lo hubiésemos encontrado una semana más tarde, no estaría con vida.

Recomendamos calurosamente a Alfredo a todo aquel que no esté dispuesto a darse por vencido. Puede ser que parezca algo tosco pero tiene un corazón enorme.

Firmado: Familia Aviv, al fin reunida.

Sigue otra, con una escritura parecida (acaso alguien ha falsificado estas cartas para él, sospecha Dori, y se avergüenza por esta desconfianza).

¡A todo aquel que dude en alquilar los servicios de Alfredo!

Mi jodido hermano se juntó con toda clase de criminales en Colombia, que ni la policía se atrevía a meterse con ellos. Solamente gracias a los contactos de Alfredo logramos llegar a su campamento en la jungla y comenzar las negociaciones. Tuvimos que vender media casa en Israel para liberar a nuestro hermano de esos hijos de puta. Pero nunca dudamos, ni un solo instante. Durante todo el proceso, Alfredo estuvo a nuestro lado, nos explicaba lo que ocurría y dejaba que nosotros tomáramos nuestras propias decisiones. Es caro, el cabrón –entiende el hebreo, así que hay que tener cuidado cuando le tenemos cerca–, pero vale su peso en dólares.

Firmado: Omer Barzilai, su hermano.

En esta funda de plástico hay también una foto: dos muchachos jóvenes abrazados. Sonrientes. Uno con el pelo largo, de guitarrista rockero. El de la derecha parece el mayor, pero tiene los ojos turbios. El de la izquierda parece tener el cuerpo más débil pero una mirada más serena. Es difícil saber cuál de ellos salvó al otro.

Un cuerpo pesado aterriza a su lado y le hace levantar la vista de las cartas. Una india de cara ancha, amplios hombros y falda larga, separa las piernas como un hombre y lo empuja sin miramientos contra la pared. Entra en el restaurante una gran cantidad de personas. Algunas con traje de hombre de negocios, otras con harapos. Este restaurante carece de sillas, solo tiene bancos. Cuando terminas de comer, te pones de pie y cedes tu lugar a uno de los que esperan. Igual que en Pinati, piensa Dori y de súbito le parece escuchar el «no se mastica, se traga» del camarero de Jerusalén, que lo hizo reír y estresarse al mismo tiempo, la primera vez que su padre lo llevó allí.

Era uno de los tres rituales de ellos dos. El Pinati, una vez cada algunos meses. Un partido del Hapoal contra alguno de los equipos más potentes. Y la última película de James Bond en cuanto la ponían.

No hablaban mucho en estas salidas. El Pinati era demasiado ruidoso. En el partido del Hapoal había demasiada tensión. Y en la película de James Bond tenían solo el intermedio.

¿Qué, cómo van los estudios?, le preguntaba su padre cuando se encontraban solos en el cine (con el transcurso de los años: ¿cómo va la enseñanza? Más tarde: ¿cómo te va con Neta?). A lo que él siempre respondía: bien. Pero sabía que su padre pensaba que podría haber aspirado a más que a ser un profesor. ¿Te va bien allí? Decía su padre, haciendo como que estaba interesado, y Dori decía que sí. En general, sí. Consciente de que sería mejor reservar las quejas más amargas para su madre, que sabía escuchar mejor, y que de todos modos le transmitiría a su padre un resumen como Dios manda antes de acostarse. ¿Necesitáis algo, hijo? Era la frase siguiente del ritual. Y Dori le respondía, no, gracias. Nos arreglamos. Ya que precisamente porque había escogido una profesión con un sueldo irrisorio, sentía que debía demostrar a su padre que podía mantener a su familia con sus propios medios. Trabajando después de las horas de clase. Dando conferencias para adultos. Para turistas. Arañando un cuarto de salario en otra escuela. Bueno, pero si necesitáis algo, solo tienes que decirlo, concluía su padre, y entonces sonaba el timbre salvador avisando a los espectadores que la sesión continuaba.

Sin embargo, la última vez que fueron al cine, recuerda Dori, fue distinto. En el intermedio, su padre no le preguntó nada; solo dijo con un suspiro: estos James Bond van de mal en peor. Dori guardó silencio. Precisamente la película, hasta el momento, le había parecido bien y el nuevo actor que personificaba a James Bond era mejor que el anterior. Entonces su padre habló, sabes, cada vez que volvía del cine, tu madre me estaba esperando. Siempre empezaba por la película, me pedía que le contara el argumento. Pero mientras se la contaba, iba directa a lo que le interesaba de verdad. Su hijo. ¿Cómo está? ¿Qué cuenta? ¿Qué aspecto tiene? Su padre suspiró, se llevó un dedo al ojo, como tratando de secarse una lágrima y dijo: ¿a quién voy a contarle yo la película cuando regrese a casa?, ¿a la lámpara?

Dori no supo qué responderle. Nunca había tenido que animar a su padre y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Sintió que se presentaba una ocasión poco

frecuente de hablar con él con el corazón en la mano, pero no sabía cómo romper el hielo. Y antes de encontrar las palabras y elegir la formulación correcta, el timbre señaló que el entreacto había terminado y su padre se enderezó de golpe en su asiento. La película continuaba.

Cuando lo encuentre, se jura a sí mismo, nos sentaremos y hablaremos como Dios manda, como dos personas.

Okay, Dor-r-ri. Aquí tienes tu *churrasco*. Alfredo viene, alborotado, y le coloca delante un plato ovalado. Siento el retraso, *amigo*. Les dije que te frieran un poco más el *lomito*, porque el estómago de los *gringos* puede ser sensible los primeros días. Y no queremos que te enfermes, ¿eh?

Dori mira su plato. Comprimido uno sobre lo otro, amontonado, hay un bistec muy fino, un huevo frito, rebanadas de aguacate, alubias pintas y unas patatitas con manchas de tierra todavía visibles. Una mezcolanza realmente extraña, pero está demasiado hambriento para ser melindroso.

Bon appétit, le desea Alfredo, y al empezar a comer, Dori observa que utiliza su cuchillo como si fuera un tenedor: pincha el corazón de la patata con él y se la lleva a la boca. Después de apuñalar de ese modo los pedazos de bistec, que esta vez ha cortado con el tenedor, Alfredo guarda la carpeta en su bolsa y saca en su lugar otra de menor tamaño. Son unas cuantas cosas que debes firmar, dice y acerca a Dori unas hojas fotocopiadas. Llévalas al hotel y léelas, para que sepas qué firmas, ¿eh? Entretanto, te explico algo de nuestro método de trabajo. Digo «nuestro» porque tú y yo, desde mi punto de vista, formamos un equipo. Claro que podría buscar a tu padre yo solo, ¿no?, o enviar a mis informadores. Entonces ¿cómo es que te hago venir hasta aquí, Míster Dori? Porque un viaje, amigo, produce grandes cosas: abre el apetito y abre la memoria. Del apetito me ocupo yo, de la memoria, tú. ¿Qué quiere decir eso? Que todo lo que te pase por la cabeza relacionado con tu padre, me lo tienes que contar. Aunque te parezca que no tiene ninguna importancia. ¡Cualquier cosa! Por ejemplo, tu hermana Se-e-la me ha telefoneado hoy a la oficina para preguntarme qué programa teníamos. Le dije que hoy estás descansando y que mañana por la mañana nos vamos al mercado de Otavalo. ¿Y qué es lo que me ha dicho? Que en la última conversación que tuvo con vuestro padre dijo algo como que se compraría un suéter en el mercado porque empezaría a refrescar. Hasta ahora, nosotros –ella y yo– habíamos repasado esa conversación, por lo menos diez veces, ¿no? Entonces, ¿cómo recuerda un nuevo detalle de repente? A causa del viaje. *Mi* viaje y *tu* viaje le

abren los canales de la información. Y solo se puede encontrar a la gente con la ayuda de una información completa y minuciosa, *belive me*, Míster Dori.

A mi padre le gustan las películas de James Bond, se oye Dori decir a sí mismo.

¿*Cero cero siete*? Alfredo se ilumina. *Double O Seven*?

Sí, confirma Dori. Siempre vamos juntos al cine cuando se estrena una nueva película.

¡Es muy importante! Alfredo saca un cuaderno y lo apunta.

Pero ¿de qué puede servir?, dice Dori, asombrado.

En Quito hay cinco cines. Mañana voy a comprobar si en alguno de ellos ponen alguna película de James Bond. Podría haber tenido ganas de verla, ¿no?

Sí, pero...

De acuerdo, le interrumpe Alfredo, la posibilidad es pequeña. Pero ¿qué perdemos con dar su descripción al taquillero y prometerle una recompensa si nos proporciona alguna información? Sabes, cualquier detalle que puedas facilitarme podría ser el extremo del hilo que nos conduzca a él.

Dori asiente con la cabeza y termina de comerse las rebanadas de aguacate que quedan en su plato. La india corpulenta que está sentada a su lado se levanta con esfuerzo y en su lugar se instala una madre joven con su pequeño bebé ajustado a su cuerpo mediante una tela de colores. El bebé fija sus ojos oscuros en Dori y balbucea en la lengua internacional de los niños, y Dori recuerda que cuando nació Neta compraron un fular portabebés demasiado sofisticado y no lograron ponérselo adecuadamente, ni después de mirar dos veces un vídeo con las instrucciones hasta que una noche, finalmente, presos de desesperación, terminaron por atarse entre ellos, riéndose de su fracaso, riendo, besándose y acariciándose.

¿Y las mujeres, le gustan las mujeres a tu padre? ¿Como a James Bond?, pregunta Alfredo por sorpresa.

¿Las mujeres? Dori casi se espanta. No... ¿qué pretendes decir? ¿Por qué lo preguntas? Mi padre... amaba a mi madre.

Es lo mismo que me dijo tu hermana. Pero pensé que tú... como hombre... a lo mejor podrías ofrecerme un punto de vista distinto.

No. Dori siente una rabia que lo sacude. Mi padre pertenecía... al partido conservador de los amantes de un solo amor en su vida. Eran... los dos...

tendrías que haberlos visto. A los dos. A ella. Era una mujer maravillosa, mi madre. Él la admiraba.

Yes, yes, sure, lo interrumpe Alfredo, impaciente. ¿Ha terminado de comer, *miiii amigooooo? Vamos*, te llevo al hotel.

El hotel se encuentra en otra ciudad. Es decir, todavía se llama Quito, pero es absolutamente distinta a la ciudad vieja: de repente, bancos. Bares. Y hoteles con carteles de neón. El inglés de los turistas cosquillea los oídos, se hunde en ellos por un instante y rueda hacia adelante. ¿Y si tal vez –Dori piensa en esta hipótesis mientras camina– la ciudad nueva es la auténtica y la ciudad vieja solo una falacia para los turistas? Aquí no hay cerdo asado ni perros callejeros, pero sí McDonald's. Y una tienda con un cartel de Madonna en el escaparate. Roni está enamorada de Madonna. Asistió al concierto que dio en el parque del Yarkón, con una amiga. Primero le preguntó a él si quería ir. Sin embargo, él advirtió en su tono de voz que prefería que no la acompañara. Regresó del concierto radiante. Enardecida. ¡Qué espectáculo ha dado!, dijo extasiada, como flotando por el salón. ¡Y vaya cuerpo que tiene esa Madonna! ¡Es increíble que tenga cincuenta años!

Pero la música es una mierda, soltó él, en vez de callarse.

Para ti.

¿Me quieres decir que para ti es una buena música?

En primer lugar, sí. Y en segundo, suerte que fui al concierto con Limor y no contigo. Seguro que no hubieras parado de protestar.

Aquí está tu hotel. Alfredo se detiene ante una amplia escalinata. Todo está arreglado, amigo. Te aguarda una habitación limpia. Acuéstate temprano, porque mañana te paso a recoger a las cinco y media. Además, no tienes nada que hacer rondando de noche por la calle. Es demasiado peligroso. Pueden rebanarte el cuello. Y entonces, ¿qué le voy a decir a Seela? ¿Cómo le explico que no tuve cuidado de su hermano?

Dori asiente con la cabeza, mientras, inconscientemente, toca la riñonera que lleva bajo la camisa y se asegura de que sigue allí.

Y si, de todos modos, decides salir a tomar algo, porque al fin y al cabo eres un hombre –Alfredo dibuja una ancha sonrisa que pone al descubierto un diente de oro hasta entonces oculto–, entonces, toma un taxi, Mister Dori, *okay?*

No he venido hasta aquí para beber en los bares, Dori siente la necesidad de recordarle en voz alta, tal vez porque precisamente a última hora se ha

dejado arrastrar mucho más de lo que se creía capaz, por el placer de descubrir la ciudad.

Y Alfredo replica, *claro. Of course*. Le da una palmada en la espalda y lo empuja suavemente hacia el hotel.

* * *

Dori se despierta a medianoche. Según la hora local son las dos y media. Por lo visto, su cuerpo siente que ha llegado la mañana y se niega a conciliar de nuevo el sueño. Echa de menos a Roni. En casa, cuando se mete en la cama siempre se abraza a ella, es decir, a la manta con la que ella se envuelve, o bien le susurra al oído: Ven conmigo; entonces ella, incluso si lo ha ignorado durante toda la velada, toda la semana, todo el mes, todo el año, se vuelve en pleno sueño, aprieta sus muslos contra sus piernas y descansa la cabeza en el hueco profundo entre su torso y su hombro derecho, y su fatiga, su agotamiento de alta ejecutiva, fluye del cuerpo de ella al de él. Despacio, como una droga.

Ya no sabe dormir sin ella. Esa es la verdad.

Cuando hace unos meses ella fue a Barcelona, Dori, en la cama, leía libros. Terminaba uno y enseguida empezaba otro. Iba a la cocina para prepararse un té y lo dejaba en el posavasos. Intentó dormirse con una almohada. Y sin almohada, también. En su lado de la cama. En el lado de ella. En el de ella olía a panecillos recién hechos. Su olor. Se quedó allí. Intentó imaginar qué estaría ella haciendo en Barcelona en aquel instante. Acto seguido la telefoneó a pesar de lo tarde que era. No hubo respuesta. Y, de pronto, la imaginó con otro hombre. Alguien de su trabajo. Este pensamiento lo mantuvo en vela. Su pene se endureció al pensar que estaba en brazos de otro hombre. Y cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que ocurría realmente. Justo en ese mismo momento. Su relación con Roni era tan fuerte, tan profunda, tan larga, tan llena de sensaciones, que podía sentir que eso estaba ocurriendo a pesar de los miles de kilómetros que los separaban. Ella lo llamó al cabo de unos minutos, medio dormida. ¿Me has llamado? Sí, ¿dónde estabas? Estaba durmiendo. ¿Sola? ¿Qué quieres decir, Dori?, le respondió con voz forzada: claro que sola.

Saca de la bolsa el libro que ha llevado consigo. La Historia siempre coloca las cosas en su justa proporción.

Según narra el libro, hasta 1535 los incas dominaban Ecuador, momento en que fueron arrojados por los españoles. Hasta que estos fueron expulsados a su vez por el libertador del continente, Simón Bolívar. Lo que nos lleva a la independencia de Ecuador, en 1830.

Piensa en su breve paseo por la ciudad. Por lo que pudo ver, los incas no habían desaparecido en absoluto. Y los españoles también siguen aquí. Con su lengua y sus edificios coloniales. Sin embargo, a juzgar por la ciudad nueva, Ecuador no es un país independiente, sino una ciudad satélite de Estados Unidos, donde sus ciudadanos comercian con dólares, llevan Levis y escuchan a Madonna.

Le gusta enseñar a sus alumnos este tipo de grietas de la historia oficial, que se basa en memorizar fechas, para que puedan echar un vistazo más allá de la materia escogida en el bachillerato. Yo no enseñé historia, les explica siempre en su primera clase, yo enseñé historias. ¿La Edad Media? No todo era oscuridad ¿La Segunda Guerra Mundial? La pregunta no es por qué Estados Unidos intervino en la guerra sino por qué lo hizo tan tarde. ¿El Holocausto? No solo hubo el nuestro. También otros pueblos sufrieron genocidios. Aunque no se estudien en el bachillerato. ¿Nuestra guerra de Independencia? Si examinamos las cifras, no fue exactamente unos pocos contra muchos. Sí, chicos, es importante que prestemos atención a esto, es el vencedor quien generalmente escribe la historia, así que siempre vale la pena ponerla en duda.

Hace una semana que terminó el curso. Es cómico, recuerda, que precisamente los chicos de primero de secundaria —el grupo que durante todo el curso se había negado a colaborar y por el que debido a eso, cuando le tocaba con ellos no se apresuraba en llegar a clase—, fueron quienes le organizaron la despedida más bonita. Le compraron el último disco de Yuval Banai. (¿Cómo lo supieron? Una vez que hubo llegado a casa recordó que cuando empezaron a estudiar la Primera Guerra Mundial, él les hizo escuchar su canción: «No puedo detener esto» como un medio para conectarlos con la experiencia de un soldado en la guerra.) Acto seguido, Roy Yaacov subió al estrado y le pidió permiso para sentarse en su sitio y «ajustar el foco» tal como él les decía, luego lo imitó no del todo mal, incluidos los gestos grandilocuentes de las manos y el crac del borrador que le salía disparado en sus apasionadas clases, y la exigencia de «escuchar cómo giraban los engranajes de su cerebro» ante interrogantes difíciles, y las metáforas del

mundo del básquet, que no siempre venían a cuento, y su aversión obsesiva por los móviles y los mensajes de texto, y en cómo su voz se suavizaba cuando él mismo hablaba con Neta, y el excelente café que se traía de la calle en las horas de recreo, porque el café de la sala de profesores era como agua sucia, y cómo permanecía cerca de la ventana mientras sus alumnos resolvían los exámenes, acariciándose una barba imaginaria, con la mirada perdida por el patio, como si estuviera pensando en un nuevo *Altneuland*, cuando de hecho estaba pensando que Dror Hajaj debía debutar en el equipo de Hapoel, y aunque todos se reían mucho, se dio cuenta de que las risas eran más afectuosas que burlonas, él también se rio y aplaudió, y cuando Roy hubo terminado, extendió la mano hacia adelante e inclinó la cabeza, en honor de los aficionados del Hapoel en el estadio de Malha, entonces le entregaron el regalo que le habían preparado, una foto enmarcada, retocada con Photoshop, en la que lo hacían aparecer junto a Churchill, Roosevelt y Stalin, en la célebre fotografía de la conferencia de Yalta. Al pie: *A Dori, profesor de la vida, gracias por habernos hecho entrar en la Historia*, y él sostuvo el retrato en su mano, decidió no entrar en la sala de profesores, para que no se le pegara el olor a amargura que siempre había allí, y fue directo a la parada del autobús, mientras se decía con extraña satisfacción que había elegido bien, diez años atrás. Hasta la catástrofe de Arad y el asesinato de Rabin, estaba seguro de proseguir con sus estudios, pero después de esos dos acontecimientos que se sucedieron con pocos meses de separación, sintió una necesidad acuciante de fusionarse con la vida, de influir en la realidad y no solo observarla desde su torre de marfil y sus bibliografías, y, mira, realmente está ocurriendo, y sí, para momentos como este en los que siente que ha conseguido llegar a esos chicos, remover algo en sus almas, vale la pena soportarlo todo: el salario que lo obliga a trabajar tres tardes por semana fuera de casa impartiendo clases para adultos, el programa de estudios tan pobre al que él intenta siempre darle la vuelta, ese director idiota, el coronel que se cree el rey del mundo, esos dos alumnos tarados que hay siempre, cada año; los cincuenta minutos teóricos de clase, que en realidad son solo veinte, y el calendario hebreo, imposible, que no permite la continuidad de las clases, y la profunda desconfianza de la juventud actual sobre la necesidad de estudiar el pasado, con la que hay que luchar continuamente, convencerlos de que su presente solo es un caparazón; los alzamientos generalizados de cejas por todos lados, desde el mecánico hasta el consultorio médico, cuando dice que

es profesor, y la sutil condescendencia de los colegas de Roni en las extravagantes fiestas de trabajo en una playa cerrada ilegalmente, una condescendencia que había comenzado a hacer mella últimamente en ella, y acaso es debido a todo eso por lo que, cuando llega a casa, no le muestra la fotografía que sus alumnos le han regalado sino que la mete directamente en el mueble donde guarda sus carpetas.

Cierra el libro, apaga la lamparita y de nuevo intenta conciliar el sueño. No debo mirar el reloj, piensa. No debo mirarlo. Si lo mira, se dará cuenta del tiempo transcurrido y eso solo lo estresará y lo desvelará.

Mira el reloj. Son las tres y cuarto. A las siete, Neta se despierta y lo llama: ¡Pa-pá, pa-pá, ven! El niño ha aprendido ya que mamá está hundida bajo sus mantas de tal modo que no hay ninguna posibilidad de que lo oiga. Y arrastrando la manta detrás suyo, Dori se apresura a ir con él. Se apunta una pequeña victoria en el combate secreto que mantiene con Roni por el corazón de su hijo. Neta ya está sentado en la cama, con las piernas dobladas y el pelo hirsuto. Acuéstate a mi lado, le pide. Y Dori despliega la cama plegable y se tiende junto a él, cuan largo es. ¡Dame la mano!, exige. Y Dori pasa la mano bajo la barandilla de la cama, toma la mano suave y pequeña de su hijo. Cántame: «¡Amarillo, amarillo el que no bote!». Y Dori canturrea el eslogan de los aficionados «rojos» del Hapoel contra los «amarillos» del Beitar, lentamente, en su versión acústica, varias veces. Mi cuarto huele, repite siempre que Dori termina de cantar. No huele a nada, repite a su vez Dori como de costumbre. ¿Por qué te has despertado? He tenido una pesadilla. ¿Qué había en tu sueño? Me molestaban. ¿Quién te molestaba? Unos niños. ¿Qué niños?

Silencio. Hace ya un año que este diálogo se repite. Y el mismo silencio al final.

A veces, Neta se duerme en unos instantes y entonces Dori se vuelve a la cama con Roni. A veces el niño se niega a soltarle la mano y Dori se queda dormido en la habitación del niño y se levanta por la mañana con tortícolis. En los primeros instantes no sabe dónde se encuentra. Igual que le ocurrió en el avión.

Le gustaría saber qué ocurrirá ahora que él no está. ¿El niño aún lo llama? ¿Todavía protesta por el olor de su habitación? ¿Se despertará por la mañana entre sollozos sin ninguna razón aparente? De pronto siente la necesidad de saberlo. Tiene que hablar con él. Con ellos.

No comprende cómo no lo ha hecho antes. No comprende por qué no hay teléfono en la habitación. ¿Qué clase de hotel es este sin teléfono en las habitaciones? Baja a recepción en pantalón de deporte y una camiseta blanca, despierta a un empleado, que adormilado se resguarda tras una jaula con barrotes, para preguntarle cuánto cuesta una llamada. El precio es desorbitado. Prefiere esperar y llamar mañana desde la oficina de Alfredo. ¿Y cuánto costaría mandar un correo? Ya es más razonable. De todos modos, Roni vive con los correos. Lo verá al momento. El empleado abre la jaula y lo invita a sentarse frente al ordenador.

Hola, mi amor,

Escribe, luego borra y reescribe:

Hola, mis amores,

estoy en Ecuador, Quito es pintoresco, empiezo a comprender por qué mi padre se enamoró de este continente.

Alfredo es correcto, algo charlatán, pero da la impresión de que conoce su trabajo.

Ahora aquí es de noche. No logro dormir, por el jet lag o porque os echo de menos.

Como ya te habrás dado cuenta, listo de mí, olvidé el móvil. Por eso escribo.

¿Cómo está Neta? ¿Cómo le va en la guardería? ¿Se despierta por la noche?

Dale muchos abrazos y besos de mi parte. Y dile que su padre lo echa mucho de menos. No cambies ni una palabra, ¿de acuerdo? Díselo exactamente así. A la mierda la psicóloga.

Además, intentaré llamaros mañana desde la oficina de Alfredo.

* * *

Bienvenido a mi oficina, dice Alfredo señalando con la mano una autocaravana. Los primeros rayos del sol iluminan la calle tranquila.

Dori sube tras él, algo decepcionado –había imaginado una oficina amplia en un edificio alto, como los que han visto de camino hacia aquí–, pero cuando entran en el vehículo, la decepción deja paso a la sorpresa. Dos ordenadores portátiles colocados sobre una mesa espaciosa, deslumbrante de limpia, uno blanco y otro negro. Dos teléfonos móviles. Un teléfono vía

satélite. Encima de la mesa, una enorme brújula y seis relojes con la hora de Nueva York, Tokio, Bangkok, Londres, Sidney y Quito. La pared de la derecha está cubierta de mapas, como en un cuartel general. En la de la izquierda, cartas de agradecimiento enmarcadas y fotos de camaradería con los clientes: la ligera incomodidad de las personas que nunca se han fotografiado juntas. La iluminación es débil, de neón. Alfredo enlazado con mujeres, hombres, jóvenes, adultos. Alfredo pasando el brazo por la espalda a un hombre al parecer importante. El hombre importante más bien se apoya en él, que lo abraza con la mirada triste. John Moving, puntualiza Alfredo, observando la sorpresa de Dori ante la foto. Senador por Arizona. Su hija, practicando *rafting* en el río Chicamocha en Colombia, se cayó de la canoa en uno de los remolinos. La estuvieron buscando dos meses, sin encontrarla. A mí me llevó exactamente dos días comprender el río. ¿Sabes lo que es comprender un río, Mister Dori? Conocer cada meandro, cada roca. Captar hacia dónde quieren fluir las aguas. A cada instante. Saber que cada porción de río tiene su propia potencia y un fulgor distinto bajo el sol. Al cabo de dos días, me coloqué en un lugar determinado de la ribera y les dije: Busquen aquí, bajo esta roca. Me respondieron, imposible, no es en absoluto la zona donde cayó. Les dije a mi vez: Compruébenlo. ¿Tenemos algo que perder? Allí encontraron su cuerpo. Yo tenía razón.

Con qué frialdad ha pronunciado la palabra «cuerpo», piensa Dori.

Un ordenador emite un zumbido. El icono de un *mail* flota en la pantalla, luego arde. Alfredo lo ignora.

Dime... ¿no es... muy caro todo ese material?, inquiera Dori. ¿Alguien lo vigila por la noche cuando no estás?

En vez de responder, Alfredo descuelga un mando a distancia, colgado en la pared junto a la brújula, y aprieta un botón. Un cajón debajo de la mesa de trabajo se desliza sobre un rail. De pronto se abre de golpe, como una caja de sorpresas, y deja al descubierto una cama individual.

No me gustan las habitaciones de hotel, suelta Alfredo, y pregunta: ¿Estás listo para emprender el camino, Dori? La mochila que te compré está en el asiento de atrás. También encontrarás algo de ropa. Creo que tu maleta llegará hoy a última hora.

Justo en el instante en que Alfredo enciende el contacto, cuando los dos ya están sentados en la cabina, recibe una llamada y los minutos siguientes los dedica a tranquilizar a un tal Jeremy, de Australia: crisis psicótica. Aun no lo

sabemos. Parece ser peyote. Es un material muy fuerte. Se está tratando. Claro que sigue un tratamiento. Estoy siempre en contacto con ellos. Además, tengo a una persona en urgencias. Seguro que puedes presentarte aquí. Es tu hijo y tú debes decidir. ¿Yo? No te lo recomiendo. Porque puede ser que su estado empeore. Al verte. Sí. Exactamente. Espero meterlo en un avión de British Airways mañana. No, entre tanto no lo dejan salir. Pero mis hombres están en ello. De momento, estemos contentos de haberlo encontrado. ¿Quieres venir? Te lo repito... de acuerdo. Completamente de acuerdo. Tu mandas, Jeremy.

Alfredo apaga el móvil y masculla: otro judío. ¿Qué pasa con ustedes los judíos, dime, Dori? Escucha lo que te digo: además de los cinco sentidos que posee la gente corriente, ustedes tienen un sexto. El de la preocupación.

Dori no responde, en su fuero interno se pregunta si el comentario es o no antisemita.

Alfredo vuelve a darle al contacto y de repente lo apaga de nuevo entre maldiciones, *¡la concha!* Busca algo en su propio cuerpo. En la frente. En los bolsillos de la camisa. En los bolsillos del pantalón. Y suelta más palabrotas.

¿Qué has perdido?, le pregunta Dori, muy acostumbrado a situaciones como esa: en su casa es quien le encuentra a Roni todo lo que va dejando por ahí en su constante apresuramiento y que luego no puede encontrar. Gafas, bolso, mando a distancia del televisor.

Las gafas de sol, refunfuña Alfredo.

Dori cierra los ojos, reconstruye los movimientos de la mañana y dice: están en la recepción del hotel. Junto al timbre. Puedo correr y traerlas, si quieres.

Alfredo

Pobre Mister Dori. Me pide el teléfono para llamar a su casa y antes de que yo termine con la llamada que acabo de recibir, se queda dormido. Así ocurre con los gringos: los primeros días se les pone mal cuerpo. Y a veces también el alma. Duerme un poco, Mister Dori, vamos a bajar la música en tu honor. Así. Las personas, cuando duermen, son como niños pequeños. Aun la zorra

más puta *putana* entre las *putanas*, cuando duerme, parece una niña pequeña. A veces les pago una hora de más, solo para verlas durmiendo.

Tiene unas largas pestañas, Míster Dori. Como las de una muchacha. Y unas cejas finas igual que las de una muchacha. En cambio, tiene una frente potente, de hombre. Y algo más abajo del pelo, tiene una arruga que yo conozco *excelentemente*. La que se forma cuando uno de los padres, al que se ama realmente, muere. No es largo el pliegue, pero sí profundo. Como un surco. Las gotas de sudor pueden fluir de él como de un río.

Hace un año murió su madre. De enfermedad. Así me lo contó su hermana Seela. También me contó que hubo *mucho* gente en el entierro en Jerusalén. Que hacía mucho calor ese día. Que una colega de trabajo de la madre comenzó a leer un discurso pero no pudo proseguir. Que había a la vez en el cementerio otro entierro de alguien que había muerto en una explosión de bomba en un autobús, y el jodido marido de Seela, es decir, el que era entonces su jodido marido, llegó tarde, dado que salió con retraso del trabajo y acudió al otro funeral por error. No sé por qué me contó todo eso. Pero así son todas las conversaciones con esa Seela. Al principio siempre intenta que le rebaje el precio y discute conmigo las cláusulas del contrato. A continuación, poco a poco, pasa a hablar de su vida. En cuanto empieza, imposible abrir la boca. Ese es el problema con las personas solitarias. Si alguien las atiende, no cesan de comerle la cabeza. Desde que nuestra madre abandonó este mundo, me contó Seela, todo el mundo abandona a todo el mundo. Papá abandonó su trabajo y se fue de viaje a Sudamérica, como un muchacho al terminar el servicio militar. Yo abandoné a mi marido. Incluso en el museo todos se fueron. En medio año no quedó ni uno solo de los antiguos colegas de mi madre. Solo mi hermano Dori no ha abandonado nada. No estoy muy segura de que haya llorado a nuestra madre. En cualquier caso, yo no lo vi llorar. Precisamente por eso, su voz se volvió algo más grave, estoy preocupada por él, señor Alfredo. Qué le voy a hacer, soy su hermana mayor. Preocuparme por él forma parte de mi papel. Hubiese viajado en su lugar de haber podido. Es decir, si mi ex no fuera una mierda. Lo comprenderá en cuanto lo vea, no a mi ex, sino a Dori. No se equivoque con él. Parece serio, responsable y algo cuadrado. De los que te puedes fiar. Pero por dentro arde. Créame. Una vez en la escuela primaria volcó una mesa. No lo habían dejado leer el «Manual de lectura de Israel», porque sabía leer perfectamente y la maestra había preferido dárselo a alguien que tuviera

dificultad con la lectura. Otra vez, una maestra lo acusó de haber copiado y se sintió tan ofendido que ni se defendió. Simplemente se puso de pie y se fue. Lo recuerdo perfectamente porque me sacaron de clase para participar en su búsqueda. Al final lo encontramos subido a la copa de un árbol. Dijo que no bajaría hasta que la maestra le pidiera perdón. Un chico de nueve años, ¿te imaginas? Y a los dieciséis, se enamoró de su monitora del movimiento juvenil. Avivit, se llamaba. Tres años mayor que él. Muy guapa. De pelo rizado. De hecho, se parecía a su mujer. Estaba en boca de todo Jerusalén. Incluso entre la gente de mi edad. ¿Por qué? Porque cuando ella le dijo que no podía ser una monitora y un alumno, que iba contra las normas del movimiento, él hizo un graffiti en la pared de la nave de su sección, en el complejo ruso de Jerusalén: no hay leyes para el amor, avivit. Todo el mundo pensó que había enloquecido. Salvo mi madre. Creyó que era genial. Creía que todo cuanto hacía era genial. Aunque se tirase un pedo, creía que era genial. Tenían una relación especial, Dori y mi madre. Ambos se querían con toda naturalidad. Durante el servicio militar, Dori la llamaba mientras hacía guardia y hablaban hasta el amanecer. Si intentaba decirle algo, me hacía una seña con la mano, ahora no. A Dori le fue difícil en el ejército. Solamente estaba permitido a los hombres entrar en el Líbano, así que no tenía de quien enamorarse. Y hay también mucho bruto en el ejército. Y mi hermano es inteligente. Mucho más que yo. Vas a darte cuenta en cuanto lo conozcas. Sus alumnos adoran el suelo que pisa.

Sí, claro, digo, mientras pelo una manzana como postre. Mientras esa Seela charla podría zamparme una comida de nueve platos.

En resumidas cuentas, prosiguió, nuestra madre mantuvo a Dori a salvo en la época que estuvo en el Líbano. También después, durante años, tuvieron sus ritos. ¿Entiendes? Por eso estoy preocupada por él. Hasta ahora, su trabajo lo ha ayudado a no derrumbarse después de su muerte. El trabajo y también Neta. Cuando tienes un niño así metido en la cabeza, no te puedes permitir compadecerte de ti mismo. No, Neta no es autista. Todo lo contrario. Quiere comunicarse. Pero no lo consigue. Es difícil de explicar. El niño llora siempre. No, no está nada mimado. Es como si hubiera nacido triste. Se supone que los niños no deben estar tristes. Todavía no saben que la vida no es más que un sufrimiento continuo con raras pausas de felicidad. Yo tengo mi propia teoría al respecto. Vamos a dejarlo, así y todo, ya te he contado

demasiado. Seguro que piensas, vaya parlanchina. Seguro que dices, ahora entiendo por qué no tiene hombre, porque habla hasta por los codos.

No, Seela, qué dices, le respondo lo que ella espera oír.

De todos modos, Alfredo, lo que quise decir es que dentro de algunos días, cuando llegue Dori, no tendrá la red de seguridad que el trabajo y la familia le proporcionan y le impiden pegarse un trompazo. No estoy diciendo que debas buscar tú también una, Alfredo. Digo que, en el transcurso de la búsqueda no dejes de vigilarlo, y si te das cuenta de algo fuera de lo normal, telefonéame, por favor.

No te preocupes, lo vigilaré como si se tratara de un hijo, le prometo al final de nuestra conversación.

No tengo hijos. Alguien como yo que se despierta cada día en un lugar distinto, no puede ser un buen padre y es preferible no serlo que ser un mal padre, aunque Seela eso no lo sabe, pero que más da.

Dori

Abre los ojos. Se ha dormido solo unos minutos, a pesar de la cadencia abrumadora del viaje en autocaravana, pero le ha bastado para tener un sueño fugaz. En Israel nunca recuerda sus sueños, en cambio aquí recuerda claramente que buscaba a Neta —sí, era Neta y no su padre quien andaba perdido— y junto con Tseela colgaban la foto del niño en Purim, disfrazado de Napoleón, en el tablero de información del barrio. Y estaba preocupado por él, terriblemente preocupado.

Look to your right, Mister Dori, dice Alfredo. Por la ventana de la autocaravana se descubre un paisaje sublime: un lago de aguas cristalinas, rodeado de montañas, en las que se reflejan las nubes. Un sinfín de cadenas montañosas. Y, en el centro, no perturba la vista ninguna rotonda de tránsito. Tampoco una nueva ciudad con rascacielos. Ni hileras de vehículos todoterreno.

Tengo que volver aquí con Neta, piensa Dori (antes, cuando visitaba algún lugar hermoso pensaba: tengo que volver aquí con la mujer de la que esté enamorado). El niño no sabe qué es un horizonte abierto. Todos los rincones bellos de Jerusalén han sido asfaltados estos últimos años: en el Valle de los

Cedros han abierto una carretera, encima de Lifta han construido un cruce de vías rápidas, no han tocado el Valle de las Gacelas, pero encima han construido el complejo inmobiliario Holyland. Solamente el parque de Sataf ha quedado intacto. Pero incluso los días entre semana hay embotellamientos para llegar a la gruta del manantial. Así que intentaron llevar a Neta a sitios más alejados. A Galilea, al Néguev. Preparaban cuanto necesitaban el viernes por la noche y el sábado se levantaban a las seis para sortear los atascos. Evitaban la carretera principal y zarandeaban el Mazda de trabajo de Roni por carreteras polvorientas. Pero cada vez, cuando habían extendido la esterilla en el lugar más solitario posible, aparecía otra familia al cabo de pocos minutos. Con su esterilla. Su nevera. Su reproductor portátil de discos emitiendo una música tan fuerte, que ahogaba el susurro de las hojas.

En cambio, aquí y ahora, su enorme vehículo parece un saltamontes en comparación con los árboles inmensos, las altas montañas y las profundas gargantas por las cuales fluyen aguas vivas, no un vertedero. El sol resplandece entre las nubes y lame con sus rayos el lago. ¿Qué color es ese? No exactamente azul, no exactamente verde. Violáceo. No hay olas en este lago, ni espuma. Una barquita a remos boga suavemente, dibujando la proa un signo de interrogación.

¿Cuándo fue la última vez que lo había sobrecogido una emoción estética? Le parece que fue en el Sinaí. En su última visita a Said, en Ras al-Satan. El taxi se deslizaba en dirección a la cabaña central, y la aparición de la línea de la costa con los pequeños promontorios como setas en su cresta, le ensanchó el corazón. Aunque también su Sinaí lo había aniquilado. Dos años antes, cuando le empezaron a llegar las primeras fotos del atentado y comprendió que se trataba de «su» playa, se echó a llorar. Insólito. No había llorado ni en el entierro de su madre. Pero en cuanto vio las fotos de la destrucción de Ras al-Satan –las cabañas derrumbadas, los platos rotos– le empezaron a temblar los hombros. Al principio había llorado en el salón, entonces sintió que no estaría bien que Neta viera llorar a su padre, así que alcanzó el dormitorio, donde su llanto ahogado dio paso a unos sollozos irreprimibles. Neta quiso ir tras él, pero Roni lo detuvo. Ahora papá necesita estar solo, le explicó.

Después, cuando Neta dormía, ella le preguntó con su ternura de antes: ¿Qué ha ocurrido?

Él dijo que no lo sabía.

¿Viste en el artículo a algún conocido?

No.

¿Y entonces?

No sé.

Podría ser la acumulación de tensiones, ya sabes.

Podría ser. Pero también...

¿Qué?

Tenía un lugar, mío, Roni, ¿entiendes? Un lugar en el que podía refugiarme. Hace años que no lo he pisado. Pero sabía que en caso de necesidad las montañas estarían allá. Y el mar.

Todavía están allá, lo sabes.

Pero no será lo mismo. Basta con que ocurra algo así una vez, y se terminó, el lugar está profanado por el miedo.

Tengo que volver aquí con Neta, piensa ahora. Si todo llega a buen fin –se jura gravemente a sí mismo– volaré con él a esta Sudamérica impoluta en las próximas vacaciones de verano. (Seguro que Roni estará demasiado ocupada para acompañarnos. Así que solo volarán los dos. De ese modo lo compensará también de este abandono.)

Entre tanto, mientras en toda la naturaleza – hojas, gotas encima de las hojas, rocas, gotas sobre las rocas– resplandece un nuevo día, Alfredo no cesa de trabajar por teléfono.

Una muchacha británica ha sido detenida en Bolivia por posesión de hachís, y encarcelada. No hay nada que hacer, intenta convencer a los padres. Si queremos que tenga alguna posibilidad de salir, hay que abrir la cartera y hacer un donativo a la policía local. Así funcionan las cosas en Bolivia. ¿Cuánto? Los padres tratan de informarse desde el otro cabo del hilo telefónico y Alfredo hace una pausa, intentando calcular el cambio de moneda boliviana a libra esterlina o quizás para evaluar su comisión en el negocio.

De repente, un frenazo. Delante de él hay una pequeña hilera de vehículos. Alfredo se disculpa con sus interlocutores del otro lado del globo terráqueo, apaga el teléfono y empieza a maldecir. ¿Qué ocurre? No tiene ni idea. Sale del coche para averiguarlo y regresa al cabo de un momento. Hay una manifestación, le explica a Dori. El gobierno quiere hacer una presa en el río para producir electricidad y los lugareños que viven de la pesca en este río se oponen. Detienen la circulación con sus vehículos a modo de presa, hasta que el gobierno renuncie a su proyecto.

¿Qué hacemos?, pregunta Dori.

Depende de ti, responde Alfredo. Podemos esperar hasta que la manifestación termine o podemos intentar seguir por otra carretera. La otra carretera es menos simpática pero nos conducirá a tiempo a Otavalo.

¿Cuánto tiempo va a llevar hasta que dispersen a los manifestantes? Dori los señala con un gesto.

Entre dos horas y una semana, dice Alfredo.

La otra carretera se desmorona por los bordes. Unos minutos después de haber tomado el desvío, empieza a llover. Dori está acostumbrado a que, en Israel, las nubes se congreguen en el cielo varias horas antes de arriesgarse a dejar a caer las primeras gotas, pero aquí, sin previo aviso, le han mojado la camisa por la ventanilla abierta. La cierra y, en pocos segundos, el goteo se convierte en una verdadera tempestad. En contados minutos, el polvo acumulado en los márgenes se ablanda de modo tal que las ruedas de la autocaravana salpican lodo por todos lados.

Alfredo, dice Dori, *isn't dangerous?*

Don't you worry, Míster Dori!, dice Alfredo mientras pisa el acelerador.

Da la impresión de que viajan sobre un hilo, que solo una angosta franja de tierra es lo suficientemente estable para soportar el peso del vehículo, y que por ambos lados les espera el abismo.

De pequeño le gustaban los peligros: trepar a los árboles de imposible descenso, saltar el primero la cascada del río Yehudia. Tampoco en el Líbano, cuando el fuego del mortero caía sobre su puesto, ni un solo instante temió por su vida. Pero desde que es padre, todo lo atemoriza y la menor amenaza a su vida despierta en él el pánico a morir. Casi como un presagio mortal. Bastaba tan solo que un taxista pasara en ámbar o que le subiera la fiebre por encima de treinta y ocho grados para que la imagen de su entierro le cruzara ante los ojos. Siempre la misma imagen: lo enterraban junto a su madre, en la tumba vacía destinada en principio a su padre. Tseela sollozaba mientras el rabino entonaba el canto fúnebre *El malé rajamim*, pero Roni no. No lloró. Roni era reservada, digna. Llevaba un vestido negro que mostraba cuán hermoso era su cuerpo mientras que dos hombres que no conocía, del tipo de Swircz y Tanzer, la sostenían uno a cada lado, y Neta estaba delante de ella, le llegaba a la cintura, mirando cómo cubrían a su padre con tierra y parecía perdido, triste, huérfano-de-padre...

Alfredo reduce la marcha. El camino gira bruscamente y surge un camión de frente. No hay sitio para los dos vehículos en la carretera deshecha por la lluvia y transformada casi en camino de cabras, así que Alfredo da marcha atrás. A Dori, la maniobra le parece peligrosa en extremo, un escalofrío le recorre la espina dorsal, eso es el fin. Pero de algún modo el camión consigue pasar, sin rozar la autocaravana y sin precipitarse por el barranco.

Listen, Alfredo, maybe...

We make a stop in a minute, responde Alfredo.

Se detienen junto a un quiosco con el letrero de Coca-Cola en lo alto.

El dueño conoce a Alfredo. Todo el mundo conoce a Alfredo. El dueño tiene un rostro muy arrugado y el pelo negro, como el de un joven, y lleva un jersey parecido a los que luce Amos Oz en las fotos. Dori pide una Coca-Cola, solo hay Inca-Cola. Bebe, lo anima Alfredo, está buena. Dori bebe. No está buena. Y no tiene suficiente gas. Pide agua. Le dan agua con gas. Pero ya no le parece bien pedir otra cosa. Así que ahora bebe agua con gas, exactamente como su padre. Y, sorprendido, constata que su salinidad le parece agradable.

En un estante una radio antigua y enorme, del tipo que emitió la votación de las Naciones Unidas sobre la partición de Palestina en dos estados, en 1947, trasmite en mono la versión ecuatoriana de un programa de fin de semana de fútbol israelí. A ambos lados del transistor hay sendos botellines de cerveza vacíos, con el rótulo de cerveza. Pasan varios días para que Dori comprenda que no es una marca sino el nombre de la bebida en español. Para todo tipo de cerveza.

Alfredo y el dueño conversan. Gravemente. Él capta palabras sueltas. *Padre, Otavalo, Jerusalén, ¿Jerusalén?* El dueño abre la boca, asombrado, dejando al descubierto unos dientes podridos. De pronto les suelta un chorro de palabras a Alfredo y a Dori mirándolos alternativamente.

Alfredo le traduce: pregunta si ustedes, en Jerusalén, tienen un muro donde se pueden dejar mensajes con peticiones a Dios entre las brechas... entre sus piedras...

Dori asiente.

Pues él pregunta que si estarías dispuesto a tomar su mensaje y dejarlo en... ese muro, cuando regreses a Jerusalén.

Increíble, piensa Dori, y dice: Ningún problema.

Pero sí hay un problema. Parece ser que el hombre no sabe escribir y manda a su hijo pequeño a buscar al mayor que ha ido varios años a la escuela, en Quito.

Alfredo, ¿y si escribieras por él?, propone Dori.

Alfredo le explica que es muy importante para Jesús que sea su hijo quien escriba su deseo y le propone a Dori que, entretanto, le muestre las fotos de su padre.

Dori saca las fotos de la bolsa y las deja sobre la mesa, junto a la botella de Inca-Cola. Jesús las toma, las examina largamente, observa a Dori también largamente y masculla, *sí, sí, sí*.

A Dori se le despierta una esperanza. ¡*Sí*!, quiere decir *sí*! Sin embargo, en cuanto Alfredo le traduce las frases siguientes resulta que al fin y al cabo lo que Jesús quiso decir es que Dori se parece al hombre de la foto.

¿Lo ha visto?

No, no lo ha visto.

Eso no quiere decir nada, se apresura a tranquilizarlo Alfredo con una mano sobre el hombro. Es una carretera secundaria. Muy poco frecuentada.

Entonces, ¿por qué me has pedido que le mostrara las fotos? Dori está enojado, Alfredo no responde, pero retira la mano de su hombro.

El chico que ha asistido a la escuela llega pasada una eternidad con un cuaderno de cuentas, y el padre le dicta el mensaje. Al chico le cae el pelo sobre los ojos y lo aparta con un gesto rápido. Escribe lentamente, traza cada signo con esfuerzo y Dori piensa que, en realidad, el chico podría escribir su propio deseo a Dios, por ejemplo «salir zumbando de este agujero», sin que Jesús lo supiera jamás; hasta tal punto el padre depende del hijo.

El hijo termina de escribir y entrega el papel a Jesús que lo examina largo tiempo como si lo pudiera leer y, acto seguido, lo dobla cuidadosamente, como se dobla una camisa recién planchada, lo besa y lo confía a Dori.

Gracias, le dice con los ojos brillantes.

Por favor, intenta decir Dori.

No, por favor, lo corrige Alfredo. *Por favor is: please. Say: de nada.*

De nada, intenta Dori de nuevo. Jesús asiente y aguarda con ansiedad para ver qué hace Dori con el papel.

Primero lo mete en su riñonera. Luego rectifica y lo mete en el pequeño bolsillo de sus vaqueros. Jesús aprueba con la mirada que el lugar es lo suficientemente honorable para él y le ofrece otra IncaCola, por cuenta de la

casa. Dori declina la oferta. Otra vez este sirope no. Entre tanto, la lluvia ha cesado, surge el sol a una velocidad asombrosa y él ya quiere partir.

En el cielo se despliega el arcoíris, ellos le dicen *ciao* a Jesús y a sus hijos y se dirigen hacia él.

Cuánto hacía que no veía un arcoíris como ese, con colores tan nítidos y definidos, piensa Dori mientras se remonta hacia atrás en el tiempo, a las últimas vacaciones familiares en Beit Lejem de Galilea. El fin de semana que desbordó el vaso. Roni y él se habían peleado desde que salieron a la carretera. De hecho, antes de salir. Empezaron los preparativos a las nueve de la noche del jueves, porque Roni había regresado tarde del trabajo. ¿Crees que vale la pena salir ahora? Nos iremos mañana, sugirió él. Y ella se obstinó, ya hemos pagado, ¿quieres echar a la basura mil shekels? Neta, por supuesto, se durmió al instante en cuanto se pusieron en marcha y luego, al llegar a la habitación —era mucho más pequeña que en las fotos de Internet y sin separación entre su cuarto y el del niño lo que eliminaba la posibilidad, de todos modos débil, de que hicieran el amor—, el niño se despertó y no les dejó pegar ojo en toda la noche, al día siguiente estaba cansado y lloriqueaba por cualquier cosa y, como de costumbre, los enfrentó el uno al otro reclamando que «solo papá» lo tomara en brazos y «solo mamá» lo llevara a hacer pis y se ofuscó en pedir Bamba, que era su manzana de la discordia, una y otra vez, ya que Roni creía que era el peor de los males y Dori que era el menor de los males, luego les hizo avergonzarse en la cena en el restaurante de Galilea, de mesas bajas, en el que todos, salvo ellos, eran jóvenes parejas retozonas que hablaban con paz interior, vestían zaragüelles, parecían que acababan de follar tres veces seguidas y que ahora tomaban el té de después, y se compadecían de esa familia de la mesa aislada, cuyo niño se comía los mocos y tamborileaba con el tenedor y el cuchillo sobre el plato, rasgaba con los dientes el sobre de azúcar desparramándola por todos lados, seguro que tiene algún problema, se decían, algo en el cerebro, quizás genético porque sus padres parecen algo retrasados, la mirada perdida, irritables...

Al día siguiente apenas hubieron desayunado, dejaron la habitación y renunciaron a la excursión a pie por el «sendero de Israel» bajo el pretexto de adelantarse a los embotellamientos aunque, en el fondo, fuera para evitar más daños. Cerca de Zikron Yaacov empezó a llover, y se alegraron porque así no se habían perdido nada y, enseguida, de un extremo a otro del horizonte, apareció en el cielo un arcoíris espectacular. ¿Lo ves?, preguntaron a Neta. Él

asintió y detalló los colores y una preciosa sonrisa se dibujó en su cara hermosa, a continuación se durmió tranquilamente y hasta el intercambiador de Javatsalet, fueron una familia como todas.

En el cruce de Havatsalet, llamó la madre de Yaeli para decir que finalmente su hijo no iría a jugar con Neta, como habían acordado –no recuerda con qué pretexto, un virus digestivo, una abuela enyesada–, los padres hicieron lo imposible para no decirles la amarga verdad: sus hijos no querían ir a jugar con Neta.

Algo de la dependencia de Neta los aparta, supuso en voz alta, cuando Roni hubo terminado la conversación.

¿Qué quieres decir con dependencia?, dijo Roni.

¿Entonces, qué es?

No lo sé. Nos agota. Puede ser que a ellos también los agote. No sé.

Quizás deberíamos pedir consejo a algún profesional... sugirió, convencido de que ella se negaría. La única vez que había ido al psicólogo tuvo la impresión (cierta, por otra parte) de que él intentó ligar con ella, y desde entonces toda la profesión cayó bajo sospecha.

De acuerdo, dijo para su sorpresa. Con la condición de que sea una mujer. Y que me dejes acordar con ella los honorarios. No vaya a desplumarnos.

Cuando imaginaba esa primera entrevista estaba seguro de que Roni llegaría tarde y, una cosa llevaría a la otra, la discusión derivaría con naturalidad al hecho de que ella no estaba suficiente tiempo en casa y eso no hacía ningún bien al niño; y él podría arrellanarse en el sillón, que seguro sería de cuero negro, en señal de «te lo dije». Sin embargo, Roni precisamente llegó a tiempo y la conversación, que había comenzado con una visión general de su modo de vida – la psicóloga había pedido: «Antes de formular una opinión, quiero conocer vuestro día a día»–, no sabe cómo ni por qué, se fue enfocando en su ritual de acostar a Neta, que a los ojos de la psicóloga era «exagerado en relación con la edad del niño» y seguramente «completamente desmesurado».

Los psicólogos son todavía más insoportables cuando tienen razón. En efecto, Neta no estaba en el exterior, al otro lado de alguna frontera. Estaba en su interior, latiendo como un segundo corazón. Sus amigos le habían advertido que el vínculo no se establecía de inmediato. Me llevó un año entero hasta que sentí algo por mi hijo, le confesó uno de ellos con una rara jactancia. Sin embargo, a Dori le llevó menos de una hora. La verdad era que

había soñado con ese niño un sinnúmero de noches. De un modo asombroso, el instinto paternal había madurado en él antes que el conyugal. Años antes de que Roni surgiera de las brumas de su soledad se imaginaba deslizándose por la pendiente de una colina cubierta de césped, con su futuro hijo, o jugando con él al básquet en el patio, o leyéndole *El rey Mateíto*, de Janusz Korczak. Lo que no se había imaginado es que su hijo fuera a ser tan guapo. Más guapo que ellos dos. Ojos oscuros, pelo y piel claros.

Toma, amor mío, Roni le dio al niño que había tenido contra su pecho largo rato. También es tuyo. Nunca lo había llamado «amor mío». No lo había hecho antes ni lo hizo después. Como el negativo «i», ese hápax que aparece una sola vez en la Biblia. Él dudó. Le daba miedo que se le resbalara. Miedo de que Neta se escurriera de sus brazos como un delfín en una piscina. Tienes que hacerlo, lo animó Roni, con un brillo especial en el rostro después del parto.

Algunas madres mantienen al hombre a distancia, acaparan al niño para ellas. Roni fue generosa. Ya desde el primer día. Y también después. Al cabo de cinco meses regresó a su trabajo de ejecutiva y dejó a Neta en manos de Dori. Lo había programado con anterioridad, por supuesto. Quedó embarazada justo a tiempo para que su vuelta al trabajo coincidiera con las vacaciones escolares de verano de Dori. Y así fue. El niño y él hicieron un pacto. Aprendieron a conocerse sobre la alfombra. Daban un breve paseo con el cochecito al parque de las madres. Al regresar, escuchaban King Crimson y Génesis (¡al niño le gusta la buena música, no toda esa basura para niños!, le contaba, orgulloso, a Roni), y descansaban uno en brazos del otro mientras tarareaban lentamente «Amarillo el que no bote», la canción los mecía para una larga siesta, y luego los dos esperaban ansiosos (Neta lloraba y él devoraba albaricoques) a que la puerta se abriera y entrara su amada.

El niño sin duda está muy unido a ti, pero tengo la impresión de que guarda una buena relación con su madre, manifestó la psicóloga cuando fui a consultarla antes del viaje. No será fácil para él, habida cuenta de que atraviesa también por unos días difíciles en la guardería, aunque se adaptará. Los niños poseen un sentido natural de adaptación. Lo que me pregunto es – añadió con una leve sonrisa dibujada en sus labios– cómo vas a soportar tú esa separación.

Roni se rio. Y la velada solidaridad femenina que había existido en la sala desde la primera cita, se consolidó finalmente bajo sus ojos.

* * *

La puta que te parió, maldice Alfredo. Le parece que ha olvidado sus gafas de sol en el quiosco de Jesús y ahora tendrán que volver a buscarlas.

Tus gafas de sol están en el bolsillo de tu chaqueta, dice Dori. Las metiste allí cuando empezó a llover.

Alfredo mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y se ríe. Formamos un buen equipo, ¿eh? le dice a Dori mientras le palmea el hombro.

Al cabo de varias curvas moderadas aparece bajo sus ojos la ciudad de Otavalo, descansando en un pequeño valle como una bola de pelusa en el ombligo.

Alfredo

A cada momento Mister Dori mira su reloj. No hay nada más inútil que mirar el reloj mientras se viaja, si lo pensamos bien. Porque, de todos modos, se llega cuando se llega. Vaya con esos gringos. Piensan que son los dueños del tiempo. Que lo pueden dominar. Lástima. Nosotros ya comprendemos que no es así desde el primer día en la escuela primaria, porque el maestro llega con dos horas de retraso. Su coche se ha quedado atascado en el barro. O, simplemente, bebió de más la noche anterior y se le han pegado las sábanas. Y mucho mejor que no se haya despertado. De ese modo da una lección importante a sus alumnos: gran parte de la vida tendrán que esperar. Así que no hagan de eso un problema, ¿eh?

Ese Mister Dori de seguro que no hace esperar nunca a sus alumnos. Seguramente, prepara sus clases como se debe y no me cabe duda de que también da deberes para casa, difíciles pero no mucho. Seguro de que también es un buen padre para su hijo. Y un esposo fiel. Nunca ha pasado tanta hambre como para robar. ¿Un cigarrillo? Le ofrecí uno antes del último descenso a Otavalo. ¡Qué va! No fuma. ¿Y beber? Así-así, a veces. ¿Y apostar? ¡Qué va! De hecho, sí... una sola vez.

Cuenta, cuenta, digo excitado. Puede ser que ahora le salga el niño que volcó una mesa en la escuela.

Antes de casarme, empieza a contar, mis amigos me organizaron una de esas fiestas de despedida de soltero y fuimos al casino de Jericó. Ahora ya no existe, el casino. Fue bombardeado en una de esas guerras nuestras. Tampoco mis amigos son realmente mis amigos.

Bueno, y...

Compré algunas fichas para que se divirtieran. Y las puse al número 4 de la ruleta. Es mi número de la suerte.

No digas más, ganaste.

¿Cómo lo sabes?

Es lo peor, ganar la primera vez.

Sencillamente, ya no me pude detener. Se podían comprar más fichas con una tarjeta de crédito. Así que compré y compré. Me volaron unos dos mil dólares. Y era incapaz de detenerme. Hasta que mis amigos me agarraron por las axilas y me llevaron a rastras hasta el parking. No quería seguirles. Había perdido los estribos. Intenté librarme de ellos.

Lo más sensato en la vida, le dije, consiste en saber detenerse a tiempo. La mayoría de las personas que busco no supieron detenerse a tiempo. Con las drogas. Con las mujeres. Con el camino que termina, y así y todo, deciden continuar metidos en la maraña.

¿Eso es lo que le sucedió a mi padre, según tú?, le preguntó.

Sabía que me lo preguntaría. Podría ser, le respondí. Pero él es un hombre adulto. También podría ser que la historia fuera distinta.

* * *

Deberías haber visto cómo las mujeres danzaban a su alrededor durante la semana de duelo, me dijo Seela en una de nuestras últimas conversaciones. Antes intentó discutir conmigo la cláusula «Argentina» del contrato. ¿Qué significa: que si la búsqueda por casualidad se extiende hasta Argentina no estás obligado a acompañar a Dori? ¡Déjalo!, le dije, esa cláusula está en todos mis contratos. No hay más que hablar. Pero... intentó ella. *Take it or leave it*, le respondí. Pero ¿por qué? No respondí. Creí que entre nosotros había sinceridad, Alfredo. Es cierto, entre nosotros hay sinceridad, Seela. Cuéntame algo más sobre tu padre. Me dijiste que era un hombre guapo. ¿Tuvo historias con mujeres después de morir tu madre? No, qué dices. ¿Cómo lo sabes? Él no... no era de esos. Es decir, qué más hubieran querido

muchas. Tendrías que haber visto qué ocurrió durante la shivá. ¿Qué es la shivá? Es el modo que tienen los judíos de guardar el luto. Están en casa siete días, durante los cuales viene la gente para presentar sus condolencias y comer burekas. En nuestro caso, fueron solo seis días porque mi padre, hacia el final, estaba hartado. Las mujeres venían con cacerolas. Y con el botón de arriba de la blusa abierto. Casadas, viudas, solteras. Todas ellas se agachaban mostrando el escote, le besaban los pelos de la barba y se sentaban en una silla junto a él. Muy cerca. Pero no había ninguna posibilidad de que ocurriera algo. Estaba absolutamente trastornado por la muerte de mi madre. Sabes, Alfredo, la gente utiliza la palabra «amor», pero existen muchas clases de amor en el mundo. Yo, por ejemplo, amé a mi exmarido, esa mierda. Pero no de ese modo. Yo no tuve ningún problema en salir con otros hombres una semana después de haberme separado de él. Contigo también habría salido, Alfredo, de no haber estado tan lejos. Me pareces bien. Algo gordito para mi gusto, según la foto de tu web. Aunque nada que una dieta no pueda remediar. No, no, mi padre amaba a mi madre con un amor completamente distinto. Tiene que ver con la lealtad, sabes. Si tienes la seguridad de que tu pareja no te abandonará jamás, estás dispuesto a confiarle gran parte de tu alma.

No, no puedo imaginar a mi padre con otra mujer, de momento. Sencillamente, no puedo pensar en una imagen así. ¿Qué es lo que podría imaginar? Que resbale y caiga por un precipicio. Que le muerda una serpiente en plena selva y no tenga a nadie que lo cuide. Que esté en manos de la guerrilla colombiana. Eso sí. En uno de esos pozos tapados por una reja. Como en las películas de Vietnam. ¿Cómo sabes que no, Alfredo? ¿Intuición visceral? Si me hubieras hablado de intuición del bazo, del diafragma, del hígado, lo hubiera creído. Pero ¿qué significa intuición visceral? Es demasiado imprecisa...

Pues, ¿sabes que tengo una corazonada? Mi corazón me dice que tu hermano y yo encontraremos a tu padre con vida. Y que tú y yo iremos a París un fin de semana para celebrarlo, ¿entendido?

Suerte que todavía no se ha inventado una máquina que lea los pensamientos porque, al entrar en Otavalo, adopté una expresión grave y me mordí el labio inferior para parecer profesional. Sinceramente, quiero devolver su padre a Mister Dori, hace ya mucho tiempo que no deseaba tanto encontrar a alguien, aunque todo cuanto tengo en la cabeza cuando nuestra

autocaravana se detiene en la plaza del mercado, es la imagen de mí mismo y de su hermana Seela follando contra una pared, en un hotel de París. En realidad, follar contra una pared no es que funcione muy bien pero, en la imaginación, la hermana de Dori me rodea con las piernas la cintura y la amo con tanto ímpetu que olvida lo que su marido de mierda le hizo y olvida también charlar tanto, solo profiere sílabas sueltas, primero en hebreo, a continuación en español, después en francés y, finalmente, en la lengua internacional de las mujeres a las que un hombre alegra el cuerpo, luego no le pago y ella no se va. Se queda. Estamos acostados el uno junto al otro, tranquilos, y le cuento las búsquedas infructuosas, las que no cuento a nadie, ella me tiende la mano y yo se la sostengo hasta que recobro las fuerzas para empezar de nuevo.

Dori

Toma los prismáticos que Alfredo le ha dado y busca la melena plateada de su padre. O su andar peculiar –algo encorvado a causa de una herida de guerra, un porte orgulloso por su personalidad–, o su chaqueta marrón, o su nuez de Adán, que le sobresale de perfil...

De vez en cuando le da un salto el corazón porque le parece que quizás...

Pero es solo una ilusión pasajera. Papá-Fata Morgana.

La plaza del mercado de Otavalo, que estaba casi vacía cuando la observaron desde el mirador, en dos horas se ha llenado de centenares de puestos, todos hacinados. Las calles de los alrededores se han cerrado a la circulación de camionetas mientras que todo el mundo, lugareños con cestos, al lado de turistas provistos de cámaras fotográficas, y policías, intentan abrirse paso por las estrechas callejuelas entre los puestos, y a Dori le resulta difícil la búsqueda.

Ven, vamos a bajar, le dice Alfredo.

No lo entiendo, Dori aparta los ojos de los prismáticos que Alfredo le ha dado, ¿no quieres que nos quedemos aquí arriba para ver si mi padre está por esta zona?

Hace tiempo que tu padre ya no está aquí, concluye Alfredo. Estuvo hace dos meses, y Otavalo no es un lugar para quedarse más de unos días.

Entonces, ¿*what the fuck* hacemos aquí? Dori siente cómo se le sube la sangre a la cabeza.

Estamos intentando conocer el río, responde Alfredo con calma. Quiero ver cómo paseas por el mercado. Te quiero observar. Qué te interesa. En qué puesto te detienes. Quiero que pienses en tu padre deambulando por el mercado. Y que me cuentes todo cuanto se te pase por la cabeza.

Entonces, ¿para qué diablos me diste los prismáticos?

Ah, bueno, muchacho, de nuevo Alfredo deja al descubierto su diente de oro, era para que contemplaras las tetas de las turistas.

Escucha, ejem... señor Alfredo –Dori apenas puede dominar el deseo de arrearle un puñetazo que le salte ese diente de oro y los otros también–, no he venido aquí para verles las tetas a las turistas. Vine para encontrar a mi padre. Y no comprendo por qué en lugar de recorrer como locos este mercado, no

hacemos algo tan simple como comprobar si su nombre está apuntado en el registro de algún hotel.

Look, Dori –Alfredo sigue calmado–, voy a explicarte algo. Hace un año, un muchacho francés se perdió en los bosques. Como sus padres tenían una billetera gorda, alquilaron un equipo entero que rastreó el territorio metro por metro. A lo largo de un mes. Y no encontraron nada. Entonces me contrataron a mí como consejero. Fui para allá y encontré el cuerpo en dos días. ¿Por qué? Porque emprendieron la búsqueda de forma metódica. Y yo, en cambio, intenté perderme. Observé el último lugar en el que se lo vio y desde allí procuré caminar como alguien que no sabe a dónde va. Como alguien que pretende ver en cada claro entre los matorrales... un sendero.

Ese hombre me empieza a hartar con su arrogancia, piensa Dori, y dice, bien, ¿y entonces?

En realidad, el mundo no es armonioso, Dori. Y eso solo nos lo contamos para poder seguir viviendo. El mundo es un gran *quilombo*. ¿Crees que no mandé a mi gente a investigar en los hoteles? Claro que los mandé. El nombre de tu padre no aparece en ellos y sin embargo te digo que pasó por aquí.

Pero...

Look, Dori. Es así como trabajo. Si no te gusta, si no me tienes confianza, dímelo ahora. Podía haberme hecho cargo de otras tres búsquedas, pero los escogí a ustedes, porque su historia... me ha conmovido. Pero si no te interesa, dímelo. Porque yo tomo mis bártulos y me voy sin reclamarte ni un solo peso.

Hijo de puta, piensa Dori. Y tarda en darle su respuesta, a sabiendas de que la conoce en su fuero interno.

Vamos al mercado, amigo; Alfredo le pone una mano en el hombro, vamos antes de que suban los precios.

Descienden, se dejan arrastrar al ojo del huracán de la plaza, se escurren por las callejuelas entre los vendedores. Dori saborea unas semillas desconocidas de color amarillo, palpa peras del tamaño de una sandía, muerde sandías que saben a pera, se desliza entre indios de largas trenzas, huele su sudor, huele también el intenso aroma que se desprende de los puestos de especias, estornuda sobre una calabaza y, por un instante, cree estar en el mercado Mahané Yehudá de Jerusalén, escuchando a los vendedores que ofrecen su

mercancía. Compra varios pares de calcetines y una camiseta blanca con un dibujo del calendario inca estampado, un suéter de lana con una gama de rectángulos, todo ello por un precio ridículo, y se detiene estupefacto ante un puesto de máscaras, decenas de ellas de colores brillantes dispuestas en altos postes, una especie de teatro sin representación, máscaras con cuernos, máscaras que sacan la lengua, roja, naranja, azul. Está a punto de comprar una para Neta, pero piensa que lo asustaría, y sigue su camino hacia los puestos de tejidos. La vendedora los despliega en su honor, son hermosos de verdad. A Tseela le gustan esas cosas aunque se le hace extraño comprar regalos en un viaje así. El mercado está atestado pero tranquilo, bullicioso y perezoso a la vez, una fila de hombres con unas respetables camisas abotonadas están sentados detrás de unas viejas máquinas de escribir, bajo sombrillas de color crema. Alfredo le cuenta que son escribientes profesionales, la gente se dirige a ellos para que les redacten sus cartas, generalmente oficiales, pero en alguna ocasión también personales. Y si me acerco a ellos, piensa Dori, a lo mejor conseguirían escribir por mí una carta a Roni, una carta que empezaría por un «amor mío» y a continuación diría con voz clara todos mis sentimientos de este último año que ni yo mismo soy capaz de articular, ahora observa un puesto de esculturas eróticas de madera, un hombre y una mujer enlazados en posiciones fantasiosas, el falo de los hombres es gigantesco, la vendedora es enana y les ofrece un collar de piedras verdes. Alfredo regatea, rebaja el precio y al final no lo compra. Dori comprueba si conserva aún su riñonera y en el puesto de discos piratas mira si hay música occidental y encuentra una recopilación de Bob Marley. Es curioso, no hay ninguna canción conocida. En un puesto de hamacas lo invitan a tenderse un momento, todavía no ha dormido como Dios manda desde que salió de Israel, quizás sea por eso que la tomó con Alfredo que ahora camina a su lado y dice *¡hola!* al vendedor de hamacas. Solo una vez en su vida Roni se ha tendido en una hamaca, la única que lo había acompañado a Ras-el-Satan, antes de determinar que todas aquellas moscas no eran para ella. Vamos, Alfredo lo aparta de las hamacas y del hedor de las pescaderías que preceden a los puestos de los pequeños electrodomésticos, batidoras, tostadoras, todo parece estropeado, decenas de cubos de Rubik húngaros —¿hasta ahora no han llegado aquí?—, nunca conseguí hacer nada con esos cubos, piensa mientras busca un despertador, algo simple, no puede

ser que durante todo el viaje tenga que pedir a cada empleado del hotel que lo despierte...

Y, entonces, da con el reloj de su padre.

En el primer instante no cree que sea verdaderamente su reloj, solamente se asombra de la calidad de la imitación. Casi parece un auténtico reloj de oro, piensa. ¿Y la cadena? ¿Dónde habrán conseguido encontrar una cadena tan ancha? Hace años que ya no se fabrican. Pero cuando pide al vendedor ver el reloj de cerca, descubre la inscripción grabada en la caja: *Para Mani, con todo nuestro aprecio. Sus compañeros de la 162.*

Pero, ¿qué diablos hace aquí su reloj?

Pasan por su cabeza escenarios aterradores.

Unos criminales lo han matado y le han quitado el reloj. Un riñón y el reloj. Ha tenido que vender el reloj después que le han robado el dinero. Bajo la amenaza de un puñal.

Alfredo se le acerca. Bonito reloj. ¿Es de tu padre? En su voz no hay rastro de pánico.

Alfredo se le acerca más, un poco más de lo debido entre personas. Ya no se fabrican como esos, dice. ¡Es una obra de arte!

Pero cómo...

Hay muchas probabilidades de que fuera un ratero, dice con voz calmada. Alguien se le arrimó y le robó el reloj sin que él se diera cuenta de nada. Por el mercado pululan muchos rateros, Mister Dori, ¿no lo has leído en tu *Lonely Planet*?

Qué estupidez, dice Dori negándose a reconocer que su teoría del robo a mano armada no es válida, no creo que nadie pueda usurpar un reloj con tanta facilidad a un hombre alerta.

¿No lo crees?, Alfredo esboza una triste sonrisa, entonces dime, Mister Dori, ¿dónde está tu reloj?

Dori lleva la mano derecha al lugar en que su reloj debería estar y encuentra la mano izquierda. Vacía.

También yo empecé así, dice Alfredo, y le devuelve el reloj. A todo esto – con un amplio gesto muestra un gran espacio de puestos– se le llama «el mercado de los ladrones». Todo cuanto ves aquí ha sido robado para venderlo de nuevo. A veces, al propietario en persona. A propósito, ¿quieres recuperar el reloj de tu padre?

Dori asiente y Alfredo regatea un poco y adquiere el reloj. Guárdalo en la

riñonera, no sea que te lo roben otra vez. Y añade. Necesito unos minutos con el vendedor. Tengo que saber cómo llegó a sus manos el reloj, de ese modo sabré dónde pasó la noche tu padre cuando estuvo aquí. Si te quedas, puede ser que el vendedor no abra la boca. Vamos, sigue dando vueltas por ahí sin mí y nos encontramos dentro de veinte minutos en el café Bolívar, al final de la plaza.

Dori intenta pasear todavía un poco entre los puestos pero el mercado, que pocos minutos antes le había parecido pintoresco, ahora le parece miserable y artificial. Un espectáculo para turistas. Con sus cámaras fállicas. ¿Y por qué todos los puestos de máscaras venden exactamente las mismas? ¿Dónde está la originalidad? No es sorprendente que sean unos pobres miserables. No tiene ninguna iniciativa. No es calma, sino una pereza criminal. ¿Y cómo diablos se sale de aquí? Una callejuela, y otra, parece que todas van en la misma dirección. Acaso su padre perdió la cabeza hasta el punto de que lo desnudaron, le quitaron la ropa, los zapatos y los calzoncillos. ¿Quién sabe qué cosas tuyas pueden estar en venta? ¿Sus canas? ¿Un riñón? ¿Su Dr. Gav? ¿Y qué ocurre con Bob Marley? ¿Se puede saber por qué dónde hay hamacas tiene que haber discos de Bob Marley? No hay nada más molesto que Bob Marley cuando te preocupa la suerte de tu padre.

* * *

Deja la taza de café sobre la mesa y toma el reloj de su padre. Le da vueltas en todos sentidos. Se lo coloca en la muñeca. Se lo quita. Puede que encuentre otro indicio.

Por lo poco que sabe, este reloj pertenece a su padre desde antes de la guerra, pero tomó el valor de un talismán en el transcurso de ella (cuando en casa se hablaba de «La guerra» estaba claro que se trataba de la de Yom Kipur). Su padre no hablaba jamás de lo que había ocurrido entonces. En el Sinaí. Y en Yom Kipur se encerraba en su despacho y no le estaba permitido a nadie entrar salvo al abuelo Fima, que llegaba con su armónica dos horas antes de que terminara el ayuno. A veces, en la televisión, ponían películas bélicas que atraían a mi padre, como las mariposas nocturnas a la luz, y mamá se apresuraba a sentarse junto a él y a tomarlo de la mano para que no se consumiera. En la librería del salón había un estante entero de libros sobre otros héroes de esta guerra, como Avigdor Kahalani o Yanosh Ben Gal, que

Dori consultaba con la infructuosa esperanza de encontrar alguna mención del capitán Mani Peleg (Pimstein) para poder así disipar las brumas alrededor de lo ocurrido a su padre en la guerra, no quería explicar cómo lo hirieron y por qué lo habían declarado héroe de guerra, ya no se relacionaba con sus antiguos compañeros de la compañía, y cuando alguno de ellos telefoneaba, le hacía a mamá su señal convenida –dos dedos sobre los labios, como un fumador que retira el cigarrillo de la boca– y a continuación ella decía con voz creíble que «Mani se encuentra en el trabajo.» Tampoco estuvo dispuesto a añadir nada más sobre la historia del reloj. Jamás. Excepto la frase «él me cuidó y yo cuido de él» que dijo una vez a mamá cuando ella se sorprendió por la compra de un aerosol muy caro para limpiar el cristal, Dori no consiguió obtener más información sobre el asunto. Su padre nunca se separaba del reloj. Solo mientras se duchaba. Se acostaba con él, se levantaba con él puesto y se iba con él al trabajo y, en la playa, lo dejaba en un estuche especial con una tela de seda y luego entraba al agua. A veces, el mecanismo del reloj se estropeaba, entonces se instalaba con una serie de instrumentos e invitaba a Dori para que aprendiera cómo se reparaba. Y en cada ocasión Dori se esforzaba en seguir lo mejor que podía los gestos rápidos de las manos de su padre, la utilización de los utensilios, las explicaciones minuciosas, pero a pesar suyo, no podía evitar que sus pensamientos fueran en pos del libro que había dejado en el cuarto, o de la niña de su clase de la cual se había enamorado, y cuando su padre terminaba el arreglo y cerraba la caja decía: La próxima vez lo harás tú solo, ¿verdad? Los dos sabían que entonces Dori también se vería obligado a pedirle que le enseñara cómo hacerlo.

Siempre había decepcionado a su padre. Porque no había continuado con el equipo juvenil del Hapoel Jerusalén. Porque había escogido historia y literatura y no matemáticas y física. Porque tardó en salir con una chica. Y cuando por fin tuvo novia, después del servicio militar, no era guapa, y no había sabido qué responder a su padre cuando durante una cena del sábado le preguntó qué quería ser de mayor. Lo decepcionó cuando, en el ejército, escogió el servicio de inteligencia y no una unidad de combate. Y por no haber aceptado una formación de oficial que le habían propuesto. Su padre, en esa ocasión, solo pronunció una palabra: pero... y a continuación guardó silencio y bajó los ojos. Tal vez porque su madre le dio con el pie por debajo

de la mesa o porque llegado a ese punto ya empezaba a comprender, a digerir, que Dori no sería nunca el hijo que había imaginado.

Y aun así, Dori consiguió sorprenderlo por completo cuando eligió ser profesor de instituto. Entra en la sala de profesores, le dijo, a ver si encuentras un solo profesor feliz con su trabajo. Entra en la clase, quiso responder Dori, a ver si encuentras un solo niño que no esté sediento de un buen maestro. Pero no lo dijo porque sentía que el malentendido entre ellos era tan profundo que no tenía ningún sentido tender puentes.

No lo desilusionas, solo lo preocupas, intentaba tranquilizarlo su madre.

Él busca la manera de acercarse a ti y tú no te das cuenta en absoluto, le dijo Roni después de la muerte de su madre.

Dori sabía que, como siempre, ella tenía razón. De hecho, les faltaba la misma mujer. Era cierto que en el periodo de duelo su padre parecía más vulnerable; algo que había incitado a Dori a invitarlo a dar una conferencia sobre el tema «Situaciones de crisis» en la semana de orientación profesional de su instituto. A los alumnos les encantó. Mejor dicho, quedaron hipnotizados. A los treinta y seis años asistía por primera vez en su vida a una conferencia de su padre, y quedó sorprendido al descubrir cuán parecidos eran los movimientos de sus manos al hablar en público y cuán claras y luminosas eran las palabras que su padre escogía sin tratar de seducir a la audiencia –un equilibrio difícil de alcanzar– y la mesura con que se servía de las diapositivas, sin abusar de ellas y sin dejar al público estupefacto, y cuán paciente y atento se mostraba a las preguntas que le llovieron una tras otra desde todos los rincones del aula, y cómo las profesoras de más edad le lanzaban miradas explícitas, casi lo desnudaban, y se acercaron a él después de la conferencia para felicitarlo y preguntarle cómo se encontraba el viudo reciente, y su padre se mostró atento, pero sin coquetear en absoluto, ya que él es miembro del partido conservador de los enamorados de un único y gran amor en la vida, incluso podría ser el presidente de ese partido.

Cuando todos se dispersaron y quedaron solo ellos dos entre las muchas sillas vacías, dijo su padre, gracias por haberme invitado, Dori, ha sido un cambio estimulante comparado con los cínicos a quienes acostumbro a dar conferencias, espero que los chicos hayan disfrutado, a lo que Dori respondió: ¡Qué dices disfrutar, lo han pasado bomba! Y ya empezó a urdir un programa de colaboración mutua, sí, quizás sea ese el camino para acercarnos: hacer cosas juntos. Establecer contacto entre las empresas y los

proyectos educativos. Utilizar el saber del mundo de los negocios para hacer progresar a jóvenes con problemas. Conectar a directores de empresas con directores de escuelas y ver qué pueden aprender unos de otros. Y ellos dos, en el centro, dirigirían todo el proceso. Se encontrarían. Intercambiarían correos. Hallarían una lengua común.

Entonces, él emprendió el viaje.

Lo que pensaba, muchacho, tu padre estuvo aquí, Alfredo surge de repente y arrastra a Dori tras él –casi lo arranca de la silla– a la calle. Hemos dado con el hombre que le robó el reloj, le explica de camino. Nos ha dicho en qué calle chocó adrede con él en su bici y, gracias a eso, localizamos el albergue. Su nombre no aparece en el libro de registro, porque él no pagó. Pero el dueño se acuerda perfectamente de él.

Un momento, ¿por qué no pagó?

Tranquilo, Dori. Ahora lo sabrás.

El albergue Atahualpa está relativamente alejado de la plaza del mercado y a medida que se acercan a él, las voces de los vendedores se van atenuando, y reina en el aire un silencio soñoliento, apático.

La puerta del albergue se parece a las puertas de las otras casas aunque sin embargo, al abrirla, aparece ante ellos un amplio patio rodeado por las habitaciones de los huéspedes. En el centro del patio hay un surtidor rodeado por helechos silvestres. En un rincón hay un lavadero y, junto a él, cuerdas para tender la colada llenas hasta los topes de ropa colgada con pinzas. Aunque no haya nadie rondando fuera de las habitaciones, el lugar da la sensación de estar vivo.

Finalmente sale a su encuentro el dueño de la casa, un hombre anciano, erguido, con un pantalón corto de un blanco inmaculado, un poncho azul con un estampado gris y sandalias de tiras.

Hola, les da la bienvenida y añade algo más dirigiéndose a Alfredo.

Dice que te pareces a tu padre, le traduce Alfredo.

Dori asiente. No sabe si dar las gracias. Tampoco sabe cómo se dice «gracias».

Edgar, dice el viejo mientras le alarga la mano y estrecha la de Dori con fuerza. (Roni le había contado no hacía mucho que le gustaba sorprender a los hombres de negocios con un fuerte apretón de manos. No esperan que una

mujer se comporte así, le contó riéndose, y qué gusto da ver cómo intentan disimular que les has hecho daño.)

Edgar los conduce a su casa, que se encuentra cerca del albergue. El patio está lleno de troncos. La casa es pequeña. Dos habitaciones heladas. Mi mujer, dice, y señala con la mano una foto colgada en la pieza principal, como si les presentara a un ser viviente y fueran a estrecharle la mano. La mujer de la foto tiene un fino bigote y una sonrisa hermosa. Luce una gorra multicolor, doblada en forma de tricornio, de un modo que recuerda a Dori el dulce que se come en la fiesta de Purim.

Dice unas palabras en español indicando una mesita. Alfredo se las traduce: dice que aquí estuvieron sentados tu padre y él.

Hay cuatro sillas alrededor de la mesa y Dori observa que en una de ellas hay un respaldo parecido al Dr. Gav de su padre. Edgar les ofrece comida hecha por su esposa. Al parecer tenía un puesto de comida casera en el mercado. Una semana antes de morir había cocinado comida para varios meses que guardó en dos congeladores: uno que ya tenían y otro, gigante, que compró especialmente para la ocasión.

Dori rehúsa. Con educación. Aun cuando tiene hambre. Generalmente le gustan las personas mayores, le gusta escuchar sus historias, los recuerdos del pasado. Pero ahora quiere información. Y rápido.

Por lo menos vais a tomar *chicha*, insiste Edgar con un tono que indica que esta vez no aceptará un no, y coloca sobre la mesa tres botellas de cristal llenas de un líquido desconocido.

Alfredo toma un sorbo de su botella. Edgar toma también un sorbo de la suya. A Dori no le queda otro remedio que hacer lo mismo. Sabe a maíz. Al zumo de maíz que desechamos de la lata antes de comerlo, en la excursión anual del colegio.

Qué, ¿cómo van los asuntos? Pregunta Alfredo a Edgar. Dori no entiende ni media palabra pero por la entonación comprende que se trata de una pregunta. Los asuntos marchan bien gracias a tu padre, Alfredo traduce a Dori la respuesta de Edgar.

Por lo visto su padre se alojó allí una semana y entre él y Edgar se establecieron unos fuertes lazos de amistad. No llega cada día alguien que tenga más años que dientes, la mayoría de los huéspedes del albergue son jóvenes que quieren libar la miel y van de flor en flor. Y desde el primer momento se fijó en ese raro artilugio que el señor Mani utilizaba para

sentarse fuera de su habitación. ¿Cómo se llama...? ¿Doctor...? *Sí*, Dr. Gav. De ese modo empezaron a hablar y resultó que padecían los mismos dolores de espalda, entonces Edgar probó a sentarse sobre ese respaldo lumbar, Dr. Gav, y como pudo constatar que realmente le aliviaba el dolor, pidió al señor Mani si podía dejar que llevara su respaldo por una hora a la carpintería, porque intentaría fabricarse uno. El señor Mani se lo dejó con la condición de que Edgar le dejara ver cómo lo hacía, pero Edgar le respondió que le gustaba trabajar solo, tranquilo, y que era ya muy viejo para cambiar sus costumbres, pero que si el señor estaba de acuerdo, lo invitaba a compartir su cena que descongelaba a las seis y media en punto. Así empezaron a comer juntos dos comidas diarias, el desayuno y la cena, y Edgar contó al señor Mani, precisamente por ser extranjero, incluso aquello que no había contado a sus hijos: que sus bolsillos estaban vacíos últimamente porque el puesto de Felicia en Modesto Hermilio estaba cerrado y el albergue solo tenía una buena ocupación la víspera del mercado y estaba pensando en cerrarlo porque el mantenimiento y la limpieza costaban dinero y el señor Mani le dijo, eso que me cuentas es una crisis empresarial y en una situación así hay que ser creativos, reorientar el negocio, pero Edgar no entendió lo que pretendía de él, y el señor Mani le respondió, mañana por la mañana voy a presentarte un proyecto, si es posible proporcióname todos los datos que poseas relacionados con tu región, me serán de gran ayuda.

Al día siguiente, el señor Mani le explicó: tu albergue está muy bien. Tu problema es que la gente viene aquí solo por el mercado y no tienen ni idea de las actividades maravillosas que se pueden hacer en los alrededores. Tienes que contar a cada persona que llegue que para vivir de verdad la experiencia de Otavalo ha de quedarse en el albergue una semana como mínimo. Y tienes que proponerle un servicio de excursiones. Pagando, por supuesto. Además, necesitas una página en Internet. Así es como los turistas adultos reservan los hoteles hoy en día. Y esos son los turistas que necesitas, los que tienen dinero para gastar. Pero, cómo... qué... ¿Excursiones? ¿Internet?, preguntó Edgar. Alguno de tus hijos, dijo el señor Mani, ¿está libre para ocuparse de los desplazamientos? Sí, dijo Edgar, el menor recién terminó sus estudios y no hace nada, solo da vueltas con la furgoneta molestando a las extranjeras. Pues entonces procura que esté a tu disposición dentro de una semana, dijo el señor Mani. Yo me ocuparé del asunto de Internet. Hay personas en Israel... que me deben uno o dos favores. Te van a

crear tu página. Y también un hermoso folleto para distribuir entre tus clientes. Y... ¿cuánto quieres por eso? ¿Qué comisión te vas a llevar?, preguntó Edgar que con los años había aprendido que nadie da nada por nada. Nada, dijo el señor Mani, y le explicó que durante muchos años estuvo ayudando a la gente rica a resolver sus crisis de negocios para que pudieran seguir robando a los pobres. Por una vez quería hacer lo contrario.

Tu padre, dijo Edgar, insistió incluso en pagarme su habitación. Yo no quería. Me metió los billetes en el bolsillo y yo se los arrojé a la cara y le hice una mueca así, como esta, espantosa, dándole a entender que me había ofendido, entonces tu padre... eso fue... realmente se asustó... Edgar se rio a carcajadas, el cuerpo entero le temblaba de la risa, que poco a poco se fue transformando en un acceso de tos. Alfredo le acercó la botella de chicha y Edgar la fue tomando a sorbos hasta que se le pasó la tos.

Se oyen unos golpes llamando a la puerta y entra una pareja de vikingos agachando la cabeza. Se van y desean arreglar las cuentas. Edgar arranca una hoja de su cuaderno, ellos pagan y se van. Cinco noches, dice orgulloso, levantando la mano con los cinco dedos separados. Han venido por Internet. Salieron de excursión con Manuel en la furgoneta a Lagunas de Mojanda y a Cotacachi. Tal y como tu padre dijo.

Pregúntale... si mi padre le dijo a dónde pensaba dirigirse cuando se fue de aquí, le pide Dori, y Alfredo traduce.

Edgar cierra los ojos como para recordar mejor, pero pasados unos minutos en esta postura se le entreabre la boca y de su garganta se escapan unos suaves ronquidos. Alfredo le toca ligeramente con el codo, a continuación le sacude los hombros y Edgar se despierta. Enseguida rompe a hablar. Le ha cambiado la voz, tiene los ojos adormecidos y Dori no está seguro de que esté del todo despierto.

Tu padre –Alfredo le traduce simultáneamente–, tu padre es un hombre muy animoso, pero amaba muchísimo a tu madre y ella está muerta, ¿eh? Entonces, tiene que hablar con ella. Sin embargo, es imposible. Porque está muerta, ¿verdad? Pues no. Yo hablo con Felicia en sueños. Viene junto a mí y me habla. Y yo le respondo. Pero tu padre no sueña. Ese es su problema. Necesita que lo ayuden a soñar.

Alfredo asiente, sabe de qué va. Dori no comprende nada. Alfredo le pregunta algo a Edgar, la frase termina con la palabra «Guatemala» y Edgar asiente a su vez.

Entonces le pregunta otra cosa y Edgar murmura algo.

Dori se arrepiente de no haber estudiado español como hizo su padre. Porque Alfredo, en realidad, puede soltar cualquier cosa que le pase por la cabeza. Y Alfredo dice, en Guatemala hay sustancias... determinadas... que ayudan a soñar. Tu padre preguntó a Edgar si existían también en Ecuador, a lo que Edgar respondió que en Ecuador hay una sola zona donde se pueden cultivar.

Edgar habla de nuevo y levanta un dedo en señal de advertencia. Tu padre no me dijo explícitamente que iba a ir a ese lugar, le traduce Alfredo. Él le advirtió que no era buena idea utilizar ese tipo de sustancias sin la supervisión de un chamán. Así llamamos al hombre que conoce los accesos al mundo de los muertos. Pero tu padre dijo que quería hacerlo solamente una vez más... como en Guatemala... ascender muy alto, al lugar en que se encuentran las almas, ya que tiene aún ciertas cosas que aclarar con ella. Con tu madre.

Bien, Dori se pone de pie y le dice a Alfredo, ya hemos oído bastante, ¿no? Dale las gracias con buenas palabras y pongámonos en camino.

Tranquilo, Mister Dor-r-ri, dice Alfredo sin moverse de su sitio.

¿Qué tranquilo? ¡Ya he tenido suficiente con este *tranquilo!*, dice Dori, que sin darse cuenta, cierra el puño.

Dorrrri, calm down. De momento, no hay nada que indique que tu padre corre peligro. Todo lo contrario, lo que sabemos es que se dirigió a esa plantación con un objetivo determinado. No fue para drogarse ni para aullar de noche a la luna sino para soñar con tu madre. Hay muchas probabilidades de que sea eso lo que está haciendo y que luego parta de nuevo.

Pero...

Además –Alfredo bebe de su botella de chicha tranquilamente–, el camino que lleva a la plantación es angosto, como las caderas de una tailandesa puta, y solo está abierto hasta la una del mediodía. A partir de la una solamente pueden pasar los que regresan de allá. Propongo que pasemos la noche aquí y salgamos de camino mañana con el alba.

Edgar agita emocionado las llaves que le acaban de dejar los vikingos sobre la mesa y rompe a hablar a toda velocidad.

Fíjate, le traduce Alfredo. Por casualidad, la habitación que los suecos han dejado libre es la número tres, la misma que ocupó tu padre. Edgar dice que es una señal de los dioses de que su viaje va a terminar bien.

* * *

Su padre y su madre se conocieron en el instituto. Hasta aquí hay unanimidad. A partir de allí, las dos historias divergen. Ella afirma que su padre le preguntó si quería preparar con él la prueba de matemáticas para el bachillerato y que antes de eso ella nunca se había fijado en él. Su padre sostiene que ella le estuvo poniendo ojitos durante el último año, hasta que al fin no tuvo más remedio que hablar con ella y preguntarle si quería ver una película en el cine Edison. ¿Prepararse para bachillerato? ¡Qué va! No lo recuerda en absoluto. A él no le hacía ninguna falta prepararse para el bachillerato.

Desde ahí en adelante, las dos versiones de la historia confluyen de nuevo en una sola, y coinciden: durante el primer año de servicio militar, ella lo dejó. Lo hizo por carta. En aquel entonces no existían los móviles ni los mensajes de texto, así que ella le escribió que lo amaba pero que no podía resistir que él solo tuviera permiso cada tantas semanas. Hoy, ella sabía que no era esa la única razón. Simplemente, no estaba preparada aún para hacer frente al hecho de que él la amaba. Él lo sabía, pero ella tenía que comprobarlo. Él ya había encontrado, pero ella todavía quería buscar.

Entonces, ella se puso a buscar. Por cinco años. Y él estuvo esperándola, por cinco años. A veces le mandaba recuerdos por medio de amigos comunes. Y una vez al año, el día de su cumpleaños, la telefoneaba para preguntarle cómo se encontraba y escuchaba heroicamente todas las historias de sus novios, guardando silencio sobre sus propias hazañas aun cuando ella estaba enterada de todo, pues Jerusalén, al fin y al cabo, era una pequeña ciudad, por no decir un *shtetl*, una antigua aldea judía europea, y al terminar la conversación, él siempre decía: *mazal tov*, Nurit. Ya sabes que te estoy esperando, ¿verdad?

Durante el primer año en la Universidad Hebrea de Jerusalén, ambos volvieron a encontrarse. Ella estudiaba psicología y arte, él, economía y gestión. Las compañeras de ella no entendían por qué pasaba de ese chico tan atractivo que le hacía la corte con una especie de obstinada delicadeza y le informaron, entre risas con un toque de gravedad, que le concedían hasta el fin de semestre para que decidiera si lo quería o no.

Para el fin de semestre ya vivían juntos en un pequeño apartamento en Beit

Hakerem y al cabo de dos años se casaron. Al cabo de tres años, nació Tseela. Y durante los años siguientes su padre siguió haciendo la corte a su madre como si ella aún no se hubiera decidido.

Una separación no tiene por qué ser mala, le decía su madre para tranquilizarlo, en aquellos días agitados en los que intentaba separarse de Roni. Mira el resultado de la separación entre tu padre y yo. Nos unió uno al otro más que nunca.

Sus padres no se tocaban mucho. A veces, aunque no muy a menudo, sentados frente al televisor, ella descansaba la cabeza en su pecho, y cuando regresaba del extranjero después de un viaje de negocios se abrazaban largamente en el vestíbulo de llegada de los pasajeros del aeropuerto, una mano de su padre alrededor de la cintura de su madre y la otra sosteniendo el carrito del equipaje. A eso se reducían sus expresiones de amor públicas, físicas. Aun así, a pesar de los escasos gestos, un firme y gran amor fluía entre ellos, sólido, la manifestación de un manantial oculto.

Cuando Dori estaba en segundo curso, fue huésped de una familia durante el shabat. Un compañero de clase lo invitó a su casa para asistir a unas fiestas que tendrían lugar en casas cercanas a la suya durante el fin de semana. De improviso, Dori se vio lanzado en medio de un universo familiar totalmente distinto al suyo, con códigos distintos, un comportamiento distinto en la mesa, y un humor también distinto. Pero lo que le sorprendió especialmente fue la animadversión manifiesta que reinaba entre los padres y que, a pesar de los esfuerzos desesperados por ocultarla al joven huésped, surgía sin cesar. Por el tono agresivo, condescendiente, con que el padre reaccionaba a todo lo que la madre decía. Por la mordacidad, falsamente ingenua, acerca de la barriga del padre, que la madre soltaba solamente para devolverle el golpe.

¿Y cómo se manifestaba el amor de sus padres? Por expresiones pasadas de moda. Ella lo llamaba Mentsch, él la llamaba Nurik. Tenían un silbido privado, modulado, del que se servían para encontrarse por la casa cuando saltaban los plomos si a ella se le olvidaba de nuevo que no se podían conectar a la vez la secadora y el calentador. También tenían sus conversaciones tranquilas, por la noche, en el salón, después del telediario: él hablaba y ella lo escuchaba con paciencia, con calma, como si el universo no existiera, solo él. Y de vez en cuando, ella le daba su opinión y él era todo oídos. A continuación, cambiaban los papeles. También se repartían las tareas: ella recordaba por los dos todo cuanto les había ocurrido desde que se

casaron: nombres, lugares, fechas. Él se había ocupado del entierro de la abuela Simona porque ella estaba demasiado triste para eso. Ella enjuagaba los cacharros antes de meterlos en el lavavajillas. Él los sacaba y los colocaba en el armario. Ella encargó una cocina nueva porque el armario estaba mohoso. Él regateó el precio. Ella llegó cuando fracasaron las negociaciones y propuso un compromiso. Con una sorprendente naturalidad se deslizaba uno en el terreno del otro, hasta el punto de no saber quién era el yin y quién el yang.

La preocupación incesante de ambos, por supuesto, era la salud del otro. Aún antes de que ella cayera enferma. Mentsch, no te agaches así, no es bueno para tu espalda. Nurik, ponte un abrigo, vas a enfriarte. Y los pequeños gestos caballerosos de él, ven Nurik, te llevo la bolsa, te abro la puerta, voy a por leche al súper. Y los piropos con que la cubría: mirad a vuestra madre, qué belleza, decía mientras ella se examinaba con mirada crítica frente al espejo. Realmente una reina de la belleza, respondía, sin poder disimular la satisfacción que le producía el piropo. Él siguió cubriéndola de elogios cuando fue madurando, fue ganando peso, y también cuando la enfermedad llegó al estadio final y empezó a marchitarse. Una vez, cuando él y Tseela eran pequeños, su madre fue a un congreso en Tiberíades y su padre de repente *enloquecía*. (La palabra defectuosa de Tseela se había convertido en una expresión familiar.) Y llamó al abuelo Fima para que se quedara con ellos. Y él se fue para allá. A su hotel. Solo para verla unos minutos. Tenían un humor privado. Una gran cantidad de humor privado. Él la hacía reír y su risa era la más hermosa del mundo. Se le marcaban los dos hoyuelos, sus verdes ojos chispeaban, su gran nariz vibraba, se le resbalaban las gafas lentamente. Al principio, Tseela y él pedían explicaciones: ¿qué es lo que os da tanta risa? Con el tiempo aprendieron que aunque se les explicara, nunca llegarían a entenderlo. Él bailaba para ella danzas folclóricas. Aunque las detestaba. Y a pesar de que no tenía ningún talento para el baile. Una vez por semana iba con ella al centro social, solo para que tuviera acompañante para los bailes de pareja, en fin, alguien que le diera pisotones. Sobre todo para que nadie se la arrebatara, ya que –como siempre había sostenido– todos esos bailes no eran más que una excusa para ligar.

Él seguía temiendo que se la arrebataran aun cuando ella tenía ya sesenta años. A causa de su mirada, afirmaba. Una mirada audaz. A ella eso la contrariaba y argumentaba que eran imaginaciones de él. Entonces pasaban al

dormitorio. Y allí, solo allí, discutían. Cosa que parecía natural a Dori cuando era niño. Pero cuando él mismo se convirtió en padre, le pareció inhumano. O por lo menos digno de admiración. Roni y él no cesaron de discutir el primer año de vida de Neta. Delante de él. Cuando les podía escuchar. A pesar de que llorase. Mientras discutían se decía: detente. No le respondas. No es bueno para el niño. Pero era imposible detenerse.

¿Cuál era la causa de las discusiones de sus padres? ¿Cómo podría saberlo? El suelo se hundía bajo sus recuerdos. ¿Hasta qué punto un niño puede llegar a conocer a sus padres? Puede ser que su padre consuma «sustancias», todo es posible, ¿no?

De todos modos, cuando pegaba el oído a la puerta cerrada, oía, o creía oír, que discutían mucho sobre ellos. Sobre sus hijos. Él opinaba que ella educaba a Dori como si fuera una niña. Ella opinaba que él mimaba a Tseela de una forma que la perjudicaría toda su vida. ¿Quisiera poder oír cómo le dices «no» por lo menos una vez! Era una frase que él había escuchado a menudo a través de la puerta. El último año el sujeto de la discusión había sido también la enfermedad de ella. Él opinaba que ella había lanzado la toalla. Que no luchaba bastante. Que de cada crisis se puede salir más fuerte. Ella le replicaba que dejara de aplicarle sus estrategias. Y que si hubiera pasado por una quimioterapia aunque fuera una sola vez, no hablaría así. Después de una frase como esa, él se callaba. Pero no se resignaba. Ni por ella, ni por él.

Él y Tseela fueron muchas veces a visitar a su madre al departamento de oncología. En cambio, su padre no tenía necesidad de ir, simplemente vivía allí. De día y de noche. Hasta su último suspiro.

Oleadas de nostalgia invaden a Dori y se levanta de la cama para ir a beber agua. Luego empieza a dar vueltas por la habitación, en diagonal, como una bola de billar. De pronto, una idea lo asalta: quizás su padre había dormido aquí. En ese cuarto. ¿Y si se le olvidó algo? ¿Una nota? ¿Una entrada al museo? ¿Un billete de autobús?

Comienza a buscar. Febrilmente. Mueve sillas, abre los cajones de la mesa, descuelga los cuadros de la pared, aparta la pequeña televisión de su sitio. Se tiende en el suelo para ver si hay algo en la cueva oscura bajo la cama y sigue deslizándose en busca de intersticios entre baldosas sueltas, botones ocultos. Oisquea la habitación, en pos del olor de la pipa que enciende cuando se siente a gusto. Olfatea en el baño, por si flota en el ambiente la fragancia de Old Spice de su padre. Abre todos los cajones que hay bajo el espejo y en

uno de ellos encuentra un pliego de papel higiénico. Cuando estaba en tercer curso, Tali Haran le escribió en un papel higiénico que tenía unos ojos muy bonitos. Pero él estaba enamorado de Ruti Gadish. En ese papel no hay nada escrito. Lo echa a la taza y tira de la cisterna. Pasa la mano por cada pliegue de la cortina de la bañera, luego la deja y se fija en una jabonera que hay detrás de los grifos. ¡Una jabonera! Un fantástico lugar para dejar mensajes. Alarga rápidamente la mano. Pero la jabonera está vacía. No hay ni jabón. El cuarto está vacío, no hay rastro de la presencia de su padre. ¿Y si no estuvo nunca aquí? Se sienta en la cama, derrotado. ¿Y si toda esa historia la ha urdido Edgar junto con Alfredo? Acaso debería mandar a Alfredo al diablo y movilizar al Ministerio de Asuntos Exteriores. ¡A la mierda los secretos, su padre toma drogas alucinógenas! Aunque... este detalle podría ser parte de la conspiración que Edgar y Alfredo han urdido para sacarle el dinero. Porque, vamos, ¡que Mani Peleg se drogue...!

Dori siente la necesidad imperiosa de ir al oráculo de la calle Kubovi 6 para pedir consejo. Salvo que su madre ya no pertenece a este mundo.

Su madre poseía esa rara facultad: escuchar. Son muy pocos los que escuchan de verdad. La mayoría prepara la frase siguiente antes de que termines la tuya y es precisamente al final de la frase cuando se dicen las cosas importantes. Otros, tienen pensamientos errantes. Sus ojos siguen fijos en ti pero la chispa de la escucha se ha perdido ya. También hay los que mascullan. Esos otros, dan cabezadas con tanta regularidad, que no te queda más que sospechar que, como un robo en un museo, pasan una y otra vez la misma cinta en la cámara de control mientras que, de hecho, están en otro lugar mucho más excitante que toda esa charla, robando algún Picasso.

La madre de Dori se quitaría las gafas y las dejaría encima de la mesa, «porque así, todo lo que me distrae alrededor se esfuma y me concentro en la persona que está conmigo». Sus amigas siempre le decían que era una psicóloga echada a perder, a lo que ella respondía que prefería como profesión ser conservadora jefe del «Museo de la Edad de Oro» y, como elección, escuchar a las personas que amaba. Aunque Dori iba a pedirle consejo alguna vez, nunca había esgrimido su «experiencia de la vida» y nunca había comenzado una frase con «cuando yo tenía tu edad» o con «si quieres saber mi opinión». Lo había ayudado tan solo a arrancar las malas hierbas y a ver el dilema tal cual era, con sus motivaciones reales. Cuando dudaba entre estudiar derecho o historia, le hizo ver que todos sus

argumentos para estudiar derecho provenían del miedo (el miedo a encontrarse sin recursos, el miedo a no tener donde agarrarse), mientras que todas las razones para estudiar historia, provenían del deseo. Y cuando de repente, el primer año del nacimiento de Neta, perdió el interés en la enseñanza, ella lo ayudó a comprender que no era que se hubiese cansado de sus alumnos, sino que la paternidad lo marcaba tan fuertemente que todo lo demás quedaba empañado. De haber sido una mujer nadie se hubiera sorprendido, dijo ella. Se veían en el «café», el nombre que daban al rincón de la cocina bajo la ventana, aislado por un tabique de yeso pintado en colores otoñales para darle el aspecto de un café parisino, en el que había colocado dos estantes, uno con sus libros preferidos y otro con los de reciente aparición (su madre leía con tal fruición, que cuando leía un libro especialmente bueno, le aumentaba la temperatura), y había colocado encima una lámpara especial comprada a un tal Eytan, en la zona industrial de Natanya, que proyectaba una luz nueva sobre todo. Dori llegaba tarde al «café» porque esos eran los lapsos de tiempo en que su madre leía, preparaba catálogos de exposiciones o hablaba con la abuela Simona, su madre, cuando estaba viva. Mientras, degustaba uno de los quesos que había comprado en el mercado a Abu Daud, y lo acompañaba con un té caliente. Con media cucharadita de azúcar.

En su infancia era lo mismo: a su padre y a Tseela les gustaba acostarse temprano y a él y a su madre les gustaba alargar las conversaciones con té y queso durante la noche. No importaba el tema de la conversación, ni que fuera crítica con él, al terminar siempre tenía la impresión de que sus elecciones eran las cabales, que él era una persona cabal y que pasara lo que pasara, podía confiar en sí mismo.

(Cuando Roni estuvo en Barcelona, Neta no cesó de quejarse de dolores misteriosos. Pero ¿qué te duele exactamente?, intentaba averiguar una y otra vez. ¿La pierna? No. ¿La barriga? No. ¿La cabeza? No. Entonces, ¿qué? Me duele la mamá, dijo al fin. Mamá.)

Cuánto hubiera dado por tener una máquina del tiempo, de hecho una máquina del tiempo y del espacio que lo llevara, en ese instante, con su madre. Con su madre antes de la enfermedad. Pero, un momento —este pensamiento perfora la niebla de su congoja— mi padre descubrió esta máquina del tiempo y del espacio que acabo de desear. Entonces, ¿qué diablos debo hacer? ¿Impedírselo?

No puede pedirle consejo a Tseela. Solo con oír la palabra «drogas» se pondrá histérica. Sale de su habitación y con el corazón a cien se dirige a la autocaravana de Alfredo para pedirle que le deje usar el teléfono. Para llamar a Roni. Al diablo lo que cueste. Pero en cuanto pone la mano en el mango de la puerta le llegan unos gemidos de su interior, inconfundibles, de mujer a punto de plantar una bandera en la cima de su orgasmo. ¡Qué hijo de puta!, maldice pegando un puñetazo en la puerta. ¿Qué es esto? ¿Cómo este Alfredo puede permitirse una juerga así cuando debería estar buscando a su padre? Pasa de los puñetazos a los puntapiés. Rabiosos. Hasta que a Alfredo no le queda más remedio que abrirle la puerta, cubierto con una bata de magnate de seda roja y preguntarle: ¿Qué tal, amigo? Ando un poco... eh... ocupado.

Estoy encantado de que te lo pases bien, dice Dori. Sin sonreír. Y le pide, si es posible, utilizar el teléfono vía satélite, y lo obtiene, pero no le da las gracias para dejar en claro a Alfredo quién es el patrón y quién el empleado, se aleja un poco del vehículo y llama a Roni, rogando que la línea no esté ocupada, y ella responde, de repente, que de todo cuanto le quiere decir, le urge precisamente preguntar por qué ya no lo pasa tan bien como antes, pero en vez de esto le dice qué bien oírla y ella le pregunta a quién pertenece este número y él le responde, a Alfredo, me olvidé el móvil... En casa, ella completa la respuesta, sobre la mesa del salón. ¿Quieres que te lo mande por FedEx? La verdad es... posible –él por enésima vez se asombra de su iniciativa–, pero por el momento no sabría decirte adónde mandarlo. Mañana ya no estaremos aquí. Y no tengo ni la más remota idea de dónde nos encontraremos pasado mañana. Entonces, ¿cómo va?, quiere saber ella. Vamos, dime algo. Y él le resume los últimos acontecimientos y le cuenta las asombrosas noticias sobre su padre. Vaya, dice ella con voz desprovista de sorpresa. Quién lo hubiera creído. Él espera que añada algo más pero a causa de la distancia reina el silencio en la línea. Entonces él pregunta qué cree que debería hacer, podría ser que su padre estuviera en peligro, pero ella –a él le parece oír el tecleo del ordenador, parece ser que trabaja mientras habla con él– le comenta que de estar en su lugar, dejaría que Alfredo siguiera dirigiendo la búsqueda, parece ser un profesional excelente, a fin de cuentas su instinto no lo ha engañado, lo que no significa que Dori no deje de vigilarlo ni ser un ingenuo, porque, a veces, tiene tendencia a serlo...

Si hay una palabra que Dori odie es esa, «ingenuo». Desde que la han nombrado directora todo el mundo le parece ingenuo y sobre todo él, «con

esa burbuja que se ha creado en el instituto», en la que se intenta respetar valores como la estima mutua, la educación, y una atención y seriedad extremas. Eso no es ingenuidad, le responde siempre, el ingenuo es un incauto desligado de la realidad. Yo, sin embargo, sé lo que ocurre exactamente en el exterior e intento enseñar a mis alumnos que se puede hacer de otro modo.

¿Puedo hablar con Neta? Se desvía del tema para evitar que la conversación derive en una disputa que planea en el aire desde que se ha pronunciado la palabra «ingenuo».

Está en casa de mi madre.

¿En el kibutz?

Sí. Tengo una importante presentación el jueves y por eso le pedí que se lo quedara unos días.

Qué estúpido he sido, piensa Dori, qué ingenuidad por su parte pensar que ella aprovecharía mi viaje para estar más con el niño. ¿Y cómo se porta por la noche?, pregunta.

La conversación se interrumpe un instante y el sonido de comunicar resuena en su oído.

Intenta llamar de nuevo, sin conseguirlo. Espera unos minutos en la calle por si ella lo llama.

No lo hace y él regresa a su habitación. Su maleta perdida lo espera junto a la puerta. No han pasado más de cuarenta y ocho horas y ya está aquí. Tal y como le prometió Alfredo. ¿Acaso debería confiar más en él?

* * *

Le lleva un tiempo trasladar la ropa de la maleta a la mochila, luego se tiende en la cama, añade la otra almohada, la huérfana, bajo la cabeza, cierra los ojos, los abre y observa el ventilador del techo que gira y gira sin cesar, cierra los ojos e intenta dormir y de nuevo, como la primera noche, no lo consigue a pesar de que está exhausto...

Y, poco a poco, se sumerge en una especie de pánico apacible.

Hacía mucho que no sentía este pánico, algo parecido al estremecimiento que experimentamos al saltar de un lugar elevado, una especie de terror unido al deseo de caer. La primera vez que sintió algo así fue cuando se perdió mientras estaba con su familia en la estación central de Tel Aviv. Más tarde

volvió a sentirlo en las excursiones anuales, en las noches interminables con los binoculares en el Líbano, en el intento de separación de Roni. Es difícil señalar este fenómeno: en cualquier instante la soledad se transforma en terror. Desde que nació Neta no se acercó en absoluto a esta zona de su alma, sencillamente no tenía tiempo y, aquí, contemplando el ventilador girando sobre su cabeza, siente cómo el pánico regresa y se acentúa intentando convencerlo: estás completamente al descubierto, Dori, absolutamente desnudo, sin protección alguna, el ventilador del techo puede soltarse del gancho e incrustarse en tu corazón, tu padre puede encontrar la muerte antes de que des con él...

Enciende el televisor del cuarto. Quizás el zapping lo ayude a calmar los latidos acelerados de su corazón. No es una buena señal que un hombre pueda sentir los latidos de su corazón. Inundaciones en Bangladesh. Genocidio en Somalia. Escándalo sexual en Inglaterra. No hay como las desgracias ajenas para tranquilizarse. En una de las cadenas locales dan el reportaje de un chamán al que, al parecer, le han pedido que realice sus ritos en el terreno donde la selección de Ecuador va a jugar al fútbol en los próximos mundiales. Dori no comprende las palabras del locutor, pero las imágenes le inspiran una extraña calma y apaciguan su atormentado corazón: un chamán con unos vaqueros absurdos, camiseta blanca y chaqueta india, en el círculo central del estadio Allianz de Munich, esparce incienso, casi se puede oler a través de la pantalla, mientras murmura una plegaria, agita hojas y plumas y finalmente extiende las manos como abanicos para bendecir el césped.

Cuando pasan los anuncios, abre su *Lonely Planet* y busca en el índice la palabra «chamán» o «chamanismo». Esperaba encontrar muchas referencias, pero para su gran sorpresa, no descubre ninguna.

Alfredo

¿Qué es exactamente un chamán?, pregunta Mister Dori nada más ponernos en marcha.

Yo me callo. ¡Ve a contarle a una alpaca qué es un delfín!

Ah... ese chamán es... ¿en realidad es un médico?, insiste.

También.

¿Y qué más?

Muchas otras cosas.

¿Por ejemplo?

No lo entenderás.

Inténtalo.

No lo entenderás.

No lo puede entender. Va contra su cerebro gringo.

¿Alfredo? No deja de insistir.

Sí, Míster Dori.

¿Tú también acudes al chamán alguna vez?

Sí.

¿Cuándo fue la última vez?

Hace un año.

¿Por qué fuiste?

Porque tenía lo mismo que tu madre, que en paz descansa, un *tumor*.

¿Un tumor canceroso?

Sí.

¿Y el chamán te pudo ayudar?

Me curó *totalmente*.

¿Qué? ¿Cómo?

Me explicó que yo no llevaba una vida sana. Que veía cada mes demasiados muertos. Y la muerte se le adhiere a uno. Dijo: cuida de los casos en que haya posibilidad, aunque sea mínima, de encontrar a la persona con vida. Los cadáveres seguros, déjalos para tus ayudantes.

¿Y eso fue lo que te curó el cáncer?

Sí.

No me lo creo.

Te dije que no lo comprenderías, Míster Dori.

Pero...

Mira qué belleza, digo, porque esa conversación me pesa demasiado, y le muestro a una escolar que viene hacia nosotros con la falda hasta los calcetines. Los calcetines le llegan a las rodillas. Y esa blusa blanca, ¿te imaginas qué gusto arrancarle los botones?

Come on, Alfredo, you are a pedófilo, dice Míster Dori.

What?, ¿pedófilo? ¿Vas a decirme que nunca se te ha empinado en plena clase?

No, me dice. No me ocurren esas cosas cuando enseño.

No me lo creo, digo, no te creo. Cuando las alumnas se te acercan después de clase con los pechos al aire, no creo que no se te pase por la cabeza el llevártelas a un rincón solitario.

No, le dice. Son niñas. Y las niñas no despiertan nada en mí, salvo... un sentimiento paternal.

Entonces, ¿qué es lo que te excita –casi grito–, las ovejas, los asnos, los chicos?

Mi mujer, me responde sin alterarse. Mi mujer me excita.

¿Tienes una foto de ella?, le pregunto. Deseo ver a la mujer que lo tiene de cabeza.

Sí, la tengo. Tengo una foto de los tres juntos. Aunque hay cosas que no se pueden percibir en una foto. La personalidad, el carácter, una forma de pensar interesante.

¿Qué tendrá que ver todo eso con un culo espléndido?, digo riendo. Y para mi sorpresa, se añade a mi risa. No, de verdad –aprovecho un momento en que está de acuerdo conmigo–, ¿qué quieres decir cuando hablas de «personalidad»?

Inteligencia, por ejemplo. La inteligencia para mí es sexy, dice. Y también que sea perseverante. Y compleja. Muchas fuerzas contradictorias que se enfrentan en una misma mujer...

Come on, enséñame esa foto.

Ahora estás conduciendo.

Enséñame la foto, *amigo*. En caso contrario voy a pensar que me estás mintiendo y eso... no es bueno para nuestra mutua confianza.

Míster Dori saca una foto de su riñonera, despacio, como si me estuviera haciendo un favor y yo miro con un ojo la carretera y con otro a su mujer.

Mira la carretera, dice.

Don't you worry –sigo mirando la foto. Alfredo no necesita más que unos instantes para saber lo que necesita.

Su mujer es guapa de verdad. El tipo de belleza que les gusta a los gringos. Esbelta como una chica joven, no como una mamá. Sin culo. El pecho pequeño y hermoso. Se puede ver por los pliegues de la blusa. Unos rizos

oscuros, largos. Los ojos verdes, almendrados, casi chinos. No muy alta. Pero fuerte. Sabe algo que tú no sabes. Su mirada es dura, no tierna. Es delgada, pero su mirada es dura. A pesar de que en la foto se ría. Aunque tenga a su hijo al lado, entre ella y Mister Dori. Sus ojos son duros. Y hermosos. Seguro que le gusta estar encima. En la cama. No folla bastante. Siempre tiene cosas más importantes que hacer. Pero cuando lo hace, va a por todas y te hace perder la cabeza. Miro también un poco a su

Bueno, ¿tienes ya lo que querías?, preguntó. En su voz se entrevé un desdén, fino como una tortilla. Sí, le digo. He comprendido que con tu mujer es mejor estar de su parte que contra ella. Estoy dispuesto a jugarme veinte lamas a que te enamoraste de ella por sus ojos. (No le dije que había percibido también que ambos tratan de atraer al niño, cada uno le agarra por un brazo y tira de él, que se encuentra dividido entre los dos. Y la mirada del niño es descontenta. No lo digo, porque hay un límite en lo que los clientes están dispuestos a oír sobre ellos mismos.)

No está mal, dice, y guarda de nuevo la foto en la riñonera. No está nada mal, *señor* Alfredo.

Una vez al día me pide el teléfono vía satélite para llamar a su amada de ojos verdes. Por regla general tengo en cuenta esa clase de cosas con mis clientes, todo lo apunto en la libreta, pero con este Dori, me apetece no hacerlo. No tengo la menor idea de por qué. Tiene una voz juvenil, su mujer. Roni, se llama. Una voz juvenil y hermosa, pero no agradable. En cambio, él es muy amable con ella, la rodea de calidez, por teléfono. Pero ella le habla como a un viejo amigo. Yo no comprendo todas las palabras que le dice, pero sí entiendo el tono que usan las mujeres y esa tiene un tono de mujer que no echa de menos a su hombre y esto no me gusta, no me gusta en absoluto que se comporte así con él. Me doy cuenta de que, después de sus conferencias telefónicas, él no se queda satisfecho. Pero yo no le comento nada. Él y su padre pertenecen al partido de las personas que solo tienen un gran amor en la vida, así me lo contó. Algunas veces me lo ha repetido. Pero yo no me ocupo de política. Así que solamente le alargó el paquete de Bamba cuando él me devuelve el teléfono y le pregunto qué ha dicho el presidente del partido. Y él mira por la ventana, suspira y dice: Piensa que tienes razón, Alfredo, que debemos seguir buscando con paciencia, de plantación en plantación. Hasta que encontremos la punta de la madeja.

Dori

Cuanto más penetran en la región de las plantaciones, más van desapareciendo las trazas del mundo civilizado. De vez en cuando aparece entre los matorrales un caballo sin jinete. De vez en cuando, a un lado del camino, se puede ver una cabina telefónica pública desprovista de auricular. Los caminos están llenos de cráteres, como la superficie de la luna. Hay momentos en que se interrumpen de repente, por una barrera o por el espesor de la vegetación. Y hay que seguir a pie hasta la misma plantación. Alfredo lleva su pistola cada vez que bajamos de la autocaravana. Aquí existen bandas que desnudan a los gringos drogados, dice, y a continuación añade: pero no hay asesinatos. Hace ya veinte años que no ha habido ninguno. Solamente hay robos. Ahora estoy más tranquilo, dice Dori, pero Alfredo no capta su tono cínico. En las duchas de las plantaciones no acostumbra haber agua caliente. Y si la hay, se termina mientras te estás duchando. Al principio, eso molestaba a Dori, ese instante espeluznante, cuando el agua helada le cae por la espalda, pero al cabo de unos días se acostumbró. Ya no se afeita. No tiene fuerzas para ello y, de alguna forma, le parece más adecuado con la zona intrincada en la que se encuentran. Los matorrales y los árboles se enmarañan en miles de ramas y hojas sobre las que la lluvia incesante toca su concierto gota a gota. El sonido de las gotas percutiendo sobre una hoja –se da cuenta pasados unos días– es distinto al de las gotas que resbalan por un tronco, al de las gotas que chocan contra una chaqueta, distinto al de las gotas que caen en los pequeños charcos que se forman entre los árboles. El agua fluye por doquier sin cesar, hasta tal punto que no se distingue el río de los senderos. No es exactamente la jungla. No desde el punto de vista biológico. No hay monos, ni caimanes, ni Tarzán, ni Mowgli. En cambio hay mariposas de colores maravillosos y, en la atmósfera, algo salvaje y perturbador. Incluso la misma plantación tiene algo de salvaje. Algunas chozas de paja diseminadas alrededor de la choza principal con cocina y, junto a ella, una tienda comedor. Todo ello construido con materiales naturales: las mesas de madera, la iluminación nocturna a base de velas, las hamacas tejidas con cuerdas. La colada se lleva a cabo en el torrente con un jabón áspero, y la ropa se pone a secar sobre sillas de bambú

en el exterior de las chozas. No siempre logran que se seque. A causa de la lluvia. Con el tiempo se aprende a predecir cuándo lloverá, le cuentan otros mochileros. Con el tiempo aprendes a distinguir los colores de las distintas nubes.

Él se instala con otros mochileros, habla con ellos, les muestra las fotos de su padre. Y siempre, en los instantes que transcurren mientras las miran, un destello de esperanza le brota en el pecho. No, no lo han visto, dicen siempre finalmente. ¿Una droga que te ayuda a soñar? Han oído hablar de ella. Es posible conseguirla si siguen adelante, en la profundidad de la espesura. No, ellos no la han probado. Quizás más adelante. Por una parte, solo se vive una vez, por otra parte, hay historias sobre gente que ha quedado enganchada. Que les ha marcado profundamente. Y es una pena lanzar por la borda todo el viaje por una idiotez como esta. Y además, ¿qué tiene de malo la vieja y buena marihuana? ¿Quieres un poco? No, gracias, dice él. Y se siente como un jubilado. De todos modos se queda con ellos alrededor de las mesas de madera, escuchando sus conversaciones, interviniendo a veces. Incluso, entonces, está seguro de no decir más que tonterías. Pertenece a otra generación, absolutamente distinta. Se abre un abismo entre ellos. Él sabe demasiado o, al contrario, demasiado poco.

La mayoría están en los veinte años, consumidos por las dudas sobre sí mismos pero llenos de alegría de vivir sin que esas dos tendencias choquen entre sí. Ninguno de ellos vive donde nació. Los australianos viven en Londres. Los ingleses en España. Los españoles en Suiza. Los franceses en China. O en Singapur. Los suizos están enamorados de Ecuador y están estudiando la posibilidad de adquirir un terreno cerca de Quito para establecer una granja ecológica. Israelíes no hay muchos. No es la ruta del *humus*, le explica un cierto Miron de Kfar Saba. La ruta del *humus*, hombre, ¿no sabes qué es? Los israelíes se mueven de aquí para allá en grupo, por rutas establecidas que se basan en la transmisión de boca en boca. Y... la zona de las plantaciones no se encuentra en esa ruta. ¿Por qué? No está claro, ¿quizás porque no hay suficiente *action*?

Los australianos (que viven en Londres) se ríen mucho. Dori no siempre comprende sus bromas, pero es agradable estar con gente que bebe y que practica una versión audaz del juego de las sillas, en el que las chicas pueden sentarse en las rodillas de los chicos si no hay ninguna silla libre.

Le gusta también poder retirarse, en un momento u otro de la noche, a su

cabaña. Todavía le cuesta conciliar el sueño. Aunque el terror a la caída, que se apoderó de él en la habitación de Otavalo, lo ha abandonado. Como si hubiera tenido que experimentarlo una vez hasta el límite, con el corazón a punto de reventar, para poder dejarlo atrás y, entonces, acostarse con los ojos abiertos hasta el amanecer y, sencillamente, escuchar el movimiento de las nubes. Alfredo, por la noche, regresa a su autocaravana, en general, acompañado por una turista, y Dori se queda en la plantación en compañía de sus pensamientos que poco a poco se liberan, se dispersan, se corrompen: podrías haberlo pasado bien aquí, de no haber sido... De no haber sido. De no haber sido. Confiesa. La pasas bien. Lo paso bien. Un poco. Pero entonces me acuerdo de por qué estoy aquí. Y a quienes dejé allá. Hace calor. Humedad y calor. Humedad, calor y estrellas. Y qué sucedería si te quedaras calvo de aquí y de ahí. Por lo menos no estoy calvo. Viejo, con dolor de espalda, pero no calvo. Esta mosquitera tiene unos agujeros demasiado grandes. O quizás los mosquitos han disminuido de tamaño. Si no, ¿cómo es posible que me hayan picado? A lo mejor papá también durmió aquí. ¿Quizás bajo esta misma mosquitera? Me calzaba sus zapatos y caminaba así a lo largo y ancho del salón. Y Tseela se calzaba los de mamá. Eso hacíamos de pequeños cuando nos quedábamos solos en casa. ¿Desde qué edad nos dejaban solos? Tseela tenía diez años. Yo siete. Salían mucho para ser padres. Tenían su vida. Roni y yo no salimos. Casi. No es por ella, es por mí. No puedo dejar a Neta con una *babysitter*. Es decir, puedo. Pero no puedo pasarlo bien si estoy preocupado por él. Estoy jodido. No se puede decir de otro modo. Es una de las cosas que quiero cambiar cuando regrese. Como si eso pudiera ser de alguna ayuda. Pero ¿qué puede ser de ayuda? Un pájaro. Otro pájaro. Y otro pájaro. Señal de que pronto despuntará el día. Y acaso cuando salga de la choza, simplemente, allí estará su padre. Bajo el sol. Acaso se abracen. Acaso le contará que el Hapoel ha ganado la copa y quizás sigan viajando juntos unos días más. De plantación en plantación. Tiene que admitir que esa zona de Ecuador es fascinante. Unos días más como estos y me hago adicto, me separo de mi nave nodriza, me libero, abduco, me abandono en la atmósfera. Despertarse. Es preciso despertarse. Desprenderme de esta apatía y continuar hasta la próxima plantación. No queda otro remedio.

* * *

Una vez es la plantación de Manuel. Otra la de Rafael. Como las clases a las que entra en el instituto, cada una tiene su magia especial, pero siempre hay un riachuelo cerca y la mayoría de los platos del menú son a base de banana, por la noche el cielo está sembrado de esperanza y la gente saca guitarras, bongós, flautas persas y un didjeridú, un instrumento aborigen de caña, largo, cuyo sonido lo hipnotiza hasta tal punto que una noche sale de su choza y se acerca al círculo de músicos para preguntar cómo se toca.

No es fácil, le dicen. Y se lo enseñan. Hay que soplar y aspirar al mismo tiempo para obtener un sonido largo y continuo. Se le llama respiración circular. Lo prueba, no lo consigue, no lo consigue, entre las risas de la concurrencia hasta que, de repente –después de todo es el nieto de Fima, después de todo ha tocado la trompeta durante dos años– lo consigue, y el sonido emerge del instrumento, largo y vibrante. Sostiene la nota en la frecuencia que ha encontrado, largo rato, olvidado de todo, de la tensión del año escolar que acaba de terminar, de la búsqueda de su padre, de la añoranza de Neta, de la frialdad de Roni al teléfono: eso es lo que le ocurre, solo tocando o follando puede abandonarse al presente y aniquilar los pensamientos. Algunos australianos se ponen de pie para bailar y él acompaña su sinuoso baile, sopla y aspira, sopla y desea, hasta que la danza se muere sola, el generador se apaga y las estrellas caen sin dejar estela y a pesar de que no le dice nadie que deje de tocar, se da cuenta de que ya es suficiente.

¿Qué hacía su padre aquí?, se pregunta después, solo de nuevo en su choza, qué hacía exactamente cuando tocaban el didjeridú y alzaban sus pupilas dilatadas hacia las estrellas? ¿Bebía soda y les daba consejos estratégicos?

No me parece que estemos por buen camino, se queja a con Alfredo al día siguiente. Un temor real se apodera de él, después de varias noches de respiración circular con el didjeridú, de hundirse en su melodía, y no le queden fuerzas para levantarse de la hamaca. Para buscar. Para salvarlo.

Tranquilo, Míster Dori, insiste Alfredo. Hay que penetrar en lo más profundo del bosque. Establecer relaciones. Reunir pistas. No estoy seguro de encontrar a tu padre aquí, dice. Pero estoy casi seguro de que pasó por aquí. Lo huelo siempre por los alrededores.

Pero, ¡qué estás diciendo!, piensa Dori. No tienes ni idea de cómo huele (una mezcla de aroma de pipa, efluvios de Old Spice, una pizca de plástico de

una pelota de básquet y champú de mamá, tinta de impresión láser y asientos de coche).

Pero Tseela dice que le parece digno de confianza –Alfredo le manda vía e-mail un informe diario de la búsqueda– y Roni dice que en la web del *Independent* británico ha leído un artículo sobre una chica, cuyo cadáver contribuyó a encontrar Alfredo en Colombia, cuando ya todos los funcionarios habían desistido.

Yo no quiero que encuentre ningún cadáver.

Sí... bueno... no hablaba de eso. Hablaba de lo que allí habían escrito, que él es el número uno en el campo de las pesquisas, no tiene rival. Y es el *Independent*, Dori.

Entonces, ¿qué hace conmigo, una semana entera ya?, recela Dori. Si es un tiburón, ¿cómo malgasta su tiempo con un tipo de poca monta como yo?

Ni idea, Roni encoge los hombros por teléfono. Pregúntale a él. Quizás tenga algún interés personal en tu historia.

Te echo de menos, dice él.

Roni guarda silencio. Ya desde los primeros meses de su relación, le dijo que ella no sabía añorar. Y que no se ofendiera. Así es con los supervivientes del kibutz. Cuando pasas la noche llamando «mamá, mamá» en la casa de los niños y nadie viene a por ti... no sé... al parecer el mecanismo de la añoranza se me jodió allí, trató de explicarle una vez. Y él le respondió, pero yo sí te añoro. Para mí es una parte inseparable del amor y no quiero reprimir esta parte. Pues no la reprimas, le dijo ella. Dime lo que te pase por la cabeza. Pero no te ofendas si no te repito lo mismo.

Muy bien, dijo él entonces. Como las condiciones básicas, las cláusulas centrales de cada contrato relacional se redactan en los primeros meses, después es muy difícil cambiarlas. Como sus nombres, que habían trazado en el cemento húmedo de la entrada en la primera casa en que vivieron, en la calle Shabazi y que todavía están allí grabados. Aunque ahora toda la zona está habitada por ortodoxos y esa declaración de amor con el corazón y las flechas, seguramente les parece inapropiada a los estudiantes de las *yeshivá* que la ven...

¿Está Neta?, pregunta.

Sí, dice ella, pero...

Inténtalo, casi le implora.

Entonces se producen unos segundos de silencio, unos murmullos casi

inaudibles a esa distancia, y entonces...

No quiere.

El dolor es como un puñal que se le clava a Dori en el pecho. Dile que quiero preguntarle algo referente a su regalo.

Basta, Dori.

Díselo.

Vuelve a reinar el silencio, algo más prolongado. Y de nuevo: lo siento, no... ahora está mirando la tele.

¿Qué es eso de mirar la tele por la mañana?

Vamos, Dori, de verdad, me has dejado sola con el niño, así que no empieces a decirme qué debo hacer.

Hace ya unos días que el niño se niega a hablar con él. De hecho, solo han hablado dos veces desde que se fue. La primera vez preguntó: ¿Papá?, asombrado, a punto de llorar, y luego le pasó el teléfono a su madre. La segunda vez le preguntó: ¿Cuándo vuelves, papá?, ¡te he hecho un dibujo! Y cuando Dori respondió que pronto, pero no sé exactamente cuándo, el niño colgó. Desde entonces, se niega a ponerse al teléfono. La psicóloga le dijo a Roni que era absolutamente normal. Que los niños se comportan así en las separaciones. Pero a Dori eso lo enloquecía. ¿Y qué ocurriría si lastimaba al niño? ¿Si le causaba un daño irreparable y, de ahora en adelante, durante el resto de su vida no se atreviera a acercarse a nadie por miedo a que lo abandonara después? ¿Y qué ocurriría si este viaje se prolongara –un pavor distinto, más egoísta, se apodera de él– y el niño sencillamente se olvidara de él, lo borrara de su memoria? (Cuando su padre regresó de la guerra de Yom Kipur, cuenta la leyenda familiar, él huyó llorando de aquel extraño de frondosa barba que apareció de repente en la puerta de la casa y fue a esconderse debajo del cobertor.)

Escucha, *amigo* –al cabo de dos días interrumpe a Alfredo en pleno flirteo con una americana que parece tener diez años–. Yo... es suficiente. Con el debido respeto al... tu sentido del olfato, yo financio este viaje y opino que desde hace una semana estamos perdiendo el tiempo.

No hay problema, Alfredo sorprendentemente, está de acuerdo. Pero vamos a ver otra plantación, con tu permiso. La plantación de El Loco. Está aguas abajo de Río Blanco. Podemos salir hacia allá mañana por la mañana, si tú quieres.

A la plantación de El Loco solo se puede llegar en barca. Dejan la

autocaravana en una orilla, bajo la atenta mirada de dos lugareños que también conocen a Alfredo.

Un adolescente, con tejanos bermudas y torso al descubierto, los conduce en el sentido de la corriente en un pequeño bote neumático. Dori piensa que es imposible que su padre se embarcara en un bote como ese. Porque se marea. De vez en cuando hay una cascada... pequeña...

Pero el bote se desliza sin sacudidas. La corriente es moderada. El agua viscosa, pesada. De vez en cuando aparece una cabaña de madera en una de las orillas. Ascende humo de una fogata invisible. Los árboles extienden hacia ellos sus largas ramas. Frutos multicolores de formas insólitas brotan de algunos de ellos. Un animal peludo de cola larga, que Dori no ha visto jamás en ningún zoológico, se desliza entre los troncos. Le pide a Alfredo si puede preguntar al adolescente cuál es el nombre del animal pero el muchacho como respuesta sonríe enigmáticamente. Su rostro es bastante extraño: un ojo desorbitado, el otro es solo una pequeña rendija. Como si de pequeño hubiera hecho un aspaviento de terror y después se le hubiera congelado. Pero sabe remar. Van avanzando hacia el centro, al corazón de la espesura. El canal se va estrechando. La atmósfera se va humedeciendo. Parece que poco a poco se adentran en una zona climática distinta. Un árbol gigantesco de ramas torcidas aparece por la izquierda. Neta estaría encantado de subir a un árbol como ese, piensa Dori. El niño trepa a cuantos árboles ve. Sin miedo. A su padre, que era un gran trepador, eso lo inquieta. Presiente la caída. Tranquilízate, le dice Roni. Deja que lo intente.

Ya que no vale la pena preguntar al barquero por el nombre del árbol torcido, Dori inventa uno: «popa», en honor al nombre del gran jugador de básquet Constantin Popa. Y al minúsculo lagarto parecido a una iguana que está en una rama baja, le llama iguanita. Supongamos que su padre montó en ese bote –le desconcierta esta incógnita–, ¿aquí también insistió en sentarse con su Dr. Gav? ¿Dónde podría apoyarlo?

Bebe algo. Alfredo le acerca una botella de agua. Beber es importante.

Se traga un litro entero. No tenía consciencia de estar tan sediento. El Loco, ya sabes qué significa *loco* en español, le explica Alfredo. De hecho, el hombre es americano. Llegó aquí hace cuarenta años, después de la guerra de Vietnam. Compró un terreno inmenso y lo cerró con una valla de cactus. Es imposible entrar en la plantación como no sea por la puerta principal. Y está siempre cerrada.

¿Qué quieres decir? Entonces, ¿cómo vamos a entrar?

Hay que llamar al timbre de la puerta, entonces él observa por medio de sus cámaras. Si le gustas, te deja entrar. Si no –y la mayoría de la gente no le gusta–, la puerta permanece cerrada.

Entonces nadie viene por aquí.

Todo lo contrario. A la gente le gusta que la traten como basura, Míster Dori. Y además dicen que el interior es *un paraíso*. Y que El Loco cocina comidas de nueve platos para sus invitados. Así que la gente baja hasta aquí con un bote, intenta una y otra vez tener un golpe de suerte, a lo mejor esta vez él acepta.

Desde el instante en que el adolescente aminora la marcha y atraca en el pequeño embarcadero, los atacan los mosquitos. Decenas, quizás centenares. Al cabo de pocos segundos, Dori está cubierto de picaduras. Incluso en las nalgas. ¿Cómo diablos puede llegar a las nalgas la trompa de un mosquito? Alfredo le da una pomada. Huele muy mal. Horriblemente. Pero, ¡qué remedio! Se la unta por todas las partes expuestas de su cuerpo. También en el trasero. El adolescente los espera, paciente, con la misma sonrisa enigmática. Y con el torso aún desnudo. A él no le pica ningún mosquito, como si una alianza de sangre se hubiera establecido entre él y los mosquitos. Los conduce por un angosto sendero entre bananeros, que termina en una puerta electrificada plateada, más apropiada para un chalet en Talbyeh que para Ecuador.

El joven toca el timbre en lugar de ellos y retrocede, en espera de la sentencia. ¿Regresará esta vez con el bote lleno o vacío? Con una rapidez sorprendente –incluso el adolescente se sorprende– la puerta se abre. Joe Cocker, en camiseta blanca con una badana roja y sonrisa torva aparece tras ella.

En su desnudo hombro derecho reposa una iguana. *Welcom aboard, you're the son of Mani Peleg, right?*, pregunta a Dori con voz enronquecida.

* * *

Se instalan bajo una enorme mosquitera, blanquísima, que cubre como un dosel nupcial el restaurante de la plantación. El Loco les ofrece un té frío, preparado en su honor con cubitos de hielo, y Dori toma un largo sorbo, entonces se inclina para dejar su vaso en la mesa. ¡Nooooo!, chillaba El Loco,

pega un brinco con ojos delirantes, y coloca en la mesa unos posavasos de corcho, entonces suspira como si hubiera evitado una terrible tragedia.

Pero a pesar de todo, el tipo es simpático, ostenta una cuchillada en la mejilla izquierda y lleva su iguana en el hombro izquierdo, pero está lejos de parecerse al retrato que trazó de él Alfredo.

El vaso de té se les ha servido después de la comida de nueve platos que ha cocinado y servido él mismo. Dori quiso plantearle las preguntas que le consumían ya desde el primer plato, pero Alfredo le señaló, con un dedo sobre los labios, que guardara silencio. Lástima que no esté aquí el chef pretencioso del taller de cocina al que Roni le arrastró, piensa Dori en el transcurso de la comida. Hubiera podido aprender de El Loco algo sobre la utilización de productos naturales y sobre la humildad. Una ensalada de pepinos con yogur de leche de lama, sopa de puerros, pescado en salsa picante, oca con miel, helado de frutas; todo ello servido a la mesa en platos no muy grandes y sin esforzarse en decorar la presentación.

Dígame, ¿cómo ha sabido que yo soy hijo de... mi padre?, pregunta mientras sorbe el té.

Ah, yo creo que basta con echar una mirada sobre una persona, responde El Loco, mientras enciende su cigarro y el de Alfredo. Si esa mirada es justa, si esa mirada es sagaz, sabes al momento lo que debes de saber. Tú, por ejemplo, prefieres las alcachofas con mayonesa y no con vinagre. Prefieres el básquet al fútbol. Te gustan las mujeres independientes y fuertes. Y hace ya mucho que no has follado como Dios manda. ¿Estoy en lo cierto o estoy en lo cierto?

Antes de que a Dori le de tiempo a responder (en un cálculo rápido, El Loco le ha marcado tres goles y le ha causado una lesión), en una campana suenan las primeras notas de *Riders on the Storm* de los Doors, la iguana levanta la cabeza y El Loco les pide que lo excusen. Unos invitados potenciales han llegado a la puerta y debe verificar si son o no son convenientes.

Regresa al cabo de un instante. La puerta permanece cerrada.

Tu padre es un hombre muy especial, le dice a Dori. Estaba allí, en la puerta, con su espaldera... ¿cómo se llama?

Dr. Gav.

Eso es. Estaba allí, afuera, y enseguida comprendí que formaba parte del club.

¿Club? ¿Qué clase de club? Dori no comprende nada. Los únicos clubes de los que su padre es miembro privilegiado son los de los bancos y las tarjetas de crédito.

Ah –El Loco palmea su badana roja–, se me había olvidado. También me ha dicho que sus hijos no saben nada de nada.

* * *

Por la noche, bajo su mosquitera, como un arqueólogo del recuerdo, Dori pretende sondear y encontrar por lo menos un testimonio que confirme la historia que El Loco le explicó al terminar la comida. Conocía los encierros voluntarios de su padre en Yom Kipur y la historia del reloj, pero era imposible, sencillamente imposible que no hubiera nada más que eso. Al padre de Udi le habían herido en los altos del Golán y se despertaba todas las noches gritando a causa de las pesadillas. Su padre, en cambio, dormía muy bien, tan profundamente, que ni el rumor intenso de las hojas el viernes por la mañana lograba despertarlo. De acuerdo, entonces no por la noche. Pero debía de haber alguna cosa. Alguna señal. ¿Cómo se puede ocultar algo así a todo el mundo a lo largo de tantos años?

Durante toda la noche, Dori pasa revista a episodios de su vida familiar. Recuerdos y más recuerdos surgen de su cabeza y escapan afuera a través de los agujeros de la mosquitera, hacia la noche, y espera que alguno sea lo bastante grande para poder atraparlo.

Es a la noche siguiente, a las cinco de la madrugada exactamente, al oír el mugido de una vaca que se había despertado temprano, cuando lo recuerda.

* * *

Se detuvieron en Yotvata, para refrescarse. Eran cinco familias del trabajo de su madre, de camino al Sinaí. Lital, la hija de Ashkenazi, bebía cacao en un tetrabrik mientras lo miraba. Por lo menos eso le parecía a él. Unas gotas le resbalaron de los labios hasta el cuello. Casi no se distinguían ya que su piel era de color chocolate. Ella era una adolescente y él todavía un niño, aunque en los testículos le empezaba a salir algún pelo, y pensó que esta vez ocurriría. Hacía unos años que, durante los días de campo familiares, existía entre ellos una dulce turbación. Su padre se reía de él y, por supuesto,

convertía toda esa historia en burla. Por lo menos inténtalo, le decía siempre en el camino de vuelta a casa. Mirar fijamente a alguien no lleva a ninguna parte, hijo. ¡Por lo menos inténtalo! Mamá se apresuraba a defenderlo. Cada uno tiene su propio ritmo, Mani. Y a algunas chicas les gustan precisamente los tímidos.

Esta vez va a ocurrir, pensó. No sabía exactamente qué iba a ocurrir, pero estaba seguro de que en el Sinaí reuniría el valor suficiente. El Sinaí está lejos. En el Sinaí se duerme en tiendas. En el Sinaí se toma el sol todo el día. Gafas y snorkel. Sus padres nunca habían querido ir al Sinaí. Pero era la última oportunidad, pronto devolverían el Sinaí a los egipcios.

En el camino de Yotvata a Eilat, jugaron al pasatiempo favorito de la familia: al retrato. Tseela conocía a montones de famosos y él no, y siempre descubría a la persona elegida mucho antes. Entonces, cuando le llegaba a su madre el turno de escoger, siempre intentaba elegir a alguien a quien Dori conociera, por ejemplo, un jugador de básquet. Pero era tan evidente que no le compensaba.

Su padre se comportaba como siempre. No había ninguna señal de lo que ocurriría más tarde. Cuando Tseela anunció que tenía pipí, diez minutos después de salir de Yotvata —siempre tenía ganas de hacer pipí— él, como siempre, le hizo caso y detuvo el coche junto a la carretera. Pero, papá, protestó Dori, vamos a perder a todos, que Tseela se aguante un poco más. Y su padre dijo: No te preocupes, hijo. Se rio y añadió: Lital nos esperará.

Cuando Tseela regresó de detrás del matorral, pidió que pusieran una casete de Michael Jackson y así, con los sonidos de la risa horripilante con que termina la canción «Thriller», llegaron a Eilat.

Habría sido genial dormir en un hotel de cinco estrellas, gruñó Tseela.

Puedes bajarte, dijo Dori, irritado con ella. Nos arreglaremos sin ti, niña mimada. Ella le dio un puntapié con sus náuticas: ¿quién va al Sinaí con unas náuticas? Su padre, como de costumbre, intervino unos segundos antes de que él le devolviera el golpe. Vamos a un hotel de un millón de estrellas. La tienda que compré tiene el techo transparente. Tendréis cuantas estrellas queráis.

Ya estaban en el centro de Eilat, acababan de pasar las grúas del puerto y todavía hablaba de la tienda que había comprado. Increíble.

Las otras familias los esperaban en Taba, junto a un quiosco de bebidas. El viento del sur jugaba con el pelo de miel de Lital Ashkenazi. Se había

cambiado el pantalón por un bañador espectacular —¿cuándo le dio tiempo?— y apoyada en el Subaru de sus padres le miraba.

Entonces ocurrió.

En lugar de dar a todos la señal de seguir el viaje, su padre frenó el coche con un chirrido innecesario. Se desabrochó el cinturón de seguridad. Y huyó. No caminando, sino que salió del coche al galope. Al cabo de una decena de metros se detuvo en otro quiosco, lo rodeó y desapareció. Ellos quisieron seguirlo junto con mamá, pero ella no los dejó. ¡Quedaos en el coche!, dijo con una voz que helaba la sangre y que nunca antes había utilizado.

Pasados unos minutos, Lital Ashkenazi se acercó a su ventanilla y preguntó: ¿Qué le pasa a tu padre?

Nada, respondió Tseela en su lugar. Ha ido a hacer pipí. No te preocupes, volverá enseguida.

Su padre regresó al cabo de unos minutos. Tenía unos ojos extraños. Perdidos. Mamá lo cogía de la mano como a un niño pequeño.

Lo hizo sentar en el asiento al lado del conductor y fue a hablar con el resto de las familias. Idos, les dijo. Mani no se encuentra bien. Nos reuniremos con vosotros después.

Adiós, hasta luego, dijo Lital Ashkenazi. Cuando entró al coche de sus padres, le dedicó una última mirada, en la que brillaba una chispa prometedora.

Luego hubo la etapa de la espera. Estuvieron largo rato en el coche, en silencio, esperando acontecimientos. Tseela preguntó si podía poner su música y mamá le dijo que no era el momento. Su padre respiraba pesadamente, largamente, como si quisiera calmar algún disgusto. Aunque no parecía disgustado en absoluto. Parecía, eso sí, decepcionado. Su mano reposaba en el regazo de mamá y el sudor le brillaba en el cuello, a pesar de que el aire era muy seco. Todo irá bien, Mani, mamá se quitó las gafas de sol y las dejó en la falda, lo que decidas me parecerá bien. Conduce tú, dijo él. Y ella preguntó. ¿Estás seguro? Él asintió, con un movimiento que a Dori le pareció demasiado lento. Ella se colocó de nuevo las gafas y puso la marcha. Entonces él dijo: Un momento, espera. Y a continuación se calló. Y acto seguido: ya han pasado diez años, no me podía llegar a imaginar que... mi corazón iba a estallar. Se abrió la camisa, tomó la mano de ella y la puso sobre su pecho.

Dori no comprendía nada. ¿Qué pasa?, preguntó mirando a Tseela. Ella era

la mayor. Tenía que saberlo. Pero en los ojos de Tseela solo había desconcierto.

No creo que sea capaz, Nurik, dijo su padre al fin. Vamos a regresar.

¡Inténtalo por lo menos!, quiso decirle. ¡Inténtalo por lo menos! Pero tenía la sensación de que entre el asiento trasero y el delantero había, en aquel momento, un tabique invisible. Opaco. Una separación que impedía que las palabras pasaran del mundo de los niños al de los adultos.

Dieron media vuelta. Tomaron una habitación en un hotel de Eilat. Con jacuzzi.

Tseela estaba loca de contento, y él paseó por cada rincón del hotel y vio toda clase de chicas y de adolescentes, aunque ninguna de ellas tenía la mirada prometedora de Lital Ashkenazi, y se enfadó, estaba muy decepcionado, incluso no podía ni masturbarse tranquilamente por culpa de esta hermana horrible que tenía, que entraba y salía del cuarto sin avisar. Además, le habían salido tres granos en la frente, imposibles de reventar. Y dos veces al día su padre jugaba al básquet con redoblada energía en la pista del hotel –atacaba y se replegaba en la defensa rápidamente– y de noche bailaba con mamá en la discoteca «*Hands up, baby, Hands up!*» hasta la madrugada y no parecía de ningún modo que sufriera del corazón, esa fue la explicación que mamá les dio por haber desertado repentinamente de la excursión al Sinaí, y cuando el último día fueron al observatorio submarino, Dori aprovechó un momento en que su padre y Tseela subieron al bar a tomar una Coca-Cola y quedaron solos él y su madre frente al enorme cristal para preguntarle en el tono de sus conversaciones íntimas, mamá, ¿qué le ocurre a papá?, dime la verdad, ¿por qué no fuimos al Sinaí? Ella se calló un rato, y cuando ya creía que nunca le iba a responder, dijo, es extraordinario, sencillamente extraordinario, hay un universo entero bajo el agua, no menos rico que el nuestro, y no tenemos ni idea de cómo es. ¡Mira!, señaló una pareja de peces corneta pintada, largos y estrechos, que se les acercaban. Los siguieron con la mirada hasta que desaparecieron detrás de un coral amarillo, entonces su madre le acarició la cabeza y le dijo en un tono que no admitía objeción: ¡Ven, nosotros también vamos a subir al bar!

* * *

Increíble. Dori no lo dice en voz alta, pero la sensación de incredulidad le

tensa la frente y le alza las cejas. Increíble cómo el recuerdo, igual que la información antes de la guerra de Yom Kipur, oculta los detalles que no concuerdan con la percepción actual. A Lital Ashkenazi la recuerda estupendamente. Durante años fue la protagonista de sus fantasías. Pero de lo que había ocurrido de camino al Sinaí...

Y he aquí otro episodio –¿dónde estaba escondido?– en los ochenta. En quinto o sexto. Todos los niños tenían un videojuego Atari, él también había pedido uno. Después de largas negociaciones, más el regalo por haber encontrado el *afikomán* (el pedazo de pan ácimo escondido) en la cena de Pascua, se lo compraron. Estaba en el salón jugando a tenis a dos bandas, al come cocos y a batalla de tanques. Su padre también jugaba con el Atari. Durante horas y horas. Pero solo a la guerra de tanques. Cada noche, cuando mamá lo llamaba para que fuera a la cama, él decía: Ya voy. Pero no iba. Y por la mañana tenía los ojos hinchados, el pelo hirsuto y los nervios a flor de piel. Y entonces, la víspera del día en que sus compañeros de clase tenían que venir a jugar, el Atari desapareció. Mamá sostenía que ella lo había devuelto a la tienda porque no le dejaba a él, a Dori, concentrarse en los estudios. Pero cada vez que mentía se le enrojecía el cuello.

El Loco

Tu padre salió de la choza y empezó a correr por toda la plantación gritando: ¡Los MiG!, ¡los MiG! Tuve que tranquilizarlo. No me quedó más remedio. Los caballos hubieran podido huir. Intenté acercarme a él y señaló al cielo y dijo algo en su idioma. Le temblaban las manos y tenía el cuerpo cubierto de sudor. Estaba completamente mojado. Me acerqué un poco más. Mi intención era abrazarlo. A veces un abrazo puede ayudar. Pero tu padre es un hombre fuerte. Me agarró por un brazo, me arrastró detrás de un arbusto y me echó al suelo. ¡Los MiG!, chilló, mientras me hacía señas para que pusiera las manos sobre la nuca. Lo hice. Es la primera regla del club, que lo sepas: no se discuten los caprichos de un compañero. Porque nadie nos puede prometer que lo que el sistema llama «realidad» sea más verdadero. Así que nos quedamos tendidos detrás del arbusto unos veinte minutos. Quizás media hora. Cada vez que intentaba levantar la cabeza tu padre me daba un fuerte

golpe, así, en la nuca, y me aplastaba de nuevo la nariz en la tierra. A las once de la noche el generador se apaga. Se detiene cada día a esta hora exacta. Entonces, tu padre se levantó del suelo y luego de comprobar que no había más MiG en el horizonte me hizo la señal de seguirlo rápidamente. Le pregunté hacia dónde nos dirigimos. Y dijo a gritos: Hay seis heridos y tenemos que evacuarlos. *Ok, man*, le dije, estoy contigo. Esa es otra regla, que lo sepas: no se abandona a un compañero en pleno *flash-back*. Echamos a correr por toda la plantación, en la oscuridad, en busca de sus heridos. Él corría en zigzag, para que las balas enemigas no le alcanzaran, y yo corría tras él. También zigzagueando. Y todo el rato tu padre maldecía. Se caía, se levantaba y maldecía. *Fuck. Shit*. Y palabrotas en hebreo que yo no entiendo. Y entre juramentos, gritaba nombres de soldados. Los recuerdo muy bien ya que los repetía constantemente. ¡Rafi!, ¡Yedidia!, ¡Eliada!, ¡Yedidia!, ¡Rafi! Quería que lanzaran bengalas luminosas para ver mejor el terreno y poder encontrarlos. Le dije que no teníamos bengalas luminosas. El arsenal estaba vacío. Entonces se detuvo en seco, se irguió y me ordenó: *Ok, soldier*, pásame a Gorodich. De repente, tenía el tono de voz de un comandante. Tranquilo. Competente. Del tipo que te apetece obedecer. Por casualidad yo tenía el teléfono en el bolsillo, así que lo saqué e hice como que telefoneaba, como que esperaba una respuesta y como que alguien me contestaba que los refuerzos ya venían, entonces él comenzó a gritarme que era un mentiroso. Mentiroso. Mentiroso. Lo repitió unas veinte veces por lo menos. Primero con furia. Después como un hecho. Luego como suplicando, por favor, miénteme.

A la siguiente vez, la veintiuno, se hundió, cayó en mis brazos como un bebé y empezó a llorar. Lágrimas de verdad. Le resbalaban de los ojos a las mejillas, a mi camisa y a mi camiseta. Entre sollozo y sollozo repetía la misma frase: *it's my fault, it's my fault, it's my fault*.

Me lo llevé a casa y cuidé de él. ¿Qué significa que lo cuidé? Oye, hijo, tu padre tuvo una suerte inmensa de que todo aquello le ocurriera conmigo, en la plantación. Si le hubiera ocurrido en Jerusalén, en Nueva York o en Wilford, Tennessee, lo habrían internado al instante. Así, sin pensarlo dos veces. Tal como le habían hecho a él. Entonces lo hubieran atiborrado de píldoras amarillas y después no hubieras conocido a tu padre, créeme. Esa es otra regla de nuestro club: un compañero no atiborra a otro de pastillas, porque las pastillas son el método de que se sirve el sistema para ahogar

nuestro grito. ¿Cómo cuidé de él? Tengo mis métodos. Lo más importante, una alimentación sana. Yervas especiales que cultivo aquí, en la plantación. Para mis problemas. ¿Qué cuándo me ocurrió a mí un ataque así? Cinco años después de la guerra de Vietnam. En la ciudad de mis padres. A mi regreso no quisieron saber nada de lo que había ocurrido allá. Nadie quiso saber nada. Ni ellos, ni mis amigos, ni las mujeres. Y claro que se sorprendieron cuando un día fui desnudo a la biblioteca pública a pedir un libro de Kerouac. La bibliotecaria llamó a la policía y la misma noche me internaron en el hospital. Estuve un año con todos los chiflados, hasta que huí. Viajé, viajé, morí, resucité y llegué aquí. El agua cristalina, la calma y las sustancias naturales me ayudaron. No es asunto tuyo qué sustancias utilicé. Pero también sirvieron para tu padre. En efecto, al cabo de tres días se levantó de la cama y empezó a hablar. Él hablaba y yo escuchaba. No nos quedamos en el restaurante. Estuvimos en mi casa. Le vino todo de golpe. En orden cronológico. A muchos les sucede de este modo. Me contó lo que había pasado en el año setenta y tres, hora por hora. Desde el instante en que le anunciaron su movilización, hasta el último combate, toda la historia. Así estuvimos durante una semana. Él se sentaba en su respaldo lumbar y hablaba. De vez en cuando se le secaba la garganta, entonces le llevaba un té para que tuviera con qué humedecerse el gaznate. Estuve una semana entera sin hacer nada más que prepararle té y escucharlo. A todo aquel que tocaba el timbre de la puerta lo devolvía de vuelta al río. Cuando se me hacía demasiado cuesta arriba –ya que toda la historia de tu padre reavivaba mis sufrimientos–, le decía, Míster Mani, ahora voy a reposar un poco con mi iguana y, mientras, puedes escribir. Escribir hace bien. Llenó dos cuadernos enteros. O puede ser que más. No tengo ni idea de dónde pueden estar. Escribía con una pluma estilográfica que se trajo de Israel. Sí, exactamente. Marrón con un capuchón negro. Ya te dije que ni idea de dónde están. Seguro que se las llevó. ¿Quieres un té frío? No tienes buena cara, Míster Dori, estás pálido. Mira, te tiemblan las manos. ¿Es algo de familia? Espero que no vayas a salir de aquí chillando ¡los MiG, los MiG!, ¿eh? No, solo bromeo, chico. Ya sé que no hay que tomarlo a risa. Sé que es *big fucking shock* para ti. No tengo ni idea de por qué no os contó lo que le pasó en la guerra. Se lo tendréis que preguntar vosotros. Ahora propongo que vayas a acostarte. Hemos hablado bastante para un día. Cada uno dispone de una cantidad limitada de palabras que recibe de los dioses y no hay que malgastarlas

porque de otro modo, cuando tengamos necesidad de ellas, no las tendremos a nuestra disposición. Tu cabaña está ya preparada. Es la número tres. La misma en que durmió tu padre. Espero que sea de tu conveniencia.

Dori

Dime, ¿mi padre mencionó a mi madre? ¿Te habló de ella?

Hace cuatro días que están en la plantación de El Loco y les parece que el propietario desea que se vayan. Pero no les quiere decir hacia dónde se ha dirigido su padre. En general el diálogo con El Loco le recuerdan un poco a Dori sus conversaciones con Neta: a veces El Loco no responde. A veces responde con una prodigalidad inútil. A veces se desvía por cuestiones marginales. Y de pronto recuerda que la cantidad de palabras que los dioses nos han dado son limitadas y se calla en mitad de una frase.

Al principio, tampoco responde a la pregunta que Dori le hizo referente a su madre, se limita a acariciar a la iguana que está en su hombro. Acto seguido, después de estar en silencio un buen rato –entre tanto a Dori le da tiempo a imaginar de qué modo le estrangularía con su estúpida badana– dice repentinamente *Yeah, sure*. Tu padre dijo que tu madre era su ángel guardián. Que había juntado de nuevo todas las piezas de su puzzle después de la guerra. Que se había mantenido firme con su ayuda todos esos años...

La iguana desciende del hombro de El Loco y poco a poco baja por el brazo hasta descansar en sus faldas.

A veces pienso, dice, que de haber tenido a alguien como ella en Wilfford, todo hubiera sido distinto. Shirley, a mi regreso, no quiso ni verme. Dijo que había cambiado. Pues claro que había cambiado, la muy *putana*. Estuve en la guerra.

Desde que llegamos a la plantación, Alfredo apenas habla. Una hija de gente rica de Lima, la capital de Perú, se ha escapado de su chalet de Miraflores después de una discusión con su madre y ha movilizado a sus hombres para encontrarla. Por la noche da vueltas alrededor de su cabaña, la número dos, sin descanso. Sin su autocaravana es como un indigente. Pero no abandona.

No nos moveremos de aquí hasta que este tipo nos diga a dónde se ha

dirigido tu padre, Míster Dori, me dice. Conozco a gente como él. Nos está examinando. Hasta que no tenga plena confianza en nosotros, no nos va a decir nada.

¿Sabes que él la ha convocado en sus sueños?, dice El Loco después de un largo rato, mientras los pájaros gorjean a coro sus melodías, que Dori empieza ya a identificar.

Ya lo hemos oído decir, asiente Dori. Sin embargo, no sabe exactamente qué quiere decir con «convocado en sus sueños».

De hecho, a causa de eso... todo se precipitó. La sustancia que tomó... si no la tomas como se debe, los dioses pueden enojarse y volver su poder contra ti.

¿Dioses? ¿Poder? Pero ¿qué cháchara es esa? Dori no entiende nada.

Pero las aguas volvieron a su cauce. Después de cuidarlo durante una semana, cuando volvió en sí le enseñé cómo honrar a los dioses, y de nuevo ella regresó a sus sueños.

¿Quieres darme a entender que después de la crisis que experimentó a causa de esa... droga, lo ayudaste a tomarla de nuevo?, grita Dori.

La iguana se inclina hacia adelante, a punto de abalanzarse sobre él, con una mirada dura, amenazadora.

Alfredo le pone una mano en el hombro para calmarlo y le pregunta a El Loco: ¿y qué le decía en sueños?, ¿adónde lo mandó?

A la Isla del Sol, en el lago Titicaca, responde El Loco. El lugar donde empezó todo.

Ah... *naturalmente*, Alfredo asiente con satisfacción, como un detective que acaba de resolver un enigma. Intercambian algunas frases en español, lo que exaspera aún más a Dori y lo lleva a sospechar que traman algo a sus espaldas. Después, Alfredo lo lleva fuera.

Tranquilízate, le dice. Luego entraremos en el restaurante y le darás las gracias. La información que te acaba de proporcionar puede causarle problemas. Por eso se la guardó unos días. No lo entiendes: la sustancia que tu padre consumió es ilegal. Nuestros chamanes se sirven de ella para obtener respuestas de los dioses sobre cuestiones que les preocupan. Pero ahora el Gobierno quiere agradar a los norteamericanos. Así que llaman a esa sustancia sagrada «droga peligrosa» y persiguen a quienes la distribuyen.

Si es tan peligrosa, ¿cómo puede ser que Edgar, en Otavalo, hablara de ella libremente?, sospecha Dori, y dice: Bueno, y entonces, ¿qué planes tienes?

¿Ir hasta el Titicaca solo porque nos lo ha dicho él? ¿Y si El Loco nos ha mentado? ¿Y si él mismo es un drogadicto?

En primer lugar, no es un viaje tan largo. La frontera con Perú no está tan lejos de aquí. Dos horas, cuatro horas como mucho hasta una ciudad llamada Tumbes. De allí son de dos a cuatro días y ya nos encontraremos en la ribera boliviana del lago. En segundo lugar...

Escucha Alfredo, lo interrumpe Dori. De súbito, una punzada de añoranza por Neta le corroe las entrañas. En general lo nota en el pecho, en la garganta, pero esa punzada le llega justo de las vísceras: a ese ritmo se va a perder su aniversario en la guardería. Levantarán al niño en alto sentado en su silla, sin que él esté allí. Soplará las velas sin él. Será la mofa de los otros niños si él no está allí.

Toda esa historia, le dice a Alfredo... dioses... sustancia sagrada... todo ello me parece infundado. No va con mi padre. Y el viaje al Titicaca... son más gastos... más tiempo... quisiera... quiero preguntarle a mi hermana... antes de decidirme.

No hay problema, dice Alfredo pausadamente. Y le alarga el teléfono.

* * *

¿Qué, lo has visto?, pregunta antes de que él diga algo.

¿El qué?

El correo. Estaba segura de que llamabas por eso.

No, aquí no hay Internet. Estoy en plena zona de...

Papá me ha mandado un correo.

¿Qué?

Sí, me ha escrito que le sabe mal no haberme escrito antes. Pero había asuntos que tenía que averiguar por sí mismo.

¿Lo ha expresado así?

Espera, eso no es lo más extraño. A continuación escribe que está en el lago Titicaca y que allí ha recibido todas las respuestas y que está iniciando algo de lo que todos estaremos orgullosos aunque no puede hablar de ello.

¿Qué?

Es lo que él ha escrito.

¿Y qué más?

Eso es todo.

¿Qué quiere decir eso es todo?

Al final escribe que no sabe cuándo podrá volver a establecer comunicación y que no nos preocupemos.

Parece inquietante.

Sí. ¿Habrías creído que...? Eso no va en absoluto con papá.

Guarda silencio y se imagina por un instante a su hermana al otro extremo de la línea. Seguro que luce el nuevo chándal, el violeta, que se compró después del divorcio decidida a empezar a correr y enseguida se ha convertido en ropa de estar por casa. Seguro que tiene el teléfono inalámbrico en una mano, un cigarrillo en la otra y uno de los dos hijos en la tercera, esa que solamente tienen los padres.

Sospesa si debe compartir con ella lo que ha oído los últimos días, después de todo, el año anterior se ha deshecho su hogar y su padre es el único hombre sólido que ha quedado en su vida. Aunque, piensa, eso es lo que siempre lo ha atormentado de la relación de su padre con ella: proteger, proteger, proteger y minimizar.

¿Estás ahí?, pregunta ella. Te decía que ese correo no cuadra en absoluto con el padre que conocemos.

Sí, dice él, pero ¿hasta qué punto las personas conocen a sus padres, Tsel?

* * *

Durante los seis días de duelo por su madre, vino toda clase de gente que no conocía, le besaban ligeramente la barba, le decían la frase de condolencia y contaban historias. Algunas ya las había oído. Como la del asedio de Jerusalén durante la guerra de Independencia cuando su madre, hambrienta, comió mondas de naranja. O la de la excursión con el movimiento juvenil, cuando se cayó de una tirolina sobre el río Kziv y se rompió una costilla.

Sin embargo, algunas historias lo habían sorprendido. No asombrado, sino sorprendido. Como la de que en las fiestas del movimiento juvenil, ella cantaba. ¿Su madre? ¿Con su voz cascada? ¿Cantar? O que, hacia el fin de su servicio militar, perdió la vista del ojo derecho y los médicos no fueron capaces de determinar la causa y después, cuando la recuperó, tampoco se pudieron explicar por qué. Había también una tía lejana, o una prima cercana a la que se le escapó algo sobre un embarazo infructuoso, entre el nacimiento

de Tseela y el suyo, y él le preguntó si sabía algo de aquello, a lo que Tseela respondió en tono incierto, que sugería que en realidad sí lo sabía...

* * *

La carretera hacia la frontera está agujereada como un queso gruyere, la autocaravana temblequea y las letras vuelan por los aires y, a pesar de todo, Dori debe creer en algo, aferrarse a hechos concretos, así que sigue leyendo en su libro de historia el capítulo que trata del lago Titicaca. Al parecer es el lago más alto del mundo y según la leyenda inca, «allí comenzó todo». Las ruinas del templo en la Isla del Sol, situada en el centro del lago, señalan el lugar donde según sus creencias descendieron a la tierra los hijos del sol, los Adán y Eva de la dinastía inca, Manco Cápac y Mama Ocllo.

En el año 1968 –sigue leyendo Dori, mientras se acaricia los pelos de la barba que va creciendo–, el explorador oceanográfico Jacques Cousteau fue a investigar durante ocho semanas con el objetivo de encontrar el oro de los incas que, según la leyenda, habían sumergido para preservarlo de las manos del invasor español. El tesoro no se encontró. De vez en cuando, otros equipos de búsqueda prueban suerte. Sin éxito, hasta el día de hoy.

* * *

Dori le pide a Alfredo que se detenga ante el primer café Internet que les salga al paso. Necesita ver el correo de su padre con sus propios ojos. Paga, le dan una tarjeta, abre findfather@gmail.com, teclea su código *netaaaaa* y se abre el correo. Bajo el reenviado que hizo su hermana hay un correo de Noya Green con el asunto: *somebody saw your father*.

Hola, Dori –le escribe Noya–, ¿cómo estás?

No vas a creer lo que pasó. Estamos en Baños, una ciudad de una belleza espectacular. Ayer por la noche estábamos en un bar con otros israelíes. Entre una cosa y otra, le hablé de ti a una de las chicas (la verdad es que nos quejábamos de que no hay chicos que valgan la pena en Sudamérica y yo dije que cuando encontrabas uno, estaba casado. Pero no importa. Como si no lo hubiera escrito). De todas formas, ¡ella había visto a tu padre! Es decir, le conté que tú lo estabas buscando y saqué la fotocopia que hicimos y dijo que había estado con ellos alrededor de abril en un hostel, en la Isla del

Sol en Bolivia, en el lago Titicaca, y que él apenas salió de su habitación. Estaban seguras de que era alemán y bromearon sobre que era un nazi que se escondía del Mosad, pero al día siguiente ella lo vio teclear en el ordenador del lugar y observó que las letras iban de derecha a izquierda. Entonces se le acercó y le dijo shalom. Pero él no le respondió. Extraño, ¿no? Ah, y justo el último día de su estancia, ella lo vio paseando por los antiguos templos de la isla, hablando consigo mismo y apuntando algo en una pequeña libreta gris.

Y eso es todo. Todo lo que ella sabe. Espero que te sea de ayuda para encontrarlo, (¿o quizás ya lo has hecho?) y también espero (a escondidas, entre paréntesis) que volvamos a encontrarnos a lo largo del camino.

Abrazos,

Noya

Ya ves, el grito irrumpe en su interior—cuya potencia indica cuánto tiempo había estado retenido—, ya existen dos fuentes que señalan que papá está vivito y coleando, y eso es suficiente, ¿no? ¿Quiere jugar al escondite? Pues que juegue solo. En Israel me esperan un niño triste y una mujer que no me mira a los ojos, entonces, ¿por qué tengo que correr tras él, caminar penosamente como un cocodrilo Dori de un agujero a otro, con todos esos dolores de espalda que me ha dejado como herencia? Que corran sus amigos en su busca. Uf, vaya problema, nunca ha tenido amigos, únicamente clientes. Pues que se busque él mismo y me deje tranquilo. Que me deje dejarlo en paz. El lago Titicaca. ¿Qué locura es esa? Apaga y vámonos. Me vuelvo a casa. Mi guitarra y yo. Ya puedo imaginarme el dibujo de Neta que Roni ha pegado en la puerta y el agua caliente de la ducha...

Lee de nuevo el correo de Noya y se detiene en la frase:«Se le acercó y le dijo shalom». Pero él no le respondió. Extraño, ¿verdad?

No, Noya, se responde a sí mismo. No es nada extraño. Cuando era niño, le preguntaba cosas a su padre de camino a la escuela, por ejemplo, ¿por qué los autobuses de Israel no tienen dos pisos como los de Inglaterra? Y también esperaba la respuesta, en vano. Un minuto, dos. Como un perro. ¿Qué es eso de no responder a tu propio hijo? Papá está muy preocupado por la empresa que está iniciando, trataba de justificarlo su madre. Pero, al cabo de los años, todavía le parecía imperdonable. ¿Acaso él no está preocupado cuando prepara una clase? Y en cambio es impensable que si Neta le pregunta algo,

él no le responde al instante. Y además, ¿cómo podía ser que si Tseelaa le preguntaba algo, él siempre le respondiera al momento sin importar lo que estuviera haciendo?

Escúchame bien. Ahora cierras el ordenador, te pones de pie y le pides a Alfredo que te lleve al aeropuerto. Basta, Dori, has hecho todo cuanto estaba en tus manos, se dice a sí mismo en voz alta mientras sigue sentado ante el ordenador abierto.

Se levanta al cabo de unos minutos. Se mete en la cabina del conductor de la autocaravana sin decir ni una palabra a Alfredo.

¿Qué hacer? Bajo el enfado, le corroe una gran inquietud. ¿Qué es eso de que su padre «se hable a sí mismo»?

Y bajo la inquietud hay algo más profundo, como un reflejo básico: la maldita costumbre de la que está impregnado, que ha heredado de él, que le ha insuflado en las decenas de veces que han hecho juntos tareas de ingeniería:

Hay que terminar todo cuanto se empieza.

* * *

Ahora me encuentro en Tumbes, le dice a Roni, al cabo de dos días de un viaje rompe espaldas. Es una ciudad fronteriza. En Perú, sí. Desde aquí, seguiremos adelante, unas cuantas horas. Cuando abran la carretera. ¿Sabes qué significa Tumbes en español? Se parece mucho a tumbas. Mi habitación, aquí, también parece una tumba. Tiene la misma dimensión. Así que subo a la azotea del albergue. Hay una especie de rincón sala de estar, dos sillones con la tapicería rasgada. ¿Está Neta en casa? ¿En casa de un amigo? Qué bien. ¿La segunda vez esta semana? Súper. A lo mejor tendría que quedarme en Sudamérica. Veo que mi viaje os va muy bien a los dos.

Ese es el momento en que deberías decirme, no, qué dices, vuelve, te echamos de menos.

¿Roni?

¿Roni?

Este desfase, es imposible saber si estás en silencio o si tus palabras llegan con retraso.

¿Dónde estábamos? No importa. ¿Cómo va el trabajo? Antes también había tensión, ¿no? Sí. Claro. Escúchame, encontraré a mi padre y, si no está

en peligro, le daré un abrazo, haré que hable con Tseela por teléfono y regresaré. No tengo ninguna intención de quedarme aquí ni un solo día de más, Roni. Montaré en el primer avión que vaya a Israel. Entonces podrás trabajar de nuevo todo el día hasta las ocho como a ti te gusta. No soy cínico. No me puedes ver el rostro y no puedes ver que no soy cínico. Lo digo en serio. Y deseo terriblemente regresar con vosotros. Y también me preocupo terriblemente por mi padre. ¿A dónde vamos? Al lago Titicaca. Titicaca. Está en la frontera entre Perú y Bolivia. Allí hay una isla donde podría ser... sí, claro. No, ve. No quiero que te retrases por mi culpa. ¿Le dirás que lo añoro?

* * *

¿Me amas de verdad?, quiso preguntarle. Pero no lo hizo.

Porque no lo parece, quiso decirle. Pero no lo dijo.

Se queda en la azotea. Se mete el teléfono de Alfredo en el bolsillo. Sostiene la parte baja de la espalda con la mano y se inclina para ver la ciudad, para aspirar su belleza.

Pero solo ve fealdad. Casas decrepitas, caballos demacrados, enfermos, mendigos con el futuro en un muñón, aguas residuales que se desbordan junto a las aceras, una iglesia falta de encanto, quizás sin culto, un borracho increpando a unos chiquillos que lo martirizan, niños mayores que molestan a los chiquillos que atormentan al borracho.

Se retira al sofá.

Tiene una sensación de vacío. No de vacío. De cansancio. De desesperación. No de desesperación, dolor de espalda. Sencillamente un jodido dolor de espalda. No un jodido dolor de espalda. Desesperación. No desesperación. Deseo de tomar el bastón de peregrino. Ningún deseo de tomar el bastón de peregrino. Deseo de romperlo. Intenta precisar su deseo; acaso la precisión lo salve. Pero cuando lo precisa, el deseo ha cambiado. Y se ha transformado en un estado de alerta.

Se oyen unas pisadas en las escaleras que llevan a la azotea. Una mujer. No la ha visto, pero sabe que es una mujer.

Es agradable. Ahora la puede ver. No es su tipo en absoluto, pero agradable.

No se parece al resto de las turistas que ha visto en los mercados o por los caminos. No es tan joven como las otras jóvenes, ni tan madura como las

maduras. Está en un punto medio entre las dos. Como él mismo. En esa edad a la que no se va a Sudamérica sin una razón especial.

Pasa delante de él sin decir palabra, se apoya en la barandilla y contempla la ciudad. Tiene su perfil frente a él.

Lleva un pantalón ancho. Con muchos bolsillos. Una blusa ceñida. El pantalón es parecido al que usan las turistas. Pero la blusa es distinta.

No consigue decidir si es israelí o no.

Por un lado luce un bronceado sano. Y unos zapatos de excursión formidables. Y en la mochila que deja a sus pies, lleva un protector impermeable de lluvia muy en boga entre los israelíes. Por otro lado, lleva una especie de gorra a cuadros en rojo, azul y amarillo con una pequeña visera, de la que se escapan unos traviosos mechones de pelo oscuro. ¿Una travesura francesa? ¿Quizás española?

Mientras lucha con la pregunta...

Ella se da la vuelta, le sonrío y, en hebreo, se presenta: Me llamo Inbar, encantada. Mucho gusto —él le tiende la mano— soy Dori. (Y enseguida se fustiga a sí mismo: qué es eso de tenderle la mano? ¿Acaso es una entrevista de negocios?)

Qué ciudad más fea, ¿eh? Dice ella volviéndose y señalando por encima de la barandilla.

Absolutamente, dice él. Y se calla, aprensivo. ¿Qué más se puede decir? ¿De qué diablos hablan los turistas entre ellos?

Entonces qué... ah... Inbar... pregunta finalmente, ¿de dónde vienes?

Inbar. Un mes antes

Eytan se obstinó en llevarla en coche, porque «en mi familia nadie va solo al aeropuerto», ella protestó tímidamente pero al fin accedió.

Es para ti, dijo mientras se detenía en el estacionamiento rápido del aeropuerto y sacaba un regalo de la guantera.

¿Qué es?, dijo palpando el objeto alargado. ¿Me has comprado un vibrador?

¿Qué te parece?, dijo riendo y mostrando sus lindos hoyuelos.

Muy bien, respondió, poniendo una mano en su rodilla. Yo no cambio el original tan deprisa. Con la otra mano rasgó el papel y apareció un espléndido estuche en el que reposaban dos plumas.

Son para el diario que quieres escribir, explicó, como de costumbre, aquello que no requería explicación.

¡Estupendo! (Y pensó, estupendo.) Realmente me dan ganas de escribir, añadió (pero, pensó, esas plumas son demasiado caras, seguro que me costará empezar a escribir con ellas).

Él se inclinó y la besó. Era sin duda el que mejor besaba de todos los que la habían besado, pero su espíritu estaba ya en otro lugar. O por lo menos estaba calentando motores para el despegue. Se separó de él después de dos besos en los labios y dijo: Pásalo bien. Desordena la casa a tu gusto. Deja las toallas húmedas por todos lados.

Diviértete.

Lo intentaré, dijo ella. Sabes, mi madre y yo juntas, no es para lanzar cohetes.

Quién sabe, replicó él, acaso sea una sorpresa positiva.

Luego la ayudó a dejar la maleta en el carrito y la despidió con un estrecho abrazo, ella se encaminó a las puertas de la terminal sin mirar atrás ni una sola vez. Después del control de seguridad y del pasaporte –de nuevo esos latidos del corazón a cien por hora mientras la policía le examina el pasaporte, hace ya cinco años que le ocurría desde que rayó el Honda del profesor Hoffman con una lima y que él le gritó que sabía que había sido ella y que la denunciaría a la policía y ella le respondió también a gritos que no valía la pena, aunque no sabía si finalmente lo había hecho o no, ojalá que no,

ojalá que no, parece ser que no fue al Duty Free a comprar una pluma sencilla que no le diera miedo perder y dio con una precisamente en la farmacia, junto a las cajas multicolores de preservativos, también se compró una bebida de chocolate con dos tercios de agua y uno de leche, se sentó a una mesa donde había una bandeja con migas de cruasán de almendras, sacó el diario y la pluma sencilla con la intención de escribir algo breve a propósito del sello del pasaporte, o sobre un pasaporte en el que no había espacio para más sellos, o sobre las migas de cruasán de alguien que se había sentado aquí antes que ella, como unas ecuaciones enigmáticas de la clase anterior que habían quedado en la pizarra de la clase a la que acaba de entrar, pero antes de que consiguiera poner la punta de la pluma en el papel, suena su móvil y aun antes de ver el mensaje, sabe que es de Eytan y que habría escrito «Ya te extraño» y se preguntó cuándo empezaría ella a echarlo de menos, si es que ocurría, y qué era lo que no funcionaba en ella, y respondió «Yo también», y apagó el móvil con el propósito de volver a su escritura en el diario, pero la inspiración se había esfumado. Encendió de nuevo el móvil y mandó un mensaje a su madre: «Embarco dentro de poco.» Intentó imaginar cómo sería ese Bruno. Seguro que como todos los anteriores, una versión del cantante Shalom Hanokh, solo que con gafas. Pero no, a lo mejor esta vez su madre la sorprendería con un intelectual gordito de espaldas anchas que inspirase confianza: quién sabe, a lo mejor esta vez llegaría a tiempo para recogerla en el aeropuerto y no tendría que esperar y recordar todas las otras veces, humillantes, que la tuvo que esperar como un niño abandonado a la puerta del parvulario, de la escuela, del curso de ballet, de la base de formación militar.

Bueno, si quieres descansar unos días ven a mi casa, le había dicho. Berlín te va a enloquecer. Podemos pasear y también podemos hacer excursiones por Europa desde aquí. Si te apetece.

Pero ¿qué va a decir la abuela Lili?

No tiene porque saberlo.

¿Y a Bruno... no le va a molestar?

El apartamento dispone de una parte independiente con entrada propia en la que vivía su hijo. De todos modos, él está siempre con sus viajes y sus citas.

¿Estás segura de que no le va a molestar?, preguntó (aunque, de hecho,

hubiera querido preguntar: estás segura de que es una buena idea el que tú y yo estemos juntas más de dos horas?)

Sí, dijo su madre. Y a la mañana siguiente ya había averiguado qué compañía ofrecía vuelos más baratos.

Se ruega a los viajeros del vuelo 525 con destino a Berlín, acudan a la puerta D7, anuncia el altavoz. Pero Inbar no se mueve de su sitio. Sigue tomando su chocolate. Ha aprendido ya que es mejor esperar a la última llamada para ahorrarse unos momentos de encierro en el avión. Que la esperen a ella por una vez. ¿Qué más da?

Mira a su alrededor. Un surtidor. Bolsas del Duty Free. Pasos acelerados. Intercambios. *Con qué placer la gente deja este país*, escribió esta primera frase en su diario, qué alivio en sus rostros. *Durante dos mil años desearon besar esta tierra y tres veces al día se volvieron hacia Oriente, sin embargo desde que han llegado aquí, siempre se vuelven hacia Occidente.*

Un hombre llamó su atención, con los hombros abatidos, dando la espalda a las pistas de despegue. Sentado al otro extremo del café, estaba mirando unas fotos extendidas sobre su mesa. Llevaba el pelo corto y, en el lado que ella podía ver, había algunas hebras grises. Tenía los labios apretados, los mordía, como impidiendo que algo de su interior saliera hacia fuera. Le sobresalía mucho la nuez de Adán y el brazo que podía ver era bastante musculoso. De vez en cuando se llevaba dos dedos a la sien, con un gesto suave, casi femenino. Desde la distancia en que se encontraba no podía ver qué imágenes había en las fotos, pero era algo que le preocupaba por la forma en que las miraba. Como un agente del Mosad mirando las fotos de un nazi fugitivo que debía liquidar, pensó. Enseguida, sin poder evitarlo, empezó a tramar un argumento, en el que el Bruno de su madre era el nazi al que pretendía eliminar, sin embargo, en vez de penetrar en la casa de Bruno se metía por error en plena noche en la vivienda donde ella dormía sola, con un camisón supercorto que jamás había tenido y que nunca hubiera osado llevar.

Última llamada a los viajeros del vuelo 525 con destino a Berlín, se ruega se presenten a la mayor brevedad en la puerta de embarque D7, anuncia el altavoz.

Ella espera todavía unos segundos, para ver si su agente del Mosad – seguro que posee una voz profunda, pensó, tiene el aspecto de un hombre con una bella voz– respondería a la misma llamada. Acercó un mechón de pelo a la nariz y lo olió, un gesto que hacía inconscientemente cuando alguien le

gustaba. Sorbió el resto de chocolate. Cerró el diario. Lo metió en el bolso. Se puso de pie. Y se fue.

Abuela Lili

Su padre, con un gorro de astracán, la acompañó al hotel donde se habían reunido todos los camaradas de la formación agrícola y se despidió de ella al pie de la escalera. Me quedaré aquí hasta la noche, le dijo. Si puedes volver a salir, hazlo. Pero papá, protestó ella. Solamente si puedes, la tranquilizó, si no, no pasa nada. De todos modos nos encontraremos en *Isruel*, ¿verdad?

Nunca me lo perdonaré, decía siempre. Y el dolor que le produce esta historia no se desvanece con el paso de los años. Al contrario, se hace más agudo. Mi padre estaba fuera –explicaba mientras sostenía la copa de vino sin tomar ni una gota– y, allí, estar en el exterior no es como aquí, allí hace mucho frío por las noches, allí incluso en verano cae una lluvia molesta. No estoy segura de que tuviera un paraguas. Pero él estaba allí, esperándome. Solamente por si tenía la suerte de poder verme otra vez.

Pero ¡abuela, no lo podías saber! Nadie sabía entonces que... Inbar siempre intentaba convencerla.

No importaba, ella se negaba a aligerar su carga. Entré en ese hotel y me reuní con todos los camaradas del movimiento pionero. Bebimos. Bailamos. Reímos. Y olvidé que mi padre estaba esperándome fuera. Al día siguiente tomamos el tren que nos conduciría al puerto. Y nunca más volví a ver a mi padre.

Muchas noches en la cena de Pascua nos cuenta esta historia y tía Nira, que no es nuestra tía sino la hermana soltera del abuelo, nos cuenta su evasión de la prisión británica. Y el tío Simo nos cuenta sobre el gran día en que fue liberado del cautiverio sirio, por medio de un acuerdo, después de la guerra de Yom Kipur. Solamente ella se siente obligada, casi a su pesar, de echar a perder la atmósfera de buen humor de las historias familiares «de la liberación de Egipto» con el relato de su padre esperando, en vano, frente al hotel, cubierto con su gorro de astracán que, tal como le describía en su última carta –después se interrumpió la correspondencia completamente–,

unos delincuentes le arrancaron de la cabeza en pleno Varsovia. Y no se lo devolvieron.

Cuando terminaba de contar la historia, la silla vacía del profeta Elías se hacía más evidente, entonces, alguien empezaba a cantar para que el malestar desapareciera y todos se unían, con gritos roncros, ebrios de zumo de uvas, al canto de «el cordero que mi padre me ha comprado», y solo ella permanecía callada, sin cantar. Sus pensamientos la llevaban siempre a ese viaje.

Inbar

Habría que tener en los aviones un departamento especial para los bebés, piensa ella. La primera compañía que lo haga, va a ganar millones: un departamento aislado acústicamente del resto de pasajeros del avión. El billete sería algo más caro, bastante más caro, pero habría un lugar adecuado para el cambio de pañales, películas para niños y, por supuesto, comida específica para que los bebés mantuvieran la boca cerrada.

¿Café o té?, dice una azafata esforzada, inclinándose hacia ella.

Nada.

¿Desea algo distinto? La azafata no se mueve.

¿Podría, por favor, estrangular a la criatura?

¿Perdón? ¿Qué ha dicho?

He preguntado si tenían algo dulce, como confitura.

La respetable matrona sentada junto a ella le lanza una mirada acusadora. Cuando tengas tus propios hijos no hablarás así, le decían sus ojos. No sé si tendré hijos, le responde en su interior. Viajo también para averiguarlo. Y puedo asegurarte que esos berridos –de hecho no son berridos, es un único bramido sostenido– no inclina la balanza hacia el «sí».

Observa el océano que se divisa a través de la ventanilla. Desde esta altura no se distinguen las olas ni la espuma sino una extensa alfombra azul. Y un barco en una esquina, como un zapato olvidado al final del día en el salón. ¿Quién puede navegar en un barco hoy día? ¿Piratas modernos? ¿Pescadores clandestinos? Aquí tiene; la azafata regresa y deja en su mesita unas tostadas y una porción de confitura. En principio es para la clase business, pero nos importa que usted esté contenta.

Por favor, piensa Inbar. Precisamente por eso no hubiera sido nunca una buena camarera. Toda esa adulación barata. Nunca he sido capaz de ello.

Su primer trabajo en Tel Aviv fue de camarera. La despidieron al cabo de una semana por el intento de organizar un motín con sus compañeros para exigir la subida de su porcentaje de las propinas. Su segundo intento como camarera en un café terminó al cabo de dos días, cuando la despidieron por negarse a vestir su horrible uniforme. Entonces comenzó a escribir «Despedida en serie.» Al principio lo escribía para ella misma, luego mandó algunos capítulos a sus amigas, y después –una redactora jefe adjunta a un periódico local insignificante estaba en la lista de difusión de una de sus amigas–, como crónica semanal publicada durante un año y medio en ese periodicucho sin resonancia alguna, a cambio de una paga miserable. Cada semana le llegaban, al correo electrónico adjunto al final del artículo, unas cartas divertidas y llenas de faltas de ortografía, excepto la semana en que se publicó la columna sobre «Acoso sexual oculto en el trabajo», entonces cayó un diluvio de reacciones emocionadas de mujeres que le ofrecían sus historias para respaldarla, o le sugerían que se uniera a un grupo de ayuda mutua, o a apoyarla en su casa, porque todos los hombres no eran más que la misma mierda. Y que no había nada mejor que el amor entre mujeres. Finalmente, se vio obligada a poner fin a sus crónicas «Despedida en serie», porque encontró un trabajo fijo.

El director de una radio local se puso en contacto con ella para proponerle llevar a cabo un nuevo programa de consulta que se emitiría próximamente. Pero yo no entiendo nada de radio, dijo asombrada. Él se rio desde el otro extremo de la línea y dijo: Lo ves, por eso pensé en ti. Otras personas hubieran charlado por los codos sobre su rica experiencia en ese ámbito. Y tú, es lo que más me gusta de tus columnas, esa espontaneidad. Esa agudeza. Te leo cada semana y sabes cómo llegar a la gente. Es la cualidad más importante para un programa de este tipo. Tienes que ser capaz de identificar a los pocos segundos de la conversación quién conviene a la emisión y quién no. Y en cuanto al resto, son ya detalles técnicos que podemos enseñarte.

¿Y quién presenta el programa?, preguntó. ¿Quién lo asesora?

Unos días después, en un café concurrido, tenía frente a ella al doctor Adrián Levin acariciando su barba con gestos lentos y prolongados, a continuación se sacó el reloj de pulsera de la muñeca, lo colocó encima de la mesa y le pidió que le hablara de su familia.

¿Mi familia?, repitió intentando ganar tiempo. No había imaginado que fuera esta la primera pregunta de su entrevista de trabajo.

Sí, respondió el doctor Adrián. El programa versa sobre todo lo concerniente a la vida familiar. Sobre todo lo que ocurre dentro de la célula familiar. Por eso me interesa saber algo de tu familia.

Familiología, soltó ella.

¿Qué? Al doctor Adrián se le pusieron de punta los pelos de la barba.

El programa se podría llamar Familiología, le explicó. Y el doctor Adrián asintió largamente con la cabeza (con el tiempo aprendió a conocer sus asentimientos y llegó a saber que, cuanto más largos eran, más reservas tenía frente a la idea).

Guardaron silencio un buen rato. El doctor Adrián se colocó de nuevo el reloj en la muñeca. Cómo odio el silencio de los psicólogos, cómo odio el silencio de los psicólogos, cómo odio el silencio de los psicólogos, pensó. A continuación dijo: Realmente no tengo una familia. Quiero decir, tengo una. Tenía una. Aunque ahora está descompuesta. Dispersa.

El doctor Adrián le preguntó qué era lo que quería decir. Y ella bajó la voz, porque le pareció que la mujer de la mesa de al lado con el ordenador portátil estaba escuchando su conversación, acaso para introducir algunos fragmentos en el libro que estaba escribiendo en este momento, y odia encontrar frases que ella ha pronunciado en el libro de otra persona, las quiere exclusivamente en su libro, que todavía no existe pero que sin duda existirá algún día, cuando su corazón no esté falto de techo y pueda sentarse a escribirlo...

El doctor Adrián se inclinó un poco hacia ella para poder oír su voz apagada, desprendía un olor a pipa, aunque no poseía ninguna, y cuando hubo terminado de contar el resumen de su saga familiar le dijo: Gracias por la franqueza. Yzahar se pondrá en contacto contigo, ella estaba segura de que eso sería todo, imposible que Yzahar contactara con ella, imposible que el doctor Adrián creyera que una chica tan lastimada como ella pudiera preparar algún programa, pero al día siguiente, Yzahar le mandó un contrato para firmar, cutre, por supuesto, ella quiso mejorar las condiciones y en parte lo logró, y al cabo de un mes ya se encontraba en una minúscula oficina junto a la emisora, escuchando con los auriculares las voces de hombres, de mujeres, voces a veces distorsionadas, camufladas, aunque ella escuchaba el original en el que siempre había un fondo básico de angustia al que le añadían otros matices que ella aprendió a distinguir: Los que en la voz tenían un toque de

violencia contenida. Los que en la voz dejaban entrever una pizca de falsedad. Los que retenían el llanto, que a buen seguro brotaría en la conversación con el doctor Adrián. Los que en su voz dejaban traslucir una desesperada derrota. O un desesperado desafío. O una desesperanza hostil. Y, por supuesto, los que en la voz se insinuaba una enfermedad mental (con el tiempo llegó a distinguir por el matiz de la voz a los depresivos de los esquizofrénicos y a los que padecían de ansiedad).

¿Cuándo empieza la película?, preguntó a la azafata la venerable matrona sentada a su lado, y su voz algo estridente con un ligero acento extranjero, algo así como de Europa del este, le pareció familiar a Inbar. A veces le ocurría: de entre el bullicio del mundo irrumpía de pronto una voz que había oído ya en el programa. Cerraba los ojos e intentaba recordar qué era lo que esa voz deseaba contar al doctor Adrián. ¿Quemaduras? ¿Tenía algo que ver con quemaduras? ¿Que su hija se infligía a sí misma? No. Aire. Le faltaba aire. Se despertaba por la noche con sensación de ahogo y los exámenes médicos dieron como resultado que tenía los pulmones en perfecto estado. ¿Duerme usted con su marido?, le preguntó el doctor Adrián. Ella contestó afirmativamente. Entonces, pruebe a dormir en otra habitación de la casa, le propuso. A veces, a una cierta edad, a algunas personas concretas se les despierta un deseo irrefrenable de dormir solas. Y no lo admiten porque no lo creen adecuado. Pero no creo que eso le siente bien a mi marido, dijo la matrona. No lo sabrá hasta que no lo intente, le sugirió el doctor Adrián.

Ahora la matrona estaba sola. En su oreja izquierda, la más cercana a Inbar, lucía un gran aro violeta, sorprendentemente atrevido. ¿Y si había llevado a la práctica el consejo del doctor Adrián y su marido como respuesta la había abandonado? Podría ser. Nunca habían llevado a cabo averiguaciones sobre sus oyentes. Y, a veces, sobre todo después de lo que ocurrió el mes anterior –diablos, qué agradable no haber pensado en ello durante la última hora– estaba asombrada de constatar cómo el doctor Adrián conseguía dormir a pesar de cargar con toda la responsabilidad. ¿Cómo podía ser que no se despertara a media noche con sensación de ahogo él mismo?

Empezó la película. Se colocó los auriculares y buscó el canal. Ethan Hawke hace una lectura en una librería parisina. Julie Delpy entra de repente. ¿No es...? Sí... es, *Antes del atardecer*. Sabía que había salido la continuación de *Antes del amanecer*, pero no quiso ir para no sufrir una decepción. ¡Le había gustado tanto la primera película! Julie Delpy

encontraba a Ethan Hawke en un tren por Europa, él la convencía de bajar en su estación, a pesar de que debía seguir viaje a otro lugar y habían pasado toda una larga noche en Viena hablando a corazón descubierto y en una dulce tensión sexual.

Se había separado del muchacho con el que salía porque no le gustaba lo suficiente *Antes del amanecer*. La vieron juntos en casa de ella, en vídeo, y se dio cuenta de que apartaba la mirada de la pantalla durante varios minutos a media película precisamente en el momento más bonito, cuando están apretados en una pequeña cabina de una tienda de discos mientras escuchan, llenos de confusión, a Kath Bloon cantar: «Ven aquí, ven aquí, nunca te había deseado con tanta fuerza». Ese muchacho –se llamaba Yoav– había osado responder a su teléfono y en aquel mismo instante supo que no tenía nada que hacer con ella. ¡Hay que tener un corazón de piedra para no emocionarse con esta película!, le soltó al llegar al final, con la pasión de una chica de veinte años, y él le respondió que cada cual tiene su propio modo de emocionarse, mientras intentaba tocarla, acariciarle el pelo, entonces todos querían acariciarle el pelo, pero, en su fuero interno ella ya lo había abandonado.

Ethan Hawke concluye su lectura. Y Julie Delpy –en la película se llama Celine– se le acerca. Quedan en encontrarse en la estación del tren medio año después de su única noche en Viena. Una cita que es evidente que no llegó a suceder. Pero él escribió un libro sobre la noche que pasaron juntos. ¿Cuántos años han transcurrido desde su noche en Viena? Inbar los cuenta. Diez años. Diez años de la vida de los personajes. Diez años de la vida de los actores. Diez años de su vida. Y ella todavía no ha escrito el libro que desea escribir. El tiempo se le escurre entre los dedos, piensa, sin embargo intenta con todas sus fuerzas dejar para más adelante esta autoflagelación. Y dedicarse ahora a París y a la película.

Lili

Salieron a medianoche. En aquellos tiempos, aún no sabía la palabra «medianoche» en hebreo. Los despertaron. Una mano desconocida la sacudió por el hombro. En pleno sueño, estaba haciendo el amor con Nathan en una balsa extremadamente pequeña. Durante todo ese tiempo los pies les

sobresalían del borde de la balsa y tocaban el agua. El agua era verde. Nathan se reía. Una luz fría de neón se encendió en la habitación del hotel y congeló su sonrisa. No saltó enseguida de la cama como había pensado hacer. Se hizo la dormida y robó unos segundos más entre las mantas. Finalmente se levantó de mala gana y se lavó la cara en el lavabo sucio. Su monitor abrió un poco la puerta y por la rendija les dijo que se dieran prisa. Se puso la ropa que había preparado de antemano en la silla al lado de su cama. Ropa de turistas, como se les pidió. La maleta también estaba lista. Una pequeña maleta con unas pocas mudas. Unos guantes de lana. Un ancho sombrero amarillo, que la preservaría del sol del nuevo país. *La interpretación de los sueños*, de Freud. *El amor de Sión*, de Abraham Mapu. Una foto de ella con su padre, bien abrigada, a prueba de agua y humedad. La única carta que le ha llegado de Nathan. Una libreta, dos lápices, una goma y un sacapuntas.

Metió su camión en la maleta, pero la cremallera no cerraba. Sacó los gruesos guantes de lana, los sepultó en los bolsillos de su chaqueta e intentó cerrar otra vez. Esta vez lo logró. Salió de la habitación y se sintió aliviada al ver que no era la única rezagada. Había más, sobre todo mujeres. Hania, Regina, Ruth. Se estaban peinando. Se maquillaban, se pintaban los labios. No renunciaban a la seducción, ni en un momento como ese. «Aun sin maquillar, pareces maquillada y es debido al fascinante contraste entre tu pelo negro y tu piel de porcelana», le dijo una vez Nathan mientras paseaba el dedo, como si se tratara de un pincel, de su pelo hasta el cuello, de su cuello al hombro. Ahora iba a reunirse con él. No tenía ya necesidad de seducir a ningún hombre. La estaría esperando en la playa y la tomaría entre sus brazos, que de seguro se habrían bronceado en el último año.

Un camión esperaba a la entrada del hotel. Camiones como ese, pensó, en general trasladan muebles, no personas. Si hubieras sido mueble, ¿cuál serías? Oyó en su cabeza cómo Nathan le preguntaba mientras esperaba en la pequeña cola que se había formado. Una lámpara de mesa.

Primero la maleta, dijo el monitor que se encontraba cerca del maletero. Ahora, pon un pie ahí. Ella echó un último vistazo, quizás su padre aún la esperaba bajo uno de los faroles, luego puso el pie encima de las dos manos que el monitor había unido en forma de escalera, la apoyó, y de un solo impulso trepó al vientre del camión. Dentro había muchachos del movimiento agrícola. Entusiasmados. Cantando. Para ella era demasiado pronto para cantar, pero poco a poco se le contagió su entusiasmo. También las otras

jóvenes se fueron sumando a los cantos. No recuerda qué cantaban. Recuerda el olor de la lona alquitranada y que un chico aprovechó una curva para acercarse a ella más de lo debido. También él olía a lona alquitranada. La lona gris los tapaba, los ocultaba, y también les ocultaba el paisaje. No podían ver la ruta. Pero ¿cuántas rutas podía haber aún? Desde el hotel hasta la estación hay un recorrido, nada más, y este recorrido pasa por delante de su casa. Sintió una fuerte tentación de retirar la lona para echar una última ojeada al hogar que abandonaba y se sintió algo avergonzada de sí misma por ese pensamiento mezquino que experimentaba en un momento tan excepcional como este.

La estación estaba desierta. Nadie en las ventanillas, ningún gitano, ni los rezagados que se empujaban unos a otros y perdieron por tanto la última oportunidad de alcanzar su tren. Cuando su madre aún vivía, de allí partían las dos para visitar a su hermana. La tía Mina. El corazón le latía desbocadamente cuando el tren entraba en la estación. Tanto estrépito. ¡Zeitung! ¡Zeitung! Olores, embutidos a la mostaza, sabores, hierro en la lengua. Tantas tentaciones. Le habría gustado probar esto. Y lo otro. Siempre. Y su madre nunca había querido detenerse. ¡Al final llegaremos tarde por tu culpa!, le decía arrastrándola a la fuerza, enojada, casi arrancándole el brazo.

Por supuesto, al final siempre eran las primeras. Y se sentaban solas en el vagón vacío y helado. En el andén número tres. Sí, ese era el andén para ir a casa de tía Mina. El monitor cruzaba ahora el andén número tres y también el cuatro, el cinco y el seis, entonces abrió una puertecita en un cercado y los condujo a un andén lateral. Minúsculo. Escondido tras la barraca de la administración.

Allí se encontraba su tren. Con las luces apagadas, adormecido. Debía conducirlos desde Varsovia hasta el puerto de Constanza, en Rumania, donde los esperaba una embarcación. Sin embargo, el nombre de la ciudad de destino no constaba como de costumbre en la locomotora y a la entrada de los vagones no había ninguna luz encendida como debía ser, y a Lili le costaba creer que ese tren fantasma los llevaría a su destino.

¡Los de nuestro grupo, ocupad solamente el vagón número cinco por favor! Pidió el monitor, pero poco tiempo después de que el tren se despertase de su sopor –con una rapidez sorprendente– y se pusiera en marcha, llamaron a Lili para una misión urgente en otro vagón.

Aquí, la compañera... no deja de llorar desde que nos pusimos en marcha,

le explicaron mientras le señalaban a una chica de su edad, sentada en la oscuridad, con el rostro pegado al cristal. Se sentó junto a ella y los rodeó un círculo de curiosos. Querían saber si Lili era tan buena mediadora como se decía. ¿Podría tener un poco de intimidad?, les pidió, y alguien la interpeló: lo compartimos todo, así es en el kibutz, ¿o no? Sin embargo, después de insistir, esta vez en un tono decidido, terminaron por irse.

¿Cómo te llamas?, le preguntó a la chica con el rostro estampado en el cristal.

No respondió. Se llevó una mano al pelo recogido en un moño, como para comprobar que no se había deshecho o caído.

¿De dónde vienes, compañera? De nuevo, silencio.

Sabes, rompió a hablar, como para sí misma, antes de cada excursión con el movimiento en que participaba, incluso en excursiones cortas, siempre sentía un pellizco en el corazón: ¿habría sido mejor quedarse?, ¿qué tiene de malo quedarse en casa? Incluso, ahora, cuando nos han despertado en el hotel, me quedé un poco más en la cama. Si no hubiera tenido miedo de que se burlaran de mí, seguro que me habría quedado mucho más.

Pero al fin te has levantado, dijo entre dientes la compañera sin girar la cabeza, y sus palabras rebotaron en Lili, como una mirada a través del cristal de la ventanilla.

Porque yo quiero vivir en un lugar donde no me avergüence de ser yo misma, dijo Lili, y le sonó a ella misma pomposa y hueca, como en los folletos informativos que les mandaban desde *Israel* (¡no, ese no es el rumbo que debería tomar esta conversación!).

Pero —la compañera se había dado la vuelta, con el moño bien ceñido, los ojos duros—, ¿qué sería de la humanidad si todo el mundo huyera constantemente? ¿Moverse siempre? Si queremos conservar el equilibrio del mundo, quizás deberíamos permanecer en el mismo lugar. Aquel en el que crecimos. Aquel en el que conocemos al tendero. Al médico. Al dentista. ¡Quedarnos! ¡Puede que este sea el auténtico valor!

Alguien sentado detrás de ellas aplaudió. Por un instante le pareció que aplaudía las palabras de la compañera, pero después quedó claro que el aplauso estaba destinado a una conversación más alegre que tenía lugar dos asientos detrás de ellas.

¿De qué mundo hablas? ¿Qué equilibrio quieres conservar? ¿A Hitler, canciller de Alemania, llamas un «equilibrio»? —dijo Lili, y se detuvo antes

de terminar la frase. Su experiencia le había enseñado que detrás de cada ideología, muy bien formulada, se ocultaba casi siempre una motivación íntima y emocional. Es en ese punto, en ese únicamente, en el que debería profundizar si deseaba aliviar la pena de la joven.

El tren seguía avanzando. Traqueteaba como un carro tirado por caballos. La joven del moño volvió de nuevo el rostro hacia la ventanilla. Un hombre irrumpió de pronto en su vagón, era calvo. Con una nuez de Adán demasiado prominente. Con una armónica colgada del cuello.

¡Se está organizando una orquesta de klezmer!, anunció. ¡Todo aquel que sepa tocar un instrumento está invitado! Se llevó la armónica a la boca y tocó un breve estudio muy adecuado al ritmo del traqueteo de los vagones. A continuación hizo una profunda reverencia –casi tocó el pecho con su nuez de Adán–, entonces miró a Lili con insistencia.

Yo... no... no toco ningún instrumento, se excusó Lili. A los diez años intentó tocar el violín. Le gustaba sujetarlo bajo el mentón, le gustaba el tacto de la madera sobre su piel, pero no consiguió sacar de él ni una sola nota.

Yo sé tocar el piano, dijo la joven del moño. Alargó una larga y hermosa pierna, como si bajo el asiento que tenía enfrente estuvieran los pedales que permiten propagar la melodía. El calvo con la nuez de Adán se echó a reír: aquí no tenemos piano, sino ollas, sartenes, tenedores. Puede usted escoger, señorita. Quizás más tarde, dijo la joven, ahora estamos en plena conversación, si es que no te habías dado cuenta. Oh, sí, claro, claro, no era mi intención de importunaros en medio de una conversación tan importante. ¡Dios no lo quiera! Si a la señorita le apetece tocar, puede acercarse al vagón siguiente y preguntar por Itsjak Pimstein, ¿de acuerdo?

Le hablaba a la joven, pero sus ojos estaban fijos en Lili. Su mirada la taladraba y ella bajó los ojos al suelo.

¿Lo conoces?, le preguntó la joven del moño cuando el calvo y su nuez de Adán prosiguieron hacia el vagón siguiente. Te miraba como si ya os conocierais.

El mundo está lleno de chicos descarados, dijo Lili, pensando en su Nathan, que antes de besarla por primera vez le había pedido permiso.

Parece que la educación de ese hombre se ha esfumado junto con su pelo, dijo la joven. Y las dos se rieron.

¿Así que tú tocas?, preguntó rápidamente Lili, antes de que se disipara la proximidad que había provocado la risa.

Un poco. Mamá era la auténtica pianista en casa, dijo la joven, pero desde que cayó enferma ya no le quedan fuerzas para tocar.

La situación empieza a ser evidente, pensó Lili. Y no añadió nada más.

Entre los asientos circulaba una chica endeble en demasía. Cómo la habían dejado subir al tren?, se preguntó Lili. ¡No podrá resistir los rigores del camino!, repartiendo entre los pasajeros pastillas de chocolate amargo. Las dos rehusaron y le dieron las gracias.

No veré más a mi *mame*, dijo la joven del moño cuando la distribuidora de chocolate estuvo fuera de su alcance y, según su tono de voz colérico —y no doloroso—, Lili sintió, adivinó, que estaba hecha de la misma madera que ella. Cuando la madre de Lili falleció por un paro cardíaco, la tristeza por su muerte cedió el lugar a un fuerte sentimiento de desastre.

Sencillamente temo que... esa es la última vez que... la voz de la joven se apagó en medio de la frase y cruzó los brazos sobre el pecho, como queriendo arroparse a sí misma ante la frialdad de sus propias palabras.

Lili no supo qué decirle. Cuando empezaron su formación agrícola, les hablaron de la inmigración a Israel como una realización personal. Pero las noticias que llegaban de Alemania el último año habían otorgado a su viaje la dimensión de desbandada ante un avalancha. Nadie lo mencionaba. Todos, y Lili entre ellos, preferían pensar en sí mismos como soldados pioneros que prepararían el terreno a las inmigraciones siguientes y no como los que abandonan a sus familiares.

¿Y para qué?, prosiguió la joven, ¿por qué abandono a mi *mame*? ¿Por la Tierra de *Isruel*? ¿Qué sabemos de ella? ¿Qué hay entre nosotros y ese país? Después de todo, antes de que nos endosaran toda esa propaganda sobre la formación agrícola, no anhelábamos esa tierra. ¿Quién nos espera allí? ¿Los ingleses? ¿Los árabes?

Nathan, pensaba Lili. Pero sabía que, si lo mencionaba, despertaría los celos de su interlocutora. Antes no solía tener celos de nadie, y creía que tampoco los tendrían de ella. Ahora ya no pensaba así. Sus mejores amigas se habían alejado de ella durante este año, injustamente. Y ella, lúcida, supo que si quería conservar su amistad, debía dejar de hablar sobre el amor extraordinario que había entre ella y Nathan. Y empezar a quejarse. De sus dolores físicos. De él. De sus pesadillas. Sobre todo, no mostrase demasiado feliz en su compañía.

Una luz pálida se asomaba por la ventana y unas formas empezaron a

emerger de la oscuridad. Árboles, cabañas. Un arado temprano. Campesinos solitarios en campos de maíz contemplaban el tren que pasaba ante sus ojos perplejos: jamás una locomotora había despedido tanto humo a una hora como esa.

¡Mira, mira qué largo es nuestro tren!, gritó la joven, admirada, y le hizo señas a Lili para que se acercara a la ventanilla. Lili se inclinó con precaución para no tocar a su compañera. Cualquier roce le recordaba a Nathan, cada contacto casual ponía de relieve cuánto su piel añoraba el contacto tan deseado.

El tren llegó a una curva y ahora se lo podía ver serpenteando hasta la cola: ¡una gran cantidad de vagones!

¿Y qué piensas, compañera, todos esos vagones son por la Tierra de *Isruel*?, dijo Lili regresando a su sitio.

¿Por qué, entonces?, respondió su compañera, fijando su mirada en ella, esperando ser convencida.

¡Por la oportunidad de comenzar desde el principio! Lili estaba exaltada. Fundar una nueva sociedad. Mejor. Establecer una forma distinta de relación entre las personas. Entre las parejas. Entre las madres... y sus hijas. Cada generación repite los mismos errores que la anterior, pero nuestra generación dice ¡basta! ¡Vamos a crear!

La joven asintió lentamente, como diciendo: no estoy segura de que tengas razón, pero dejemos eso de momento.

Y Lili pensó: tampoco yo estoy segura de tener razón. También a mí me consumen las preguntas. Pero cuando animo a los demás, olvido mis preocupaciones.

Después, el traqueteo del tren las acunó y se durmieron, hombro con hombro.

Inbar

Los primeros instantes, en la terminal del aeropuerto de Berlín, solo ve rostros desconocidos y enseguida le atenaza la garganta la proverbial ofensa por el retraso, y el hormigueo anterior a la crisis comienza a extenderse por el cráneo, entonces se da cuenta de que en el extremo de la sala una mujer cuya

silueta parece la de su madre le hace signos con entusiasmo contenido, solamente que el pelo de esa mujer ¡es... tan blanco! ¡Inbar! La mujer del pelo blanco abre los brazos e Inbar se entrega al abrazo, más largo de lo que esperaba y más breve de lo que hubiera deseado. Estás estupenda, dice su madre, pero su mirada, que ha examinado su cuerpo en un abrir y cerrar de ojos, dice lo contrario. Tú también, dice Inbar. Sin mentir. Aun con el pelo blanco, su madre es todavía de una belleza absoluta, hay algo especial en el diseño aristocrático de la nariz, los pómulos salientes y los enormes ojos. Ven, le dicen esos ojos, Bruno nos espera, fuera en el coche. ¿Cómo has llegado a tiempo? Inbar tiene una estocada a punto en un rincón de la lengua, pero recuerda el «a lo mejor vas a tener una buena sorpresa» de Eytan y guarda silencio.

El Shalom Hanoch alemán con un polo negro le estrecha la mano y le toma la maleta.

¿Cómo ha ido el vuelo?, le pregunta en inglés con acento germánico en cuanto se ponen en camino, mientras la examina a través del retrovisor con algo de aprensión. ¿Qué le habrá contado de ella? Un viento frío sopla desde la ventana. Bosques de partisanos obstruyen el horizonte. El vuelo fue bien, pusieron una película genial, dice ella. Espera a que su madre pregunte, qué película. Pero solo pregunta ¿tienes hambre?, porque, si quieres, podemos detenernos en un restaurante.

Atraviesan un barrio industrial de un gris turbio, el presagio de una gran ciudad. Ella busca cruces gamadas en los muros de las fábricas. O pintadas «¡Judens raus!». Pero solo hay grafitis con letras gruesas e ilegibles y logos de empresas internacionales. Coca-Cola. Toys R Us.

Aquí, en la estación de servicio, hay un buen restaurante, dice su madre. Hay también un menú dieta.

La verdad –Inbar se contiene– lo que más deseo es tomar una ducha.

* * *

El baño, en el apartamento individual de Bruno, es de los eléctricos, que poseen un punto «G» muy impreciso entre el agua caliente y el agua fría. Cuando se traspasa ese punto el agua se vuelve demasiado caliente y, en el otro sentido, demasiado fría. Inbar juega con la manecilla un momento hasta encontrar el punto deseado, que desaparece en cuanto levanta el cabezal de la

ducha por encima de ella intentando aumentar el chorro. Recuerda que se llamaba «Atmor». Así llamaban a esa ducha en Israel. Su padre le instaló uno de esos Atmor en el sótano, después de decidir que la exiliarían en él.

Las peleas entre ella y su madre se agravaron en aquella época. Todas sus amigas se peleaban con su madre entonces, era parte de la etapa adolescente. Pero entre Inbar y su madre era peor, más frontal, más incontrolable. Todo podía comenzar por una menudencia, como ¿por qué has dejado tus zapatos en el salón? Y en pocos segundos las dos perdían los estribos y se insultaban a voz en grito hasta hacerse daño. ¿Qué mal habré hecho para tener una hija así como castigo? ¡Tú eres mi castigo, mamá, no yo el tuyo! No saldrá nada bueno de ti. Como si de ti fuera a salir algo. Deja de responder a todo lo que te digo. Pues deja de estar encima de mí todo el rato. No eres bastante bonita para ser tan descarada. Y tú, nunca tendrás un título universitario ni en una futura reencarnación.

Una vez, el pequeño Yoavi se interpuso entre las dos, llorando y suplicando, basta, ¿por qué sois tan malas una contra la otra? Y su madre, por supuesto, corrió a abrazarlo y a tranquilizarlo, mientras la culpabilizaba, a ella, de hacer daño al hermano inocente y la mandaba volando a su habitación. No quiero ir a mi habitación. Te he dicho que vayas volando. No me digas qué debo hacer. ¿Qué mal he hecho para merecer una hija como esta? Intenta recordar, quizás sí has hecho algo malo.

Cuando llegaba su padre, por la tarde, intentaba reconciliarlas, iba de una a otra como un mediador americano en Oriente Medio, con proposiciones de compromiso y amenazas veladas.

Finalmente, agotada la conciliación, el mediador tomaba la iniciativa de separar las partes en conflicto. Colocó una trampilla para cubrir las escaleras que conducían del salón al subterráneo, que le hacía las veces de estudio, y la ropa de Inbar reemplazó a los libros que ocupaban los estantes. Desde el primer momento, a Inbar le gustó su «submarino». Tenía una entrada separada bajo el edificio, en el jardín, lo que le permitía invitar a quien quisiera sin tener que pasar ante la mirada reprobatoria de su madre. Una semana después de mudarse al submarino, se deshizo de su virginidad gracias a su profesor particular de matemáticas, que terminó tres segundos después de penetrarla y todavía le preguntó si le había gustado. A continuación, otros *partenaires* menos apresurados frecuentaron el submarino, y también muchas compañeras, encantadas de instalarse con ella a fumar sus primeros

cigarrillos y charlar sobre *El guardián entre el centeno* o del profesor de historia que está tan bueno, Ami Gur-Arie, y para decirle una y otra vez qué estupendo tener un submarino así.

Ella estaba absolutamente de acuerdo con ellas y solo echaba de menos «la bañera de arriba», que disponía de un chorro potente y constante de agua caliente. Muy de vez en cuando, cuando regresaba de las excursiones anuales del instituto, o cuando se separó de su primer novio auténtico, o cuando había un corte de electricidad que anulaba el Atmor, recibía una autorización especial para ducharse arriba. Pero el resto del tiempo, su madre le dejó bien claro que su puesto no estaba allí. Cuando Yoavi ocupó su sitio, al irse ella a Tel Aviv, el submarino pasó a ser el «búnker» y él pudo ducharse arriba siempre que lo deseara, por supuesto. Sin que su madre tuviera nada que objetar.

El agua del Atmor de Bruno se vuelve cada vez más fría. Intenta jugar con la manecilla sin resultado alguno. Y además el Atmor tiene otro inconveniente, recuerda. El agua caliente se termina enseguida.

Se envuelve en una toalla inmensa. Antes se secaba el pelo húmedo con otra toalla. Con el corte de pelo actual no le hace falta. Antes de tocar la manecilla de la puerta que separa el baño de la pieza principal, la sobrecoge un pánico repentino: el agente del Mosad del aeropuerto está aquí, con un arma provista de silenciador en la mano. Abre la puerta despacio, con cuidado, y saca un pie descalzo. La habitación está vacía, por supuesto. En penumbras. Se calza las zapatillas. Alcanza el interruptor de la luz y una lamparilla de araña se ilumina. Nunca había visto una tan pequeña y conmovedora como esa, pensó. Tiene que contárselo a Eytan. Unas lamparillas así irían de perlas en Israel, ahora que el precio de los alquileres ha subido y todo el mundo se muda a pisos minúsculos. Se seca a conciencia hasta la última gota y luego se contempla desnuda en el espejo que hay en el interior de una puerta del armario ropero. Desde un cierto ángulo se ve a sí misma algo gordita, y desde otro, redondita y femenina. De un lado, el corte de pelo la favorece y pone de relieve su cuello esbelto. Del otro, el peinado es demasiado masculino. Las piernas le parecen cortas cuando está de pie ante el espejo. Pero si da media vuelta, de repente le parecen magníficas. Tiene los labios llenos. Carnosos. Desde cualquier ángulo. Los chicos siempre se los han alabado, le dicen que tiene labios besucones. Pero ahora le parecen vulgares. Demasiado hinchados. Como si les hubiera inyectado silicona. Es

cómico, mientras está junto a Eytan, iluminada por su mirada enamorada, se siente a gusto con su cuerpo. Menos de diez horas sin él, y ya tiene dudas.

Se separa del espejo, saca el móvil del bolso y le escribe:

Estoy desnuda y pienso en ti.

En menos de un segundo le llega la respuesta:

Estoy vestido y pienso en ti desnuda.

Esa clase de respuesta ingeniosa no es de su estilo, piensa ella. Y comprueba que ha mandado el mensaje a él y no al que lo precede en su lista telefónica: Adrián. Sería divertido ver la cara que pone el doctor al leer esto, piensa. Y enseguida abre su diario de viaje y escribe: *Historia que empieza por un mensaje de texto enviado por error a la persona equivocada*, aunque mientras escribe se autocritica: demasiado banal, de hecho podría ser una historia lateral en la novela de gran alcance que aspira a escribir, pero no más.

Se tiende en la cama y se cubre con un ligero cobertor. En su bolso hay dos libros sobre el Holocausto que se llevó para compensar la traición a la abuela Lili: uno sobre un niño que estuvo escondido en una bodega cerca de Toulouse durante toda la guerra y el segundo sobre un hermano y una hermana que se unen a los partisanos en los bosques. Pero no tiene fuerzas para abrirlos. En los entresijos de su conciencia, recuerda vagamente que hay cuestiones candentes sobre las que debe reflexionar. Pero el cansancio del viaje se extiende de la planta de los pies a las rodillas, de las caderas hasta el cuello y los párpados. Incluso el punto tan especial de su pecho que siempre centellea, Yoavi, Yoavi, como un faro en la oscuridad, casi se ha aplacado.

¡Inbar! Se oye la voz de su madre a través de la puerta, ¿estás lista?

¡Uf!, murmura mirando su reloj de pulsera. ¿Qué es esa nueva costumbre germánica suya de la puntualidad?

* * *

Acabo de oír tu programa, le dice su madre.

Caminan juntas las dos en dirección al tren.

Cada día lo escucho. Por Internet. Hoy era aburrido. Se nota que tú no estás.

¡Tonterías!, dice Inbar. No soy tan importante. No, de verdad, insiste su madre. La gente que salía por antena... era como si no los hubieran filtrado correctamente. Y el doctor Adrián tampoco... no sé. Parecía algo apagado sin

ti. Solo hubo una conversación interesante de una madre cuyo hijo hacía quince años que no le hablaba y ahora de repente le exigía dinero para...

¡Mamá! —la interrumpe Inbar—, no quiero oír nada. Esa es una de las razones por las que estoy aquí. Todas esas historias... toda esa gente que sale en antena... también quiero alejarme de ellos.

Bueno, está bien, no tenía ninguna intención de... solo quería que supieras que al terminar el programa mencionaron tu nombre. Aunque ni siquiera te encontraras allí. Jefe de redacción: Inbar Benvenisti. Así dijo el doctor Adrián.

¿Hacia dónde vamos? Inbar cambia de tema. Si continúan esta conversación, ella será capaz de contar a su madre lo ocurrido en el programa hace unas semanas y no tiene fuerzas para escuchar su opinión. Igualmente, la voz de su madre, que ha interiorizado como los chips electrónicos que colocan bajo la piel a los esclavos en las historias de ciencia ficción, no la abandona desde hace ya un mes.

Están en el andén. Ella se coloca a la derecha de su madre, junto a su oído bueno. El otro se le bloqueó después de lo de Yoavi. Un hombre que lleva un perro se les acerca y les ofrece un periódico y su madre se lo compra. Es el periódico de los indigentes, le explica con voz embelesada. Ellos no admiten limosna, así que publican su propio periódico. Es una idea hermosa, ¿no?

Inbar piensa que el perro está bastante lustroso para ser el perro de un indigente. Pero guarda silencio. Luego pensó que, de hecho, las primeras horas en una nueva ciudad las hubiera disfrutado más paseando sola, sin objetivo.

Del túnel asciende el estruendo que anuncia la llegada del tren. Creo que hay que empezar, si te parece bien, por los lugares importantes —dice su madre una vez se han montado en él. La puerta de Brandeburgo, la Alexanderplatz, el edificio del Reichstag. Y después quizás podamos tomar el U-Bahn para ir Kreuzberg. Es el barrio de los obreros turcos y de los artistas. Me parece que te vas a enamorar de él. Podemos tomar allí un café.

Tomar un café, piensa Inbar. Eso quiere decir que deberemos hablar. Hablar significa que me planteará preguntas difíciles. Preguntas difíciles que habrá que responder.

En todas las ventanillas del tren hay grabados con letras gruesas. Una clase nueva de grafitis, al parecer. Sin color, solo letras grabadas en el cristal. ¿Contra qué pueden protestar aquí?, se pregunta Inbar.

El altavoz emite un largo anuncio en alemán y hubiera querido preguntar a su madre si, por casualidad, invitan a todos los judíos a cambiar de tren en la próxima estación por el de Theresienstadt. Pero se contiene. El altavoz sigue emitiendo instrucciones y, por un momento, una imagen porno le pasa por la cabeza, en la que Bruno y su madre están acostados, ella encima, mientras él le susurra palabras cariñosas en esa lengua. Esta escena obscena le provoca una ligera náusea que se acentúa con el traqueteo del tren.

Ven, le dice su madre, y eso la alivia. Bajamos aquí.

Es la nueva estación central, la Hauptbahnhof, le cuenta mientras atraviesan la inmensa terminal. La inauguraron hace un año. Hasta la caída del muro existían dos estaciones, una en el este y otra en el oeste. Después de la unificación construyeron la nueva. Y así hicieron con todos los edificios importantes, Inbar. Los vas a ver enseguida. La cancillería, el Bundestag, todo ha sido construido de nuevo en la línea de demarcación para crear la sensación de que tomamos otro camino, compartido.

¿Cómo podía ser que su madre nunca hubiera sido guía turística?, pensaba Inbar. Le iría como anillo al dedo. Le gusta tanto demostrar su erudición.

Empiezan a caminar por los principales lugares de interés turístico de la ciudad y, entre uno y otro emplazamiento, su madre sazona la visita con anécdotas que –Inbar tiene que admitir– la enriquecen aun más. Ves, aquí, en esta fuente, durante las manifestaciones de los años sesenta, los estudiantes echaban jabón y la espuma se desbordaba de la fuente, llegaba hasta la plaza y detenía la circulación. ¿Puedes imaginarlo? Fíjate bien en el edificio de la televisión. Debajo de la antena. En la cebolla, sí. ¿Ves qué forma dibujan los rayos del sol al estrellarse en las vidrieras? (Inbar no ve nada, pero no la quiere decepcionar). ¿Te puedes imaginar cuán humillante fue para los comunistas de Alemania del oeste descubrir que en los días soleados, en lo alto de su monumento más importante, brillaba una cruz cristiana?

Mientras su madre navega por el río de la erudición, Inbar levanta los ojos a lo alto de los edificios en pos de los ángeles. Los de Wim Wenders. A los diecisiete años vio *El cielo sobre Berlín* y se durmió a la mitad en su asiento agradablemente tapizado de la filmoteca de Haifa. Una película como las demás le gustaba decir, desafiante, a sus compañeras del departamento de arte, pero, el año anterior, la volvió a ver en un canal de la televisión y la encontró fascinante (¿o quizás con el paso de los años se ha visto precisada a recurrir a las virtudes de los ángeles?). Su madre sigue explicando la

magnífica colección impresionista del antiguo Museo Nacional al cual están llegando cuando ella recuerda que en la película de Wenders los pensamientos de los personajes aparecían entre paréntesis, y de repente se le ocurrió escribir un relato íntegro entre paréntesis, es decir la primera y la última frase serían las que introducirían los acontecimientos, pero el contenido central, entre paréntesis, constaría de decenas de páginas de recuerdos, asociaciones libres, fantasías eróticas. Abre la cremallera del bolso para sacar su diario de viaje y apuntar esta idea, pero lo piensa mejor porque sabe que su madre le preguntará qué escribe y una sola crítica por su parte echaría por tierra el frágil impulso que ha sentido con respecto a la escritura desde el comienzo del viaje. Como el comentario crítico que le hizo («es una pena, querida, que te tragues las palabras») al terminar la representación de Purim en el instituto, que puso fin a su sueño de ser actriz.

¿Me estás escuchando?, su madre interrumpe el curso de sus pensamientos. Ah... sí... claro... es muy interesante, dijo.

Porque si no te interesa podemos continuar nuestro itinerario.

La verdad es que me preguntaba sobre qué edificio aparecía el ángel en *El cielo sobre Berlín*.

¿En la primera escena?

Sí.

En la columna de la Victoria, asevera su madre. Los berlineses la llaman «La Elsa dorada». La edificó Bismarck y después, el arquitecto nazi Albert Speer la cambió de lugar. La veremos al final, dijo, como si de antemano hubieran acordado un recorrido definido, sin embargo, después de unos minutos de silencio se corrige: podemos ir ahora, si quieres. Hay un hermoso camino a través del parque que nos conduce hasta allí.

* * *

Un carrito con mellizos viene hacia ellas mientras Inbar prepara una respuesta por si su madre no pudiera retenerse y pronunciara una frase que contuviera las palabras «reloj biológico». Sin embargo, se contiene. Se nota su esfuerzo en la respiración profunda, casi un suspiro, que se le escapa. A continuación, se cruzan con unos jóvenes en bicicleta. Sin niños. Relajados. Como si no tuvieran ninguna prisa en llegar.

Los sábados, recuerda, su padre la llevaba al parking de la universidad, uno

de los raros espacios llanos del Carmelo, y le enseñaba a pedalear. Primero con ruedecillas auxiliares, después con una barra auxiliar. Y al final sin nada. Mamá se quedaba en casa, resolviendo crucigramas, con Yoavi, y trabajando en su interminable tesis.

¿Sabes que Bruno participó en el rodaje de *El cielo sobre Berlín*?, dice su madre.

¿Qué Bruno? ¿Tu Bruno?

Sí, entonces tenía una gran empresa de producción y esa fue una de las películas que produjo. Precisamente estuvo en la sala de montaje con Wim Wenders. Puedes preguntarle si te interesa.

¿Y qué hizo durante el Holocausto?

¿Qué? ¿A dónde quieres llegar? Él era pequeño. Tenía tres años.

¿Y su padre? ¿En qué campo sirvió?

Su padre murió de enfermedad cuando Bruno tenía dos años. Y su madre era zapatera. La única mujer zapatera de todo Berlín. No todos los alemanes eran... nazis, Inbar.

Pero todos estaban aquí en la época del nazismo, ¿no?, insiste Inbar.

Su madre se muerde los labios. El agua del río fluye lentamente. Un pedazo de madera que Inbar sigue con la mirada apenas se mueve. Tanto su madre como ella misma piensan en la misma mujer, pero evitan mencionarla, como evitan penetrar en las zonas menos halagüeñas de la ciudad, y siguen su camino hacia la columna de la Victoria en silencio.

Su madre la fotografía con la columna al fondo. Intenta sacar a Elsa también, le pide. Y su madre se aleja, se acerca, se aleja de nuevo, coloca la máquina en vertical, después en horizontal y otra vez de nuevo en vertical hasta que consigue realizar el deseo de su hija. Después, con un ligero gesto de la mano, detiene a una joven japonesa de nariz ambiciosa para pedirle que las fotografíe a las dos juntas. Y se coloca junto a su hija. Sin tocarla.

Él se enamoró de una trapecista de circo, recuerda Inbar. Por esa razón el ángel de Wim Wenders decidió renunciar a su trabajo. Quería tocar y que lo tocaran.

La japonesa les devolvió la cámara junto con un folleto: una invitación al espectáculo del conjunto Klezematics de Nueva York, en una iglesia de Kreuzberg: Música judía Klezmer con toques de jazz moderno. ¡Primera actuación en Berlín!

En Israel de ningún modo hubiera comprado entradas para un concierto

como ese, piensa Inbar. Sin embargo, ahora estoy en el extranjero. Ven, vamos a ir, le dice a su madre.

Pero es hoy mismo, dice ella señalando con reproche la fecha y la hora en la parte inferior del folleto.

¿Y qué?

Pues que no nos da tiempo... hay que ir a casa... arreglarse. ¿No estás cansada?

Un poco, pero no importa. ¿Qué te tienes que arreglar? Tienes muy buen aspecto.

Pero la ropa que llevas no sirve para la noche, cariño. Esto no es Tel Aviv. Tendrás frío.

Cómo me molesta, piensa Inbar. Qué molesto es su sutil egoísmo disfrazado de preocupación por los demás.

Si no tienes ganas de ir, le dice, dime que no tienes ganas, mamá. No hagas como si lo hicieras por mí.

* * *

La iglesia es pequeña, pero su cúpula está iluminada por una luz que se veía resplandecer a lo lejos, y en la escalinata había gente con jarras de cerveza. Encima de la puerta de entrada, una pancarta con el nombre de la emisora de radio: Multikulti. Esta emisora está subvencionada por el ayuntamiento, responde su madre a la pregunta que Inbar no le ha formulado, y dedicada a la diversidad cultural de Alemania. En el interior, bancos de madera largos, de iglesia, detrás de los cuales han levantado un pequeño escenario elevado. Jesús lo mira todo desde lo alto, cerca del techo, y en su mirada Inbar observa una cierta satisfacción. ¿Dónde hay que pagar?, pregunta su madre a un ayudante. Se paga al terminar la función según lo bien que lo haya pasado, explica el ayudante que parece él mismo un músico. Eso es como un pretexto de aficionados, piensa Inbar. Desde el primer fragmento de los Klezmatics comprende ya que se ha equivocado. El clarinetista, barbudo y con kipá, sube el primero al escenario y taladra el ámbito de la iglesia con una melodía clara, triste, muy judía también. A continuación, se unen el resto de músicos y el lamento se transforma lentamente en algo más reconfortante. Inbar mira a su alrededor y observa que los bancos se han llenado. Ayer aún estaba con Eytan en Tel Aviv

buscando un parking durante cuarenta minutos y ahora estoy aquí. En un concierto de música judía. En Berlín. Con mi madre. Qué mundo más loco. Y qué divertido. ¡Libertad! De pronto, una alegría extrema le recorre todo el sistema nervioso (había olvidado ya que cuando se encuentra en el extranjero todas sus emociones son siempre extremas: cuando está contenta, es una alegría desenfrenada. Cuando está solitaria es una soledad abismal).

Los primeros fragmentos tocados por los Klezmatics son en su mayor parte tristes. A continuación la orquesta deja vía libre a la guitarra, al bajo y a la batería, y el clarinete que antes se lamentaba empieza a reír. A retorcerse de risa. Su madre tamborilea suavemente con sus largos dedos sobre las rodillas, como si fuera un piano acompañando al clarinete. Algunos jóvenes berlineses salen a bailar en el ancho pasillo entre los bancos. Inbar también baila. En su asiento. ¿Por qué no? Una orquesta de klezmer de Brooklyn. En una iglesia. En Berlín. Libertad, igualdad y ritmo. Mueve la pelvis y el banco en el que está sentada vibra un poco. Y en el fragmento siguiente, ya exaltada, lo hace retemblar.

Una mujer mayor sentada a su izquierda se da la vuelta y le grita en alemán. No ha sido un grito. Ha sido un alarido. Hiela la sangre. Una legionaria. Las gentes a su alrededor ignoran lo ocurrido. Se pueden ver los músculos de sus cuellos tensos por el esfuerzo de no girarse.

Su madre se inclina y le susurra al oído que la mujer le ha pedido que deje de mover el banco.

Ella deja de moverse. Después levanta la cabeza y mira fijamente a los ojos a la legionaria. No iré como un cordero al matadero, piensa. Estoy dispuesta a dejar de sacudir el banco, pero ningún alemán me chillará sin que le responda adecuadamente.

Estalla una guerra de miradas entre la legionaria y ella. En el instituto habían practicado ese juego muchas veces. En invierno era imposible salir al patio a causa de la lluvia, entonces colocaban las sillas en clase unas frente a otras, se miraban fijamente, a ver quien bajaba primero los ojos.

La legionaria baja primero sus ojos azul grisáceo, masculla una retahíla de quejas a su marido y juntos cambian de sitio.

En Israel eso no habría ocurrido, dice a su madre al terminar los tres bises, fuera ya de la iglesia. Su madre no responde, entonces Inbar se acuerda y se coloca junto a su oído bueno. En Israel eso no habría ocurrido, repite.

Tienes razón, le dice su madre. Esta apertura de miras que existe en Berlín

es realmente extraordinaria. ¿Has visto como el cura de la iglesia cantaba en el último bis?

No me refería a eso, mamá, la interrumpe. Me refería al alarido de aquella mujer ¿Qué significa?

La verdad, Inbar, es que... movías el banco.

¡No lo puedo creer! ¿Le das la razón? A Inbar casi se le quiebra la voz al final (igual que cuando su madre corría en auxilio de Yoavi y se enojaba con ella sin haber averiguado antes quién había empezado; él aprendió a aprovecharse, lloriqueaba antes de que siquiera le tocara, para que lo riñera a Inbar; cómo ella se deshacía ante los pequeños regalos que él le hacía y ante sus dibujos pueriles, pero no respondía a las llamadas de atención de ella, mudas pero reales; cómo siempre que él entraba en casa se le iluminaba la cara de alegría y corría hacia la puerta, como si no tuviera ningún problema en las rodillas, en cambio, cuando entraba ella, su madre la saludaba de lejos, desde su sillón; de la misma manera su madre corría hacia cualquier agujero donde él sirviera en el ejército para llevarle comida comprada, porque ella no sabía cocinar los platos de mamá y, en cambio, cuando Inbar estaba en el ejército apenas la visitaba, y si lo hacía, fruncía los labios, decepcionada de que su hija solo fuera instructora y no oficial o espía o programadora del servicio informático, o algo que pudiera contar a sus colegas de la universidad con orgullo, en voz alta y no con la boca pequeña, aunque en esa época era imposible saber lo que ocurriría, no es que ella lo supiera entonces, sencillamente...).

Yo no —empezó su madre con voz contenida en la que ya se fraguaba la tormenta—, no le doy la razón... solo digo... pienso... que podrías haber bailado en el pasillo como los otros jóvenes...

Sí, pero ¿qué fue ese alarido nazi?

Inbarita, no se puede aplicar a cualquier cosa la palabra «nazi». ¿Si te hubiera ocurrido lo mismo en... Barcelona, por ejemplo, también hubiera sido «nazi»?

Pero no estamos en Barcelona, mamá, ¡estamos en Alemania! Quizás te sientas cómoda si lo dejas de lado. Claro que te es cómodo. Porque resides aquí gracias a sus becas. Es exactamente como dice la abuela Lili. Compran nuestra amnesia con dinero.

Es lo que piensa tu abuela. Está en su derecho. Pero yo pienso de otro modo.

Pero la abuela tiene razón –dice Inbar, mientras siente cómo se extiende por el cuerpo con la rapidez del relámpago, el placer de aquel que se dispone a pinchar donde más duele–, y tiene razón en lo que se refiere a Bruno.

¿A Bruno? ¿Qué es lo que dice de Bruno?

Lo llama «Bruto». Y dice que, conociéndote bien, seguro que es más rico que Creso.

Con el debido respeto a las dos, ¡no tenéis ningún derecho a juzgarme! ¡Tengo todo el derecho del mundo a ser feliz! De repente, su madre alza la voz.

Su madre puede pasar, de golpe, de un discurso culto y académico a los chillidos. Súbitamente su voz se dispara, Inbar lo odia, y odia el escalofrío que le recorre el cuerpo cuando eso ocurre y odia también que nadie de su alrededor no sepa que su madre pierde los estribos, todo el mundo la tiene por una mujer delicada y de trato agradable y, una vez salía con alguien que a la tercera cita, de repente, le alzó la voz cuando ella, conduciendo su Punto Blanco frenó con la luz verde parpadeando y él rugió, ¿pero qué haces? y, de nuevo, el escalofrío le recorrió desde las puntas de los dedos hasta la coronilla, detuvo su vehículo y le dijo: ¡Fuera de aquí!, ¡ahora mismo! Ni sus súplicas, ni su ancho torso, ni sus brazos vigorosos sirvieron para nada...

Bueno, mamá, dice en un tono glacial, ya me han gritado bastante por hoy. Creo que lo que ahora necesito es pasear sola.

Pero no tienes ni idea de dónde te encuentras, le suplica su madre.

Inbar mira a su alrededor. Hay algunos edificios colocados unos junto a otros. Edificios nuevos y edificios antiguos. También hay unas ruinas, que parece que acaban de recibir un impacto de los aliados hace un instante. Un coche pasa junto a ellas y una cabeza afeitada asoma lanzando una risa burlona. ¿Dirigida a ellas? ¿A alguien que va detrás de ellas?

Estoy en Kreuzberg, ¿no?, dice Inbar, déjame la dirección de Bruno y en el peor de los casos tomo un taxi.

Estaré preocupada por ti. Ya me conoces. No podré dormir hasta que estés de regreso. Lástima. Ven, regresemos juntas. Tu habitación está totalmente separada de la casa. ¿Cómo sabré que has vuelto? Ven, regresemos juntas, Inbar. Es una pena que terminemos así nuestro primer día.

Te mandaré un mensaje cuando llegue, dice Inbar, con la garganta atenazada momentáneamente por el dolor. Su madre se esfuerza tanto, ¿por

qué ella no puede esforzarse también? Bueno, se inclina y le da un toque en la mejilla, hemos terminado nuestro primer día juntas de un modo distinto.

* * *

Su submarino estaba separado del salón de la casa de Haifa por una trampilla. En sus años de juerga, había acordado con su madre que levantaría la trampilla antes de salir a locales, como «La segunda ciudad» o «Vértigo», y que a su regreso, de madrugada, soltaría el gancho y dejaría que se cerrase de golpe, para que su madre se enterara de que había regresado sana y salva. Cuando su hermano la sustituyó en el sótano ese acuerdo seguía en pie y, cuando no regresó del ejército, la trampilla permaneció abierta durante meses y nadie se atrevió a soltar el gancho.

Inbar camina por las calles del Berlín nocturno y como siempre que piensa en su hermano –en Israel no ocurre casi nunca, no se lo permite a sí misma– el entorno se le nubla. Al cabo de un buen rato sale del averno de la nostalgia para darse cuenta de que está paseando por un lugar agradable.

Hay pequeños pubs de barrio diseminados por las aceras. Las farolas difunden sobre la gente una luz dorada, como la cerveza. No hay mucha. Ni poca. La justa. Poco a poco, mientras se mueve por la ciudad y, en contra de su voluntad, le va tomando el gusto. Un mercadillo nocturno que incluye tres tiendecitas muy juntas entre muebles polvorientos atrae su atención. El vendedor de la tercera tienda es israelí y la identifica enseguida como a tal. Se presenta: me llamo Yosi, y le estrecha la mano suavemente. Algo tierno en su mentón le despierta simpatía. ¿Desde cuándo estás aquí?, le pregunta ella. Desde los ochenta. ¿Antes de la caída del muro?, quiere saber. Sí, claro. Llegué después del Líbano, suelta, como si con pronunciar la palabra «Líbano» quedara todo explicado. ¿Y cómo es la vida aquí? *Wunderbar*, fácil y barata, dice, como un locutor de radio interpretando un código de movilización.

Da una vuelta por la tienda, Yosi la sigue guardando las distancias, sin pegarse a ella, como los vendedores de Israel. Hay una lámpara de pie que podría interesar a Eytan, algo rayada, un poco torcida, aunque ya está oyendo a su abuela recordarle «¡No se compran productos hechos en Alemania!». Incluso si transigiera porque el vendedor se llama Yosi, como su padre, ¿cómo la arrastraría hasta Israel?

Gracias. Hay cosas geniales, pero no llevo dinero encima, se disculpa, otra vez será...

Ningún problema, dice Yosi, mientras le alargaba una tarjeta que saca de detrás de la caja: Israelink está escrito en ella, en hebreo y en inglés.

Es nuestra comunidad, explica. Nos vemos una vez al mes. Vienen muchos israelíes. Cantamos juntos. Cada tres meses hay un encuentro con un escritor israelí. Estás invitada.

Estoy aquí... de visita.

Pues «otra vez será», dice imitándola. Y de pronto le parece notar un ligero acento alemán en su hebreo.

Sale de nuevo a la calle. Pasa una ambulancia. Con la sirena moderada, no histérica como en Israel. Unas escaleras llevan al metro y tres muchachas descienden por ellas. Riendo. Observa que casi no circulan coches por la calle y los pocos que hay no son especialmente lujosos, de pronto comprende qué le gusta de ese maldito Berlín, la ventaja que tiene ese maldito Berlín sobre Londres o París, por ejemplo: la modestia. La gente con la que se cruza viste sin ostentación ni presunción. Los cafés están amueblados con trastos del mercadillo que acaba de visitar. Y las bicicletas son como las de los kibutz. *Cada gran ciudad –saca su dietario y escribe a la luz de una farolatiene una breve edad de oro en la que triunfa, pero no demasiado, vibrante, sin desbordarse. Deseable, pero no hasta el punto de que únicamente los ricachos puedan vivir en ella.*

Pero ¿qué es lo que comprendes, al fin y al cabo? Se ríe de ella misma, y acto seguido esconde su dietario en las profundidades del bolso. ¿Llevas medio día en Berlín y ya pretendes exponer tu punto de vista?

Saca su móvil del bolsillo de la chaqueta y llama a Eytan.

Contesta después de dos timbres.

Hola, guapa. Justamente estaba pensando en ti. ¿Cosas buenas? Claro que sí. ¿Cuáles, por ejemplo? Déjalo. ¿Por qué? Porque no te van a gustar. ¿Otra vez estás imaginando cómo sería un hijo nuestro? Más o menos. ¿Qué quieres decir, más o menos? Que esta vez era una niña. Déjalo, Eytan, déjalo ya. Te dije que eso debe venir de mí. Ves, por eso no te quería decir en qué estaba pensando.

Silencio. Denso. Un silencio que significa que la conversación está en punto muerto y ahora hay que hacer marcha atrás. Desde su viaje ha habido muchos silencios como este. Sin embargo, esta vez, con la respiración como

telón de fondo de su familiar silencio, oye una voz. Una voz de mujer. Farfullando. En su casa. ¿Hay alguna mujer contigo?

Sí, confiesa él con una voz sin trazas de culpabilidad. La presentadora del programa *Noticias deportivas*, una chica estupenda.

Ah, dice ella con alivio mezclado con una sensación de oportunidad perdida (al día siguiente de cuando ocurrió aquello, el doctor Adrián anunció que «no se sentía bien» e Yzhar decidió pasar en lugar de su programa un extracto de otros antiguos, entonces la mandó para casa más temprano. Ya en la escalera de su edificio oyó la voz de una muchacha que provenía de su apartamento y, para su gran asombro, no experimentó ni sorpresa ni cólera y, cuando abrió la puerta y descubrió que la chica era una encuestadora de la Oficina Central de Estadística a cuyas preguntas Eytan respondía con una paciencia aburrida, casi tuvo una decepción, como si el lado oscuro de su corazón deseara interpretar una escena de celos, o la venganza de sexo y más sexo que la seguiría, también era eso lo que quería averiguar en este viaje, también eso...).

¿Y qué, cómo va con tu madre?, pregunta Eytan. Así-así, responde. ¿Qué quieres decir con así-así, ya habéis discutido? Sí. Es decir, no. Es decir, ella precisamente se esfuerza... déjalo, no tengo ánimos para hablar de ese asunto (es decir, piensa, no tengo ánimos para meterme en los complicados matices de la relación entre mi madre y yo y decepcionarme una vez más por el hecho de que tú seas lo suficientemente sano y vengas de una familia de lo más normal para comprender toda esa maraña).

Dale una oportunidad, dice él, mientras la voz de la presentadora de los deportes, al fondo, se le antepone: Amitai Spielman, por un nuevo día de combates en Kiryat Shalom.

Tienes razón, dice ella, voy a intentarlo.

¿Dónde estás ahora, exactamente?

No lo sé. En algún lugar de la parte oriental de la ciudad, creo.

Iría a por ti, si pudiera.

Gracias, cariño. Me parece que enseguida voy a tomar un taxi.

Bien, pero si el taxista es calvo y tiene una cruz gamada tatuada en la cabeza, no subas, ¿de acuerdo?

Lili

Y entonces –precisamente estaba soñando que se acostaba con Nathan, esta vez en un compartimento de coche-cama lujoso–, el tren se detuvo de repente. Les pidieron que no se bajaran y que mantuvieran las cortinas corridas. Al principio no les dijeron qué ocurría, a continuación los rumores se propagaron por los vagones. Lili intentó taparse los oídos. Era imposible que después de la formación agrícola y la espera, los devolvieran al punto de partida. Se preguntó si la joven inteligente –que al parecer se llamaba Estherse alegraría de la posibilidad repentina de volver de nuevo con sus padres o si ya se había resignado a esta separación. Quería verla de nuevo, hablarle, pero enseguida que el tren se detuvo, se les prohibió pasar de un vagón a otro.

Después de la muerte de su madre, su padre anunció a Lili que por un corto periodo iría a vivir con su abuela en el pueblo. Ella odiaba esa idea, pero era demasiado pequeña para alzar el estandarte de la rebelión y, con gran dolor, se despidió de sus compañeras de clase y escribió a cada una de ellas una carta. Besó en la mejilla a sus amigas íntimas, un beso largo y vigoroso, como para sellar su amistad. Entonces, su padre le informó de sopetón de que «eso no iba a funcionar con la abuela» y que se quedaba con él. Pensaba que te alegrarías, se sorprendió al ver su rostro lívido, pero ella era demasiado pequeña para explicarle que ya se había conformado con la separación.

El tren siguió silencioso, de forma inquietante, durante varias horas. Lili sacó de su maleta *La interpretación de los sueños* e intentó leerlo. «La realización de un deseo...» «La distorsión del sueño...» Sus ojos saltaban de palabra en palabra sin enlazarlas ni vincularlas. Así que dejó de nuevo el libro en la maleta, sacó un abrigo, lo dobló como una almohada y luego apoyó en él la cabeza para intentar dormir. Alguien detrás de ella dijo: Idiotas, han hecho subir al tren demasiada gente. Otro comentó con una histeria mal reprimida: Hay un problema con los railes. Eso es todo. Os lo digo. Los railes. Eso es todo. Después el monitor entró en el vagón y anunció que el problema era muy grave. Los británicos habían descubierto el destino de su tren y estaban presionando a los rumanos para que no los dejaran llegar al puerto de Constanza en el que estaba fondeado su barco. ¡La gente de la

Haganá se ocupa de salvar este obstáculo! ¡Estoy seguro de que todo se arreglará!, dijo a gritos, pero precisamente el tono de su voz dejó al descubierto hasta qué punto él mismo estaba preocupado. De hecho, ¿por qué no tenía que estar preocupado? ¿Cuántos años tenía más que ellos? ¿Dos? ¿Tres?

A nadie le estaba permitido salir. A un chico que desobedeció la orden y bajó del tren, lo detuvo la policía rumana. Lo vieron a través de las ventanillas, vieron cómo le retorcían los brazos hacia atrás, vieron el puntapié en el vientre, vieron que se le doblaba el cuerpo como un ciempiés sin poder hacer nada por él. Después de haber arrojado al muchacho dentro del vagón como si fuera un saco de patatas, la policía recorrió todo el convoy advirtiendo a gritos: ¡No os mováis de los vagones! ¡No os mováis de los vagones!

El terror se difundió entre la gente. Lili siempre había creído que los estados de ánimo —y no solamente la materia— estaban compuestos por partículas, y ahora podía realmente verlas llenando el corredor y los angostos espacios entre los asientos.

Hasta que llegaron los músicos.

Irrumpieron en el vagón al son de una trompeta y todas las miradas convergieron en ellos. Aparte de la trompeta, la orquesta improvisada contaba con una mandolina, un clarinete, un triángulo y una gran variedad de instrumentos de percusión, desde un tambor hasta una cacerola. Todo ello dirigido por un calvo, que tocaba la armónica, Itsjak Pimstein. Él es quien condujo a los músicos al interior del vagón, quien les dio la señal para empezar, quien con una mirada rápida les indicaba que tenían que cambiar de fragmento, quien señalaba al público cuándo podía unirse al canto. Llevaba pantalones largos de paño y una camiseta de trabajo gris con una pajarita. Tenía un aspecto ridículo, pero no parecía que le importara. Lili, a pesar suyo, se sintió cautivada por su mímica. Tenía una nuez de Adán enorme, que subía y bajaba al compás de la música, una gran nariz y unas fosas nasales que se expandían y se contraían alternativamente. Cuando tocaban una pieza alegre, su grueso labio inferior temblaba de alegría. Cuando la pieza era triste, fruncía sus frondosas cejas con una gravedad exagerada, y cuando quería que el público cesara de aplaudir para escuchar al músico que tocaba la mandolina —que de hecho era el único profesional de la orquestacerraba los

ojos con una exquisita concentración y se inclinaba un poco hacia delante como si fuese a besar a una joven.

«*La hora*, con razón, abrasa mi corazón», cantaba el vagón a coro. Y además: «Si tuviera coraje, si tuviera coraje, saldría a las calles con un grito salvaje: ¡la redención está en camino!». Y después: «El tren tiene un silbato, con la fuerza del hierro, por debajo el agua se esparce, por arriba el humo emerge». Cuando las partículas de la depresión se hubieron dispersado por el aire, Itsjak Pimstein se permitió dirigir su orquesta en un vals especialmente nostálgico, al final del cual se inclinó profundamente ante Anya, de la formación agrícola, y le ofreció una flor imaginaria.

Ofreció la flor a Anya, pero miró a Lili fijamente a los ojos. Ella se preguntó si alguien más aparte de ella lo habría advertido.

Después de los aplausos la orquesta pasó al siguiente vagón y Lili se puso de pie y le siguió los pasos. En silencio. Quería saber cómo se encontraba Esther y pensó que si a los músicos les estaba permitido pasar de un vagón a otro, ¿por qué a ella le estaba prohibido? Quizás quieras de nuevo sentirte fuerte ante alguien débil, se reprochó a sí misma mientras avanzaba, y en la división entre los vagones, donde el viento retumba y todo está al descubierto, perdió un poco el equilibrio y se apoyó sobre el mandolinista que la precedía, y en cuanto lo recuperó se separó de él. El punto de contacto con su hombro la abrasaba y oleadas de vergüenza la invadieron por completo, pero el mandolinista pasó por alto caballeramente el incidente y siguió avanzando.

Esther se puso muy contenta al verla. Yo también quería visitarte. Pero dijeron que estaba prohibido. Ven, siéntate a mi lado. Lili se sentó junto a ella, las caderas muy juntas, y escuchó otra vez la serenata. Las canciones eran las mismas, pero la mímica de Itsjak Pimstein no dejaba de sorprenderla. Esta vez observó que su calva también participaba del espectáculo: surcada de arrugas o lisa según el ritmo de las cacerolas. Oh, oh, exclamó al final de una pieza mirándola directamente a los ojos, veo que tenemos una fiel admiradora.

No... qué dices... balbuceó mirando a Esther... yo... solo he venido a interesarme por su salud.

Sí, claro, asintió con una sonrisa irritante mientras daba la señal a los músicos de cambiar de canción. Atacaron el vals que habían tocado en el

vagón anterior y Lili se preguntó a quién ofrecería esta vez la flor imaginaria....

Entonces apareció en el vagón el monitor y exigió a la orquesta que cesara de tocar. Se os oye desde fuera, les advirtió, y llama la atención. Debemos guardar absoluto silencio hasta que se resuelva el problema.

Itsjak Pimstein todavía rompió el silencio con un último soplo, un soplo de protesta con su armónica, pero el monitor lo fulminó con la mirada y le rogó: Basta, Fima, ahora no tenemos tiempo para tus bobadas. Se ruega a todo aquel que no pertenezca a este vagón, que regrese al suyo, incluidos también los músicos, exigió.

Le va bien ese diminutivo, Fima, pensó. Se despidió de Esther agitando la mano con demasiado entusiasmo y regresó a su vagón.

Las horas más duras comenzaban a mediodía. El calor en el vagón era insoportable. A Lili, el sudor le resbalaba por la espalda hasta las bragas. Un olor pestilente salía de los servicios y su radio aumentaba a medida que la gente se encerraba en ellos. Las moscas zumbaban alrededor de los vagones en busca del origen del hedor. Algunas lograron penetrar por las ventanillas y hostigaban a los pasajeros. Los muchachos del vagón de Lili comenzaron una especie de concurso de masacre de moscas. ¿Quién mataría más? Pero no tenía nada de travesura, ese concurso. Algunas chicas se quitaron parte de la ropa y quedaron vestidas con unas reducidas camisetas. A Lili no le pareció conveniente. Aunque su camiseta fuera demasiado tupida para esa humedad. Hubiera querido cambiarla por otra más fina, pero, ¿dónde? La fetidez de los servicios le provocaba una náusea constante y quieta, una náusea cocinada a fuego lento, y temía que si entraba en ellos sería la gota que haría desbordar el vaso. A mediodía, unos jóvenes rumanos golpearon las ventanillas para ofrecerles agua del grifo de la estación. Les alargaron utensilios a través de las ventanillas junto con algunas monedas, y los devolvieron llenos de agua color rojizo por el óxido. Pero estaban demasiado sedientos para andarse con finuras. Los muchachos rumanos continuaron aprovisionándolos de agua a través de las ventanillas durante toda la noche, aunque por la mañana, de pronto, cambiaron de opinión. Al parecer, alguien les contó que los ocupantes del tren eran judíos y empezaron a gritar: ¡Judíos, a casa! y a arrojar piedras contra las ventanillas. Una de ellas chocó contra la de Lili y el cristal se agrietó como una tela de araña. Unos policías rumanos dispersaron

indolentemente a los muchachos que tiraban las piedras, y Lili pensó: ¿A qué casa se refieren? ¿Cómo puedo yo irme a casa ahora?

Cada pocas horas los monitores les ponían al corriente de que no había novedad. Yanek, un chico algo inestable de su formación agrícola, empezó a golpearse la cabeza contra el dintel de una de las ventanas y sus compañeros se apresuraron a ir en su auxilio. Sabía que no tardarían en pedirle que hablara con él para calmarlo y, los segundos que le quedaban, los aprovechó reuniendo fuerzas para enfrentarse a esa tarea. Cerró los ojos para contemplar una imagen que siempre le procuraba tranquilidad: ella y Nathan en su nuevo hogar en la Tierra de *Isruel*. Aunque realmente no sabía muy bien qué aspecto tenía la Tierra de *Isruel*, en su imaginación la casa estaba enclavada entre la vegetación, un riachuelo discurría cerca, el interior de la casa era de colores claros y Nathan, en pantalón corto y camiseta, traía de la cocina una de sus famosos omelettes mientras el sol entraba por la ventana. Ella estaba sentada en una mullida alfombra con las piernas cruzadas y a su lado, sobre un lecho de varias manta, dormitaba su hijita cuyo nombre ya conocía.

Hanna

Después del parto, le arrebataron a Inbar. Siempre lo recuerda después de discutir con ella. Anteriormente había intentado luchar contra ese recuerdo, golpearse la cabeza para que regresara a las profundidades de donde vino. Que se hundiera. Ahora ya no lucha sino que, conscientemente, se entrega al suplicio. Como la uña que rasca una herida que proviene de rascarse anteriormente una picadura. Tuvo entonces una hemorragia que había que cortar y le arrebataron a Inbar. La tuvo contra su pecho solo unos pocos momentos de gracia, entonces la comadrona se la arrancó y se la entregó a Yosi, que estaba sentado a su derecha. Este la acunó y se extasió ruidosamente ante su ya evidente hermosura, aunque también se la arrebataron de los brazos —¿por qué diablos no se lo impidió?, porque se lo pidieron, responde siempre— y la trasladaron a reanimación y, al cabo de dieciocho horas, cuando se la devolvieron, pudo tenerla de nuevo entre sus brazos.

A veces, cuando está desesperada después de haberse desatado entre ellas

una disputa, dice que todo se decidió allí y que no hay nada que hacer. Por más que intentara cambiarlo y arreglarlo, todo proviene de esos primeros instantes fatales. Tonterías, le dice Yosi. Tonterías, es lo que dicen los libros de psicología. Tonterías, sabía que lo eran, en sus momentos de lucidez. Sin embargo, cuando nació Yoav no quiso correr ningún riesgo: aun cuando esté agonizando, no dejéis que me arrebaten a mi hijo, avisó a Yosi, y no dejó que le administraran fármacos contra el dolor para que no aprovecharan un instante de inconsciencia para arrebatárselo, también advirtió a la comadrona que si lo hacía la denunciaría, estrechó a Yoav contra su cuerpo y al cabo de dos horas dejó que Yosi lo tomara en brazos un momento, antes de apoderarse de él de nuevo, casi con violencia.

Bruno se vuelve del otro lado. Le da la espalda. Como si en sueños sintiera que los pensamientos de Hanna se enturbian y él quisiera alejarse de ellos. Antes de dormirse, ella le cuenta lo que ha sucedido durante el día. Sabes, le dice, cuando siento que por fin tengo algo para ofrecerle, ella no quiere nada. Paciencia, le dice él, mientras le acaricia la cabeza que reposa sobre su pecho, paciencia. Pero quizás es demasiado tarde, Bruno, insiste ella. Quizás hay un punto a partir del cual es imposible un arreglo. Míranos a nosotros, Hanna, dice él, ¿te parece que existe un punto así, a partir del cual es imposible un arreglo?

Ahora él duerme, con su respiración tranquila, europea. El rostro en calma, sin preocupación alguna. A lo mejor sueña con uno de los sueños que le cuenta por la mañana, como un niño que brinda un hermoso dibujo a sus padres (a lo largo de toda su infancia, tuvo que escuchar los sueños de su madre durante el desayuno, con todo detalle, y poco a poco se le fue desarrollando la habilidad digna del José de la Biblia para interpretarlos).

Son las 12.25 de la noche. Y su hija no ha mandado ningún mensaje.

Lo hace adrede para volverme loca. Como las minifaldas que llevaba en el instituto. O su fuga a Eilat. O el noviete del ejército del aire que metía en casa por la entrada independiente del sótano y que nunca llevó con ella arriba, a saludar.

Se levanta de la cama y va al estudio que Bruno le arregló. Le gusta especialmente la mesa que le ha construido, de roble macizo, cuyo encanto se debe a sus líneas curvas, aéreas, que le confiere una forma de oreja tensa, más atractiva que la forma cuadrada habitual. Encima de la mesa hay una librería acristalada que contiene todas las obras de su escritor preferido, Stefan

Zweig, en versión original. Solamente con echarles un vistazo antes de empezar a trabajar, le basta para estar de acuerdo con la modestia indispensable de cualquier persona que quiera escribir un pensamiento nuevo.

Abre su ordenador y, a continuación, el archivo de su tesis doctoral: «La representación de los judíos en la literatura popular europea al comienzo de la era moderna: Entre el romanticismo y el antisemitismo (título provisional).» A modo de un ejercicio mental de calentamiento previo a la escritura, lee el inicio del párrafo del primer capítulo sobre el Judío Errante.

El primer folleto en lengua alemana se imprimió en 1602, y en él se cuenta cómo el obispo del condado de Schleswig-Holstein se encontró con un hombre que le reveló que era Asuero, el zapatero judío errante de Jerusalén. La leyenda cuenta que cuando Jesús cargaba la cruz camino del Gólgota, el tal Asuero le impidió apoyarse en el muro de una casa para descansar un poco; a causa de este pecado fue condenado a errar por toda la eternidad y a mantenerse vivo hasta el fin de los tiempos.

Va adelantando el cursor hasta llegar al fragmento que trata de un panfleto de Richard Wagner: «Los judíos en la música». El fragmento con el que hace meses tropieza.

Wagner sostiene que el zapatero Asuero simboliza a todo el pueblo judío: un eterno pueblo fantasma que sobrevive entre los mortales. Los otros pueblos nacen, crecen, envejecen y, al final, dejan este mundo. Mientras que los judíos no conocen ese ciclo, debido a que se han desgajado de las raíces de su tradición y se ven obligados a vivir como parásitos sobre cuerpos extraños y a chupar su vitalidad. Su salvación solo llegará cuando se realice el auténtico y oculto deseo de Asuero: desaparecer por completo.

Lectores sofisticados, personas de la intelligentsia radical, han interpretado esa aspiración de desaparecer por completo, como escribe Wagner, como una llamada a erradicar su propia identidad en beneficio de un combate universal por la liberación del hombre. Otros lectores lo han interpretado como una incitación al asesinato, una llamada a su liquidación física.

Pero tú, ¿qué crees? Hanna coloca el cursor parpadeante al final del último párrafo. ¿Cómo prefieres, tú, interpretar la sugerencia de Wagner? ¿Sobre la base de lo que la ha precedido, las concepciones románticas del siglo xix que veían en el judío errante una especie de viajero universal atravesando espacios y siglos, simbolizando las dificultades de la humanidad caminando hacia el progreso? ¿O sobre la base de los flagrantes comentarios antisemitas

esparcidos por el artículo, o sobre la base de lo que vino más tarde: el siglo xx, la Alemania nazi, las obras de Wagner que se podían oír en los mítines de Hitler?

De pronto lo ve claro: tu dificultad real no reside en dudar entre el siglo xix y el xx, sino en el xxi. Tu dificultad real es leer la leyenda del judío errante desde el Berlín contemporáneo. Desde tu vida cómoda. Es tan agradable vivir aquí, que incluso la visita de tu hija no despierta en ti ninguna nostalgia del allá. Y puede ser que en la cultura de este nuevo siglo ya no existan el «allá» ni el «aquí», quizás esos conceptos sean como viejas glorias y hayan quedado obsoletos. Pero bueno, la expresión «viejas glorias» en la que piensa –ni la ha escrito aún– proviene de una lengua cuyo renacimiento se ha producido cuando el judío ha dejado de ser errante. ¿Y cómo se podría traducir una expresión así? Y, de hecho, la evidencia de que se necesite una traducción, ¿no es la prueba de que en nuestro mundo todavía existen el «aquí» y el «allá»? Teclea rápidamente, en tamaño de fuente 16, algunas palabras clave para que por la mañana pueda seguir desarrollando la nueva idea:

El siglo XXI. Aquí y allá. Multi kulti. Multi *guilty*. Errar, como castigo. (Cuarenta años en el desierto). Errar, como redención. («Comprad trigo, si no, moriréis»).

Tiene la intención de redactar aún algunas notas, pero el teléfono vibra. *He vuelto*. Escribe Inbar. *¿Quién es el hombre que duerme en mi cama?*

Inbar

En el primer instante piensa que es el hombre del aeropuerto. El asesino del Mosad. ¡Papá!, casi grita. Si el hombre-osito que duerme en su cama no roncara, habría salido disparada. Pero hay algo en sus ronquidos –solo la abuela Lili roncaba tan fuerte, y el abuelo Nathan les había hecho jurar a ella y a Yoavi, cuando pasaban con ellos las vacaciones de verano, que no le dirían ni una palabra de ese tema porque la abuela era una señora y si lo supiera no le gustaría nada–, hay algo en los ronquidos del extraño que añade un toque cómico a la situación.

Se acerca a la cama. De puntillas. Ahora puede ver que no es el agente del Mosad sino otro hombre. De piel más clara. Por un instante juega con la idea de desnudarse, ponerse el camisón rojo y acostarse junto a ese ario. Se pregunta si tendría una erección aun sin estar plenamente consciente. Y quizás –escribe esta escena en su cabeza más que considerar seriamente la opción–, quizás incluso se acueste con él, dormido, como hace la madre de Garp con el piloto en el libro *El mundo según Garp*. Pero, alto, ¡recuerda que en el libro después ella queda embarazada!

Se sienta en una silla pero, a causa del crujido de la madera, el hombre que duerme en su cama suspira y se da la vuelta.

Es el hijo de Bruno, adivina. Se le parece aun siendo distinto. La misma nariz, el mismo corte de pelo, aunque su labio inferior tiene un pliegue despectivo. En la oreja visible luce un pendiente y en uno de los dedos una alianza gruesa como un brazalete. La más gruesa que ha visto jamás en un hombre.

¿Quién es el hombre que duerme en mi cama? Escribe a su madre. Le habría podido escribir que el hijo de Bruno dormía en su cama, pero quiere asustarla. Tiene treinta y dos años, es una persona adulta, independiente y consciente, pero todavía desea que su madre acuda corriendo, aterrada, en camisón, despeinada, aterida de frío desde su mansión hasta las escaleras que llevan a su pequeño apartamento.

El primero en llegar es Bruno. Lo siento, dice. Es mi hijo. Le dije que la habitación estaba ocupada, pero por lo visto ha bebido demasiado y lo ha olvidado. Todavía tiene llave, ¿comprendes?

En ese momento aparece su madre en la puerta. Perfectamente peinada. Ven, cariño, ven con nosotros arriba. Te prepararemos el sofá del salón. Cuando Hans bebe –dice señalando al hombre de la cama– no es fácil despertarlo. No estoy segura de lograrlo ni echándole agua en la cara.

(Una vez, durante una excursión de su movimiento juvenil a Mijdash Ramon, uno de los chicos del grupo le echó agua de su cantimplora en la cara. ¡Bue-nos-días, Inbar!, le dijo, y ella se despertó de golpe llena de rabia y lo persiguió, a ese chico, Itamar se llamaba, le propinó un cachete que fue a darle en la nariz en vez de en la mejilla. Era la primera vez que le pegaba a alguien, aparte de a su hermano. El monitor corrió a separarlos y convocó a todo el grupo alrededor de las ascuas que quedaban del fuego de campo para

una conversación sobre la amistad mutua, la violencia verbal y la relación entre ellos.)

Dejadlo, no lo despertéis, dice ella. Dejad que me organice, y subo con vosotros.

* * *

Por la mañana temprano, persiguió de nuevo a ese muchacho, esta vez por las escaleras de emergencia de las torres Azrieli. Él era más rápido y más joven que ella y mientras soñaba pensó que debería empezar a ir al gimnasio. Finalmente llegaron a la azotea. Estaba llena de paneles solares y entre ellos se destacaba una inmensa antena de radio. ¡Dame una razón!, le dijo el muchacho antes de encaramarse a la barandilla que circundaba la azotea. Ella todavía estaba intentando recuperar el aliento perdido con el esfuerzo de la ascensión. Le costaba hablar. ¡Dame una razón, de lo contrario... –dijo inclinándose hacia adelante. Leonard Cohen, se apresuró a decir ella. Él vaciló un instante y dijo: No lo conozco. Y saltó.

Se salió del sueño (los párpados pesados se niegan a abrirse, los párpados pesados se niegan a abrirse, los párpados pesados ... *cut*). Durante los primeros instantes su mano, como de costumbre, busca el cuerpo de Eytan pero entonces recuerda dónde se encuentra. Una luz europea penetra a través de las persianas de las ventanas. Le llega un suave aroma a café. Tiende la mano hacia su bolso, saca el dietario y apunta su sueño con todo detalle. Al cerrarlo y dejarlo de nuevo en el bolso oye de pronto la voz de su madre detrás de ella:

No sabía que escribías.

Se da la vuelta. ¿Cuánto hace que estás aquí, mamá?

Unos minutos. ¿Sabes que de pequeña te subía la fiebre cuando estabas metida en un libro que te fascinaba? Con las historias de Lucy Maud Montgomery llegaste a 38,1 grados. Con *Mujercitas*, a 39. Los leías a la vez. Siempre te ha gustado leer dos libros al mismo tiempo. ¿Te acuerdas?

¿Cómo podría olvidarlo?, dice. (Y añade para sí: siempre me lo estás recordando).

Siempre pueden hablar de libros. Así es como se reconciliaban después de las duras disputas, hirientes, de su adolescencia. ¿Qué te parece el nuevo libro de...? A mí también. Aunque el final es algo extraño, ¿no? A veces, después

de una pelea, su madre le compraba un libro y se lo dejaba en el sillón que había junto a la trampilla del submarino. Aunque en los últimos dos años, era Inbar la que le compraba libros a su madre y se los mandaba desde Israel a Berlín. Luego hablaban de ellos por teléfono. En general, el gusto literario de su madre coincidía sospechosamente con las críticas del periódico Haaretz.

Bruno posee una biblioteca maravillosa, dice señalando los largos estantes, con una escalera mecánica apoyada en ellos.

¿Qué me puede importar?, piensa Inbar sin decir nada. Todos están en alemán.

Entonces... ¿escribes?, su madre vuelve a la carga.

Inbar cierra el cuaderno y coloca una mano encima, como cuando se pone una mano sobre la Biblia en el tribunal para jurar decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

No, miente. Es decir, escribo solo los sueños. Para que no se me olviden.

Y... ¿era un sueño interesante?

Nou, shoyn. Nada nuevo. Volví a ver a Fima. Estaba esperando a la abuela. Y las dos se rieron.

La abuela Lili recordaba perfectamente sus sueños y le encantaba contarlos con toda clase de detalles a todo aquel que estuviera dispuesto a escucharlos. Era una verdadera ceremonia. Tomábamos un café flojo con mucha leche, mordisqueábamos galletas azucaradas y escuchábamos los sueños de la abuela Lili. También el abuelo Nathan, cuando vivía, se sentaba con nosotras y escuchaba pacientemente, sin una emoción particular y sin resentimiento, la presencia regular de un hombre llamado Fima en los sueños de su esposa. ¡Y de pronto, veía a Fima!, decía la abuela sorprendida, como si no lo hubiera visto ya decenas de veces en otros sueños. Una vez apareció en un establo, montado en una vaca que no daba leche. Otra vez en el suelo de un supermercado. Y otra más conduciendo un coche desprovisto de ruedas. A veces se conformaba con meterse un instante en sueños que trataban de otros asuntos («y, entonces, estoy ante el ministro Pinjas Sapir y le digo que no puede ser que los tomates cuesten doce shekels el kilo y Fima está detrás de mí con su nuez de Adán prominente y apunta cuanto digo en un cuaderno de tapas negras, entonces Sapir me dice: Querida señora, ciertamente, el precio de los tomates ha aumentado, pero los calabacines han bajado significativamente»).

Dime, ¿sobre qué trataba tu sueño, realmente?, le pregunta su madre,

presintiendo que se trata de un punto sobre el cual hay que insistir. Ven, te voy a preparar un café. Si lo has apuntado en el cuaderno parece que es importante, ¿no?

No especialmente, le responde Inbar, mientras la acompaña a la cocina. Al lado del fregadero hay un posaplatos de Ikea. Igualito al mío, piensa, y siente que está llegando al límite. Otra pregunta más de su madre y sucumbirá. Le contará (a Eytan ya se lo había contado el día que ocurrió y él se había emocionado, como debía ser, pero también se apresuró a decirle que no se sintiera responsable, no era culpa suya, ningún tribunal la juzgaría culpable y ella pensó, imposible decir a los hermanos mayores que no asuman su responsabilidad, está en nuestra naturaleza, y le dijo que tenía razón, seguro, y le dio las gracias por la escoba que le había ofrecido y con la que había intentado barrer toda esa historia hacia un rincón del alma, pero, ni al día siguiente, ni al cabo de una semana, lo había conseguido y, cuando pretendió mencionárselo de nuevo, las palabras no le salían de la garganta porque no era solamente el incidente sino los recuerdos de Yoavi que resucitaban).

Guten morgen! El hijo de Bruno entra en la cocina. Duchado. Perfumado. Destrozado. Siento lo de ayer, se dirige a Inbar en un inglés desprovisto de acento. Mi mujer cambió la cerradura y no pude entrar en casa. Así que vine aquí, tengo llave... y olvidé lo que mi padre... precisamente me había dicho... lo siento muchísimo.

No pasa nada, dice Inbar educadamente. Son cosas que ocurren.

Es porque está enojada conmigo, prosigue el hijo de Bruno. Dice «enojada conmigo» con indiferencia. Como si las palabras fueran pinzas con las que cuelga la ropa. Luego se prepara un café y al lado de la taza coloca una pastilla de chocolate amargo que saca del frigorífico.

Ella y su madre se sientan la una junto a la otra en una mesita y las dos le miran esperando detalles, como hacían cuando su padre regresaba de uno de sus congresos y de pie en la puerta decía «las personas son lo más interesante del mundo», y sabían que dentro de un momento llegaría la advertencia habitual: «Todo cuanto os diga es absolutamente confidencial», seguida de la respuesta mordaz de su madre: «Vaya, secretos de estado», y después finalmente vendría una buena historia.

El problema es que su padre era un borracho, Hans va directo al grano. Se dirige sobre todo a la madre de Inbar, sin embargo de vez en cuando le lanza

a ella una ojeada rápida, escrutadora. Los gestos de las manos son salvajes, frenéticos, como los de Shalom Hanoch en escena.

Su padre era un borracho habitual. No como yo. Cuando llegaba a casa, maltrataba a su mujer. Le pellizcaba fuertemente las nalgas mientras vomitaba canciones obscenas. Ella cree que yo soy igual. Y no es cierto. No soy en absoluto como él. Al contrario, cuando bebo, amo más que nunca a mi familia. Como si regresara a casa después de un largo viaje. ¿Cuándo una persona tiene la oportunidad de ser él mismo? Así que yo bebo una vez por semana en vez de ir de putas o abandonar mi casa y viajar con mi caravana por Australia. ¿No es mejor así? Decídmelo vosotras, como mujeres, ¿cuál es vuestra opinión?

Inbar rasca con un dedo el azúcar con sabor a café del fondo de la taza y se lo lleva a la boca. Su madre remueve con una cucharilla su taza vacía. A las dos les parece claro que no espera respuesta.

Todo ese asunto de la familia, prosigue, sabía de antemano que no era para mí. Pero la amo tanto, que lo acepté. Ella quería casarse y yo la quería a ella. Así que acepté. Después ella quiso hijos, y yo la quería a ella. Así que acepté. Y de ese modo me convertí en director de una guardería. La guardería de Hans. En esta ciudad, la gente vive con dos o tres amigas, desprecian toda esa historia de la familia y los niños y hace cuanto les viene en gana. Mientras pueda estar con ella...

Y... beber, añade su madre en tono amable y sarcástico a la vez.

De vez en cuando, solo de vez en cuando, suplica Hans, como si lo hiciera a su esposa.

En ese momento su padre entra en la cocina. La metamorfosis de Hans es asombrosa. Se yergue en la silla y endereza los hombros. Su mirada turbia se vuelve, de pronto, concentrada. Por un instante parece que incluso los pelos de su barba se han afeitado por sí solos.

Bruno pronuncia una breve frase en alemán y Hans le responde (a Inbar le parece un requerimiento y una capitulación a ese requerimiento). Después hablan de negocios (las conversaciones sobre dinero tienen un tono internacional: Inbar lo conoce por sus discusiones con Eytan). A lo largo de esa conversación Hans se muestra autoritario. Conciso. Y los gestos de las manos son contenidos y equilibrados. Con la mano derecha pone sobre la mesa una cantidad cualquiera en varios pagos. Con la mano izquierda propone tres etapas, un dedo tras otro. Primera etapa: concentración de los

judíos en guetos. Segunda etapa: deportación a los campos. Etapa final: exterminio. No es eso lo que dice, pero Inbar no consigue detener sus asociaciones.

Hablan de uno de sus socios, le traduce su madre. Un «ossi», un antiguo alemán del oeste. Dicen que desconfían de él, dicen que no tiene ética profesional. De todos modos, a los «ossis» todavía se los considera unos parásitos. Desde el punto de vista profesional, claro.

Me disculpo sinceramente por lo sucedido, le dice Hans después de haber programado con su padre las próximas «acciones» contra los judíos. Te aseguro que esta noche podrás dormir en tu cama con toda tranquilidad.

Puede ser que para mayor seguridad cambie la cerradura, dice ella. Entonces se instala un silencio demasiado largo. A continuación del cual, Hans se echa a reír desenfrenadamente, eructa, las señala, a ella y a su madre sucesivamente, y suelta: os parecéis muchísimo, ¿os lo han dicho alguna vez?

Lili

Eso es nuevo, piensa Lili después de su breve conversación telefónica con Eytan. ¿Inbar durmiendo a las nueve de la noche? Extraño. Ella nunca se acuesta antes de las doce. Y también sospechoso que no le haya devuelto la llamada cuando esos dos últimos días le ha dejado ya dos mensajes. Generalmente le responde contenta y con rapidez, siempre comienza la conversación con su hermoso y cálido «abuelita».

La echa de menos, a su nieta. Con su hija las cosas son pesadas y enojosas; Hanna siempre fue la niña de Nathan, ¿no? Y Nathan está muerto. Y ella no es como sus amigas, que van al cementerio a contar su vida a los gusanos. Con sus amigas es lo mismo. Con las que aún no han fallecido, solamente se puede hablar de enfermedades. O de sus cuidadoras filipinas. O de política. Muchas de ellas han comenzado a decir tonterías este último año. (Siento que se acercan los alemanes, le dijo Elsa en su última conversación telefónica. Siento el olor a patatas congeladas que despiden sus uniformes.) Cuando a ella se le empieza a ir la cabeza, Lili lo sabe, hará mutis. Con somníferos o con un nudo corredizo, todavía no lo ha decidido. Sobre todo no hacer el ridículo. No ser una anécdota de *reality show*. El viernes, en el canal Salud,

vio cómo un especialista de Alzheimer bromeaba sobre sus pacientes. ¿Qué mundo tan deteriorado es ese que un médico puede hablar así en público sin que se le suban los colores a la cara?

De momento, casi siempre le funciona bien la cabeza. Y le dice, le anuncia, que algo le ha ocurrido a Inbar. Las madres siempre dicen que sienten a sus hijos en su cuerpo. Con Hanna nunca le ocurrió. Desde el día en que nació, hubo un distanciamiento evidente, obstinado, con su hija única que únicamente se aliviaba cuando su padre la abrazaba. Eso no le ocurrió tampoco con su nieto Yoavi. Antes del desastre no sintió en su cuerpo ningún presentimiento. Y cuando le llegó la terrible noticia –por teléfono, la mañana del sábado sonaron tres timbrazos antes de que lo descolgara– le dio un mareo y se desplomó en una silla, como todos los demás.

Siempre supo adivinar lo que le ocurría a Inbar, solamente a ella. Hace años, recuerda, el día que cayó el muro de Berlín, cuando estaba terminando de recortar y archivar los titulares de la columna principal del periódico, un fuerte y certero sentimiento hizo presa de ella, supo que cerca de allí Inbar estaba sufriendo un contratiempo, y enseguida fue a la cocina a prepararle el pastel de miel que tanto le gustaba, cuando hubo terminado se fue a descansar con el fin de recuperar fuerzas para curar el corazón herido de su nieta. Suavizar su decepción. De nuevo. Por enésima vez.

Ya de niña, realmente una niñita, Inbar era demasiado atrevida. Recuerda que una vez, Yosi, su padre, estaba en un congreso. Por supuesto. Otro congreso. Y Hanna le propuso que los acompañara durante la estancia en el hotel, ofrecida por la compañía en que él trabajaba, para ayudarla con los niños. Cerca del vestíbulo del hotel había una sala de juegos de vídeo separada por una puerta de cristal. El cristal estaba tan transparente que Inbar no vio la puerta. Creyó que entre la sala de juegos y ella no había nada. Entonces se puso de pie y comenzó a correr –durante mucho tiempo no caminaba, solo corría– directamente contra el cristal. No lloró nada, no derramó ni una sola lágrima. Pero casi de inmediato creció en su frente una gran protuberancia roja. Hanna pidió cubitos de hielo en el restaurante del hotel y estuvo varias horas en la habitación, con el hielo en una bolsa ceñida contra su frente hasta que el chichón desapareció. Al día siguiente, volvieron a limpiar el cristal a conciencia. De nuevo, por la tarde, estaban sentadas en el vestíbulo. Y de nuevo: Inbar. Una mirada. La carrera. El golpe.

¿Qué vamos a hacer contigo, gritó Hanna, es que no vas a aprender nunca?

No es cierto que no aprenda –Lili se apresuró a defender a su nieta–, sencillamente, ¡no desiste!

Siempre la había defendido. No podía soportar que Hanna la regañara a gritos y que prefiriese a Yoavi tan ostensiblemente. Mira todo lo que come, decía. Y ella respondía: ¿Qué quieres, que sea como tú, delgada como un palillo? Mira como le sobresalen las tetas, replicaba. Déjala tranquila, respondía a su vez, tiene un pecho hermoso, ¿por qué iba a avergonzarse de él?

Inbar, por su parte, seguía atreviéndose con todo. Siguió mandando poemas, a escondidas de su madre, a *Maariv para los jóvenes* con la esperanza de que, un buen día, el periódico dejara de ignorarla. Siguió saliendo con su amigo del ejército del aire a sabiendas de que él le destrozaría el corazón. Durante la instrucción, organizó la rebelión de sus compañeras soldados contra la oficial, también a sabiendas de que sería castigada.

Eso siguió así hasta lo de Yoavi. Entonces, de golpe, dejó esta audacia aparcada. Algo en ella se había congelado. O había madurado. O, simplemente, había entristecido. De todos modos dejó de estrellar su cabeza contra el cristal.

Algo le ocurre a Inbar, Lili lo presiente ahora. Hace ya días que tiene esta sensación y espera a que dejen de ocultarle lo que ocurre para que pueda prepararle su pastel de miel.

Y entretanto...

Cada noche se sienta en la silla de los recuerdos. Tiene una silla, muy sencilla, una silla de cocina, que cuando se sienta en ella por la noche de cara a la ventana en un ángulo muy preciso y conecta el ventilador en el número dos, no en el uno ni en el tres, con una taza de té Wissotzky en la mano, no uno los nuevos de nombres ridículos, entonces los recuerdos de esa travesía, como aguas cristalinas del océano, fluyen hacia ella.

Inbar

Nunca ha sido buena con las fechas, pero recuerda perfectamente el día en que cayó el muro de Berlín. El 9 de noviembre del 89. El mismo día tenía una entrevista en la Agencia Judía, en Tel Aviv, por si la aceptaban para formar

parte de una delegación de juventud. Los miembros de esa delegación deberían quedarse seis meses en Estados Unidos, cada uno en una ciudad distinta, para impartir conferencias a comunidades judías. El cribado era muy estricto. Después de un año de exámenes y entrevistas organizadas a lo largo y ancho del país, la lista quedó reducida a veinte jóvenes, de los cuales la comisión de admisiones debía escoger a diez. Un representante del judaísmo americano había venido expresamente para participar en la última etapa de la clasificación; la secretaria le había informado por teléfono y había recalcado que la entrevista se llevaría a cabo –¡oh, no!– en inglés.

La víspera había pedido consejo a su madre sobre cómo debía ir vestida y, como siempre, se habían peleado. Su madre pensaba que no debía vestir como una mujer mayor porque se trataba de una delegación de jóvenes. Entonces, ¿qué quieres, que vaya en minifalda y camiseta?, replicó. Mira, dijo su madre, en cuanto a la minifalda... ya sabes qué opino. No estoy segura de que te sienta bien. Pero me parece que unos tejanos oscuros y una blusa con botones serían apropiados.

¡Dime que no te apetece dejarme tu falda y basta!

¿Alguna vez te he prestado algo que no me hayas devuelto manchado o roto?, dijo su madre a gritos.

¡Basta ya, silencio, no puedo concentrarme!, intervino Yoavi. Tomó la guitarra y por milésima vez intentó tocar *Nothing Else Matters*.

¡Haz lo que quieras!, determinó su madre con la frase típica que lanzaba en un tono que contradecía su sentido. Inbar pensó que realmente deseaba levantar el vuelo de esa casa. Y sobre todo, huir de ella.

En el tren a Tel Aviv, un poco después de Benyamina, tuvo un ataque de pánico. De pronto creyó que se había equivocado de día. Que la entrevista había tenido lugar el día anterior. Rebuscó en su bolso para encontrar la convocatoria, y la abrió con dedos temblorosos. Jueves, 9 de noviembre. Hoy mismo. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! De refilón oyó a alguien que hablaba en inglés y volvió la cabeza: en el asiento oblicuo al suyo había una pareja mayor de turistas americanos hablando entre ellos. Decidida a practicar su inglés antes de la entrevista, tomó su bolso y fue a sentarse enfrente de ellos. Iba en sentido inverso al de la marcha y no le gustaba viajar así, pero tenía un objetivo que cumplir.

So, how long have you been in Israel?, les preguntó aprovechando una pausa en su conversación.

Two weeks, respondió la mujer.

And how do you find my country?, siguió preguntando.

Well, respondió el hombre que llevaba una gorra de béisbol a pesar de ser invierno.

Al parecer no eran unos simples turistas. Eran judíos americanos que deseaban emigrar a Israel.

But why?, dijo Inbar asombrada.

Well, repitió el hombre.

Geoffrey dice siempre, prosiguió la mujer, que vuestro *Izrael* es el experimento más grande del siglo xx. ¡Judíos con territorio propio! *¡That's something!* Entonces, pensamos dejar de observar el experimento desde lejos e intentar sumarnos a él. En honor a la verdad, dijo la mujer arrancando una bola de lana de su suéter de golf, esta visita es básicamente preparatoria. Sobre todo queremos comprobar si hay suficientes nudistas.

Excuse me?, Inbar no estaba segura de haber oído bien.

Sí. Eran miembros de una organización de nudistas americanos, le explicó la mujer, y era una parte importante de sus vidas. Y antes de dar el gran paso querían averiguar si había aquí una comunidad para acogerlos. Parece que hay dos. En Haifa, un poco antes de Atlit. Y en el kibutz Ga'ash. Pero en cada comunidad hay pocos miembros. Y la privacidad de las playas no es nada del otro mundo.

Practically, ahora estamos más confundidos que antes de venir, concluyó la mujer.

The constant dilemma between change and stability, dijo el hombre finalmente. Entonces le alargó una tarjeta de visita. Si vienes a Miami, estás invitada a pasar el shabat con nosotros, dijo, los chicos ya no viven en casa... sus habitaciones están vacías y... nosotros también invitamos a personas vestidas.

Si es así, es posible que vaya, se rio Inbar, y les habló de la delegación y de que iba a la última entrevista, muy asustada, porque se llevaría a cabo en inglés, ellos la animaron diciendo que su inglés era *totally fine* y que no tenía por qué preocuparse y, además, se dirigieron a ella durante todo el trayecto como a una persona adulta y no como a una jovencita insegura, y le pidieron consejo sobre qué debían hacer los dos días que les quedaban en Israel. Jerusalén, les dijo. Jerusalén. Si contara con una semana para estar aquí, dedicaría por lo menos cinco días a Jerusalén. ¿Aunque no tenga mar?, objetó

el hombre. Y ella dijo –después no sabría decir de dónde lo sacó, a lo mejor lo había leído en algún lugar–, en realidad hay un mar. Pero no todo el mundo se da cuenta. Es el mar de los recuerdos. Desde cada punto elevado de la ciudad se puede percibir ese mar. *Wau!*, la mujer se echó a reír, si puedes sostener que hay mar en Jerusalén y parecer convincente, estoy segura de que te van a aceptar en esa delegación. El hombre sacó un billete verde de su bolsillo y dijo: Toma cincuenta dólares y cómprate algo que te guste. ¡De ningún modo! Inbar se negó a aceptar el dinero pero el hombre insistió y deslizó el billete en el bolsillo posterior del bolso de Inbar y antes de que ella se bajara del tren, la mujer dijo, cruzaremos los dedos y el hombre añadió, eso está hecho, llámanos en cuanto llegues, Inbar, con una sonrisa agitó la tarjeta que este le había entregado antes y, llena de esperanza, Inbar efectuó el largo trayecto entre la estación del tren hasta la oficina de la Agencia Judía en la ciudad administrativa a paso vivo, con el viento en la espalda, pero en cuanto llegó a la planta donde tendrían lugar los exámenes, resultó que las entrevistas no serían individuales como creía sino colectivas. Entrarían en la sala cinco candidatos y participarían en la entrevista los cinco a la vez. Como delegados de juventud trabajaréis sobre todo con grupos, por eso queremos veros juntos en un *setting* de ese tipo, les explicó la presidenta de la comisión y, en ese momento, Inbar comprendió que estaba perdida: en grupo no se sentía a gusto, nunca llegaba a encontrar el punto medio, o se volvía demasiado vergonzosa, o destacaba demasiado. Con la rapidez del sonido, captaba que ella era distinta a los otros, que tenían algo en común que ella no compartía. Y esta vez también ocurrió. Los otros cuatro que estaban en la habitación le parecieron de Tel Aviv, expertos, relajados, su inglés era como el de los anglófonos y tenían toda clase de pasatiempos y de cosas interesantes que contar, y cuando al fin le llegó el turno –tenía que haberse presentado voluntaria para ser la primera, la confianza en sí misma que había acumulado en el tren desapareció– y farfulló algunas palabras manifestando su sionismo, y por qué era importante para ella formar parte de la delegación, hasta que de pronto se oyó a sí misma decir que su pasatiempo era el tenis (ella, que jamás había tocado una raqueta, jamás) y una de las razones por las que quería formar parte de esa delegación era para ver a las tenistas más célebres jugar en un verdadero estadio y no en la televisión. Los miembros de la comisión, molestos, bajaron los ojos, y ella no tuvo que esperar las listas con los nombres para saber que el suyo no figuraba, de todos modos esperó y

levantó la mirada al tablón de anuncios y, a continuación, se sacudió de encima a un muchacho de Ramat Aviv que sí había sido aceptado y que intentó ponerle una mano en el hombro con irritante condescendencia, y caminó hacia el tren, lentamente, con el viento golpeándole el rostro, en el asiento frente a ella un hombre leía el periódico y cuando le dio la vuelta para echarle una ojeada a la guapa mujer soldado con la camisa mojada que aparecía en la última página, quedó el titular al descubierto: ha caído el muro de Berlín.

La abuela Lili –solo podía ir a su casa en una situación como estatambién la recibió con el titular de primera página. ¡Por fin! ¡Por fin!, dijo besando a su nieta en las mejillas. Llevaba su vestido de invitados. Llevaba peinado su pelo azulado, los ojos algo maquillados y sobre el pecho reposaba su collar de perlas. ¿Por qué vas vestida de fiesta, abuela? ¿Vas a salir hoy?, preguntó Inbar. La abuela se echó a reír, ¿salir?, ¿a dónde?, ¿a bailar twist en un club nocturno? Me he vestido de fiesta porque hoy es fiesta. Hoy por fin ha terminado realmente la guerra, Inbar.

Para su abuela existía solamente una guerra, la Segunda Guerra Mundial. La guerra en la que perdió a toda su familia. La guerra de la que se salvó en el último instante. Todas las guerras israelíes que vinieron después, las que experimentó en carne propia, para ella eran provincianas: le causaban preocupación, pero no pavor. Estaban obligados a cualquier contingencia pero no a la deportación. De todos modos, la abuela Lili era la reina del sentido de la proporción: cada desgracia la comparaba con otra mayor y así se desvanecía el esplendor del mal. ¿Una fuga de agua en el piso de arriba? Hubo un tiempo en el que vivimos en cabañas. ¿Un trasplante de riñón? No es nada en comparación con un trasplante de corazón. Bueno, suerte que no estáis casados, si no ahora tendríais que ponerlos en manos de abogados.

Con otra abuela, todo ese sentido de la proporción podría haber resultado engorroso, pero la abuela sabía hacerlo con encanto. Primero se mostraba interesada: ¿a qué viene esa cara de pocos amigos, nietecita? A continuación, le preparaba una taza de té con leche acompañada por un pedazo de pastel de miel que le servía aparte, en un plato de cristal –para que no se humedeciera al contacto con el té, ya que un pastel húmedo es como un beso con demasiada saliva–, y luego lo llevaba al salón, con las manos cada vez más temblorosas con el paso de los años, y lo depositaba sobre la mesita frente al sofá diciendo tómalo ahora que está caliente, mira, mi pequeño pájaro de

fuego, realmente es muy decepcionante, sé cuánto deseabas formar parte de esa delegación, pero no significa que tú no valgas, solamente quiere decir que ellos son unos idiotas.

Pero es que tenía tantas ganas de ir, abuela; de las pestañas le cayó una lágrima y saló su té con leche. Ya no la aguanto más, añadió. Y ambas sabían a quién se refería.

Bueno, Inbarita, imagina que te hubieran aceptado y que los terroristas hubieran secuestrado tu avión. Hay una advertencia de este tipo en la página tres del periódico. Mira, lee.

A la abuela no le gustaba viajar. El viaje largo y agotador con el barco de los inmigrantes «le bastó para toda la vida». Dime, ¿no crees que los judíos ya han vagabundado por el mundo más que suficiente? Fastidiaba siempre con esa pregunta en las comidas familiares a tía Kati, que era agente de viajes. Y tía Kati, como respuesta, bajaba los ojos. Una vez había intentado farfullar algo sobre los horarios de trabajo que convenían a las madres y terminó mal. Desde entonces aceptaba los reproches de la abuela Lili sin rechistar. Hace por lo menos diez generaciones que deberíamos hacer *sumud*, resistir, como dicen los árabes, agarrarnos a esta tierra sin movernos, le decía la abuela. ¡Diez generaciones por lo menos!

Una vez al año iba con el abuelo Nathan al Mar Muerto, pero cuando él falleció dejó de hacerlo. Había intentado disuadirlos de viajar a Europa en familia y cada vez se aseguraba de que no pasaran casualmente por Alemania. ¡Ahora ya no existen las fronteras, así que tened cuidado de no entrar allí por error!, les advirtió después de la creación del Mercado Común. Pero cuando su hija le anunció que en su año sabático iba a vivir a Berlín con su nuevo compañero alemán, y que la ayudara a rellenar los formularios para obtener un pasaporte polaco porque eso le facilitaría las cosas con la burocracia académica...

¡Oh, oh! Ni pastel de miel, ni té con leche, ni zanahorias dulces puso sobre la mesa. Inbar, por favor, ve a dar una vuelta, le pidió la abuela. Tu madre y yo tenemos que discutir un poco.

Vamos, abuela, ya soy mayor.

Ya soy mayor, abuela. Su abuela ni se dignó responder. Solo le abrió la puerta y esperó a que Inbar franqueara el umbral.

Entonces salió del edificio y se fue de paseo por el barrio Remez de Haifa hasta el campamento de su movimiento juvenil. Estaba cerrado pero por la

valla los barracones y la zona de juegos adyacente. A juzgar por las ventanas rotas, las hierbas salvajes que crecían y las redes de las canastas de básquet deshechas, hacía mucho tiempo que no funcionaba. Todavía quedaba el cartel «adelante, libertad» encima de la puerta de entrada, aunque la letra «l» de «libertad» se había caído. Años atrás había repintado este cartel con sus propias manos y cuando Gay, el monitor, quiso enseñarle cómo utilizar la brocha, sus manos se rozaron. Por casualidad. Años atrás, había defendido con ardor unos principios que no sabía que en el futuro incumpliría una y otra vez. Años atrás había visto aquí la película *Blues Brothers*, pero solamente la primera y la tercera bobina porque en la segunda se durmió en su saco de dormir. Muchas veces se había sentido sola aquí. Precisamente aquí. Muchas veces había sentido que no tenía ninguna alma gemela en todo su grupo. Y ante la puerta cerrada, ese olor le llegó de nuevo, el olor a soledad. Y ese era el sabor que sentía en la boca, el sabor amargo de ser por fin comprendida. Ni deseada, ni admirada. Comprendida. Por lo menos por una sola persona.

Seguro que muy pronto venderían el terreno a alguien que construiría edificios con vestíbulo y portero, pensó con el corazón en un puño. Sí, en un puño. Qué ilusorio es todo. Siguió hasta el centro comercial, se compró un zumo de pomelo rosa en una pizzería, se sentó en un banco y asistió a la conversación que mantenían su madre y su abuela. No la *imaginaba*. Ciertamente la *veía* y la *escuchaba* en su cabeza, con todo detalle. Como si estuviera allí. Seguro que su abuela no hablaría al principio, sino que arreglaría el salón, con un paño húmedo quitaría el polvo del retrato del abuelo Nathan, que estaba encima del televisor –le pediría consejo sobre cómo debería comportarse con «su» indomable hija– y seguro que su madre, con su pronto habitual, sería la primera en romper el hielo y diría, Bruno me ama, me hace feliz, mamá, y su madre sacudiría la cabeza con desprecio y diría: Heidegger también amaba a Hannah Arendt y añadiría, que se venga a Israel si está tan unido a ti, y mamá respondería, no es tan simple, tiene allí sus negocios, y la abuela gritaría, ¿pido algo imposible?, durante toda la vida no hago más que darte, siempre darte, ¿pido algo imposible? y mamá explotaría, pediste mucho más, todos esos años nos has obligado a ser la segunda generación después del Holocausto a pesar de que... ni tú ni papá estuvisteis en... y la abuela se mordería el labio inferior y diría entre dientes, asesinaron a mi padre y a mis tres hermanas, ¿no es suficiente Holocausto para ti? ¿Qué quieres? ¿Un número grabado en mi brazo? Ningún problema,

mira –extendería el brazo y con un rotulador negro que había siempre junto al teléfono se escribiría en el brazo, cuarenta y seis, la edad que tenía mi padre, y esas son las edades de mis hermanas, diecisiete, quince y doce. Mira, ya tienes un número. ¿Ya estás satisfecha? Y mamá quedaría inmóvil un instante mirando el brazo de la abuela, después tomaría el rotulador y escribiría en su brazo con unas cifras enormes, diecinueve y diría a voz en grito, te recuerdo que yo también tengo mis muertos, ¿no? Pero ¡eso no significa que no tenga derecho a vivir! Entonces la abuela le arrancaría a la fuerza el rotulador de la mano y, durante unos segundos engañosos, parecería que habían alcanzado una tregua en la batalla, entonces la abuela diría: tú... tú nunca has dejado de vivir después de lo que ocurrió, lo único que has hecho es dejar de ser una madre para tu hija y ahora me pides que te ayude a obtener un pasaporte polaco, demonios, ¿y para qué, para que puedas alejarte más de tu hija, abandonarla como hizo su padre? No es más que una niña, Hanna, todavía os necesita...

Eso era demasiado para mamá, porque lo más molesto que alguien puede hacer en una conversación es tocar tu punto débil, ella mascullaría que no necesitaba que le hicieran favores, metería las llaves y el teléfono en su pequeño bolso rojo, saldría dando un portazo para que todos los vecinos del barrio se enterasen, se montaría en el coche y escucharía un poco «La voz de la música» para calmarse y cuando el locutor dijera «acabamos de escuchar el *Doble Concierto en la menor de Brahms*», marcaría el código antirrobo, pondría el coche en marcha e iría en pos de su hija, primero a la barraca del movimiento juvenil y luego al centro comercial, porque, ¿dónde estaría sino en ese barrio medio dormido? Bueno, aquí...

Un claxon sacó a Inbar de su ensimismamiento. Entonces su madre aparcó en la avenida del centro comercial, Inbar se sentó en el asiento trasero del coche. ¿Así que la has convencido? Su madre negó con la cabeza y accionó el embrague para avanzar. Cuando puso el brazo derecho sobre el volante, Inbar vio el número diecinueve escrito en él, con enormes cifras.

* * *

Ahora, ambas también viajan juntas. En esta ocasión en tren. Van al muro de Berlín. A lo que queda de él. Algunos alemanes leen el *Bild*. Sobre sus cabezas, un panel, vacaciones en las Bahamas: cocoteros y un mar turquesa.

¿A dónde deben ir los habitantes de las Bahamas cuando están de vacaciones?, se pregunta Inbar. ¿Y por qué no organizar un acuerdo rotativo? Un mes al año todos los habitantes del mundo podrían llevar a cabo su deseo de viajar desplazándose cada país hacia su izquierda. Su madre lee la guía. Tiene cantidad de manchas de vejez en los brazos. Increíble, piensa Inbar, incluso sus manchas de vejez son bellas. Simétricas. Casi artísticas.

Mira, le susurra su madre como si alguien entendiera su hebreo, y con un gesto de cabeza señala a un señor mayor con una gruesas gafas. Proviene del Berlín Oriental, le dice. ¿Cómo lo sabes? Inbar está asombrada. Se nota. Y también hay algo en su forma de vestir. O demasiado colorido o demasiado apagado. Y su inglés, es absolutamente *hilarious*. ¿Sabes que después del hundimiento del régimen comunista, todos los profesores de ruso de las escuelas se transformaron en profesores de inglés? Bueno, pues ya puedes imaginar el *disaster*...

Bajan en la estación Warschauer Strasse. Un resto largo, muy largo, del muro está ante ellas. Todo él cubierto de grafitis. El contraste entre el gris oscuro del muro y el colorido de los dibujos invita a Inbar a acercarse. El muro es sorprendentemente bajo. Mucho menos alto que, digamos, la barrera de seguridad que se divisa desde la carretera seis. Hay grietas, no pocas, a través de las cuales se distingue el otro lado. ¿El este? ¿El oeste? Inbar ya no está segura. ¡Es la mayor galería a cielo abierto del mundo!, dice su madre con el orgullo del autóctono, y cuenta que después de la caída del muro los alemanes decidieron dejar este tramo y pidieron a artistas del mundo entero que dibujaran en él. Caminan lentamente a lo largo del recorrido, dibujo tras dibujo. Su madre lee las explicaciones en la guía. En general a Inbar no le gusta que le lean una guía, pero esta vez es interesante porque en algunos dibujos hay textos que no están en inglés y ella siente curiosidad por comprenderlos.

«El muro caerá cuando llegue el meteorito del amor», está escrito en un dibujo que representa un objeto enorme que se estrella contra la Tierra. Irina Dubrowska, dice su madre, es la artista. Inbar asiente. Luego nunca puede recordar los nombres. Incluso ha olvidado el nombre del dirigente soviético del dibujo siguiente. ¿Andropov? Breznev, le lee su madre. Le da un beso en la boca a Erich Honecker, el presidente de Alemania del este cuando la caída del muro. ¿Y qué está escrito?, le pregunta Inbar. «Dios mío, ayúdame a sobrevivir a ese amor mortal», lee su madre. Amor mortal, piensa Inbar. Una

combinación exacta. «Querer que el mundo permanezca tal como es, es querer que no permanezca», proclama el siguiente dibujo, en inglés. El siguiente está cubierto con un plástico. Lo están restaurando, explica su madre, están renovando los colores. Y le sigue otro, un mural extraordinario. Totalmente abstracto. Una hilera de dedales multicolores, ingenuos y maliciosos, erguidos e inclinados, a veces se miran y otras no, pueden parecer lápidas sepulcrales o marionetas, diseminados a lo largo de un extenso tramo del muro. Esta obra... empieza a leer su madre, pero Inbar la interrumpe. No hace falta, no quiero saber qué dice la guía, solo quiero mirarla. Ven, vamos a quedarnos aquí un poco. Mira, hay un banco.

Se sientan muy juntas porque el banco es pequeño y no hay más remedio. Siguen contemplando la obra y en ese momento tienen la sensación de que los dedales les devuelven la mirada.

Tienes razón, su madre cierra la guía y la mete en el bolso, realmente habla por sí misma.

Dos chicos pasan frente al muro, encaramados en su *skate*, sin dignarse a concederles ni una sola mirada. ¿Es posible que sea ya la segunda generación? Inbar se pregunta si los padres provienen del este o del oeste. Se asombra de sí misma ¿Qué importa eso? Este, oeste, ¿desde cuándo ella se interesa por esas distinciones?

Qué contenta estuvo la abuela cuando cayó el muro, dice, y enseguida se arrepiente: la anterior alusión a la abuela en ese paseo las llevó a discutir.

Uno de los dedales del muro alza una oreja con asombro. ¿De verdad?, se asombra también su madre, sin resentimiento en la voz. ¿Qué tiene que ver la abuela con el muro de Berlín?

Estuve en su casa el mismo día. Me dijo que ahora había terminado realmente la guerra. Tiene una teoría: cree que las grandes guerras continúan varios años después de haber terminado, resuenan en las personas que han participado en ellas y en sus hijos y en los hijos de sus hijos. Como cuando gritas frente a una montaña, me dijo. Resuena y resuena hasta que por fin reina el silencio. La Guerra Fría fue un eco de la Segunda Guerra Mundial y ahora que este eco se ha extinguido...

Puedo imaginármela diciendo todo eso, dice su madre.

Estaba contentísima, mamá. Jamás la había visto así. Se vistió como para una fiesta, puso música y bailó un poco.

¿Bailó?

En realidad no, pero movió las piernas al ritmo de la música.

Uno de los dedos también movía las piernas en el muro. Era como si le fuera a saltar encima y brincara al otro lado, hacia la libertad, piensa Inbar. Y también piensa que el calor empieza a hacerse sentir. Y que tiene sed.

¿Al final le contaste que ibas a venir aquí?, dice su madre mientras le ofrece una botella de agua que lleva en el bolso.

No, confiesa Inbar. Le pedí a Eytan que dijera que no me encontraba en casa. Ya sabes que son solo tres días.

¿Por qué era tan urgente que vinieras tan deprisa? ¿Qué ocurre? Le pregunta su madre, recogiendo la botella. Cuéntamelo si quieres.

Con una facilidad imprevista, como si ella misma no se hubiera atormentado durante semanas antes de ese momento, Inbar empieza su confesión. Al cabo de unas cuantas frases se detiene y dice: Tengo la rara sensación de que esos dedos me acusan con la mirada. Vamos a sentarnos en algún otro sitio, ¿de acuerdo?

Lili

La autorización de los rumanos se retrasaba. Rumores persistentes opinaban que se trataba de un asunto económico, que intentaban reunir el dinero necesario para sobornar a los funcionarios. Otros rumores todavía más persistentes sostenían que el retraso estaba relacionado con los ecos de guerra provenientes de Alemania y que ningún soborno podría ayudarlos. De todos modos, el tren estuvo inmovilizado en los raíles durante tres días. Ya no había agua. Los chicos rumanos que la vendían a través de las ventanillas habían desaparecido. Muchas mujeres habían sufrido desmayos. Lili no se desmayó pero tenía la garganta seca. ¿Cómo explicar una sed parecida a quien en todo momento puede abrir un grifo de la cocina y beber? ¿Cómo explicarla a quien tiene una instalación de depuración y un bar de agua mineral? Su garganta era un desierto. Sus labios se agrietaban como el Mar Rojo ante Moisés y no había nadie para atravesar ese sequedal. Le latían las sienes como si desearan ser regadas a partir de la piel y no de la boca. La cabeza le daba vueltas. Desvariaba. Se sentía comprimida, como la arena multicolor en las botellas que vendían a los turistas en Mijtesh Ramon. Los

rostros y los nombres se le confundían. Veía centellear estrellas violetas. Se le aparecían espectros de madres muertas. Y en medio de todo, surgió él. Ytsjak Pimstein. Fima. Entró en su vagón. Con la armónica colgada al cuello, balanceándose. Con su nuez de Adán sobresaliendo, como si tuviera metida una cucharilla. No había que pensar en una cucharilla. Una cucharilla puede contener agua. ¿Querría ir con él? La calva se inclinó hacia ella. Una sonrisa se inclinó hacia ella. Sus labios se inclinaron hacia ella. Tiene algo que ofrecerle. ¿Ir adónde? Preguntó con voz débil: ¿hay algún sitio al que ir? La tomó del brazo y la condujo a la plataforma entre los dos vagones. Hedor de servicios. Estremecimientos. Solo no apoyarse en él. Solo no apoyarse. Un roce involuntario provocaría un roce voluntario. Sacó del bolsillo del pantalón un frasco de aguardiente. Ella no lo entendió, ¿emborracharse ahora, por qué? Casi se echó a reír. Estás loco, le dijo, pero él negaba con la cabeza. No es licor, es agua. En este frasco hay agua que he conseguido para ti. Pero ¿quién te ha pedido algo? Se alejó de él. Recobró las fuerzas (luego se derrumbaría). Nadie me lo ha pedido, lo hice porque quise. Dijo mientras le acercaba el gollete. La nuez de Adán subía y bajaba como si estuviera bebiendo. Le llegó el aroma del agua aun antes de que sus labios rozaran el gollete. Nunca se había fijado en que el agua tuviera olor. No, dijo apartando el frasco mientras pensaba: eso no está bien. No está bien. Tengo novio. Amante. Me besaré con besos de su boca cuando llegue hasta él.

Un momento, Lili, dijo agarrándole el brazo. ¿Cómo sabía su nombre? La arena se esparció por su cabeza, llenándola por completo. Quiso separar el brazo, pero las fuerzas la abandonaron.

En ese preciso instante se oyó un silbato. El silbato de la locomotora. Largo, que anunciaba sin lugar a dudas la partida del tren. Pero ¿hacia dónde? A lo largo de unos minutos no les quedó claro a ninguno de los dos en qué dirección iba el tren: si regresaba a Polonia o si iba hacia el puerto de Constanza. A lo largo de unos minutos Lili no estuvo segura de hacia dónde quería que el tren se dirigiera. A lo largo de unos minutos los ojos (¡azules, por todos los diablos!) intentaron capturar a los suyos, clavarlos en su corazón.

El tren comenzó a moverse. Hacia delante. Sí, hacia delante. Un cántico vigoroso retumbó en todo el convoy. Y la sangre empezó a fluir por los raíles del cuerpo de Lili.

Dale el agua a Esther, dijo, soltando su brazo de Fima y alejándose de él.

Ella la necesita más que yo.

Inbar

Vaya historia, dice su madre.

Basta con rozar el centro neurálgico del dolor, piensa Inbar, y todo se desborda.

Se sientan en la orilla del río, al otro lado del muro, en un café con parasoles donde casi todo el mundo bebe cerveza. Entre las sillas, en un intento de dar al lugar aspecto de costa caribeña, han extendido arena. Dos enormes palmeras con una hamaca colgada entre ellas tratan también de infundir calma. Inbar se descalza y hunde los pies en la arena húmeda. El río Spree fluye más abajo, lento y perezoso, y los rayos de sol doran sus aguas...

Parecieran estar rodeadas de un aura de gravedad.

Inbar rasga un sobrecito de azúcar y vierte el contenido en su capuchino. El azúcar se hunde lentamente en la leche espumosa.

¿Chantaje? ¿Es lo que le dijo el doctor Adrián?, preguntó a su madre agitando la cabeza, incrédula.

Sí, confirma Inbar, la mujer dijo que temía que su hijo cometiera algo irreparable si lo expulsaba de su casa, entonces el doctor Adrián le respondió que el chico la chantajeaba. Y que no cediera. Parece que lo que ocurrió fue que ella siguió su consejo. Echó al chico de casa y cambió el cerrojo.

¿Y cómo pudo entrar?

Por la ventana de la cocina.

¿Y estás del todo segura que...?

Completamente. Cuando los oyentes telefonean, me dan su verdadero nombre. Luego les proporcionamos un nombre falso y, si lo desean, los distorsionamos la voz.

Y el doctor Adrián... el productor ... pero ¿el doctor Adrián no...?

Les mostré a ambos el artículo y les dije que era ella. La de la emisión del domingo. Y que era su hijo. El productor dijo que era una suposición mía y que no había modo de demostrarlo. Yo le respondí que su nombre figuraba en mi agenda y él, a su vez, dijo que era un nombre corriente. Le dije que comprendía la satisfacción de que el chico disparara también sobre su madre

antes de suicidarse, porque así nadie acusaría a nuestro programa. Entonces replicó que si yo tenía razón, también tenía que alegrarme de que la madre estuviera inconsciente.

¿Y qué respondió el doctor Adrián?

Dijo que necesitaba tiempo para digerir las cosas. Y al día siguiente telefoneó media hora antes de comenzar la emisión y comentó que no se sentía bien. Entonces Yzhar emitió en su lugar programas grabados. Regresó al cabo de dos días. Como si nada hubiera ocurrido. ¿Sabes cuánto le pagan?

Su madre asintió. Un ligero asentimiento.

Inbar tiembla. Vamos, que me regañe ya. La madre interior, la que le habla sin cesar en su fuero interno, la madre interior la flagela con látigos y escorpiones desde que eso ocurrió. «¡Colaboradora!», la llama la madre interior y sentencia: eres tan responsable como ellos de lo ocurrido.

No es de extrañar que te lo tomaras tan a pecho, dice ahora su madre. Está muy claro... el porqué.

Sí, responde Inbar. Se llena de aire los pulmones y prosigue animada: no sé si podré seguir trabajando allí. Es decir, han transcurrido ya cinco semanas desde entonces y parece como si hubiéramos vuelto a la rutina, pero...

No trabajes más allí, dice su madre. No existe ninguna razón para que sigas trabajando en un lugar como ese.

Pero es un trabajo estupendo, mamá.

Habrás otros trabajos, Inbarita. Eres una chica con talento. Activa. Encontrarás otros trabajos.

¿Lo crees así?

Estoy segura.

Pero mi madre interior me indica cosas distintas, quiere decir Inbar. Mi madre interior sostiene que debería ser activa porque no poseo ningún talento. Y que debería seguir una dieta porque con esta pinta ningún hombre que valga la pena me querrá. Y que no hay ninguna posibilidad de que mi sueño de escribir...

Su madre pone una mano sobre la de ella (¡su madre!, ¡su madre ha puesto su mano en la de ella!). Un camarero se acerca, con un temor manifiesto, y pregunta si desean algo más. Ellas no dicen ni sí ni no. Un fuerte viento levanta oleadas en el río. El camarero vuelve sobre sus pasos tan silenciosamente como ha llegado.

Sabes, Inbar explica con la voz quebrada lo que todavía no ha contado a

alma viviente alguna, yo... sueño con ese muchacho casi cada noche. Siempre intento salvarlo en sueños. Y no lo consigo. No consigo salvarlo, mamá.

Su madre no abre la boca. Pero le estrecha ligeramente la mano.

La última vez que la tocó de ese modo fue la primera noche después de los siete días de duelo. Ya habían retirado del salón las sillas de plástico y las fuentes de burekas, los álbumes de fotos estaban de nuevo en sus estanterías, el samovar en la cocina. Las tazas de café enjuagadas aprisa y corriendo, quedaban trazas de café en ellas, cada uno se había retirado a su habitación. Sus padres compartían aún la cama conyugal. La abuela Lili dormía en una cama individual en el estudio. Y ella no se había atrevido a bajar a su submarino, que se había transformado en el búnker de Yoavi, y había extendido una sábana sobre el sofá del salón. Aunque no conseguía pegar ojo.

El sofá era demasiado angosto para darle cabida y ella demasiado exigua para dar cabida a su dolor. Hacia las tres de la madrugada, cuando había renunciado a todas las tentativas de dormir, boca abajo, boca arriba, sin almohada, con almohada, encendió el televisor y puso un dvd de los Simpson. La serie preferida de Yoavi. De adolescente, tenía en las paredes posters de Bart, de Lisa, de Homero y de Marge. Y a pesar de que en cierto momento los posters desaparecieron, mantuvo su admiración por ellos. Todo lo contrario, le dijo una vez, a medida que me hago mayor comprendo más lo genial que es esta serie. Genial: una de las palabras que nadie pronunciará como él. Contuvo con dificultad una nueva ola de dolor y le dio al *play*. Unos instantes después se oyó un rumor de zapatillas que se acercaba y alargó la mano hacia el mando para apagarlo, pero la voz de su madre dijo: no lo apagues. Las nubes blancas que anunciaban el inicio del capítulo fueron desapareciendo y su madre se sentó cerca de ella y puso una mano sobre la suya. Vieron seis capítulos seguidos sin dejar de llorar y, al alba, su madre se puso de pie y dijo: Yoavi tenía razón, esta es una serie de lo más divertida. Y se fue a su habitación. Inbar apagó el televisor, bajó las persianas y corrió las cortinas para que toda esa maldita luz dejara de penetrar. Había algo ofensivo en el hecho de que a pesar de todo empezara un nuevo día.

En Berlín el día está a punto de terminar y su madre aún no ha retirado la mano de la suya (¡su madre!, ¡no ha retirado la mano de la suya!). Están así sentadas un rato, en silencio. Un hombre, en la mesa de al lado, escribe una carta y de vez en cuando levanta la vista del papel para contemplar el río. Una

abeja revolotea en torno al vaso de zumo de su madre, atraída por el néctar choca con las paredes corriendo el riesgo de ahogarse y, en el último momento, levanta el vuelo y se salva.

Ninguna de las dos ha pronunciado el nombre «Yoavi». Pero está más presente que nunca. Como si en algún momento de su conversación hubiera abierto la puerta del café y se hubiera acercado a ellas con su balanceo característico, se hubiera pasado la mano por el pelo –se negaba a recordar el corte de pelo raso del ejército–hubiera arrastrado una silla sin pedir permiso y se hubiera sentado junto a ellas despatarrado. Eh, mamuchi, casi puede oírlo. ¿Qué pasa, hermanita?

–*¿Zusammen oder getrennt?* El camarero, libreta en mano, de pie junto a la mesa, rompe el silencio.

Gracias al yiddish que utilizaba a veces la abuela Lili para hablar con el abuelo Nathan, puede comprender que el camarero intenta comprobar, antes de presentar la nota, si ella y su madre «¿van juntas o por separado?».

* * *

Cuando llega al apartamento llama a Eytan. Responde después de muchos timbrazos para su gusto, aunque enseguida prorrumpe en un «¡cariño, qué contento estoy de que hayas llamado!».

Quería oír tu voz, dice ella.

Bueno, ya la oyes.

Dime algo bonito, le pide ella, mientras con la mano que no sujeta el auricular, se acaricia el interior de los muslos.

¿Algo bonito? Él vacila, el desfase en las conferencias internacionales no hace más que prolongar su vacilación y acentuarla. Hoy... hoy he observado que no hago más que encender y encender luces en casa porque sin ti, todo me resulta más oscuro.

Vaya, se sorprende ella, pero bajo ese asombro manifiesto se esconde esa fiscal que, desde su primer encuentro, clama que él no es...

¡Eh –prosigue Inbar–, me parece que vale la pena que me quede un poco más, te vas volviendo más poético cada día!

¿Cómo va con tu madre?

Tienes una voz muy bonita, ¿sabes?

Gracias, responde él pragmático, no aprovecha la ocasión (una vez, cuando

fue a Italia por una de sus exposiciones, ella quiso iniciar una sesión de sexo por teléfono, pero él rompió a reír a la mitad y se estropeó todo, dijo que lo sentía, que su imaginación no era tan desenfrenada como la de ella pero le juró que, a su regreso, haría todo cuanto ella deseara. Incluso en el parking del aeropuerto, si quería).

Hoy, precisamente, mi madre y yo, hemos pasado un buen día. Tomamos café, le conté lo que había ocurrido en mi programa y reaccionó de buena manera. Por supuesto, en el camino de regreso a casa me ha crispado, porque ha insinuado que no es por casualidad que eso haya ocurrido. Que la sociedad israelí se desprende de todos sus valores. Adora al becerro de oro. Tú conoces sus discursos. Pues son aún más molestos cuando los recita en Berlín. Pero me contuve. No le grité. Hice lo que me dijiste, darle una oportunidad.

Estupendo. ¿Cuánto tiempo más vas a quedarte? ¿Un día? Si conseguís pasarlo en paz, habrás jugado a la perfección, ¿no?

Sí, una buena jugada, dice ella, y se abstiene de corregirlo –habréis, no habrás. Dime... Tani, susurra a través del auricular lo que realmente deseaba decirle durante toda la conversación, si decido no volver al programa, ¿te parecería horrible?

¿Qué significa no volver?, pregunta él. No lo entiendo.

Presentar la renuncia.

Es-cu-cha, dice, no sé. Es un trabajo estupendo. Y tú eres muy buena haciéndolo. Yo no renunciaría a él con tanta facilidad.

Quizás tengas razón, le dice ella –creo que tienes razón. Hubiera querido que le dijera, adelante, hazlo, lo importante es que seas feliz. Pero ¿por qué le preguntas su opinión, de verdad? Es una voz distinta la que protesta. De todos modos, esa no es una decisión de los dos; es una decisión tuya, es tu vida. Y tú debes dirigirla.

Después de hablar, deja el teléfono en la gran cómoda que hay junto a la cama. Primero echa una mirada al velador, pequeño y bonito, luego la va bajando y la deja vagar por los muebles de la habitación. Un escritorio funcional. Una pequeña biblioteca con libros cuyos lomos deslucidos no estimulan a sacarlos y leerlos. Un armario ropero con puertas pesadas, demasiado pesadas. En una pieza como esa deberían de haber colgado en las paredes cuadros de vivos colores para que disiparan algo las sombras, pero, al contrario, hay retratos de personas de expresión grave. ¿Quiénes son esas personas? ¿Y qué hace ella ahí entre ellos? ¿Y cómo puede ser que cada

intento suyo de pertenecer a un lugar termine haciéndola sentir en el exilio? Cierra los ojos, aparta el cobertor de sus caderas, introduce un dedo en las bragas con el deseo de expulsar mediante el fulgor del placer la aguda soledad que de repente le atenaza la garganta.

En sus fantasías hay invitados seguros. Ofer, de Yokneam, el fiel amigo de Eytan, entre ellos no ocurrió nada salvo un beso en la mejilla que se fue desviando hasta la comisura de los labios. Cierta camarero de un café cercano a su casa cuya mirada ardiente la perseguía. Y un colega de su padre que una vez la llevó en autostop de Haifa a Tel Aviv, no intentó ni dijo nada y, sin embargo, al llegar al cruce de Ga'ash estaba segura de que se desviaría por un camino de tierra y no estaba segura de si gritaría pidiendo auxilio o si se abandonaría pero, de pronto...

De pronto irrumpe en su espacio privado lúbrico un nuevo invitado. El agente del Mosad del aeropuerto. El hombre de las fotos encima de la mesa. Es curioso, piensa los primeros instantes de su aparición, ya me había olvidado de él, pero enseguida se dedica a tramar un argumento.

En la fiesta de despedida de soltera de Karni, que la había deprimido porque descubrió que ella estaba de cuatro meses —lo que la convirtió en la única que «todavía no» y que la hizo sentir que llegaba la última a la carrera—, jugaron a una versión de póquer en la que el perdedor tenía que contar una fantasía sexual particular suya, y fue entonces cuando comprendió que era la única cuyas fantasías eran como culebrones. Las que fueron sus amigas íntimas, antes de empezar a tener niños, se rieron de ella mientras contaba y contaba, y se quejaron: demasiaaaaaado laaaargo, ¿dónde sale Brad Pitt? Pero con ella no funcionaba así, ella tenía que creer en sus fantasías para llegar a sentir placer. Sus héroes eran personas reales, que conocía, y tenía que encontrar una razón convincente para que se produjera un encuentro entre ellos, y el lugar, por supuesto...

Bueno, ¿y dónde vas a encontrar a tu agente del Mosad? Su imaginación los lleva a ambos a un pequeño bar del aeropuerto de Berlín, con la música de fondo de Nick Cave, *Into my Arms*. Su avión lleva retraso a causa de la espesa niebla que cubre la ciudad y después de un ingenioso diálogo él le toca el brazo como por descuido y ella, al sacudir su melena (larga en su fantasía) le roza la cara por error, casi sin darse cuenta se encuentran en un salón vip reservado al agente. Al principio las imágenes se suceden lentamente: el agente del Mosad de hombros abatidos en el sofá violeta de la

sala vip se muestra muy delicado con ella, comparado con lo que se espera de un asesino profesional, y durante un buen rato no hace más que acariciarle el rostro con las manos mientras la mira como si ella fuera lo más hermoso del mundo y en ese instante baja hasta su cuello, hasta sus hombros, y solo después de que ella le clave las uñas en la espalda y le atraiga entre sus piernas, la besa en el pequeño delta que forman las venas de su cuello y desde allí va siguiendo camino a besos y mordisqueos hacia abajo, más abajo, deteniéndose un poco bajo el ombligo. Intencionadamente. Para volverla loca.

* * *

El adolescente se acostó sobre los raíles. Se parecía a la foto del periódico, pero tenía los ojos verdes de Yoavi. Lo vio desde la colina de los ciclámenes por la que ella se paseaba y empezó a correr hacia él, cuidando de no pisotear los ciclámenes porque son una especie protegida. Ella corrió y corrió y se resbaló, en un momento dado se transformó en esquí, sus pies eran como patines y ella inclinaba el cuerpo ora a derecha ora a izquierda para no aplastar los ciclámenes que de

pronto habían crecido como banderas. Al llegar a los raíles, el adolescente aún se encontraba allí. Los tocó y sintió un temblor que iba en aumento. Se acerca el tren, le dijo. Pero él no se movió. Miró en dirección al túnel con miedo, intentando agarrarlo por el brazo para sacarlo de allí. Pesaba como una roca y ella no consiguió moverlo ni un milímetro. La sirena de la locomotora surgía del túnel, larga, inequívoca. Sopa de tomate en invierno, le dijo ella. Pero él no se movió. ¡Palabras hermosas en hebreo, una buena conversación con un amigo, montar en bicicleta!, prosiguió. Pero el adolescente seguía allí tumbado. Los ojos de su Yoavi seguían abiertos mirando al cielo. Le parecía que ya no la podía oír, sin embargo, insistía, rogaba, la Piscina Hexagonal en los Altos del Golán, el Arrecife de los delfines, en Eilat al ponerse el sol, la familia Simpson, mamá, tu hermana... el tren salió del túnel y se acercaba, entonces ella también se acostó sobre los raíles, junto a él. Quizás eso bastara para conmoverlo.

Despierta un instante antes de que el tren los arrolle. La impresión

inmediata de alivio que se difunde por todo su cuerpo se transforma en amarga decepción.

Estaba convencida de que después de contárselo todo a su madre las pesadillas desaparecerían. Toma su dietario y escribe: *Desahogarse, a veces es solo desahogarse. Y el alivio que se siente después es nada más que momentáneo.*

A continuación se quita la colcha de encima y se estremece ligeramente. Estamos en julio pero el aire, aquí, es fresco. Seguro que Eytan ahora se está duchando, piensa. Quitándose de encima el sudor nocturno. ¡Cómo suda en verano! Lástima que su sudor no se pueda desalar. Solamente con su sudor se podría regar Ramat Gan entero. Lástima no vivir medio año aquí y medio año allá. Medio año en Oriente Medio y el otro medio en la Europa de las luces. Olvidar que el Holocausto tuvo lugar aquí. Olvidar que los soldados nos echaron de este continente a latigazos. Aunque, de hecho, ¿por qué no? –Saca del armario dos blusas para decidir cuál ponerse–. Han pasado sesenta años, abuela Lili, ¿quizás las aguas han vuelto a su cauce y se nos permita, como a los pájaros, cada pocos meses emigrar a lugares más cómodos?

* * *

Así que, ¿adónde quieres que vayamos tu último día aquí?, le pregunta su madre una vez ha subido a su piso y tomado con ella el café matutino. Había ya dos guías y un mapa gigantesco desplegado en la mesa del desayuno.

Pasear. Sin un programa determinado, responde. De pronto le da pena que sea el último día. Demasiado pronto para ella. Siente que unos lazos invisibles le impiden llegar al fondo de las cuestiones que la han llevado hasta aquí.

(Una vez fue con su padre al centro comercial del Carmelo, se le cayó una moneda de una libra y se deslizó entre las rejas que cubrían una salida de aire caliente del funicular subterráneo y hasta tal punto la quería recuperar que lo intentó todo, pero no pudo sacarla ¡los barrotes estaban muy juntos, el pozo era tan profundo que ni el brazo de su padre, largo, omnipotente, consiguió llegar...)

¿Qué quieres decir sin programa?, preguntó su madre, asombrada.

Vamos, tomaremos el S-Bahn y bajaremos en cualquier estación. Podemos alquilar bicicletas.

Pero... Inbar... así puedes perderte... es decir... hay tantas cosas que no hemos visto... Mira, su madre siguió paseando su uña larga y cuidada sobre el mapa, podemos hacer un recorrido desde el museo judío pasando por el monumento a Broniatowski hasta el andén diecisiete, porque es imposible estar en Berlín sin visitar el andén diecisiete, del que salían los deportados hacia los campos...

Parece un sketch del Quinteto de cámara, piensa Inbar: tres sitios conmemorativos al precio de uno.

Así que, ¿qué me dices?, pregunta su madre con el dedo todavía sobre el mapa.

Digo que hoy no llevamos la guía, dice Inbar, y empieza a doblar el mapa. Digo que quiero que alquilemos bicicletas y que no decidamos nada de antemano. ¿Puede ser?

* * *

Casi lo han conseguido. A fin de cuentas, solo les quedan dos horas para pasear juntas por la ciudad. Después, regresar a casa en tren. Ducharse. Hacer la maleta. Y dirigirse al aeropuerto.

El paseo improvisado en bicicleta sale bien. Por pura casualidad llegan a uno de los monumentos conmemorativos menos conocido. La directora de una escuela del barrio bavarés de la ciudad, el anterior barrio judío –a su madre le gusta puntualizarlo– ha iniciado un proyecto en cuyo marco cada niño de la escuela adopta a una familia judía que vivió allí antaño, estudia a fondo su historia y, como colofón a sus estudios, coloca en el patio de la escuela un ladrillo en el que ha escrito a mano: «Pienso en la familia Hartman», o «Pienso en la familia Schwartz.»

Están frente al pequeño muro unos minutos desgarradores, muy judíos, a continuación siguen pedaleando más despacio hasta una calle llena de heladerías, una junto a la otra.

Si solamente, entre todas esas heladerías, no hubiera habido una tienda de ropa infantil, si su madre no hubiera insistido en detener su bicicleta y seguir a pie ante el escaparate de esa tienda. Si solo...

Bobadas, Inbar lo sabe en su fuero interno, la disputa horrible entre ellas comenzó en el momento de aterrizar, porque esa disputa horrible les es

indispensable, porque esa disputa horrible es para ellas el camino conocido, el más seguro.

Mira qué bonito, dice su madre. Señala un pequeño pelele color rosa.

No es actual, responde Inbar. Y sigue caminando.

Hay cosas maravillosas para niños. Los precios también son más bajos que en Israel, su madre se ha quedado plantada frente a la tienda.

Estoy encantada de oírlo. ¿Podemos continuar? Inbar pone el pie en el pedal.

Vas a ver que al final realmente no va a ser de actualidad, dice su madre, resistiendo a apartarse del escaparate. Un día querrás tener hijos pero no podrás, ya será tarde.

¿Y si no quiero tenerlos? Nota que le empieza a temblar la pierna en el pedal, de tan enojada como está. ¿Quién ha dicho que debo tenerlos? ¿Es que hay alguna ley al respecto?

Es un instinto natural común a la mayoría de las mujeres, dice su madre. Y como para reforzar sus palabras, en ese instante entran a la tienda dos mujeres con sus cochecitos; se oye la melodía de un móvil llamando y desaparece en cuanto la puerta se cierra.

Esto me hace polvo, Hanna, dice Inbar –utiliza a propósito su nombre propio, como antes, en la época rebelde de los dieciséis, cuando terminó por fugarse a Eilat–, me hace polvo que tú, con todo tu doctorado, puedas mostrarte a veces tan primitiva. En Europa, la mitad de las mujeres no tiene hijos. ¿Quieres decirme que todas ellas son unas desnaturalizadas?

En primer lugar, no son la mitad, objeta su madre (¡uf, esa exactitud académica!, a Inbar se le encienden los ánimos, aun en los momentos más dolorosos le importa ser exacta en los datos de una investigación), y además, todo lo que digo es que debes descubrir por ti misma las verdaderas razones de no querer hijos.

¿Por qué no puedes respetar mi decisión de una vez?! A Inbar se le crispa el cuerpo entero, no nada más las piernas, pero no le importa, incluso, quizá, está complacida de que ese hombre trajeado que habla por el móvil mientras camina les lance una mirada.

Habla en voz baja, Inbar. Respétame a mi también.

¡No quiero!, sigue gritando –ahora los gritos no le salen de las entrañas, sino de la voluntad de humillar a su madre–, ¿por qué papá acepta mis decisiones, y tú siempre, tú siempre las menosprecias?, ¿por qué?

Bueno, papá es un santo, gruñe su madre.

Esos gruñidos suyos, piensa Inbar, no hay nada que la saque más de quicio. Es como si lo dijera para sí misma, pero no del todo.

Papá no es un santo, aunque por lo menos me quiere.

Sí, te quiere tanto que lleva dos años sin verte.

¿Sabes qué te digo, Hanna? Incluso si tuviera un hijo no dejaría que lo vieras. Para que no estropees su autoestima como lo hiciste conmigo. Con esos comentarios tuyos.

Pero Inbar yo siempre quise... solo quiero que tengas...

Me voy, interrumpe a su madre y se va pedaleando.

Puedes quedarte a ver esos peles si tanto te gustan Nos encontramos en la entrada de la estación dentro de una hora.

* * *

Raus, Inbar, *raus*, un día bonito en Berlín, y ella en bicicleta, galopa, escapa, pasa frente al parque, frente a ríos, obedece las señales de tránsito, cruza puentes, el paisaje que la rodea va cambiando al ritmo de su marcha, el paisaje interior cambia a un ritmo más veloz, primero un furor ciego contra su madre encadenado a un recuerdo de infancia: un sábado por la mañana, todos bajan a la playa Dado, ella tiene seis años y blande ya la bandera de la rebeldía, no quiero ir con vosotros, quiero quedarme en casa. De ningún modo, dice su madre, una niña de tu edad sola en casa, papá intenta ablandarla, de todos modos, Hanna, Inbarita es una niña muy responsable, pero su madre no cede, qué va, podría haber un robo, y la obliga a ir con ellos al mar, allí intenta perderse adrede, para darles una lección y se resguarda bajo el parasol de otra familia, muy lejos de ellos, y hace ver que construye un castillo de arena pero al cabo de unos minutos se asusta e intenta volver con ellos y de pronto no los ve, han desaparecido entre todos los torsos desnudos, el olor a crema solar y el golpear de raquetas. Ella, entonces deambula entre los parasoles y las toallas extendidas como un tapiz, quiénes son tus padres, hijita, quiénes son, le queman los pies por la arena ardiente, le pican los ojos por el sudor que le resbala de los párpados, y no hay señal alguna, ninguna señal, ninguna señal, hasta que, finalmente, la llaman por su nombre por el altavoz y su padre la está esperando en el puesto de socorro, con un bañador pasado de moda y su barriga que entonces aún era pequeña y

con sus fuertes brazos que la atrapan en volandas y la llevan corriendo directamente dentro del agua. ¿Dónde estás ahora, papá? —dirige en ese momento su bicicleta a un pequeño parque—, ¿por qué no me llamas desde el puesto de socorro? Mira lo que ocurre cuando tú no estás, no hay nadie que nos separe, a ella y a mí, nadie que nos reconcilie después de una riña y nos explique a cada una las razones de la otra. A lo mejor eso es bueno, imagina que su padre le dice, así aprenderéis a arreglaros sin mí. Pero no lo conseguimos, papá, le responde acelerando el ritmo de su pedaleo, no lo consigo sin ti, ¿cuánto tiempo piensas estar allí, en Australia, dime, no bastan cuatro años? Cierto que me has explicado que necesitabas comenzar de nuevo, que era eso o acabar con todo, que Vivian y Reuven simplemente te han salvado, y es cierto que me has escrito una de las cartas de amor más bonitas que he recibido jamás de alguien, y he pensado que quizás seas tú la causa de mi necesidad de escribir y no ella, y que quizás sea tu deseo secreto el que yo deseo cumplir, y tú terminas tus cartas con un «creo en ti, hija mía» y este año nos has pagado la mitad del alquiler cuando dejé entrever que Eytan y yo teníamos alguna dificultad. Pero papá, si hubieras venido a visitarnos, hubieras comprendido al instante que no estoy muy segura de él, que mi fiscal privado no cesaba de decirme al oído que tú no puedes venir a visitarnos porque tienes otra familia y otro hijo que te necesita más que yo y, de todos modos, todavía estás enojado con todo el mundo, lo comprendo, papá, comprendo perfectamente que es más fácil estar enojado que estar triste, pero a fin de cuentas me has dejado sola y ahora estoy prisionera de mí misma, mis recuerdos son mis rejas, y mi culpabilidad mi prisión, y no sé cómo escapar, quizás simplemente seguir pedaleando en esa bicicleta, por la eternidad, como en la canción de Sivan Shavit, una de las excelentes cantantes que hubieras podido conocer de no quedarte anclado en el gusto musical de los sesenta, pedalear más y más, salir de ese parque, que parece un lugar ideal para concentrar a los judíos antes de deportarlos a los campos, y surcar con la rueda delantera un charco estival hasta Viena, París, Ethan Hawke y más lejos aún. ¿Qué piensas, papá?

* * *

Entonces, ¿de verdad formaste parte del equipo de producción de *El cielo sobre Berlín*?, le pregunta a Bruno, de camino al aeropuerto. No le interesa

tanto saber la respuesta, como romper el silencio tenso que reina en el coche desde que ha arrancado.

Ángeles sobre el cielo de Berlín, ¿así se llama la película en Israel?, y le echa una rápida ojeada a través del retrovisor.

Pues sí, porque en alemán no es...

En Alemán, el original se llama *El cielo sobre Berlín*, como en español, en inglés, *Las alas del deseo*, le explica.

Nuestro nombre es más hermoso, piensa Inbar. Pero no lo dice para no parecer provinciana.

Sí, participé en la producción de esa película. Y, a propósito, también en la de su saga.

¿Saga?, Inbar está sorprendida. No sabía que existía una.

Sí, seguro. Bruno se yergue un poco en su asiento. Se titula, *Tan lejos, tan cerca*. Pero no eres la única que no ha oído hablar de ella. En comparación con la primera, fue un fracaso.

Bueno, una saga siempre es problemática, sobre todo si la primera película es tan buena.

No creo, dice Bruno. En ese caso, la segunda película estuvo mejor lograda que la primera, para mi gusto.

El coche se detiene en un semáforo. Unos obreros de aspecto turco excavan en una acera. Su madre sigue en silencio. Inbar desea estirar el brazo para tocarle el hombro, pero no se atreve.

¿Cuál fue, pues, el problema?, pregunta. Mientras habla, no llora.

Pienso que... la segunda película es más siniestra. Casiel, el segundo ángel, baja a la Tierra. Se vuelve alcohólico, va a la cárcel y se lía con delincuentes. Era una película... dura. Y la gente prefiere que el arte les lime las asperezas de la vida.

Inbar asiente. Resulta que ese Bruno no es un zoquete. Es típico de ella descubrirlo de camino al aeropuerto. Durante los días que ha pasado aquí no se ha interesado nada por él. Tampoco por ella. Ni se ha dignado a preguntarle cómo le va con el doctorado o con el curso de hebreo que ha comenzado a impartir este año en la universidad. Y ahora ya es tarde.

Mira hacia la ventanilla. Extraño. Normalmente sabe enseguida si le gusta o no una determinada ciudad. Haifa, no. Tel Aviv, sí. Nueva York, sí. Madrid, no. En lo que concierne a Berlín, aún no lo ha decidido. Acaso por su pasado que todavía ruge bajo su presente, como el metro bajo tierra. Acaso

porque la ciudad misma está algo... no exactamente encerrada en sí misma. No está dividida, aunque no está unificada. No está en el este, pero tampoco completamente al oeste. Una ciudad con las heridas suturadas. Que se transforma de día en día. Ruinas entre edificios. Grúas entre nubes. Una ciudad en marcha hacia algún lugar. Aún no ha llegado. Un momento – recuerda–, ¿no existe en *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino una ciudad como esa? ¿Condenada a estar conectada toda la eternidad?

Seguro que su madre lo sabe.

Su madre y Bruno discuten en este momento el itinerario más fluido a esa hora. Su conversación es tranquila, agradable, cálida. Con su padre siempre reñía en los viajes. Cada uno quería imponer su parecer al otro. A veces, ella y Yoavi se peleaban únicamente para que el altercado de sus padres no llegara a más. No, le cuenta a la abuela Lili con el pensamiento, no está con Bruno por su dinero. Lo ama. Son una hermosa pareja. Por primera vez desde lo de Yoavi, los ojos de mamá tienen luz. Débil aún, pero luz. Inbar siente la punzada de los celos. También ella quiere para sí unos ojos luminosos. O una luz distinta. Lo importante es que algo se le ilumine. Bruno la mira de nuevo por el retrovisor. Tiene la mirada acuosa y se apresura a apartarla. Tan distinta de la mirada de su padre, su mirada audaz, penetrante, una mirada que podría causar miedo si no la acompañara una sonrisa divertida.

Bueno, ¿qué te parece Berlín?, le pregunta Bruno, tomando un desvío señalado con el símbolo de un avión.

Siente cómo su madre está alerta.

He estado muy poco tiempo para sacar conclusiones, dice Inbar. Creo que tendré que volver.

Siempre serás bienvenida, dice Bruno. La próxima vez ya me ocuparé de que no encuentres a Hans en tu cama.

Su madre y él rompen a reír a la vez. De la misma forma. De pronto, es plenamente consciente de ello.

El vehículo frena junto a la acera y los tres se bajan. Tiene las nalgas doloridas de su rápida y alocada carrera en bicicleta y trata de destensarlas un poco. Bruno saca su bolsa del maletero y la deja en el carrito. Luego le estrecha la mano formalmente y sube de nuevo al coche para dejar que las dos se despidan a gusto.

Siento mucho lo... de esta mañana... dice su madre. No debería...

No, soy yo la que lo siento, dice Inbar. Te has esforzado tanto todos estos

días... y yo... simplemente... no he pasado una buena temporada. Vine para averiguar por qué. Es decir, también para estar contigo... pero también para comprender qué me ocurre ... y no lo he conseguido. Quiero decir, lo he conseguido, pero quizás me de miedo reconocerlo. Y toda... esa... confusión te la he hecho pagar a ti. Y tú eres la última que te lo mereces.

¿Qué quieres decir con la última? Soy tu madre. Ese es el papel de las madres, ¿o no? Enjugar y absorber. Lástima que nunca fuera de verdad... buena en eso.

Pero ¡progresas!, dice Inbar, y ambas se ríen recordando la historia de la abuela Lili que, examinando un día el boletín trimestral de su hija Hanna, preguntó: en cada asignatura está escrito «progresas». ¿Puedo preguntar en qué dirección progresas, hija?

Su madre poseía, antes, la más bella sonrisa del mundo, piensa Inbar mientras la contempla. Las patas de gallo, como fuegos artificiales, le salpican la comisura de los ojos. Su madre poseía, antes, la más bella cabellera del mundo. En las excursiones familiares se sentaba detrás de ella y le estrujaba el pelo por el espacio entre el reposacabezas y el asiento.

Las arrugas se han transformado en pliegues. Y la risa traza surcos en su rostro. Y esa cabellera, ya blanca, es más tenue. Aunque su porte, su prestancia, es la de una mujer que se sabe bella.

Se inclina sobre ella y se abrazan, con un abrazo más largo de lo acostumbrado. Y más corto del que necesita.

* * *

Después de pasar el control de pasaportes, Inbar se instala en el pequeño bar del aeropuerto de Berlín. Esperando a su agente del Mosad. Que llegue, como en su fantasía, que la salve de sí misma y la lleve directamente al sofá violeta de la sala vip. Mientras, bebe. Un licor de piña tras otro. Y contempla las llamas de la falsa chimenea que una enorme pantalla proyecta en un rincón del bar. Después de la quinta copa, el barman le sugiere con delicadeza que, a causa del contenido de azúcar de la piña, a veces no nos damos cuenta pero esos licores se suben a la cabeza. *Zuper!*, dice exagerando el acento alemán. Y ordena otra copa.

El bar da a las pistas y observa un avión de Air Jamaica que atraviesa despacio su campo visual. Ese avión de Air Jamaica luce unos colores

vivaces. Un avión de marihuanos, se dice a sí misma en voz alta. *Look, aeroplane of junkies!*, le dice al barman, reclamando su atención. Pero el barman sigue la dirección del dedo con estupor y vuelve a sus quehaceres. ¿Dónde están los barman de antaño, con los que podías charlar?, pensó. Si ese barman se hubiera mostrado más atento le habría contado... ¿qué le habría contado? Que no está segura de querer regresar a su casa. Que nada la espera en Israel. En principio. Teme que si regresa volverá a caer, a causa de la atracción terrestre, a un trabajo que ya no puede hacer sin sentirse corrupta y a un hogar desprovisto de emoción. No echo suficientemente de menos a mi compañero, le hubiera dicho al barman y él habría meneado la cabeza, comprensivo. ¿Y qué habría ocurrido? Abrir el corazón, a veces, no es más que abrir el corazón. ¿Dónde ha leído esa frase? Ah, ella misma la ha escrito. En el diario. Escribir en el diario a veces no es más que escribir en el diario.

Por el altavoz, ruegan a los pasajeros del vuelo de Lufthansa a Tel Aviv que se presenten en la puerta de embarque. Ella no se mueve. Que me llamen por mi nombre –piensa, y ordena otra copa de licorquero oír mi nombre judío retumbar en el aeropuerto de Berlín. Ocurre pasados diez minutos: señora Benvenisti, señora Benvenisti. Tenga la bondad de presentarse con la mayor urgencia en el puesto de socorro. Sabe que el agente del Mosad no va a llegar hoy. Sabe que tiene que levantarse de la silla del bar. Pero es incapaz. Le pesa el cuerpo y la cabeza le da vueltas. Último aviso a la señora Benvenisti, proclama el altavoz, último aviso a la señora Benvenisti...

Entre los vapores del alcohol, de pronto lo comprende: tiene razón. El altavoz tiene razón. Es su último aviso, antes de verse envuelta de nuevo en el nudo corredizo del trabajo, de la casa, un polvo rápido a media semana, otro polvo más elaborado el viernes por la mañana, del que seguro va a quedar embarazada, y estaría contenta, no por el bebé, sino porque esa circunstancia podría ser el asiento eyector de la radio y de las molestias de todo el mundo, y nueve meses después daría a luz, a continuación esa fatiga interminable, la confusión de espíritu que ha observado en sus amigas, la cháchara incesante sobre el hecho de que ella quiere abrir un negocio propio, ropa para niños, o una juguetería, palabrería que quedaría entre ella y las otras madres del parque infantil donde ella, una y otra vez, subiría a su hijo al tobogán con una especie de estupor que la llevaría de vez en cuando a romper un florero o a clavarse ella misma una aguja en la yema del dedo para ver

cómo fluye la sangre, o a soltar el cochecito con el niño berreando dentro un instante antes del gran descenso a casa.

Al cabo de un buen rato ordena un exprés doble, lo bebe rápidamente, se acerca al mostrador de Lufthansa, muda la piel, le cuenta a la empleada que se ha dormido en la terminal y ha perdido su vuelo, le pide si puede cambiar su billete por un vuelo a otro destino. El vuelo siguiente a Tel Aviv está previsto para mañana y sintiéndolo mucho solo podrá percibir una tercera parte del precio del billete. No quiero un vuelo a Tel Aviv, le explica de nuevo. Quiero tomar el próximo vuelo, a cualquier destino. No importa el precio. Pero ¿no ha facturado ya su maleta?, pregunta la empleada. No llevo maleta, solo esto, dice Inbar señalando su bolsa. Bueno, la empleada la mira despacio a los ojos dudando de su salud mental. Nuestro próximo vuelo es a Teherán. Hay varias plazas libres. ¿Y el siguiente?, pregunta Inbar. A Perú, responde la empleada.

Lili

A Perú, dijeron que declarasen en el andén, los agentes del Mosad –entonces la Agencia para la Inmigración Ilegal, la predecesora de la Agencia de Inteligencia actual– si alguien os pregunta a dónde os dirigís, respondéis que el barco navega hacia Perú. Y señalad la bandera.

A pesar de la oscuridad nocturna, Lili consiguió distinguir a la luz de la luna la bandera roja-blanca-roja de Perú en el asta, y el nombre del navío: *Fu-tu-ro*.

Ahora, dijo el monitor, os pido a todos que saquéis los pasaportes. Lili sabía que ese momento llegaría. Ya los habían preparado para renunciar a su antigua nacionalidad si deseaban integrarse en la Tierra de *Israel*. Mientras tengáis en vuestro poder un pasaporte polaco os pueden devolver a Polonia, les explicó.

Sin embargo, las manos se negaban a entregarlo y los dedos resbalaban sobre la foto de la primera página: una joven, que todavía no sabía del peligro, sonreía a la cámara. Un sábado cualquiera, en el centro de Varsovia. La brisa le había echado un mechón de pelo sobre la mejilla, pero el fotógrafo dijo que así parecía muy moderno y no había necesidad de tomar otra foto. Y

su padre estuvo contento de no tener que pagar más de lo que ya había pagado.

Unos meses más tarde de la foto había conocido a Nathan. Con qué facilidad se sabe al mirar la cara de una mujer, si ha conocido varón o no, pensó Lili. Cerró el pasaporte y se lo dio de mala gana al joven que los recogía, pasando entre los compañeros.

A continuación, todos los que habían recogido los pasaportes dieron unos pasos adelante y, a una señal convenida, los lanzaron a las aguas del puerto. Se escuchó un rápido crujido de cuero en contacto con el agua, luego silencio. Nadie aplaudió. Nadie se puso a bailar una *hora* jubilosa. No estaban de humor y no había tiempo. Los monitores, quizás para no dejar lugar a que las lamentaciones salieran a flote, los impulsaron a subir rápidamente al barco. Cada uno recibió un papel con el número de su compartimento y de su estante. Lili pensó que sería agradable tener un estante para dejar los libros que llevaba. Al descender a las entrañas del navío resultó que no había «estantes» sino literas: tres pisos de literas llenaban el espacio entre el suelo y el techo del dormitorio. Lili dejó su bolsa en la litera de abajo y miró a su alrededor. Inspiró el aire, que estaba saturado del olor que se desprendía de las bolsas abiertas, de los zapatos desabrochados, de los sombreros sacados de las cabezas sudorosas...

Al instante deseó escapar de allí. Subir. Separarse. Salvarse. Pero las instrucciones eran quedarse en la cala hasta alcanzar la distancia de seguridad de la costa rumana. Se llevaron arriba, al puente, exclusivamente a quienes se habían desvanecido y Lili nunca había sido del tipo débil. (En su cuarta cita con Nathan, temiendo que esta vez tampoco se atrevería a tocarla, decidió hacer algo al respecto y simuló un ligero desmayo en un parque público, mientras se apoyaba en su brazo y se quejaba débilmente de las «*jaluches*», las languideces que sintió de pronto. Esa táctica había surtido efecto: al fin de aquel encuentro, le pidió permiso para besarla. Aunque al cabo de un tiempo, cuando sus conversaciones fueron más fáciles, ella descubrió que él ya sabía que había fingido entonces. En el parque. Sencillamente, los desmayos no cuadran con tu forma de ser, y se echó a reír.)

Pasado un buen rato, se autorizó también a los que no habían sufrido ningún desmayo a subir al puente. La cola era larga y tensa, y ella desistió. Se sentía ligeramente mareada y algo la incitaba a dormir. En ese momento,

Esther se acercó a su litera y sacudió suavemente su hombro. Ven, le dijo. No quiero estar sola allí arriba.

La mayor parte de los inmigrantes se concentraron en la proa de la nave. Allí estaban también los músicos, bajo la dirección de Fima, estaban tocando *Pequeña serenata nocturna*. A su alrededor se podía oír un Babel de lenguas. Yiddish, polaco, pero también otras desconocidas. Algunas personas bailaban entre las cuerdas del puente. Ven, Esther la arrastró en otra dirección, todo ese jolgorio no es para nosotras. Lili la siguió. Desde que Fima en el tren le había ofrecido agua robada y estuvo en un tris de aceptar, pensaba que era preferible desde cualquier punto de vista guardar las distancias con él.

Esther y Lili estaban acodadas en la borda del barco contemplando la noche. Las luces del puerto de Constanza se alejaban. Como destellos de pequeñas estrellas sin nombre. Permanecieron así durante un largo rato, aspiraron el aire salino, se humedecieron con las gotas que se arremolinaban y escucharon el sonido de las olas chocando suavemente, como en un sueño perezoso, los flancos del buque, y Lili pensó que era extraño estar en silencio con tanto bienestar, sin ninguna tensión, con una persona que había conocido recientemente.

En cuanto los últimos destellos de luz desaparecieron, Esther levantó la mano y la agitó en la noche oscura, como boca de lobo, en señal de adiós. Fue un pequeño gesto, no un gesto dramático de actriz de teatro. Con la mano cerca del corazón.

Lili la imitó. Y durante un breve instante ilusorio, tuvo la impresión de que el barco se detenía y era su vida anterior la que navegaba lejos de ella.

Inbar

Su avión vuela en círculos sobre el aeropuerto de Lima. No nos autorizan a aterrizar a causa del tiempo, explica el comandante de a bordo, anunciando al principio un retraso de media hora. Después, veinte minutos más. Luego dejó de informar. Quizás es como en la leyenda del Holandés errante, piensa Inbar, el comandante está maldito y nosotros condenados a permanecer en las nubes por toda la eternidad, jamás tocaremos tierra, jamás llegaremos a puerto.

La luz indicadora de tener los cinturones abrochados está encendida, por lo tanto, prohibido dejar el asiento, aunque dos hombres jóvenes están de pie en el pasillo central. Israelíes, por supuesto. Su arrogancia y el Velcro de sus relojes los traicionaban. Uno de ellos no le es desconocido. ¿Quizás un amigo de Yoavi? Nota que ella lo mira y le devuelve una mirada interrogativa. No, no es un amigo de Yoavi, decide finalmente. Sin embargo, la edad es la apropiada. Ya que si Yoavi viviera, habría terminado su servicio militar y habría salido de viaje. Por largo tiempo. No como su hermana que se contentó con tres semanas en Europa. Él habría emprendido un auténtico viaje. Con su guitarra. Quizás hubiera financiado el viaje tocando por las calles. Para ciertas personas habría que modificar el orden de las cosas, pensó. En primer lugar, que efectuaran el viaje después del ejército, y más adelante, su servicio militar. Si hubiera emprendido su viaje antes –sabe que la sutileza de los pensamientos que llevan el condicional «si» es engañosa, pero esta larga estancia en el aire debilita su resistencia a ellos–, si hubiera emprendido ese viaje, piensa ella, él se habría fortalecido. Habría aprendido a confiar en sí mismo. Se hubiera reducido el foso entre lo que sentía en su interior y lo que expresaba al mundo exterior.

El sábado que precedió al anuncio de la catástrofe –cuánto hacía que no pensaba en ello, increíble–, ella no regresó a Haifa porque el profesor Hoffman la había llevado a su rincón habitual al terminar la clase, al final del corredor del Instituto de Investigación sobre el Islam que permanecía cerrado por la reducción de presupuesto, la besó en la boca mientras la sujetaba por las nalgas y dijo: Dios mío, qué enamorado estoy de ti, ¿lo sabes? Y añadió que le parecía que el sábado por la mañana conseguiría liberarse unas horas –

siempre utilizaba esa palabra «liberarse», como si estuviera encarcelado en Ma'asyahu y no en un *penthouse* remodelado en Moaz Aviv—, así que telefoneó a sus padres y les dijo que no asistiría a la cena del viernes porque tenía un exceso de trabajo en los estudios y su madre dijo, Pero ¡Yoavi viene de permiso! y ella —si se pudiera apretar un botón como en el ordenador para borrar las palabras— dijo con sarcasmo: ¿Y qué, entonces todo el mundo tiene que estar en guardia por eso? Su madre, a través del auricular, emitió el suspiro desesperado que reservaba para ella y, como de costumbre, pasó el teléfono a su padre para que tratara de convencerla, y él, como siempre, con su voz suave dijo las palabras oportunas, que la echaban en falta también a ella y estaban deseando verla y que, si servía de algo, estaba dispuesto a llevarla de regreso a Tel Aviv después de la cena. Ella estuvo a punto de explicarle la historia con el profesor Hoffman, pero se la tragó como quien traga saliva, porque sabía que en cuanto se la contara, llegaría a su fin, y no solamente eso, sino que iría a casa de Hoffman y le montaría una escena delante de su mujer y de sus hijos, como hizo una vez, en cuarto, cuando a ella se le escapó algo sobre un gamberro de Nevé Shanan, que la esperaba en la pizzería Las burekas de Sami, a la salida de sus actividades con el movimiento juvenil, y la molestaba, y su padre le preguntó: ¿qué hace para molestarte? Ella exageró un poco, y el martes él se presentó en Las burekas de Sami y le preguntó: ¿cuál es? y ella empezó a arrepentirse de toda esa historia, pero él no cejó hasta que ella lo señaló, entonces su padre fue directamente hacia el muchacho pidiéndole que le acompañara afuera, nunca pudo saber qué le dijo, pero el chico no apareció nunca más por el local de Sami. No, no quería que el profesor Hoffman desapareciera de su vida, a pesar de que la primera vez que le pidió que fuera a verlo al terminar la clase y mientras hablaba le miraba los labios, supo que terminaría mal, y de todos modos se lanzó de cabeza contra el cristal, lo esencial era sentir algo, se acostó con él en su despacho de la universidad, en su coche, en una habitación para parejas ilegítimas en el moshav Beit Shemen, en su casa, un día en que su compañera de piso fue a Ashkelon a casa de sus padres, y disfrutó como nunca había disfrutado, y le arañó la espalda para imprimirle, de algún modo, su marca, y mantuvo con él conversaciones sobre literatura y ética que la enriquecieron mucho, y le acariciaba el vello cano del pecho, y se dedicaba al dolor de la espera de la próxima vez, y no quería que terminara, aún no, aún quería sufrir un poco más.

Gracias por tu propuesta, papá, no creo que esta vez sea posible. Dile a Yoavi que lo quiero, dijo la mañana de ese viernes, y el sábado esperó y esperó y Hoffman nunca llegó, no fue sino hasta después de las cinco de la tarde en que le mandó un mensaje, *Finalmente no lo conseguí*. Sus artículos eran extensos y llenos de frases del tipo que utiliza el escritor Yaakov Shabtai, que comienzan en una página y terminan en la siguiente, sin embargo sus mensajes eran tan escuetos que la volvían loca, entonces cogió el teléfono y, para vengarse, llamó a un muchacho del curso *Iniciación a la psicología*, que unas semanas antes iba tras ella a la salida de clase, y quedaron en ir juntos al cine al día siguiente, a sabiendas de que no saldría nada de ello, como en todas las citas que tuvo desde que Hoffman empezara a robarle el corazón.

Finalmente no fue al cine, media hora antes de salir llegó la llamada de Haifa.

Por supuesto, la dejó estupefacta. Por supuesto, adoptó como todo el mundo la versión del accidente, pero cuando comenzaron a surgir, bajo las tentativas de camuflaje del ejército, testigos sosteniendo otra versión, no estuvo tan sorprendida como hubiera deseado porque, el sábado anterior al último, sí fue a Haifa y justamente vio a Yoavi. Al entrar en casa, él acababa de despertarse de su largo sueño de soldado fatigado y al abrazarlo aún conservaba el olor a sueño, su olor a sueño que tan bien conocía de la época que compartieron el dormitorio. ¡Hermanita, qué bien estás!, le dijo mirándola de pies a cabeza. ¿Has adelgazado o algo así? No tengo apetito estos días. Y a ti, ¿cómo te va?, ¿cómo te va en el ejército de defensa de Israel? Estoy hasta los cojones, dijo él en un tono que no admitía réplica. ¿Hasta los cojones?, ella sonrió para sus adentros. ¡Quién habría creído que hablaría de ese modo el niño bueno de mamá! Bueno en matemáticas. Bueno en literatura. Bueno en deporte. Bueno en música. Nunca excelente, pero siempre bueno. Y sensible a los demás. A veces demasiado sensible. A veces se atormentaba semanas enteras por una bobada. A veces pasaba una noche en blanco sin razón aparente. Pero querido por todos. Por ella también. ¿Cómo podía ser si no? Grandes ojos verdes. Delgadez casi esquelética. Humor corrosivo. Y esa capacidad de los hermanos pequeños de adaptarse en vez de darse cabezazos contra las paredes. De dejarse mimar sin vergüenza en vez de jugar a ser independientes. De esperar a que otra persona asuma la responsabilidad de la situación y ahorrarse el esfuerzo.

Yoavi, ven a tomar el café, su madre se lo robó enseguida. Al parecer Inbar también estaba invitada a esa conversación entre los dos, pero siempre sentía que estaba de más, como en medio de una pareja de enamorados, y prefirió encender la televisión en el salón para ver culebrones en la cadena 23. Había en ello algo consolador. No solo su vida era un bluf. Al cabo de una hora llegó su padre con comida china y los cuatro se sentaron a comer. Su madre nunca cocinaba. No a todas las mujeres les gusta pasar horas en la cocina, decía siempre. Y el padre de Inbar una vez le contó en secreto: es su reacción a la obsesión culinaria de la abuela Lili.

Pero eso no era un problema para nadie. A veces su padre cocinaba una de las cuatro cosas que sabía –espaguetis a la crema con champiñones, pollo salteado, albóndigas con puré y pastel de atún y otras, salía a comprar comida preparada. Colocaban las fuentes de aluminio en el centro de la mesa sobre una pequeña plataforma giratoria adquirida especialmente para estas ocasiones, y cada cual se servía en su plato lo que le apetecía.

No hubo nada fuera de lo normal en esa última comida. Es decir, a posteriori se podía ver el hecho de que Yoavi rehusara imitar a su jefe de pelotón, como una señal, y que no probara los lichis, como un presagio, y que se acostara de nuevo después de cenar y que no saliera de juerga con sus amigos. Pero solo a posteriori.

El sábado se despertó cerca del mediodía, pero no subió a comer con ellos un omelette y una ensalada. Supieron que estaba despierto porque oyeron la guitarra, también sabían que no se lo podía molestar cuando tocaba. Sin embargo, él la llamó. Eso tampoco era una excepción. Siempre acudía a ella cuando necesitaba ayuda para una letra.

Entra, le dijo cuando casi lo había hecho, me falta una rima. Se sentó en su puf, comprado en Daliat-al-Carmel y escuchó.

Vestía un chándal azul con rayas amarillas a los lados y una simple camiseta blanca. Todavía estaba sin afeitarse. Es cuanto ella recuerda. Si hubiera sabido que era la última vez que lo veía habría guardado más detalles en su memoria. Seguro.

Tampoco recuerda las palabras de la estrofa. Él nunca grabó sus canciones ni las apuntó en ningún cuaderno. Simplemente las recordaba. Decenas de canciones. Todo está aquí, decía golpeándose la sien con un dedo cuando ella le comentaba que era una lástima, y que tenía un amigo en Tel Aviv que trabajaba de técnico en un estudio y que podría echarle una mano. Y además,

decía poniendo el dedo de nuevo en las cuerdas, todavía no es lo bastante bueno para que lo grabe.

Las primeras líneas eran una descripción de la vida del soldado, algo así: *de nuevo guardia de noche, de nuevo las estrellas engañosas (¿o solitarias?), de nuevo una canción de Shlomo Artzi en la radio, me gusta la melodía pero no la letra (¿o al revés?)*

Le seguían dos líneas que se le habían borrado por completo. Entonces el estribillo:

Y nadie sabe lo que pasa en mi interior

Y nadie sabe lo que pasa en mi interior

Na na na na na na na

Nadie sabe lo que pasa en mi interior

Bonita canción, opinó. Una de las mejores. ¿Si la voy a incluir en un disco?, se había burlado, incrédulo. Claro que sí, lo animó ella de todo corazón. Dime, entonces, qué rima te falta. ¿Es en *na na na*? Él asintió y ella le pidió que la volviera a tocar. La tercera vez empezó a sugerirle algo: *¿Llevo pintura de camuflaje en el exterior? ¿Mi mal humor es ultra superior? ¿La gente mea tanto como el prior?* Solo la última propuesta casaba bien con la melodía, pero no estaba satisfecho con el contenido. Quizás algo que evoque el tiempo... dijo él. Ella pidió que tocara otra vez y, justo al llegar a la línea que faltaba, se le ocurrieron las palabras adecuadas y se puso a cantar:

Este año y el año anterior

Nadie sabe lo que pasa en mi interior

¡Lo tenemos!, dijo. Su voz no era tan alegre como en otros momentos parecidos. Tampoco volvió a cantar la canción entera con el nuevo verso, como le gustaba hacerlo. Dejó la guitarra a su lado, sobre la cama, y se tendió en ella cuan largo era. Cerró los ojos. Las decenas de veces que imaginaba ese momento, ella se sentaba a su lado, en la cama, en el reducido espacio que le dejaba el cuerpo de él y le preguntaba: ¿entonces, qué ocurre de verdad en tu interior, hermanito? O simplemente: mmmmm, ¿para cuándo el disco de oro? Pero en la realidad, ella esperó unos minutos, y cuando vio que no

abría los ojos dedujo que quería dormir otra vez, y salió de la habitación. Y empezó a recoger sus cosas.

Quería estar temprano en Tel Aviv. Por si Hoffman por casualidad pudiera liberarse por la noche.

Incluso en el transcurso de los siete días de duelo, en medio de la aflicción general, se preguntó cuándo aparecería por la puerta. Le había mandado un mensaje y seguramente había leído la noticia en el periódico. Los dos primeros días esperaba que la afluencia de visitantes menguara. Los tres días siguientes pensó que en esos días él terminaba tarde las clases y le resultaría difícil ir a Haifa. Y los dos últimos días, cada vez que entraba un visitante levantaba la cabeza con la esperanza, mezclada con la premonición de una decepción, de que sería él.

¡Pero te he mandado un correo cada día!, intentó defenderse cuando ella le telefoneó desde el camino cerca de la casa de sus padres, el séptimo día, chillando a grito pelado: ¿qué diablos, correos?, ¿te parece que tengo la cabeza para conectarme a Internet durante los siete días de duelo? Y él respondió:, pero Inbar, tienes que comprender que la situación es difícil, si de repente aparezo en casa de tus padres, hubiera habido rumores y ninguno de nosotros dos lo quiere, ¿verdad?

¡Mi hermano ha muerto! ¡Ya no sé qué quiero ni qué no quiero! Se le quebró la voz y cortó la comunicación, no quería que la oyera en un momento tan bajo y no respondió a los dos intentos de hablar con ella (¿por qué solamente dos?, ¿por qué no seis?, ¿por qué no insiste más?, pensaba furiosa) y, durante la noche se metió a hurtadillas en el despacho de su padre, abrió su correo y encontró tres mensajes suyos, nada más eran tres al final, llenos de citas literarias de Kafka, de Brecht, de Yaacov Shabtai, por supuesto, y pocas palabras cariñosas, también prestadas, que revelaban el hecho de que toda la historia no le había hecho temblar ni la punta de los pelos de los huevos, como tenía por costumbre proclamar cuando los colegas de su departamento criticaban sus artículos.

Ya lo ves, se dijo Inbar. Has sido humillada hasta el tuétano, Inbar. Es lo que querías, ¿no? En el trayecto de Haifa a su apartamento de Tel Aviv, la puñalada trapera del insulto recibido se transformó en rabia, en verdadera furia. A lo largo de los meses que duró su relación, ella había fluctuado entre dos historias. Una, en la quería creer, era que él estaba realmente enamorado de ella porque, cómo él decía, tenían una relación especial que no tenía que

ver con la edad, de dos almas gemelas, y la segunda, que a fin de cuentas era una historia de puro sexo. Y toda su palabrería sobre las almas gemelas era una coartada para su evidente lujuria, tirarse a una estudiante veinte años más joven que él. ¡Qué hijo de puta!, se dijo, cerca ya de Netania. ¡Qué hijo de puta!, dijo en voz alta antes de Hertzilia. Y en el cruce de Namir con Rokah no siguió derecho hacia el centro de la ciudad sino que giró a la izquierda en dirección al barrio de él, vio su Honda en el que se había bajado las bragas demasiadas veces, y le rayó las portezuelas con su lima de uñas, y al día siguiente compró un spray negro y escribió en la puerta de su casa: adúltero, y en la puerta de su despacho en la universidad: charlatán, a continuación mandó al secretariado de su departamento una copia de los mensajes más jugosos que había conservado a pesar de que él le pidió que destruyera todo cuanto le mandara.

Después de toda la tristeza de los siete días de duelo, en esa cólera hubo algo liberador. Al contrario que su padre, que en general cargaba contra las instituciones, como «el Estado» o «el aparato militar», su furor estaba concentrado y personalizado, por lo tanto, era más satisfactorio. Y si Hoffman no la hubiese telefoneado amenazándola con denunciarla a la policía, habría seguido con su venganza. Ningún problema, Yoram, le dijo con una voz glacial. Interpón una denuncia. Pero debes tomar en consideración que también yo puedo hacerlo, por abuso de autoridad, lo sabes muy bien.

Sin embargo, dejó de acosarlo.

No quería incrementar el sufrimiento de sus padres que, de todos modos, se desmoronaban como el polvo.

Se le encogía el corazón cada vez que iba a visitarlos. Sus padres nunca habían sido una pareja muy sólida, aunque había amor entre ellos. Es decir, él la amaba mucho y ella le correspondía en la medida de lo posible. Quizás hubieran podido vivir en paz uno con el otro si su padre hubiera sido un tipo de hombre sumiso y en extremo complaciente. Pero no lo era. Trataba de serlo, pero no podía. Por su gusto por la vida, por su falta de voluntad en llegar a un acuerdo con ella, por su cerrazón frente al mundo y frente a él. De niña no lo sabía formular, y tampoco ahora estaba segura de hacer una mezcla con sus propias acusaciones hacia su madre, aunque siempre, con su intuición infantil, supo que había algo corrompido en la relación entre sus padres. Una vez, cuando era muy pequeña —está casi segura de que era un

recuerdo auténtico, no un recuerdo fruto de la imaginación—, estaban discutiendo en el salón y su padre entró en su habitación y en vez de besarla en la frente, se acostó tan grande como era junto a ella en la cama y dejó escapar un grave suspiro, ella le dijo: no te preocupes, papá, todo se arreglará, y le acarició la cabeza, y él se rio con una risa desprovista de alegría y dijo: claro que todo se arreglará, Inbarita, te tengo a ti y tú me tienes a mí, el resto no importa.

A pesar de todo, la posibilidad de que sus padres no siguieran juntos no le había pasado por la cabeza en su niñez. Sencillamente, en los años setenta nadie se divorciaba en Haifa.

En sexto, cuando se separaron los padres de Rakefet Biler, la reina de la clase, esta idea germinó por primera vez en la cabeza de Inbar. Tenía muy claro con quién iría en caso de una separación, y le preocupaba mucho que en las series de televisión los jueces tuvieran tendencia a confiar automáticamente la custodia de los hijos a la madre, salvo que ella estuviera loca. Es decir, no estaba segura de que los jueces consideraran locura las excentricidades de su madre y, por si acaso, hizo una lista en su diario que esgrimiría en caso de que el juez la pidiera:

1. No le gusta abrazar y detesta todo contacto.
2. Se refiere a personajes literarios, como si fueran personas auténticas (!)
3. Le grita a su hija por bobadas, como el ruido que (la hija) hace al beber su zumo de fruta.
4. De vez en cuando pasa una noche entera sin dormir.
5. Come como un pajarito. A veces no come nada en absoluto.
6. Prefiere de forma evidente un hijo al otro, a pesar de que todos los manuales de psicología dicen que no es nada sano hacerlo. (!)

Antes de enrolarse en el ejército, el hijo preferido fue a visitar a Inbar a su apartamento de Tel Aviv. Como siempre, se quejó del ruido y de la suciedad de la gran ciudad. Como siempre, le trajo una piña llena de piñones del camino de los pinos que hay bajo la casa paterna. Y, como siempre, la abrazó dos veces: la primera nada más entrar y la segunda al cabo de unos minutos de estar sentados en la terraza, acompañado de su frase habitual: ¡Hermanita, qué contento estoy de verte!

¿Y qué, estás emocionado por ir al ejército?, le preguntó. Él tomó un sorbo de Sprite que ella había comprado en su honor en la tienda y dijo, sobre todo, me muero de ganas de irme de casa.

Ella lo miró asombrada –¿qué podría encontrar mal el niño bueno de mamá?–, y el añadió: tú te fuiste a tiempo. Siempre están peleando, ¡siempre! Antes se disgustaban y luego se reconciliaban. Ahora riñen sin cesar sin el recurso de la reconciliación.

Pero tú estás en el submarino, ¿qué te importa? preguntó Inbar.

Primero, es un búnker, te lo recuerdo. Y dejando eso aparte, se oyen los gritos hasta abajo. Déjalo, no son los gritos. Son las vibraciones. Las malas vibraciones que irrumpen a través de la trampa hasta mí.

«Irrumpen». Te felicito por tu vocabulario, hermanito.

Cuando estoy contigo, hermanita, siempre me *sale* palabras como esta.

Me salen.

¡No me corrijas, esnob!

Bueno, seguro que riñen. Es difícil vivir con mamá.

Papá tampoco... es... blanco o negro, dice Yoavi, siempre leal conciliador.

¿Qué quieres decir?, se resistió ella.

Déjalo. No he venido para hablar de ellos. ¿Vamos o no al concierto?

¿Cómo has dicho que se llama el grupo?

Seroxat. Y eso de que no hayas oído hablar de ellos, te vale una «I», ¡insuficiente!

¡Insuficiente tú, zoquete! Y te felicito por tu jerga militar.

Por supuesto fue con él al concierto. Soportó esa música. Y disfrutó al verlo desquiciado gritando con el solista las letras, todas en inglés, que trataban, por lo que pudo comprender a través de la cortina del estruendo, del amor insustancial, de la carrera, en general, de la vida.

Sí, también eso fue una señal. A posteriori. La identificación con esa clase de canciones. Pero ¿quién buscaba entonces una señal? Todo cuanto pensó en el transcurso del concierto fue que todavía era un niño, decididamente infantil, ¿y a santo de qué se llevan a esos niños y los visten de uniforme?, ¿alguien piensa seriamente que vistiéndoles de uniforme se transforman en adultos? La miraba bailar y pensaba que hubiera querido envolverlo con un material aislante y escribir sobre el caparazón en letras enormes y claras: frágil.

La mañana de su movilización, fue a la base de reclutamiento de Tel Hashomer, aparcó el coche cerca de la puerta de entrada y esperó. A las doce y treinta y un minutos informó a sus padres que la operación había llegado a buen fin: el autobús que contenía al buen niño de mamá aminoró la marcha

antes de entrar. El niño bueno estaba cerca de la ventanilla de la derecha. Le hice un signo con la mano, él me lo devolvió y además me mandó un beso.

¡Estupendo!, dijo su padre.

No hay nadie como tú, añadió su madre con una voz endeble desde el teléfono del dormitorio.

Entonces todavía lo hacían. Hablaban los dos a la vez, como en una especie de videoconferencia. Después de faltar Yoavi, abandonaron esa costumbre. Como muchas otras.

La primera vez que se había dado cuenta de que en el despacho de su padre había una cama individual con sábanas y almohada, se quedó de piedra. Había ido para tomar un libro de la «Biblioteca Popular», uno de las decenas de libros de esa colección que llenaba cuatro largas estanterías (su madre había establecido una estricta política de préstamo: había que apuntar cada libro prestado en una hoja de papel pegada a la librería e Inbar tenía que restituirlo en su sitio exacto en su próxima visita a Haifa. Si no lo había leído tenía que pedir una prórroga. Por teléfono. O por correo).

Mientras dudaba entre *El doctor Fisher de Ginebra*, de dudoso título, y *Viajes con mi tía*, de Graham Greene, que había intentado leer de pequeña sin conseguirlo, vio la cama dispuesta. Y sobre ella, doblado, el eterno pijama azul de su padre.

Se quedó helada.

Incluso en sus peores épocas, cuando durante todo el día abrigaban resentimientos y se guardaban rencor el uno al otro, por la noche se acostaban juntos en su ancha cama, real: el único mueble que se apartaba de la rudeza artesana típica de Haifa. Cuatro pilares de dosel, uno en cada esquina. Molduras y cincelados en el cabecero. Madera de caoba maciza, cara. Y un mando a distancia para jugar con la inclinación de los colchones.

Los niños no eran bienvenidos en ese reino. Si se despertaba antes que sus padres, Inbar debía llamar a la puerta y esperar a que alguno de los dos saliera. Y los sábados por la mañana, la puerta estaba siempre cerrada con llave y ella era responsable de Yoavi hasta que papá se despertara, dejara el mullido edredón que solo ellos tenían, y les preparase un omelette de queso.

Sin embargo, en la cama del despacho había un edredón delgado que parecía más un cubrecama que un edredón. La almohada era un pequeño cojín multicolor, sin funda, que había servido antaño de adorno para el sofá.

Su madre y su padre reaccionaron a lo que le había ocurrido a Yoavi de

forma absolutamente distinta. Su padre se lanzó a una cruzada para averiguar la verdad. Solo sabiendo lo que realmente ocurrió podremos... le dijo a Inbar al terminar los siete días de duelo, luego guardó silencio. Después de lo de Yoavi, sus frases morían a la mitad, antes de terminarlas. Utilizó todos sus contactos en el mundo académico y en los pasillos del gobierno para que la investigación llegara al Estado Mayor y no se quedara estancada a nivel de División, y no se contentó con las investigaciones de la policía militar sino que se reunió en persona con oficiales y compañeros de la división de Yoavi, con los oficiales médicos y con los ex oficiales médicos. Su despacho, que generalmente estaba atestado de carpetas con programas de transportes, ahora estaba lleno de carpetas con testimonios. Si esos mierdas tienen la audacia de... deberán afrontar las... él amenazaba.

Su madre no comprendía todas aquellas movidas. Papeloterapia, lo llamaba a sus espaldas. Ella, por su parte, había sacado ya sus propias conclusiones. Mi hijo no juega con armas, explicaba a todo el mundo. Simplemente, no va con él. ¿Y qué, si no ha dejado ninguna carta? Lo hicieron polvo, allí. Esa es la causa. Parece que machacaron hasta tal punto su espíritu, que no le quedaron fuerzas ni para escribir una carta. Y nosotros, yo, no vi nada (eso dijo ella, «nosotros, yo, no vi nada»). Es lo que duele más. Teníamos aquí en casa a un muerto viviente y no nos dimos cuenta. No hace falta ser un profesor del Tejnión para comprenderlo.

Unos meses antes del primer aniversario del duelo, su madre organizó un concurso de bandas jóvenes en memoria de Yoavi. Consiguió una subvención del ayuntamiento, encontró técnicos de iluminación y sonido que aceptaron trabajar voluntariamente para el concierto, consiguió que el Kolbo, el principal periódico de Haifa, patrocinara unos espacios gratuitos de publicidad. Ven, le dijo a Inbar, necesito tu ayuda. Alguien tiene que responsabilizarse de la parte musical, yo no entiendo de música y a ti te gusta tanto.

Encontraré a alguien que se ocupe de eso, mamá, dijo ella. Lo siento, yo me veo incapaz.

Porque mientras su padre trataba de devolver al mundo la granada de aturdimiento lanzada en pleno salón de su casa y su madre trataba de yacer sobre esta, Inbar había elegido alejarse de ella tan lejos como le fuera posible. El dolor era insufrible y ella decidió hacer un «corta y pega» de cara al futuro, a los días mejores en los que sería más fuerte para afrontarlo. Casi

nunca iba a Haifa. Y en cuanto pasaron los treinta días de luto, dejó el apartamento del centro de Tel Aviv, porque ya no podía soportar más el humo de su compañera de piso ni un solo día más, y alquiló un piso sin muebles al sur de la ciudad. Para ella era importante permanecer en Tel Aviv. También era importante tener vida y movimiento a su alrededor precisamente porque en su interior todo estaba apagado. Los primeros meses, durmió en un colchón individual que había encontrado tirado en la calle y, aparte de él —y de una radio con cd al lado— dejó el apartamento sin muebles un largo tiempo. No tenía fuerzas para invitar a nadie, así que no hacía falta tener un sofá en el salón. Su libido estaba bajo cero, no le hacían falta los cachivaches de la seducción. Utilizaba un solo perfume y un solo champú, que dejaba en el estante bajo el espejo del baño. Los cuadros le parecían demasiado alegres o demasiado tristes, por lo que las paredes permanecieron desnudas.

Le llevó casi un año colgar el primer cuadro en la pared del corredor entre su dormitorio y el salón. Una reproducción de Modigliani.

Después compró un mantel nuevo para la mesa de la cocina.

A continuación, un colchón doble. Y sábanas nuevas. Luego se tiñó el pelo, pero al cabo de una semana, aterrada, volvió a su color natural.

Más tarde, añadió sillas y sillones, que encontró en la calle, los cuales pintó ella misma, y fue a la zona industrial de Netanya porque había oído de un tal Eytan, que diseñaba unas lámparas maravillosas a precios adecuados al bolsillo de los estudiantes.

Medio año después, el tal Eytan y ella se fueron a vivir juntos. Él, por supuesto, sabía lo de Yoavi. Aunque también sabía que a ella no le gustaba hablar de ello. Las pocas veces que lo intentaba, le decepcionaban sus respuestas.

En el segundo concurso a la memoria de Yoavi, él la acompañó. Durante todo el trayecto él le acariciaba el muslo mientras le decía que con ella le había tocado la lotería.

Vieron juntos cómo su padre se negaba a estrechar la mano de los delegados del ejército que habían venido para el acto. Y también vio cómo su madre se derrumbaba en pleno discurso y se bajaba del escenario sin terminarlo. Y cómo la casa en la que creció Inbar estaba oscura a pesar de tener todas las luces encendidas. Y cómo la trampilla del búnker estaba abierta y por ella penetraba un aire helado, en contra de todas las leyes de la física, desde abajo hasta la parte superior de la casa. Y cómo los padres de

Inbar, en vez de apoyarse mutuamente en busca de consuelo, se herían entre sí donde más dolía. Sin cesar. Y cómo la misma Inbar, que con él siempre protestaba, se marchitaba a medida de que pasaban las horas en la casa paterna.

Está muy bien, tu nuevo amigo, le dijo su padre por teléfono al día siguiente. Siento que te dejo en buenas manos.

¿Me dejas? ¿Qué quieres decir?

He recibido una propuesta de trabajo en Australia, Inbarita. Están a punto de reprogramar todo el tránsito de Sidney. Y... quieren mi asistencia. Nunca había participado en un proyecto de tal envergadura. Y es... una propuesta a la que no me puedo negar. Es decir –el profesor del Tecnión que había en él tuvo necesidad de precisar–, no hay una propuesta a la que no te puedas negar, pero es una oferta muy tentadora.

¿Y qué pasará con mamá?

Ella... no tiene ningún interés en acompañarme. Y he pensado... los dos hemos pensado, que estaría bien, desde cualquier punto de vista, tomar un poco de distancia. ¿Comprendes?

Sí, lo comprendía. Y cuando el pánico del abandono fue amainando, pensó que de hecho no era tan mala idea que fuera a desahogar su furia en otra parte. Y lo telefoneó al cabo de una semana para desearle lo mejor.

Gracias, le dijo. Es muy importante para mí oír eso de ti... porque sabes que... y ella dijo, sí, lo sé, papá, sin poder imaginar que tres meses más tarde, sus padres empezarían los trámites del divorcio y que su padre se quedaría en Australia cuatro años seguidos, que eludiría cualquier sugerencia suya de visitarlo durante los dos primeros años con excusas triviales y que, de pronto, sin venir a cuento, le mandaría un billete de avión para Hong Kong acompañado de una nota: «Vamos a encontrarnos a medio camino, Inbar. Tengo algo que contarte», y la esperaría en el aeropuerto con Vivian, su nueva esposa, a su lado, y con un niño pequeño en brazos y le diría con una ancha sonrisa: Inbar, te presento a tu hermano.

* * *

Desde el primer instante en que vio a Reuven se le cortó la respiración; se parecía tanto a Yoavi. Al segundo, ya lo amaba. Y al tercero se disgustó con su padre por habérselo escondido. Así fue durante los cuatro días de su

estancia en Hong Kong, amor y disgusto, disgusto y amor, intentos de su padre para explicarse e intentos de Inbar por comprender.

El avión, en círculos, sobrevuela Lima, y ella recuerda –en realidad no puede contener los recuerdos esta noche– una conversación que mantuvieron. Vivian se había quedado en la habitación al cuidado de Reuven y ella y su padre bajaron a tomar algo al bar del hotel. Con la esperanza de que el alcohol les ayudara.

Estoy tan contento de que os llevéis bien, tú y Reuven.

Es un niño encantador, dijo, y añadió al cabo de una pequeña pausa: ¿No se parece una barbaridad a Yoavi?

Una barbaridad, asintió su padre. A veces hace un pequeño gesto como ese...

Con la nariz.

Exacto.

¿Y eso... no te vuelve loco, papá?

Sí, pero me enloquecería más dar vueltas por la casa en que Yoavi creció, pasar frente a su habitación, siempre con la esperanza de que quizás esté ahí. Y además, Inbarita, comprar en el centro Horav y llegar a la caja con un Milky de vainilla y entonces, recordar que no hay para quién comprarlo. Recuerdas cuánto le...

Sí.

Y lo que me enloquecería más sería ver a sus amigos dando vueltas por Haifa. Tan... vivos. Una vez, me detuve a poner gasolina en la estación de servicio de Matsa y el empleado de la gasolinera me era conocido, le pregunté de qué lo conocía, creía que era un alumno mío. Y él me respondió: eres el padre de Yoavi, y añadió: «Que su memoria sea bendita». De repente, no lo pude soportar, Inbarita. Me faltó el aire, me ahogaba. Aún ahora, cuando lo recuerdo, me falta el aire. ¿Te acuerdas cuando íbamos a la playa Dado y me llenaba los pulmones de aire y me zambullía en el agua y tú y Yoavi teníais que sacarme fuera?

Ella asintió. Nunca le gustó ese juego. Temía demasiado por su padre para disfrutar con él.

En Israel me ahogaba, Inbarita. Tenía que irme. Era eso o... se detuvo en mitad de la frase. Como esperando que la completara por él.

Pero ella no la completó y la mano, que casi había tendido para acariciarle la mejilla, quedó junto a su cuerpo. Lo que acentuó la desilusión de él. ¿Lo

entiendes? ¿Lo entiendes?, preguntó, y como ella seguía guardando silencio, ordenó otra copa de ginebra y se la tragó de golpe, mandando al diablo su prudencia de ingeniero...

Hasta que nació Reuven asistía como un invitado a mi propia vida, dijo. Había como... una especie de barrera transparente. Los sentimientos estaban lejos, en un lugar inaccesible. Y no fue solo por Reuven, siguió. También fue por Australia. Me enseñó a ser feliz de nuevo. La alegría de los australianos es la de la gente que sabe que la vida está llena de sufrimiento y sin embargo escogen ser felices. Vivir el presente. Y no el pasado. A posteriori sé, añadió, que estaba en un estado anímico alterado. Quiero que entiendas, siguió, que la relación entre tu madre y yo no era... de las mejores... antes de lo de Yoavi. Tu eres una chica inteligente. Seguro que te diste cuenta.

Entonces, ¿por qué no os separasteis?, preguntó casi sin voz. Y él respondió en voz alta, no nos separamos para no causaros un cataclismo. Pensamos que no os haría ningún bien.

Qué suerte que Yoavi muriera, así encontrasteis el valor para hacerlo, dijo Inbar, clavando así un alfiler en la calma insufrible que se desprendía de él todo el rato, incluso cuando pronunció las palabras «estado anímico alterado». Dejó la copa que iba a beberse. Se quedó blanco como el papel y por un instante ella creyó que se desmayaría. Suspiró hondamente varias veces, puso las manos bajo los muslos y dijo: No tuve otro remedio. Era eso o renunciar definitivamente. ¿Puedes comprenderlo?

Ella no le brindó el asentimiento que esperaba porque más allá de todo estaba la mentira. Y no es que su padre hubiera ido siempre con la verdad por delante. Ciertamente que no. Pero sus mentiras siempre habían sido mentirijillas, como decirle que no llevaba dinero en el billetero en lugar de decirle que no quería comprarle algo, o decirle que se retrasaría a causa de los embotellamientos cuando, de hecho, había olvidado que le tocaba ir a recogerla a la escuela, ella le pasaba por alto todas esas mentirijillas porque sabía que su amor por ella era auténtico. Pero ¿esconderle que tenía un hijo? Eso no era ya una mentira, era una verdadera estafa.

No obstante, al terminar la velada hubo una sonrisa al salir del ascensor en su planta, porque no había nada que hacer, ella lo amaba de todo corazón, a ese padre decepcionante y, finalmente, hubo una despedida en el mismo aeropuerto en el que se habían encontrado por la mañana temprano, y Reuven se arrimó a ella y no la quería dejar y su padre lloró, nunca antes lo había

visto llorar, las lágrimas le caían de los ojos hasta las mejillas grisáceas, de allí hasta el cuello lleno de pequeñas arrugas y le prometió con la mano en el corazón que dentro de pocos meses irían los tres de visita a Israel. Ella ya no creía en ninguna de sus palabras. Pero asintió como si las creyera.

* * *

El comandante de a bordo anuncia que por fin han recibido autorización para aterrizar en Lima y se excusa en tres lenguas por el retraso. Desde su ventanilla puede ver que reina la oscuridad más completa. Es curioso que en una ciudad tan grande no haya ninguna luz. Su avión aterrizará de día, le aseguró la empleada que le vendió el billete en Berlín. Y añadió: Mucho mejor así. No es aconsejable llegar por la noche. ¿Por qué?, había preguntado. No importa, dijo la empleada, vaya directa del aeropuerto a un buen hotel y ponga su dinero en la caja fuerte en cuanto entre en su habitación.

* * *

Un instante después de bajar del taxi que tomó en el aeropuerto, se da cuenta de que el taxista la ha engañado. Le pidió que la llevara a un buen hotel y por lo visto la ha llevado a uno que regentan unos amigos suyos.

Pero a su alrededor todo es oscuridad. No hay nadie por la calle. Y ella es una mujer.

Qué tonta ha sido. Debería de haber ido con dos jóvenes israelíes que la invitaron a unirse a ellos. ¿Y qué podía hacer si le recordaban a Yoavi?

El encargado de la recepción del hotel *Paráiso*, un japonés con enormes gafas de montura negra y rostro severo, le explica en un inglés deplorable que no tiene caja fuerte y la habitación se paga por horas. Pero ¡tengo que estar aquí hasta mañana por la mañana! ¿No hay tarifa nocturna? Está enfurecida. Tiene la ropa pegada al cuerpo a causa del vuelo interminable y quiere sacársela de encima cuanto antes. Un momento, le dice, mientras atiende a una joven pareja que ha llegado entre tanto. Le meten unos billetes en la mano y reciben una llave a cambio. La mujer le pone la mano en las nalgas al hombre mientras suben la escalera chirriante hacia la habitación. Ella calza zapatos de tacón y él unas chancletas. Ah –Inbar se mofa del japonés–, *this is*

hotel for prostitutes? No, no, niega vehementemente y le explica que las parejas jóvenes en esa ciudad simplemente no tienen donde... encontrarse. Un encuentro íntimo, si ha comprendido bien su alusión. Porque todos viven con sus familias.

So, this hotel for fucking?, pregunta Inbar.

Well... Y el empleado no añade nada más.

Me, I, not fucking to day, okay? So please give me nice room. Good Price.

Ahhh... not fucking, el empleado participa de su pena. *I give you room for one, good for tourist, okay?*

En la habitación individual hay una sola cama, la ventana da a otro edificio y hay un solo cuadro, una foto de una enorme catarata bajo la cual está escrito «Iguazú». Unos brazos de aluminio sobresalen de la pared enfrente de la cama, pero no sostienen ningún televisor. En el baño, en lugar de bañera hay una pequeña ducha con la puerta arrancada de su sitio y en el pequeño cubo de la basura junto al inodoro, hay un largo pelo negro y rizado. La iluminación de la habitación está herida de muerte. Incluso encendiendo todas las luces a la vez, todavía resulta tenebrosa. Eytan ya habría encontrado una solución, piensa. En sus primeras vacaciones juntos, en Creta, fueron a parar a una habitación con una iluminación parecida a esa y ella le había dicho déjalo, solo son tres noches, pero él jugó con los cables y ajustó algunos tornillos mientras ella dormía, y se hizo la luz.

Se quita la ropa y se acuesta en la angosta cama de cara al techo, demasiado cansada y desmoralizada para darse una ducha. «Humor a lo Morrissey», como ella solía llamarlo, después del melancólico solista de los Smiths. ¿Qué tengo que ver con Lima, qué hago aquí?, murmura, y cierra los ojos con un fuerte sentimiento de equivocación.

Cuando los abre de nuevo distingue unas inscripciones. Cubren el techo y se extienden hacia abajo, por las paredes. Toda clase de textos, en toda clase de lenguas. Sobre todo en inglés. Alguien ha escrito la letra de «California Dreamin'» entera, de cabo a rabo. Otro, una cita de Nietzsche. Junto a la ventana hay una tira de cómic. En doce viñetas cuenta la conmovedora historia de un mochilero que pilla una espantosa diarrea en Río de Janeiro durante los carnavales y no puede alejarse de los servicios. Al lado de la lamparilla de noche, alguien ha escrito una guía breve con un largo título: «Diez modos de afrontar el ataque de pánico que te sobreviene en una habitación individual en Lima». Hay unas ideas que no están mal. Por

ejemplo: «Piensa en alguna chica con la que siempre te has querido acostar. A menudo, ponerte caliente vence el pánico». O: «Respira con el culo». O ese otro: «Lee un artículo académico que verse sobre ingeniería industrial y gestión». El décimo consejo, el último, concluye: «Si nada de lo que has hecho hasta ahora te ha servido para nada, ¡sal ya de este cuarto, idiota!».

De pie ante la pared, lápiz en mano, quiere añadir algo en hebreo, pero no consigue dar con nada lo suficientemente ingenioso. Mañana, acaso, piensa. Por otro lado, puede ser que mañana cambie de hotel. Saca el teléfono para llamar a Eytan, para explicarle el mensaje lacónico que le ha mandado desde el aeropuerto de Berlín, pero se ha terminado la batería y el cargador no se adapta al tipo de enchufe de Perú. Quizás sea mejor así, piensa. De todos modos, de momento, no tiene una explicación suficientemente buena.

Mientras cierra los ojos, la mujer al otro lado de la pared está llegando al orgasmo. Gime lánguidamente, con gemidos apagados y rítmicos.

Eso despierta sus celos y se envuelve en la delgada manta, cierra los ojos e intenta imaginarse que una banda de delincuentes peruanos la tienen secuestrada y el agente del Mosad, el de la nuez de Adán prominente y con hebras plateadas en las sienes, es enviado por el gobierno en su auxilio, pero justo cuando empieza a cortar la cuerda con la que estaba atada a un árbol y a pasar un dedo a lo largo de la señal que han dejado las ligaduras en su piel, la mujer de la habitación contigua alza el volumen de sus gemidos, que invaden su imaginación y, de pronto, esos gemidos parecen sollozos, no gemidos de placer, y cuando intenta cerrar los ojos de nuevo y seguir con lo suyo a pesar del miedo, no lo consigue, la trama sigue pero el deseo ya no, y ella ya sabe que es imposible forzar esas cosas. Entonces abandona, se levanta para comprobar si la puerta está cerrada con llave. Cierra también la ventana. Corre las cortinas. Se acuesta boca abajo e intenta respirar con el culo.

Lili

Prefiere estar informada, por exasperante que sea la noticia, a no saber. Durante ese último día, su cabeza desborda de escenarios, que se van volviendo cada vez más alarmantes con el transcurso de las horas: han despedido a Inbarita y por eso hoy no han mencionado su nombre en el

programa de la radio (¡cuántos anuncios hay entre cada radioyente y qué ruidoso es todo!), Inbarita padece una grave enfermedad (¡Tantas conversaciones con ese móvil abominable, sabía que iba a terminar mal!), Inbarita ha desaparecido y está a punto de hacer lo que Yoavi se hizo a sí mismo, después de todo hay algo genético en esa tendencia, es como un barril de explosivos del alma que espera solo una cerilla para inflamarse y quizás Yoavi era esa cerilla y se trata de una mecha retardada, o acaso le haya ocurrido algo a Hanna y las dos se lo ocultan y se aprovechan de su vejez para establecer una alianza en su contra, entablar una conjura contra ella...

Inbar ha visitado a su madre en Berlín y ahora ha decidido viajar a Perú, le dice Eytan.

Y ella suspira aliviada pero, fiel a su personalidad, refunfuña: así que ella también recibió su compensación de esos alemanes por el Holocausto.

Sólo quiero que sepas que no le ha sido fácil viajar tan lejos, se apresura a defenderla Eytan. Por eso no quería que tú...

Sólo quiero que sepas, lo interrumpe, que su bisabuelo, mi padre, fue enviado a las cámaras de gas por esa gente. Sólo quiero que sepas que no existe otra Alemania distinta, bajo su máscara cultural ellos son exactamente los mismos. Salvo que ahora no odian a los judíos sino a los turcos o a los alemanes del este. Sí, escriben poesía, asisten a conciertos. Son cultivados exactamente como lo fueron antaño, en los años treinta. Pero quiero que sepas que tanto hoy, como antes, no hay en su corazón ni una gota de compasión.

Mmmm... bien... seguro que Inbar te va a telefonar desde allá, desde Perú, Eytan prefiere ignorar su perorata.

Bien, no es seguro que esté en casa, dice, y de inmediato otra voz se burla en su fuero interno: ¿Adónde va a ir, justamente, una vieja como tú? ¿Hasta dónde van a llevarte tus piernas doloridas? ¿Al dormitorio? ¿Al ascensor? ¿A la tienda?

Va a su silla de los recuerdos. Le da la vuelta hasta que los rayos de sol le dan justo en el ángulo adecuado. Pone en marcha el ventilador en el número dos. Se sienta.

No consigue recordar nada. Tiene la imagen de Inbar ante los ojos y no se mueve de allí. ¿Perú? ¿Qué pasa con Perú?

Todo a causa de ese padre que tiene. ¿Cómo puede una persona abandonar así a su mujer y a su hija? Y luego ocultarles durante dos años que tiene una

nueva familia. Seguro que tenía antes una historia con esa Vivian. Seguro que la conoció en uno de sus congresos al extranjero. Si no, ¿cómo pudo ocurrir tan deprisa?, ¿cómo se puede abandonar a una hija de ese modo? Aunque tenga treinta años. Una hija siempre es la niña de su padre aun a los treinta. También necesita a su padre a esa edad. Pero Inbarita, en vez de enfadarse con él, todavía lo comprende. «No le quedaba otro remedio». «Era muy duro para él.»

«Duro». La vida es dura. Para todos es dura. Pero cuando tienes hijos no tienes el privilegio de darte una buena vida.

No le gustó el padre de Inbar desde el primer momento en que lo vio. No, no es exactamente cierto. ¿Cómo no te puede gustar un hombre como Yosi Benvenisti? Siempre se apresuraba a recoger la mesa al terminar la comida familiar y a colocarse ante el fregadero. No sabía fregar los platos, tenía la mente en otro lugar. Deja restos, pero está lleno de buena voluntad. Trae pequeños regalos en cada visita: flores para ella. Acuarelas especiales para Nathan. Reparte abrazos, besos, se ríe enseñando todos los dientes. Cuenta historias no exentas de alguna pequeña falsedad. Enrosca los pelos del bigote alrededor de un dedo. Antes de irse pregunta si necesitan que haga algo en la casa. No lo pregunta delante de Nathan para no faltarle al respeto. Y si ella le dice que sí, que hace falta, se entretiene un buen rato. Atornilla. Taladra. Arregla una persiana rebelde. No hay nada que objetar, Yosi Benvenisti ha insuflado un aire nuevo en su casa, ha añadido una cuarta pata a la mesa familiar que oscilaba sobre tres patas...

Pero no. Nunca confió en él.

Si se hubiera llamado Goldberg y no Benvenisti, seguro que sí hubieras confiado en él, se burlaba de ella Guita cuando Lili le contaba sus temores antes de la boda.

Pero ella sabía que todo era broma. Tres semanas en barco con los miembros de su comunidad le habían enseñado que no eran particularmente unos triunfadores. Y de alguna forma, estaba incluso satisfecha de que el elegido de su hija no se llamara Goldberg sino Benvenisti.

Lo que simplemente no le gustaba era su mirada. Con gran estupidez por su parte, se lo dio a entender a Hanna después de una comida familiar («Es bonito que estudie para ingeniero, pero vigila que no se las ingenie también contigo, Dios no lo quiera»), cosa que había ayudado a que finalmente ella se casara con él para demostrarle que estaba equivocada. Sin embargo, era

difícil equivocarse con la mirada de hombres de esa clase. Que quede claro, Yosi Benvenisti no era Clark Gable. Ya en la boda tenía una pequeña barriga que se fue hinchando a medida de que iba de congreso en congreso por el extranjero. Aunque tampoco era feo. Tenía esa mirada ávida que codiciaba a cada mujer que tenía cerca más de unos segundos, incluso a su suegra decrepita, una mirada que decía: Tienes algo que necesito. Algo de lo que estoy hambriento. Y para conseguirlo estoy dispuesto a adularte cuanto sea necesario.

Su Nathan no poseía una mirada así. Cuando llegó al kibutz, las compañeras de su edad le confiaron: «Cada vez que alguna chica lo quería seducir, él empezaba a hablarle de ti. Incluso pensamos que no éramos lo bastante buenas para él y que había inventado a “su Lili” como excusa.»

Fima, al contrario, tenía exactamente esa mirada. Y la sintió todo el tiempo que viajaron en la cubierta del barco. Sentía esa mirada como una quemadura, cada vez en un lugar distinto del cuerpo: las nalgas, el cuello, los muslos. Al principio, miraba enseguida hacia atrás para sorprenderle en flagrante delito. Más tarde, tuvo suficiente con la quemadura, temía que sus miradas se encontraran. Había algo desagradable, equívoco, en esas miradas suyas. Pero ya que se contentaba con las miradas y no se le acercaba, no podía hacer nada más que confiar sus quejas a Esther.

Ambas estaban apoyadas en la borda, a la puesta del sol, mirando un banco de delfines que hacía horas acompañaba al barco. Los delfines nadaban alrededor de las barcas de salvamento, en distintas formaciones y, de vez en cuando, si alguien les lanzaba algo desde la cubierta –por ejemplo, una bolsa de cebollas vacía– se peleaban para ver quién la atrapaba primero con la boca. El vencedor saltaba en el aire con gesto triunfal, pero entonces, al descubrir que no tenía nada, la soltaba de entre sus dientes y volvía, resignado, a nadar con sus compañeros.

Lo que ese delfín acaba de comprender, Fima lo comprenderá finalmente, le dijo Esther.

¿Qué quieres decir?, le preguntó Lili.

Si sigues rehuyéndolo, comprenderá que no eres una presa fácil y te dejará en paz, le explicó Esther. Y Lili pensó que era inteligente y que tenía razón.

Pero incluso en el funeral de Tsipora Roth, Fima no dejó de lanzarle miradas.

La habían llamado de la enfermería en plena noche para que identificara a

la difunta: era la muchacha demacrada del tren. La que repartía pastillas de chocolate amargo entre los vagones. Entonces ya le pareció demasiado débil. Demasiado pálida. Se embarcó enferma, explicó el doctor a los presentes. Ella disimuló su enfermedad porque quería emigrar a la Tierra de *Israel*. Lili escuchaba sus palabras aturdida, como bajo el agua. Era la primera vez que veía a una persona muerta. Cuando murió su madre era muy pequeña y no le permitieron que se acercara a ella, ni a su cama, ni a su tumba. Y ahora se encontraba frente a frente con la palidez absoluta, extrema. Le vacilaron las piernas. Durante los primeros días del trayecto, como la mayoría de los pasajeros, había sufrido mareos y había aprendido a soportarlos con rodajas de limón, pero de los escalofríos que sintió ante el cadáver de Tsipora Roth, ningún limón podía librarla. Otros pasajeros entraron en la pequeña cabina de la enfermería, entre ellos Fima, que lo lleven los diablos, con su armónica colgada al cuello rozando su nuez de Adán. Se irguió, para que no se diera cuenta de que había tenido un decaimiento.

El jefe de la expedición tomó la palabra: La difunta no tenía conocidos ni compañeros a bordo, dijo. Por eso os hemos invitado, como dirigentes de los comités culturales de los distintos grupos de inmigrantes, para participar en su funeral. La ceremonia tendrá lugar dentro de breves instantes, al amparo de la oscuridad. Seguro que os preguntaréis por qué no llevamos a cabo un funeral con arreglo a la tradición, pues he aquí la razón: entre la gente de mar existe la creencia de que una muerte durante los primeros días de la travesía es señal de mal presagio para la suerte del barco entero. Nosotros creemos que si los marineros del barco, mercenarios griegos, supieran de esta muerte, podrían asustarse y abandonarlo a la primera oportunidad.

Al comienzo de la segunda guardia, un pequeño grupo de personas avanzó en silencio por la cubierta llevando una camilla en alto. Al llegar cerca de la borda intentaron bajarla. El viento era muy fuerte y uno de los portadores no oyó la orden. Por un instante, Lili creyó que la camilla estaba a punto de volcar y que el cuerpo envuelto en el sudario se caía, pero al final consiguieron enderezarla entre los cuatro y dejar a Tsipora sobre las tablas de la cubierta.

El jefe de la expedición pronunció un elogio fúnebre con sobria emoción. «Como Moisés en el monte Nevo, declamó, Tsipora no alcanzó a ver la Tierra Prometida con sus propios ojos, y no llegará a ella.» A continuación, habló sobre la entereza de la difunta, cuya enfermedad no la había disuadido

de realizar su sueño, emigrar a Tierra de *Israel*, ni el hecho de que todos sus compañeros de la formación agrícola habían embarcado ya en la nave precedente y que no conocía a nadie en este barco...

Yo la conocí, yo la vi repartiendo pastillas de chocolate, endulzando a los demás la amarga píldora de la separación de sus hogares, quiso decir Lili. Pero uno de los compañeros que llevaba kipá había empezado a recitar el Kadish.

Después alguien –¿quizás Fima?– dijo: «Descanse en paz». Entonces dio la señal, la camilla fue levantada sobre la baranda y el cuerpo se deslizó dentro del agua. Se oyó un golpe sordo, como de un puño contra un saco.

En el silencio reinante, sintió la mirada de Fima quemándole la nuca y deseó darse la vuelta y abofetearlo: ¿Ahora también? ¿No tienes vergüenza? ¿Ha muerto una compañera y tú me sigues clavando tu mirada sucia? Bien está que no toques ahora la armónica ni bailes. Un comediante, eso es lo que eres. ¿Para qué quieres emigrar a la Tierra de *Israel*? Allá no hay lugar para los artistas como tú. Allí se trabaja la tierra, el forraje, la cosecha, la vendimia, con el sol pegando fuerte en la cabeza. Tenías que haberte quedado en Varsovia, Fima. Para entretener a las putas. Es mucho más adecuado para ti...

Eso es lo que hubiera querido decirle. Pero guardó silencio y no volvió la cabeza atrás por miedo a transformarse en estatua de sal. Y se fue a paso vivo, a la cabeza del grupo, con el cuello tendido hacia delante, para huir de Fima y del golpe sordo del cadáver contra el agua que, a pesar de que no despertó eco, seguía retumbando en su cabeza.

Descendió a las entrañas del barco y se acostó en su litera. Sin descalzarse siquiera.

Salvo ella, todas las personas de su compartimento estaban sumidas en un profundo sueño. El sopor de los ignorantes. De vez en cuando alguien se daba la vuelta y la tabla crujía levemente. De vez en cuando, alguien murmuraba en sueños palabras sueltas que no formaban una frase completa. Ella se cubrió con el delgado cobertor y cerró los ojos, pero su corazón estaba alerta: Y si –no podía dejar de pensar– lo que creían los marinos era cierto y la suerte de este viaje estuviera echada, si supiera que mañana es el último día, que tengo una última oportunidad de vivir todos mis sueños antes de que se hundan conmigo, ¿hubiera seguido evitando a Fima?

Inbar

Por la noche, sueña con babosas. Esos invertebrados sin concha trepan por su cuerpo y ella intenta quitárselos de encima con suavidad. Sin embargo, cada vez que consigue expulsar a una, otras dos ocupan su lugar. Sabe que para quitárselas de encima hay que matarlas y que se matan echándoles sal encima, pero no tiene corazón para hacerlo.

De día, Lima todavía aprisiona más que de noche. Hace tres meses que no vemos el sol, le cuenta una de las camareras del restaurante junto al hotel. A causa de la contaminación. Aquí las nubes se mezclan con la polución que desprenden las fábricas y ni un solo rayo logra penetrar en esa mezcolanza. Yo, en tu lugar, me iría de aquí lo más rápido posible. ¿A dónde?, pregunta Inbar. A Cuzco, propone la camarera. Allí hay sol. Todos los gringos están allí. ¿Hay algún autobús nocturno para allá?, pregunta Inbar. Sí, dice la camarera, pero no es aconsejable para mujeres que viajan solas, sabes. Hay incidentes.

Inbar compra un billete para el autobús que sale por la mañana hacia Cuzco y luego pasea un poco por las calles. En cada esquina hay patrullas de policía. En la farmacia dispensan medicamentos a través de una reja. Una caterva de hombres con botellas vacías de cerveza en la mano le lanza miradas de violador. Qué error ha sido ponerse una camiseta escotada.

Recuerda que una vez en el programa del doctor Adrián, después de que una joven contara que había sido acosada sexualmente por su jefe, se entabló una conversación entre las chicas de producción y resultó que cada una de ellas –eran seis en la sala– habían sufrido por lo menos un acoso a lo largo de su vida.

Si hubiera venido aquí con Eytan, me habría sentido mucho más segura.

En uno de los mercados improvisados cerca de la estación de autobuses, venden adaptadores eléctricos. Sabe que necesita uno para llamar a Eytan, en su lugar, compra un gas lacrimógeno. Quizás con él pulverice los ojos de un violador peruano. O sus propios ojos. Y así pueda finalmente romper a llorar.

Se refugia de las miradas de los hombres en el hotel y entonces recuerda que quería cambiar a otro. Pero ya no tiene fuerzas para hacerlo.

Cuando entra al vestíbulo, un olor a moho ofende su nariz. ¿Qué hace ella en un agujero como ese? De repente este viaje le parece un sinsentido. Extraño. No para su edad.

No fucking today?, le dice el empleado sonriendo.

Sin devolverle la sonrisa, toma la llave de su habitación.

Se acuesta en la cama. Tiene el corazón anegado de contaminación. Observa las inscripciones que llenan el techo. De repente, sus ojos captan unas palabras que ayer no consiguieron ver. En diagonal al punto diez de la guía «Diez modos de afrontar el ataque de pánico...», aparece un título, escrito por la misma mano: *El periplo del Judío Errante*.

Bajo la inscripción, el dibujo de un violín. Y bajo el violín, como en la camiseta de una banda de rock, una lista de ciudades y de fechas: Florencia 1411, Toledo 1457, Múnich 1606, París 1777, Londres 1934, Río de Janeiro 2004, Lima 2006.

Saca el dietario del bolso y apunta las fechas. Sería interesante saber si solo es un garabato o se basa en algo real. Podría telefonar a su madre, seguro que lo sabe. Pero no tiene adaptador. ¿Por qué no ha comprado uno? ¿Cómo es que no telefona a Eytan? Eso no está nada bien. ¿Qué es lo que le ocurre?

¿Y qué ocurre con la judía errante? Escribe en la libreta. ¿Por qué son siempre los hombres los que vagabundean? Caín, Ulises, Marco Polo, Don Quijote, el hombre de la canción de David Broza, «Una voz te llama a errar, a errar». ¿Así que el gen del errar no existe en el ADN de las mujeres? ¿O errar es peligroso para ellas, porque son más vulnerables y por eso están constreñidas a quedarse siempre en la tienda, en casa, en Ítaca?

O quizás, de hecho –escribe en la libreta con mano algo temblorosa– el Judío Errante tiene una secreta compañera de viaje. Se llama Nesia. Nesia no teme que la agredan, ella es la que da aliento al Judío Errante en sus horas más amargas, cuando se hunde y ya no cree que alguna vez dejará de purgar su castigo y regresará a casa.

* * *

Por la noche vuelven las babosas. Pero esta vez es más aterrador. Trepan por su pecho, de los hombros hacia el cuello y de allí al rostro, por lo menos hay siete, ocho, en el rostro, entonces empiezan a deslizarse dentro de su boca, intenta vomitarlas, pero en vano, y siguen hacia la garganta una tras

otra hasta que se forma un embotellamiento y de golpe no puede respirar no puede respirar.

Cuando despierta, el corazón le late tan rápido que parece que se le va a salir por la boca. Le tiemblan las manos, le castañetean los dientes y el párpado izquierdo le palpita. Sabe, sabe que tiene que ponerse de pie y largarse de esa habitación pero está absolutamente paralizada, y además no tiene a dónde ir. Quien no posee ningún lugar, el viaje es el lugar, escribe al alba, en nombre de Nesia. Aunque en ese instante está poseída por el pánico, por la caída, no tiene un ánclora a la que anclarse, todas las áncoras se han desanclado, el ánclora de su padre se ha desanclado, el ánclora de Eytan se ha desanclado, el ánclora de Yoavi ya no existe. ¿Qué diría el doctor Adrián ahora si lo llamara al programa? Como un relámpago, se le ocurre esta idea. Poco importa. ¿Qué entiende él de todos modos? Busca en la pared la guía «Diez modos de afrontar el ataque de pánico que te sobreviene en una habitación individual en Lima», parece que es lo que tiene ella ahora. Un ataque de pánico. Pero la guía ha desaparecido. ¿Cómo puede ser? ¡Estaba aquí hace un par de horas! La busca con los ojos, una y otra vez aunque, al parecer, la pared se ha llenado con las andanzas del Judío Errante que se alargan, según demanda, a otras ciudades. Mañana por la mañana ya no estarás aquí, se dice, intentando tranquilizarse, pero ¿cómo vas a pasar la noche, cómo? Siente como si una especie de antigua pala para la colada, con hierros, le bloqueara la tráquea fuertemente, el corazón al galope, si no hace algo para detenerlo va a explotar, saca su diario del bolso, quita ansiosa el capuchón de la pluma y empieza a escribir a Nesia. No tiene intención de escribir a Nesia, todo lo contrario, después de lo de Yoavi, esa pretensión del narrador de conocer las profundidades de la conciencia de sus personajes le parece descabellada, quién puede adivinar qué pasa por la cabeza de alguien, si en la realidad hasta los más cercanos –por ejemplo, los hermanos pequeños en el servicio militar, esconden zonas del alma enfermas e invisibles– pero Nesia no tiene espera. Nesia, simplemente, se ha creado a sí misma. Un renglón tras otro. La noche entera.

Nesia

Quizá Nesia es un pájaro que ha perdido a su bandada. O a lo mejor la ha perdido deliberadamente: toda esa historia de conservar la formación es demasiado para ella y en algún determinado estadio, se detiene para rascarse un ala y cuando la bandada está suficientemente alejada, cambia de dirección.

Cuando Nesia viaja, su palabra preferida es: quizás.

No es que no consulte su reloj (a veces, cómo no, necesita tomar un tren o dejar libre su habitación a tal y tal hora).

Pero cuando Nesia llega a un nuevo paraje no se apresura en buscar sitio para dormir. Primero, lo sabe, hay que sentarse en un banco bajo un árbol (en todas partes hay por lo menos un banco), mantener los ojos cerrados y estar atenta a las historias del lugar que las hojas murmuran en sus oídos.

Cuando Nesia está de camino (a veces le lleva unos días sentirlo así) es como antaño, de niña, cuando rodaba por la yerba desde la cima hasta los pies de una colina —en algún momento el cuerpo ya rodaba solo, no había que hacer ningún esfuerzo.

Y no es que Nesia no se pregunte alguna vez, «¿qué haces aquí?». Pero ella no se lo pregunta para culparse a sí misma, sino como alguien que se pregunta la verdadera razón de sus viajes.

Nesia es un personaje problemático si se quiere construir una novela basada en ella. No sufre ninguna evolución. Sus diálogos no son demasiado ingeniosos. Es excesivamente libre para dejar entrever un libertinaje literario cualquiera. De hecho, desea escribir un poema sobre ella, pero siempre se mueve de aquí para allá.

Eso mismo le dijo un escritor con el que se encontró. Vivía en una caravana y disponía de un chofer que lo llevaba de un lado a otro del continente. Únicamente era capaz de escribir mientras viajaba, le había explicado. Las palabras únicamente le salían cuando veía por la ventanilla que tenía encima de su escritorio, que el paisaje variaba.

El escritor hubiera querido acostarse con ella. Le murmuró al oído que ella olía igual que los días anteriores a que estallara la primavera y Nesia le dijo gracias, gracias de verdad, pero se apartó de él y le explicó que había algo poco atractivo en los escritores. A todos se les queda forma de silla después de algún tiempo y siempre existe la sospecha de que se acuestan contigo como parte de sus investigaciones.

Inbar

En el instante en que finalmente logró salir de Lima con el camino por delante, respiró a pleno pulmón. Si superó el retorno de los recuerdos de Yoavi en el avión y una noche con el corazón desbocado en el hotel, trataba de convencerse de que superaría lo peor. Está en un autobús especial para turistas, con asiento reclinable, aire acondicionado, y una pequeña pantalla de televisión, igual que en el avión. El billete cuesta como el salario mensual medio de un peruano.

Ninguno de los turistas tiene su edad. Son más jóvenes o más viejos. Ella está en esa edad intermedia, cuando la gente hunde las raíces en el suelo y no hace grandes cambios, no abre nuevas vías, no suelta un buen trabajo ni viaja totalmente sola, sin pareja y sin amigos, a Sudamérica.

El asiento junto a ella está libre. En las siguientes paradas, si suben más pasajeros, nadie se sentará a su lado. Los jóvenes acaso la ven demasiado mayor. Los adultos, demasiado joven.

Ahora podría tener a Eytan a su lado, piensa. Apoyaría la cabeza en su hombro, él le acariciaría el pelo y todo sería descolorido y grato, ella dormiría sin sueños de babosas, y sin temor a que el autobús cayera al abismo o que chocara con uno de los camiones que vienen de frente a una velocidad exagerada.

Después de todo, ella no es una de las heroínas ni uno de los personajes que describe.

Nesia

No se acuesta con el escritor, pero sí con su chofer. No, ella no es de las que distinguen entre cuerpo y sentimientos, simplemente experimenta sus sentimientos con rapidez. Le basta con escuchar al conductor alentar a un amigo por teléfono para que se le abra por completo el corazón, pase a la cabina y coloque la mano de él entre sus muslos y le diga detente aquí.

¿Cómo hace el amor Nesia? Sin rubor. Sin artimañas. Sin hipocresía.

¡Uaaaauu!, dice el chofer después de la tercera vez. ¿De dónde has salido tú? De ningún lugar en especial. Siempre vagabundeas. ¿Y cómo es vivir así? Se retira de encima, se acuesta junto a ella y la mira con ojos ávidos por comprender (ahora ella sabe que no se ha equivocado con él).

Cuando vagabundeas, le explica mientras le acaricia su brazo musculoso, las letras que componen tu nombre vagabundean contigo. Sin embargo, alguna se cansa de vez en cuando y se queda a descansar en el hotel, entonces estás un día entero sin la «n», por ejemplo. Cuando vas errante por el mundo, los recuerdos de tu infancia son tan concretos que uno de ellos puede sentarse a tu lado de repente en el autobús. Cuando vas errante por el mundo, los cordones de tus zapatos y de tu alma se desabrochan más a menudo. Cuando vas errante por el mundo, eres la carta en el pico de una paloma mensajera y también la paloma misma. ¿Entiendes?

No del todo, sonrío él. Pero sigue, es estimulante.

Cuando vagabundeas —ella le besa el mentón, el pecho y más abajo—, tu zona erógena se inflama y existe el peligro de que te enamores incluso de una ciudad. Cuando vagabundeas, los sueños son demasiado transparentes y explícitos para que puedas deshacerte de ellos. Cuando vagabundeas, la soledad es tan fuerte como el orgasmo y muchas cosas que parecen muy importantes, de repente no lo son, como la pregunta: ¿Cómo te llamas?

Inbar

Termina por comprar un adaptador en Cuzco, la mañana siguiente a la fiesta con baile en la que se había apoyado en una pared, porque sintió que no iba vestida como debía y porque la música le parecía terrible, además, ella no baila porque no se siente a gusto con su cuerpo y la única razón por la que asistió a esa discoteca fue porque una holandesa que encontró cerca de las cuerdas de tender la ropa la llevó, y ella esperaba que sería un buen medio de conocer gente auténtica. Pero todos en esa discoteca eran niños, unos críos, y la holandesa, que también era una cría, desapareció con un holandés y con ella nadie intentó ligar a pesar de que sonrió un poco y se separó de la pared. *And men seem wicked when you're unwanted.*

¿Inbarita?, la llama Eytan cuando ella lo llama por teléfono. Le tiembla

algo la voz.

Sí.

Yo... tú... ya pensaba que tú... estaba terriblemente preocupado por ti.
¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

Nada.

¿Cómo que nada?

No ha ocurrido nada. Todo va bien.

¿Todo va bien?

Sí.

Entonces por qué... qué... Media hora antes de tu vuelo me mandaste un sms –¡un sms!– diciendo que no venías. Desapareciste. Te imaginas siquiera... Hey, me estoy volviendo loco...

Lo siento, Tani. Tendría que haberte llamado antes. Lo sé.

Pero ¿dónde estás? ¡No tengo ni idea!

En Cuzco.

¿Dónde está eso?

En Perú.

¿Has encontrado a alguien en Berlín, Inbar? ¿Es eso?

No, qué dices. ¿Con qué me sales, ahora?

¿Qué ocurre entonces? No entiendo nada. ¿Así, sin más, decides no volver?

No, no fue así. Hacía tiempo que me rondaba por la cabeza.

¿El qué? ¿Un viaje a Perú?

No, no es eso.

Pues qué. No lo entiendo.

Ella guarda silencio. Primero espera, quizás después del desfase, él añadirá más palabras. No sabe qué decir.

Dime, ¿qué quieres que les diga a los de la radio? –él lleva la conversación por derroteros más prácticos, más cómodos–, me están volviendo loco.

No les digas nada. Yo los telefonaré y les diré que lo dejo.

¿Lo dejas? Mi alma, ¿no sería mejor decirles que alargas las vacaciones...? Ya sabes, por si te arrepintieras.

Tengo que dejar todo eso atrás, dice ella.

Pero, mi alma...

Déjalo. Ya lo he decidido. Es mi decisión, dice, pero piensa: de hecho, no me gusta que me llame «mi alma».

Dime, ¿cómo fue que de pronto... cambiaras un billete por otro? ¿No ha salido terriblemente caro?

Pues sí, ¿y qué? Ya pensé en eso. Es a cuenta de los últimos sueldos en la radio. Quiero deshacerme de ese dinero sucio.

Pero... si lo malgastas, ¿se vuelve menos sucio? No sé, Inbar, no consigo comprender qué te pasa por la cabeza.

Ese es el problema –piensa Inbar, pero no lo dice–, que te lo tengo que explicar todo. Que tú solo no lo entiendes. Que no ves que desde hace tiempo estoy perdida. Que no captas la relación entre lo que ocurrió en el programa y lo que pasó con Yoavi. Porque no aceptas que se pueda odiar y amar a la misma persona, sobre todo si es tu hermano muerto. Que no aceptas nada complicado u oscuro porque en ti todo es luminoso.

Bien, no importa, él abandona. ¿Cuándo vuelves?

No lo sé, ella dice la verdad. Y, para calmarlo, se apresura a preguntar: ¿Cómo va la tienda?

Bien, he vendido cinco candelabros esta semana.

¡Súper! Es un record mundial, ¿no?

Sí, dice él, pero de una forma u otra, cuando no estás aquí, no me importa mucho.

Siento mucho que sea así Tani, después de todo se compadece de él.

No digas que lo sientes si no lo sientes de verdad, responde él.

Lo siento de verdad.

Pues vuelve, cuanto antes mejor. Te estaré esperando.

¿En serio?

Pero no desaparezcas así. Da señales de vida de vez en cuando, para que no me dé algo. ¿De acuerdo?

De acuerdo, responde ella. Pero el desfase es tan largo que a él no le basta para oír el «de acuerdo» de ella y le pregunta de nuevo: ¿De acuerdo? Y ella vuelve a responder otra vez: «De acuerdo». Pero decir dos veces de acuerdo le da la impresión de que nada está de acuerdo.

¿Necesitas algo?, le pregunta él para terminar. ¿Quieres que te mande algo por FedEx?

No. Me las arreglo.

* * *

¿Te las arreglas? No solo la ropa que llevaste a Berlín es insuficiente ahora, tampoco es adecuada para ese viaje. No hay verdaderos centros comerciales por los lugares que atraviesa, así que empieza a escoger una prenda tras otra en el transcurso de su viaje. Una camiseta en un puesto del mercado, una chaqueta multicolor comprada a un vendedor ambulante que ha subido al autobús, unos pantalones que le hacen caderas de estudiante canadiense de regreso a casa y que no quiere que le hagan pagar el excedente de equipaje.

¿Para quién se viste? Mmmmm... no está muy claro. Para ella misma, puede ser. Quizás también para el agente del Mosad.

Pero de momento no ha encontrado a nadie. Apenas habla con nadie. Nadie le parece que valga la pena.

Después del fiasco de Cuzco, tampoco sale de noche. Ni a beber ni a bailar. Regresa a la habitación, se acuesta y escribe, escribe acostada.

Nesia

Nunca se encuentra en el extranjero. Aun estando en Katmandú o en Tombuctú, no está en el extranjero. Porque para estar en el extranjero es necesario pertenecer a un país y Nesia nunca ha tenido una tierra. La fuerza de atracción la empuja adelante, no hacia abajo.

Lleva siempre en sus viajes dos ejemplares del *Tao Te King* de LaoTse. Uno para ella, y otro para darle al primer hombre que le guste, después de acostarse con él, para que escoja una frase y, cuando la haya elegido, la escriba con su dedo, una letra tras otra, en sus nalgas. Y según la frase escogida y por la forma en que su dedo imprima las letras sobre su piel, decidirá si le gusta tanto como para quedarse con él otra noche.

El chofer del escritor elige una frase: «Desprovisto de ambiciones puede ejercer plenamente el amor.» Mientras escribe con el dedo meñique en una nalga, le mordisquea la otra. Se queda con él otra noche en la cabina. A la mañana siguiente le pide que la baje en medio de la carretera. ¿Qué?, protesta él una vez que se ha detenido. Creía que entre nosotros empezaba algo auténtico. Lo siento, y lo siente. Un momento, él intenta agarrarle la chaqueta, cómo... es decir... cuándo... podremos volver a vernos...?

Pero ella ya se ha bajado y, al pie del vehículo, agita la mano como

despedida.

El escritor también levanta la cabeza de la máquina de escribir y le lanza un beso al aire. ¿Quizás los ha oído mientras se acostaban? ¿O los ha espiado? No es que le importe demasiado. Si era eso lo que deseaba, estar al borde de la vida sin penetrar en ella, ese es su problema.

Ella, por su parte, sigue adelante y, al cabo de pocos minutos, se da cuenta de que se halla en un cruce de caminos. Uno asfaltado, el otro un sendero.

Sigue su camino por el sendero, el de tierra. A pasos pequeños, ligeros. Como si pasara por un salón, en zapatillas.

Inbar

Camina por un sendero que parte de la izquierda de la iglesia, en Písac, en el Valle Sagrado. Lleva un gorro de una tela ligera, a cuadros rojos, azules y amarillos. Desde que lo vio ayer, en el mercado de los ladrones de Cuzco, quedó prendada de él. En Israel no hubiera comprado nada de ese tipo porque solo llevan la cabeza cubierta las religiosas, pero aquí, desde que se lo ha puesto siente (sabe que es una bobada, pero eso es lo que siente) que su viaje (y no solo el de Nesia) puede empezar de verdad.

Es tarde, muchos mochileros descienden por el sendero y ella, en contra dirección, se esfuerza en subir a la ciudadela inca en la cima de la colina. Lleva unos zapatos para caminar, de una suela gruesa, de auténtico excursionista. En su pequeña mochila lleva un impermeable que se dobla comprimido en su propia manga, un snack especial de la marca Alto para lugares con poco oxígeno, y un mapa que le dieron en la recepción del albergue. El camino es escarpado, transcurre entre terrazas desde donde se ven otras colinas. De vez en cuando, talladas en el sendero, hay unas escaleras blancas muy empinadas, de esas a las que tienes que sujetarte con una mano para poder afianzar el pie. A menudo el sendero se vuelve angosto en extremo y hay que estar atento para no resbalar al abismo. No es el momento de caer al precipicio ahora que le empieza a latir el corazón.

Se detiene un instante para recobrar el aliento. Oye el río Urubamba fluir abajo, en el valle, pero no lo ve. Quizás se pueda ver desde la ciudadela.

Atraviesa una gruta rocosa –todas las grutas del mundo le recuerdan

siempre el túnel subterráneo cerca del edificio del Fondo Nacional, en Hadar, Haifa—, que desemboca cerca de la entrada del lugar. Saca de la riñonera su boleto turístico y el vigilante la deja pasar. Cerramos a las seis, le avisa, y ella está satisfecha de sí misma porque solo lleva dos semanas en Perú y ya comprende lo que le dicen en español. Igual que cada uno nace con dos orejas y dos piernas, ella elabora una nueva teoría mientras trepa. Cada uno nace con dos lenguas maternas. La primera se activa al nacer y la segunda si la vida lo conduce al sitio donde se habla su lengua materna adoptiva.

Al final de la subida, en la parte superior de las terrazas, la espera la zona de las ceremonias con la Intihuatana, la piedra ceremonial. Alrededor, canales de los que fluye agua ya no histórica sino contemporánea, y entre esos canales están esparcidos pequeños santuarios y pilas para la inmersión. Todo ello bien cuidado, limpio, respetable.

Es asombroso cómo los peruanos están arraigados a su pasado, piensa. El reino inca fue conquistado por los españoles hace quinientos años, pero aún impera en el corazón de la gente. Al principio temió que fuera un decorado de cartón piedra para turistas, pero a medida que pasan los días, se forma una opinión: el orgullo de este pueblo procede de la época de los incas. De allí, la osadía de sus rasgos faciales, y la ausencia total de servilismo con los extranjeros.

Pasea unos minutos entre las ruinas, casi sola, intentando fantasear sobre lo que había ocurrido antaño allí, cuando la invade un deseo repentino de ver el río. Imposible que no se pueda ver desde algún sitio.

Un caminito sin señalizar conduce a un acantilado detrás de la ciudadela. Lo sigue aunque no queda mucho tiempo hasta la hora de cerrar. Hay unos extraños nichos excavados a ambos lados del camino y abre la guía para saber si hay alguna información sobre ellos. Sí, en efecto, esos nichos son antiguas sepulturas incas saqueadas por ladrones de tumbas. Encantador. Acelera el paso hasta llegar a lo alto del acantilado y unos metros antes de la cima, resplandece el río: sí, es posible ver el río desde aquí.

Es ancho, el Orobamba, cruza todo El Valle Sagrado y tiene una suave pendiente. Se sienta con la espalda recargada en una gran roca. Sopla un fuerte viento que le traspasa la ropa y le llega al alma. Se quita el gorro y deja que el viento agite su pelo. Las nubes cruzan el cielo con rapidez, como en el famoso videoclip de Kate Bush. Detrás de ellas, parece que el sol se va a poner.

Las voces de un grupo que recorría el lugar hace poco, acompañados por un guía de habla alemana, se desvanecen.

Las aguas del río son puras y cristalinas. Un aire benéfico asciende desde El Valle Sagrado.

Ahora, todo está perdonado.

Sabe que solo es un instante fugaz, que las pugnas internas seguirán viviendo en nosotros hasta la muerte...

Pero ante el río apacible eso es lo que ella siente. Que la soledad no la asustará más. Y que todo, absolutamente todo, está perdonado.

* * *

Perdona incluso a la bandada de israelíes que una hora más tarde irrumpen en el único bar de la pequeña ciudad hablando a grito pelado...

Entonces, le dije al chofer... y él me ha dicho... precisamente quería recorrer el Machu Pichu, pero el camino estaba cerrado, así que en su lugar hice el Huaraz... Allí encontré a Osnat... se lo hice, claro, que se lo hice... me llevó varias noches de conversaciones íntimas, porque es de origen religioso. Pero finalmente lo hice con ella como Dios manda... ¿Qué hacemos mañana, *hermanito*?...

También perdona al agua de la ducha del albergue, que además de que no es caliente, apenas fluye un hilillo.

Y también a su cuerpo, en el espejo, lo perdona un instante. No es esquelética. Es verdad. Pero, ¿y qué más da?

Se acuesta desnuda encima de la cama, imaginando que el agente del Mosad, mordisqueando los labios, aparece en el bar de la ciudad. Al parecer, viene persiguiendo a su nazi que ha huido hasta aquí. Solo pretende detenerse a beber algo en el bar y seguir camino, pero entonces repara en ella y la invita a una copa, a continuación se sienta a su lado, las rodillas de él rozan las de ella y su olor es terriblemente agradable y él le cuenta que el hombre que persigue no está lejos de allí, a dos kilómetros, pero de pronto no está seguro de querer liquidarlo y ella pregunta: ¿Por qué? Él mira alrededor, a todos los israelíes que están en el bar y dice que ese no es el lugar adecuado para esta conversación y van a la habitación de él y en cuanto cierra la puerta se terminan las palabras, las manos de ella lo acarician y las de él la acarician a ella y su lengua le lame la oreja, profundamente, como a ella le gusta.

Solo cuando abre los ojos lo ve, en el techo de la habitación, el dibujo de un violín y la escritura familiar que pregona: THE WANDERING JEW TOUR. Y debajo, la lista: Florencia 1411, Toledo 1457, Múnich 1606, París 1777, Londres 1934, Río de Janeiro 2004, Lima 2006, Písac 2006. Esto es extraño. ¿Es que la persigue ese Judío Errante? ¿O es ella la que lo persigue?

Al día siguiente, en uno de los locales con Internet, situado en un edificio colonial decrepito en el centro de la ciudad, se dirige a la única persona que conoce y que puede comprender algo de ese asunto.

Querida mamá,

¿cómo estás?

Me he encontrado dos veces con algo que te puede interesar: ins-

cripciones del Judío Errante. ¿Verdad que es extraño? Te mando dos fotos que hice en Lima y en Písac, dos ciudades de Perú. Puede ser que sea simplemente un idiota que lo pase bien garabateando las paredes. Pero ¿quizás sea de verdad el eterno judío que vaya errante de Europa hasta Sudamérica? ¿Qué dices, mamá? ¿Podría ser? Está relacionado con tu tesis doctoral, ¿verdad? Mándame la respuesta a este correo, lo abro de vez en cuando. Y por favor, no creas que me he vuelto loca en este viaje («¿Se le ha aflojado un tornillo?», ya oigo decir a la abuela, que de seguro te ha informado de este viaje, «¡Va tanto con ella, eso de huir en vez de afrontar las cosas!»). Sé que es difícil de aceptar, mamá, pero intenta comprender que es justo lo contrario. Estaba perdida después de lo de Yoavi y aquí, finalmente, siento que tengo una posibilidad (ínfima) de encontrar una salida.

Hanna

Gracias por mandarme las fotos, responde a su hija. Estoy contenta de que hayas pensado en mí.

Hay mejores especialistas que yo en este tema, pero si quieres saber mi opinión, la aparición del «Judío Errante» o su desaparición nunca son una «bobada».

Hablamos de un mito, una leyenda, que no es una verdad objetiva –¿existe un hombre así?, ¿aparece realmente en esos lugares y en esas fechas?– digna de interés. Sino de la misma utilización de ese mito en una época determinada de la historia.

La mayoría de los investigadores están de acuerdo en que, desde la creación del Estado de Israel, ha bajado considerablemente el número de «apariciones» del judío errante en todo el mundo. Como si con el establecimiento de un hogar nacional para los judíos, hubiera disminuido la necesidad de contar una historia que explique al mundo su eterna dispersión. Sin embargo, la Universidad siempre lleva algo de retraso en seguir los acontecimientos (lleva tiempo escribir un artículo, mandarlo a una revista, recibir los comentarios, corregir y, ade-

más: la Universidad no se inclina a recompensar la innovación sino el conformismo), por lo tanto, disponemos de no pocos testimonios provenientes del continente en el que te encuentras que nos informan de la resurrección del «Judío Errante» durante el último decenio.

¿Por qué precisamente ahora?

La interpretación conservadora se centraría en la evidencia de que la mayor parte de los testimonios recientes nos llegan de lugares remotos del globo terráqueo y sostendría que se debe al ritmo de difusión natural de las historias populares.

Yo, personalmente, tengo otra opinión. Me parece que, a medida que transcurre el tiempo, el mundo se da cuenta de que el estado de Israel ha fracasado en su misión: no ha resuelto el problema judío en el mundo. Es cierto, poseen un hogar, gracias a Dios, pero la primera piedra en el zapato: no cesan de meter bulla. Se apoderan de las noticias en la televisión y no dejan al mundo en paz con sus propias miserias y las que provocan...

(Te oigo decir: «Mamá, basta con ese autoodio», pero así y todo, mira la segunda piedra en el zapato...)

Y ellos, es decir, los judíos israelíes, vagabundean sin cesar por el mundo, se precipitan hacia fuera, como el caracol de su concha o como un general de brigada del refugio subterráneo del estado mayor. Llevan a la práctica el gen de la errancia que tienen implantado en su código genético aunque ahora posean un hogar. En Berlín hay miles de israelíes. En París también hay miles de israelíes. En Nueva York hay una colonia gigantesca. También

en Toronto. Pero, ¿por qué decir «ellos»? Mira nuestra familia. Yo me encuentro aquí, tú en Perú (¿o quizás te encuentras ya en otro país?), papá en Australia con una nueva familia (algo ridículo que un hombre de su edad tenga un hijo, pero dejémoslo. Sé que te tomas a pecho cualquier crítica contra él. Su egoísmo ya ha dejado de molestarme hace tiempo).

A propósito, sospecho que tu escritor de mensajes es israelí. Ese es el nuevo judío errante. Su elección de escribir en inglés es signo de esta tendencia: yo, dice el escritor, no formo parte de una nación reducida, yo soy parte del mundo de las luces.

Sería interesante saber si tengo razón. ¿Me tendrás informada, si lo encuentras?

Me gusta que me escribas. Después de irte, todo el mundo aquí ha comentado cómo nos parecemos y yo me he sentido muy halagada. Sí, Inbarita, halagada.

No creo que «te falte un tornillo» (¿Es así como me expreso? ¿De verdad?)

Creo que estás buscando tu propio camino. Es una búsqueda difícil, aun así, habida cuenta de las especiales circunstancias de nuestra familia es más difícil todavía. Hasta ahora, cinco años después, no he alcanzado a comprender que nunca volvería a ser la que era antes de lo que sucedió. Imposible volver atrás después de algo así. Imposible también comenzar de nuevo.

Ojalá pudiera ayudarte, Inbar. Señalarte, por medio de flechas y notas, el camino del tesoro oculto hacia la tranquilidad de espíritu. Sin embargo, todo cuanto diga –incluso cuando tenga razón como en el asunto del reloj biológico– no va a hacer más que irritarte. Como me irritaba a mí, a tu edad, todo lo que me decía la abuela.

Tal vez, una cosa («Sabía que no serías capaz de resistirte»), te oigo decir con ese tono cortante que utilizas conmigo): escribe.

Siempre has tenido esa inclinación. Yo intenté escribir después de lo de Yoavi pero no lo conseguí. Largos años redactando trabajos de investigación han agotado mi fuente de inspiración. Incluso esta carta que acabo de escribir de principio a fin, está contaminada por la aridez académica. Lo sé y como el escorpión, forzado a picar, no puedo dejar de hacerlo.

Espero que la aceptes con indulgencia.

Con amor,

Mamá

PD

Estoy preocupada por tu abuela. En nuestra última conversación, no recordaba dónde vivía ni qué día era. Le pregunté si quería que contratara a una asistente, entonces empezó a gritarme y a decirme que no necesitaba para nada mi dinero alemán. Habla con ella de vez en cuando, Inbar. A ti te va a escuchar.

Lili

Cuando llamó Inbar, quiso contarle la conversación con su amigo, pero de pronto había olvidado su nombre. ¿Erik?, no. ¿Amnón?, ¿Oshik? Y mientras Inbar le explicaba cómo dentro de poco iba a cruzar la frontera entre Perú y Ecuador, ella intentaba pescar su nombre en los abismos de la memoria. ¿Alón?, ¿Arnón? Aquí todo es baratísimo, dice Inbar. Se puede comer en la calle por dos shekel. No está bien comer en la calle, se empeñó su abuela. Vete a saber qué bacterias hay por allí, Inbarita. Para ti es más sana la comida casera. Y aún más sana, la comida de tu propia casa. Aquí, en Israel.

Y no me tomes drogas, ¿eh? Vi en un artículo del periódico que todos los jóvenes israelíes que viajan fuman droga. Y las drogas es como comer en la calle. Primero es agradable, pero luego pagas el precio multiplicado por mil.

Bueeeeno, dice Inbar. Y según como arrastra la «e», sabe que le está hablando como a una anciana, así que añade: Y si de todos modos las tomas y vale la pena, trae unas pocas para tu abuela.

Inbar se ríe y dice: No hay problema, y le pregunta: ¿Cómo te encuentras, abuelita?

Muy bien, responde, si se tiene en cuenta mi edad y el clima y que mi nieta se ha ido a Alemania sin decírmelo.

Lo siento, abuela, dice Inbar, me dio miedo tu reacción.

Y tenías razón, ya arreglaremos cuentas cuando vuelvas. Mientras, te he desheredado.

Oh, se ríe Inbar y pregunta ¿Hace calor en Israel?

Hay hamsín, responde, y de repente: a causa de la «n» final, recuerda el nombre que se le había ido de la cabeza y dice: Ha llamado Eytan.

* * *

Ayer, al llegar a la tienda, se le fue de la cabeza lo quería comprar. ¿Leche?, le preguntó Haim. ¿Huevos? ¿Pan? ¿Margarina?

Ah, sí, mantequilla.

El jueves pasado se perdió la partida semanal de rummikub porque, no sabía cómo, creía que era miércoles, las amigas la llamaron para saber por qué no iba y a ella le dio vergüenza decir la verdad y dijo: no me siento bien. Pero al día siguiente fue castigada por su mentira y atrapó una auténtica gripe. Si tuviera una filipina la hubiera podido mandar a la farmacia. Pero no la tiene. Si ya no hay ningún amor, cree, mejor estar sola. Así que se fue arrastrando como pudo hasta la farmacia, compró una caja de pastillas contra el resfriado y en el camino de regreso sudó mucho. Se tomó las pastillas con un vaso de agua. Y como había tomado las pastillas para el resfriado, olvidó tomar las del colesterol. Y por la noche vio a Shimon Peres en la televisión y no consiguió recordar si era primer ministro, o presidente, o si intrigaba contra uno o contra otro.

Como la redecilla que se pone en el pelo por la noche, así es su memoria. O como la caja para el juego de huesos de albaricoque que Inbar preparó para el colegio cuyos agujeros eran demasiado grandes, los otros niños conseguían acertar fácilmente y cuando terminó el recreo debía muchas prendas y a la salida de la escuela fue corriendo a casa de la abuela porque sabía que allí, en verano, había siempre un cuenco con albaricoques.

Es extraño –saca un albaricoque del frigorífico, lo corta por la mitad y saca el hueso–, recuerda perfectamente la caja de huesos de albaricoques de Inbar. Y todo lo ocurrido en esa travesía –¡del siglo pasado!– también. Con cada detalle.

Por ejemplo –se sienta en su silla especial, muerde el albaricoque y deja que el zumo le fluya por la boca–, se acuerda del nombre del buque fantasma que apareció frente a ellos en la segunda semana de navegación, cuando se acercaban a un puerto turco. *Tsiona*. Hacia Sión.

Primero emergieron por el horizonte los mástiles de la embarcación y una

ola de especulaciones sacudió a los pasajeros: ¿Es una nave que viene para expulsarlos? ¿O su itinerario, por casualidad, se cruza con el suyo?

A medida que el barco se acercaba, la cubierta se fue llenando de pasajeros que querían verlo de cerca. De las calas donde dormían, salieron los pasajeros afectados por el mareo. La cola de distribución de agua oxidada se vació de golpe y lo mismo ocurrió con la cola de la enfermería. Lili también había cedido a las demandas de los compañeros del comité de redacción del boletín y anunció una pequeña pausa en el trabajo en curso como beneficio de esa excepcional noticia. Se unió a los otros en la proa y se colocó una mano sobre los ojos a modo de visera para ver mejor a los que se acercaban. Pero, a causa de la acumulación y el sobrepeso en un solo lado, el barco se inclinó y el capitán tuvo que gritar por el altavoz: ¡Todo el mundo, cuatro pasos atrás! ¡Cuatro pasos atrás, al momento!

Todos recularon y el barco recobró su estabilidad y siguió navegando hasta inmovilizarse a corta distancia de la otra embarcación. Reinó durante un largo rato un silencio desconcertante: en la embarcación que tenían ante los ojos se encontraban unas personas miserables, con pantalones raídos, ojos roídos por el salitre, pelos largos y alborotados, esqueléticos, con el cuello abrasado, la piel desollada, persiguiendo un sueño...

Lo mismo que ellos.

La conciencia de que estaban contemplando a sus dobles, fue penetrando lentamente entre las filas de las personas de pie en la cubierta. No es que a bordo no hubiera espejos —algunas pasajeras llevaban espejitos de maquillaje y en los servicios había un espejo para los hombres que quisieran afeitarse—, pero a pesar de todo...

No se oía ruido alguno, salvo el run-run de los motores de las embarcaciones. Ninguna mano se movió para saludar y ningún sombrero se levantó. Los dos barcos de inmigrantes permanecieron uno frente al otro en un silencio tenso, como si estuvieran a punto de librar una batalla y solo esperasen el primer disparo.

Entonces se oyó la melodía de la armónica de Fima.

Cada canción tiene su momento, en el que se integra perfectamente con la emoción íntima del que la toca. Lili ya había cantado el «Hatikva» decenas de veces anteriormente, pero nunca había captado el sentido profundo de la letra, nunca había comprendido la relación entre «mientras en el corazón...» o la desesperación en el horizonte de la frase «Nuestra esperanza aún no se ha

perdido», como en ese instante, en el que centenares de personas en los dos barcos lo cantaron con toda el alma. Al principio, el barco hermano llevaba un verso de retraso en relación con el barco de Lili, como si fuera la segunda voz. Pero al llegar a la estrofa final, «Ser un pueblo libre», todas las voces cantaron al unísono exigiendo con un gran clamor: «El país de Sión y Jerusalén».

Después, antes de que cada nave siguiera su camino ocurrió otra cosa.

En el diario de a bordo de la nave, consignado en los archivos de la «Haganá», ese incidente no aparece por ninguna parte. Lili, sin embargo, recuerda a la perfección que cuando se extinguió el canto del himno, de repente un hombre saltó al agua desde la cubierta del Tsiona. Al momento saltó también alguien de su barco. Avanzaron uno hacia el otro unos minutos que parecieron horas. Lili recuerda que el hombre de su barco nadaba a braza, mientras que el del Tsiona nadaba a crol. Por eso no se encontraron en mitad de camino sino más cerca de su barco. En las dos cubiertas se propagó el rumor de que eran unos hermanos que los sucesos del continente habían separado. Pero cuando los izaron sobre el puente recubiertos de sal hasta el tuétano, los envolvieron en toallas y tomaron una sopa de verduras grasienta que les ofrecieron de la cocina, resultó que no se conocían de nada. No tenían ni lengua común: uno hablaba polaco y el otro rumano.

Entonces, ¿por qué habéis saltado uno hacia el otro?, querían saber los que se congregaban a su alrededor. No lo sabemos, respondieron, cada uno en su lengua. De repente, fuimos presos de un impulso irresistible.

Inbar

Lo identificó por los hombros abatidos, pero le pareció poco probable. Se acodó en la barandilla, como si contemplara la ciudad y lo miró fugazmente por el rabillo del ojo.

Su pelo, que cuando lo vio en el aeropuerto era corto, ha crecido un poco, y en la cabeza tiene una cresta pequeña que despierta en Inbar el deseo de humedecérsela y peinarla. Los mechones grises se han transformado en una cabellera canosa que le hace parecer mayor. En el mentón luce una barba no cuidada de intelectual, unos rastros desaliñados, ocasionales, como hierba

después de un año de sequía. Los tejanos le hacen bolsas, en los zapatos lleva pellas de barro...

Pero a juzgar por los hombros y su nuez de Adán sobresaliente, parece que es él. A lo mejor su nazi realmente se le ha escapado hasta aquí, piensa. En efecto, después de la Segunda Guerra Mundial, cantidad de nazis pusieron el océano de por medio para huir de su pasado.

Él dobla el mapa sobre el que antes estaba inclinado, lo guarda en la riñonera y cierra la cremallera. Ahora se pondrá de pie y se irá, piensa, y esta vez tampoco hablaré con él. Y probablemente no lo volveré a ver más. Encontrará a su nazi, lo liquidará y después desaparecerá, cambiará de nombre, de identidad, de aspecto. No importa, intenta convencerse a sí misma, todavía podré fantasear con él. Quizás sea mejor así. Sin complicaciones.

Pero Nesia se niega a acatar esa decisión y la anima a ir a su encuentro.

Cuando ella ya está muy cerca, él alza los ojos y la mira. Asombrado, pero no entusiasmado. Como si le hubiera importunado en medio de sus más íntimos pensamientos.

A pesar de todo ella dice: *Shalom*. Y durante los eternos segundos que transcurren hasta que le responde se atormenta, quién sabe si habla hebreo y qué fracaso sería si no lo hablara y cómo se le ha ocurrido acercarse a él así, qué es lo que busca, qué es lo que quiere realmente; no es una historia que imagine, es la realidad y en la realidad las personas no...

Shalom, responde y le alarga la mano, mucho gusto, dice ella (¿Qué eso de «mucho gusto», quién habla así ahora? ¿Le suda la mano? ¿Mucho o poco?), me llamo Inbar.

El gusto es mío. Me llamo Dori.

Inbar, Dori y Alfredo

Dori

El hebreo. Es lo que hay entre los dos al principio.

Él está contento de hablar en hebreo con ella. Eso es todo. De mantener una conversación con ella en su lengua materna.

Hace mucho que no encuentro gente de Israel, le dice él.

Podemos hacer como si no nos hubiésemos visto, responde ella sonriendo. En el fondo, entiendo que la gente prefiera... sabes... no romper el encanto.

Tiene una agradable sonrisa. Abierta. Y ha utilizado las palabras «romper» y «encanto».

Todo lo contrario, dice, ¿hasta cuándo se puede soportar ese inglés? Aún me duele el músculo del inglés en la boca.

«El músculo del inglés», estupendo, se ríe ella. ¿Dónde se encuentra exactamente, ese músculo?

Well, let me see, dice él abriendo la boca, *it's hard to tell. Somewhere... hummm... in the suburbs of the tongue.*

Wallah, Dice ella. ¡Es verdad! La lengua en efecto es un músculo.

Él guarda silencio. Ve una imagen en la que hace juegos de malabares con la lengua entre los muslos de Roni. Después le viene a la cabeza la palabra «oral», que le lleva a otra imagen en la que durante la cena lame un yogur Prili y su padre le dice que utilice una cuchara.

Ella también guarda silencio. Se acerca un mechón de pelo a la nariz y lo olfatea.

Él despliega el mapa de Perú, lo dobla, lo despliega, lo dobla, lo despliega pensando que ya no sabe cómo hablar con la gente. Aunque haya un tema de conversación.

Intenta hablar en español, le dice ella al fin, para su gran alivio.

¿En español?

Duele menos la lengua.

¿Sabes hablar español?

Yo... estoy intentando aprenderlo aquí, mientras viajo. Una parte de las

palabras son parecidas a las inglesas, las dos lenguas vienen del latín. Y las que no son similares suenan tan bien que es fácil retenerlas: *corazón*, por ejemplo, evoca un cruasán caliente. Y *tranquilo*, si la repites varias veces seguidas, enseguida te tranquilizas. Y *catarata*, puedes oír cómo las sílabas se precipitan una tras otra. Ca-ta-ra-ta.

Haces que me arrepienta por no haber estudiado español. Había un curso de iniciación en el departamento de Historia. Pero en ese momento me pareció demasiado difícil.

¿Estudiaste historia? En su voz se advierte un punto de admiración.

Sí.

¿Y es tu profesión?

Casi.

¿Qué quieres decir con «casi»?

(Qué es ese casi, vaya, se ríe de sí mismo, dile en qué trabajas, sin avergonzarte...). Soy profesor de historia.

¡Profesor! ¡Qué profesión tan difícil y tan importante!, dice sin rastro de cinismo en la voz. Y, riendo, después de una breve pausa añade: estaba segura de que eras un agente del Mosad.

Inbar

Y si no es una agente del Mosad, se pregunta, ¿para qué eran las fotos esparcidas sobre la mesa en el aeropuerto en Israel?

Dime –habla rápido porque él está callado y dobla el mapa disponiéndose a ponerse de pie y a irse–, ¿tienes libros para intercambiar? Me he quedado atrapada con dos libros sobre el Holocausto. Había ido a Berlín y quería compensarlo. No importa. No sabía que iba a venir aquí. Y hace ya unas semanas que busco a alguien para intercambiar. Pero el personal que corre por aquí, después de terminar el servicio militar... no todos leen.

Lo siento, dice. No traje lecturas conmigo.

Dime, intenta otro camino, por casualidad, ¿no tendrás hambre?

La verdad es que sí. No me he llevado nada a la boca desde el desayuno.

Había pensado en dar una vuelta por la ciudad y comer algo, ¿te apetece este plan?

Él mira su reloj y dice con voz desprovista de alegría. Con mucho gusto. Y añade: aunque no dispongo de mucho tiempo. Tenemos que partir hacia el sur dentro de tres horas, cuando se abra la carretera...

Ningún problema, dice ella, *tranquilo*.

Tengo que dejar una nota a Alfredo. Se lleva dos dedos a la sien derecha, con un suave gesto que ella recuerda del aeropuerto Ben Gurión.

No está simplemente de excursión. Algo le preocupa mucho. Demasiado enfocado hacia un objetivo. Quizás no sea un agente del Mosad pero...

Dori

Estoy buscando a mi padre, le dice a ella al fin. Sin que se lo pregunte.

Antes, habían comido una pizza horrible que compraron en un puesto en el centro de la ciudad, y ella dijo: ¿Por qué en los periódicos hablan de «el mejor humus» o «el mejor faláfel»? Habría que hacer una lista de los peores platos de cada especialidad.

Lo mismo ocurre con la *Lonely Planet*, asiente él, sorprendido de sí mismo, siguiendo el hilo de Inbar, ¿por qué no señalar, junto a los lugares más hermosos, los más feos?

Places not to go, sería un nombre apropiado para esa categoría.

Un grupo de jóvenes se sienta en una mesa a su derecha. Casi se puede oír cómo estallan sus hormonas. A su izquierda hay un grupo de chicas, muy bullicioso también, hablando un español desbordante y, en medio de los dos grupos, ellos, sentados en sendas sillas que antaño habían sido blancas, como en una isla.

¿Tienes frío?, pregunta él al observar cierta palidez en sus mejillas.

La verdad es que... un poco.

Pues toma, se quita su chaqueta y se la acerca.

¿Y tú?

Estoy bien.

¿Seguro?

¿Qué?

Es en español. Se parece al hebreo, es fácil de recordar. ¿Seguro que no tienes frío ahora?

Completamente.

Se pone la chaqueta sobre los hombros, con las mangas caídas a los lados.

Las aceitunas no están mal del todo, sabes, dice ella al cabo de un momento con rostro grave.

Él se ríe.

¿Qué pasa? Lo digo en serio, protesta ella, rozando su brazo ligeramente. Pero al momento rompe también a reír.

Y entonces, como quien se desprende de una pesada mochila cuyas correas lo lastimaban, él se lo cuenta todo.

Nesia

Se enamora de él ya en esa conversación. En medio de la crónica de la búsqueda del padre que expone a Inbar comedidamente, como un profesor a sus alumnos, hay un momento en que habla de su hijo, Neta.

Mañana es su cumpleaños, dice y baja los ojos a la calle. Y yo, aquí. Y esa no... esa no era la idea. Es un poco como tocar el didjeridú, añade tras una ligera pausa, intento soplar y aspirar a un tiempo, cuidar a mi padre y a mi hijo...

Inbar

No deja de observar la ausencia de marca en el dedo anular sin alianza. Observa también que está profundamente arraigada su paternidad. Y muy sujeto a su mujer. Tres veces ha mencionado explícitamente su nombre. Los hombres que quiere ligar están dispuestos a construir caminos de decenas de palabras para no pasar por el nombre de la esposa.

Entonces ella piensa: Eytan.

Y también: ese es el momento de poner punto final (siempre existe ese momento, cree, en el que es posible todavía poner un punto final).

Sin embargo, le cuenta lo del hermano nuevo que la fue a esperar al aeropuerto de Hong Kong. Mientras lo cuenta, le parece una de las personas

que llamaba al programa «Todo se puede preguntar en familia» y que exagera para poder participar en él.

Después de una pequeña pausa dice: tengo la impresión de no ser creíble.

Y él responde con sencillez, yo te creo.

A continuación, le hace una pregunta, clara y sorprendente: ese niño, Reuven, ¿es el primer hijo de tu padre?

Y ella responde que no, no lo es, y se apresura a sugerir, ¿nos vamos? No le apetece iniciar ese tema, pero sí le apetece ver cómo camina —ya se dio cuenta de camino a la pizzería—, muy distinta a su forma reprimida de sentarse: su caminar es alegre, se balancea, casi baila. Como si su cuerpo se expresara en dos lenguas.

Dori

¿A dónde vamos en esa remota ciudad fronteriza cuyo significado es «tumbas»?

De un lado para otro. Lo importante es movernos, así la fealdad es menos molesta.

Al cabo de unos minutos de caminar se da cuenta de que va al lado izquierdo de Inbar. Cuando camina con Roni, siempre va a su derecha. De ese modo le es más fácil enlazarla por la cintura. Ahora, a la izquierda de Inbar. Sin mano que le enlace la cintura. Todo lo contrario. Se cuida de tocarla. Como un estudiante de *yeshivá*.

¿Así que vienes de Ecuador? ¿Cómo es? Dicen que precioso.

Puede ser, responde él.

Ella se siente llanamente desilusionada: ¿cómo, no hay momentos en los que tú... no lo pases bien?

Sí, los hay, pero entonces enseguida me acuerdo de mi padre, y se me pasa.

Explícame uno de esos momentos, le pide. Y se apresura a burlarse de sí misma en voz alta: vaya, hablo como el doctor Adrián. El del programa en que yo trabajo... trabajaba.

Él asiente, educadamente. Para su vergüenza, no conoce ese programa del que habla, pero no parece desilusionada. Ni mucho menos.

Así qué, insiste, ¿no ha habido momentos en los que hayas podido pasarlo

bien?

Y él piensa con asombro: ahora. Contigo. Ahora es uno de esos momentos.

Pero dice: En la ciudad vieja de Quito, la primera hora después de aterrizar. Mientras paseaba, sentía como si no fuera la primera vez que estaba en esa ciudad. Quizás en otra reencarnación. ¿Te ocurrió a ti algo parecido?

Inbar

Sí, dice. En Jerusalén. En Jerusalén siempre me he sentido como en casa aunque no tengo ningún pasado en esa ciudad, ni siquiera familia. Desde los dieciséis hasta hace dos años iba cada año a Jerusalén por mi cumpleaños para pasar un día agradable.

¿Sola?

Nunca me he sentido sola en Jerusalén, siento como si la ciudad... me envolviera.

Como en la canción de...

De los Red Hot Chili Peppers *The City She Loves Me*. Exactamente.

A propósito, yo soy de Jerusalén.

¡Ah, ah! Eso explica muchas cosas.

¿Sí? ¿Qué, por ejemplo?

Que caminas de un modo algo extraño, que eres un poco cerrado, que desprendes una gravedad involuntaria aun cuando intentes ser frívolo y que puedo imaginarte de niño vestido con tejanos oscuros con un dobladillo exterior cosido por tu madre y que nuestra conversación es íntima y directa de forma casi turbadora... piensa.

Pero dice: Por ejemplo, que ahora no tengas frío.

Cierto. Cuando has cruzado la plaza de Sión por la noche, en enero, todo te parece poco.

Un autobús local atestado pasa ante ellos, disminuye la velocidad por si quieren montarse en él y entonces rechina el motor –como los autobuses que suben al Carmelo, piensa ella– y prosigue su camino.

Entonces, ¿adónde vas después?, pregunta a Dori. O sea, ¿cuál es la siguiente etapa de vuestra búsqueda?

El lago Titicaca, suspira ligeramente, como si prefiriera no pensar en esa

nueva etapa. Es el último lugar donde han visto a mi padre.

Nesia

Se detiene con un asombro fingido: vaya, precisamente también había pensado ir allí.

Hace callar a Inbar, que protesta: ¡Increíble! ¡Increíble! ¿Cómo pretendes regresar a Perú si acabas de llegar de allí?

A Nesia, los viajes le han enseñado que mentir es a veces expresar una verdad más profunda. Porque ¿quién escoge una mentira determinada entre miles de otras posibles? Ella, siguiendo sus preferencias más reales.

Dori

Pues vente con nosotros. De hecho, las palabras se le escapan antes de que las pueda detener, te llevamos en autostop. Si de todos modos pensabas ir allí.

Inbar guarda silencio, como si otra persona y no ella hubiera sugerido esa posibilidad. De repente parece pensativa, lejana, como si reflexionara sobre algo sublime y después se detiene frente a un edificio elevado y dice, mira, ahí hay un cine. En la ciudad de las tumbas hay un cine. ¿Qué película ponen ahora?

James Bond, lo sabe aun antes de acercarse a la ventana donde está el cartel. El 007, ya lo había visto de lejos.

A su padre le gusta James Bond, le dice cuando se acercan al cartel. Es una de las cosas que hacíamos juntos. Quiero decir, que hacemos juntos.

(Le viene una imagen al pensamiento: él de adolescente haciendo cola en el bar del cine con un billete de cincuenta shekels que su padre le ha dado y, cuando le llega su turno, compra una Coca-Cola para él, una soda para su padre y palomitas de tamaño mediano para los dos, porque en el mediano – así dice su padre– es donde hay una mejor relación calidad precio.

* * *

En los días siguientes, a medida que él e Inbar se acostumbran uno al otro, irán saliendo más y más cosas de los paréntesis del pensamiento a las palabras, pero entretanto...)

* * *

Fui al cine en Cuzco, para ver *El señor de los anillos*, dice ella. Es una experiencia absolutamente distinta que en Israel. La gente entra y sale constantemente de la sala. Beben, comen. No hay entreacto. Cada uno hace su propio entreacto cuando quiere. La gente llama a gritos a su amigo desde la otra punta de la sala. Aplauden cuando ganan los buenos.

¿Y todo eso no molesta?

Al principio sí. Después... no sé... hay algo en eso... ese embrollo entre lo que ocurre en la pantalla y lo que ocurre en la sala, esa interferencia de fronteras.

Como en *La rosa púrpura de El Cairo*, dice él, pero al revés.

Exacto, dice y lo mira con admiración por el rabillo del ojo.

Dejan atrás el cartel y siguen caminando. Solo los separa la manga vacía de la chaqueta que él le ha dejado.

Posiblemente no quiere que la llevemos en autostop, porque hasta ahora no lo ha mencionado, piensa.

Yo también iba al cine con mi padre, dice ella. A él no le gustaba ir con mi madre. Se quejaba que desde que salían los créditos, ella tenía ya críticas mortales que hacer.

Mi mujer también es así, quiso decir él. Pero no le pareció oportuno comentar algo malo de Roni.

Es seguro que la película es machista al máximo como todas las de la serie, dice ella, y al cabo de unos instantes se ríe: Eh, hago exactamente como mi madre. ¡No, espera, soy de una generación posterior! ¡Yo la critico antes de verla! Siguen adelante y él se da cuenta de que ella olfatea sin cesar su propio pelo y se pregunta si la fragancia es tan maravillosa que justifique esos continuos olisqueos. Comienza a llover y continúan a su paso, no se apresuran ni se cobijan en algún lugar como se hace en Israel sino que siguen caminando, despacio, hasta llegar a la puerta del albergue. Se detienen. Él se dispone a despedirse, a pedirle la chaqueta y a intercambiar las direcciones de *email* educadamente...

Cuando, de pronto, ella pregunta: ¿Estás seguro de que Alfredo no se va a molestar si me uno a vosotros?

Alfredo

¿Por qué no?, le digo. Será bueno que haya algún efluvio femenino en la cabina, porque, *honestly*, mi nariz ya está harta de tu olor, Mister Dori. *Okaaaay, great*, dice Dori despacio, como si hubiera preferido que yo dijera que no podía venir con nosotros. Y media hora después ya había sacado para ella los snacks de Bamba para ella de mi escondite. ¡Bamba!, dijo, ¡qué bien me va!, y tomó la bolsita y le ofreció a Dori, que no quiso, así que ella solita vació la bolsa y al terminar se volvió hacia mí y dijo: *Alfredo, you are the best*. Y luego preguntó: ¿Entonces, es tu ocupación en la vida?, ¿pescar gente? Qué oficio tan interesante. ¿Cómo empezaste con eso? Le conté lo del holandés. Añadí también detalles que realmente no eran ciertos, siempre lo hago con las mujeres bonitas. Una hora se transforma en tres. Una lámpara es una estrella. Un valle, un abismo. Escuchaba excelentemente, con todo el cuerpo, no exclusivamente con los oídos. Dori también escuchaba, a pesar de que parecía que no. Hacía dos semanas que estábamos juntos y no me había preguntado nada de nada. No muestra interés. Como si estuviera enfadado conmigo. Aunque yo, justamente estoy a su favor. Hace tiempo que no estaba a favor de un cliente hasta ese punto. Hace tiempo que no deseaba tanto encontrar a una persona viva y no su cadáver. Entonces, ¿qué tiene contra mí?

Pasada una hora, la señorita pidió hacer una pausa para ir al lavabo. No me enojé. Casi me alegró. A ese Dori, cada parada le parecía una pérdida de tiempo y justamente es todo lo contrario. En las paradas es cuando ocurren las cosas más importantes. También sabía que así podría mirarla un poco. Se había subido al vehículo sin que apenas pudiera verla. Y ahora, en ese ir y volver del lavabo, la observé sin vergüenza y descubrí que era exactamente de mi gusto. Unos labios hermosos, llenos. Grandes ojos, abiertos, de color miel. Mentón suave, redondo. Unas mejillas magníficas. Unas mejillas que pueden excitarte, si son como las tuyas. También su andar es excitante, algo lento, un poco autocomplaciente. Pero anda erguida. Puede ser que algunos

gringos la encuentren redondita y la convenzan de comer lechuga. Sin embargo nunca he llegado a comprender esa manía de los gringos. No, de verdad, ¿qué es más interesante, la llanura, o las colinas y los valles?

Habría que publicar una guía con una lista y toda la puntuación detallada de los baños de cada país, incluidos los que, como ese, debería estar prohibido entrar. «*Lonely Toilette*», así debería de llamarse esta guía, dijo, y se sentó en su sitio. Sus nalgas se extendieron casi hasta mí. La visera de su extraña gorra casi me rozaba el hombro. Dori se rio. Era la primera vez que le oía reír en voz alta desde que iniciamos la búsqueda de su padre. Arranqué y ellos empezaron a pensar en las secciones de esa guía suya. «Places to pee». «Off the beaten places to pee». La verdad, esa charla de gringos me ha puesto nervioso. ¿Qué importa que los servicios, digamos, en París estén limpios si la gente de allí es una mierda?

Inbar, ¿tu familia es sudamericana?, le pregunté para cambiar de tema. No, mi familia es de Israel. Y antes, de Turquía y de Polonia. ¿Por qué lo preguntas, Alfredo? Porque tú tienes... algo; quise decir que su cuerpo era como el de nuestras mujeres, en forma de pera, pero ya me había ocurrido ofender así a una cierva hembra de Tel Aviv...

Energías. Tienes energía sudamericana, dije.

I wish, dijo. Pero noté que lo que le había dicho le gustaba.

Sonó el teléfono. Morales, uno de sus hombres, había localizado a la hija de unos ricachos de Miraflores bailando en una *fiesta* en Arequipa, a trescientos kilómetros de su casa, con una máscara de toro en la cara para que no la reconocieran. Ahora no sabía qué hacer. ¿Dejar que siguiera bailando? ¿Proporcionarle un teléfono para que llamara a sus padres y los tranquilizara? ¿O meterla en el coche antes de que uno de los borrachos de la *fiesta* le prodigara sus cuidados?

En la voz de Morales noté que se moría de ganas por capturarla. Capturarla a la fuerza y hacerle daño en el brazo por todas las humillaciones que su madre, la Chula, había sufrido por parte de los ricachones de Miraflores cuando trabajaba limpiando sus casas. Espera a que se quite la máscara. Es una niña mimada de Miraflores, enseguida tendrá demasiado calor. Entonces le haces una foto y me la mandas a la oficina, hay un café Internet en la parte norte de la plaza junto a la lavandería...

Pero señor Alfredo... intentó Morales.

Miraré su rostro y entonces decidiré, lo corté.

Al cabo de unos veinte minutos, se oyó el pitido que anunciaba la entrada de un correo en el ordenador. Pregunté a Inbar si podía acercarse a la oficina e imprimir la foto que saliera en la pantalla. ¿Qué oficina? No entendía nada. No se la había enseñado antes adrede. Me gusta el momento de asombro cuando se gira la llave y la puerta se abre...

¡Uau! –al regresar, se sentó un poco más cerca de mí– parece la sala de redacción de la cnn. Miré la fotocopia que me traía. Los ojos de la niña mimada estaban limpios de drogas. Le dije a Morales que esperase a que terminara la fiesta, se acercara a ella despacito, sin despertar sospechas. En especial las de la policía. Hace cinco años, le conté, tuve un caso parecido, una adolescente que huyó a Arequipa y el idiota del jefe de policía la metió en la cárcel una semana, porque el procedimiento de la zona es así.

Dime, Alfredo, me preguntó Inbar cuando colgué el teléfono, ¿en cuántas... búsquedas de este tipo... trabajas a la vez?

En su voz pude distinguir que me respetaba.

En tres, cuatro, siete, depende de la estación, dije. Y apoyé un brazo en la ventanilla abierta.

¿Y cuánta gente trabaja para ti en estos momentos?

Cien, dije. El número verdadero era la mitad.

¿En cuántos países?

Ah... por lo menos en ocho.

¿Y cómo decides qué caso sigues en persona?

Guardé silencio. De pronto vi en qué dirección iban sus preguntas todo el rato. Es una chica mala.

¿Por qué has decidido, por ejemplo –insistió– acompañar precisamente a Dori? Tenías otras opciones, ¿verdad?

Dori

Alerta. Hasta esa pregunta ha intentado mantenerse lo más alejado posible de su conversación. Cuando a Inbar se le ocurre la idea del *Lonely Toilette* atiende por un rato, se ríe, pero pronto desconecta. Está con la nariz pegada a la ventanilla. Mira las montañas. Los deja hablar. En honor a la verdad, cuanto más avanza el viaje, cada vez le gusta menos esa Inbar. Las personas

que se comportan de forma absolutamente distinta cuando son dos o están en grupo siempre han despertado su desconfianza. Y ese coqueteo suyo también le molesta. Su Roni, por ejemplo, no es en absoluto coqueta (que él sepa...). Lo que sí es cierto es que ella tiene su propia línea de conducta. Y no se aparta de ella para complacer. Neta también ha heredado de ella esa rectitud. Cuando la representación de los niños es interesante, lo dice. Cuando es estrepitosa, también lo dice. Cuando los pelos de la barba de su padre pinchan, se queja. Y cuando su padre lo abraza exageradamente le dice: basta.

Alfredo sigue presumiendo ante Inbar, y Dori se siente ajeno a ellos. Ajeno absolutamente.

Ese no es mi terceto, piensa. Y canta para él, mudo, el «Esa no es nuestra fiesta» de Ehud Banai. A su padre no le gustaba que cantara en voz alta en las excursiones familiares. Sostenía que no se podía escuchar la radio y radio-Dori a la vez. Así que Dori aprendió a cantar para adentro. A ponerse un walkman sobre los pulmones. Inbar fríe a preguntas a Alfredo sobre toda clase de detalles técnicos. La verdad, no creía que le importara mucho, piensa Dori. Le da miedo el silencio, es eso. «No me muevo de aquí hasta que termine este lado del disco... es un fragmento precioso», canturrea por dentro sin mover los labios...

Cuando, de pronto, Inbar pregunta a Alfredo por qué precisamente había escogido acompañarlo en esa búsqueda.

Alfredo, primero, se calla. Parece estar considerando hasta qué punto podía ser franco con ella.

Se cruzan con un camión enorme que deja el aire lleno de plumas.

Well?, Dori aparta el rostro de la ventanilla, deja de disimular que no los escucha.

Well what?, ¿qué es lo que quieren? Alfredo habla en plural, pero lo mira a él. ¿Una explicación? ¿Una razón? Ese es su problema, lo sabes. Todos ustedes, los intelectuales.

¿Cuál es el problema?, pregunta Dori.

Que siempre están buscando razones. De ese modo intentan conocer el mundo. Razón. Resultado. Razón. Resultado. En vez de contemplar las líneas de Nazca y decir ¡qué maravilla, qué sueño! Ustedes inventan toda clase de bobadas sobre extraterrestres que han venido a dibujarlas. Sobre todo, que

haya una explicación. Las verdaderas razones de nuestros actos es imposible saberlas, no vale la pena investigar. En su lugar es preferible bailar.

¿Bailar?

¿Bailas alguna vez, Míster Dori?

Claro, hubiera respondido su amigo Udi, cada semana rompo la pista en el local Uman 17.

La verdad es que hace tiempo que no he tenido ocasión de hacerlo, confiesa Dori (cuando sus compañeros todavía eran amigos de verdad, le gustaba ir a bailar con ellos. La primera vez que Roni lo vio fue en la fiesta de apertura del año en la Unión de Estudiantes. Supe en cuanto te vi bailar que sería estupendo acostarme contigo, le reveló ella cuando ya salían).

El que baila, sabe, dice Alfredo. Y vuelve la vista a la carretera.

¿Qué sabe?

Que son los dioses los que tocan la música del universo. Y a nosotros no nos queda más que escoger cómo danzar su melodía.

¿Qué?

Déjelo, Míster Dori. Imposible que lo comprenda. Pero ¿tú me entiendes, verdad, *señorita*?

Inbar

Más tarde, por la noche, le explica a Dori su vuelo sobre los geoglifos de Nazca.

Antes, había telefoneado a su padre desde la habitación. Tenía la intención de telefonar a Eytan, pero de pronto le entró una gran nostalgia de su nuevo hermanito, al acordarse de la última noche de su estancia en Hong Kong, en el hotel, cuando el niño pidió que ella lo llevara a dormir.

¿Que... qué quiere decir llevarlo a dormir?, se asustó.

Leerle un cuento y luego acostarte a su lado en la oscuridad y cantarle una canción, la tranquilizó su padre, eso es todo.

Pero, ¿qué cuento?, insistió.

Por lo visto, al niño le gustaba dormirse al son de un cuento en hebreo. No entendía las palabras pero su música lo adormecía. Le leyó *Zumo de frambuesa* (¡qué largo es! pensó, se podría reducir a la mitad) y *El león al*

que le gustaban las fresas. Y, a continuación, apagó la gran lámpara, encendió el velador y se acostó en la cama dispuesta junto a la del niño y sintió su manita a través de los barrotes, la tomó y le cantó en una jerga basada en la canción que ponía fin al programa de Eli Israeli en la emisora de radio Tsahal: *nao poso ficar, nao poso ficar, nem mais un minuto con vosé,* y luego le cantó «Shir le Chira», de Yonatan Guefen de la que acababa de salir una nueva versión en Israel: «*Un bueno y nuevo mundo te daré, ya lo descubres con tu mirada azul, qué importante es contemplar la media luna, haciendo un guiño, amarillo, amarillo, en la oscuridad...*»

Entonces oyó cómo la respiración se volvía rítmica y se quedó uno o dos minutos más en la cama para comprobar que el niño estuviera dormido. Y uno o dos minutos más para asegurarse de que había ocurrido, había dormido de verdad a un niño y estaba orgullosa de ello.

¡Inbar!, su padre está contento de escucharla al teléfono. Papá, responde, y con voz contenida pide si puede hablar con Reuven. La verdad es que, al oír su nombre, el niño corre hacia el teléfono y reclama el auricular. Al cabo de un momento ya habla en su jerga con acento australiano y su padre traduce.

Quiere saber cuándo te volverá a ver.

Pronto, ¿verdad?

Sí. Iremos a Israel dentro de dos semanas Tenemos los billetes. Esta vez va de veras.

¡Estupendo!

Dice que tiene un nuevo juego que te quiere mostrar.

Estaré encantada. Dile que lo echo de menos.

Bueno, eso es todo. Ha ido a ver la televisión. Pero que sepas que tratándose de él, ha sido una conversación muy larga. ¿Qué tiempo hace en Tel Aviv?

No estoy en Tel Aviv, papá, estoy en Perú.

¿En Perú?

Sí... fui a Alemania para visitar a mamá y luego sentí... que no quería regresar.

Así que, simplemente, te fuiste a Perú. Bravo.

¿Bravo? ¿No estás preocupado?

No, yo confío en ti, hija. Pero por lo que más quieras, no hagas autostop, de otro modo tendría que mandar a Gadi en tu busca, ¿eh?

Ella sonríe, a pesar suyo. Cuando tenía dieciséis años se largó de casa a

raíz de una riña terrible con su madre, dejó una nota en el frigorífico diciendo que se iba a Eilat. En autostop. Entonces su padre se puso en contacto con Gadi, un amigo suyo de Ashdod, que la encontró en la parada donde se concentran quienes viajan en autostop, en el cruce de Bené Darom, y la llevó hasta Eilat; le reveló quién le había mandado al entrar en la ciudad.

Nos veremos en Israel, dice.

Magnífico, responde, aún sin llegar a creerlo.

Al terminar la conversación telefónica, se da una larga ducha, disfrutando del agua que para variar está caliente, luego se embadurna con crema corporal, se perfuma el cuello y se maquilla un poco. Para mí, dice. No para él. Con un Hoffman me basta.

Acto seguido, deja la habitación y va a la terraza justo cuando sale Dori. Como si su reloj interior latiera al mismo ritmo. Se sientan en dos sillas de paja bajo una lona, alejados el uno del otro pero no mucho. Observa que se ha afeitado en su honor. Le llega el olor a loción de afeitado –distinta a la que usa Eytan–, le cosquillea la nariz y le roza la punta de la lengua. El aire a su alrededor es denso, como leche. Flotan unas nubes, bajas, pálidas. Tiene la sensación real de que si cayeran gotas, serían de leche.

Unos minutos después de despegar del pequeño aeródromo de Nazca –le cuenta ella–, el helicóptero se estabilizó sobre el desierto y el piloto nos dijo: Mirad. Al principio no vi nada. Solo arena. Pero entonces empezaron a hacerse visibles las formas. El simio, la araña, el astronauta. Que, sea dicho de paso, se parece más a un religioso de Mea Shearim que a un astronauta. Y, de pronto, me pareció que todas esas explicaciones sobre los trazos no eran ciertas. Que sencillamente las habían hecho por el prodigio mismo. Alguien, quizás alguno de sus chamanes, tuvo un sueño y al despertarse decidió dibujarlo. En gran tamaño. Entonces ese fue su sueño: conseguir dibujar imágenes gigantes en la arena. Y el hecho de que nunca podría ver sus dibujos, ya que solo pueden verse desde el aire, no me parece nada sorprendente. ¡Es parte de su obra! Porque un sueño siempre debe de ser imposible, inalcanzable. ¿Me entiendes, o crees que digo tonterías?

Dori asiente con timidez, casi imperceptiblemente. Pero de todos modos –y aunque no ha dicho palabra– a ella le queda claro que lo comprende. La comprensión le llega de él, como una suave brisa, acariciadora.

Después todo el mundo empezó a vomitar, sigue explicando. ¡Todo el

mundo! En bolsas, desde la ventanilla, uno sobre otro. Los aviones allá son superpequeños y el viento muy fuerte. Era realmente como en la película *Cuenta conmigo*. En la escena del concurso de comer. Una orgía de vómitos. ¿Recuerdas la escena?

Claro que sí.

Al cabo de cinco minutos aterrizamos. El vuelo tenía que haber durado media hora, pero todo el avión suplicó al piloto que detuviera la visita. Ni dibujos, ni Nazca. La gente quería la tierra firme.

Un momento, dice Dori, hay algo que no entiendo. Los dibujos de Nazca están en Perú... y tú llegaste a Tumbes desde Perú... ¿Y ahora vuelves atrás? No tiene ninguna lógica.

Ah, Míster Dorrri –dice imitando a Alfredo–, ese es tu problema. Quieres comprender el mundo así. Razón. Resultado. Razón. Resultado.

Pero...

Los dioses tocan la música del universo y a nosotros nos queda solo escogerrr cómo bailarrla.

Él se ríe de su imitación. Tiene una risa profunda, ríe con la garganta, sorprendente, y tiene ganas de contarle el momento en que preguntó a la empleada de Berlín sobre el destino del siguiente vuelo y ella respondió Teherán, pero sin embargo no se lo cuenta porque conduciría a otras preguntas del tipo: por qué no quería regresar a Israel, preguntas que tendría que responder, como él respondió a las suyas detalladamente, y entonces ella sería de nuevo la hermana enlutada y no quiere serlo, no con él, no en este momento...

Dime –pregunta cuando ha transcurrido un largo rato, interestelar–, ¿no te parece que Alfredo no se compromete con sus respuestas?

No sé, dice ella. Durante las semanas que estuve viajando por aquí pude observar que los autóctonos tienen una percepción... distinta a la nuestra sobre la verdad.

¿Insinúas que... mienten?

Prefiero decir que son flexibles. Adaptan su verdad a la realidad cambiante.

No sé –él se mueve en la silla como si le doliera algo, como si le doliera la espalda– debo de tener confianza en ese Alfredo. Tiene que ayudarme a encontrar a mi padre. Y todo el rato tengo la sensación de que me está ocultando algo.

Pero siempre todos ocultamos cosas, puntualiza. Y para que la conversación no termine con una frase tan deprimente, añade: ¿no te parece?

Dori

Guarda silencio un buen rato. ¿Cuánto tiempo hace que no tenía una conversación tan estimulante? Con Roni el intercambio de palabras siempre es rápido, breve, por la cantidad de tareas, de las llamadas del móvil de ella, por la ilusión que entre ellos existe, una complicidad tan profunda que no vale la pena entrar en detalles, bastan los titulares. Dori no se ve con sus amigos desde que tuvieron hijos, y el distanciamiento entre ellos –que al principio se explicaba a sí mismo como un episodio pasajero en una amistad tan antigua– se ha ido perpetuando semana tras semana, hasta resultarle incómodo ahora llamarlos debido al tiempo transcurrido. Y con los alumnos... con los alumnos hay que tener cuidado, aunque de vez en cuando haya algún adolescente interesante, hay que guardar distancias, de otro modo los confundiría. Ni hablar de una adolescente interesante, ahí no hay nada que hacer, resultaría inaceptable. Con los otros profesores, es decir con las profesoras, con ellas hay que tener otra clase de precauciones, no despertar sus celos, no hablarles de los ingresos complementarios, no presumir ante ellas de las observaciones halagadoras sobre su enseñanza, de lo contrario, se vería arrinconado. Unos años antes hubo una profesora de literatura con sentido del humor, conversaban, aunque, finalmente, ella se hartó del sueldo miserable. Se fue con su marido a San Francisco y él se quedó con las palabras importantes atascadas en la garganta. Antes las podía expresar con su madre pero ahora... su principal interlocutor este último año, qué sinsabor admitirlo, es su hijo Neta y aun cuando se trata de un niño sensible y maduro para su edad (¡y creativo, de buen corazón, honesto! ¿Cómo es posible que nadie se dé cuenta?), existen sutilezas que él no puede entender, y cosas que no se le pueden decir. Acaso sea imposible decir algo significativo a alguien, acaso las conversaciones hayan desaparecido del universo, acaso solo queden los mensajes, los sms y solamente él insiste, como un dinosaurio en extinción, en desearlas...

Ah... se despereza para no perder el hilo, sí, tienes razón en que todos...

ocultamos algo. Ves, al parecer también mi padre tenía un secreto que nos ha ocultado durante años...

Nesia

No sabe qué día es hoy. Martes o jueves. Pero sí puede decir si es un buen día para la pesca, o para disparar flechas a las manzanas sobre las cabezas de los agricultores, o para hacer el amor con hombres casados que tengan un hijo.

No hay que equivocarse con Nesia: es cualquier cosa excepto una soñadora. No tiene la mirada absorta. Al caminar no planea. No lleva vestidos de muselina. Tiene los sentidos tensados como un arco y dispuestos al placer siguiente.

De los signos del zodiaco, Nesia es Virgo. Pero en el horóscopo consulta Piscis. Porque cuadra más con ella lo que allí está escrito.

En general a Nesia le gusta el agua. Déjala en el espacio entre Iguazú y una roca para ver la corriente espumosa. O en una pequeña charca entre las rocas de la playa de Ga'ash. O en las Bahamas.

Hay quien dice que, bajo el vestido, tiene branquias.

Con un pasado criminal o no, ella, por su parte, habría puesto su mano en la de Dori mientras él le contaba la visita a la granja de El Loco y el secreto de su padre que había descubierto. A continuación lo conduciría con ternura a su cuarto. Lo desnudaría, le quitaría la camisa, el pantalón y la tristeza, y lo confortaría en su cama. Sin demora y sin duda. ¿Por qué temer demasiado al pasado o al futuro si solo el presente está presente?

Inbar

Miente a Dori cuando le dice que está cansada y se retira a su habitación, después miente a Eytan en el sms, le dice que lo echa de menos, abre su diario y sigue con el relato de Nesia porque escribir sobre enamoramientos es mucho menos peligroso que enamorarse, y a continuación se acuesta en la cama individual cuando de pronto percibe en el techo el dibujo del violín, el

mismo que vio en el hotel de Lima, en el albergue del Valle Sagrado, con las fechas y las ciudades otra vez debajo: Florencia 1411, Toledo 1457, Munich 1606, París 1777, Londres 1934, Río de Janeiro 2004, Lima 2006, Písac 2006, Ica 2006.

Estoy en Ica; recuerda el nombre de la ciudad sobre un panel en la carretera. Es 2006 ahora. El hombre del violín debe de estar cerca. Mañana por la mañana invitaré a Dori a mi cuarto para que vea la inscripción, piensa. La mañana no es tan peligrosa como la noche. Por la noche ella puede seducirlo o dejarse seducir y, se conoce a sí misma, no es su estilo el de Samantha, de *Sexo en Nueva York*. Cuando se acuesta con alguien –una-del-eslabón-de-mujeres-queella-es-también– se siente ligada y enseguida empieza a desear que sea solo suyo. No, se domina, la mañana es claramente más segura.

* * *

Justo en el momento de despertarse, soñaba con el joven. Se había encaramado en el pretil del puente y estaba a punto de saltar a un río que parecía el Orobamba. Salvo que en ese instante aparecía Reuven, su nuevo hermanito, y le ponía una mano en el hombro. En la realidad, hubiera sido imposible, porque el joven era alto y estaba sobre el puente y Reuven tenía cuatro años, aunque en el sueño el brazo del niño era suficientemente largo como para apoyarse en el hombro del joven y convencerlo de que bajara. A continuación caminaban juntos como dos buenos amigos y después de cruzarse con Fima, que colocó el violín bajo el mentón y tocó la parte melancólica de la canción

«Los niños son alegría», pidieron a la mujer del gorro de colores, que venía hacia ellos por el puente, que les hiciera una foto de recuerdo, a pesar de que no tenían cámara. Ni ella tampoco.

Lili

En el sueño se encuentra frente a un quiosco de periódicos leyendo la

primera página del diario del viernes. No lo entiendo, le dice a Fima que está cerca de su nuca, no comprendo, ¿cómo no informan del nuevo remedio contra la soledad? Cada redactora tiene sus propias prioridades, dice Fima mientras retira el suplemento cultural que hay en el centro del periódico. Eso no se hace, le reprocha ella. Por lo menos cómpralo antes de abrirlo. Dime, se ríe él, ¿incluso cuando esté en la tumba intentarás regañarme? Él se va a comprar un helado nuevo que se llama Magnum. A ella no le resulta agradable decirle, en sueños, que hace ya un buen número de años que él está bajo tierra. Y no quiere morder su Magnum por miedo a que sus dientes no lo resistan. Mira, él no se rinde y le señala un titular insignificante en las páginas interiores: «Una joven israelí desaparece en Sudamérica».

Se despierta en la cama, completamente destapada. Parece que sin darse cuenta se ha desprendido del cobertor. Por eso tenía frío durante el sueño.

Se levanta, se coloca la dentadura postiza y se prepara una taza de té y tostadas con margarina. Durante muchos años las tostadas le daban asco porque le recordaban las náuseas de aquella travesía, pero desde que Nathan no está, el pan corriente le parece demasiado tierno para ella.

Cuando Nathan vivía, le contaba sus sueños con todo detalle. Incluso en los que aparecía Fima. Las primeras veces le había preguntado: ¿No te molesta saber que hay otro hombre en mis sueños? Él se encogió de hombros y cuando ella insistió en obtener una respuesta le puso una mano en la suya y dijo: Entre las dos opciones, ser el hombre que aparece en tus sueños o ser el hombre que toma el desayuno contigo y te toma de la mano, prefiero la segunda.

No era hombre de muchas palabras, Nathan. Sin embargo, a veces, sin ser consciente de ello, hablaba como un poeta.

Cuando él falleció, le contaba sus sueños a Inbar. Por la mañana, antes de que se le olvidara, la llamaba por el móvil y se contaban los sueños. Pero ahora Inbar está lejos y su móvil bloquea las llamadas entrantes. Qué bien que se haya ido de viaje, piensa Lili. No para su abuela preocupada, pero sí para ella. Hacía ya demasiado tiempo que estaba triste su nieta. Demasiado que sus pupilas divisaban otros lugares. No sé dónde estuve en sueños, pero no era Israel, le ha contado una vez, y también: no sé quién era el hombre del sueño, aunque no era Eytan.

Si en la ceremonia de la firma de un contrato de arrendamiento, el notario se dirigiera al público para preguntar quién se oponía, ella se hubiera

levantado para declarar: Yo. Inbar no debe vivir aquí con Eytan porque ella realmente...

Y quizás no –mordisquea una tostada– quizás no hubiera dicho nada, porque ya le bastaba con haber alejado a su hija por no saber tener la boca cerrada, no hace falta hacer lo mismo con su nieta.

Suspira y se sienta en la silla de los recuerdos. De joven, nunca hubiera creído que algún día dejaría escapar tales suspiros, unos suspiros de viejo. De joven, nunca hubiera creído que su hija desearía alejarse de ella. De joven, nunca hubiera creído que viviría hasta una edad tan avanzada. De joven, nunca hubiera creído que la hermosura era un regalo con fecha de caducidad. De joven, nunca hubiera creído que algún día comería cerdo. Sin sentir ni una pizca de culpabilidad. De joven...

El capitán del barco la convocó para pedirle que publicara un boletín diario. (Ah, ah, era por eso que por la noche había soñado con un quiosco de periódicos.) Circulan rumores entre los pasajeros, dijo. Hay mucha desinformación. Y pienso que haremos bien en publicar cada día un boletín con noticias cortas para tenerlos al corriente. Por supuesto, añadió, hay que tener en cuenta todas las lenguas que se hablan en el barco. Por supuesto, pensó ella, que también hay que tener en cuenta todos los movimientos políticos de este barco.

Podéis disponer de mi oficina. Aquella misma noche, Lili reunió a todos los responsables culturales de cada grupo. Fima estaba entre ellos.

Oh, ese comediante no, pensó al verlo entrar con su armónica colgada del cuello. Al momento empezará a tocar una *hora* y todo se transformará en una farsa.

Sin embargo, sorprendentemente, Fima se reveló como un colaborador excelente. Primero, la idea le gustó. Mientras que otros responsables de cultura torcieron el gesto y refunfuñaron que sería un boletín de propaganda y que de todos modos quién tiene ánimos para leer cuando se está hambriento y sediento, él creyó que el periódico era necesario en ese momento.

Yo, por mi parte, no tengo ningún problema con la incertidumbre, dijo mirándola y luego dirigiendo la mirada a los otros asistentes. Pero a la mayoría de los compañeros les era difícil no saber qué les depararía el futuro. Y, en lo que se refiere a la «propaganda», depende de nosotros. De cómo vamos a estructurarlo. Y el que considere a priori que es «propaganda», su propio pensamiento lo descalifica. ¿Por qué no podría ser, por ejemplo –se

dirige al representante del movimiento religioso—, que en nuestro boletín apareciera una explicación erudita del capítulo de la semana, relacionándolo adecuadamente con nuestra época y con los jóvenes inmigrantes clandestinos?

Sí, los ojos del representante relucieron, no sería mala idea. Por ejemplo, esta semana toca el capítulo Mikets, donde los hijos de Jacob bajan a Egipto para encontrar una solución, asimismo este barco está intentando encontrar su camino, ¿podríamos ver en ello un paralelismo?

A eso mismo me refería, asintió Fima. Y con un ligero movimiento de la mano hacia ella, casi imperceptible, le indicó que podía seguir dirigiendo la reunión.

Con el tiempo se fueron repartiendo grupos de trabajo. Ella era responsable de su correcto funcionamiento: reunir a tiempo los artículos en las distintas lenguas, compagnarlas, añadir anuncios e informaciones de última hora y colgar un ejemplar en la puerta del dormitorio. Como los primeros días la gente se agolpó alrededor del único ejemplar, decidió imprimir un segundo ejemplar y lo colgó en lo alto de las escaleras que llevaban a cubierta.

Fima, por su parte, era responsable de las ideas audaces. Algunas de ellas — como publicar los chistes que gastaban los distintos movimientos juveniles para relajar la tensión que había entre ellos—, tuvo que descalificarlas. Sin embargo, otras veces, había conseguido arrastrarla en su entusiasmo. ¡Es preciso recordar a nuestros lectores el formidable objetivo!, le decía. Es fácil olvidar para qué nos pusimos en marcha, a dónde aspiramos llegar y, ¿quién mejor que Benjamín Zeev Hertzl para recordárnoslo?

En cada número imprimían un fragmento breve de su libro *Altneuland*. Obviamente, comenzaron con el fragmento que describe el *Futuro*, el barco de sabios que zarpó de Europa con decenas de intelectuales y visionarios sobre la cubierta con el objetivo de imaginar juntos, durante una agradable travesía bañada por el sol, qué sería posible construir en Palestina. Fima escogía los textos y Lili los resumía.

¿Por qué no escoges de antemano fragmentos cortos?, le preguntó al cabo de una semana?

Porque te tengo confianza, respondió él, y la nuez de Adán le desapareció de pronto de la garganta, como si ésta se le hubiera redondeado.

A medida que transcurrían los días, ella iba confiando más en él en los

asuntos del boletín, y le pedía consejo en las decisiones fundamentales que le parecían difíciles de asumir sola.

La cuestión de los robos, por ejemplo. En la nave el hambre iba en aumento. En cada puerto al que se acercaban para el aprovisionamiento, se los quitaban de en medio como una mano sacudiendo moscas. Escaseaban los víveres y también el agua. Una mañana navegaron frente a una montaña en la que, entre rocas, se precipitaban dos cascadas de agua dulce, agua dulce en abundancia y hubo gente que se refugió en los dormitorios porque su vista le abrasaba la garganta.

Entonces empezaron a desaparecer objetos. De los almacenes. De la enfermería. De las maletas de los pasajeros. La gente empezó a murmurar y a señalar con un dedo a los presuntos culpables, y Lili no sabía si dar cabida o no a ese asunto en el boletín. (Cuando se cumplieron cuarenta años de aquella travesía, recuerda, los supervivientes se reunieron en el kibutz Gal On. Y cuarenta años después, no habían perdonado a Asher Eisenbaum, al que habían pescado con una botella de vino birlada en la enfermería escondida en el pantalón. Y nadie fue a saludarlo.)

No sabía si mencionar ese asunto con cuatro palabras en el boletín o ignorarlo, había confesado a Fima. Si lo hacemos, podríamos alentar a otros a participar en ese hecho despreciable. Y si lo ignoramos, hacemos como el avestruz. Vamos a mencionarlo, propuso Fima, pero indicaremos también el castigo que se infligirá al ladrón. También incluiremos unas palabras del representante religioso. «No robarás», etcétera. Es una buena propuesta, pensó Lili y miró a Fima con otros ojos. He aquí una buena lección, Lili Freud, se confesó a sí misma. Estabas empezando a creer lo que cuentan de ti, que sabes examinarlo todo a conciencia. Que posees un don especial. Acaso sea bueno que venga ese Fima para demostrarte que también tú te puedes equivocar. Y que una persona puede ser un payaso redomado y tener al mismo tiempo una aguda inteligencia.

Además: a lo largo de todas las horas que pasaron juntos, trabajando con el boletín, Fima no intentó nada con ella. Nada de nada. Mantenía las distancias y apartaba el aliento de su nariz. Lili pensó que Esther tenía razón, que en cuanto comprendió que no era una presa fácil la había soltado. Se sintió aliviada al no tener que estar alerta en su presencia y se permitió contarle, mientras trabajaban, cosas íntimas. Por ejemplo, que le gustaba escribir y que nunca hubiera imaginado que la primera oportunidad de escribir en un

periódico le llegaría precisamente en un barco de inmigrantes. Él no se burló de ella cuando llamó «periódico» a su humilde boletín, e incluso le habló de su padre que se había enojado con él porque había preferido la música al estudio de la Torá y que, de no ser por su abuelo, chantre de la sinagoga, que lo animó a seguir estudiando música y que le había facilitado en secreto el salario de sus distintos profesores, nunca hubiera alcanzado el grado al que había llegado, no el más alto, había que confesarlo, pero el que le permitía por lo menos alegrar a sus semejantes.

¿Y tu madre? ¿Qué piensa de tu música?

Mi madre está muerta, respondió. Por la forma de pronunciar la palabra «muerta» y el modo de desviar los ojos quedaba claro que no deseaba seguir hablando de ello.

Por cierto, ¿por qué no tocáis últimamente?, dijo para cambiar de tema. Es por Pesia, el clarinetista, está deprimido y no se levanta de la cama. Si no hay clarinete, no hay klezmer. ¿Por qué está deprimido?, se interesó Lili. Nadie lo sabe, dijo Fima. Se niega a hablar con nosotros. Puedo intentar hacerlo hablar, le propuso con precaución. Después de todo, echamos a faltar vuestras melodías.

Pesia, de hecho, añoraba las tartas de crema de su madre. Cuando dijo «tartas de crema», a Lili se le hizo la boca agua. Yo también añoro la ensalada de zanahorias dulces que papá nos preparaba, le confesó ella y añadió –sabía que, para los judíos, una conversación sobre comida sustituía a una sobre el tiempo, que es el aperitivo de la conversación auténtica– que cada una de sus hermanas tenía un postre favorito y su padre intentaba no hacer favoritismos...

Compota de manzana, en casa todos los hermanos comen compota de manzana durante la semana, pero solo comemos tarta de crema los sábados. Pesia había utilizado el presente y, sin proponérselo, había sacado el clarinete de debajo de la manta. Lo asía blandamente, sin ninguna intención.

Dime, preguntó –realmente le intrigaba y era consciente de que solo si la pregunta era auténtica, su intento de dirigir la conversación no sería tan evidente–, ¿por qué ese instrumento... el clarinete... nos identifica precisamente a nosotros como pueblo?

Bueno, a causa del nomadismo, respondió Pesia, ¿cómo podrías vagabundear con un piano? ¿O con un violonchelo? Tanto el clarinete como el violín son instrumentos fáciles de trasladar de un sitio a otro.

Guardó silencio. Miró a su alrededor con una mirada furtiva de ojos entrecerrados que ella conocía bien: la mirada de los que quieren cerciorarse de que nadie más que su interlocutor va a oír lo que están hablando. En el dormitorio siempre había gente. El mareo cobraba sus víctimas cada día. Afortunadamente, en ese momento no se encontraba nadie cerca...

Aunque, ¿qué ocurrirá allá, en el nuevo país al que nos trasladamos? Preguntó Pesia, soltando una gran exhalación, como si estuviera soplando por la boquilla de su clarinete. Porque allá –eso dice todo el mundo– nuestras esperanzas se van a realizar y será el fin de nuestro error. Pero, Dios no lo quiera, ¿quién me garantiza que no me obligarán a servirme de mi clarinete como de una azada? Y, de paso, ¿qué van a hacer de mí, allí?, preguntó con voz triste. Fima es un muchacho fuerte. Itsjak, un muchacho obstinado. Abraham tiene buenos puños. Todos ellos encajan con el nuevo país. Pero ¿qué harán con un Pesia como yo?

Exactamente lo mismo que aquí, le tranquilizó Lili. ¿Sabes hasta qué punto los compañeros necesitan la música? ¿Cómo desean escucharte de nuevo?

Un ligero estremecimiento casi imperceptible se hizo visible en el rostro de Pesia. Lili conocía ese temblor por Nathan y lo había bautizado como «el temblor del artista que ha recibido un cumplido». Una especie de rápida restauración interior, como una columna vertebral orgullosa.

¿Y tú? ¿Tú también echas de menos mi música? La miró con ojos repletos de esperanza.

Yo también –asintió con prudencia para no despertarle vanos deseos–, o sea, como todo el mundo.

En el boletín de ese día publicaron un anuncio: Mañana tendrá lugar en la cubierta del barco un concierto festivo de la banda klezmer.

En nombre de la banda klezmer agradezco de corazón tu intervención, le dijo Fima con ojos relucientes por la noche, en cubierta, entre las cuerdas y, de pronto, sin darle tiempo a reaccionar se inclinó y le besó largamente la mano. ¡Mañana tendrás reservado un sitio de honor en primera fila!, dijo y, de nuevo, cuando ya estaba segura de que se había resignado a su rechazo, vio en sus ojos una chispa de deseo.

Dori

Y viajan. Y acampan. Y viajan. Y acampan. Y se duchan con agua fría. Y se duchan con agua caliente. Y escuchan salsa en la radio de Alfredo. Y Dori odia la salsa. Pero se acostumbra. Y zarandea las caderas en el asiento al compás. Inbar se ríe de él. Y también se menea.

A veces, de noche, en la autopista panamericana, Alfredo acelera y Dori tiene la impresión de que está en un avión a punto de despegar.

Otras veces, cuando van por una carretera secundaria con la lluvia golpeando las ventanillas, las cascadas fluyen a ambos lados del camino y las ruedas apenas pueden vadear la carretera inundada, Dori tiene la impresión de que navega en una embarcación. En una embarcación de inmigrantes clandestinos.

Se detienen de vez en cuando. Compran: *agua mineral sin gas, hamburguesa con tomate*. Inbar se obstina en pedir por ellos, en exhibir su recién adquirido español para turistas y él se avergüenza de casi no poder diferenciar entre *gracias* y *por favor*, hasta ese punto se ha permitido hasta ahora confiar en Alfredo.

Cada pocas horas cruzan frente a un cartel con el nombre de una localidad que Inbar ya conoce. Entonces ella se la describe. Le gusta escucharla. Ella de todo hace una historia: con un comienzo, un contenido y, al menos, un desenlace. Con pequeños detalles, vistosos, acompañados de expresiones corporales llenas de emoción. Cuando le describe la subida por el sendero que lleva a la fortaleza de los Incas y la búsqueda de un lugar para ver el río, con los dedos hace un movimiento de escalada, entonces él siente como si estuviera trepando junto a ella, respirando el aire ligero. Cuando le describe su entrada en la fiesta de un club en Cuzco y lo adulta que se sintió, se avergüenza con ella y con ella se arrima a la pared. Cuando le describe cómo en las Islas Ballestas el pelícano se zambulle en pos de su presa, él mismo se siente atrapado en un saco y, cuando le describe con los ojos cerrados de placer el baño en las aguas termales de Paracas, puede realmente sentir cómo el dolor lumbar se aplaca –todo eso lo intriga mucho y, a la vez, se agudiza la sensación de oportunidad perdida al verse condenado a descubrir ese maravilloso continente siempre a través del cristal turbio de la preocupación por su padre.

El coqueteo con Alfredo ha terminado, para gran alivio suyo. Ayer, le cuenta a Dori antes de montarse en la cabina, llamó a la puerta de su habitación del albergue para proponerle, así, sin cortarse, que durmiera con él

en la cama plegable de su oficina. Pareces, le dijo él con voz de macho de la *shmatte*, alguien que sabe pasarlo bien. Ella le dejó bien claro que no estaba interesada en pasarlo bien con él. También le sugirió que antes de hacer esa clase de proposición a una chica, lo mejor sería ducharse. No me pareció que se lo tomara mal, creo que es del tipo de hombres que aprovechan lo que les cae, de todos modos, le dice a Dori, me gustaría que hoy montaras antes que yo en el coche y te sentaras entre los dos.

Ningún problema, acepta Dori, contento de merecer su confianza.

Se sientan ambos a una prudente distancia. Él y ella. Sin rozarse las rodillas. Los pies con calcetines de ella (en cuanto se monta en el coche se quita los zapatos) no tocan los pies calzados de él. Tiene el empeine muy pronunciado y los dedos son atractivos. Resbalar lentamente desde el tierno valle hasta la colina del talón, y quizás rodear y agarrar sus finos tobillos. Pero... nada que hacer. Igual que cuando lo invitó a ver la inscripción del Judío Errante en la pared de su habitación, dejó la puerta abierta y mantuvo su cuerpo lo más alejado posible del suyo. De vez en cuando, durante el viaje, al pasarle la bolsa de Bamba que Alfredo sigue sacando de su escondite secreto en honor a Inbar, el dedo meñique roza el de ella. Y cuando el viento sopla con fuerza a través de la ventanilla, el pelo de Inbar roza ligeramente su cara. Y eso es todo.

Ella casi no habla de su vida en Israel. Parece que hay un cierto Eytan. Y un hermanito que acaba de descubrir, en Australia. Y un padre que la altera pero, más allá de la irritación, se nota que lo ama muchísimo. También está Yoavi, cada vez que menciona su nombre la pequeña arruga sobre los labios se hace más profunda y en las pupilas navega una nube preñada de lluvia. No le pregunta nada de Yoavi. Ni de nadie. Porque algo en ella avisa: lo explicaré cuando llegue el momento.

En cambio, ella espera que responda a todas sus preguntas. Al momento. Después de todo son unos enviados en misión detectivesca y ella tiene que saber cuanto más mejor para poder ayudarlo.

De verdad, tu gorro es de detective, dice como un intento para esquivarla.

¿Qué? ¿No es bonito?, le lanza una mirada ofendida.

Todo lo contrario, te sienta muy bien, sinceramente.

Bien —está decidida a seguir su interrogatorio—, ¿dónde estábamos? Tu padre amaba muchísimo a tu madre.

Sí.

¿Por ejemplo? ¿Cómo podía uno darse cuenta?

Había... cantidad de pequeñas cosas.

Dime una.

Él estuvo diez años construyendo una casa en Mevaseret Sión y no llegamos a mudarnos a ella, porque mi padre vio que la entristecía dejar Jerusalén.

¿Qué? ¿Eso es una cosa pequeña?

Fue construyendo la casa despacio –le cuenta, intentando detenerse en los detalles, corresponderlo, desarrollando una historia con principio, contenido y desenlace–, una parte de los trabajos más simples los hacía él mismo. De vez en cuando empleaba contratistas y al cabo de poco se deshacía de ellos, porque no trataban la casa de sus sueños con... la reverencia adecuada. De vez en cuando pagaba a artesanos. Pero siempre lo abandonaban a medio hacer. Algunas veces detuvo la obra por completo; en la caída de la Bolsa perdió mucho dinero...

Mi padre también.

Sí, eso interrumpió los trabajos lo menos dos años, pero una vez al mes, como un cronómetro, llevaba a mi hermana Tseela a visitar el esqueleto de Mevaseret. Mi madre no los acompañaba. Para ella esa casa no existía. Le decía: Amo a Jerusalén de corazón... y eso no es Jerusalén, es un suburbio entre los suburbios. A lo que él le respondía, ¿de qué Jerusalén hablas? De tu Jerusalén solo ha quedado un reducido gueto de laicos concentrados en algunos barrios. Y ella, a su vez, esa es justamente la razón por la que no podemos abandonar. Y le citaba a Ehud Manor: «No le cederé nada hasta que ella abra los ojos.»

Un momento, ¿y tú? ¿A ti nunca te llevó?

Sí, pero no quise ir.

¿Por qué? ¿No tenías curiosidad por verla?

La verdad es que... a mí también me parece extraño a posteriori. Pero de niño lo tenía claro. Si había alguna discrepancia entre mi padre y mi madre, tomaba partido por mi madre.

Espera, ¿y cómo consiguió terminar la casa?

No tuvo más remedio. El propietario de la casa adosada contigua había terminado de construir y lo presionaba para que él terminara también. Era imposible que su casa estuviera junto a un esqueleto. Entonces pidió un préstamo, puso de una vez el dinero que faltaba y terminó la casa en tres

meses. Cuando estuvo todo a punto llevó a mi madre a verla. Ella le dijo que no se comprometía a nada y él le respondió: Nurik, desde mi punto de vista piensa que entras en un museo. Mi hermana también fue a esa visita.

¿Y tú?

Ya te dije que tenía cosas mejores que hacer y esperé a que regresaran para ver... qué habían decidido.

Bueno, y qué...

Cuando regresaron mamá estuvo dando vueltas por la casa como alma en pena unos días, hasta que mi padre rompió el silencio y dijo basta, Nurik, no puedo verte así. No hace falta que decidamos ahora. Mientras, podemos alquilarla, ¿de acuerdo?

Y... eso es todo. Ese mientras, dura hace treinta años.

¿Y has llegado a ver la casa?

Solamente ahora. Antes de que se fuera a Sudamérica. Fui a cobrar el alquiler de los inquilinos.

¿Y cómo era?

Muy bonita. De verdad, algo especial. Todo hecho a mano. Me quedé allí unos minutos, comprobé la dirección dos veces. No podía creer que hubiera estado dispuesto a tal renuncia por ella.

Por lo visto... tenían ciertamente una relación especial, tus padres. Podría ser que por esa razón él es tan... le costó tanto... intento decir... cuando ella...

Murió, está bien, puedes decirlo.

Guardan silencio unos instantes. El sonido de la salsa que tocan en la radio invade la cabina entera. No es nada apropiada al momento pero, de algún modo, sí lo es.

Sabes, dice ella al fin. Cuando las personas hablan de un ser próximo que se les ha muerto dicen que sienten como si les hubieran arrancado un miembro del cuerpo. Pero es justo todo lo contrario: se te ha añadido un miembro. Una glándula de tristeza en la zona del diafragma. Estoy segura de que existe realmente esta glándula. Estoy segura de que no la han podido descubrir con una radiografía, porque se esconde perfectamente entre las costillas.

De pronto, como una niña, quiere que la escuchen y que la acepten, con esos labios que no se sabe si se fruncen para besar o en son de desprecio. Todavía no está seguro de si le es permitido preguntar sobre la causa de su

tristeza. Y mientras se pregunta si es mejor preguntar que no preguntar, ella cierra los ojos y se queda dormida.

Al cabo de pocos instantes, apoya la cabeza en su hombro. De repente, otros cabellos, otro cuello, un peso distinto.

Mira de reojo a Alfredo, por si ve lo que está ocurriendo. Alfredo está ocupado con otra de sus conversaciones telefónicas. Dori piensa que aún no ha renunciado a formar parte de ese partido. Y también duda si apartarle la cabeza sería grosero por su parte.

Un mechón de pelo rizado reposa en su pecho. Desea acercárselo a la nariz, pero se contenta con olerlo de lejos. El olor es suave, sutil. Agradable. Muy distinto al de Roni. No mejor, distinto.

Suerte que no es mi tipo.

Dori piensa que ha omitido a su hijo en la historia que le acaba de contar. Cuando fue a la casa de la discordia, se llevó con él a Neta porque había observado que las tareas más turbias podían llegar a tener sentido si las llevaba a cabo en su compañía, y por el camino escucharon un disco de canciones de Pascua –del que Neta no quería separarse aunque habían pasado ya dos meses desde el Seder, la cena de Pascua, entonces le explicó que Sión es Jerusalén en la Biblia y que Mevaseret Sión se llama así porque precede a Jerusalén, como si la anunciara, y Neta dijo: Pero es al revés, primero está Jerusalén y después Mevaseret entonces habría que llamar a Jerusalén Mevaseret Mevaseret Sión, y Dori se moría de risa y le explicó que dependía de dónde se venía, y pensó, cómo no lo veían todos esos niños que no querían ser sus amigos y las maestras de la guardería que lo consideraban una carga, ¿cómo no veían que era un niño encantador? Y al entrar en Mevaseret siguió derecho, hacia los nuevos barrios, consultando la dirección apuntada en un papel. Roni se ofreció a imprimirle un mapa bajado de Internet y él le dijo que no hacía falta, pero no tuvo en cuenta cuánto había crecido la localidad ni lo tortuoso de sus calles y, además, no había alma viviente a quien preguntar; era exactamente como su madre le había dicho: un suburbio entre los suburbios. Neta ya empezaba a perder la paciencia y a decir ¡papá!, ¿cuándo llegaremos?, con ese tono quejica que sacaba a Dori de quicio y le despertaba instintos violentos, seguidos de una profunda vergüenza, desolado de pensar en pegarle a su hijo cuando, por casualidad, vio la placa con el nombre de la calle que buscaba, suspiró profundamente aliviado porque después de la serie de preguntas monótonas siempre llegaba, como en una obra musical

perfectamente orquestada, el cataclismo total de Neta que incluía, no forzosamente en ese orden: fuertes patadas contra el asiento delantero, tirones a sus propias orejas, chillidos estridentes que rompían los tímpanos, puñetazos al cristal de la ventanilla, el cinturón de seguridad desabrochado en plena marcha, mordiscos al cinturón o a su lengua por equivocación y chillidos cada vez más fuertes.

Bueno, nos hemos ahorrado el cataclismo. Aquí está la casa número catorce. Derecha.

Bienvenido, bienvenido, le dijo la mujer que le abrió la puerta con un delantal puesto. ¿Eres el hijo de Mani? Cómo te pareces a él, Dios mío, cómo te le pareces. ¿Y ese es su nieto? Quiero decir, tu hijo. Sí, es Neta, dijo Dori mientras intentaba separar el rostro del niño de sus piernas y girarlo hacia ella. ¿Cuántos años tienes, Neta?, le preguntó y el niño se arrimó aun más a su padre. Tiene cuatro años y medio, dijo Dori en su lugar. ¡Ah, qué bien!, gritó la mujer con vehemencia. ¡Igualito que mi pequeño! ¡Pueden jugar juntos! A-miti, baja, le ordenó. Dori tenía ya en la punta de la lengua una excusa –nosotros hemos venido solo para cobrar el alquiler y ya nos íbamos–, pero no llegó a decirlo porque Amit ya bajaba por la bonita escalera y le daba la mano a Neta y lo conducía, muy seguro de sí mismo, a su habitación.

Bueno, ¿qué tal encuentras la casa? La cuidamos bien, ¿verdad? Dori carraspeó, ah... la verdad es que nunca había estado aquí. Pero ¿qué dices?, gritó de nuevo con la misma vehemencia –Dori se empezó a preguntar si era real o fingida–, pues vamos a hacerte una visita guiada.

Lo llevó por las innumerables habitaciones –en una de ellas encontraron a Neta y a Amit construyendo juntos en perfecta armonía un puente con el Lego–, a continuación salieron al inmenso jardín donde le dio extensas explicaciones sobre cada árbol y arbusto, distinguiendo entre los que había plantado su padre y los que habían añadido, después lo invitó a tomar café con pastel en su pulida cocina y charlotó con él sobre jardines y clases y, cada vez que había una pausa que él pensaba aprovechar para sacar el tema del pago del alquiler, ella se apresuraba a colmarla con nimiedades y así, sin darse cuenta, transcurrieron dos horas, entonces Dori miró su reloj y dijo se ha hecho tarde y la mujer con el delantal propuso: os podéis quedar a cenar pero Dori rehusó, no, no, la mamá de Neta va a volver del trabajo enseguida, y pensó: mejor retirarse a tiempo antes de que Neta la líe, se levantó, fue a la habitación donde estaba Neta y le dijo, venga, nos vamos. ¡No!, protestó

Amit echándose a llorar mientras Neta lo miraba estupefacto; nunca le había ocurrido algo así. Nunca le había ocurrido que a un niño le gustara tanto su compañía. Dori estaba tan emocionado de que finalmente eso ocurriera, que por fin Neta tuviera una experiencia que no fuera humillante con un niño de su edad, que les concedió unos minutos más y al final, casi se le olvidó pedir el alquiler, lo recordó ya en la puerta y dijo: en lo que se refiere al alquiler... y la mujer dijo: ha habido un malentendido entre mi marido y yo, los dos pensamos que el otro tenía la chequera pero ¿no te importaría pasar la semana que viene y traerte al niño?

* * *

Añora dolorosamente a su hijo mientras, en su hombro, duerme una mujer con un gorro que no es su mujer. En su hombro duerme una mujer con un gorro que no es su mujer, y él añora dolorosamente a su hijo.

De fondo, suena una musiquilla de salsa. Y en un fondo más lejano, su padre perdido. Preocupante. Ilusorio.

Echa de menos a Roni. Sí, también echa de menos a Roni. Y le duele la espalda. Pero no quiere cambiar de postura. Para no despertar a Inbar.

Por su parte, Alfredo habla por teléfono con un cliente. *Relax*, le dice, *let's look at the facts*: se supone que tu hija se ha internado en la jungla por «el camino de la muerte» y hace unos días que no establece contacto. *Okay*. Puede haber toda clase de motivos para eso. ¿Por ejemplo?, que realmente esté en la jungla, allí no hay Internet ni teléfono. O que, finalmente, haya decidido no ir y en La Paz se ha encontrado con gente que la ha convencido de viajar al desierto de sal. Dame veinticuatro horas, ¿sabes qué?, dame doce horas, Mister Cooper, y te llamo para informarte. ¿De acuerdo? Sé que es duro. Pero no hay nada que hacer. A veces hay que respirar profundamente hasta que la situación se aclare.

Lili

A los días malos habían precedido los buenos: les habían autorizado a acercarse al puerto de Beirut para aprovisionarse. Pequeños barcos pesqueros

rodearon su embarcación para ofrecerles víveres. Habían subido sacos de frutas y verduras –¡frescas!– al barco. Carne fresca. Y pitas. Montones de pitas. Comió pitas por vez primera en la vida y le resultaron extrañas. Demasiado pastosas. Como si el panadero no hubiera hecho su trabajo siguiendo las reglas. Aunque Fima –¿dónde había aprendido todas esas cosas?– le propuso comerlas con cebolla. Cortar la cebolla gruesa, mojarla en aceite y, a continuación, rellenar con ella la pita.

Así –tuvo que admitir con la boca llena– estaban deliciosas.

Después, por la noche, Esther casi se ahoga por comer un plátano con piel. No lo sabía, dijo al recobrar el aliento, es la primera vez que veo esta fruta torcida.

Junto con Fima, decidió dedicar el boletín diario a la comida: instrucciones, recetas, sugerencias de presentación. El delegado religioso añadió a su vez reglas de kashrut actualizadas.

Los pasajeros leían el boletín en la puerta del dormitorio. En sus rostros había sonrisas. Siempre lo leían con rostro grave, la boca medio abierta, hambrientos de informaciones que les tranquilizaran. Ese atardecer, con un vaso de agua en la mano (por la mañana se había doblado la ración de agua y ya no tenía color a óxido) acariciaban las letras con los ojos, sonriendo en calma.

Por la noche a la luz de una resplandeciente luna nueva, la orquesta klezmer tocó sobre la cubierta una música especialmente alegre.

Ella había sacado de su maleta su lindo vestido de cuello celeste (¡no se acicala para él, piensa, sino para ella misma!). El vestido estaba arrugado por las penalidades del viaje, intentó alisar las arrugas de la forma en que su madre lo hacía: frotaba una mano contra la otra hasta que se calentaban. Luego las colocaba encima de la arruga como si fueran una plancha.

No le salió tan bien como a su madre...

Pero había arqueado el cuerpo, a punto para ponerse el vestido, y se lo puso. Se colocó un collar a juego. Subió a cubierta. Y bailó.

Sentía las miradas que Fima clavaba en su cuerpo, pero no le quemaban. Todo lo contrario, le gustaban. Varios hombres la invitaron a bailar. Ella se negó. En su lugar bailó con Esther, como si fueran marido y mujer. No sabía qué hubiera hecho si Fima hubiera dejado de tocar y la hubiera invitado a un vals. ¿Cómo se puede estar seguro de algo hasta tal punto? Cerró los ojos y se entregó a la música. Sobre todo a la suave melodía de la armónica. Había

olvidado ya que le encantaba bailar. Mientras se baila todo parece sencillo, posible, los pensamientos se vuelven etéreos mientras se baila, todo da vueltas mientras se baila, casi se tropieza y se cae, pero no.

* * *

Y ahora se pone de pie en la cocina en su apartamento del tercer piso del barrio de Ramat Remez en la ciudad portuaria de Haifa, y baila. Todavía resuena en su cabeza la música del barco y mueve los pies en una sola baldosa, sin salirse de ella, e imagina los brazos de Fima alrededor de su talle, dando vueltas. Toda la historia no dura más que unos segundos, más que eso sus rodillas no la sostendrían, pero mantiene los ojos cerrados aún sentada en la silla de los recuerdos.

* * *

Un par de días después de la «fiesta» intentaron por primera vez llegar a la costa. Surgió una enorme motora, se amarró a la nave y la siguió para que se pudieran servir de ella como transbordador. Cuando estuvieron suficientemente cerca –las colinas de la Tierra Prometida se divisaban ya en el horizonte– se dio la señal y los pasajeros empezaron a descender a la motora.

En el primer turno bajaron sobre todo los enfermos, ancianos y niños.

Se pidió que cada grupo proporcionara el nombre de los compañeros que debían embarcar sin más dilación. Hubo discusiones y algunos llegaron a las manos, y Fima tuvo que intervenir para separarlos.

Finalmente se confeccionó la lista. Itsjak Pesia con su clarinete también estaba en ella. Aunque volvió a tocar con la orquesta después de la conversación con Lili, seguía abatido, empeoraba, y una noche Fima lo sorprendió cerca de la enfermería con dos cajas de somníferos en su bolsa y si bien negó firmemente cualquier intención de suicidio, convenció a sus compañeros para que no le perdieran de vista.

Lili y Fima lo observaban cuando subió a la motora. Abrazado al estuche del clarinete, lo mecía como las jóvenes madres a sus bebés.

El piloto tiró de una cuerda y el motor ronroneó. La motora comenzó a alejarse y las emociones de Lili se arremolinaron encrespadas, como el surco

que dejaba en el agua la hélice: envidia, seguro. Aquella gente pondría los pies en la tierra del país antes que ella. También se sentía culpable por experimentar esos celos. Además, sufría por Itsjak Pesia, que no saltara al agua antes de tiempo, que no se le cayera el clarinete. También se sentía perpleja ante las colinas de Sión que se insinuaban en el horizonte: ¿cómo podía ser que se parecieran a todas las colinas, a simples colinas corrientes? Porque esa tierra debería de tener algo especial, algo que justificara cada trecho de ese camino que habían recorrido.

Cuando la motora se perdió de vista, finalmente se prendió en ella una chispa de alegría cautelosa: ella iría en uno de los turnos siguientes. Sí, quizás esa misma noche las peripecias y las náuseas llegarían a su fin.

Al cabo de pocos minutos se difundió el rumor: los jefes de la motora habían anunciado por radio que la embarcación hacía aguas a causa de las grietas que el sol y el viento habían abierto en el casco durante los días en que había estado en el flanco del barco, y ahora los jefes dudaban entre volver atrás o seguir adelante. El agua no hacía más que subir, transmitía la radio, y ya llegaba a las rodillas de los pasajeros. Que sigan adelante, dijo Fima, a ella y a él mismo, nunca es bueno volver atrás.

Una multitud se agolpó en la cubierta mirando con terror creciente cómo la motora aparecía de nuevo en la línea del horizonte, retrocediendo. Aproximándose. Hundiéndose. De pronto parecía más una cáscara de nuez que una motora. Los que iban en ella tenían los ojos abiertos, aterrados. Las piernas hundidas en el agua. La multitud de la cubierta miraban lo que ocurría como en una obra de teatro, como si el agua fuera un decorado de papel de plata, como si el bramido de las olas se oyera en un gramófono. Lili experimentó la imperiosa necesidad de romper la barrera entre el espectáculo y la sala. Disparar al aire, bajar el telón. Gritar a sus compañeros que dejaran de mirar. Pero no había nada que hacer, solamente esperar a que la motora se acercara lo suficiente para poder izar de nuevo a los pasajeros. Cuando estuvo cerca, Itsjak Pesia había perdido el conocimiento. Fima dejó a Lili y corrió abajo para trasladarlo a cubierta. Intentó colocar las manos en sus axilas pero incluso desvanecido Pesia mantenía asido con gran fuerza el estuche del clarinete y Fima no tenía por dónde agarrarlo. La motora comenzó a inclinarse. No quedaba ya nadie en ella salvo ellos dos. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Lili. La misma sensación que cuando pasaba ante los lisiados en la plaza del mercado de Varsovia: quería desviar la mirada, pero

no podía. El corazón le latía, desbocado. Fima. Fima. Fima tiró con fuerza de la funda del clarinete y lo echó al mar. A continuación, cargó a Pesia al hombro como un cordero. Y trepó con él a cuestras por la escala de cuerda que colgaba de cubierta.

Unos segundos más tarde, la motora se hundió con un suave murmullo en el abismo y con ella su esperanza de llegar esa misma noche a su puerto anhelado. Poco tiempo después, recibieron la orden de alejarse rápidamente de la costa de la Tierra de *Isruel*, porque temían que los descubrieran los guardacostas británicos. Y si no bastara con eso, al mismo tiempo la radio había captado noticias muy alarmantes: los alemanes estaban concentrando gran cantidad de tropas en la frontera polaca. Hitler negaba cualquier intento de invasión. Pero ¿quién podía creerle a un déspota como él? Y más teniendo a sus familias al otro lado de la frontera, hermanos, hermanas, a su padre que la esperaba con su gorro de astracán en la acera enfrente del hotel hasta la caída de la noche y que, antes de separarse le dijo no importa si no puedes salir a verme, ya nos veremos dentro de pocos meses en la Tierra de *Isruel* y se inclinó para besarla en la frente, y se rio, antes tenía que agacharme para besarte en la frente, y ahora mira, Lilinka, tengo que ponerme de puntillas...

Esta noche no se presentó nadie del consejo de redacción del boletín a la reunión. A Lili le temblaban los dedos, sobre todo los dos con los que sostenía la pluma. ¿Qué se podía escribir en un día como este, por todos los diablos del infierno?

Sin embargo, se obligó a contar los acontecimientos del día y a descubrir en ellos alguna luz: la motora podía haber arrastrado al abismo a sus tripulantes, escribió. Nos ha sucedido un milagro, escribió. Luego esperó. Rasgó la hoja y empezó de nuevo. También rompió la segunda hoja. Estuvo así hasta medianoche, cuando finalmente encontró una fórmula razonable que no embelleciera las cosas por un lado y, por otro, no fuera absolutamente desalentadora. Aunque sentía que estaba decepcionando a sus lectores. Porque, ¿qué sentido, sí, qué sentido tenían las palabras en días como este en que todo zozobraba?

Colgó la hoja en la puerta del dormitorio, luego, con pasos tambaleantes y el agua hasta las rodillas bajó las escaleras que conducían a las literas.

Un hedor acre le golpeó la nariz con más fuerza de la habitual: le pareció que esta noche, al sudor y los vómitos se había añadido el olor intenso del miedo. Tenía la intención de ir hasta su litera y sacar de la maleta la foto de

su padre, pero a medio camino cambió de parecer y se encaminó a la litera de Fima.

Este se había agenciado una especie de cortina, una sábana, para aislarse de los otros pasajeros y que podía descorrerse como una cortina normal. La apartó lentamente y lo descubrió durmiendo boca arriba (Nathan siempre dormía de lado). Tenía la calva perlada de gotas de sudor. ¿O eran de agua de mar que no se habían secado aún? Si las probara, lo sabría.

Se descalzó y se acostó en el estrecho espacio que quedaba. Él se volvió del otro lado, en sueños, y se arqueó para dejarle sitio. La espalda de ella contra su vientre, la cabeza en su pecho; ella notaba los latidos de su corazón y cómo la sangre se iba calentando despacio hacia ella. Y, al cabo de un minuto, su mano había empezado a acariciarla por todo el cuerpo. Con movimientos prolongados. Que se iban volviendo cada vez más atrevidos.

Nur arimnaman, ella le asió la mano y la enlazó alrededor de su cintura. Solo abrazarse.

Nur arimnaman, repitió. Su aliento, recuerda, hizo estremecer su nuca.

Nesia

En general, le gustan los hombres que se orientan sin brújula. Los que no piensan demasiado. De palmas de las manos grandes y ásperas. Hombres que han estado en Tuichi y han regresado. De largas piernas. Anchos hombros. Sudor fresco. Y de ojos claros. Vagabundos temerarios como ella, con dos pasaportes por lo menos.

Dori no posee nada de eso...

Y, sin embargo (quizás ha captado en él alguna vibración, alguna ferocidad subliminal), fue ella la que dejó que la cabeza de Inbar reposara sobre su hombro. Durante su sueño. A posta.

Inbar

Se despierta, no sabe si confusa o no. Se separa despacio de Dori. Primero la

cabeza, a continuación todo el cuerpo, un punto de contacto tras otro; hasta que las rodillas se separan. Se quita el sombrero. Se peina con la mano. Mira por la ventanilla. Se sacude unas migas inexistentes de la blusa. Se la acerca a la nariz y descubre que un aroma masculino la impregna. Una ola de culpabilidad le recorre el dorso. No es correcto con respecto a Eytan lo que está pasando aquí. «Está bien que hayas continuado hasta Perú. Parece que es lo que necesitas ahora. Pero cuídate, ¿de acuerdo?» Es lo que le escribió amablemente en su último correo. ¿Y ella? Una ola de culpabilidad, eso es todo. Todo cuanto siente por él. No una oleada ni un tsunami, claro. Una ola pasajera. Que se desvanece. ¿Querrá decir algo, considera asustada, que haya sido tan agradable apoyar la cabeza sobre el hombro de otro hombre? ¿O es solo el viaje, falaz, engañoso? ¿Dónde se encuentra ella, de todos modos? En la carretera de Haifa, por ejemplo, puede abrir los ojos en cualquier momento y saber exactamente dónde se encuentra y cuánto tiempo, en minutos y segundos, queda hasta Hadera. ¿Y aquí? Alfredo telefona, más entusiasmado de lo habitual. Ella intenta comprender algo de su español vertiginoso. *Computadora* quiere decir ordenador. También comprende *claro, por qué, hijo de puta*.

«*Wake him up!*», le dice al terminar la conversación telefónica, señalando a Dori con la cabeza. ¡Eh! —le dice rozando su hombro abatido—, despierta (de haber sabido su apodo cariñoso, algo como Dorike o Dorele, en ese momento se habría servido de él). Lo sacude un poco más, tratando de que sea con delicadeza. Por fin abre los ojos. Perplejo. Se lleva una mano a la mejilla. Al cuello. Acaricia ligeramente el lugar donde reposaba su cabeza y pregunta: ¿Qué? ¿Ocurre algo?

Good news, Mister Dori, dice Alfredo bajando el volumen de la salsa. Mis hombres han dado con el albergue en que tu padre durmió en la Isla del Sol. Y no solo eso. Resulta que dejó unos escritos en la computadora.

¿Unos escritos?

Sí, cosas que él apuntaba en un archivo.

Todos escriben, cruza por la mente de Inbar este pensamiento inapropiado, de pronto todo el mundo se pone a escribir.

Pues adelante, dice Dori, que nos lo mande aquí, a tu oficina.

El dueño del albergue dice que no puede hacerlo. Vulnera la intimidad de su cliente. En español significa que quiere dinero. Pero va a ir bien. Después de la siguiente curva, miren por la ventanilla y verán el lago Titicaca. Mañana

nos levantaremos y cruzaremos la frontera con Bolivia. Tomaremos una barca hacia la Isla del Sol y yo ya arreglaré el asunto de los escritos. *¿Bueno?*

Dori

Salta el primero a la barca y tiende la mano a Inbar. Ella lo ignora y franquea segura el espacio entre el muelle y la barca, está a punto de perder el equilibrio cuando aterriza y casi se cae sobre su pecho aunque al fin lo logra sola. Junto a ellos un gran ferry de turistas navega también hacia la Isla del Sol. Alfredo les advierte que el ferry se detiene en cada isla, por eso ha alquilado una barca a motor. Sus mochilas están colocadas en un extremo de la barca y ellos en el otro. Hay un salvavidas y el capitán, que tiene el ceño fruncido y parece un dios inca, les pide que se pongan unos chalecos amarillos. Comienzan a navegar con el suave ronroneo del motor. El agua es cristalina, el sol dorado, las montañas con las cimas nevadas circundan de blanco el horizonte. Cuando su barca atraviesa un estrecho paso entre dos islotes minúsculos mira de refilón a Inbar. Se sorprende muchísimo al ver que ella no está asombrada. ¡Es el lago más elevado del mundo!, proclama Alfredo mientras ella permanece indiferente. Dos gotas de agua del motor le salpican la cara y una se queda en sus pestañas.

¿Entonces, te gusta el lago Titicaca?, le pregunta Dori.

Ella se seca la gota de las pestañas del ojo izquierdo y responde, hermoso, sí, muy hermoso, pero... guarda silencio.

Pero, ¿qué?, le pregunta a gritos para sobreponerse al ruido del motor. ¿Bonito pero qué?

A decir verdad yo... quiero que encuentres a tu padre, grita. Es más importante ahora para mí que... el paisaje.

Se inclina hacia ella, la mejilla roza su pelo, y le dice al oído en tono de confianza, eso no está bien, así no vas a disfrutar de tu excursión.

No se trata de si está bien o no, le dice bruscamente mirándolo directamente a los ojos y retrocediendo un poco al mismo tiempo, es lo que siento.

* * *

Como el momento en que el portador de la antorcha llega al pebetero en lo alto de la escalinata en la ceremonia de apertura de los juegos olímpicos...

Ese es el efecto que le produce la frase de ella.

* * *

Desea levantarse y abrazarla pero el equilibrio de la barca y de la vida es muy delicado. Así que se queda en su sitio y, para corresponder a su gesto, le cuenta: mi padre sufre de vértigo. Lo descubrí relativamente tarde. Fuimos al Luna Park y le pedí que subiera conmigo a la montaña rusa y me dijo que no podía. Me enojé mucho. Creí que no quería. Que prefería divertirse con mi hermana. Era impensable que hubiera algo que no pudiera hacer.

¿No te lo explicó?

Lo intentó. Pero no va con su carácter... confesar una debilidad. Ese hombre había recibido la medalla del valor después de la guerra de Yom Kipur.

Entonces cómo sabes que... ¿quién te lo dijo?

Mi madre. Finalmente fue ella la que subió conmigo a la montaña rusa y después de haber recorrido el descenso, donde todo el mundo chilla, me contó que sufría de vértigo.

Un momento... si tiene vértigo, ¿cómo ha llegado a la Isla del Sol en barca? Aquí hay algo que no encaja.

¿Solo algo? dice él. ¡No hay nada que encaje en toda esa historia!

Quizás ese archivo del ordenador nos ordenen las ideas, dice Inbar.

Su uso del plural le gusta y le incomoda al mismo tiempo y reprime el impulso repentino de tender la mano y con el dedo quitarle la gota de agua que aún tiene en el párpado derecho. Quitarla y acariciarla.

Un tramo de escarpadas escaleras conduce desde el embarcadero hasta la zona habitada de la isla, en la colina. Lo llaman «las escaleras del Inca» o «las escaleras Yumani» y, según la *Lonely Planet* cuenta con 1.396 escalones, aunque según Alfredo son 1.500.

De cualquier manera son muchos. Pero no hay otra opción, compran una botella de agua mineral y empiezan a subir.

Alfredo se disculpa –quiere tratar algunos asuntos con el dueño del albergue– y trepa por las escaleras como una alpaca, de dos en dos. De pronto se detiene y busca en sus bolsillos.

Te las has olvidado en la barca, le grita Dori.

Regresa a la barca y vuelve a trepar con ligereza, les alcanza, esta vez con las gafas de sol puestas.

Parece que sus pulmones están habituados a esas alturas, dice Dori a Inbar

mientras contemplan cómo se encarama por la montaña, y el hablar le priva del preciado oxígeno. Ahora debe detenerse. La cabeza le da vueltas. Las sienes le laten con un dolor sordo y una ligera náusea empieza a apetonarse en la parte baja del estómago.

¿Cómo pudo subir mi padre hasta aquí?, se pregunta. Un hombre de sesenta años. ¿Cómo no tuvo un ataque al corazón a medio camino?

Inbar también se detiene, un escalón más arriba que él. Con la respiración ligera.

¿No te cuesta?, dice asombrado.

Soy de Haifa. Cada día para llegar al nivel de la calle tengo que subir desde mi casa ciento veintitrés escalones. Mira los músculos de mis piernas, son como los de un futbolista.

Se sube el pantalón y muestra unos músculos de romano y esos tobillos suyos.

Ella se da cuenta de que él se recrea con lentitud, pero no se da prisa en soltar la tela del pantalón.

¿Nos sentamos un poco?, propone ella al fin, dejando caer la pernera del pantalón y bajando un escalón. Se sientan. Dori hunde una mano en el agua que fluye por un estrecho acueducto junto a las escaleras y se moja la cara. Solo después de repetirlo tres veces recupera el aliento y es capaz de apreciar la belleza de las vistas.

Las aguas del lago son sumamente tranquilas. De un color espectacular, más azul que el azul. En las montañas que rodean ese azul hay terrazas para el cultivo, muy bien construidas, que llegan casi hasta la línea del horizonte. Una embarcación repleta de turistas sale del embarcadero y dibuja en el agua una flecha que dice: avanzar, avanzar.

Igual que en los primeros momentos de Quito, en los primeros instantes de la Isla del Sol, Dori siente también una embriagadora sensación de familiaridad. Como si él y el lugar se armonizaran. O como si ya hubiera estado allí en otra vida.

En Quito no tenía con quién compartirlo, mientras que ahora...

Tu cerebro no recibe suficiente oxígeno, por eso no puede diferenciar entre lo desconocido y lo familiar, conjetura Inbar con una sonrisa cuando él ha compartido con ella sus pensamientos.

Pero sentí lo mismo en Quito.

Puede ser que haya una rama secreta de tu familia en Sudamérica.

Mis abuelos proceden de Polonia y de Jerusalén, no veo cómo...

¿Qué quieres decir, de Jerusalén?

Mi madre es sefardí. Novena generación en Israel.

Ah, es eso –Inbar salta como si hubiera encontrado un tesoro de origen español. Y España ha dominado Sudamérica durante siglos. Y también Polonia...

¿Qué pasa con Polonia?

¿No hay una historia sobre los judíos que huyeron de los pogromos? Tengo un recuerdo borroso de la historia del bachillerato...

No huyeron precisamente hacia aquí. Sino a la Argentina. El barón Hirsch compró allí una gran cantidad de tierra porque creía que era el mejor lugar para erigir un hogar nacional para los judíos. Y no solo el barón Hirsch –Dori inspira oxígeno y prosigue, y sin darse cuenta empieza a mover las manos como si estuviera dando clase–, el mismo Hertzl dudaba en *El Estado de los judíos*, entre dos territorios: la Tierra de Israel y la Argentina.

¿Y Uganda no?

Tajles, en resumidas cuentas, la opción de Uganda más bien le fue impuesta. No era algo que deseara realmente. La de Argentina ciertamente la tuvo en cuenta. Hay una página del libro en la que compara las dos opciones y subraya que Argentina es «una tierra inmensa, poco poblada y de clima templado»...

Y allí nunca persiguieron a los judíos, ¿verdad? Parece perfecto. Bueno, entonces, ¿por qué finalmente se decidió por la Tierra de *Israel*?

Porque –según sus propias palabras– «a su llamada muchos vendrán». Es decir, solo el mito del retorno a Sión ofrecía la posibilidad de motivar a una masa significativa de personas a abandonar su hogar hacia lo desconocido.

¡Vaya!

Una pareja de turistas sube las escaleras frente a ellos y Dori piensa: tienen la edad de mi padre. La mujer se detiene, se le ha desatado el cordón del zapato derecho. Sin mediar palabra el hombre se ha dado cuenta, se agacha y lo ata. Cuando se acercan, Dori se arrima a Inbar para que puedan pasar. Y cuando ya han pasado, se mantiene junto a ella.

Sería interesante saber qué habría ocurrido de haber elegido la vía Argentina que no tomamos, dice ella con la voz algo enronquecida, acariciándose el mentón como si le hubiera crecido la barba de Hertzl.

The Road Not Taken, ¿cómo se llama ese poeta?

Tendría que darte vergüenza, señor profesor, se da la vuelta hacia él con una sonrisa burlona en los labios, ¡Robert Frost! ¿No lo estudiasteis de memoria en el instituto?

¡Claro! *Two roads diverged in a Wood...* mmmm, etcétera.

And sorry I could not travel both. No, en serio, imagina que el Estado judío estuviera en Sudamérica. El gran viaje de los jóvenes después del ejército sería justamente a *la Tierra de Israel*.

Y, a lo mejor, a lo mejor no habría ni ejército.

Sí, suspira apenada Inbar, entonces se aparta un poco de él, sacude la cabeza como si los pensamientos fuesen briznas que se pudieran sacudir, se levanta y pregunta: ¿seguimos?

No estoy seguro de poder, pero sí, quiero, dice sonriendo a Inbar y ella le tiende la mano y tira de él hacia delante para trepar.

Se cruzan con gente que baja de la colina al embarcadero para regresar a tierra firme.

Una tropa ruidosa de israelíes.

Una mujer que intenta hacer fotos mientras baja.

Una niña de la edad de Neta, sola. Descalza. Quizás huérfana.

En la cima de las escaleras los espera Alfredo. Todo arreglado, Míster, dice, y le pone una mano en el hombro. El archivo está abierto en la pantalla y la sala de los ordenadores a tu disposición. He dispuesto con el dueño que nadie entre a molestarte mientras leas. Yo tampoco entraré, *amigo*. Pero si hay algo problemático en sus escritos, debes comunicármelo enseguida.

¿Qué quiere decir algo problemático?

Alfredo se detiene un instante antes de decir: Si tu padre escribe que desea morir, *por ejemplo*.

Mani

escribir escribir ahora para disminuir el ritmo de los latidos del corazón si se piensa en el ritmo de los latidos del corazón eso los acelera mejor escribir ahora más rápido que el ritmo de los latidos del corazón mejor no utilizar palabras como mejor sino palabras de consejero estratégico y yo ya no tengo consejero ni estrategia ni equilibrio solo escapar a duras penas

cuando regresé del fuego estaba seguro de tener metralla incrustada en el cuerpo y no salía entonces fui al médico de familia y me dijo que era improbable de todos modos me mandó una radiografía no se veía nada pero yo me obstiné y exigí ver a un especialista y así de un médico a otro pasé por cinco y Nurit me acompañó a todas las visitas sin decir palabra a mí ni a los médicos y el último le pidió que se quedara en la sala una vez me hubiera ido y no entendí de qué se trataba qué pasa no soy un niño soy un héroe de guerra que me han concedido la medalla al valor sin embargo salí hay algo en los médicos que te doblegan y ya pensé que quería ligar con ella que había captado su mirada aventurera que me la iba a quitar precisamente ahora que más la necesito pero finalmente solo le dijo que no podían descartar que hubiera algo psíquico esa versión no se debe descartar así es exactamente como comenzaron a asegurarse su retaguardia en la información después de la guerra el postraumatismo dijo el médico se manifiesta de formas diversas y podría ser que la metralla sea una metáfora su madre una metáfora le dije a Nurit y ella dijo no es una vergüenza Mensch hay mucha gente que y yo la interrumpí creo que es una de las pocas veces que le he gritado la gente no es yo solo quédate conmigo todo irá bien y ella dijo claro que me quedo contigo no me voy a ningún lugar y sin embargo todavía pensé que algún día se iría con otro se le veía en los ojos por lo menos eso le parecía y realmente al fin ella se me fue pero no con otro y el dolor de su partida de su ausencia no se pasa incluso escribiendo sobre él no se pasa

en el teclado hay letras en hebreo es una idea extraordinariamente comercial incluso en el huracán de mi cerebro puedo observarlo hay tantos jóvenes israelíes en este continente tantos jóvenes con metralla en el cuerpo no nada más los hombres también una parte de las mujeres y de ese modo de ese modo están trastornadas necesitan tomar drogas para olvidar los jóvenes de otros países viajan por viajar nuestros jóvenes huyen se evaden trastornados ya lo dije pero a veces una palabra conduce a otra una cosa lleva a otra un dominó íntimo hace caer un dominó íntimo y tú te encuentras a ti mismo en la azotea del albergue de la Isla del Sol mirando la puesta de sol viendo sangre derramada en el firmamento, las cimas nevadas de la Cordillera Real, los rostros lívidos de la gente muerta treinta años atrás en el desierto, mirando las barcas te das cuenta que una de ellas dibuja en el agua un signo de interrogación a dónde seguir a partir de aquí porque volver atrás es imposible

mi padre venía la tarde de Yom Kipur hacía a pie el largo trayecto desde Armon Hanatsiv con la armónica colgada al cuello contento de la oportunidad de estar sin mamá sin la escandalera que le armaba llamaba a la puerta con ritmo musical besaba a Nurit en ambas mejillas porque así le había dicho que hacían los sefardíes le pedía un vaso de agua se reía de ella porque ayunaba para quién ayunas Nurit a Dios abandonó el globo terráqueo el mil novecientos treinta y nueve no te lo han contado y ella se reía desde el primer momento se entendieron bien esos dos el aventurero había encontrado a la aventurera y él preguntaba si yo estaba en la habitación y ella no respondía aunque yo podía imaginarme su asentimiento con el mentón siempre asentía con su hermoso mentón entonces él entraba se sentaba ajustaba la armónica y tocaba seguido hasta la comida de fin de ayuno tocaba sin parar y yo lo escuchaba casi sin decir una palabra aquí o allá mi padre solo hablaba a las mujeres en realidad solo con mujeres hermosas a veces desaparecía unos días con la excusa de una actuación

y yo escribía cada día en un diario no como ahora en un ordenador en un auténtico diario de tapas amarillas y hojas blancas sin rayas la maestra Meira pidió apuntar a lo largo del verano vivencias de las vacaciones y yo escribía con faltas de ortografía confundía la *ayin* con la *alef* escribía siempre sobre las áreas de juego de los parques y los sanatorios y un helado de cuatro gustos y un mar sobre el que se podía flotar pero que quemaba horrorosamente y sobre papá que había preparado una maleta enorme y había dicho que se iba a América y que quizás podría ir con él a América en cuanto se hubiera organizado un poco dijo allí hay inmensos parques de atracciones no llores hijo no llores dijo y me besó en la frente y volvió al cabo de una semana en plena noche y se metió en mi cama en lugar de en la de ellos y dio vueltas de un lado para otro hasta la mañana y yo hacía como que dormía pero oía cada uno de sus suspiros

escribir ahora no cesar de escribir para acaso al fin llegar al corazón de la alcachofa para acaso al fin calmarse para acaso al fin

quiso enseñarme a tocar vaya fracaso vergonzoso qué no probamos piano flauta guitarra armónica xilofón flauta travesera otra flauta travesera nada funcionaba y él decía lástima no sabes lo que te pierdes y mamá decía deja al niño qué quieres de él y entonces se producía una gran reyerta que generalmente terminaba cuando ella decía nadie te retiene a la fuerza Fima la puerta está siempre abierta puedes ir con tu Lili y yo me juré a mí mismo que

nunca tendría una pelea así con mi Nurik y realmente nunca me peleé así con ella por lo menos no delante de Tseela o de Dori con el que al contrario desde el primer momento desde su primer contacto con la trompeta que recibió por su bar mitzvá quedó bien claro que entre nosotros la música sencillamente saltó una generación como el color de los ojos hubo unos años en que los dos estuvieron muy cerca el uno del otro gracias a la música hubo dúos con la trompeta, hubo conciertos y después cuando Dori anunció que quería tocar la batería le compró una sencillamente le compró la batería más cara entre todos los instrumentos y yo no estaba envidioso estaba contento de que tuviera una figura de abuelo ya que no la había tenido de padre

escribir ahora sacarlo todo absolutamente todo como por ejemplo lo que he escrito sobre la figura del abuelo es algo que no me atrevía a pensar pero en el momento en que barajas las cartas no tienes idea de lo que saldrá del mazo cuando volví del fuego no sentí nada como si todos mis sentimientos se hubieran empañado tragado bloqueado qué importa la enunciación no sentí nada y Dori tenía un año y cuando entré por la puerta lloró porque no me reconoció y no me sentí triste porque llorara no me importaba en inglés suena peor *It couldn't care less* que él llorara Tseela que tenía cuatro años luchó por mi afecto hasta que lo consiguió pero Dori era demasiado pequeño para luchar así que sencillamente renunció a mí y yo me sumergí en el trabajo de consejero estratégico qué dirías ahora de lo que te pasa Mani Peleg qué es para ti la estrategia para salir de la crisis

ojalá que esa crisis sea como una presa que se derrumba de golpe y lo arrastra todo

he visto una vez cómo eso le ocurría a alguien Raanan Rom se llamaba un piloto de la reserva director brillante que se enamoró de una mujer veinte años más joven y ella jugó unos meses con él antes de dejarlo plantado por alguien de su edad cinco citas estuvimos hablando de su asunto hasta que de repente se derrumbó no dejó de pensar en ella dijo y se quitó las gafas me siento en una reunión de directivos y la imagino entrando en mi habitación mi corazón late demasiado rápido últimamente dijo me da miedo a perder eso y se levantó de la silla y quiso que lo abrazara así que lo abracé era un hombre alto no muy agradable y era difícil rodearlo con los brazos pero lo abracé lo más fuerte que pude para calmar sus temblores mientras pensaba si debía pasarle factura de eso o no

poco a poco después de la guerra empecé a sentir Nurik me enseñó de

nuevo los sentimientos igual que se enseña a los niños a atarse los cordones pero entre yo y Dori quedó una terrible confusión por qué terrible quién ha escrito esa palabra de alguien que toca sobre el teclado do re mi fa sol la *enter en el teclado del ordenador* ves papá por fin he encontrado mi instrumento

por la noche volví a reencontrarme con Nurik en la azotea del albergue desde allí se puede ver el lago y la luna que lo ilumina como un inmenso farol de dios no es como en hamlet un espíritu que me atrae a un lugar secreto del castillo me habla pasada la medianoche y me dice véngate es algo distinto como una proyección sobre una pantalla en la cabeza cada vez lleva un vestido distinto hoy precisamente no lleva uno de los que más me gustan una chaqueta de color burdeos pero nunca va vestida según mi gusto Dori una vez lloró en la guardería porque le habían pillado el burdeos no cesó de llorar en todo el día hasta que la maestra nos llamó para que lo fuéramos a recoger y yo me avergoncé de que mi hijo fuera un llorón te lo puedes permitir me dijo Nurik esa noche en la azotea del albergue te lo puedes permitir tantos años te has mostrado fuerte ahora puedes mostrar tu debilidad puedes permitir desmoronarte un poco para volver a conectarte

somos una generación jodida por mi vida la generación nacida con el estado hay un cierto cantante el hijo de Yonatan Guefen creo que chilla somos una generación jodida cada vez que lo escucho me sulfuro el coño de tu madre de tu madre qué pasa con la generación jodida lo tuvisteis todo a punto nuestros padres tenían sueños y nos dejaron el trabajo sucio de llevarlos a cabo alcantarillas electricidad fontanería construir morir ganar dinero para financiar a nuestros hijos sus sueños sus excursiones sus largos viajes a Sudamérica quién tenía tiempo para sentimientos quién deseaba hablar del dolor cuando volví de ese fuego la gente no quería escuchar cambiaban de tema comenzaban a cantar *Let it be* si comenzaba a hablar del fuego *Let it be, let it be* dos pies en el suelo esa es mi generación antes de nosotros soñaban después de nosotros soñaban esa es mi generación la generación del Estado dos pies en el suelo que despacio despacio despacio se hunden

de vez en cuando soñaba que me hundía en un pantano piernas rodillas caderas auxilio y Nurik con su instinto sintió que me estaba hundiendo y en sueños me tendió una mano real a mi lado de la cama y me sacó del agua

la veía en Har Hatsofim durante los años que no quería nada de mí hablando con una chica o peor con un chico entonces llevaba el pelo largo tu

pelo largo de joven tu pelo corto y eso me provocaba un dolor de vientre como punzadas en el diafragma después de una veloz carrera cuando estaba con alguien más mientras que yo tenía la conciencia confiada que al final del camino estaríamos juntos es difícil explicarlo estuve con muchas otras mujeres en los cinco años que la esperé pero en lo más profundo del corazón no había olvidado la primera vez que paseamos juntos fue en la calle Agron después de una película de James Dean en Beit Agron habíamos ido con unos amigos que se dispersaron en todas direcciones y nosotros seguimos caminando el uno junto al otro solo los dos en la fría noche de Jerusalén hablamos y hablamos y todo el rato tuve la impresión de que íbamos para casa esa fue la impresión que caminábamos hacia un futuro común a los dos

pero cómo trabar le pregunté ayer dijiste de trabar los fragmentos de nuevo pero no dijiste cómo y ella respondió eres tú quien siempre dices que en situaciones de crisis hay que cambiar de orientación es cierto pero hacia dónde hacia dónde hacia dónde cuál es la nueva dirección le pregunté y ella respondió es algo que tiene que surgir de ti es como si fueras a la vez el pollito y el huevo que lo envuelve cómo odio que me hables en metáfora le dije y ella se rio y me dijo te acuerdas que dejaste tu empresa para ser independiente bueno pues te vuelves a encontrar en la misma situación estás de nuevo en el mismo punto bien le dije no tuve otra opción cuando volví del fuego no estaba dispuesto a que nadie me dijera lo que tenía que hacer no era capricho o arrogancia simplemente sentí que estaba a punto de golpear a mis jefes si me quedaba allí toma dos o tres días de permiso para reponerte es lo que me dijeron cuando regresé como Napoleón decía a sus soldados aterrorizados pones en pie de lo contrario os corto las piernas por eso me marché simplemente no tenía otra opción Nurik pero ahora es otra historia por qué es otra historia dijo Nurik acaso ahora Mentsch tampoco tengas otra opción

ellos creen que el sol nació en este lago y a las cinco de la mañana cuando subo al tejado para ver los rayos de sol que surgen de las montañas y se deslizan por las terrazas de quinoa yo lo creo junto con ellos y también creo en Manco Capac y en Mama Ocllo los Adán y Eva de los incas cuál es el secreto de su amor por la letra *c* no lo sé pero ellos conocían el secreto de las pócimas son dignos de respeto y de hecho un solo Dios no es más lógico que muchos dioses incluso puede ser que menos después de la salida del sol me vuelvo a la cama a dormir me levanto a mediodía como *trucha criolla* que

está deliciosa una verdadera delicatessen y a continuación me siento con el Dr. Gav en la silla junto al ordenador con las letras hebreas y escribo seguido seguido prohibido mirar prohibido mirar debajo de vez en cuando alguien se dirige a mí sin embargo no le respondo no tengo nada que decirle demasiado he hablado ya y he hablado en presentaciones una presentación y otra y otra mil dólares y a veces más por un carisma de cincuenta minutos ahora me callo porque temo lo que va a salir de mi boca Dios no lo quiera si la abro podría ser un gemido o un aullido Nurit así que me callo

tampoco hablo con mis hijos sé que hace falta pero no puedo Nurik me lo reprocho por las noches pero no puedo entonces escribe por lo menos un correo para que no crean que te ha ocurrido algo me pide en el tono que sabe que no puedo negarme así que he escrito una vez un breve correo pero extraer cada palabra me costaba un gran esfuerzo aún no tengo nada que decirlos incluso no puedo decir que no os preocupéis por vuestro padre porque yo mismo estoy preocupado y no sé hasta que punto les pertenezco en ese momento y no sé cuando va a terminar esta tormenta cuántas casas quedaran en pie cuando se calme cuando Dori era pequeño fuimos al Luna Park del parque de exposiciones y quiso montar conmigo en las montaña rusa y le insinué que no podía porque sufría de vértigo y no lo entendió no lo creyó no quiso creerlo y exigió que montara de todos modos con él los niños no deberían ver a sus padres en su decrepitud si no hubiera visto a mi padre enfermo y sin poder tocar la armónica no es que sea lo mismo a lo mejor necesito confesar que estoy enfermo a su entierro fueron todos los klezmers de su barco incluso Pesia que toca el clarinete en la filarmónica y tocaron en su honor tres piezas una de ellas el Hatikva de Naftalí Herz Imber para instrumentos de viento y yo estuve buscando con la vista a Lili todo el rato me estuve preguntando quién podría ser de todas las mujeres que vinieron ella cuyo nombre flotaba en el aire de nuestra casa como una avispa pero no vino o no se atrevió a acercarse

Yedidia el piloto estaba preocupado porque no había mandado la declaración de la renta y no cesaba de hablar de ello que el plazo había expirado o estaba por expirar y que había una multa enorme para los que se retrasaban y que no creía que le concedieran una demora a causa de la guerra no hablaba de sus hijos y justamente tenía cuatro no hablaba de su mujer y justamente tenía una mujer excelente cada dos días le mandaba un paquete con ropa interior y galletas de mantequilla que se deshacían en la boca pero

Yedidia estaba siempre con los impuestos sobre la renta los impuestos sobre la renta hasta que Eliada el cargador le dijo una vez si se te viniera un obús encima a lo mejor te cerraba la boca Eliada ya lo habían herido levemente en la Guerra de los seis días unos puntos en el hombro derecho eso era todo sin embargo creía que era como una vacuna y de todos modos creía en el Santo bendito sea y en Arik Sharon y en Brigitte Bardot cuya foto tenía colgada ante los ojos para que le recordara por qué valía la pena vivir también estaba Rafi el tirador con el cual se había desarrollado rápidamente una profunda amistad de esa clase que existe solo entre soldados que no saben si llegarán a mañana Rafi el tirador del que decíamos que cuando todo terminara iríamos juntos a ver un James Bond eso fue hace más de treinta años hace más de treinta años que no recordaba a mi equipo y de repente de golpe

había un foso un verdadero foso en el que metíamos a los que estaban bajo shock como a José aunque no a causa de la envidia como José sino a causa de la confusión y quizás también creyeron que era contagioso en lo más secreto de su corazón la gente cree que todo lo psíquico es contagioso entonces cuando llegué al médico del batallón y le dije no duermo nada en absoluto desde que ocurrió aquello y creo que tengo metralla en el cuerpo me mandó allí sin escolta hasta ahora no sé por qué sin escolta el foso estaba en el otro extremo del campamento detrás de la barraca de madera de las letrinas rodeado de alambre de espino y cuando levanté la cubierta vi fantasmas y la cerré enseguida como cerramos la tapa de una olla hirviendo después de revisar el arroz mira ves yo también me sirvo de metáforas cuando es demasiado duro mirar el foso ves a Nurik y la verdad es que huí de allí por piernas deserté hice auto-stop para casa por el camino hubo muchos accidentes todos iban demasiado deprisa para huir del fuego los vehículos se daban la vuelta en las curvas gente que había conseguido esquivar todos los obuses morían en absurdos accidentes de tráfico en la carretera del Sinaí pero el conductor que me llevó iba despacio no van a empezar sin nosotros le había nacido una niña durante la guerra y quería verla entonces se contuvo puso música clásica para refrenarse todavía más y así llegamos a Eilat al son de la Quinta de Beethoven que hasta hoy no he podido volver a escuchar

por la tarde trepo a la cima de la colina a comer en el restaurante Imperio Aymara filetes sobre un lecho de quinoa esperando no tener israelíes al lado que alguno de ellos no me reconozca de algún periódico de economía que lee alguna madre de mi edad que ha decidido reunirse con su hija para una

excursión de niñas no estoy para eso ahora y el dolor israelí me pesa demasiado por favor Dios mío haz que se sienten a mi lado australianos emana de ellos una bendita ingenuidad una alegría sin heridas incluso que se sienten americanos no son auténticos aunque todo es mejor que ese dolor israelí primera intifada segunda intifada muro de protección no importa todos muestran en los ojos un horrible pavor de lo que pasará si no estamos

en el centro del lago Titicaca hay una pequeña isla muy pequeñita toda ella hierbajos y barro de no más de cien metros cuadrados y sobre esas hierbas veinte o treinta cabañas de paja no más todos de la tribu Aymara no más de un centenar de personas aunque incluso allí hay una guerra de negocios dos puestos de recuerdos uno frente al otro a una distancia de veinte metros compiten por el dinero de los turistas cada uno pertenece a una familia distinta cada uno habla mal del puesto del otro ellos tienen la mercancía antigua ellos la tiene estropeada el primero intenta atraer a la clientela con colores vivos como el segundo y este ofrece limonada gratis a cada comprador el primero cuelga un cartel en inglés y el segundo en alemán y sin embargo todos tienen claro que no se esgrimirán cuchillos en ese espacio turquesa por no hablar del tanque que de todas formas no podría llegar hasta aquí y si de todos modos llegara se hundiría lentamente aplastando la paja hasta transformar el agua en color marrón que se tragaría a todos los hombres del equipo salvo al comandante que por supuesto sobreviviría

todo menos los tanques me dijo mi padre todo menos los tanques dentro de los tanques la gente se quema viva así que hacedme un favor todo menos los tanques hijo y yo pensé qué es lo que entiende un padre como él con la armónica colgada del cuello qué puede entender de tanques y justamente me enrolé en los carros blindados entra entra en los tanques para demostrarle que quizás no pueda tocar pero sí combatir

a Rafi le gustaba el atún cuanto más mejor además del atún solo había algo que a Rafi le gustara y era la ensalada de atún tenía una reserva de atún en su mochila y una navaja con el logo del banco Tesoro del soldado que tenía un abrelatas y un tenedor de ese modo podía comer atún siempre con su navaja y Eliada le decía que volvía el aire apestoso y Rafi le respondía maloliente pero casher y Yedidia murmuraba impuesto sobre la renta me van a despellejar van a despellejarme tengo que ir para casa Mani quizás puedas hablar con el comandante decirle unas palabras un autónomo free-lance no es como un asalariado nadie va a compensarme luego por todas esas jornadas y Rafi se

terminaba toda la lata hasta la última miga de atún, la plegaba y la metía en una bolsita tenía frases como la inteligencia está en saber hacia dónde sopla el viento y quién sopla me acuerdo de una lata de atún justo a mi lado después del fuego recuerdo el pez dibujado en el envase que me miraba a los ojos y me decía *Let it be* ahora solo quedamos tú y yo

a veces veía a Rafi en la calle una vez cerca de la calle de la Reina Helena yo salía de la radio Kol Israel me habían entrevistado una hora sobre economía dije cosas justas enunciadas con seguridad el locutor asentía como si estuviéramos en la televisión pero calzaba chancletas y el técnico del programa comía atún de una lata entonces terminé de hablar y el entrevistador dijo muchas gracias doctor Manii Peleg de habernos ilustrado y no le corregí no le dije que no soy doctor porque para mis adentros creía que merecía el título de doctor y salí a la calle Reina Helena que tiene algo que no es de aquí y comencé a subir en dirección a la Colonia Rusa y pasó frente a mí una mujer con un vestido de muselina fina que parecía la Reina Helena con una sonrisa seductora pero yo pertenezco a Nurik siempre a Nurik así que solo le devolví la sonrisa entonces vi a Rafi tenía el pelo pálido y algo delgado que no peinaba jamás y caminaba con paso elástico como si calzara zapatos deportivos saltarines al momento pensé que no lo estaba viendo en realidad ya no estaba seguro y de todos modos desapareció junto a la prisión desapareció antes de que me diera tiempo de decirle

antes de curarte no sabías cuánto te has esforzado antes de renunciar no sabías cuánto te has obstinado antes de separarte no sabías cuánto amabas antes de beber no sabías cuánta sed tenías

y una vez lo vi iba con Tseela estaba junto al Talitha Kumi apoyado en la piedra y la arrastré en dirección a la calle peatonal y ella dijo papá me has dicho que me comprarías y tiré de ella más fuerte hasta que gritó pensé que era un holograma pero no quise que me viera no quería que me viera con mi hija ya que le causaría daño quería tanto una niña me dijo una noche después que Eliada y Yedidia se durmieran que deseaba una hija porque en su familia solo hay hermanos y él quería una hija con sandalias blancas y una larga trenza pero el asunto del amor no se le daba bien de momento o bien él las quería y ellas a él no y él huía o que ellas están completamente locas como Naomi que fue a Londres y dijo que su arte era más importante en ese momento para ella que todo o Haviva que era alérgica a su esperma que me condenen quién ha oído hablar de algo así alergia al esperma no te preocupes

sahbi, querido, al final esas cosas se arreglan de una forma o de otra le dije con seguridad y le alargué otro cigarrillo que sabía a yo no sabía qué

desde entonces no hay compañeros el dueño del albergue aquí es encantador un hombre de mi edad a juzgar por su espalda curvada a pesar de que con ellos es difícil saberlo no tienen canas me pregunta cómo me encuentro me parece que también él busca una costilla que perdió ayer me pidió que fumara con él un puro habano en la terraza le di las gracias a lo mejor mañana con cuidado siempre con cuidado hubo probablemente hubo amigos a lo largo de todos esos años y a veces clientes querían salir para tomar una copa juntos para desvanecer la soledad del corredor de fondo contar chistes sobre los tres hombres que saltan de un avión o sondear si también pones los cuernos a tu mujer como ellos incluso quizás en la misma habitación de Ben Chemen chismorrear sobre los competidores comerciales yo no soy infiel no quiero soy incapaz no ahora no mientras aún vivía no mientras me acompaña su recuerdo y siempre al final del encuentro los clientes decían que deberíamos volver a hacerlo como si reconstruyeran una réplica que habían escuchado en una película americana así eran mis amistades desde tú me das esto y yo te doy aquello y cuando los compañeros de mi batallón llamaban le hacía una señal a Nurik con los dedos de no estoy en casa también cuando hicieron la película conmemorativa con ese psicólogo Adrián Levin no me presenté mandé un cheque pero no participé finalmente desesperados dejaron de llamar algunos de ellos y algunos de mis clientes vinieron los siete días de duelo es decir los seis de Nurik se sentaron a mi lado muy cerca como si estuviéramos otra vez en el tanque como si la alfombra fuera las cadenas bajo los pies pero estoy tan acostumbrado al asesoramiento y al estatus de asesor que no fui capaz de poner mi alma en el hombro de ninguno de ellos

escribid les dije a mis clientes escribid para definiros la visión y objetivos escribid las posibilidades y las subposibilidades escribid los obstáculos y los subobstáculos y me siguieron con los ojos abiertos como se va tras del mesías pero jamás les dije escribid porque si no

un año después de mi regreso del fuego me telefoneó la hermana pequeña de Rafi y con un hilo de voz me dijo estamos preparando un libro sobre Rafi y pensé es decir pensamos quizás podrías escribir algo en su recuerdo sé que estuvisteis muy unidos él me contaba de ti en las cartas te llamaba amigo del

alma y pensé es decir pensamos que quizás podrías escribir algo no hace falta que sea largo solo unas líneas sé que eres un hombre ocupado qué te parece

me quedé callado tanto rato que ella dijo aló mira le dije después del aló y respiré profundamente entre palabra y palabra no sé si seré capaz y ella dijo lo comprendo pero su voz era tan delgada que dije lo intentaré y ella dijo no hay prisa apunta mi teléfono y si consigues escribir algo dímelo luego me instalé varios días frente a una hoja en blanco con una pluma estilográfica y no salía nada solo espirales que la pluma dibujaba sin darme cuenta y ahora treinta años después

todas las conversaciones con Rafi me vuelven es increíble como si la bolsa del súper se hubiera roto y todos los tomates de la memoria se hubieran esparcido por el suelo pero no exactamente en el orden en que fueron tomados de la estantería yo era el que hacía la compra en casa Nurik no tenía paciencia para simplezas de esa clase entonces yo sabía algo de bolsas del súper hacía treinta años que no oía la voz de Rafi que me decía en el campamento nocturno *sahbi* que tu padre sea un músico fracasado no quiere decir que tú no puedas intentarlo no hay relación entre los dos todo lo contrario tú puedes aprender de sus errores la prueba que tú no eres infiel a tu mujer como él a pesar de que muchas lo quisieran me he fijado en cómo te mira la jefa de la oficina del comandante de la brigada te come con los ojos créeme *sahbi* oye cuando juegas al backgammon siempre escoges lo seguro nunca te arriesgas no confías en el mundo que te atrape así es imposible llegar a algo en la vida tú sabes a dónde se puede llegar pero imposible disfrutar oh *sahbi* trae un cigarrillo te parece que en una de esas estrellas encima de nosotros hay guerra te parece que existe otra estrella cuyos alienígenas sean lo suficientemente estúpidos para inventar una máquina como un tanque oh *sahbi* oye si ocurre algo quiero que me prometas que en el funeral habrá muchas tías buenas quiero mujeres con vestidos negros y largas piernas llorando tristes por no haber aprovechado la oportunidad de acostarse conmigo mientras podían oh Mani por favor Mani te equivocas es todo lo contrario charlas como esa no atraen el mal de ojo sino que lo lanzan a la mala suerte no os han enseñado allí en económicas que menos y menos es más

no sé si había tías buenas en el entierro de Rafi yo no fui a su entierro ni al de Yedidia ni al de Eliada no podía con mi cuerpo ya estaba en la puerta ya estaba en el vehículo ya estaba en la carretera pero seguro que sus familias

me culparían por qué demonios me culparían te darán las gracias dijo Nurik pero no me entraba en la cabeza silbaba junto a mi oído como un proyectil nada ayudaba ni la medalla del valor que no he lucido porque nunca más he llevado el uniforme aunque me he servido de ella a placer para mis negocios Mani Peleg especialista en situaciones de crisis titular de la medalla al valor Mani Peleg camisas planchadas humor efectivo importancia personal pensamiento rupturista Mani Peleg el hombre especialista en marketing de la semana del mes del año os llevará a vosotros y a vuestra empresa un paso adelante os concretará vuestro sueño os analizará la situación del mercado os estabilizará os indicará los puntos vulnerables sí sí señores la empresa es un organismo vivo y un organismo vivo no puede funcionar correctamente cuando una de sus partes

si uno de mis clientes me viera ahora Dios mío esa mañana me miré en el espejo agrietado del albergue y me horroricé como esa gente que te acosa en los semáforos y te pide dinero parezco un monje que sufre el síndrome de Jerusalén como Theodor Hertzl enfermo del corazón enfermo de quimera enfermo de nostalgia

ahora soy una isla una isla humana que un lago de pánico rodea y a veces en ese lago bogan barcos que van y vienen del infierno y traen de allí fragmentos bueno el chamán me ha avisado imposible decir que no lo ha hecho que la pócima no traería únicamente a Nurik

aún hay una vela blanca en el horizonte frente a una densa nube negra todo cuanto pedimos es que sea y si en las ventanas de la tarde la luz de las velas de la fiesta tiemblan todo cuanto deseamos es que sea que sea que sea por favor todo cuanto pedimos es que sea

Nesia

Contempla a Dori desde la puerta de la sala de ordenadores del albergue mientras lee el diario de su padre. Sus hombros se abaten cada vez más y de pronto parece un venerable historiador inclinado sobre un documento inédito que contradice todas sus investigaciones anteriores sobre las que se ha construido su reputación.

O como un niño solitario, quizás un niño solitario que ha trepado a un

árbol del que ahora no consigue bajar, quizás un niño solitario al que han anulado el curso de manualidades, regresa a casa antes de tiempo y descubre lo que no debía descubrir.

Le da pena, flota en silencio para no molestarle, a diez centímetros del suelo de la habitación, pone una mano sobre la suya y le besa la nuca mientras él sigue leyendo y pone la mano sobre la suya y ella siente cómo fluyen el pasado y el futuro, de la mano de él a la suya, todo fluye de él hacia ella hasta que ella casi estalla de tan...

Mani

gira rápido a la derecha le dije a Yedidia entonces llegó el fuego y ahora al cabo de treinta años me atrevo por vez primera a confesar que quería decir a la izquierda pero en el calor del combate

de pequeño Dori no conseguía aprender qué es derecha y qué izquierda lo intenté todo le compré un reloj le dije la mano del reloj es la izquierda le até un hilo rojo en la muñeca le dije el brazo con el hilo es el derecho la puerta de la casa desde el salón está a la izquierda la puerta de tu clase está a la derecha el estrabismo de tu profesora de literatura es a la izquierda pero no lo consiguió siempre se aturullaba y Nurik dijo deja al niño en paz y yo respondí una persona debe distinguir entre la izquierda y la derecha de otro modo

Tseela ya me mandó un mail pero no me tiente caer en la red ahora deseo el lago azul ahora deseo que las barcas naveguen hacia el pasado y regresen sabía que el marido de mi hija es un idiota lo sabía pero creía que nadie era lo bastante bueno para ella y pensaba Mani estás celoso de que te la haya arrancado da un paso atrás por una vez no seas el comandante deja que cometa sus errores y mira ha cometido un grave error que no se podía prever de antemano pero esta vez no la puedo salvar esta vez debo salvarme yo

cuando regresé a casa del fuego eran las cinco de la tarde de la casa de Ben Eliahu de nuevo se oían gritos me detuve en el felpudo de la entrada me limpié los zapatos aspiré el aire de la casa que me llegaba a través del intersticio de la puerta solo entonces llamé podía abrir tenía llave pero llamé por si de casualidad Nurik estaba con su amante entonces entré qué amante ni

qué ocho cuartos en sus ojos solo había preocupación por mí y pegado a sus piernas Dori que en cuanto me vio se asustó y salió corriendo para su cuarto llorando y Roni fue tras él para tranquilizarlo y la pequeña Tseela me abrazó con sus manitas y me preguntó papá qué regalo me has traído de la guerra ahora se me ocurre que quizás realmente se podrían hacer Duty Free en las carreteras que van y que vuelven de la guerra en una zona libre de iva para los combatientes después de todo en la Biblia sangre es dinero entonces de todos modos no supe qué hacer Nurit estaba en el cuarto tratando de consolar a Dori así que busqué *halva* en los bolsillos quizás habían quedado raciones pero no había quedado nada el fuego lo había tragado todo desde aquel día no toco la *halva* entonces le mentí que los regalos estaban dentro del gran saco que se llama petate que no puedo abrir hasta mañana verdad que petate es un nombre divertido mi pequeña Tseela y a la mañana siguiente me levanté hubo un instante en la cama que sentí que podía escoger entre levantarme y volver a la vida o quedarme durmiendo para la eternidad sentí que si me quedaba con los ojos cerrados ocurriría eso pero me levanté y fui a la calle Jaffa con la metrala en el cuerpo y con cuarenta y cinco libras en los bolsillos el sueldo que recibimos de la administración militar y le compré a Tseela un Lego gigante y a Dori un coche de juguete y me quedé estupefacto de que el mundo siguiera subiendo los precios como de costumbre y entonces introduje en secreto los regalos en el petate y después de comer lo abrimos todavía estaba lleno de barro y tenía manchas de sangre como si fuera el saco de Santa Claus y Dori lloró y lloró porque él también quería un Lego

solo dos veces en treinta años dos veces en treinta años el resto del tiempo iba velozmente en bicicleta porque si vamos rápido no nos caemos la primera vez fue de camino al Sinaí no temía nada antes estaba preocupado por Doron Ashkenazi que echaba los tejos a Nurik y una vez ella había dicho de él que se le veía en el cuerpo que practicaba deporte no pensé en absoluto en que yo iba al Sinaí y qué pasaría pensaba si Doron Ashkenazi hacía el amor con Nurit deportivamente dentro de la tienda mientras yo buceaba con los niños estaba seguro de que lo mataría si eso ocurría entonces llegamos a la frontera y de pronto palpitaciones de pronto sudor de pronto un hombre sale huyendo del coche para el quiosco con Nurik detrás diciendo estoy contigo no es realmente importante el Sinaí o Eilat y agradecí a mi buena suerte que me ha dado una mujer tan noble nunca seré digno de ella y dije espera querida pronto se me va a pasar pero no se me pasó y nos fuimos al hotel Sheraton

Plaza sin Doron Ashkenazi y Nurik me preguntó por la noche con los niños ya dormidos si deseaba hablar de ello y le respondí que deseaba guardar silencio sobre ese asunto y la segunda vez fue hace diez años fuimos al cine Smadar a ver *Sin miedo a la vida* con Jeff Bridges que en esa película es uno de los supervivientes de un accidente aéreo y que pasa por héroe a los ojos de todos porque salva a varios pasajeros pero no logra salir de ello durante toda la película él y otra superviviente hispana tratan de descifrar por qué quieren morir y detrás de nosotros en el cine había un chico y una chica de la edad de Dori que se besaban y se reían todo el rato les pedí que guardaran silencio odio decir a la gente que guarde silencio me recuerda que me hago mayor sin embargo se lo pedí porque en la película había algo de santidad y ellos la profanaban pero siguieron riendo y charlando y de repente me puse de pie di la vuelta cogí al chico por el cuello le dije que cerrara el pico o se lo cerraba yo y la chica dijo déjalo estás loco y yo repetí la misma frase cierra el pico o te lo cierro yo el chico empezó a ponerse morado comenzó a alborotarse la sala linternas acomodadores y Nurik dijo ven salgamos me asió del brazo y me llevó al bar a tomar una sidra y me dijo no te preocupes Mentsch ya veremos el final en vídeo y respondí no se lo cuentes a los niños bien dijo ella tú lo sabes quizás deberías ocuparte de eso yo grité no quiero ocuparme de eso

y la tercera vez fue en casa de El Loco aunque fue distinta de las otras dos anteriores porque esta vez no reprimo la insurrección esta vez la dejo vivir dejo que la metralla navegue por mi cuerpo que los recuerdos surjan y se escriban no tengo a Nurik no tengo fuerzas para oponerme más a ellos

hay una finalidad para todo decía Eliada nada es casual por ejemplo el hecho de que me hirieran en la guerra de los seis días es obra de la mano del Creador que quiso darme una lección prepárame para esta guerra Eliada juraba por el Creador mañana y noche que yo te sustituya dentro de un momento en nombre del Creador que yo no he comido aún en nombre del Creador que no he sido yo el que ha soltado un pedo que ha apestado todo el tanque si no hubiera sido un imbécil acabado Eliada podría haber sido un excelente comandante tenía la completa seguridad de que todo terminaría bien es decir no solo que él viviría sino todos nosotros pero el comandante era yo nunca me quitaba el reloj que todo lo guarda en su interior absorbe los miedos de los otros habla con voz serena lo importante es mantener la voz serena y también dar ejemplo personal dormir poco comer menos que todo el

mundo dar a cada soldado del tanque derecho por lo menos a un capricho por ejemplo Yedidia que había ocultado en el tanque un paquete que la madre de un tipo de su pueblo había mandado a su hijo y aun cuando había rumores bastante fundados de que ese chico se había muerto y aun cuando estábamos hambrientos no consintió en abrir el paquete o Eliada que susurraba sus miedos por la noche a Brigitte Bardot en un dulce francés y no nos quiso decir qué le decía y Rafi nos lo traducía simultáneamente oh Brigitte todo tiene una finalidad oh Brigitte muéstrame tu concha oh Brigitte tengo para ti una baguette que nunca has visto

sin mi reloj robado en Otavalo no habría sabido que estaba vivo entonces la aguja segundera del reloj siguió avanzando y supe que estaba vivo sin la aguja segundera hubiera pensado que los tres estaban vivos y arrastraban mi cadáver a cubierto y no al contrario vaya medalla vaya valor un soldado desorientado con la espalda rota por el salto cubierto de arena las orejas llenas de arena los párpados llenos de arena del culo a las uñas cubierto de arena ve la torreta volcada piensa que quizás sea él el culpable de todo lo que ocurrió porque dijo a la derecha y no a la izquierda y solo la aguja segundera le dice corre corre

la foto de Brigitte también la quemó el fuego devorador al cabo de unos años vi un documental sobre ella vivía solitaria en el sur de Francia y hablaba solo con los animales los humanos la habían decepcionado quizás tenía razón aún era hermosa y felina pero parecía estar loca como una cabra

como si no escribieras para las paredes Mani Peleg como si no lucharas con Satanás como si no parecieras completamente loco con esa barba

ayer por la noche después de haber tomado la pócima apareció de nuevo Nurik y me dijo: aféitate

la pócima la conocí por primera vez en Guatemala en Chichicastenango o abreviado Chichi allí hay un enorme mercado dos veces por semana jueves y domingo máscaras verduras vestidos indios frascos de brujas calabazas pintadas a los pies de la iglesia en cuyas escaleras hay incienso y flores en honor a los dioses mayas así es aquí los lugareños siguen con sus cultos ancestrales a veces en la misma iglesia según ellos el Dios del Sol es Jesús y María la Diosa de la Luna y encuadrado en letras pequeñas en la guía señala que a un kilómetro de distancia desde la iglesia en un claro del bosque en la cima de la montaña Pascual Abaj hay un sitio sagrado con una estatua sin cuello a veces se puede encontrar a un chamán local que cuida a los

habitantes del pueblo que llegan hasta él a pie existe esa expresión sus pies siempre le han conducido pensé que era una estupidez pero en ese caso mis pies me condujeron parece ser que ya desde Israel ya desde el entierro ya desde los seis días de luto mis pies me han conducido hasta este chamán junto a mí en el sendero caminaba un vendedor ambulante cuya pesada carga estaba atada con una cuerda a la frente y él andaba inclinado hasta tal punto que solo se le veían los pies en el cruce de caminos nos separamos él para reunirse con su familia yo con mi nostalgia yo con el chamán de Pascual Abaj que precisamente estaba tratando a una lugareña cuando llegué es decir le ponía las manos en la frente agitaba ramas a su alrededor la abanicaba con plumas a su lado había una especie de altar con piedras incienso y flores después de la mujer no había nadie esperando me acerqué y antes de que llegara a decir algo el chamán ya sabía a qué venía y en español me dijo *señor* ahora no *señor* vuelva por favor después de la puesta del sol

después de la puesta de sol no había nadie salvo nosotros en el claro del bosque el chamán me pidió que me acercara agitó hojas de salvia a continuación extendió un pedazo de tela debajo de mí y supe que debía sentarme él vertió un líquido oscuro en dos cuencos hondos de arcilla y me hizo señas para hacer como él y tragarlo de una sola vez era amargo como la hiel al principio no sentí nada es decir no percibí ninguna diferencia en mí solo escuchaba los ruidos del bosque por la noche escuchaba la respiración del bosque *umpa umpa* y la de la tierra *hom hom* entonces tuve un retortijón terrible y vomité el alma qué expresión tan magnífica vomité el alma ahora era especialmente precisa porque cuando la hube vomitado vino un alma distinta la tierra me abrazó como un mar y los árboles me empezaron a hablar en hebreo y se desplegaron nubes que adoptaron forma de cangrejos que avanzaban por el firmamento con su movimiento de cangrejo y de tigre que avanzaban por el firmamento con su movimiento felino y monos que brincaban de una nube a otra hasta que de pronto saltaron a la luna que de pronto estaba cerca de mí de hecho podía brincar sobre ella así que me levanté de la tierra y salté encima caminé entre los agujeros y tuve cuidado de no ser José busqué a Nurik pero no estaba allí aparecía luego durante sueños determinados y era absolutamente Nurik y le dije siento molestarte y ella sonrió y dijo no importa y yo respondí simplemente no sé a dónde ir sin ti y ella dijo pero ya caminas y yo le dije pero a dónde camino y camino pero nada me apetece solamente tú me apetece ella se calló y sonrió y de pronto

era una equilibrista seductora suspendida de la enorme aguja segunda del reloj entonces desapareció esperaba que regresara de nuevo para hablar conmigo pero hasta el alba solo tuve en la boca ruidos y sabores a fruta a pesar de que no había comido nada al alba los pájaros gorjearon y pude distinguir su gorjeo como nunca antes y escuché la conversación como nunca antes y vi al bellissimo quetzal que durante todo el viaje se me había ocultado azul y amarillo posado en una rama y el chamán me despertó me lavó la cara me dio pan cómo tenía pan y frutas acaso recolectadas de los árboles que hablaban hebreo y me aspergió con líquido de una botella que tenía escrito *Agua de florida* y me dijo tu mujer muerta tiene un alma hermosa y le pregunté tenía que preguntarle si la volveré a ver otra vez señor chamán y él respondió depende de ti pero me advirtió con el dedo levantado la pócima no siempre te va a conducir a ella es un espejo interior que a veces te enseñará distintos lugares y yo dije está bien estoy dispuesto a pagar cualquier precio por

¿afeitarme? le dije a Nurik ayer noche ¿eso es todo cuanto deseas decirme? ¿no tienes algo más salvador? todos los sobres de la pócima que El Loco me dio se van a terminar pronto y solo la escritura me mantiene a flote ya ves camino sin ti entonces ella dijo afeítate y podremos bailar así pinchas demasiado

Rafi tenía una larga y puntiaguda barba roja como las de los judíos de las películas de propaganda nazi le dije que se la afeitara porque si el tanque se incendiaba el fuego prendería en su barba y él me dijo mi comandante esa barba me recuerda que no estoy de servicio regular y si la acaricio con la mano me siento por unos instantes sabio casi un filósofo y puedo ver esa guerra de lejos casi como si la viera desde lo alto de un globo dirigible mira el género humano intenta resolver problemas por un medio que solo causa más problemas y eso me ayuda a distanciarme un poco de pensar así que con tu permiso mi comandante me la voy a dejar otro poco y si todo termina bien prometo afeitármela entera e ir a ver James Bond como dijimos después de la película iremos a tu casa a cenar no te preocupes no te avergonzarás de mí ante tu Nurik

si todo termina bien dejaré de fumar me afeitaré y me pondré en su honor una camisa blanca y todo decía siempre si todo termina y yo le corregía cuando todo termine pero él se obstinaba en que un filósofo debe ser escéptico

también a veces en la carretera número uno con el aeropuerto a la vista un avión cruza sobre la cabezas y el cuerpo desea ponerse a cubierto pero eso se puede dominar salvo una vez que iba con un cliente él conducía y dijo que no sabía si la gerencia le convenía y el avión volaba demasiado cerca y no tuve tiempo de reprimir el grito ¡mig! ¡mig! que me sacudía la cabeza me metí encogido en el espacio bajo la guantera con las manos en la nuca y el cliente me dijo qué ocurre Mani y esperé unos segundos hasta que el ruido del avión se desvaneciera respiré largamente y dije se me ha caído la pluma estoy buscando la pluma que se ha caído

la cabeza de Nurik se cayó a la una y veintiséis en el hospital Hadassa de Ein Karem en el servicio de oncología aprovechó un momento que cerré los ojos yo sabía que mientras estuviera despierto ella no osaría no tendría corazón de abandonarme no me eché a gritar no le tomé la mano ni grité no no no no no era Jacques Brel *nemequittepas nemequittepas* solo la cubrí con el cobertor del hospital y telefoneé a Tseela y dije mamá y no supe qué otra palabra añadir mamá ya no está mamá ha muerto mamá se ha ido mamá no está más con nosotros su luz se ha apagado su neón se ha extinguido nunca la había llamado mamá como esas parejas que se llaman uno al otro mamá y papá siempre la llamé Nurikurit para no olvidar que antes de tener hijos fuimos dos y le pedí Tseela que avisara a Dori y los días siguientes me ocupé de todos los arreglos del funeral como si se tratara de otra misión que hubiera que llevar a cabo y marcar con una V señal anuncios de duelo V permiso de entierro V lápida V pero ya empezaba ese rugido en mí como el volcán cerca de Antigua su nombre se me ha ido con su rugido avisador los habitantes de la ciudad saben que deben huir Yedidia Eliada y Rafi empezaron a exigir satisfacciones en el entierro de pronto los vi con toda la gente junto a la tumba con las extremidades quemadas como las felicitaciones de aniversario que Tseela preparaba para sus compañeras en secundaria y sollocé con una voz desconocida por mí por Nurik y por todos ellos y el sexto día de los siete de duelo dije renunciamos a mañana y el séptimo día el rugido aumentó de modo tal que como los ciudadanos que habitan junto al Monte de Fuego es el nombre del volcán me vi obligado a huir y me monté en el coche por la mañana y viajé hasta la noche sin detenerme desde Jerusalén hasta Eilat de Eilat hasta los altos del Golán y me detuve solo para repostar gasolina en un autoservicio pero el país estaba lleno de muertos y más muertos y no encontré reposo en ninguna parte la vida había perdido todo su encanto cada lugar me

traía el recuerdo insoportable de Nurik como cuando aumentamos más y más el volumen hasta llegar al punto en que no se puede escuchar más como El Loco como Manajem Begin que dijo no puedo más

dime qué hay de bueno le pedía a veces en los días terribles y ella se acostaba junto a mí en la cama apagaba la luz y me decía al oído los niños son buenos y la brisa que sopla de noche por la ventana de la cocina es buena y el humus de Pinati es bueno y el café 'Tmol Shilshom es bueno y Escocia es buena aún no hemos estado ahí pero sé que es buena y nuestra forma de tocarnos es muy buena me gusta que me toques y los gags de los Gashash Hajiver de la mañana del sábado buenos y que los niños nos dejen levantar tarde los sábados por la mañana es bueno y cortarse el pelo es bueno a ti te gusta tanto que te corten el pelo y afeitarte es bueno y los dátiles son buenos no los dátiles secos los frescos son buenos y así ella seguía colocando peso en el plato bueno de la balanza hasta que le tocaba la mano y le decía gracias y las últimas horas en el hospital me acosté junto a ella en la cama y le pregunté si deseaba que le dijera qué era bueno y ella dijo no y yo dije quizás de todos modos y ella me dijo cántame una canción al oído y yo le dije cuál y ella dijo la que tú deseas y yo le dije pero yo desafino mucho y ella dijo no me importa Mensch así que me acerqué a su oído y le canté de memoria *hablaré contigo* de Java Alberstein *déjame hablar contigo y caminar a tu sombra hay fuerza en mí hay fuerza en mí no te compadezcas de mí no impidas que tus espigas me arañen los pies* así le canté hasta que me tocó la mano y me dijo basta

qué le parece señor Peleg me han preguntado en el museo pensábamos publicar un libro en memoria de Nurik pensábamos combinar fragmentos que hablan de ella con obras del museo que le gustaban pensábamos titular el conjunto El siglo de Oro de Nurit qué me parece qué me parece qué me parece hagan lo que les parezca pero queríamos que colaborase lo siento no me es posible podemos preguntar por qué porque es demasiado reciente para mí el asunto es señor Peleg que si queremos que esté listo para el primer aniversario de su fallecimiento tal vez debería

mira me he afeitado en tu honor Nurik dije ayer por la noche y finalmente ella llegó después de haberla esperado durante tres noches seguidas en la azotea del albergue ya empezaba a pensar que la pócima no funcionaba que el cerebro había desarrollado anticuerpos ella llevaba el vestido que acostumbraba ponerse en las danzas folclóricas una falda larga verde una

blusa roja con un escote recatado zapatos deportivos blancos y dijo enseguida empezarán las danzas en pareja quieres participar por supuesto dije y mientras me arrimaba a ella añadí sabes que cada vez pareces más joven sí sonrió al final estaré a punto de nacer así bailamos en la azotea del albergue frente a la luna frente al lago frente a la posibilidad sin música no había música si hubiera habido si hubiera habido y no había instructor de danza diplomado y no bailamos siguiendo los pasos adecuados ni los yemenitas ni el cruce de piernas y sentí que más que nada era nuestro segundo baile de despedida el último porque toda historia de amor tiene dos finales por lo menos entonces moví lentamente los pies despacito para no terminar demasiado bruscamente nuestra historia y ella también se movió poco a poco y cruzó los dedos con los míos y arrimó la mejilla contra la mía y justo antes de desvanecerse antes de separarse de mí me susurró al oído: El barón de Hirsch, Mentsch. Eso es lo que susurró. No, «ahora debo irme», no, «jamás te olvidaré amor mío». Solo el barón de Hirsch, Mentsch. El barón de Hirsch.

Inbar

Pregunta a Dori si quiere beber algo.

No, gracias, dice él. Bueno –con la mirada clavada aún en el ordenador–, de hecho quizás sí.

¿Café? ¿Té?

Té.

No pregunta cuánto de azúcar para no molestarlo otra vez y se dirige a la cocinilla del albergue.

Allí se encuentra a Alfredo, sentado en una silla. Los brazos cruzados sobre el pecho, su barriguilla sobresale bajo los brazos. La cabeza inclinada hacia adelante, como embistiendo al aire. ¿Cómo está?, pregunta él. El brillo coqueto ha desaparecido de su mirada y en su lugar hay una preocupación manifiesta.

Todavía está leyendo, responde.

Es *muy difícil* por lo que él está pasando ahora. Los clientes se desintegran entre mis manos en un momento así, como tierra seca. Tuve a una madre sueca. Estuvimos dos semanas buscando juntos a su hija. Finalmente

encontramos a alguien que había bailado con ella en una fiesta en Antigua, Guatemala. Él le contó cómo se había comportado su hija. Lo que se metió por la nariz. Con quién había salido de la discoteca. La madre simplemente no lo podía creer. El hombre sabía que su hija tenía una mancha de nacimiento en forma de caballito de mar cerca del ombligo y la imbécil todavía no le quería creer y no accedía a seguir la pista que nos había proporcionado. Perdimos dos semanas por su culpa. ¡Dos semanas! Al final averiguamos que todo lo que nos había contado era verdad. No importa. Una vez, un sacerdote de Nevada que desde el instante en que vio la foto de su hijo con putas-que-tienen-una-cola-entre-las-piernas, me dijo: Ya no es mi hijo. Dio media vuelta y se fue para casa. Así es. Cuánto más cercana a ti es una persona, más difícil es admitir que ha cambiado.

Inbar asiente. El hervidor eléctrico silba, señal de que ya se puede...

Toma esto, Alfredo saca del bolsillo del pantalón una bolsita de té. Es especial, lo calmará.

Inbar vierte el agua sobre la bolsita que le dio Alfredo, con el hervidor muy alto, como hace Shula, la madre de Eytan, luego añade una cucharadita y media de azúcar, y remueve. Despacio. Desea prepararle a Dori el mejor té del mundo.

Lo que sí es cierto, dice Alfredo, es que un hijo que busca a su padre y que su padre haya cambiado, aún no me ha sucedido.

Me parece que todavía es más difícil, dice Inbar. Se supone que los padres deben terminar con sus cambios cuando tienen hijos, ¿no?

Alfredo se rasca el exiguo espacio entre sus espesas cejas preguntando: ¿Cómo lo sabría? A continuación se acerca a ella, extiende su gran mano como si la fuera a poner en su hombro pero no lo hace, la lleva a la cintura y le pide: Señorita Inbar, tienes que leer tú también el dietario, ¿de acuerdo?

Y si hay algo malo en él, si su padre pretende atentar contra su vida, *por ejemplo*, dímelo. Y... ayuda a Míster Dori, ¿eh? En general, al llegar a ese punto soy yo quien hablo con los clientes. Les preparo una buena comida. Los abrazo si hace falta. Pero Míster Dori... no sé. Me parece que en este momento te prefiere a ti.

Ella asiente y pone la taza de té en su platito.

Toma también una galleta, dice, mientras se saca otra bolsita del bolsillo del pantalón justo cuando ella iba a salir de la cocina. Una galleta siempre viene bien.

Ella abre la bolsita y pone la galleta en el platito, da las gracias a Alfredo de todo *corazón* y se apresura hacia la habitación.

* * *

Gracias, le dice Dori cuando le deja el plato en la mesa.

Encantada, responde. Enseguida se arrepiente de haber escogido esa palabra (¿Encantada? ¿Parece estar encantado, él, en ese momento?).

Termino pronto, dice él girándose hacia ella. Me gustaría que tú también lo leyeras.

¿Estás seguro? ¿No es demasiado personal?

Estoy seguro, dice volviendo de nuevo a la pantalla.

Mani

Según la creencia de los Incas, un dios blanco y barbudo (antes de que me afeitara a instancias de Nurik me parecía a él) primero apareció aquí en esta roca sagrada, la roca del Puma. Sacó el sol de las aguas y de ese modo expulsó las tinieblas y la confusión que había entonces en el universo. Después creó a Manco Cápac y su hermana-esposa Mama Ocllo, los Adán y Eva de los Incas. Y así comienza su Génesis.

Hace ya tres días que trepo a pie hasta aquí, cada noche, a la espera de que «el barón de Hirsch» se me revele.

¿Qué hay en esta historia olvidada de las colonias agrícolas creadas en la Argentina para los judíos europeos de la que se pueda sacar una lección?

En Internet encontré fotografías de las colonias del barón de Hirsch, de antaño y de nuestros días, en lugares diversos a lo largo y ancho de Argentina. Una de ellas, de ladrillos descoloridos y techo desvencijado me es muy familiar. Demasiado familiar. Primero no sé de qué pero luego recuerdo que en uno de mis viajes con la pócima, mientras iba en busca de Nurik, vi esa granja. Es decir, me vi a mí mismo caminando por sus calles.

Todavía me cuesta entenderlo: ¿por qué Nurik me manda para allá, para el pasado?

Tengo la capacidad de establecer un punto de retorno hacia mí mismo, gracias a Dios. Las aguas turquesas, el gorjeo de los pájaros combinado con la belleza de las terrazas que descienden y la escritura, han apaciguado la necesidad de gritar. La gran tormenta parece que ha pasado. Pero la ha reemplazado una especie de insulsez. Un desagradable entumecimiento. Una vida sin amor.

Fue al cuarto día, mientras abajo cruzaba el lago una barca dibujando una flecha, cuando apareció la revelación ante mí:

Nurik no me manda hacia el pasado sino hacia el futuro.

No importa lo que el barón de Hirsch pretendiera hacer con esas colonias, importa lo que yo pueda hacer con ellas.

Hoy, veinte de abril de 2006, a las cinco de la mañana, empieza todo. Una erupción volcánica de ideas. Fiebre. Ya me había ocurrido en el trabajo, pero nunca con tanta potencia. Camino entre las ruinas incas esparcidas por la isla con una libreta en la mano y dispongo: objetivos, métodos de acción, estructuras. A mi alrededor, en la isla, hay mucha gente. Podría ser que los necesitara más adelante. Ahora establezco para mí mismo principios rectores. De hecho, no los establezco. Se me revelan como si siempre hubieran anidado en mi consciencia. Veo el lugar que fundaré en una colonia del barón de Hirsch hasta el último detalle. No lo imagino, lo veo. Lo veo como vi a Nurik con la ayuda de la pócima. Profetizo el color que tendrá la taza del baño y cuál será el formato de las avenidas calles y dónde se mandará a las personas después de su formación y cuántas camas habrá en cada habitación, como si lo hubiera sabido siempre todo. Escribo cada detalle que aparece ante mí y por la noche lo copio en un nuevo documento, aparte de este diario. Pongo algo de orden. Mis dedos corren sobre el teclado sin detenerse. Estoy repleto de energía. Al fin comprendo la enfermedad y sé el remedio. Soy el viejo Mani Peleg. No. Soy otro Mani Peleg, soy el Mani Peleg que ha sido llamado. Como el taxista que recibe una llamada con una dirección exacta a la que tiene que llegar cuanto antes mejor. Así que me apresuro. Ya no tomo la pócima. Ya no oigo los MiG. Ya no deseo morir.

* * *

Hoy, veintidós de abril de 2006, palpita en mí el nombre del lugar. Lo sé de repente. También sé que en la entrada, encima de la puerta sencilla, de

madera, inscribiré en grandes caracteres lo que Hertzl quería inscribir a la entrada de su Estado judío: «Ser humano, eres mi hermano.»

Dori

El hombre que ha escrito este diario conoce muchos detalles íntimos de la vida de mi padre –piensa Dori mientras Inbar lee–, pero no se parece en nada a él...

¿Qué es lo que realmente esperabas?, discute consigo mismo. El Loco te lo dijo explícitamente. Sí, pero creí que era un solo episodio. Una crisis después de la cual volvería a ser mi padre.

¿Y qué si ese es tu padre –tiembla– y si el que creías que era tu padre no ha sido siempre más que un saco de mentiras y falsedades, Jacob disfrazado de Esaú?

* * *

Dime, ¿has mirado si hay otro fichero? A lo mejor está escondido en otra carpeta. Dice Inbar al terminar de leer el diario.

He mirado en todas las carpetas, dice Dori sacudiendo la cabeza demasiadas veces como si el movimiento se hubiera bloqueado, pero nada. El fichero con la «visión» creo que se lo ha llevado con él.

¿Estás bien?, dice ella preocupada. Estás pálido.

¿De verdad?

Ven, salgamos para fuera, a tomar un poco el aire.

Salen a la terraza de madera que da sobre el lago. Hace frío. De las grietas fluyen riachuelos de agua, allá abajo. Una caravana de alpacas cargadas con un montón de ramitas cruza frente a ellos. Seguidas por sus pastores. Una muchacha y un muchacho. ¿Hermanos? ¿Enamorados? A la caravana de alpacas le sigue una caravana de asnos llevando paja. En esta isla todo el rato llevan cosas de un sitio para otro. El viento frío sopla sobre el lago, rizándolo. Son como huellas digitales, piensa Inbar, y este pensamiento vaga hasta Dori sin mediar palabra alguna entre ellos.

Mi padre también participó en la guerra de Yom Kipur, dice ella pasados unos minutos de silencio. Pero tengo entendido que no estuvo en el frente. El... «fuego» no llegó hasta él. Sin embargo, después de la guerra se unió a los movimientos de protesta, plantó una tienda delante del Parlamento y estuvo allí unas semanas junto a Moti Ashkenazi.

¡Mi padre no hizo ni eso!, exclama Dori. No estuvo en ninguna tienda ni blandió ninguna pancarta. ¿Entonces, qué, después de treinta años de repente tiene un trastorno de estrés postraumático?

Puede ser... y acaso sea simplemente la primera vez desde entonces que se le ha presentado la ocasión de detenerse y pensar, dice Inbar.

No sé. Y qué son todas esas bobadas, «remedio», «enfermedad», «visión». ¿Quién cree ser? ¿El Mesías?

Dori se levanta de golpe y comienza a dar pasos en diagonal, como un detective que trata de resolver un enigma. Cuántos enigmas. El enigma de la metamorfosis que ha sufrido su padre. El enigma de ese lugar que quiere fundar. El enigma de sus propios sentimientos: ¿cómo podía ser que en vez de estar preocupado por su padre esté enojado, furioso con él? Después de todo, ese diario debería servirle de guía. El hombre que lo escribió no está bien, seguro. El hombre que lo escribió está a punto de hundirse en el torbellino de su mente sin encontrar salida. El hombre que escribió el diario lo ha dejado tras él como una pista que pide, suplica: Sígueme, querido lector. Encuéntrame. Sálvame de mi mismo.

Entonces ¿cómo puede ser que lo que se le ocurra sea regañarle?

Me falta el aire, se detiene y se lleva la mano al pecho. Respiro, respiro y no me entra oxígeno. No hay oxígeno aquí. ¿Tú también lo notas?

Siéntate un poco, Dori, le pone una mano en el hombro. Estamos a cuatro mil metros de altura. Y no querrás contraer el mal de altura.

Es extraño, dice Inbar cuando él se sienta y se ha recuperado algo.

¿Qué es extraño?

Que no hace mucho, esta misma mañana al bajar las escaleras, hemos hablado del barón de Hirsch.

Él retoma aliento y dice sí, es una casualidad que da escalofríos. Como si el pensamiento de mi padre hubiera quedado flotando en el albergue después

de su partida hasta encontrar a alguien adecuado, alguien a quien poder penetrar en la cabeza...

Entonces nos vio subiendo las escaleras de la isla y...

Exactamente.

Después de un denso silencio, preñado de posibilidades, Inbar añade: Había un instituto en Haifa al que debía haber ido. Todos mis compañeros de clase fueron. Y yo fui a otro que mi madre creyó mejor para mí, y mi vida entera tomó una dirección absolutamente distinta de la de mis compañeros de primaria. En resumidas cuentas, al cabo de un tiempo me invitaron a ese instituto, a dar una conferencia sobre la radio a los alumnos del sector de la comunicación. Cuando iba caminando por los pasillos tuve la extraña sensación de que, aunque no había estudiado allí, aunque solo debía de haber estudiado allí, también formaba parte de mi vida. ¿Comprendes?

Ayúdame, dijo él.

Puede ser que exista un inconsciente colectivo que se acuerde del camino que no hemos seguido. Puede ser que por eso sientas que todo en este continente te es conocido. Quizás por eso esa... tormenta de tu padre al final lo ha mandado precisamente a la misma Argentina de la que hablamos en las escaleras. No sé. Quizás solo hable por hablar porque no sé muy bien qué decirte sobre el diario después de haberlo leído, solamente que mi impresión es que tu padre no quiere atentar contra su vida...

No tienes por qué decirme nada, dijo él. Tuvo un fuerte impulso... descansar la cabeza en su hombro, como ella había descansado la cabeza en el suyo, reposar ligeramente del esfuerzo de la búsqueda, y del esfuerzo para no desesperarse de esta búsqueda, y del esfuerzo de no haber enloquecido después de la lectura del diario, y del esfuerzo por no mostrarse indiferente a ese diario, y del esfuerzo para no pelearse con su padre por las ofensas del pasado, y del esfuerzo para atacar a Alfredo, y del esfuerzo para no ceder a la nostalgia del hogar, y del esfuerzo de no pensar demasiado en su madre, y del esfuerzo de no pensar demasiado en Neta, y del esfuerzo de no pensar en el dinero derrochado cada día en ese viaje, cinco salarios se han ido ya, y del esfuerzo por comprender el español, y del esfuerzo de respirar sin oxígeno, y del esfuerzo de no descansar la cabeza en el hombro de Inbar, porque descansar la cabeza en el hombro de una mujer te vuelve demasiado

vulnerable y, desde el momento en que lo haga, el fuego frío que reptaba lentamente hacia arriba podría alcanzar el punto crítico y ya no podrá más...

Lo importante es que estés aquí conmigo, dice al fin, quiero decir... me sería mucho más difícil si estuviera solo.

Seguiré contigo hasta Argentina, dice cruzando los brazos sobre su pecho. Es decir, si quieres.

Y él dice: No lo sé. Pero enseguida añade: Antes tengo que saber si yo mismo deseo ir allí.

Y ella dice: ¿Qué quieres decir si deseo? Debes de ir. A juzgar por lo que escribe, no es seguro que tu padre esté totalmente... equilibrado. Y además, después de todo ese esfuerzo, ¿vas a volver sin verlo? ¿Sin hablar con él siquiera?

Y él dice: Hace casi tres semanas que estoy aquí. Es mucho dinero y mucho tiempo. Y en casa me necesitan.

* * *

Por la noche le pide a Alfredo el teléfono y desde su cuarto llama a Roni y le habla largo y tendido de los nuevos acontecimientos: de todas las imágenes que le describe evita la de Inbar, como un funcionario soviético arranca de la enciclopedia las páginas que el Kremlin no quiere exponer al público. Roni también cree que debe viajar a la Argentina. Por lo que me cuentas del diario es seguro que a tu padre se le ha aflojado un tornillo. ¿Y Neta?, pregunta, y Roni responde, muy bien. Pero ¿cómo va en la guardería? Y Roni responde: estupendamente. Dice su profesora que está en una etapa excepcional y al separarnos en la mañana va todo bien, no se agarra a la valla y esta semana han venido dos amigos suyos a casa. Cada día.

Me tomas el pelo, ¿no?, dice Dori.

De verdad que no.

Entonces ¿cómo te lo explicas? ¿Qué ha ocurrido de repente?

O algo en él ha madurado o... la psicóloga tenía razón y algo en vuestra relación lo había retrasado.

¿Qué? La psicóloga nunca había dicho nada parecido.

Los psicólogos no dicen las cosas con claridad. Si lo hicieran, las entrevistas serían más cortas y ganarían menos.

Yo no... yo no capté ninguna alusión del tipo que dices.

A veces la gente capta lo que le conviene, ya lo sabes. ¿A qué piensas que se refería cuando decía que se preguntaba si a fuerza de querer reparar la propia experiencia de tu infancia no exagerabas en el sentido contrario?

No sabe qué responderle. Ciertamente que la frase que mencionó fue dicha durante la terapia, pero ya entonces algo en él se rebeló contra esa interpretación obvia. Después de intercambiar algunas banalidades ponen fin a la conversación telefónica porque «es terriblemente caro, Dori».

Solo después, cuando durante la noche se le mezclan en la cabeza fragmentos del diario de su padre con recuerdos de su infancia, el recuerdo del amor entre sus padres con la frialdad de Roni por teléfono, y la cálida sencillez de Inbar al proponerle unirse a la búsqueda, se le hace evidente la respuesta. Como un dibujo impresionista, del que necesitas alejarte de él para verlo realmente o cuando viajamos bajo una copiosa lluvia y al pasar bajo un puente sentimos de repente un silencio absoluto y se puede escuchar el interior...

Sí, acaso ahogó a Neta con un amor exagerado. Pero no porque quisiera ser distinto a su padre. No solamente, de todos modos.

Entonces ¿por qué? Oye a Roni preguntar.

Porque contigo no intercambio amor, no recibo ni doy amor hace ya tiempo, le responde con las cuerdas vocales trémulas aunque la conversación es imaginaria. Entre nosotros los canales están obstruidos, Roni, entonces, según la ley de la cadena del amor, todo fluye hacia él.

* * *

Es así, dijo Udi. No hay nada que hacer.

Estaban en el nuevo bar construido sobre las ruinas del café Moment. Udi llamó al mediodía y dijo que tenía un congreso de marketing en el Palacio de las Naciones, y luego, por la noche, podrían tomar algo juntos.

Claro, colega, dijo Dori.

Quedaron a las nueve.

¿A las nueve, Udi?, preguntó Dori para estar seguro.

Y Udi se rio, con su gran carcajada que retumbaba sobre todas las cabezas en el recreo del instituto, y confirmó la cita.

A las nueve y media se presentó con sus andares desenvueltos, seguros, pero al abrazarse Dori notó una barriguilla contra él. ¡Barriga! Udi Marom, el

capitán del equipo. El primero en la carrera de seiscientos metros. El primero en salto de longitud de la escuela. Y de altura.

Qué bien que lo hayas arreglado para verme, hombre, dijo.

Yo también estoy contento, dijo Dori.

Whisky sin hielo, pidió Udi al camarero. Y mientras llegaba su encargo observó a los que ocupaban el lugar.

No hay tías buenas en Jerusalén, afirmó. Aunque mejor así. De todas formas no tenemos nada que hacer nosotros, ¿eh? Galit va a llamar enseguida, añadió. Cuando me telefonee te la paso para que la saludes, ¿de acuerdo? Para que sepa que estoy contigo.

Ningún problema, dijo Dori.

Tuvimos bronca hace unos meses, Udi bajó la voz y se inclinó un poco hacia adelante. Pero que quede entre nosotros ¿eh?

Claro.

Leyó un correo que recibí de una amiga. Y justamente no había nada entre nosotros, tío. Nada, algo de flirteo no hace daño, sabes.

Dori asintió. En señal de reconocimiento. Sin embargo no lo sabía porque no era un ligón.

Pero no me creyó, sencillamente, ¿lo captas?

Dori asintió como si lo hubiera captado. A pesar de que no estaba seguro de creerle. Lo había visto tantas veces liado con mentiras por ganarse el aprecio de todos.

Y aún así estaba harta de mí, siguió. Antes de eso. Así que ya puedes imaginarte el lío que se armó. Empecé a pensar ya está, se va con las niñas. Y ya sabes lo unido que estoy a mis hijas. En resumen, hace dos meses que duermo en el salón. Y Galit no cesa de repetirme: No sé si volveré a confiar en ti. No sé si volveré a confiar en ti. ¡Todo por un mail! ¿Lo captas? Y ahora, de pronto, su madre ha caído enferma. Diabetes juvenil. Una mujer de setenta años. Así, de golpe, sin comerlo ni beberlo. Y yo, con toda la tensión del trabajo. Y la hipoteca que nos mata, nos mata...

Udi Marom refunfuñaba.

Estuvo hora y media refunfuñando y Dori no sabía qué decir. Tampoco estaba seguro de si Udi deseaba escuchar un consejo o solo desahogarse. De fondo se oía un disco de versiones de éxitos que escuchaban en los ochenta y resonaba como un fragmento monótono interminable.

Así es, concluyó Udi sorbiendo su whisky. No hay nada que hacer. Es cosa

de esta década que estamos pasando. Criamos a los hijos. Cuidamos de los padres. Practicamos un mal sexo cada dos semanas. No intentamos levantar la cabeza porque, si no, nos la cortan. Caminamos por un largo corredor sin mirar a derecha ni a izquierda, sin pensar demasiado, hasta que el corredor termina. Dime, ¿no es así con Roni y contigo?

Dori sorbió su cerveza negra sin responder. Esa intimidad desbordada con Udi después de un año entero sin hablarse era demasiado repentina para él. Y la resignación que Udi le proponía, el conformismo de «eso es así» universal, tampoco iba con él. Con sus padres no era «así». Y entre Roni y él tampoco era exactamente «así». Es decir, había alguna similitud pero sin embargo entre él y Roni existía un vínculo profundo y fuerte, una soldadura...

Precisamente se acababan de inscribir a un taller de cocina de diez sesiones que dirigía un famoso chef que, según Roni, tenía su propio espacio en un programa matinal de televisión. A Dori no le hacía mucha gracia pero Roni opinaba que «no hacían nada juntos salvo criar a Neta y eso nos aleja al uno del otro» y él no estaba seguro de que fuera eso lo que los alejaba, y no se sentía cómodo en un taller para glotones mientras su madre estaba enferma, y no le enloquecía que el taller fuera en Tel Aviv, ciudad en la que siempre se había sentido totalmente extranjero...

Pero Roni había puntualizado: su trabajo le ofrecía gratis esta inscripción, no ir significaría un despilfarro –a pesar de que cobraba un sueldo muy atractivo, la palabra «gratis» aún actuaba sobre ella como un sortilegio–, así que se dejó llevar. No, no exactamente, él fue con ella porque la amaba y porque había algo de cierto en el argumento de ella de que él no era lo suficientemente abierto a las novedades, y con la esperanza de que el taller que tenía por nombre «El sabor del amor» les haría bien.

En la primera sesión en un sombrío hotel de lujo, el chef, con delantal blanco, camisa blanca y zapatos rojos, disertó sobre la diferencia inherente entre comida y cocina, sobre que cocinar para uno mismo es más que un placer, es una declaración ideológica, un modo de vida que prefiere lo individual a lo industrial, lo sensual a lo ascético, lo creativo a lo banal. Los participantes –nueve parejas que se parecían pavorosamente, dos mujeres llevaban incluso el mismo vestido– escuchaban su discurso con la boca abierta alrededor de una «isla» gigante de acero inoxidable, y Roni, por su parte, dijo después en el atasco hacia Ganot, fue emocionante, ¿no? Hummm... La verdad, para mí fue algo exagerado, dijo, o sea a fin de

cuentas solo se trata de comida. Pero eso es precisamente lo que dijo, Roni se calentó como un hornillo, que no existe tal cosa, solo comida. Que la comida no lo es todo. No sé, acaso cuando empezamos a cocinar de verdad me involucraré más en ello, dijo esperanzado en voz alta, pero en las siguientes sesiones en las cuales cada cual se dedicó a preparar un ágape creativo, y a un concurso más complicado que una teriyaki organizado entre las parejas y basado en el grado de éxito en la preparación de platos extraños, la situación empeoró. Más y más conceptos nuevos arrojados a la sartén: triturar –un método especial para cortar los tomates del que depende el éxito de la receta. Mandolina: algo relacionado con las cebollas (no lo captó muy bien porque en cuanto el chef pronunció la palabra, él se imaginó a Tsví Mandolina de los klezmers del abuelo Fima). Micro rallador: rallador para las nueces especialmente minúsculas. Y para el queso. ¿O hacemos algo distinto con el queso? Entre uno y otro concepto, el chef intentó colocarles bajo mano productos asociados: sal del Atlántico por cincuenta shekels (¡cincuenta shekels!, ¡por sal!), tres clases de cuchillos profesionales para distintas clases de corte, porque «no es lo mismo un grueso filete que un fino carpacho», utensilios de silicona, nada de Pírex, solo silicona. Y etcétera. Llegado a cierto punto, dejó de seguir las pequeñas adquisiciones de Roni y las recetas y se contentó con mirar al chef. Cuánto más encandilados estaban los participantes a su alrededor, más ridículo le parecía, con su acento francés que adoptaba al pronunciar los nombres de los alimentos, con sus menciones incesantes al corto periodo de estudios en el Cordon Bleu, con su tendencia a meter la mano bajo el mandil y acariciarse el vello del pecho, con su obstinación en dotar de profundo significado al oficio terrenal del que se ocupaba: «La palabra clave es paciencia, tanto en la preparación de una olla de pescado como en el amor.» «En la vida hay que saber transigir. Pero también hay que saber no transigir, en la calidad de los materiales por ejemplo.» Mientras disertaba, dirigía y comentaba, Dori lo imaginaba así, con su vestimenta de chef, fregando los cacharros en lugar de la tailandesa silenciosa que limpiaba a su alrededor durante las sesiones, o sentado en primera fila en un curso de actualización del permiso de conducir. Mientras, Dori lo pasaba bien saboteando deliberadamente los platos que preparaban él y Roni durante la clase, añadiendo demasiada sal, demasiado wasabi, mucha más crema, incitando al chef a olfatear el resultado con desagrado y Roni, que le gustaba ganar todos los concursos, sería la más invisible, se le

enrojecería su lindo cuello, lo regañaría luego en el atasco de Ganot Sajarov diciendo que se comportaba como un estudiante díscolo y cómo pretendía enseñar si él mismo no sentía ninguna curiosidad por descubrir cosas nuevas. No es una cuestión de curiosidad, dijo. ¿De qué, entonces?, respondió ella enojada. Simplemente, no puedo ignorar el contexto histórico. ¿Qué contexto histórico tienes en la cabeza?, le atacó ella. A lo largo de la historia de la humanidad, dijo –mientras se odiaba a sí mismo por su pedantería, pero igual que en la canción de Yuval Banai, no podía dejar de hacerlo–, los pueblos y sociedades en crisis, en decadencia, se caracterizan por una huida hacia adelante. Entonces no puedo dejar de preguntarme si todo este taller, y de forma general, si toda esta preocupación obsesiva por la comida en Israel estos últimos años no sea «Comamos y bebamos que mañana moriremos.»

Ay, Dori, dijo Roni.

¿Qué quieres decir con ese ay?

¿No estás cansado a veces?

¿De qué?

De ti mismo. ¿No tienes ganas a veces de olvidarte? ¿De vivir la vida?

Tenía la respuesta a su pregunta en la punta de la lengua –ya habían tenido esa conversación muchas veces–, pero algo en el tono de voz de Roni le impidió hablar esta vez. Tenía la garganta atenazada. Ella le hablaba como él mismo le hablaba a sus alumnos con los que lo había intentado todo sin conseguirlo. Se dirigía a él como si ya hubiera tirado la toalla y hubiera llegado la hora de la ironía fina, que no la involucraba. Y eso le había asustado de tal modo que en vez de decirle «el presente solo es una cáscara delgada», que era lo que en realidad pensaba, le dijo: quizás tengas razón. Y añadió: Voy a esforzarme más. ¿Cuál es el tema de la próxima clase? ¿Los postres? Te prometo que nuestro postre saldrá mucho más sabroso que el de los demás. Sí, Roni, vamos a derrotarlos. Vamos a aplastarlos con la crème brûlée. La gente va a chuparse los dedos con nuestro caramelo.

Unas horas antes de esta sesión, su madre empeoró y su padre lo llamó para que fuera al hospital Hadassa.

No pasa nada, puedes ir al taller, le dijo a Roni.

Y ella respondió ¿estás loco o qué?

* * *

Qué suerte tienes de tener una madre como esta, dijo Roni después de su primer encuentro. Alguien de quien se puede aprender. Alguien a quien se puede querer como a un ser humano y no únicamente por ser tu madre.

Una muchacha estupenda tu nueva novia, le dijo su madre después de ese primer encuentro. Se necesita carácter para haberse criado en un kibutz y salir tan individualista.

Cuando Roni y él se separaron, y ella le telefoneó preocupada, la tranquilizó: paciencia. Volverá. Y no le llevará más que dos o tres días.

Cuando se casaron, unos meses después de esta separación, su madre leyó en el césped frente al comedor del kibutz un poema en prosa, de rima coja, con un pasaje dedicado a su nuera:

*No os dejéis engañar por su hermosura
Porque Roni no solo ha sido bendecida por un aspecto encantador
Sino por toda clase de virtudes
Una conciencia pura, dotada de columna vertebral
De acción rápida y mente afilada
Si bien en la percusión de Shlomo Bar no sobresalió
En las cuerdas del corazón de Dori sí tocó
Por lo tanto, con júbilo, regocijo y alegría
Te acogemos hoy, Roni, en nuestra familia*

El idilio entre ellas se resquebrajó al nacer Neta. Su madre pensaba que Roni se equivocaba al aceptar un puesto tan exigente en su trabajo justo en ese momento. Roni pensaba que la madre de Dori no era precisamente un modelo de mujer que hubiera sacrificado su carrera en aras de la maternidad, por ello no debía juzgar a los otros, y le dijo –por la franqueza sin tapujos de las dos mujeres las cosas se dijeron en voz alta y no por detrás a la espalda–, que la familia era un sistema completo y como Dori estaba más libre de lo que su padre lo había estado, podía permitirse ausentarse más del hogar. Y que seguramente era preferible esa situación a una en la que ella se sintiera amargada y frustrada y lo transmitiera al niño. Pero no solo es eso, Roni, le dijo la madre de él y formuló con claridad algo a lo que todavía Dori daba vueltas. El lugar donde trabajas, la agresividad del mundo de los negocios te va a influir. Te ha contaminado ya.

Es mi medio de vida, respondió Roni. No quiero que Neta sea como yo,

que salí del kibutz al mundo con un par de All Stars, quiero que obtenga cuanto desee en la vida aunque... su padre haya escogido ganar un sueldo de profesor.

Pero, ¿y tú?, insistió la madre de él, ¿te vas a perder los mejores años de tu hijo!

Dori, hazme un favor –a Roni se le agotaron las fuerzas finalmente– dile a tu madre que me deje en paz.

Está enfadada porque sabe que tengo razón, respondió.

Es lo que le dices siempre a Tseela, replicó Dori.

Tseela también se enoja cuando sabe que tengo razón.

Sin embargo se comprometió a permanecer en silencio. Y así, a lo largo de algunos meses, se mantuvo entre las dos figuras más importantes de su vida en un equilibrio colmado de aprensión: las sonrisas sinceras se transformaron en sonrisas artificiales y las conversaciones íntimas en conversaciones banales.

Entonces su madre enfermó. Y dejaron de lado todas las precauciones.

Qué noble es Roni, decía, celosa, Tseela. Mira cuántas horas pasa junto a su cabecera. Cómo se preocupa por mamá.

Sí, Dori asintió en señal de aprobación. La ausencia de Aviram, el marido de Tseela, en el hospital iluminaba a Roni con una luz positiva. Y realmente no tenía nada que decir de su mujer. Solamente una vaga sensación, como un eco, como si esperase más de ella. ¿Más de qué? No sabría decirlo.

Al terminar los seis días de duelo, Roni volvió a su rutina habitual de trabajo. Incluso trabajaba más para compensar las horas de hospitalización de su suegra. El ordenador portátil ingresó por primera vez en su cama conyugal y allí trabajaba hasta que se le cerraban los ojos. Y de nuevo a Dori se le hacía difícil quejarse. Eso era lo justo y lo que había que hacer. El flujo de la vida era impetuoso y enérgico. Y, a fin de cuentas, era su madre. No la de ella. Y el hecho de que ella no absorbiera su dolor, el hecho de que estableciera un límite y dijera: somos dos personas distintas y esta pena es solo tuya, era excelente, porque alguien tiene que mantener el equilibrio...

Y, sin embargo, a pesar de la lógica aplastante se sentía abandonado. Aunque le fuera difícil traducir ese abandono en palabras. Aunque sospechara vagamente que quizás fuera él quien abandonaba en realidad. Aunque no estuviera seguro de que el abandono mutuo no tuviera otra causa, oculta. Así fue como sus pensamientos se fueron embrollando y alejando de una

comprensión clara, ¿no había sido desde siempre mejor en descifrar el pasado que en comprender el presente, en observar el exterior que el interior?

Y unos dos meses después de la muerte de su madre, empezaron las estocadas.

En cuanto Roni se iba a acostar, él se instalaba en el salón, le prometía que iría enseguida a reunirse con ella y encendía el televisor para ver las noticias deportivas. Acostumbraban a estar en mitad de la edición y entonces esperaba a la siguiente para ver los primeros titulares, los que se había perdido y, a veces, los días en que estaba desazonado, no apagaba cuando la emisión llegaba a los titulares que ya había visto, y volvía a ver todo el programa, aun sabiendo de sobra que solo intentaba aplazar el momento en que apagaría la pantalla y empezarían las punzadas del deseo. Al principio las distraía con las punzadas del hambre y se preparaba una gran cena según las recetas de la carpeta del curso de cocina –tal vez un solomillo le calmaría, tal vez la pasta lo aclararía–, pero las punzadas persistían, sobre todo en la zona de la pelvis, punzadas de deseo vago, de deseo en nombre del deseo, deseo del que antaño, antes de vender su batería, se habría librado percutiéndola. La una de la madrugada, la una y media, las dos, las dos y media, cada vez fijaba otra hora exacta como límite en la que se levantaría y se iría a la cama con Roni, pero cada vez lo dejaba pasar, se conectaba a Internet, entraba en el correo de ella, buscando en vano pruebas que apoyaran las sospechas de que le había engañado en su viaje a Barcelona, leía noticias, leía bagatelas históricas en la web historicofeminista, Herstory, que a su madre le gustaba, leía los pocos correos que le había mandado esos últimos años y su garganta se llenaba de un gruñido de lobo aullando a la luna. Se le cerraban los ojos frente al ordenador por el cansancio, pero el deseo, más despierto que nunca, lo lanzaba al final de la noche al cuarto de Neta. Siempre se había burlado en su fuero interno de las escenas de las películas americanas en las que el padre regresa del trabajo por la noche, entra en la habitación de sus hijos y los contempla mientras duermen. «Yo quiero ver a mis hijos despiertos», se pegó en el corazón ese papel autoadhesivo antes de convertirse en padre pero cuando desaparecieron todas las áncoras, erraba de la habitación del ordenador hasta la más pequeña de la casa, con el suelo lleno de juguetes, tratando de asirse a alguna certidumbre. Después de todo, en todo ese abanico de dudas, existe una piedra angular que todo lo sostiene: su hijo. Ese niño lo ama y lo necesita. Que sea para él cristalino, estable, libre de vagos deseos.

Allí en la habitación de Neta, oyendo su respiración rítmica, los deseos se atenuaban. Poco a poco, hasta la noche siguiente.

¿Cuántas noches hubo así? Durante esa época no se fijaba en cuántas se habían acumulado. Cada noche estaba encerrada en sí misma. Solamente ahora, con la distancia del viaje, se ha dado cuenta de que son muchas, numerosas noches como esta. Y de hecho ya son largas semanas que siente un deseo sin saber qué desea...

* * *

Cuando en el albergue la noche llega a su fin y se levanta para ir al baño, se da cuenta de que tiene una nota bajo la puerta.

Hola, Dori,

no tengo ni idea de lo que has decidido. De todos modos y pensándolo dos veces, no creo que sea una buena idea continuar juntos.

Regresaré a la playa después del desayuno y desde allí seguiré con mi viaje.

Ha sido muy agradable (y raro) conocerte

Inbar

Inbar

Ha redactado seis versiones de la nota. Cada una más breve que la anterior. Cada vez piensa que pone demasiadas cosas sobre la mesa, ya que no sabe qué es lo que desea la otra parte y lo que es peor: qué desea ella. Entre la versión quinta y la sexta ha telefoneado a Eytan. Estaba tan cálido, amante y generoso, como es él. Y su cuerpo ha reaccionado frente a él desde el lugar que siempre lo hace: desde el pecho. Dori, en cambio, con su olor, sus hombros abatidos y su prominente nuez de Adán, su erudición, su hebreo y su suspicacia típica de Jerusalén, la preocupación por su padre y por muchas cosas que aún no puede señalar –ese Dori le provoca una reacción en un lugar absolutamente distinto. Mucho más peligroso. En lo alto de la garganta, junto a la campanilla. En el mismo punto en el que puede estallar la locura. Le llevó tanto tiempo encontrar el equilibrio desde lo de Yoavi, piensa. Tanto tiempo volver a comer. A reír. A escuchar música. Así que no hay nada que

justifique tirar de la alfombra bajo sus pies a favor de otro Hoffman. Y además: le llevó tanto tiempo comenzar a escribir, encontrar su voz, lástima tirar todo por la borda por un amor sin salida. Se va a duchar para quitarse la comezón y, al volver, saca ropa interior limpia de una bolsa que le dieron en una librería y que lleva escrita, entre todas las frases del mundo: «Llevo una novela (en la bolsa).»

Ahora, Inbar. Ahora es el momento de poner punto final, se dice. Ahora, antes de que sea demasiado tarde...

Y desliza la nota número seis, la última, bajo la puerta.

Nesia

Se burlaba por encima del hombro de Inbar mientras redactaba y luego tiraba las notas.

¿Por qué te burlas?, dijo Inbar enfadada.

«Las murallas deben caer cuando llega el meteorito del amor.»

¿Qué?

¿No lo recuerdas? Es lo que está escrito en la galería del muro de Berlín: «Las murallas deben caer cuando llega el meteorito del amor.»

Lo había olvidado.

La muralla debe caer...

¡Basta!

Cuando llega el meteorito del a-m-o-r.

Dori

Lleva dos horas dando vueltas en la cama, hacia el amanecer se duerme unos minutos durante los cuales tiene un sueño muy breve, como una imagen móvil: *Inbar y él caminan por la calle Itamar Ben Av, perpendiculares al suelo, cuando de pronto ella reposa la cabeza en su pecho como si estuvieran en posición horizontal, y así continúan avanzando uno junto al otro acostados infringiendo todas las leyes de la lógica y de la gravedad, sin*

embargo les parece lo más natural, y frente a ellos pasa Robespierre llevando una guillotina de juguete y gritando: ¡Viva la revolución, viva la revolución!

Por la mañana la espera a la puerta del albergue. El lago aún está dormido. Las brumas cubren todavía las cimas de las montañas, cruza los brazos sobre el pecho y escucha el canto de los pájaros durante unos minutos, conversando entre ellos en un lenguaje distinto al de los pájaros en Israel.

Cuando Inbar llega, con la enorme mochila a la espalda, que la hace ver más pequeña, junta las palmas de las manos y le dice: Me voy a la Argentina, ¿tal vez quieras acompañarme?

Inbar

No sé qué responderle

No me ha ordenado: ¡ven!

Me ha suplicado: ¿tal vez quisieras?

Y precisamente ese descorazonamiento suyo quebranta la firme decisión que ha tomado por la noche. Por un instante parece un niño, como ese Marco que busca a su madre. Es decir, a su padre. Y necesita toda la ayuda posible.

¿Crees que es una buena idea?, pregunta.

Yo... sí... mira... quizás tienes miedo de que... pero yo... soy del partido conservador de los... ¿Conoces el poema de Yehuda Amijai? Sí... pues me parece una lástima renunciar a... después de todo eres parte... ya estás metida... y aunque a veces me pase por la cabeza... pero no tienes nada que... porque tengo un hijo... él es mi piedra angular... entonces... ¿lo entiendes?

Más o menos.

Estupendo. Porque apenas entiendo lo que te acabo de decir.

Ella se ríe. No por lo que ha dicho, sino porque se le ha enrojecido la nuez de Adán mientras habla.

Dale las gracias, piensa ella. Él ha puesto punto final en tu lugar.

Y deja la mochila en el suelo.

* * *

Alfredo tarda en bajar al vestíbulo del albergue así que suben a su habitación y llaman a la puerta. Les abre con su batín de seda rojo puesto, detrás, a su espalda y sobre la cama, hay dos chicas jóvenes envueltas en la sábana. El olor insoportable del cuerpo de Alfredo – como si se pulverizara con un desodorante con perfume a sudor –, la hace recular un paso.

Sí, por favor –mira a Inbar con ojos burlones, como diciendo, mira lo que te has perdido– ¿qué puedo hacer por vosotros?

Es tarde. Hay que ponerse en camino, dice Dori.

Pues bien, pónganse en camino, dice Alfredo.

¿Qué quieres decir? ¿Y tú?

Lee el contrato, Míster Dorri, lo siento mucho. Pero yo no entro en Argentina.

No había ningún anexo de este tipo en el contrato, Alfredo.

Lo siento muchísimo pero sí lo hay. Siete «d». Puedes comprobarlo si no me crees.

Alfredo

Precisamente me hubiera gustado seguir con él hasta el final, hasta encontrar a su padre. Porque no tomé este trabajo por nada: la primera vez que Seela me telefoneó, dije, Alfredo González, ahí tienes una oportunidad. Y, verdaderamente, lástima que se termine así, porque todos los pedazos de la vasija se han ensamblado perfectamente después de que Dori me explicara lo que estaba escrito en el diario: los encuentros del padre de Dori con su mujer fallecida, el *quilombo* que armó en la plantación de El Loco, que escogiera precisamente el Titicaca, el lugar en el que nació el Sol, para redactar ahí el diario, la ruptura con sus hijos, el único correo que sí les mandó: todo conduce como una flecha al individuo que desea, que debe, comenzar su vida de nuevo. *Mierda*. Hubiera estado bien encontrar a alguien vivo para variar, después de todos los cadáveres de este último año. Vestidos, desnudos. Con gusanos. Sin gusanos. No importa. Un cadáver siempre es una mierda. Y aquí no creo que haya cadáver. Por lo que he podido ver la gente que tiene una razón para vivir, aunque sea del todo imaginaria, no suele morir. Hubiera sido interesante ver lo que el padre de Míster Dori quiere crear en una colonia de hace cien años. Solo un loco puede tener una idea así, aunque también Bolívar era un loco y el Che también y sin locos como esos la humanidad hubiera avanzado en círculos y no solamente el globo terráqueo.

Solo que, vaya, una lástima que sea en Argentina. Si hubiera sido en Alaska, en Australia, en las islas Fiji, hubiera ido con ellos encantado. Y me lo hubiera costado de mi bolsillo. Faltaría más. Me preocupo por Míster Dori, por la señorita Inbar y por Seela.

Pero no en Argentina.

Hay allí un individuo que, si lo veo, lo mato. No puedo llamar «papá» a ese hombre, porque no se merece ese título. No lo merece quien ha pegado y abandonado a su mujer y no le ha mandado ni un solo peso, a ella, que tuvo que cocinar para sus hijos papas al mediodía, papas por la noche y papas con arroz los domingos por la tarde noche. A él nunca le interesó si sus hijos estaban enfermos y no fue al entierro de Alonso, su primogénito, nunca sacó dinero de su bolsillo para darles, ni los llevó a los partidos de fútbol, ni los abrazó, incluso no les pegó con el cinturón, como un padre normal.

Sé que se mueve por Buenos Aires, ese tipo. Mis fuentes me informan de cada movimiento suyo. Ya es mayor, me dicen. Incluso se sirve de un bastón para caminar. Pero me importa un comino. Solo en las películas de Hollywood terminan todos por perdonarse al final. En la realidad hay cosas que el agua no puede ablandar. Y si ahora lo viera hay infinitas posibilidades de que le arrancara el bastón de la mano y le diera en la cabeza hasta que se presentara la policía. Y el talego en Argentina no es como en Bolivia. De allí solamente se sale con los pies por delante. Así que, por mi parte, prefiero no exponerme. A otro lugar sí estaba dispuesto a ir con Mister Dori. También con la señorita que, de paso, habría terminado por follármela. Por fin habría comprendido que del profesor de historia no obtendría nada y habría venido a mí. ¿Qué me importa ser un premio de consolación? Lo importante es encontrarme entre sus piernas. Amasar su culito a manos llenas. Pero qué se le va a hacer, no pongo ni un pie en Argentina. Y del individuo que hay allí, no hablo a nadie. Incluso mis informadores que lo vigilan no saben quién es. ¿Qué es lo que yo digo? Mejor asesinar el pasado que asesinar a una persona. Así que, en cada contrato, añado el anexo Siete D. Y también el Siete A que asegura que si el Siete D se aplica, el cliente tiene derecho a que se le reembolse el cincuenta por ciento de los gastos por la búsqueda y la escolta de mis informadores en Argentina.

¿Yo un estafador? No, ¿eh? A veces exagero. En especial ante mujeres hermosas. Pero estafador, no. Es lo que le dije a Mister Dori. Y se enojó. Se encolerizó como un tornado. Creí que iba a enloquecer como su padre y a gritarme «MiG, MiG». Eres un pedazo de mierda, me dijo. Siempre has sabido dónde se encontraba mi padre, pero me has arrastrado de un lado para otro para ganar más dinero. Y ahora no te interesa ir a la Argentina y te largas.

No es cierto, Dori, traté de explicarle mientras miraba a la *señorita*. A lo mejor ella conseguiría calmarlo. Tienes que creerme que siento mucho no poder continuar con ustedes.

Entonces, ¡dime por qué! Dio un puñetazo a la puerta. Quiero una explicación. No un anexo en el contrato.

Es la música que los dioses han decidido tocar esta vez y no me queda otra sino bailar a su son.

Don't bullshit me!, dijo. Me merezco una explicación. Te he dado dinero.

¿Dinero? Mira el contrato y verás que si la búsqueda llega a la Argentina,

pagas un cincuenta por ciento menos. Y además, solo para que tengas de mí una buena impresión, los billetes a Buenos Aires, el tuyo y el de Inbar, corren por mi cuenta.

No necesito que me hagas favores, dijo. Pero el tono de voz ya no era tan furioso. Así es el ser humano. Ya pueden ser de sangre azul, si les haces un descuento se apaciguan un poco. Y cuanto mayor es el descuento, más se amansan. Vamos a estrecharnos la mano, *amigo*, le propuse. Mi mano quedó unos segundos en suspenso, entonces la mano de él fue lentamente a su encuentro, con desgana. Su apretón también fue blandengue. Eh, le dije, voy a echarte de menos. ¿Quién va a encontrar mis gafas de sol, eh? Él no sonrió. En lugar de mosquearte conmigo, hubiera deseado decirle mosquéate con quien realmente debes hacerlo. ¡Y además, folla! Necesitas follar urgentemente. Se ve en tu cuerpo que no follas como hay que hacerlo. Y deja de ser tan serio como un muerto. Es una lástima pasar así por la vida, hijo. Deseaba hablarle como a un hijo. Lo juro por mi vida. Pero cómo diablos sé cómo habla un padre.

La *señorita* me dio un beso en la mejilla y dijo: *Gracias por todo*. Muy bonito por su parte. Quizás si hubiera encontrado a alguien como ella, de su nivel, en su momento, lo hubiera detenido todo y habría tenido hijos con ella. Pero yo soy bueno para encontrar mujeres perdidas, no para encontrar amor. Y ahora ya es tarde. Ya no puedo dejar de moverme.

Cuando se fueron, invité a dos putas más a mi cama, pero todavía no he conseguido ahuyentar la tristeza. En general me siento así cuando encuentro cadáveres, y si hago un poco de *vida loca* con putas se me pasa. Esta vez, no sé por qué, la tristeza no se me va. Ese Mister Dori, la *señorita* Inbar y Seela, que no cesa de hablar, se me han metido en el corazón. Nunca dejo que ocurra algo así con mis clientes porque me interfiere en la búsqueda. A lo mejor estoy envejeciendo. A lo mejor tendría que adoptar al niño huérfano que siempre sube y baja las escaleras de la colina hasta el embarcadero y dejar de ir de aquí para allá. O quizás no. Quizás las putas de esa isla no tengan clase.

Cuando la última se hubo ido, con las medias en la mano, llamé a mi hombre de Buenos Aires.

Oye, Victorcito, le dije, quiero que los esperes en el aeropuerto. Compra unos paquetes de Bamba para la señorita. No me importa cómo los consigas. Y para Mister Dori compra una chaqueta, pero de buena calidad, ¿eh? Para la

lluvia y el viento. Que cueste lo que sea. Va por ahí con una chaquetita y no quiero que me agarre una neumonía. Luego los llevas a comer a El asado de Amora. Sí, ya sé que es caro, *che*. Te lo devolveré. No sufras. Todo lo que te pidan, lo haces. Cualquier pequeña cosa que necesiten, se las llevas. Y nada de tonterías con la señorita, ¿eh?, estás advertido, Victorcito. Si sé que la has tocado con la uña del dedo meñique, te corto el huevo izquierdo. *Lo más importante*, en cuanto lleguen a la colonia, quiero que me telefonees y me describas lo que ocurre allí. Qué aspecto tiene el lugar que su padre reconstruyó. Cómo fue el encuentro entre él y Míster Dori. Y de ningún modo me telefonees al cabo de dos horas, Victorcito. Me llamas inmediatamente. Allí mismo. Si no, te corto el huevo derecho. ¿*Entiendes?*

Lili

Es curioso que, del momento tan esperado de la llegada al nuevo país, del momento del primer contacto de sus pies con la sagrada tierra toda arena – suave arena– ahora recuerde precisamente al muchacho que gritó: ¡Mis filacterias, mis filacterias!

Ven con nosotros, le dijeron los hombres que esperaban en la playa. Él, en polaco que nadie comprendía, se obstinaba en repetir: ¡Mis filacterias!, ¡me las regaló mi padre!, ¡se han caído al agua! Y ellos, en hebreo, que él no entendía, le metían prisa: vamos ya, que llegan los ingleses. Y al ver lo empecinado que era, le agarraron de la ropa mojada y lo arrastraron consigo a la fuerza para que no pusiera en peligro a los otros inmigrantes ilegales.

Antes de que Katriel, el capitán delegado por la Haganá, decidiera encallar el barco en un banco de arena frente a la costa de Tel Aviv, había intentado hacer lo mismo frente a la costa de Yafo. En ese intento dos hombres habían muerto a causa de los disparos de un guardacostas británico. El doctor Swartz y Tzvi Bichler. Cuando piensa en eso ahora, le tiembla la espalda como si resbalara por ella una gota de agua helada. Una breve ráfaga de ametralladora dirigida a su barco y dos cadáveres se desploman al suelo. Dos viudas. Tres huérfanos. Como si alguien –una especie de «payaso del destino», un tipo con corbata de lazo y un gran sentido del humor que a veces se imagina– hubiera decidido que ese país al que se acercaban, no fuera solo la tierra de la

que mana leche y miel. También manaba sangre de ella. Y les daba la ocasión, acaso la última, de escoger.

Todo eso son pamplinas, por supuesto. Llegados a ese punto no tenían elección: claro que el barco había dado marcha atrás unos kilómetros al oír los disparos, aunque de hecho solo esperaba el momento oportuno para acercarse a la costa otra vez. Todos los pasajeros estaban en cubierta, de pie o tirados sobre el suelo, tensos, dolientes, quemados por el sol. Dos círculos se agolparon rodeando a las recientes viudas para consolarlas. Para protegerlas. Para impedirles que de tanto dolor saltaran al agua.

A las dos del mediodía se les acercó una pequeña embarcación emitiendo señales en código de Morse en dirección a la sala de comunicaciones. Fima, que se encontraba cerca de ella, le tradujo el mensaje cifrado: los alemanes han invadido Polonia. La Luftwaffe ha bombardeado Varsovia. Ha estallado la guerra.

Y entonces le puso la mano en el hombro.

Era la primera vez que osaba tocarla a la luz del día, en la cubierta. Ella retiró la mano y se apartó un poco de él. A la Lili de día no le gustaba que la tocaran. La Lili de día era fiel a Nathan y esperaba con todas sus fuerzas encontrarse con él.

La Lili de noche era otra historia.

Hacia las ocho aproximadamente el barco encendió todas las luces, levó anclas y puso rumbo a Tel Aviv.

Algunas mujeres sacaron maquillaje y espejos y empezaron a pintarse en honor a la Tierra Prometida. Algunos hombres tomaron las maquinillas y se afeitaron. Fima y ella estaban demasiado agotados para unirse a ellos: estuvieron juntos trabajando en la edición del último boletín para los pasajeros del barco, que incluía la biografía de los dos difuntos y una breve referencia a la guerra que había estallado en Europa, y que esperaban, así habían decidido conjuntamente escribir, «sería muy breve, según fuentes bien informadas».

Habían decidido colgar el boletín en la base de un mástil, porque nadie bajaba ya al dormitorio. Pero así y todo no fueron muchos los lectores. No era una hora oportuna para reflexionar sobre el amargo destino de los otros.

El capitán Katriel anunció que esperaba que el barco embarrancara en los próximos minutos y pedía a los pasajeros que si se inclinaba mucho de un lado fueran todos como un solo hombre al lado contrario para equilibrarlo. Al

cabo de una hora, el barco se detuvo a unos centenares de metros de la costa. Se tambaleó un poco, luego se estabilizó solo. Las hélices se enterraron en el fondo arenoso hasta que se inmovilizaron. Nunca habían tenido tan cerca las luces de tierra firme. Realmente al alcance de la mano. Les mandaron desde la costa unas barquitas (luego supieron que las llamaba *jasaké*), mientras que desde la cubierta se desplegaban escaleras.

Corre, le dijo Fima. Corre con Esther y podréis subir a una de las primeras barcas.

¿Y tú?

Me quedo con Pesia. Se ha escondido en el dormitorio. No quiere bajar por lo que ocurrió la última vez. Esperaré a que todos hayan bajado y entonces me lo cargaré al hombro. No quiero retrasar a los otros, ahora. Especialmente a ti. Corre, corre. Antes de que lleguen los británicos a la playa.

Y ella corrió. Sin abrazarlo, sin besarle incluso en la mejilla, para que nadie la viera, que nadie sospechara. Y saltó a la barca con Esther. La barca se agitó un momento entre las olas, entonces alguien les ordenó echarse al agua. ¿Vestida? Sí, vestida. ¿Con la maleta? Con la maleta. No había más remedio. He aquí otro momento exacto que extrae del abismo de los años: el instante en que sus pies tocaron el fondo marino. Los pies de Esther, recuerda, tocaron el suelo antes que ella porque sus piernas eran más largas. Y le tendió la mano y tiró de ella. Unas olas la golpearon, la empujaron hacia adelante, al este, y entonces también ella la había sentido: la tierra.

Un remolino tras otro, llegaron a la playa como empapadas supervivientes. Los hombres que los esperaban en la playa los apremiaban con gestos y gritos. Por un instante pensó en detenerse, traducirles lo que decía el adolescente agobiado por la pérdida de sus filacterias, por un instante buscó con la mirada a Nathan, sabía que no era lógico que la esperase en la playa pero, sin embargo, esperaba; entonces una mano vigorosa la asió del brazo y la arrastró hacia delante, a un cobertizo en las inmediaciones de la playa. En la actualidad se encuentra allí el hotel Hilton, ¿o es el Dan? En todo lo que se refiere al presente no está muy segura; entonces solamente había una barraca de láminas de estaño. Del vientre de la barraca surgieron unos brazos tendidos hacia ella con una calidez que aún no sabía nombrar como «israelí». Mujeres de movimientos enérgicos las ayudaron a quitarse la ropa mojada y les ofrecieron ropa seca. El pantalón que le dieron era demasiado corto para su gusto y la camisa era de hombre pero no protestó. Les dieron una taza de

té. ¿Cuántas cucharaditas de azúcar le echas al té, compañera? Le preguntó una de ellas, y miró a Esther asombrada. Cuánto tiempo hacía que no oían una pregunta como esa.

* * *

De repente, suena el teléfono a esa hora tan tardía. Ya no la llama nadie a esa hora. Abuelita, dice una voz agradable, es Inbar. Hola, Inbar. Sin embargo, pasan varios segundos hasta que su cerebro consigue identificar a su nieta. ¡Inbar!, repite, esta vez con afecto. ¿Dónde estás? ¿Has vuelto?

Todavía no.

Vuelve ya, mi pájaro de fuego.

Pronto, abuelita.

Pronto y pronto, al final es mucho.

Anoche soñé con Fima, abuela. Es la segunda vez que sueño con él.

¿Qué Fima?

Tu Fima. ¿Qué otro Fima conozco?

Pero, cómo tú... después de todo tú no sabes... ¿cómo era en tu sueño?

Alto, con una inmensa cabellera y largas piernas. Muy guapo.

Pero ¿qué dices? Fima era feo, calvo y nada alto.

Pero tocaba el violín, ¿verdad?

La armónica. A veces la trompeta.

En mi sueño tocaba el violín. Estábamos en la explanada delante de Beit Hakranot y cuando terminó, tú pasaste con tu sombrero rojo recaudando dinero. Dori y yo os dimos monedas.

Intenta recordar quién es Dori. Inbar habla de él como si debiera conocerlo. Así que al parecer, debe de conocerle. Pero diablos, no le venía ninguna imagen suya a la mente.

¡No estoy de acuerdo!, dice.

¿Qué?

¿Quién te ha dado permiso para meter a mi Fima en tus sueños?

Inbar se ríe.

Intenta imaginarla, pero no consigue situar a su nieta en ningún paraje. No tiene ni idea de cómo es Sudamérica.

Abuelita, dice Inbar, ¿sabes que te quiero mucho?

Pues vuelve. No es sano para una joven judía estar en el exilio tanto

tiempo. El exilio es un castigo, ¿no? Un ser humano sin casa no está bien y una casa sin un ser humano, tampoco. Y una nieta sin su abuela no es bueno. Y una abuela sin su nieta tampoco.

Volveré enseguida, abuelita. Tengo una misión que cumplir.

¿Una misión? ¿Te crees la protagonista de una aventura? Oh, bueno. ¿Necesitas dinero para el billete de vuelta?

No.

Bien, porque de todos modos no tengo. ¿Comes bien?

Sí.

¿Vas bien vestida? ¿Te cepillas los dientes? ¿Te limpias las orejas? ¿Y no hablas con extraños salvo que sean guapos?

* * *

Por la mañana ya no recordaba los detalles de la conversación con Inbar. Así era últimamente, los nuevos acontecimientos se le desprenden como el pelo y solo le queda una impresión general: Jaim, el tendero, está preocupado por algo que no tiene que ver con ella, a Guita, su buena amiga se le va la cabeza, el primer ministro es un mentiroso redomado, Inbar está enamorada.

* * *

No sabe qué ha sido de Fima. Los primeros pasajeros que desembarcaron, como ella, consiguieron mezclarse entre las numerosas personas que esperaban en la playa y escabullirse de los británicos. En el transcurso de la noche, después de una breve estancia en las barracas, los dispersaron en casas particulares. A Esther y a ella, que se obstinaron en permanecer juntas, las llevaron a un pequeño apartamento de la calle Mazé donde una familia las acogió y las invitó a compartir su cena: sopa de tomate con arroz, albóndigas de pescado, ensalada de col y pudín de postre. Los platos eran semejantes a los de sus casas aunque parecía que se les había añadido un gusto local. Después de comer, las invitaron a ducharse, y en la ducha, ¡increíble, había jabón! ¡Y toallas que olían bien!, y una balanza (había perdido diez kilos durante la travesía), además tenían camas preparadas. ¡Camas de verdad! ¡Con sábanas! Si bien las camas estaban apretujadas en la terraza, y mosquitos sionistas zumbaron a su alrededor toda la noche, y los resortes de

hierro de la cama de Esther crujían a cada movimiento suyo y no las dejaban dormir, cuando por la mañana pusieron los pies en el suelo, este no se movía ni hacia arriba ni hacia abajo. Y encima de la mesa de la cocina les esperaba un zumo de naranja fresco. Y rebanadas de pan negro.

Bienvenidas, dijo el ama de la casa disponiendo sobre la mesa, junto al pan, dos cuencos. Uno con mermelada y otro con *schmaltz*, grasa de ave.

Lili y Esther saludaron con un movimiento de cabeza, la boca demasiado llena les impedía hablar.

¿Sabéis que ha estallado la guerra en Europa?

Sí, lo sabemos, dijo Esther.

La gente dice que terminará por llegar hasta aquí. La semana que viene los británicos empezarán a distribuir máscaras de gas, supongo que vosotras también vais a necesitar....

Disculpa, la interrumpió Lili. Sabía que la guerra que había estallado debía de preocuparla, a ella, pero de momento estaba inquieta por algo completamente distinto. ¿Por casualidad sabes qué ha sido de los inmigrantes que han bajado del barco después de nosotros?

Venid, vamos a verlo en el periódico, les propuso su anfitriona abriendo el diario sobre la mesa.

Shoah!, proclamaba el titular encuadrado en primera página. Lili no conocía la palabra e intentó interpretarlo por el contexto: «¿Se te caen los dientes y una inflamación purulenta te ataca las encías? Comienza a utilizar desde hoy mismo el dentífrico Ginozi y evitarás una ‘shoah’ en tu boca.»

La noticia que buscaban apareció finalmente en la página cinco. Los inmigrantes que descendieron en las últimas barcas de la nave que llegó ayer frente a la costa de Tel Aviv, informaba secamente el periodista, fueron capturados y enviados al campo de detención de Sarafand.

* * *

Nadie pudo asegurarle que Fima se encontraba entre los detenidos en Sarafand. Pero ella supuso que si de todos modos había conseguido escabullirse de los británicos que esperaban en la playa, aparecería en el funeral del doctor Schwartz y de Tzvi Bichler, cuya fecha no estaba aún fijada.

Hasta el entierro se paseó por la ciudad en compañía de Esther, con el alma

angustiada. Estaba allí, en la Tierra de *Israel* finalmente, sin embargo, en vez de que sus ojos –como los de su amiga Esther– se fijaran en las maravillas del nuevo país, buscaban a un hombre calvo con una sobresaliente nuez de Adán y una nariz demasiado grande.

Fíjate, Esther se había parado frente a un cartel, ¡hay un cine!

Se detuvieron y leyeron juntas los títulos de las películas: «Mi corazón te llama», «Estoy enferma de amor», «Yo y mi amado».

¡También hay una agencia de viajes! Esther la arrastró con ella y casi le arrancó el brazo.

En un panel de cartón colgado en la puerta de la agencia se podía leer: «Visita Francia, el país de la belleza. Curas termales. Relax en las montañas. La alegría de vivir».

¿Lo habrías creído? dijo Esther encantada, ¡una agencia de viajes judía! ¿Nos vamos a Francia, *mademoiselle* Lili? ¡Una apoteca! ¡Una farmacia!, gritó Esther ante la siguiente tienda. Y luego, con el mismo entusiasmo incansable: ¡Una agencia inmobiliaria! ¡Un zapatero! ¡Un sastre! ¡Un quiosco!

En el quiosco compró cigarrillos con la marca en hebreo: *Aluf* (general), *Atid* (futuro). Pensó que quizás compraría una cajetilla y se la llevaría a Fima, a Sarafand. Si es que está en Sarafand, se dijo. No lo sabes.

¿Qué te pasa?, le preguntó Esther. ¿Por qué estás tan silenciosa, hoy?

¿Soy una charlatana en general?

No, pero estás pálida como si estuviésemos aún en el barco, zarandeadas por las olas...

Esther ya se había deshecho el moño y el botón superior de la blusa y sus cortos pantalones de color caqui ponían de relieve sus esbeltas piernas. Por todos lados, trabajadores y pioneros coqueteaban con ella y ella les sonreía mientras se tocaba la cabeza, confusa, como si todavía tuviera allí el moño.

Estoy esperando a Nathan, dijo Lili mintiendo y diciendo la verdad a la vez. Temo que no haya visto la noticia de que el barco ha llegado.

Era incapaz de hablar de Fima a su amiga. Se metía en su cama, detrás de un biombo, al amparo de la oscuridad y se iba al alba, y lo que hacían lo hacían en un absoluto silencio. Entre sueño y vigilia. Y era agradable. Todo estaba envuelto en niebla, como si ocurriera soñando y ella temía que si hablaba de esas noches, si les otorgaba palabras, se desvanecerían y se volverían tangibles. Demasiado tangibles.

Ven, Esther la tiraba del brazo, dos chicos que he conocido esta mañana nos invitan a cenar esta noche en su cabaña en el barrio de Montefiore.

Otra vez será, dijo Lili. Ahora quiero ir a la playa, a ver nuestro barco.

¿El barco? Oh, no. Creo que si le echo una sola una mirada me volveré a marear, se rio Esther.

¿Entonces nos encontramos en el apartamento?, propuso Lili.

Ningún problema, compañera, dijo Esther, y ese «ningún problema» tan israelí rodó por su lengua con naturalidad, sin ningún esfuerzo.

* * *

Su barco estaba escorado y, a su alrededor, unos botes descargaban todo cuanto se podía y lo llevaban a la playa.

Igual que las amigas de una viuda que, a su muerte, irrumpen en su habitación para saquear las joyas, se dijo Lili, abatida. Su enorme y fuerte navío estaba ahora herido de muerte, sin remedio. Una gran vía de agua se había abierto en su casco derecho, como un vestido rasgado en señal de duelo y no parecía que pudiera transportar de nuevo a otros inmigrantes ilegales. Ahora, rumiaba de nuevo pensando en su padre y en sus hermanas que se habían quedado atrás, en Polonia. ¿Qué deben de estar haciendo en este momento? Algunos de sus vecinos del barrio habían preparado con antelación vías de escape de la guerra, por si estallaba. Pero su padre era de naturaleza optimista. Él siguió abriendo su tienda a las ocho en punto. Cerrándola a las dos. Y abriéndola de nuevo de cuatro a siete y cuarto. Cuando pintaron una inscripción en negro en el escaparate de su tienda se burló diciendo, va, suerte que tengo una ferretería, y tomó un paño del estante inferior y trementina del estante superior, salió a la calle y limpió la inscripción con cuatro gestos enérgicos y decididos y añadió otro, más lento y vacilante.

¿Lo sabía ya, cuando estaba en la playa, que no lo volvería a ver jamás? No estaba segura. Deseaba con todas sus fuerzas creer que lo volvería a ver. ¿No habían prometido los expertos que «se esperaba que la guerra fuera corta»?

Sus ojos se detuvieron en la correa negra que sobresalía de la arena y al principio le pareció un filamento de alquitrán. Pero... eran las filacterias. Las que perdió ayer el muchacho. Las recogió y se enrolló la correa alrededor del

brazo. En Varsovia no se le hubiera ocurrido, como mujer, colocarse unas filacterias. Mientras que aquí, simplemente, se las lió, y se encaminó a las barracas donde, en una de ellas le dieron ayer una taza de té con una cucharadita y media de azúcar, para preguntar qué debía hacer con su hallazgo. La primera estaba cerrada con llave y en la segunda había dos hombres muy bronceados que planchaban pantalones sobre una tabla de la construcción colocada sobre dos montones de ladrillos. La mandaron con las filacterias a los cobertizos de la zona portuaria, incluso le dibujaron un pequeño plano en una servilleta de papel. Allí, le dijeron, exponían todos los objetos recuperados del mar para que puedan recogerlos sus propietarios. La acogieron muy bien los dos, sin embargo se sintió dolorosamente extranjera en su compañía y se apresuró a despedirse de ellos. Paseó por calles atestadas siguiendo el plano que le habían dibujado, esparciendo con los zapatos pellas de arena a cada paso y buscando con los ojos a Fima: deseaba y no deseaba encontrarlo. Pasaban autobuses junto a ella, las señalizaciones le daban la bienvenida, un altavoz anunciaba una representación llamada «*Abuso de confianza*» y, otro, proclamaba los próximos juegos de la Macabiada. La gente llevaba paraguas —no para protegerse de la lluvia, sino del sol—, el sol caía a plomo sobre la cabeza, la nuca, la espalda, pero de todos modos ella siguió caminando aun sintiendo que los latidos de su corazón no eran suyos, la respiración que agitaba sus pulmones no era suya, los pasos que daba no eran suyos. Se cruzó con una ambulancia con la estrella roja de David en el capot y, por un instante, deseó hacerle una señal para que se detuviera y la llevara al hospital. Se detuvo en un quiosco para comprar limonada fría. Les habían asignado diez *grush* por día y no quería malgastarlos tan deprisa pero la sed era inaguantable. Frente al quiosco había una pintada en la pared: «¡fuera putos británicos! Fuera esa puta Gran Bretaña». Había carteles en hebreo por todas partes. ¡Carteles en hebreo! Eso debería haberla conmovido, pero incluso después de añadir un signo de admiración íntimo para refor-

Al cabo de una larga hora de caminar —con los pies enrojecidos por el esfuerzo— llegó a los cobertizos. Y allí: movimiento, mercado, estruendo, multitud y, cada uno al que se dirigía para pedirle registrar por lo menos el nombre del barco de donde provenían las filacterias, encogía los hombros y la mandaba a otra persona. Al final, renunció a la idea del registro, dejó las

filacterias con cuidado entre un zapato marrón solitario y un libro de Ahad Ha'am cuyas páginas aún no se habían secado, y se fue.

Al salir de los cobertizos, se tropezó con un grupo de compañeros de su formación agrícola. Lili Freud, ¿cómo estás?, la saludaron contentos. Parece que estoy soñando, les respondió, mintiendo sin mentir. Le propusieron llevarla en coche al apartamento de la calle Mazé donde estaba alojada y ella sopesó la alegría insoportable de ellos con la dificultad del camino y se les unió. Fueron todo el camino cantando a viva voz y ella movía los labios y miraba por la ventanilla, quién sabe, quizás él estaba allí, ay Dios mío, quizás él estaba allí. Un carro cuyo caballo a causa del calor había entregado el alma, paralizó la circulación un buen rato. Ya puedo ir a pie, pensó, y apartó la mirada de la visión del caballo muerto que yacía en la calle, pero no pudo taparse la nariz de su hedor nauseabundo. Cuando llegaron al inicio de la calle Mazé, les pidió que se detuvieran, no quiso que la dejaran en el portal de la casa. Se asombraron de su terquedad, pero la dejaron bajar. Nos vemos por la noche en la casa Brenner, hay un curso de primeros auxilios para bombardeos aéreos y luego danzas folklóricas, le dijeron. Y ella pensó, desconcertada, ¿qué era esa casa Brenner y cómo podía ser que todos conocieran ese lugar y ella no?

Una repentina ráfaga de aire se coló por debajo, la levantó hasta el cielo y luego la bajó. Un abanico, pensó mientras empezaba a caminar, eso es lo que hay que distribuir entre los inmigrantes que llegan a la ciudad.

En el portal de la casa a la que se dirigía, había un hombre. Lo vio de lejos y se puso la mano como visera para verlo mejor. La saludó con un amplio movimiento del brazo y comenzó a caminar hacia ella a grandes pasos que pronto se transformaron en carrera.

* * *

Tú duerme aquí, yo regresaré al barrio Montefiore, propuso Esther. Ambos desearéis estar juntos.

Es muy amable por tu parte, compañera de Lili, dijo él.

Me llamo Esther.

Y yo Nathan, le dijo tendiéndole la mano.

Lo sé, dijo sonriendo mientras le estrechaba la mano.

Desde la calle se oían los gritos de los vendedores ambulantes. Como

siempre a lo largo del día, por cada palabra que Lili comprendía dos seguían siendo incomprensibles.

Entonces qué, Esther, ¿cómo fue con los chicos del barrio Montefiore?, dijo con el ánimo de aplazar lo más posible el momento de quedarse a solas con Nathan.

Son incultos, unos *vilde khayes*, unas bestias salvajes, dijo Esther con la frente ruborizada. Pero eso tiene también... su encanto.

¿Y qué comisteis?

¿Qué comimos? Esther estaba estupefacta –su amiga jamás se había interesado por esa clase de detalles–: pan y aceitunas negras. Nada especial.

En el kibutz, dijo Nathan, las verduras y las frutas son frescas. Las recoges por la mañana y por la noche están en tu plato. Tomates, calabacines, pepinos, pimientos...

Lili lo miraba mientras hablaba. Era mucho más atractivo de cómo lo recordaba. Un rasguño reciente en su brazo ponía de relieve los músculos que había desarrollado. Tenía un buen color en las mejillas y los granos de su frente habían desaparecido por completo. Los ojos, que la acariciaban mientras hablaba, eran absolutamente puros, sin trazas de culpabilidad. Así que no habría modo de compensar los pecados.

Naranjas, manzanas, ciruelas, uvas –seguía enumerando con los ojos brillantes–, melones y sandías, solo en la estación, claro...

Entonces, ¿cuándo os vais al kibutz?, lo interrumpió Esther con delicadeza.

Mañana al alba, dijo Nathan.

¡Mañana es imposible!, dijo Lili –con una voz más áspera de lo que pretendía– y Nathan la miró y se rascó la oreja con el meñique como lo hacía allí, en Polonia, cuando se quedaba perplejo.

Mañana no puede ser, Nathan, repitió con más suavidad. Mañana son los funerales por los muertos de nuestro barco.

* * *

En los funerales no lo vio, aunque miró por todos lados, no lo vio, ni delante de ella, ni a los lados, ni detrás y tampoco apareció la orquesta de klezmer, no se oyó ni una sola nota, solo discursos interminables y más discursos interminables en hebreo que no comprendían la mayoría de los presentes. Se creó un alboroto enorme en el cementerio, un caos, se empujaban unos a

otros y los hombres se aprovechaban de los empujones para arrimarse a las mujeres. Le pidió a Nathan que la protegiera, que se pusiera entre ella y la multitud sudorosa y él la rodeó con los brazos y dijo sí, lleva tiempo acostumbrarse a eso, quiero decir a la falta de espacio íntimo, privado, que aquí no existe, todo es común para todos y todo el mundo se apretuja bajo un mismo techo y ella asintió con un leve movimiento de cabeza. Otro orador que leyó su discurso escrito trepó por las gradas corriendo y ella siguió lanzando miradas como acechando esa marea humana, sin embargo, en lugar de a Fima vio finalmente a Esther con la cabellera suelta, el pelo brillante, quemada por el sol. Estaba plantada en medio de su tropa de admiradores del barrio de Montefiore en cuya casa había pasado la noche, pero en cuanto los vio a ella y a Nathan agitó la mano con entusiasmo y se abrió camino hacia ellos entre el laberinto de hombros hasta que llegó. Hola, Nathan, dijo con la frente de nuevo ruborizada. Tengo que hablar con tu querida amiga, ¿de acuerdo? Y antes de que Nathan alcanzara a responder, la llevó del brazo detrás del autobús gris con malla metálica, que al principio de la ceremonia había provocado pánico entre los nuevos inmigrantes porque creyeron que se trataba de un vehículo de la policía británica que iba a por ellos y no quedaron satisfechos hasta que sus compañeros veteranos, aguantando la risa, les explicaron que no era más que un vehículo de una cooperativa de la Histadrut, protegido con la malla para detener las granadas que los terroristas árabes lanzaban al interior.

Está en Sarafand, arrestado, le dijo Esther. Se encuentra bien. Espera el certificado.

Pero cómo...

Uno de mis pretendientes de Montefiore tiene contactos en la Haganá y le pedí que si podía enterarse.

Pero cómo sabías que yo...

Bueno, vamos, no hace falta ser Freud para comprender.

Gracias. Abrazó y besó a su amiga en ambas mejillas y luego reculó un poco y le acarició su largo pelo. Te queda muy bien así, Esther, dijo. Te va muy bien *la Tierra de Israel*.

Una chica inteligente –Esther la miraba con ojos brillantes– me dijo una vez que era nuestra oportunidad de partir de cero. De establecer una nueva relación entre las personas. Entre las parejas. Cada generación repite los errores de la generación anterior, me lo dijo esa chica, y nuestra generación

dice: Basta. Creemos por nosotros mismos. Así que para comenzar... elegí ir a la peluquería de Weiss y ¡crearme un nuevo aspecto!

Lili sonrió débilmente.

A ti también te va bien estar con tu Nathan, siguió alentándola Esther.

Se ve que te ama con absoluta seriedad.

Lili asintió.

En cuanto al calvo... no te equivoques con él. Va a encontrar otra presa enseguida.

Lili movió la cabeza de arriba abajo. Lentamente.

Ven, Esther la tomó de la mano, regresemos. Se abrió camino y la llevó con Nathan –se la entregó como si fuera un objeto perdido y voló de nuevo con sus pretendientes. Otro conferenciante subió al estrado. El número seis. El sol, en lo alto del cielo, consumía cualquier posibilidad de sentir una tristeza verdadera.

¿Hasta cuándo va a durar esto?, le preguntó a Nathan.

Es difícil saberlo.

Pues vámonos.

Pero pensaba...

Ven, vámonos ahora para el kibutz.

* * *

Tuvo un último momento para escoger (en realidad un penúltimo, por qué negarlo), un momento en el que podría haber tomado otro camino. Delante del autobús que se dirigía al kibutz de Nathan estaba estacionado, obra de Satán –en otras palabras, obra del tipo de la pajarita– otro autobús. Y en su parabrisas un letrero: Sarafand. Cuando Nathan se encaramó al techo del autobús del kibutz para asegurar su maleta, el autobús de Sarafand se puso en marcha. Cerró los ojos para no subirse a él, se imaginó el cuadro que siempre le había dado seguridad, y le añadió algunos detalles actualizados: ella y Nathan en su nueva casa del kibutz. La casa está rodeada de todos los verdes y un riachuelo fluye junto a ella. En el interior de la casa, paredes claras, y Nathan en pantalón corto y camiseta trae de la cocina uno de sus maravillosos omelettes con un zumo de naranja fresco, el sol alumbra a través de la ventana y ella está sentada sobre una delgada colchoneta con las piernas

cruzadas y, a su lado, sobre un lecho de mantas, dormita su hijita, cuyo nombre ya conoce.

Cuando abrió los ojos, el autobús de Sarafand ya había arrancado.

Nathan había terminado de atar la maleta, montaron al autobús y se sentaron muy juntos en el asiento de detrás del conductor. Le gustaba el cuerpo de Nathan, que a pesar del calor no sudaba (Fima sudaba sin cesar durante la noche). Le gustaba el tacto de la camisa blanca que se había puesto en honor del funeral, le recordaba las camisas que se ponía en sus primeras citas en Varsovia. Le gustaba que supiera descifrar sus claves Morse íntimas y que le regalara el don de su silencio la primera hora del viaje (Fima era incapaz de callarse). Luego, le gustó la forma en que describió – detalladamente pero sin arrogancia– el nuevo país que se mostraba ante ella, una curva tras otra y un olor tras otro por la ventana: mira, huertos, tuberías de irrigación, cosechadoras. Ves, un moshav, un moshavá, una kibutzá, un kibutz. Todos ellos asentamientos comunitarios agrícolas. Hay grandes diferencias entre ellos, ya te debes de acordar, pero todos comparten el sentimiento de comenzar de nuevo.

Habla realmente como David Littwak, el protagonista de *Altneuland*, pasó por la mente de Lili este pensamiento. Con esa misma orgullosa seguridad de los pioneros. Y yo soy ignorante y extranjera como el doctor Friedrich.

El autobús jadeó en la subida y por un momento le pareció que iba hacia atrás, pero resopló de nuevo y siguió subiendo hasta que ante sus ojos se desplegó un paisaje reticulado por los cultivos y el verde del valle.

Una ráfaga de aire le trajo un olor desconocido, penetrante, que más adelante aprendería a identificar como el de la salvia.

El Valle de Izreel, dijo Nathan con un amplio gesto envolvente del brazo, como si el valle le perteneciera.

Ella asía su brazo libre y le daba pequeños besos a lo largo de la cicatriz que tenía. Está lleno de espinos en verano, le explicó algo azorado quizá por el rasguño, quizá por los besos, quizá porque estaba hablando demasiado. Ella siguió con sus besos hasta que llegó a la muñeca, que era, ella lo sabía bien, uno de sus puntos de placer.

Solamente al cabo de dos días experimentó un rastro del placer que esperaba sentir cuando imaginaba su reencuentro. Solamente al cabo de dos días experimentó un rastro de la emoción que esperaba sentir durante las actividades del movimiento en Varsovia, donde escuchaba conferencias

demasiado largas sobre la realización personal y colectiva tratando de imaginarse la vida en el nuevo país. Entonces esos dos anhelos –se preguntaba mientras el autobús cruzaba el valle– eran uno solo. Nathan era su nueva vida y la nueva vida era su Nathan. Y el resto quimera y engaño.

Hacia la cuarta hora (¡seis horas duraba entonces el viaje!) abandonó la cabeza en el hombro de él y se quedó dormida y, en sueños, abandonaba la cabeza en el hombro de Fima. Y le resultaba agradable. Una fuerte sacudida del autobús la despertó, y he aquí que su cabeza reposaba en el hombro de Nathan. Y también le resultó agradable. Al cabo de pocos minutos, el cansancio la rindió y de nuevo Fima estaba en sus sueños. Un control de la policía británica, y otra vez sus ojos se abrieron a Nathan. Y así, en su primer viaje en Israel, se estableció el plan de división que la acompañaría hasta los cinco años de Hanna, hasta que golpearan a la puerta de su casa de Haifa: Nathan, en su vida, y Fima, en sus sueños.

Inbar y Dori

Hace tres días que están en la carretera. En primer lugar, navegaron de la Isla del Sol a Copacabana, en la ribera del lago Titicaca, allí tomaron un autobús directo a La Paz y desde su aeropuerto, un vuelo hasta Buenos Aires.

Alfredo evaluó que este recorrido no les llevaría más de una jornada. Si no encontraban obstáculos.

El primer obstáculo tiene lugar en la barca, que empieza a hacer aguas –el sol había agrietado el casco, les explica el adolescente que la pilota– y se ven obligados a regresar a la Isla del Sol a esperar otra embarcación. Al tomar otra barca pierden el autobús especial para los *gringos* y se ven obligados a subir en el de los autóctonos que sale cuatro horas después. Con ellos, en la línea Titicaca-La-Paz-víaAltiplano, van tres gallinas, un cerdito y dos loros en una jaula. La gente va sentada, tres en un asiento de dos, y comen con los dedos la comida preparada de antemano. De vez en cuando sube un niño en el autobús intentando vender maíz, lichis, o Kinley en una bolsa de plástico. Sin gas. Van apretujados e Inbar se arrima contra Dori para que no la manoseen, sus pantalones tocan ligeramente los de Dori. Su respiración se mezcla a

medias con la de Dori. Lo mira de vez en cuando. Pero desvía la mirada cuando a su vez él la mira.

Cuánto añoro la compañía de autobuses «Egged», dice por decir algo. Ella se ríe, aliviada. Sí.

Me siento –él se desliza sobre la ola de su risa– como alguien operado de cataratas. En este momento me doy cuenta de cuán aséptico ha sido este viaje, yendo en la autocaravana de Alfredo.

Aún vas a echar de menos esa asepsia, dice ella. Y como hecho adrede, como para corroborar sus palabras, el autobús se detiene al cabo de unos minutos en un control policial. Suben dos policías, piden los pasaportes a los turistas, los retienen una hora, y finalmente los devuelven todos menos el de Dori. Inbar, con un español cuya fluidez asombra a Dori, consigue explicar al jefe de la policía que hay un problema, se bajan del autobús, toman sus mochilas de lo alto del autobús y van a recoger el pasaporte. Después de un rato de pánico –es decir, él siente pánico, Inbar en absoluto– encuentran el pasaporte en el cajón inferior de la única mesa del chamizo junto al control, pero su autobús ya ha partido. Al cabo de unos minutos, incluso los mismos policías desaparecen de la escena, montados en sus motocicletas, como si huyeran de algo, dejando tras ellos a Dori y a Inbar en una bruma de incertidumbre.

El agujero perdido en el que están se empieza a oscurecer.

Un rebaño de alpacas atraviesa la colina frente a ellos, pero no hay rastro del pastor en el horizonte. El viento arrastra nubes de polvo, como un tornado, que se desvanecen antes de llegar a ganar un impulso real. En toda la llanura que se extiende ante sus ojos hay una sola casa. Caminan hacia ella a falta de algo mejor. A medida que se acercan descubren que no se trata de una casa sino de un muro que ha quedado en pie entre las ruinas.

Regresan a la carretera. Enseguida, se detiene un coche que se ofrece a llevarlos.

Espera, dice Dori asiendo a Inbar del brazo. Mira al que está sentado detrás. ¿No lleva un arma bajo la camisa?

La verdad es...

Diles que no, gracias.

No, *gracias*, le dice al conductor. Que se queda inmóvil. El hombre de atrás les lanza una mala mirada.

¡*Dónde!* ¡*Dónde* de aquí!, Dori les grita la palabra equivocada en español,

mientras agita los brazos. El conductor capta el tono amenazante que acompaña al gesto de las manos delante de sus narices, y arranca.

* * *

El sol ya se ha puesto aunque todavía no hay luna. Dos personas en el corazón de la meseta no saben hacia dónde dirigirse. La mujer piensa que tiene suerte de estar con él, de otro modo tendría un poco de miedo. El hombre está asustado. Antes, no se hubiera asustado en una situación así. Todo lo contrario, algo frío y sereno germinaba en él en momentos de peligro. Pero desde que tiene un hijo, situaciones como esta le provocan terror: «Si me ocurriera algo mi hijo se quedaría sin padre».

«¡Dónde de aquí!», de pronto Inbar recuerda el grito de Dori y rompe a reír en la noche.

¿Qué pasa? Un momento... ¿qué quiere decir *dónde* exactamente?

¡Dónde! ¡Dónde de aquí! Es lo que les has gritado. ¡Dónde de aquí, chico!

* * *

Finalmente, los lleva en autostop el conductor de un camión cisterna de combustible –cuyo rostro les ha parecido suficientemente fiable hasta el pueblo más cercano, donde esperan tomar el siguiente autobús. Pero por el pueblo donde los deja, el camión cisterna no pasa ni una sola línea de autobús. Mejor dicho, los primeros minutos no logran contactar con nadie –al parecer, los habitantes del lugar hablan solo una lengua con muchas consonantes– sino hasta al cabo de media hora en que encuentran a una muchacha que habla español. Ella les explica que el único medio de salir del pueblo es con camionetas privadas que no viajan de noche por miedo a los saqueadores de caminos. No son peruanos, añade, sino bolivianos o brasileños. ¿Y por qué no se ocupa la policía? La joven sonríe amargamente. La policía colabora con ellos y se lleva su parte. La policía hace bajar de los autobuses a los gringos para «verificar su identidad» y los dejan en medio de la nada para que esas bandas les ofrezcan llevarles en autostop y robarles en el camino.

Entiendo... entonces... de todos modos, ¿dónde se puede encontrar aquí un lugar seguro para pasar la noche?, pregunta Inbar. La joven señala una

casa de madera en las afueras del pueblo en la cima de una colina tachonada de arbustos secos. ¿Es vuestro el albergue?, pregunta Inbar. No hay ningún albergue aquí. Es la casa de don Ángel. Nuestro chamán. A veces acoge huéspedes. Si le conviene.

Dirigen sus pasos hacia la casa de madera y pasan por sembradíos de patatas o de maíz y cruzan un arroyo por un improvisado puente de tablas. Ten cuidado, está resbaloso, dice Inbar asiendo de la mano a Dori hasta que llegan a la otra orilla. Los rayos del sol se acortan, un viento helado se cuele por las aberturas de su ropa, se abrochan los cinturones de las mochilas y aceleran el paso antes de que reine la oscuridad más absoluta.

Al empezar el ascenso de la colina, Dori se detiene y se lleva una mano al pecho, Inbar se detiene hasta que retoma el aliento.

Otro poco, le dice. Estamos ya muy cerca.

Frente a la casa de madera se encuentra un hombre bajo con tejanos rotos en la rodilla y un suéter verde. Hola, les dice con una ancha y apacible sonrisa cuando los tiene cerca, como si hiciera un buen rato que los estuviera esperando. De haber dicho: «Hola, Inbar, hola, Dori» no se habrían asombrado. Con un pequeño pero seguro gesto de la mano los invita a entrar, al darse la vuelta, el hombre muestra una trenza gruesa y negra que le cae desde la nuca. Inbar reprime el deseo de tocarla, de deshacerla.

El interior de la casa no parece muy apropiado para acoger huéspedes. Unos niños, más pequeños de lo que se podía esperar, corren por el espacio, separado en dos por una cortina de tela. Por todos lados hay hamacas para dormir. Una olla no muy grande, de la que sale vapor, colocada sobre dos piedras. En un rincón de la habitación hay un instrumento de música que Dori no ha visto nunca: parece un arpa de una sola cuerda. Una mujer pasa junto al arpa y desaparece entre las sombras.

Estoy contento de que hayan venido, les dice el hombre bajito en inglés fluido y con acento grave. No llegan muchos invitados a nuestra pequeña aldea. Soy don Ángel, ¿y ustedes?

¿Eso es un chamán? Inbar está perpleja. ¿Dónde están las plumas multicolores? ¿Dónde el rostro surcado de arrugas?

Soy Dori y... ella es Inbar.

Vengan, siéntense. El chamán les muestra con la mano una mesa baja de madera con dos platos de cerámica. Su comida está a punto.

Dori e Inbar intercambian miradas. Toda la historia es bastante extraña, pero fuera los amenazan bandas armadas y un frío glacial, y en don Ángel hay algo que inspira confianza. ¿Qué hacer?

Dejan las mochilas y toman asiento. Comen pescado. Y patatas negras, arrugadas. También comen un cereal que les recuerda a la quinoa. Don Ángel se sienta con ellos. Sin comer, sin hablar. En el silencio reinante se alcanza a oír el ruido de la masticación, el croar de las ranas y el canto de los grillos que viene del exterior.

Cuando terminan, Inbar no puede soportar más el silencio y comienza a contar los obstáculos del camino. El autobús. La policía. El pasaporte. El camión cisterna.

Don Ángel atiende, con una mirada suave, clarividente. Está bien que el camino los haya traído hasta aquí, dice cuando ella termina de hablar. Y sonrío de nuevo.

De pronto se abre la puerta de la casa y una mujer, un bebé y una corriente de aire irrumpen en la estancia.

You will have to excuse me, dice don Ángel a Inbar y a Dori, con tranquilidad, absolutamente al contrario de la histeria de la mujer. Se pone de pie, se frota el pecho con dos movimientos rápidos de las palmas de las manos y se dirige hacia ella. La mujer le habla en la misma lengua llena de consonantes. Está preocupada por el bebé, por eso ha venido; se comprende por los gestos que hace con las manos y por el aspecto del niño. Tiene los ojos cerrados, el pecho sube y baja con lentitud como si le costara respirar y resopla por la nariz chata, que a Dori le recuerda la de Neta. Con gesto comedido, don Ángel coloca un pedazo de tela sobre el suelo de madera, toma con naturalidad al niño de los brazos de la madre, como si fuera su hijo, le quita el gorro de lana rojo y lo acuesta boca arriba. A continuación, muy cerca de su rostro, agita un ala de plumas, menea un manojo de hojas cerca de su nariz y le rocía unas gotas del contenido de una botella de líquido claro sobre la que está escrito, «Agua de Florida». Dori tarda unos segundos en recordar cómo conoce esa secuencia hasta que le viene como un relámpago: el diario de su padre. Es lo mismo que hizo el chamán de Pascual Abaj antes de darle a beber la pócima. El bebé no reacciona. Si le hubiera pasado a Neta algo así, jamás hubiera consentido que... ¿cómo diablos un sortilegio así puede ayudar a alguien?

Don Ángel conserva la seguridad en sí mismo. Impone su mano muy cerca

del rostro del bebé, emite con la garganta una serie de ruidos parecidos a los del búho, entonces toma un sorbo del Agua de Florida y la pulveriza a través de los dientes como un aspersor tres o cuatro veces en el aire sobre el cuello del niño.

Finalmente, cuenta con la madre en la extraña lengua de las consonantes: Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Al cuatro, el niño empieza a toser. Y abre los ojos.

Después, mientras el niño reptaba por el suelo, don Ángel y la mujer conversan un largo rato. Ella intenta explicarle algo y él intenta comprenderlo. Entonces, él saca dos papelitos del bolsillo de la camisa y pone dentro unos polvos y toma una aguja para medir con exactitud su longitud y cose los dos papeles y los tiende a la mujer. De nuevo, ella intenta explicarle algo.

De vez en cuando, entre esta avalancha de palabras, se puede oír una en español e Inbar se esfuerza con toda el alma por entenderla para urdir una historia. En cuanto la mujer le pone al bebé el gorro rojo y se va, no se contiene y pregunta a don Ángel: ¿Qué... tenía el bebé? Y añade, espero que no le moleste que pregunte.

Está bien, don Ángel sonríe. Está en tu naturaleza ser audaz. Entonces se calla.

Vaya, piensa Dori. Hace cinco minutos que la conoce, ¿y ya sabe cuál es su naturaleza?

Don Ángel va para las piedras y saca un cazo con agua hirviendo. A continuación baja de un estante unos vasitos de cristal y vierte en ellos, lentamente, mate, la infusión de hierbas de Sudamérica que ya han ofrecido a Dori en diversas ocasiones en su viaje.

No soporta el mate y el que don Ángel les ofrece es especialmente repugnante. Amargo como la hiel. Se pregunta si pedir azúcar representaría un sacrilegio, y lo toma a sorbitos por educación.

Cuando algo así le ocurre a un bebé, responde don Ángel a la pregunta de Inbar, como si se la acabara de preguntar, muchas veces es debido a la relación entre sus padres. Sobre todo cuando es hijo único. Ese triángulo, madre padre hijo... es decir los triángulos... su... geometría... es compleja. A veces los ángulos son demasiado agudos, sobre todo si la roca que une a los padres no es estable, se crea una situación en la que el niño soporta un peso demasiado grande. Dice esta última frase fijando sus ojos en los de Dori.

¿Y qué les has propuesto hacer?, se oye a sí mismo preguntar.

En primer lugar he verificado si todo iba bien entre ella y su marido. Y después de escuchar su respuesta, até dos papelitos llenos de tabaco y le aconsejé que esta noche los dejara debajo de la almohada y mañana les organizaré una ceremonia.

¿Una ceremonia?

De reconciliación.

Dori se mueve en la silla, inquieto. El chamán le lanza una mirada como si lo conociera, como si pudiera leer, además de sus pensamientos, sus recuerdos, también, y eso no le parece imposible sino que lo enfurece.

¿Desde cuándo te duele la espalda, Dori?, le pregunta con la misma mirada.

¿Qué? ¿Cómo sabes que me duele la espalda?

Por cómo te remueves en la silla, se ve que te duele. ¿Puedo?

A Dori le apetecería decir: no, no se puede. Vosotros, tú y tus compañeros, habéis trastocado a mi padre. Así que no me toques, por favor. Pero ese «¿puedo?» de don Ángel es tan terrenal, tan desprovisto de deseo de impresionar...

¿Puedes ponerte de pie, por favor?, le pide. Y Dori se pone de pie. Don Ángel le pone las manos en la parte baja de la espalda un largo rato mientras silba para sí una melodía que se parece sospechosamente a *Algo pequeño y bonito* de Mashina.

Te falta un apoyo, dice al fin.

Dori se aparta un poco de él y piensa: Vaya, me descubres la sopa de ajo.

Perdón, corrige don Ángel. No es que no tengas un apoyo, lo tienes. Sencillamente aún no lo puedes ver. Igual que no nos podemos ver la espalda. Del mismo modo no puedes ver el sostén que tienes. Pero no te preocupes – lanza una mirada de través a Inbar–, vas por buen camino. Cometes todos los errores correctos.

Errores correctos, dice Dori, no sé, me parece a mí que me duele la espalda sencillamente porque llevo dos semanas sentado en autobuses y aviones.

Quizás, sonrío don Ángel, con su sonrisa enojosa.

Uno de sus hijos entra en la estancia. Con los pies descalzos. Con los ojos rasgados como los de un japonés. Le pregunta algo a su padre, recibe una respuesta que intenta negociar, recibe la misma respuesta y se va. Los niños son siempre niños.

Don Ángel vuelve a sorber el mate y añade: De todos modos, te aconsejo que utilices un Dr. Gav.

¿Qué?, Dori salta como un resorte. ¿Has visto a mi padre? ¿Por qué no me has dicho nada?

Don Ángel sigue sorbiendo su mate con la misma tranquilidad y dice: Lo siento mucho, jamás he visto a tu padre.

Entonces, ¿dónde has oído hablar del... Dr. Gav?

En Internet. Un invento maravilloso. Cada vez que voy a La Paz, me conecto para buscar innovaciones médicas. La mayoría de los medicamentos de los laboratorios farmacéuticos hacen más mal que bien, pero a veces hay algo interesante. Hace un mes encargué de Israel un Dr. Gav. Aún no ha llegado. En cuanto llegue, construiré unos cuantos para los ancianos del pueblo.

Inbar se ríe. El chamán también se ríe, con toda el alma.

Vamos, les dice, han tenido un día largo. Sus hamacas están preparadas.

Un momento, dice Inbar. Ha guardado silencio hasta ahora, siguiendo lo que ocurría entre Dori y don Ángel con una mezcla de vigilancia, burla y asombro, sintiendo que no estaría bien por su parte inmiscuirse.

Por lo que he podido comprender, dice dubitativa, vosotros... es decir, los chamanes podéis ayudar a establecer contacto con la gente... con las almas de la gente... que... ha muerto.

No es el momento ahora, dice don Ángel.

Solo preguntaba, no tenía la intención...

Don Ángel se pone serio. Tú no tienes necesidad de ayuda para establecer contacto con tu difunto, señorita Inbar. Todo lo contrario –tu difunto está prisionero en tu piedra y acaso ha llegado el momento de que lo liberes. De todos modos... no es mi especialidad, ya se los dije. Mi especialidad es la reconciliación.

Bien, de acuerdo, está claro, Inbar se repliega.

Vengan, ya es tarde, les enseñaré dónde van a dormir, manda don Ángel. Y los conduce al cuarto donde duermen los niños.

Inbar

En el umbral del mundo venidero había una garita con la inscripción «información». Se inclinó ante la ventanilla y preguntó dónde podría encontrar a Yoavi. El empleado, que se parecía algo a Hoffman, la dirigió al barrio de los músicos, calle de la Almas puras, número diecinueve. Luego llamó a la puerta y le abrió Yoavi. Se escabulló de su abrazo y dijo qué bien que hayas venido, hermanita, justamente quedaban unas palabras por decir. De pronto también estaban allí John Lenon, Paul McCartney y Kurt Cobain, todos tocando juntos y ella les habló en todas las lenguas. Estaba realmente encantada y Paul McCartney dijo a Yoavi qué suerte tienes de tener una hermana tan inteligente. Y Kurt Cobain dijo inteligente y guapa. A continuación dejaron sus instrumentos y la invitaron a comer una alcachofa con ellos. Era una alcachofa gigante, como una sandía y se la comieron hoja por hoja. Hasta el corazón. Le gustó enormemente comer la alcachofa con Yoavi y sus nuevos amigos. Pero entonces don Ángel fue a llamarla, la tomó del brazo de una forma que significaba que había que irse. Bueno, pues hasta la vista, les dijo a todos. See you in heaven, le respondieron y Yoavi se inclinó hacia ella y le susurró con esa voz suya, lo siento, no te abrazo, hermanita, lo deseo, lo deseo mucho, pero simplemente, no puedo.

Inbar y Dori

Se despiden de don Ángel frente a su casa, en el mismo lugar donde se encontraba ayer, como si los estuviera esperando. Les ha preparado provisiones para el camino, que escoge entre la abundancia de regalos obsequio de la mujer cuyo niño curó: fruta, verdura y una pasta salada parecida a las burekas.

El aire es helado. Incluso más que por la noche. Dori se frota las manos. Inbar cruza los brazos sobre el pecho mientras recuerda el sueño nocturno. Don Ángel sonríe sin motivo. Dori recuerda un reportaje sobre la visita del Dalai Lama a Israel, en el que sonríe permanentemente. Inbar se pregunta si don Ángel sabe que Inbar en hebreo significa ámbar, una piedra semipreciosa que encierra en su interior insectos muertos y es por esta razón por la que le habló sobre el muerto encerrado en ella.

No se pronuncia ni una sola palabra. No por parte de la gente (los pájaros

sí gorjean a placer en decenas de voces distintas).

La camioneta que don Ángel ha encargado para que los lleve a la carretera principal llega finalmente envuelta en humos.

A ponerse en marcha, Inbar y Dori, dice don Ángel, quien los empuja suavemente con la mano, los esperan.

* * *

Un poco antes de La Paz, el autobús se detiene en un lugar donde se puede tomar un taxi directo al aeropuerto. Ya han perdido su vuelo a Buenos Aires, pero confían en que en el aeropuerto les cambien su billete por otro vuelo. Ningún problema, les dice el empleado de Aerolíneas Argentinas, pero solo se puede cambiar el billete en las oficinas de la compañía, en el centro de la ciudad. Ellos protestan, él lo comprende y les señala en un mapa dónde se encuentran esas oficinas.

De golpe, un momento después de dejar el aeropuerto, aparece ante ellos La Paz, enroscada en sí misma. Un sinfín de canales descienden hasta el amplio vado, pero en vez de agua en su interior hay casas construidas en una pendiente tal que no se entiende cómo no se separan de la tierra y se caen al vado. En el vado no navegan barcos sino minibuses, cientos de pequeños minibuses, uno de ellos lleva a Inbar y a Dori a las oficinas de la línea aérea. Pero están cerradas. Con una ridícula cadena de bicicleta, pero cerradas. Una breve indagación de Inbar en la panadería cercana confirma que, en efecto, los sábados las oficinas cierran temprano y no abren hasta el lunes por la mañana.

He traído unos pocos, para salar la amarga píldora, dice Inbar ofreciendo a Dori una bolsa blanca de papel.

¿Qué es?, pregunta mientras saca de la bolsa una pasta de aspecto extraño.

Salteñas, dice ella. Son exquisitas. Confía en mí.

No tienen dónde sentarse, así que se desploman en el suelo, en la acera frente a las oficinas cerradas, apoyan la espalda en el cristal del escaparate, hombro con hombro, codo con codo, rodilla con rodilla, y se hartan de *salteñas*.

Están realmente sabrosas, dice él.

Te lo dije, dice, y se mofa, valía la pena perder el vuelo, ¿eh?

Si me hubiera encontrado aquí solo, piensa él, me hubiera culpado de

perder el vuelo y me hubiera acusado de ello durante mucho tiempo.

Si me hubiera encontrado sola, piensa ella, no me hubiera quedado aquí. Esta zona de La Paz no parece especialmente simpática.

Pasa frente a ellos un minibús con la puerta entreabierta y un niño, con medio cuerpo fuera y medio dentro, los invita a gritos a que monten en él: ¡Rodrigo! ¡Max Paredes! ¡Cementerio! ¡Cincuenta centavos!

Aún no, piensa Dori. Quedarse aquí un poco más. Que viajen los minibuses, pero nosotros no.

Aún no, piensa Inbar. Quedarse aquí un poco más. Que la Tierra siga girando sobre su eje, pero nosotros no. Pone la cabeza en el hombro de Dori. No porque se duerma. Sino adrede.

Bueno, ¿qué hacemos?, pregunta ella después de que hayan pasado tres minibuses sin que se montaran en ninguno. Él nota el calor del aliento de ella sobre su cuello.

Si esa es la música que los dioses tocan para nosotros, dice él, vamos a bailar a su son.

¿Qué quieres decir?

Vamos, se despierta en él el adolescente, el Dori prehistórico, vamos a dejar las mochilas en el primer albergue que encontremos y vamos a pasear por La Paz.

* * *

De camino al albergue, Dori empieza a bailar en medio de la calle. Pasan por un puesto de discos, se quita la mochila, casi la arroja, y se empieza a mover al ritmo de la música que sale de los altavoces, primero él solo, pero luego también le quita a ella la mochila, la toma de la mano y la hace girar... no... yo no... intenta negarse, no sé bailar. ¿Y qué?, de nuevo le da vueltas, no conocemos a nadie aquí y, además –la balancea hacia atrás con gesto rápido y acto seguido la atrae hacia sí lentamente, cerca, pero no del todo–, *señorita Inbarita*, no existe no saber bailar, solo hay que desearlo. Pero... intenta desasirse ella, sin embargo le deja que le dé vueltas un poco y otro poco más hasta que la canción termina y también su propia osadía. Cerca del puesto de discos hay una heladería, se separan uno del otro lentamente, cargan la mochila a la espalda y escogen el helado de sabor más exótico: pasiflora, kiwi, lichi, sandía, y lo comen poquito a poco con unas cucharillas, riéndose

al descubrir que el helado con sabor a sandía sabe a yeso, siguen camino hacia un puesto de periódicos, intentan leer juntos los titulares de primera página: ella presume de saber ya bastante español como para traducírselos, pero realmente no lo consigue, de las diez palabras del titular apenas conoce cuatro, sin embargo, él no le da importancia y, en su lugar, inventa títulos adecuados para cada foto: un hombre con traje y un sombrero de minero: «Os prometo ocuparme de la anciana en el corredor de la mina», «No se pueden eludir las concesiones dolorosas», y también, «Bolivia condena a Israel», eso siempre va bien dice ella riendo y él le muestra una larga procesión de gente tras un ataúd y dice, mira, un entierro, vamos con ellos. ¿Qué dices?, quiso decir ella, pero él ya la toma de la mano y se cuelan en las filas de la comitiva del duelo y cantan con todo el mundo los cantos fúnebres, sencillos y alegres, y se murmuran en hebreo al oído el encomio del difunto, un hombre maravilloso, excepcional, dispuesto a ayudar a todos, siempre puntual en el pago de los impuestos y, al cabo de unos minutos, cuando la comitiva se acerca a una cuesta demasiado pronunciada se miran el uno al otro y sin mediar palabra se quitan de en medio y se van en busca de *burekas* porque, como dice Dori, después de un entierro hacen falta *burekas*, de lo contrario no vale nada y ella, durante todo ese tiempo piensa, lo sabía, lo sabía, sabía que también era así.

* * *

Esa misma noche, le habla de su hermano.

Están en un tugurio horrible cerca del mercado de las Brujas que *Lonely Planet* recomienda no se sabe por qué. (¡Ese es el culpable!, Inbar señala la foto de uno de los redactores del libro que aparece en primera página. ¿Michel Dexter? ¡No es un nombre de mochilero! Mira su camisa planchada. ¡Con botones! Te apuesto a que se ha inventado todo el capítulo de La Paz desde su casa de Brooklyn.)

El lugar es bastante sombrío, ni la vela que hay en el centro de cada mesa logra ahuyentar el olor a oscuridad. Martillos, sierras, cuchillos y sartenes están suspendidos a lo largo de las paredes sin orden ni concierto. Un dispensador de agua mineral sin agua se encuentra a la derecha del bar y, debajo, han metido cajas de Coca-Cola que contienen Sprite. En el pequeño espacio apenas hay seis mesas. Excepto por la de Inbar y Dori, hay nada más

una mesa ocupada por una pareja de jubilados americanos, que están planeando la excursión para mañana en un gran mapa abierto sobre sus platos. El camarero, que también actúa de chef, les ha tomado la orden y se va para la cocina a prepararlo.

De fondo, una música sentimental. «Deseo vivir contigo, deseo estar contigo, deseo vivir contigo, deseo estar contigo», Inbar traduce las palabras para sí misma, en su corazón...

Sus rodillas y las de Dori se tocan bajo la mesita. No a propósito, sin embargo ninguno de los dos echa la silla hacia atrás.

Comen un bistec sin oxígeno, duro y delgado, con una ensalada boliviana *sin lechuga*, porque en la lechuga, le había advertido Inbar, es donde se concentran más bacterias.

Sabes, se atreve a decir Dori, te he contado muchas cosas de mi familia, pero tú, nada.

¿Qué hay que contar? Un hermano pequeño que se suicidó en el ejército. Es decir, parece que se suicidó. Lo seguro es que murió. Un padre que pasó de todo y se fue a Australia. Y a los sesenta tiene allí un hijo con otra mujer. Una madre trastornada y hermosa que vive en Berlín con un alemán ricachón, aunque de hecho todavía lleva el duelo por su hijo. Y yo. La mayor. Que no ha llorado a su hermano ni una sola vez. Ni en el entierro ni en los siete días de duelo. Estándar, ¿no?

Se acerca a su mesa un niño descalzo con una bandeja de mecheros. Le compran dos. Para que los deje en paz.

¿Cuándo ocurrió?, le pregunta con voz moderada cuando el niño se ha ido a otra mesa. Tu hermano, quiero decir.

Hace cinco años.

Entonces ese es el muerto cautivo en su interior, piensa.

Y ella añade, mientras enciende y apaga el mechero: todo aquel que dice que el tiempo cura, miente. Ahora, por poner un ejemplo, me duele más que el primer año después de su muerte. Nunca lo he echado tanto de menos como estas dos últimas semanas.

A mí me ocurre lo mismo con mi madre, dice él, y añade (con rapidez, como para mostrarle que no logrará desviar hacia él esa conversación), sabes, Alfredo realmente tenía sobre eso una teoría; que el viaje causa dos efectos: abre el apetito y la memoria.

Un hombre sabio, Alfredo, dice mientras pincha con el tenedor los

pedacitos de ensalada que quedan en su plato.

Dori no ha tocado su ensalada. ¿Qué edad tenía tu hermano cuando...?

Diecinueve, estaba cumpliendo el servicio militar.

Claro, piensa disgustado con él mismo. Le ha dicho que pasó en el ejército, entonces, ¿por qué preguntas cuántos años tenía?

Todos esos jóvenes que viajan por aquí, si él estuviera con vida... podría haber sido uno de ellos. Incluso habríamos podido viajar juntos.

Estabais...quiero decir, se supone que los hermanos deben de... pero...

¿Si nos llevábamos bien? Él era el niño de mamá y yo la niña de papá aunque, de un modo o de otro, el hecho de pertenecer a coaliciones distintas en casa no nos impedía querernos mucho. Es decir, yo lo amaba mucho.

Estoy seguro de que él también...

Imposible estar seguro de nada, Dori, y el enfado le ahoga la voz. Entiendes, estaba segura de conocer a mi hermano. Pero después de lo que pasó... empecé a pensar que no lo veía de tan cerca como lo tenía o... que siempre había colocado ante mis ojos un espantapájaros mientras su verdadero yo estaba en otro lado. ¿Cómo podría saberlo?

Dori guarda silencio, algo pesaroso, y piensa: ¿Cómo se puede saber algo de alguien verdaderamente?

Qué bien me iría ahora un cigarrillo, dice Inbar mientras vuelve a encender su mechero.

¿Fumas?

No, pero hay momentos como este en que, sencillamente, un cigarrillo va bien, ¿no?

Seguro, dice Dori. Y piensa, es una frase que Roni dice a veces. Y piensa también, de hecho no son tan distintas una de la otra. Y sigue pensando, sin embargo, mi comportamiento con ellas es absolutamente distinto.

Come algo, dice Inbar señalando su plato. No has comido nada.

Porque te estoy escuchando.

¿No eres capaz de comer y escuchar a la vez?

No, si la conversación me importa.

No sé cómo me he metido en esta conversación, la verdad. No acostumbro a hablar de mi hermano.

¿Por qué?

Me da miedo de que no me comprendan. Que no me entiendan como yo deseo que lo hagan. Que se asusten.

¿Asustarse?

Sí, que de repente me hablen con esa voz grave, que dejen de comportarse de forma natural conmigo. Que me compadezcan. Júrame que eso no va a ocurrir ahora.

Dori pone la mano sobre el menú, como si fuera la Biblia y dice lo juro.

Pues ahora come, le ordena. La carne se enfría.

Corta pedazos chiquitos y se los lleva a la boca.

Es cómico como comes, ¿sabes?

¿Yo?

Sí, ya me había fijado antes. De un lado, lo cortas todo así, meticulosamente. Y del otro te lanzas sobre el plato devorando.

¿Y eso da risa?

Mucha. Escribíamos canciones juntos, dice ella con los ojos fijos en su encendedor. Yoavi y... yo.

¿Escribíais canciones?

Él tocaba y yo escribía las letras. Empezamos de pequeños. Inventábamos toda clase de canciones idiotas para los niños que no nos gustaban de nuestro bloque. Luego fuimos mejorando en la elección de temas.

¿Qué instrumento tocaba?

La guitarra. También otros instrumentos pero especialmente la guitarra. Tenía púas por todos lados. En el bolsillo de la camisa, del pantalón, detrás de la oreja, en la manga. En su habitación tenía un estéreo gigante que estaba siempre en marcha. Tenía un gusto musical muy extraño. Muy ecléctico. A veces estaba en mi cuarto y trataba de adivinar a través de la pared cuál sería el fragmento que pondría a continuación, y nunca lo conseguía. Podía poner Beethoven después de Shabak'S y fluía con naturalidad. Cuando tuvo su primera novia, yo sabía en qué punto de su relación se encontraban según la música que escuchaba. Venía a pedirme consejo sobre ella. Estaba preocupado por sus relaciones sexuales, no preocupado, sino atormentado por... por...

De repente, interrumpe el flujo de sus palabras. Le relucen los ojos y jadea ligeramente.

¿Qué ocurre?, le pregunta Dori con precaución.

No, de pronto he pensado que es algo de su intimidad, lo que me contaba entonces. Cierto que ya no importa, que él no... pero de un modo u otro él...

Dori asiente. Entonces no debes...

De todos modos, prosigue aún agitada, en las vacaciones antes del último año, su novia lo dejó. Por otro. La familia no le prestó mucha atención. Acaso porque no hizo grandes aspavientos. Aunque vete a saber. Vete a saber. Comprendes, eso es lo que nos destrozó después... tal vez fuera eso lo que... quizás debiéramos haber... hubiera... porque solo conmigo hablaba de esas cosas... si yo hubiera... a tiempo... entonces... será mejor que me detenga, dice Inbar. Antes de que empiece...

Todo lo contrario, dice Dori. Y la mira a los ojos. No te detengas.

Pero ya tienes bastante con lo tuyo para que además te cargue con mis penas, dice ella.

No tiene nada que ver, puedo... y quiero escucharte.

Esa noche ella no llora, pero la sencillez con que dice «quiero escucharte», la incita a contarle más de lo que esperaba: incluso también le cuenta algo de lo preocupada que estaba por si Hoffman, con el que estaba en aquel entonces, iría o no a los siete días de duelo. Sin entrar en detalles embarazosos, aun así le cuenta más de lo que ha contado a nadie, ni a su padre, ni a su madre, ni a Eytan.

Y él lo comprende. Sin juzgar. Ella espera que aparezca en sus ojos un destello de reticencia, pero no ocurre. En lugar de eso, su mirada le acaricia el pelo. Realmente así. Con la mano sostiene el tenedor pero con los ojos sigue tiernamente de arriba abajo su cabellera, desde los pies a la cabeza. Y ella se siente muy acariciada. Desea corresponder a su generosidad con la suya y le dice: Creo que te acompañe por Yoavi. En la búsqueda. Por lo menos esa es una de las razones.

¿Qué quieres decir?, pregunta aunque de hecho lo ha comprendido.

Porque a Yoavi ya no puedo... pero a tu padre... aún no es tarde para ayudarlo.

Eso espero, dice gravemente. Lo espero de verdad. De todos modos, estoy contento de que me acompañes.

La verdad es que no me has dejado otra opción, se ríe. Me lo has suplicado.

¿Yo te lo he suplicado?

¿Y-si-vi-ni-eras-con-mi-go? Lo imitó exageradamente, juntando las manos.

Él baja los ojos y sonríe, confesándose culpable.

Inbar

El camarero-cocinero-mandadero retira los platos de la mesa y ella siente que su corazón es un inmenso imán que quiere salirse de ella golpeando las paredes de su frustrado cuerpo.

A lo largo del camino entre el restaurante y el albergue se inclinan el uno hacia el otro como dos copas de vino que serán bebidas, incluso se topan varias veces por error. Hombro contra hombro. Cadera contra cadera. Una vez, el codo de él electriza su seno derecho y le pide perdón y ella siente que le gustan sus gestos de aristócrata polaco, que se disculpe, que le ceda el paso en la calle y en el autobús, y que le llene primero su vaso en los dispensadores de agua de los restaurantes. Parece que ha experimentado una amplia formación en la vida de pareja. Sabe cuándo hay que mostrarse cóncavo y cuándo convexo con una mujer; esa es toda la doctrina. Y además: le gusta que no diga una sola palabra en contra de su mujer. Hoffman siempre hablaba mal de su esposa y eso lo desmerecía a sus ojos. Además, le gusta que Dori sepa muchas cosas pero que no haga como su madre, demostrarlo a cada momento. Y eso de que no sepa mentir... eso también es agradable. Aunque hace poco más de una semana que se conocen, tiene la seguridad de que no le mentará. Y huele muy bien. No a desodorante. Un olor natural (cuando apoya la cabeza en su hombro dirige la nariz hacia su cuello y aspira). Le intriga resolver la contradicción entre los dos lenguajes que expresa su cuerpo: cuando camina es completamente abierto y cuando está sentado es absolutamente cerrado. Y, en conjunto, es como un campo de petróleo oculto que lleva esperando mucho tiempo la perforación para ser explotado. O, como si hiciera mucho tiempo que no le hubieran regado. O, sin todas esas comparaciones: como si hiciera mucho que no lo aman como es debido.

A lo largo del camino entre el restaurante y el albergue él caminadanza en medio de la carretera y ella anda arrimada a la acera, cerca de los puestos de *choclo con queso*; durante todo el trayecto los envuelve una mosquitera, de las que aíslan a las parejas de verdad de los picotazos del mundo. Es lo que ella, de algún modo, siente. Si estuviera del todo segura de que también él nota esa mosquitera, acaso (sin embargo Eytan, sin embargo Hoffman,

Hoffman) ella (y no solo Nesia) habría ido esta noche a su habitación y lo habría amado como es debido.

En la radio tenía una asistente de producción llamada Roital que creía que si un hombre no quería nada con ella es que era homosexual. Y así se comportaba la dicha Roital. Hablaba. Se vestía. Inbar siempre ha sido mucho más frágil. Pendiente de los cumplidos. Y Dori jamás la piropea. No le ha dicho nada agradable. Y al llegar al albergue se despide de ella agitando la mano cerca del pecho y se apresura hacia su habitación sin darle un abrazo, ni un beso en la mejilla, como si, hace un momento, no lo hubiera dejado entrar en su cámara oscura.

* * *

Aunque eso aún tiene perdón. Pero no su comportamiento del día siguiente.

Por la mañana, ella le propone ir a comer al albergue-restaurante Sabras, en el centro de la ciudad. Recuerda que ha oído decir que es el centro no oficial de los mochileros israelíes del continente. Sí, lo sé, dice ella ante su rostro contrito, yo tampoco tengo fuerzas para aguantar a toda esa muchedumbre de israelíes, pero ya que estamos atrapados en La Paz, podemos aprovechar para recabar información sobre tu padre.

Claro, dice él, y parece decepcionado de un modo que ella no consigue descifrar. Subo un momento a mi habitación a buscar una foto suya.

* * *

A primera vista (y también a segunda), Sabras le recuerda a Inbar un pub de Haifa al que iba con sus compañeros del instituto, «La propiedad» (¿o «El bar»? no está muy segura del nombre): mesas de madera húmedas, largos bancos, menús bajo los cristales que recubren las mesas. A lo largo de las paredes y las ventanas cuelgan cortinas de color naranja y azul, separando la autonomía israelí de las calles bolivianas. En un rincón de la estancia, como corresponde a una autonomía de Israel, un memorial con una vela, no para immortalizar el recuerdo de un soldado, para variar, sino en recuerdo de un caminante llamado Daniel Rupin que falleció en la «Ruta de la muerte». En las paredes hay fotos típicas de turismo –tres cuartas partes son de salidas y puestas de sol– y, entre ellas, hay hojas impresas de ordenador con noticias

de Israel junto a pegatinas optimistas: «Solo el amor nos traerá el amor», «Piensa bien y todo irá bien», «No existe la desesperación en el mundo», «En su muerte nos manda a hacer la paz». Como fondo, el grupo Atraf clama que *ella está con Shula en el patio*, con un ritmo latino que concuerda bastante con el lugar, y como fondo sonoro del fondo sonoro se oye un ajetreo de ollas en la cocina. La sala principal, grande, que sirve de restaurante, da paso a otras más pequeñas, una sala de Internet con nueve puestos, todos ocupados, una biblioteca de intercambio (estupendo, piensa Inbar, por fin podré cambiar los libros sobre el Holocausto que no consigo llegar a leer) y otra sala de recomendaciones para los excursionistas, con carpetas multicolores clasificadas por países.

Se escucha hebreo por todas partes. A veces también palabras en otros idiomas. Como una aceituna solitaria en un trozo de pizza. Pero la masa de israelíes, a la que evita encontrar desde que conoce a Dori, invade el espacio. Y se sorprende porque le parece agradable. Como un elogio. Por lo menos treinta o cuarenta hebreoparlantes llenan cada rincón del Sabras: los chicos con un conjunto imposible de pantalón corto, sandalias Teva y gruesas camisetas indias, y las chicas, como las pioneras de antaño, con un simple pantalón, una camiseta con un toque personal-femenino-a-la-moda, calentadores rosas de lana de alpaca, un ligero pañuelo de color burdeos, un lazo en el pelo, enormes pendientes, una cadenita de oro en el tobillo.

Una de ellas, con el pelo recogido en decenas de trenzas, se acerca a Dori. ¡Profesor!, grita demasiado fuerte, y muchas cabezas se giran, ¿qué haces aquí?

Vacaciones, Dori le sonrío de una forma que Inbar no conoce. A mí también me tocan de vez en cuando, ¿no crees, Gal Nesimov?

¿Te acuerdas de mi nombre? ¡Increíble!

No nada más de tu nombre, sino de tu trabajo de fin de curso, Gal: «Patrones de deterioro de una guerra cuyas partes no están interesadas en ella», ¿no?

¡Sí!, exclama la chica, encantada. Quiero que sepas, profesor –juguetea con sus trencitas–, que durante todo el viaje me he acordado de las cosas que nos has enseñado. Mis colegas están hasta el gorro de oírme hablar de ti. «Mi profesor Dori dice esto», «mi profesor Dori dice aquello». ¿Como todo lo referente a la reflexión crítica? Va como anillo al dedo para América Latina. Porque es muy fácil enamorarse de la naturaleza aquí y no fijarse en lo menos

llamativo. Aquí, en La Paz, hay un barrio de chalets, profesor, no puedes creer lo que es aquello. Rehavia a su lado es Musrara. En cambio, en la calle debajo de Sabra, la gente duerme sobre hojas de banana.

Dori asiente, está de acuerdo. Con un leve pero perceptible gesto del mentón.

¿Y lo que nos decías siempre de que no hay una historia única? El *Lonely Planet* dice que la ocupación española duró cuatrocientos años pero, según los indígenas, nadie los ha dominado porque han seguido manteniendo su cultura discretamente.

Muy bien, sonrío Dori satisfecho, veo que ya tienes tema para el seminario de primero.

¿De veras? ¿Crees que es para mí? Es decir, si crees que puedo estudiar historia.

No dudo que puedas, Gal, dice Dori.

¿Y qué, profesor –coquetea la chica– haces *treking* y todo eso?

La verdad es que estamos buscando a alguien, interviene Inbar.

¿Dónde? ¿Aquí? ¿En el Sabras?, pregunta la muchacha sin dejar de mirar a Dori.

No, dice Dori. En absoluto. Estamos buscando a mi padre. Él... está viajando por aquí. Por el continente... hemos perdido el contacto con él... y estamos intentando localizarlo.

¡Vaya historia!, dice la joven, esta vez con cierto tono inquisitivo. Ahora la mirada abarca también a Inbar, como tratando de evaluar el descubrimiento: Ah, ¿así que esta es la esposa de mi profesor?

¿Tienes una foto de tu padre?, pregunta finalmente a Dori. Puedo... preguntar a los colegas.

Saca la foto y juntos los tres pasan entre las mesas (como se pasa entre las mesas de invitados en una boda, le viene a la mente a Inbar), y todos se comportan con calidez, aunque el único que cree conocer al padre de Dori recuerda al cabo de un momento que de hecho se trata del dueño de una panadería, alemán por más señas, en la que desayunaba en Nicaragua.

Lo mejor, les aconseja, es que esperéis a Jaimon y a Dafna.

¿Haimon y Dafna?

Los dueños del Sabras. Van a volver dentro de una media hora.

* * *

Media hora se transforma en medio día. A ella no le importa. Pero Dori está muy nervioso: cada dos por tres mira el reloj y se pellizca la nuez de Adán. Ella no entiende su actitud, de todos modos su vuelo a Argentina es mañana, y tampoco comprende porque está tan distante después de su cercanía de la víspera, y no lo conoce lo suficiente para poder remediarlo.

Han pedido *milanesa de pollo* para no ocupar un lugar en el restaurante sin consumir. Al principio, sentados solos en una larga mesa, comen en silencio y observan a la colmena que rezuma miel y golpecitos en la espalda. Esta naturalidad, dice Inbar, con que los israelíes entablan relación entre ellos, es nuestro gran éxito, más que el drenaje de ciénagas y la alta tecnología. Él guarda silencio. Ni siquiera asiente. Igual a su padre, piensa recordando algo que le contó de su infancia. Le hablas y no contesta. Es ciertamente insoportable. ¿Vale la pena comentárselo? ¿Y cómo reaccionará? Hay tantas cosas de él que no sabe. ¿Será también tan adusto en la cama? ¿Dormirá boca arriba o boca abajo? ¿Se lava los dientes con enjuague bucal o con dentífrico? ¿Se estresa solo cuando la policía boliviana le pierde el pasaporte o por otros motivos? ¿Y qué encontraríamos al llegar a su estrato egoísta, el que todo el mundo posee, incluso la madre Teresa? ¿Qué egoísmos mezquinos y molestos consigue ocultar al mundo?

Tres tipos con zaragüelles les piden permiso para sentarse a su mesa. Amir, Tamir y Gay. Estudiantes de medicina en Beer Sheba. Inteligentes. Graciosos. De lengua rápida. Amir y Tamir han decidido viajar un poco antes de comenzar la especialidad. Gay ha salido de viaje para reflexionar si quiere realmente empezar la especialidad porque, de repente, no está seguro: ¿quiere de verdad ser médico o de hecho lo hace para tener contento a su padre? Jodido, ¿no? Mientras habla, te mira largamente al fondo de los ojos. Eso ocurre en las mejores familias, suelta ella de repente la frase que Adrián utilizaba en su programa. ¿Sí, eh? Él asiente calurosamente como si ella hubiera pronunciado una rara y sabia perla, y ella alienta el flirteo con una sonrisa instintiva, involuntaria.

Dori no interviene en la conversación. Mira por encima de ellos. Eso la irrita. ¿Qué tiene que ver que espere a Jaimon y a Dafne? Entretanto también hay vida. ¿Es que la charla de los viajeros no está a su nivel?

Entonces, ¿estáis aquí de luna de miel?, pregunta Gay mirándolos a los dos.

Ella espera unos instantes antes de responder; le ofrece a Dori una

oportunidad de participar. Querría que dijera algo ingenioso de lo que pudieran reírse más tarde cuando estuvieran solos. Pero guarda silencio.

No, responde al fin, nosotros no... nos hemos conocido en el viaje, quiero decir.

¡Vaya!, dice Gay con la voz teñida de satisfacción.

* * *

Cuando finalmente llegan Jaimon y Dafne, piensa quedarse sentada en la mesa con Gay. No ponerse de pie con Dori. Pero cuando él se levanta y se detiene, como en busca de algo perdido, se da la vuelta y con la mirada le dice «¿y si vinieras conmigo?».

Jaimon, con un poncho gris, identifica enseguida al padre de Dori en la foto en cuanto se pone las gafas de leer. Pasea con un Dr. Gav, ¿verdad chicos?, les pregunta como si tuviera ante él a un grupo y no a dos personas.

Sí, confirma Dori.

Entonces es él. Ahora lleva una barba estilo Hertzl. Pero es él. Dio aquí una conferencia hace unos tres o cuatro meses.

¿Una conferencia?

No pude asistir porque precisamente fui a buscar un envío de humus. Pero Dafne me lo contó después. Prefiero que se lo preguntéis a ella, chicos. Está en casa con los niños. Es por allí detrás. Donde la puerta azul. Detrás de la cortina blanca. No hace falta llamar. Simplemente entrad.

Dori llama a la puerta, pero como no recibe respuesta la empuja ligeramente. El olor es lo primero que marca la diferencia entre el espacio del restaurante y el espacio del hogar: en lugar de a madera húmeda, huele a pañales húmedos. En lugar de a aceite de fritanga, a aceite de masaje. En medio del salón de masaje, la joven Dafne, mucho más joven que su marido, masajea a su bebé de mejillas redondas sobre un pequeño colchón. Con amplios y vigorosos gestos unta con aceite las piernas y las plantas de los pies del recién nacido.

Eso la calma muchísimo, siempre se lo hago después del baño, dice a Inbar y a Dori, como si continuara con naturalidad una conversación anterior.

¿Qué aceite utilizas, de almendras? Dori se arrodilla cerca del bebé con toda tranquilidad. Dafne vierte un poco de aceite en la palma de su mano y da a Dori el frasco. La mira y asiente como un experto.

¿Y cómo se llama esta niña tan preciosa?, pregunta (a Inbar la cría no le parece nada guapa y menos preciosa).

Iris.

¡Iris, qué nombre tan bonito! También suena bien en español, ¿verdad?

Nuestros tres hijos tienen nombres que suenan también bien en español: Sol, Daniel y ahora Iris.

Inbar se da cuenta de que Dori está acostumbrado a esa conversación maternal y todo lo que ahora ella pudiera decir, la estropearía. Así que guarda silencio. Y observa a su alrededor. El salón en el que se encuentran es una mezcla salvaje de muebles «israelíes» –un poster de Kandisnsky, un perchero de paja de Daliat al-Carmel entre producciones bolivianas compradas en la calle, como el tapiz multicolor colgado en la pared, y una colección bastante pavorosa de máscaras de carnaval.

¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí, en Bolivia?, pregunta Dori.

Pronto hará quince años.

¿Y por qué Bolivia precisamente? ¿Cómo llegasteis aquí?

Tengo familia aquí. Vinieron huyendo de Alemania en los años treinta. Crearon una empresa de curtidos. Y en el ochenta y ocho... desde que fuimos evacuados de Nuweiba y no sabíamos qué hacer con nuestras vidas, nos invitaron a venir para reposar un poco y trabajar en la empresa. Estuvimos unos años yendo y viniendo, hasta que una vez vinimos y no...

El bebé lloriquea y Dafne deja la frase a medias.

¿Simplemente os quedasteis? Dori intenta retomar el hilo de la conversación.

No es tan sencillo. Nada es sencillo, Dafne suspira y saca un pañal desechable de un paquete. No te equivoques, se echa mucho de menos, prosigue mientras levanta las piernas al bebé, aunque la vida en Israel... es demasiado estresante para nosotros. Entonces, entretanto, habéis montado aquí algo parecido a una pequeña embajada.

Puedes tomarlo a broma, dice Dafne. Hace dos años redujeron el presupuesto de la embajada y ahora nosotros efectuamos parte de las cosas que ellos realizaban: ayudamos a expedir visados de tránsito a los que han perdido el pasaporte, centralizamos el recibo de paquetes y envíos postales. A veces hay tipos que se quedan sin dinero, entonces se lo proporcionamos. A veces nos lo devuelven. A veces no.

Termina de vestir al bebé y lo toma en sus brazos. Dori saca las fotos y

dice: Tengo entendido que mi padre estuvo aquí.

Dafne mira las fotos largamente, luego a Dori, entonces abre la boca para decir algo. Pero no lo dice.

¿Qué?, dice Dori. Dilo. Este último mes he oído ya todo cuanto hay que oír sobre él. Nada puede ya impresionarme.

No es nada especialmente chocante, dice Dafne. Simplemente, no fue justo conmigo. Me dijo que quería ofrecer a los muchachos una conferencia sobre la creatividad y me mostró todas sus tarjetas de visita. Así que lo autoricé, a pesar de que generalmente no estamos deseosos de ofrecer una plataforma a todo tipo de gurús de pacotilla. Simplemente me pareció... un hombre serio. Fue al día siguiente al Seder de Pesaj. ¿Sabéis que la noche de Pascua acuden aquí de toda Sudamérica? Había muchísima gente, sesenta, setenta. También conmemoramos el Día del Recuerdo del Holocausto. El Día de la Independencia. El asesinato de Rabin. Discúlpame un instante, tiene un poco de hambre...

Dafne se desabrocha la blusa de la que emerge un hermoso seno, perfecto, e introduce el pezón en la boca de su hija. Inbar no puede apartar los ojos del espectáculo. Ya ha visto a madres desabotonándose en el parque público al lado de su casa pero siempre ha desviado la mirada.

En resumen –prosigue Dafne, con la voz algo más ronca– empezó su conferencia sobre la creatividad en situación de crisis. Puso algunos ejemplos de empresas que asesora. Creo que uno de ellos era un kibutz al borde del colapso debido al cierre de su fábrica de zapatos y, gracias a su asesoramiento, cambiaron completamente de orientación y se dedicaron a la educación, es decir, abrieron guarderías en el kibutz que atrajeron a habitantes de toda la comarca.

Dori asiente, como si ese ejemplo ya le fuera conocido.

Tu padre, seguro que lo sabes, sabe tener al público en vilo. Antes de que abriera la boca tenían alguna reserva a causa de su aspecto, con la barba y todo eso, pero en cuanto comenzó a hablar se hizo en la sala un gran silencio. Y cuando terminó con los ejemplos de las empresas, pasó a hablar de sí mismo. Entonces, incluso mi Iris guardó silencio y se le quedó mirando boquiabierto. Contó que hacía cerca de un año... su mujer... es decir, tu madre... se fue al otro mundo. Nos dijo que fue el amor de su vida y «la raíz de su alma», que entró en una profunda crisis después de su muerte. Hasta tal punto que toda su vida y los éxitos conseguidos a lo largo de su carrera le

parecieron de pronto sin sentido. «Sin sabor», es la expresión que utilizó. Se fue hundiendo más y más en esta crisis y no sabía cómo salir de ella hasta que comprendió que debía hacer lo mismo que aconsejaba a los demás: dejar de intentar salir de la crisis y empezar a ver en ella una nueva oportunidad. Así fue como tomó la decisión de viajar a Sudamérica.

En este punto, los ojos de los chicos estaban absolutamente fijos en él. Entonces, en vez de seguir hablando de él o de su viaje, pasó a hablar de ellos. Les dijo que también ellos habían dado un paso audaz saliendo de viaje a Sudamérica. Les dijo: Podríais haberos quedado sencillamente en la rutina ejército-estudios-hipoteca y en cambio habéis escogido atreveros a dejarlo atrás. Examinarla. Cuestionaros las cosas.

Seguro que les gustó escuchar eso, dice Dori, con un leve tono burlón.

Sí; Dafne ha terminado de amamantar y se abotona la blusa de nuevo. Ese fue el cebo, dice, pero entonces de golpe tiró de la caña. Les dijo: ¿Sabéis cuál es vuestro problema? Que no aprovecháis de verdad vuestro viaje para revisar la historia de vuestra vida. Dentro de un mes, de dos, regresaréis a Israel y todo lo que habéis aprendido en el viaje se va a desintegrar. Alguien va a entorpecer vuestro vuelo y ese alguien no va a ser más que vosotros mismos.

Y aún existe otro problema, les dijo —eso lo tengo absolutamente presente porque me recuerda el restaurante— estáis viajando por Sudamérica, ¿verdad?, pero no aprendéis a conocerla de verdad. No es más que una excusa para veros unos a los otros de nuevo en el Sabras. Esconderos tras la cortina de lo que os resulta familiar. Que, Dios no lo quiera, no tengáis que hacer frente a algo que haga tambalear vuestros principios o que os abra una herida que os habéis esforzado tanto en cerrar, porque sería demasiado peligroso.

Todo eso está muy bien, pero, ¿qué propuso?, pregunta Dori.

Eso es exactamente lo que quise gritarle: Entonces, ¿qué propones? Pero tu padre, como te dije, es un excelente orador. Así que se hizo la misma pregunta y la respondió con una única palabra: «Neuland».

¿Qué?

Esta fue más o menos la reacción de los chicos. Y, entonces, hizo una pausa, una pausa dramática y repitió Neuland y comenzó a hablar del sueño de Hertzl y del abismo entre su visión y la realidad en Israel y de que aquí hay crisis pero sin duda también una oportunidad. Ahí ya empecé a perderme un poco, debo decírtelo. Hertzl me recuerda las clases de historia del instituto

y, al contrario que la primera parte de la conferencia, muy clara, a partir de ahí saltaba de una cosa a otra de una forma un tanto complicada. Como si estuviera hablando... en sueños. Una parte de los chicos tampoco entendió de qué iba la cosa; de hecho una cuarta parte se esfumó y entre los que quedaron empezó un murmullo, sabes, de esos incómodos. Como te dije, tu padre es un experto conferenciante, se dio cuenta y anunció que el tiempo fijado por Dafne –a propósito, yo no le había asignado ningún tiempo–, se había agotado muy a su pesar, por eso abreviaba y pasaba a la conclusión: dijo que estaba de paso, que iba a Argentina y que allí iba a establecer un proyecto pionero, el primero de su género, en el que no podía extenderse por el corto tiempo de que disponía, pero todo aquel que se sintiera impresionado por sus palabras, todo aquel que se sintiera atraído por la oportunidad de operar un cambio verdadero en él mismo y en la sociedad, estaba invitado a ir a verlo personalmente para conocer más detalles. Y eso es todo. Y a continuación se sentó en su Dr. Gav y sorbió soda de su botella. Y esperó.

¿Y se le acercó alguien?

No muchos. Cinco o seis. La mayoría siguió jugando a las cartas y planificando excursiones. Pero los que se acercaron a hablarle se fueron a la mañana siguiente con él –por lo que sé– en dirección a Argentina.

El bebé gime protestando y Dafne aprovecha para decir que deben poner fin a la conversación porque Iris quiere hacer la siesta.

Tienes razón, Dori por respuesta se levanta del colchoncito. A veces, dice, creo que si cada adulto hiciera la siesta no habría más guerras en el mundo.

Tú... eres mucho más simpático que tu padre, ¿sabes?, dice Dafne y en sus ojos brilla una luz distinta.

Dori no responde e Inbar se pregunta si Dori se da cuenta de que Dafne coquetea con él, o si hace ver que lo ignora.

Ese hombre que conociste... dice finalmente, no es exactamente mi padre. Es decir, sí lo es. Pero ha cambiado. Algo le ha ocurrido en el transcurso del viaje.

La niña empieza a emitir ruidos de incomodidad crecientes. Sí, es la impresión que tuve, dice Dafne. Mira, dice mientras acuna ligeramente al bebé, no quisiera inquietarte pero creo que está... muy bien que lo busquéis y –fija la mirada entre Inbar y Dori– me gustará ayudaros en el futuro si fuera necesario.

* * *

Cuando regresan al albergue, los tres médicos están aún sentados en la mesa y Gay la mira con ojos esperanzados.

Dori les mira un instante y dice yo regreso al albergue.

El tono de él es distante, así que ella dice: Me parece que me voy a quedar.

Ningún problema, suelta como diciendo, ¿qué hay entre tú y yo, de hecho? Ni pasado, ni obligaciones, nada de nada. Haz lo que quieras.

Sí que hay un problema, desea decirle. Hay un problema en atraer hacia ti a una chica, arrimarse a ella mientras bailas, para después darle fríamente la espalda. Hay un problema en pedirle a una chica que te acompañe en tu viaje, y a continuación comportarte con ella como si fuera un obstáculo. Hay un problema en que tengas la marca de una alianza. Hay un problema en que todo se desmerezca frente a lo que le suceda a tu padre. Hay un problema en que gracias a mí hayas obtenido una importante información, pero que te comportes conmigo como si te hubiera ocasionado algún mal. Hay muchos problemas, desea decirle, pero cree que sería tonto por su parte. Que toda esa historia entre ellos es una estupidez. Como si no hubiera aprendido nada de lo que pasó con Hoffman, todavía corre con los ojos abiertos contra el cristal.

Bye, dice Dori mordándose el labio.

Al diablo con todos estos labios mordidos, que estalle de una vez por todas lo que tenga que estallar. Y responde: *Bye*.

Dori

De repente, a medio comer el schnitzel, le asaltan unos celos ardientes contra ese Gay de gafitas finas, pelo largo y ancho pantalón a rayas que puede, que le está permitido, que no tiene mujer ni hijo, y los celos son tan insoportables que quiere largarse antes de que estallen a la vista de todo el mundo surgiendo de su garganta como una llama amarilla, pero sin embargo se queda sentado en la mesa con ellos, fiel a la misión de la búsqueda de su padre, fiel a su imagen de profesor, fiel a su origen y, poco a poco se llena de resentimiento hacia Inbar, resentimiento y crítica, y entrecierra los ojos y ve, o intenta ver, todo lo que no hay en ella de atrayente: se roe las uñas, no

exactamente las uñas, roe la piel seca bajo las uñas, y la rodilla demasiado inquieta, y que en cada conversación hace falta ir descascarando sus defensas hasta llegar a la auténtica corteza y aun entonces no estás seguro de haber llegado. Tampoco le gusta cómo viste, los colores chillones que elige, y no le gusta que cada vez que encuentren gente, algo en ella se vuelva demasiado extrovertido y complaciente. Como con ese grupo de estudiantes de medicina con los que está ahora. De pronto se ríe en voz alta. De pronto se interesa por la neurología. Y todo el rato le toca la mano a ese Gay de finas gafitas y él coquetea con ella. El hijo de puta. Y le enciende el cigarrillo. Si todavía ayer pretendía que no fumaba.

Ayer, después de la conversación en la que le habló de su hermano, empezó a sentir las punzadas del deseo, tan conocidas de tantas noches frente a las «noticias deportivas», pero esta vez el deseo no era enigmático. Esta vez tenía una clara dirección.

Estás totalmente confundido, intenta convencerse a sí mismo, Inbar y tú cada vez estáis más cerca. Es natural que ocurra entre dos compañeros de viaje que pasan juntos muchas horas. Y además, se machaca el mantra, tú eres miembro del partido conservador de los de un único y gran amor en la vida.

Pero el deseo lo corroe durante toda la noche. Ha pasado ya tanto tiempo desde que su deseo tenía un objeto, que ya ha olvidado cómo es. Cuán pavoroso puede ser. Porque para él, al contrario que sus antiguos amigos, no había un estado intermedio. Nunca, ni en los años de soltería, supo follar y olvidar. Para él era o la indiferencia total o el fuego glacial que, arrastrándose, llegaba al punto crítico y se encendía, entonces era como petróleo surgiendo de un pozo; empezaba a comportarse como un imbécil y a montarse películas, a afeitarse dos veces al día porque los pelos crecen demasiado aprisa, a comer poco o demasiado, a perder el balón en el básquet, a emocionarse con las canciones de Eyal Golan y a olvidar fechas importantes de la historia como la conferencia de Wannsee o el inicio de la Primera Guerra Mundial o a saltar desde cualquier lugar elevado en el que se encontrara no para morir sino para desplegar las alas...

Hacia las cuatro de la madrugada no puede más y, por primera vez desde su encuentro en Tumbes, se permite fantasear sobre Inbar. Solo una vez, se jura. Pero, desde el instante en que saca el dedo que tapa la presa, no consigue detener la inundación, y lo más terrible es que la mejor parte de la

fantasía no es el acto en sí sino lo que sigue: la intimidad de los dos cuerpos desnudos sin turbación, esa flojedad en la que las palabras, si es que llegan a pronunciarse, son más tiernas.

Intenta inyectarse en las venas momentos felices con Roni. Como una vacuna. Ahora se inclina para besarlo por primera vez, en su casa de Beit Hakerem. Ahí están, haciendo el amor en un lugar escondido en la ribera del río que fluye a los pies de su kibutz. Aquí le pregunta (siempre tiene que saber la historia): Dime, ¿soy el primero al que traes aquí? Y ella responde: ¡Qué dices, vivo en un kibutz! Pero al cabo de unos segundos, cabalga sobre él desnuda, con hojas húmedas en el pelo, y añade: Pero el primero al que amo. Y aquí, le sorprende en su primer día de clase en el instituto con un bocadillo de pastrami y pepinillos acompañándole a la entrada del parking mientras dice: serás un profesor excelente y él insiste, ¿cómo lo sabes? y ella le pone una mano en el pecho, medio acariciándolo, medio empujándolo hacia el futuro y dice: Sencillamente, lo sé. He aquí, está paseando por el centro comercial cercano al hospital, con un brazaletes de plástico en la muñeca, se cruza con un hombre sin pierna que se zampa una doble hamburguesa del McDonald's, compra para Roni una cerveza negra y una barrita de chocolate, luego vuelve de nuevo al hospital; no, no vuelve sobre sus pasos, vuela a tres centímetros del suelo a causa de su maravilloso bebé, a causa de la audaz mujer que lo dio a luz, con la que tiene una alianza eterna, así lo siente, acordada a lo largo de la larga noche maravillosa y terrible del parto: en la novena hora le tomó fuertemente de la mano y de pronto llamó a gritos a un Dios en el que no creía y él se acercó a ella y rugió junto a su oído: Te amo, estoy aquí, te amo, entonces la comadrona dijo, ya se le ve la cabeza, ya viene...

¿Y después del nacimiento? Él intenta encontrar momentos felices recientes. No del pasado. Pero al hacerse conscientes, todas las imágenes expiran y, en su lugar, aparecen otras que han quedado congeladas en un rincón de la memoria, y he aquí que ese viaje interminable las descongela, y he aquí los tres cenando hace unas semanas, Roni le habla de Dani Kuris de su promoción de la universidad, que se ha ido a Connecticut para hacer su posdoctorado. Dori asiente y ella dice, ¿sabes qué?, que es mucho menos inteligente que tú, y él dice ¿y qué? y ella, te lo digo por decir y él le recuerda, reteniéndose para no alzar la voz delante del niño, que él ha elegido no ser académico porque quiere influir sobre sus alumnos, tocar el corazón

palpitante de la vida y no verla a través de unas gafas gruesas de investigador y, añade, hay algo molesto en el hecho de que insistas en poner sobre la mesa esta opción una y otra vez. ¿Cómo te sentirías si menospreciara todo lo que haces? Ya lo menosprecias, no hace falta que lo digas en voz alta para que yo lo sepa, tú crees que mi trabajo consiste en vender tonterías. Y te crees mejor que yo. No solo que yo. Te crees mejor que todo el mundo. Y él dice, eso no es cierto, pero no discutamos delante del niño. Y cuando el niño se duerme, finalmente, después de hacerlos levantar tres veces, dos de ellas falsas, porque quería ir al baño, le pregunta a ella si quiere un té, igual que un indio ofrece a su adversario la pipa de la paz, y luego le dice entre sorbo y sorbo que lo importante desde su punto de vista es que ella lo pase bien con su trabajo. Eso es lo fundamental. Y la verdad es que él está orgulloso de la forma en que se vale por sí misma y de su actitud hacia sus empleados. A veces él la escucha hablar con ellos y piensa que a él también le gustaría ser empleado suyo y ella dice, no sería una buena idea, te acosaría sexualmente todo el día y añade: Parece ser que un sobrino de uno de los directores del departamento es alumno tuyo y habla de ti maravillas, que eres un modelo a imitar para toda la clase. ¿Y qué piensas tú, se dice para sí mismo, por qué tus cumplidos son siempre citas de otras personas? Pero no dice nada para no estropear el esfuerzo común de disfrazar la verdad flagrante que se dijeron anteriormente al pelearse, difuminada con palabras distintas también verdaderas a su modo, y de ahí pasan a hablar de Neta, comparten juntos su inteligencia, su encanto, sus insultos y sus sensaciones, diseccionando minuciosamente todas sus acciones como si fuera por lo menos el Emperador de la China.

Pero helo aquí –dice ahora– ese anticuerpo, ese momento compartido que estás buscando en el presente. Neta es ese momento hermoso, continuo, que Roni y tú compartís en la actualidad. Neta, que les toma a los dos de la mano, un, dos, tres y... ¡salto! Neta, que corre hacia ellos el viernes, el día que van juntos a recogerlo a la guardería. Neta, que le susurra un secreto al oído, pero lo dice en voz alta para que mamá también se entere. Neta, que pasa la página del libro antes de que la acabes de leer. Neta, que se niega a que le pongas champú. Se niega a que le pongas el pijama. Se niega a creer que no hay monstruos en su habitación y te pide que te acuestes a su lado hasta que se vayan por la ventana. Neta, que ha aceptado al fin tu ausencia y hace unas noches acepta hablar contigo por teléfono: ¿Dónde estás ahora papá? ¿Dónde

está Bolivia en el globo terrestre? ¿Tienes otro niño allí? Pensaba que quizás era por eso que no volvías. ¿Cuándo vuelves? Si no vuelves pronto creceré tanto que no me vas a reconocer. Sí, duermo con mamá en su cama. Es estupendo. Me deja también beber Sprite. Después de que le quitemos el gas. Es muy sabroso. Como un zumo. Por mi cumpleaños encargamos pizza. No la comimos toda. ¿Te guardamos un trozo?

Perteneces a ese niño y a su madre, piensa Dori, estás tan entremezclado con ellos que no podrías dejarlos ni aunque quisieras. Sin embargo, el deseo por Inbar lo sigue consumiendo, pequeños bocados muy reales, y abre el *Lonely Planet* y, contrariamente a su costumbre de leer primero la visión histórica cuando viaja a un nuevo lugar, salta directamente a «Excursiones a los alrededores de la ciudad» y encuentra un corto itinerario llamado «El valle de la luna» en el que se puede caminar entre columnas de piedra blanca en forma de estalagmitas que cambian de año en año. ¿Quieres venir conmigo a la luna Inbar?, le preguntará. Y luego, cuando paseen uno junto al otro entre las columnas, le podrá decir cosas que hasta ahora nunca le ha dicho –no exagerará demasiado pero al menos le dirá que encontrarla ha sido muy especial para él y también... que lo ha trastornado, sí, es la palabra que utilizará. ¿Cuánto tiempo hace que no imagina con precisión el escenario de la cita con una mujer?, ¿acaso desde el instituto? Quizás por su reacción podrá saber qué quiere de él, porque eso tampoco le queda claro, sí, acaso si se alejaron por unas horas del tumulto de la ciudad y dejaron a un lado la misión de la búsqueda de su padre sería posible disipar el misterio, desacralizarlo...

Pero antes de poder llegar a exponerle su programa –esos escenarios, que ni en el instituto se han materializado–, ella le propone ir a un restaurante de unos israelíes para recopilar más información sobre su padre. Una idea estupenda, dice. Aunque le decepciona que ella prefiera pasar el día en compañía de otra gente y, acto seguido, le molesta sentirse decepcionado ya que no ha venido hasta aquí para tener un romance sino para encontrar a su padre. Que acaso se encuentre en este instante en una fosa. Y esperando a que alguien lo saque de allí.

En los primeros momentos en el restaurante le viene al pensamiento la conocida frase que Hertzl escribió a su familia en Ostende: «*A pesar de la presencia de judíos de Viena y de Budapest, el resto de población veraneante es muy agradable.*»

Sí, demasiados israelíes de golpe en un espacio tan pequeño como el Sabras. Su juventud hace que se sienta viejo. Y la bulla que hacen; terrible. Carcajadas sonoras, gritos entrecortados. Además está el olor: cigarrillos, sudor y humus. Un montón de gente se apretuja frente a un tablón de anuncios del que cuelga una hoja con las últimas informaciones de una web israelí. El titular es sobre un soldado raptado por Hamás. Desvía la mirada. Le basta y le sobra con su desaparecido. De pronto, una joven se separa de su grupo y se dirige directamente hacia él sin titubear. Pues sí, la reconoce, es una exalumna suya. Una alumna inteligente. Curiosa. Eran dos amigas, le recuerda su motor de búsqueda, Gal y Sigal, que se sentaban en la primera fila a la derecha y se acariciaban el pelo una a la otra durante la clase. El título del trabajo final de Gal Nesimov, sí, así se llama –lo recuerda mientras le regala los oídos explicándole cómo lo que aprendió en su clase ha enriquecido sus pensamientos durante el viaje–, es «señores, la historia se repite» y, en su exposición identificó brillantemente cómo los patrones que arrastran a la guerra se repiten a lo largo de la historia.

Responde a la chica calurosamente, pero con brevedad y trata de equilibrar el deseo de corresponder a la simpatía con simpatía al deseo de conversar a solas con Inbar. Pero entonces la misma Inbar –¿con qué permiso?– le revela a la chica su búsqueda y al cabo de un momento se encuentra deambulando entre las dos con platos de comida y fotos de su padre. Como el niño que se les acercó ayer en el restaurante con los encendedores, así se siente, como un mendigo. Y a pesar de todo espera que identifiquen a su padre, que le proporcionen alguna información, que iluminen un poco las notas preocupantes de su diario.

Esperad a Jaimon y a Dafne, les dice todo el mundo, y se sienta con Inbar y pide un schnitzel a pesar de que no tiene apetito como siempre que está agotado. De repente, tampoco tiene palabras. Ahora, cuando acaba de confesarse a sí mismo, de darse cuenta de que, de no ser por las circunstancias, desearía a Inbar, todo es demasiado pesado y todo cuanto se le ocurre decir le parece preñado de significado y la presencia de su alumna sentada tan cerca de ellos y que no cesa de mirarles también se le hace pesada, así que guarda silencio e Inbar, por su parte, autoriza con un movimiento de cabeza demasiado entusiasta a un terceto de jóvenes médicos a compartir su mesa, y entre ella y ellos se entabla una conversación desenfadada que de nuevo le hace sentir que ha perdido absolutamente sus

habilidades sociales, solo sabe dar lecciones magistrales a sus alumnos, incluso también ha disertado con la alumna que se le acercó y, la verdad, no tiene ni idea de cómo participar en una conversación normal. Entonces cruza los brazos y hace como que no atiende, que no presta atención a ese Gay de finos lentes que coquetea con Inbar; también sabe, por supuesto, que no tiene ningún derecho a estar celoso pero lo enloquece, eso y el disco de Atraf que no se han molestado en cambiar desde por la mañana, *estoy con Shula en el patio, estoy con Shula en el patio, estoy con Shula en el patio...*

Por suerte, Jaimon y Dafne llegan al fin. Otros *estoy con Shula en el patio* más y hubiera hecho añicos el estéreo o las gafitas de Gay.

Después de un breve diálogo con Jaimon va con Inbar a la casa, separada del restaurante por una puerta, y allí mantiene con Dafne la única conversación en la que se siente absolutamente cómodo en los últimos años: una conversación sobre el hecho de ser madre o padre. A media conversación Dafne se saca un seno y siente un poco de atracción hacia ella. Como si desde el momento en que se permitió fantasear con Inbar, cierto código se hubiera quebrado, aunque únicamente ha sido un relámpago de atracción, el cual se apaga cuando Dafne empieza a describir la conferencia de su padre.

Los ejemplos que enumera le son conocidos por las conversaciones que ha escuchado sin querer a lo largo de los años. Tampoco le viene de nuevo que su padre sea carismático. Cuando Dafne le pregunta si sabe que su padre triunfaba ante el público, asiente en señal de aprobación y recuerda una antigua imagen: en la escuela primaria, sale al patio y descubre que ninguno de sus compañeros de clase está allí. Ni en la fuente. Ni en la cantina. Unas voces lo conducen a la puerta de la entrada de la escuela y allí está su padre, rodeado de decenas de niños, que escuchan cómo sopla una brizna de hierba tendida entre los dedos.

Pero esa fiebre que tenía en la mirada al terminar la conferencia, esa fiebre mesiánica de la que Dafne habla, no es normal en él. Definitivamente no. Su padre nunca fue un Shabtai Tzvi, el falso mesías. Todo lo contrario. Siempre fue sólido como una roca. Y moderado como el agua. Incluso en el básquet, le repelían los codazos bajo la cesta y prefería dirigir el juego desde atrás. Jamás levantaba la voz, jamás pegó un puñetazo contra la pared. Una vez, en el semáforo cerca del Valle de la Cruz, cuando un conductor salió de su vehículo, fue hacia él, le abrió la puerta y lo insultó, hijo de puta, por qué me cortas el paso, sal del coche si eres un hombre, su padre lo miró con calma y

le dijo perdón señor, siento si le he molestado, no ha sido intencionado, créame, luego le tendió la mano y cerró la puerta, dejando al tipo plantado en la carretera, asombrado, y arrancó.

A medida que Dafne le va contando las peripecias de la conferencia, Dori se siente más perplejo. Siempre ha estado orgulloso de su padre, orgulloso y celoso y se preguntaba si también él llegaría a ser alguna vez una roca. Durante las últimas semanas estaba preocupado, se preguntaba si lo reconocería cuando se encontrasen. Porque sonaba como si hubiera perdido la cabeza absolutamente ¿Qué pasaría si después de todo ese viaje su padre lo mirase como a un desconocido o intentara arrastrarle al delirio en el que al parecer está sumergido? ¿Neuland? *What the fuck is Neuland?*

No quiero presionarte, Dafne interrumpe sus reflexiones, pero creo que está muy bien que vayáis tras él en su busca. Dejadme vuestras señas y si algo llega a mis oídos enseguida estableceré contacto con vosotros. Hace un año tuvimos aquí a un turista de la edad de tu padre que sufrió una crisis cardíaca en el hotel Rosario. A tres bloques de aquí. Su habitación se encontraba en el cuarto piso y al llegar al tercero se desplomó. Aquí hay dos hospitales y los dos saben que hay que avisarme en cuanto ingresa un israelí. Te lo repito, no quiero alarmarte. Físicamente, tu padre parece estar en forma. Pero mejor que estemos en contacto y que nos informemos mutuamente, ¿de acuerdo?

Le da las gracias a Dafne y se vuelven los dos para el restaurante. Los tres médicos están aún sentados en la mesa y no tiene fuerzas para todas sus ocurrencias. Regreso al albergue, le dice a Inbar, ¿te vienes? No, niega con un gesto. Me quedo.

De camino al albergue pisa las losas desgastadas y resbaladizas de la callejuela pavimentada y angosta entre las tiendas oficiales y los puestos callejeros improvisados. La noche ha caído sobre la ciudad borrando los colores y de repente todo le parece pobre, triste, sin esperanza. Todas las sonrisas son desdentadas, todas las gafas agrietadas, todos los zapatos usados, todas las barras torcidas, todos los paraguas agujereados, todos los chamanes charlatanes, todos los hechizos falsos, todas las naranjas exprimidas, raquíticas, todas las luces apagadas, todos los israelíes quisquillosos, todos los limpiabotas serán siempre limpiabotas y no conquistarán el mundo, y todas las vendedoras ambulantes miserables, tan miserables...

Con un sombrero hongo en la cabeza y una olla con caldo de pollo cerca,

le proponen una pócima para triunfar en los negocios, camisetas falsificadas e higos chumbos púrpuras, *por favor, señor*, y él se excusa en hebreo por equivocación y luego en español, *disculpe* o *perdón*, no está seguro de cuál es la palabra exacta, así que dice las dos y piensa que si estuviera de viaje de vacaciones compraría algunos regalos para Neta, pero no está de vacaciones, es un viaje de búsqueda que se va estropeando día a día...

En el último puesto, al pie del albergue, ve una funda de tela de colores para un cuaderno y piensa: los colores son a juego con el gorro de Inbar y puede proteger del frío y la lluvia el cuaderno en el que escribe. ¿Cuánto cuesta?, le pregunta a la vendedora y ella le responde setenta bolívares y él le paga cien y le deja el cambio –*gracias, señor, gracias*– y se pone la funda bajo el brazo y le invade el miedo por la certeza de que no tiene a quién dar el regalo, porque Inbar se ha ido con el tal Gay a su albergue y se acostará con él y después seguirá viaje con él y sus vulgares amigos y ¿quién podría culparla considerando la alternativa? Un hombre casado que no es capaz de disfrutar del viaje debido a la preocupación por su padre y no tiene nada que ofrecerle salvo desconcierto.

* * *

En el albergue mira que tiene un correo en la dirección findfather@gmail.com, es un mensaje de Noya que como asunto dice: *Is your father a guru?*

Hi, Dori,

he tenido mucho jaleo. Una noche Tuval bebió más de la cuenta y de repente se lanzó a una confesión incómoda. Tan incómoda que no puedo ni repetirla. Sea como fuere, después Irad y él se pelearon, una cosa llevó a la otra y decidimos deshacer el trío y tomar algo de distancia uno del otro (y de nuestro trío). Pero no te escribo por esto. La cosa es que, después de nuestra separación, me uní a un grupo de

holandeses (¡qué altos son!) y uno de ellos que precisamente acababa de llegar de Argentina, habló de una granja de israelíes que había visitado hacía un mes. A ese lugar lo llaman Neuland y lo dirige un israelí mayor. Algo en la descripción de ese hombre me pareció familiar, entonces saqué la foto que me diste y se la mostré... ¡Bingo! Ese hombre mayor por lo visto es tu padre, pero entretanto parece que se ha dejado barba. El holandés salió huyendo de Neuland después de pasar allí una noche porque «había

unas extrañas vibraciones», así dijo. Debo hacer una restricción y decir (siempre quise utilizar esta expresión pomposa), que el susodicho holandés que se llama Lars, drogado hasta los dientes aun antes de fumarse un canuto y tan alto que puede ser que las nubes le oculten el mundo, cuando le pedí que me dijera qué había de raro en esas vibraciones y en qué lugar de Argentina se encuentra esta granja, mantuvo que no se acordaba pero así y todo pensé que te gustaría saberlo (¿o acaso ya estás al corriente?)

Aunque no sé si puede interesarte realmente te cuento que, de momento, no regreso a Israel. He cancelado la inscripción en Relaciones Internacionales. También he cancelado el billete de vuelta. Creo que después de este viaje me gustará estudiar en Europa. ¿Cómo se puede estudiar Relaciones Internacionales en un país a la greña con todo el mundo? Quizás también pueda vivir en Europa después de los estudios. ¿Qué me liga a Israel? No tengo hijos. Ni familia (no llegamos a hablar de ese tema). ¿El antisemitismo? Me asusta tanto como un «Uh». ¿El Holocausto? Ocurrió hace mucho. En otro siglo.

No sé. Quizás hablo por hablar. A veces tengo esta tendencia, a veces, no sé si llegaste a darte cuenta. Acaso estoy desorientada por la historia con Yuval. Y la transformo en ideología.

De todos modos desde aquí sigo hacia Colombia. Y desde allí, mi programa es subir a Guatemala. Aunque este viaje me ha enseñado que no hay que programar demasiado. He oído que el cártel colombiano rapta a los turistas (si eso ocurre y entretanto has encontrado a tu padre, ¿vendrás a rescatarme?).

Un abrazo,

Noya

* * *

En su dirección habitual de correo encontró un email de un alumno que quería hacerle una pequeña pregunta a propósito de un trabajo de vacaciones. Nunca suspendía a sus alumnos, pedía a los que tenían peores notas un trabajo a su elección que debían entregarle a finales de julio. Este alumno había escogido el Siglo de Oro español y necesitaba encontrar documentación porque con la biblioteca del instituto no bastaba.

Dori lo remite a la biblioteca del museo de su madre y le escribe una extensa respuesta, disfrutando de la sensación que al fin –después de semanas en las que se ha visto obligado a tomar cada día un nuevo y falaz camino– lleva a cabo algo que sabe hacer. Algo para lo que posee una tranquila competencia.

Después de responder, se siente reconciliado consigo mismo y, cuando levanta los ojos de la pantalla y ve a Inbar y a su gorro multicolor entrando en

el albergue, se alegra de verla. Y todavía se alegra más al ver que no la acompaña Gay.

La silla a su lado está libre pero ella se queda de pie con los brazos cruzados sobre el pecho.

Te he comprado esto, le da la funda de tela de colores.

Gracias, le dice ella fríamente.

Es para tu cuaderno.

Me lo imaginaba.

He recibido más información sobre mi padre –dice al cabo de unos segundos en blanco–, ¿quieres leerla?

Ella se sienta. Procurando que sus piernas no se acerquen a él.

Él abre el correo de Noya.

Es de una chica que conocí en el vuelo a Quito, le dice en un tono de leve disculpa, como si ella fuera su pareja y tuviera que explicarle cómo es que le escribe otra que no sea ella.

Bien, le dice cuando termina de leer. Coincide de maravillas con lo que Alfredo me dijo.

¿Alfredo? ¿Cuándo ha hablado contigo?

Nada más irte del Sabras me telefoneó y me dijo que, según sus fuentes, alguien que respondía a la descripción de tu padre hace dos meses sacó del banco de la ciudad Moisés Ville, en Argentina, bastante dinero y unos días más tarde compró en dinero contante y sonante una vieja granja con tierras en la zona entre Moisés Ville y la cercana localidad de Palacios. A propósito, estas dos ciudades fueron, en tiempos, comunas del barón de Hirsch.

Bueno ¿y... qué va a hacer con esos terrenos que ha comprado?

Es que... Alfredo me ha jurado que sus agentes en Argentina están trabajando en ello. Y que cuando aterricemos en Buenos Aires ya tendrá más información.

La verdad, no creí que Alfredo siguiera trabajando para nosotros. Estaba seguro de que...

Le importas, Dori.

Vamos, no exageres.

Dime, ella se sulfura y por un instante le parece que está a punto de pegarle un bofetón, ¿por qué te resulta tan difícil aceptar que a la gente le importas?

Él se calla, con la cabeza inclinada sobre el teclado. Si pudiera girar la letra H sobre su eje, piensa, y ponerla entre ella y yo a modo de puente...

De todos modos –ella habla después de un silencio mayor que un largo exilio–, me parece que es posible que tu viaje llegue a su fin. Tengo la impresión de que tu padre ya se ha instalado en un lugar.

¿Vendrás conmigo a buscarlo?, pregunta, porque ha observado que no habla en plural y pone su mano sobre la que ella tiene en la rodilla. La verdad es que temo ese encuentro, no estoy seguro a quién voy a encontrar allí.

Retira su mano de la de él, la deja en su regazo y guarda silencio.

Siento mucho lo que ha pasado hoy, dice él. No me comporté como es debido. Sencillamente, toda esta historia de mi padre y las semanas ausente de mi casa y mi encuentro... contigo, a veces todo se embrolla y no sé cómo desenredarlo. Pero quiero que quede claro, me gustaría mucho que vinieras conmigo.

¿Crees que voy a negarme? La primera sonrisa aparece en sus labios. Todavía no lo mira, pero sonrío. Es verdad que eres un pesado, añade. Pero soy demasiado curiosa para detenerme ahora. Además, por una vez deseo tener éxito... en ayudar a alguien, quiero decir.

Vuelve la cabeza hacia él. Ahora sus cabezas casi se tocan.

Él siente el zumbido interior del deseo que precede al beso.

Pero antes de llegar a digerir lo que siente y de inclinarse hacia ella o de detenerse, ella se levanta de pronto de la silla y dice: Nos vemos mañana por la mañana.

* * *

La besa en el vuelo a Buenos Aires. En la cabeza.

Al principio ella guarda las distancias, resentida. Pero después del despegue se duerme. La cabeza cae sola sobre el hombro de Dori y él le besa el pelo. Espera con impaciencia a que despierte. Que hable. Le falta su conversación. Sus discusiones. Le enseña realmente a conversar, esta Inbar. Es interesante. Se nota que ya no es una niña, que conoce el mundo y a los seres humanos. Pero, por otra parte, es consciente de que le queda mucho por aprender. Es estimulante estar con alguien que busca. Con alguien que no esté curtido. Ella tiene rendijas por las que puede penetrar la luz. Es refrescante estar con alguien tan vivaz. Y divertida. Que a veces incluso es capaz de ser feliz. Roni, por ejemplo, puede estar alegre a veces, pero no feliz. Su yo profundo es demasiado duro para ser feliz. El de Inbar, creo que

es distinto. Y cómo se ha lanzado con él a la búsqueda de su padre, de todo corazón, sin pensarlo dos veces. A veces siente que le importa más a ella que a él, encontrar a su padre. Y a él le gusta que le importe, que esté de su lado. Hacía mucho tiempo que no sentía que alguien tomaba partido por él. Y también hacía mucho tiempo que una mujer no lo miraba de ese modo. Claro que existen las miradas anhelantes de las alumnas, sí, pero esas no cuentan porque el estrado lo enaltece. En cambio, Inbar, simplemente piensa que es estupendo. Sin estrado. Y qué liberación cuando una mujer piensa que eres súper. De repente tus pasos son más etéreos. Hace mucho tiempo que no se sentía tan ligero con una mujer.

Quizás nunca se ha sentido realmente así con una mujer. En las películas la otra mujer siempre es más espectacular que la legítima. Y con Inbar, por extraño que parezca, es todo lo contrario: con ella puede descansar porque las cosas fluyen con naturalidad. Y es curioso que tenga su universo propio y secreto. Por ejemplo, el hecho de que escriba. Abre su cuaderno. Llena varias hojas. Y lo cierra. Y mientras se consagra a él, cuidado con molestarla. Solamente cuando lo cierra, él se permite preguntarle: ¿Un diario de viaje? Y ella responde: No exactamente. Hace mucho que deseaba escribir y no lo hacía y, ves, ahora de repente, en este viaje, me ha surgido un personaje. Así que escribo sobre ella. No tengo la menor idea de si saldrá algo de esto, pero sigo escribiendo.

Una vez, en una de las paradas del autobús, dejó el cuaderno para ir al servicio y él se sintió tentado de echarle un vistazo.

Ahora, en el avión, la vuelve a besar en la cabeza, como se besa a un niño y piensa: No pasa nada, solo le besas el pelo. Luego le acaricia la melena y piensa: No pasa nada, solo le acaricias el pelo. Después sigue acariciándola, con un movimiento largo y lento, el brazo, el codo y remontando. A continuación toma un mechón de pelo y lo acerca a la nariz y le encanta, y piensa: No pasa nada, solo le rozas el brazo y le hueles el pelo, de momento no abandonas ningún partido...

Y durante todo este rato ella respira profundamente mientras duerme, unas respiraciones imposibles de simular, pero cuando el avión pierde altura para aterrizar y se despierta, le lanza una mirada distinta, como si una parte de su consciencia que no se quedó dormida, hubiera adivinado algo.

Nesia

Ella no rechaza nada, pura y simplemente. ¿No nos arrepentimos más de haber dicho «no, que de haber dicho sí»?

Está dispuesta a creer que los árboles poseen alma, que el mundo fue creado en seis días, que la llamada que espera llega. Está dispuesta a creer en aquel que le ha mentado y en la leyenda del Judío Errante que vagabundea hace dos mil años, con clavos hincados en los pies, sin morir.

Pero de ese asunto del sexo en los lavabos del avión ella no se fía porque, aun cuando presuntamente se puede estar allí apretado, ¿qué pasa con la gente que hace cola, una vejiga tras otra?

Prefiere una lavadora (mientras centrifuga).

Una carpintería (para poder presumir que ha estado entre las virutas).

Una sauna finlandesa (en Suecia).

La colonia del barón de Hirsch (en el año 1912 entre los fardos de paja, al anochecer. Ella lleva un vestido de casita de la pampa y el *señor* Dori, el último gaucho judío, le desabotona la ropa interior. Despacio).

Inbar y Dori

¿Quieren descansar antes un poco?, les pregunta Victorcito, un hombre flaco en extremo, con una mirada perpleja, casi espantada, en los ojos: la mirada del que llega a su casa y descubre que ha sido asaltada. No, responden ambos a la vez. ¿Ni tomar una ducha? Victorcito abre los ojos desmesuradamente. El *señor* Alfredo ha encargado dos habitaciones para ustedes en el Hilton de Buenos Aires. Los gastos, a cuenta de él. Dori mira a Inbar. No hace falta, dice ella. Por lo menos déjenme que los lleve al restaurante de Amora. Alfredo me va a cortar las pelotas cuando le diga que no les he llevado allí. Es un viaje muy largo hasta Santa Fe, la región de las granjas.

Escucha, *amigo*, Dori le pone la mano en el hombro. Vamos ya muy retrasados. Quiero que nos lleves ahora mismo junto a mi padre. Y si no te conviene, iremos solos.

No hay problema, Míster Dori, ningún problema, se apresura a decir Victorcito y les conduce a su coche: un Fiat Punto blanco, maltratado, tan parecido al que tenían Dori y Roni en tiempos de la universidad, que Dori, por un momento, sospecha que es el mismo que de algún modo ha venido a parar llegado por vías tortuosas desde el parking de Talpiot hasta aquí.

Roni

Otro café. Y otro. No le da tiempo a estar cansada. Tiene que estar todo listo a las 3.30. ¿Cómo llegará a todo antes de las 3.30? Cuando Dori estaba aquí se quedaba hasta las 6.00, es decir hasta las 6.25. Pero las 6.00 parece más maternal. Aunque se puede redondear hasta y veinticinco sin sentir que se miente. Hace ya dos semanas que no redondea. A las 3.30 apaga el ordenador. Y, si uno de los jefes de producción desea hablar con ella, le pide que la acompañe hasta el ascensor. Son como niños, sus jefes de producción. Pensó que aprovecharía este periodo para delegar funciones, pero ellos quieren escuchar su opinión y, de hecho, desean que decida por ellos porque no tienen arrestos para cometer errores. Cuando ella era jefa de producción no se comportaba así. Quizás fuera ella la culpable por no haberles enseñado suficiente. Pero ¿quién tiene tiempo para pensar en esas cosas? Resultados. Hay que proporcionar resultados. Este proceso es sugestivo, pero debe ser breve, y produce dividendos. Ventas. Y ahora hay que alcanzar todos los objetivos antes de las 3.30. Y a las 3.35 poner en marcha el Mazda, porque no puede llegar tarde a la guardería. No es que Idit, la profesora, vaya a dejar a Neta en la calle. Pero ¡vaya mirada, la única vez que llegó tarde! Aun así, todo el personal piensa de ella que es una madre horrible. Porque siempre es Dori quien lo acompaña y lo va a buscar. ¿Eres nueva en la guardería?, le preguntó una madre que sabía muy bien que era la madre de Neta. No, dijo intentando mantener la voz firme. Soy la madre de Neta. Lo que ocurre es que su padre es quien viene siempre y ahora está en el extranjero. Sí, de viaje de negocios. Intercambio de profesores. Es como intercambio de estudiantes pero más corto. Una semana. Bueno, dos semanas. ¿Si necesitaba ayuda? No, gracias.

Todavía duda en proponer que los niños jueguen juntos. A pesar del

progreso de la semana anterior o acaso precisamente por ello: no lo quiere estropear con una negativa. Además, realmente está mucho en casa con Neta. Los dos. Los primeros días lloraba cuando ella, y no su padre iba a buscarlo a la guardería y ella hacía enormes esfuerzos para no sentirse ofendida. Después, poco a poco empezó a demostrarle que estaba contento con ella. Duermen juntos por la noche. No ocupa mucho lugar y huele igual de bien que su padre. Alguna vez le da una patada en la cara pero ella se lo toma amorosamente. Sin embargo, las mañanas son difíciles. Él está acostumbrado al ritmo comedido de Dori, pero ella quiere terminar cuanto antes para acudir a la oficina. Vamos, Neta. El pantalón. La camisa. Los dientes. ¿Solo? La próxima vez te pondrás el dentífrico tú solo. ¿Por qué lloras, ahora? ¿Crees que tienes que llorar? Bueno, va. Ya te he quitado la pasta del cepillo y ahora la pones tú solo. ¿Dónde están las sandalias? Ahí están. ¿Te molestan? Es lo que hay. Vamos, Neta. Venga. Llego tarde. ¿Qué es eso de querer hablar ahora con papá? No es la hora adecuada. Ya te lo expliqué. ¿Por qué? Porque la Tierra gira. Lo miraremos hoy en el ordenador, si quieres. A lo mejor la explicación de allí te gusta más. Sí, llamaremos a papá en cuanto vuelvas de la guardería. Pero esta vez me vas a hacer un favor, habla con él, ¿de acuerdo? No es nada agradable para él que te quedas callado. ¿De acuerdo, cariño? Qué guapo eres. No me puedo creer que me saliera un niño tan guapo. Sí, estuviste dentro de mí, en mi vientre. Ocho meses. Tenías tantas ganas de salir que te adelantaste un mes. No, los padres no pueden estar embarazados. Su vientre no está preparado para ello. ¿Por qué? Cuando miremos lo de la Tierra en el ordenador, también consultaremos eso, ¿de acuerdo? ¿En brazos? Pero, ¿qué dices, en brazos? Ya eres mayor. Bueno, va, a upa. Lo importante es que salgamos ya.

Llaman al teléfono de Alfredo al salir de la guardería. No responde. Llama otra vez porque Neta espera con el auricular al oído y no quiere decepcionarlo. Esta vez Alfredo responde. Siempre suena como si le hubieran interrumpido follando, jadeando y medio dormido. *Hello, missis Dori. ¿How are you?* Muy bien, abrevia ella. ¿Dori está ahí? ¿Qué, de camino a Argentina? ¿No vas con él? ¿Qué cláusula del contrato? Pero, ¿qué me estás contando? Entendido. Mañana lo consulto con mis abogados y veremos qué opinan ellos de esta cláusula. Y qué, que tengas agentes de contacto en Argentina, el contrato especifica que tú lo acompañes en persona. ¿Ya lo sabe Tseela? Ya me ocuparé de que se entere. No me digas «*You must*

understand». Has dejado solo a mi marido en vez de acompañarlo. ¿Dónde está tu *understand*? *With a friend*? ¿Qué *friend*? Nunca ha mencionado a ningún *friend* en sus conversaciones. ¿Israelí? ¿Y qué tiene que ver? Es un extranjero exactamente como él. Bueno, atiende, si tienes algún contacto con Dori, dile que en casa estamos buscándolo. Su hijo quiere hablar con él, ¿ok? Y en lo relativo a esa cláusula del contrato, mañana van a llamarte mis abogados.

Papá no puede hablar ahora, le dice a Neta y, enseguida, antes de que rompa a llorar, le propone: ¿Vamos a jugar al parque? Aún tiene el rostro enfurruñado, así que añade: ¿Con el patinete nuevo? Ahora casi se le insinúa una leve sonrisa. Ayer le compró un patinete en el centro comercial de Malha y le dijo que era un regalo que le mandaba papá del extranjero. Habrá que decírselo a Dori antes de que Neta le hable de ello. Para que no haya malentendidos. Hay que preparar una bolsa para ir al parque. Una botella de agua. Una muda por si se le olvida... En las dos últimas semanas se ha hecho otra vez pipí. Sería interesante saber por qué. Tiene que llamar a su madre para pedirle que venga el miércoles porque tiene una reunión de directivos a las cinco. Y ponerla al corriente de la recaída. Hay que poner en marcha la lavadora antes de salir de casa. ¿Qué hace la gente con dos hijos? ¿Y por qué dos hijos? Acaso si tuvieran dos hijos se sentirían como una familia. Y no como un triángulo sin base. Además, habría que tener otro hijo para que Neta no se quede solo. Habría que. Habría que. De tantos «habría que» desea gritar. A veces lo hace. Sube a la terraza del edificio Futuros, se apoya con todo el cuerpo en la barandilla y lanza un largo grito liberador. Ayer también lo intentó, pero no le salió la voz. Estuvo un buen rato entre las enormes macetas esperando a que le saliera de dentro, natural, pero finalmente regresó a la oficina porque ya había que regresar. Solo cuando Neta está en el columpio encuentra un respiro, entre impulso e impulso, para reflexionar sobre la conversación con Alfredo. Reflexionar no es la palabra justa. Los padres no reflexionan. No les alcanza más que para breves destellos de pensamiento que no cristalizan en un conocimiento real. Dori se fue solo. Con un amigo. No ha llamado. ¿Qué amigo? *Friend* puede ser también una amiga, en inglés. Dori no es de este tipo. ¿Y si lo fuera, sería de verdad un *big deal*? Sí, sería un *big deal*. No, no lo sería. El que ha crecido en un kibutz no puede pensar que una cosa así sea un *big deal*. Después de todo, todo el mundo sabe que mi padre folló con la madre de Nati Ganot, quien también lo

hizo con el padre del pequeño Arele, quien mientras todos estaban en la fiesta de Shabuot folló con mi madre detrás del establo y así se cierra el círculo. Pero, de todas formas, eso no va con Dori. ¿Y qué si fuera así? Independientemente, este viaje ya es demasiado largo para el niño. Si hubiera sabido que duraría tanto...

Bobadas. Incluso si lo hubiera sabido, aun así le habría dicho que fuera. De todos modos es su padre. ¿Quién lo hubiera creído de su padre? Tan centrado. Con tanto control de sí mismo. Siempre guardando las distancias, pero las raras veces que tuvieron ocasión de hablar, admiró su agudo análisis de las empresas. ¿Y, ahora qué? Que Dori lo encuentre ya. Y que regrese de su odisea. Sobre todo por Neta. A ella esa distancia le hace bien, la deja respirar. No ha sido fácil con Dori desde que murió su madre. Siempre espera de ella cosas que no es capaz de darle. Y siempre se decepciona. En sus conversaciones telefónicas, ella también nota que espera lo mismo. Por eso se ha sentido aliviada al oír de Alfredo que Dori no estaba. ¿Es normal que se sienta aliviada? ¿Todavía lo ama? Cuando lo vio hace diez años tocando la batería en casa de Shlomo Bar, no quería más que acostarse con él. Descriptarlo. Y seguir con su vida. Pero el sexo con él fue sorprendente. No creía que nadie pudiera enseñarle nada nuevo con toda la experiencia adquirida en el kibutz. Pero Dori le enseñó que los preliminares pueden no ser aburridos. Y por la mañana le preparaba unos omelettes maravillosos. Con guarnición. Que ella devoraba en medio minuto. Mientras, él seguía disfrutando una guarnición tras otra, un largo rato. Le divertía su ritmo. Le abrió su corazón como no sabía que era capaz de hacer. Durante los días en que él estaba más ocupado, ella lo esperaba en su casa de Rejavia bajo el grueso edredón, en ropa interior, para que por lo menos tuviera algo que quitar, sin leer, sin mirar la televisión, sin subrayar los apuntes de clase, solo escuchando el disco hiberna de Arkadi Duchin, «Quiere y será», esperándolo con una calma no habitual en ella, con la conciencia tranquila sabiendo que pronto llegaría y le quitaría toda la ropa salvo los calzoncillos, entraría bajo el edredón y se arrimaría a su espalda.

Pero todo fue hace mucho tiempo. Muchísimo. Ella ha progresado durante esos últimos años. Y él se ha quedado bajo el edredón. Tan... metido en su Jerusalén.

Tenían un profesor en la universidad que escribió en la pizarra: «Amor = dependencia mutua y respeto a la independencia del otro.» Como si el amor

tuviera una definición. A-mor. Una palabra demasiado larga. Demasiadas consonantes. Cuerpo. Tiempo. Allí. Aquí. Da. Toma. Ve. Ven. Son palabras más adecuadas a esa década de crecimiento de los niños. Mantente en tu década o disparo. Había un disco así de Danny Robas. Una recopilación. A Dori le gusta Danny Robas. A ella no. Lo encuentra pasado de moda. Él se lo pone a Neta camino de la guardería. Después Neta canta: *Llego a casa por la noche, enciendo la luz de las escaleras*. Es un caso, este niño. ¿Cómo es que no lo ve el mundo entero? ¿Cuánto tiempo hace que se balancea? ¿No es una señal de autismo? ¿Quieres ir al tobogán, Neta? ¿No?, pues no. Ayer, Hamás capturó a un soldado. Cerca de Gaza. Su foto salió en el periódico. Con cara de niño. Neta también irá al ejército algún día. Acaso ocurra un milagro y le descubran alguna pequeña tara. Algo sin importancia. Que le baje el perfil militar. No caerá esa breva. Dori no aceptaría que hiciera el servicio militar. A veces ella no lo comprende. No está dispuesto a acompañar a sus alumnos a «La marcha de los vivos» en Polonia, porque «fomenta su síndrome de víctimas» y prefiere mandarlos diez minutos al museo de su madre para que «fomenten su orgullo ante la creatividad maravillosa del Siglo de Oro». Por otro lado, en cuanto recibe una orden de movilización de los reservistas, acude al acto como un niño grande. No por los colegas. En la práctica no soporta mucho a la gente de la reserva. Simplemente, «es parte de la vida en este país». Y además «imposible que el país avance sin sentirse pueblo». Quizás es lo que debe responder cuando le preguntan. Decir que Dori está en la reserva, en lugar de la mentira sobre el intercambio de enseñantes. Que intercambien al soldado que han capturado, que lo cambien por cuantos prisioneros haga falta. Su rostro. Cinco llamadas sin responder. ¡Cinco! ¿Qué hacer con esos jefes de producción? Una guardería, dirige. ¿Qué, una guardería? ¡Una nursería!

Neta al fin está dispuesto a bajar del columpio. Da unas vueltas con el patinete, se cae y berrea como si fuera a morir. Cuelga a su empleado abruptamente y corre hacia él. Le aprieta el sostén. No ha pasado nada. Todo va bien. No hay sangre. Ahora ya no quiere el patinete. Quiere irse a casa. En casa, la cena. El baño. Los dientes. Un cuento. Otro cuento. Tápame bien. Tápame otra vez. No se duerme. Canturrea Danny Robas, *A través de toda la gente, nuestras miradas se encuentran*. Esta noche se encontrarán en la cama. Su agradable olor. Se ha dormido gracias a Dios. Se ducha inquieta porque todo el rato tiene la impresión de que ha dejado un cabo suelto. Al salir de la

ducha se acuerda y llama a su madre. El miércoles le va bien. Eres la reina, mamá, le dice. ¿Por qué no eras así cuando yo era pequeña?, no se lo dice. ¿Por qué cuando era pequeña siempre deseabas estar en otra parte?

Tengo la sensación de que va a estallar la guerra pronto, declara su madre, como una tertuliana. Pero siempre tienes esta impresión, le responde. Ya lo verás, se obstina su madre. Verás que esta vez tengo razón. Ha vuelto a hacerse pipí, dice ella. No hace falta decir quién. Bueno, no es extraño, dice su madre. ¿Cuándo regresa Dorinke? No lo sé muy bien. Ahora va camino de Argentina, su odisea. Parece ser que su padre ha perdido el norte y ha ido a parar allí. ¡Quién lo hubiera creído de Mani Peleg!, dice su madre. Un hombre tan agradable. Bueno, mamá, tengo que colgar, ¿entonces el miércoles?

A continuación enciende el ordenador portátil. Se lo lleva a la cama. Responde correos. El supervisor de la agencia de publicidad tiente de nuevo la suerte. «Me ha costado concentrarme en la última reunión», le escribe. Imbécil. Ya se lo dejó bien claro en Barcelona: una sola vez. No más. Fue unos meses después de que la madre de Dori falleciera. Cada noche se ponía el camisón más transparente y le pedía a Dori: ven a la cama. Y él respondía: enseguida. Y se quedaba viendo las noticias deportivas y después la repetición. Entonces ella se fue a Barcelona, un breve viaje de trabajo. Y esos europeos no cesan de beber vino. Antes de las reuniones, durante de las reuniones, después de las reuniones. Estaba a punto de bajarle la regla. Entonces le dijo a ese supervisor que la había acompañado hasta la puerta de su habitación del hotel y que se quedó allí, con el codo apoyado en la puerta con su mirada hambrienta: una sola vez. Y él dijo claro, entiendo. Los hombres están de acuerdo con todas las condiciones que les propongas el momento antes. Y desde entonces, cada tantas semanas, se interesa por ella. Tantea el camino, a ver si hay suerte. Y ella le responde lo más lacónicamente posible, sin ofenderlo. Que, por un lado, no abriga ni un ápice de sentimiento por él y, por otro, tienen relaciones laborales. Y casi a punto de dormirse escribe un breve correo a Dori.

Hi, Dor,

Por lo que he entendido te has separado de Alfredo y viajas para Argentina.

Llama en cuanto puedas. Neta quiere hablar contigo. Te echa de menos.

A continuación borra «echa» y escribe «echamos».

Puede que sea una mentira piadosa. De todos modos, de momento, está demasiado fatigada para reflexionar sobre ello. Se le cierran los ojos. Antes de Neta, tardaba mucho rato en dormirse. Ahora es capaz de quedarse dormida a cualquier hora y en cualquier lugar. Antes de Neta, soñaba. Ahora ya no tiene sueños. De hecho, puede ser que sueñe con una cascada que, como un vestido de agua, se precipite desde un alto acantilado y ella se encuentre en medio, entre la cascada y el acantilado, aullando, resguardada por el estruendo del agua, lo que no consiguió aullar en la terraza del edificio Futuros; aunque por la mañana no recuerde nada.

Neuland

Dori

Una gran ciudad, Buenos Aires. hora y media en salir de ella. Un semáforo tras otro y otro más, después del peaje de entrada a la autopista. Y a ambos lados de la carretera, una tienda Ikea, un parque de vehículos de segunda mano y hoteles con nombres como «Kis me» o «Paradise» con tarifas por horas, seguro.

En uno de los semáforos ve un cartel con una flecha que indica la calle Garibaldi y le dice a Inbar:

Aquí fue donde capturamos a Eichmann.

¡Lo sabía! Se alegra Inbar, ¡sabía que toda la historia de tu padre era una tapadera para ocultar que perteneces al Mosad!

Sí –le sigue el juego– Iser Harel me ha llamado para decirme que hay que avanzar la hora H media hora H. Y yo le he respondido, Iser, el coche. Pero no ha querido escucharme. Traédmelo vivo o vivo, me ha chillado. Entonces, me he colocado la pistola en el calcetín y he salido... Basta, ¿de verdad creías que era un agente del Mosad?

Sí, no me preguntes por qué. Me había montado una fantasía completa alrededor de esto.

Siento mucho echar tu sueño abajo. Ser profesor es mucho menos sexy, lo sé muy bien.

No necesariamente. Lo sexy es la pasión. Y todo hombre que lo hace todo con pasión...

Inbar

Está sorprendida (aunque no tanto) de que la palabra «sexy» se le ha escapado. ¿Cómo que sexy? Bueno, él la ha dicho antes. Él ha empezado,

piensa. Y guarda silencio. Y se aparta un poco del cristal y recapacita: con o sin Hoffman, tengo que acostarme con él y basta.

A continuación vuelve la vista hacia las vallas publicitarias e intenta comprender lo que quieren venderle en español. Mientras, tiene una idea para escribir una narración breve: un nazi refugiado en Buenos Aires después de la guerra, encuentra trabajo con uno de los judíos locales, luego el nazi se enamora de la hija del...

Saca su cuaderno y escribe.

Al cabo de un rato, levanta los ojos de la hoja. La carretera transcurre entre vastos campos. Llana. Monótona. No es Neuland. Es *No Man's Land*, piensa. En la radio de Victorcito tocan un tango y ella se imagina bailando con Dori, aunque no tiene ni idea de cómo se baila. Pero le resulta agradable arrimarse a él, mejilla contra mejilla, pecho contra pecho. Como en La Paz. Fue sexy. Bueno, basta con esta palabra. Dirige la mirada hacia él. Tiene los ojos bien abiertos. Canturrea una canción en voz baja. Una característica suya no muy sexy. Si fueran pareja, seguro que eso la molestaría en algún momento. ¿En qué estará pensando? Una pregunta irritante. No se lo va a preguntar. Sin embargo, le gustaría saber en qué piensa. A juzgar por la nube que vela sus ojos y que su cuerpo no se sienta atraído hacia ella en el asiento, parece ser que piensa en su familia. Quizás si se concentrase podría llegar a leer realmente sus pensamientos. A veces funciona cuando se pasa mucho tiempo juntos.

Dori

Viajo por la autopista/un toque de invierno en el aire/y en mi ventanilla, el paisaje pasa frente a mí/ o yo frente a él...

Radio-Dori toca Danny Robas. Los ojos siguen mirando por la ventana. El cuerpo ya se ha acostumbrado a los traqueteos de la carretera, al ritmo distinto que toma la respiración cuando vamos por los caminos, y la mirada se dirige al paisaje interior.

Hace ya tres días que no habla con Roni y Neta, y no siente añoranza. Es decir, los echa de menos. Pero no hasta enloquecer. Las preocupaciones sobre su hogar se atenúan. Se nublan. Eso es. Hay algo profundamente deteriorado

entre él y Roni. Mejor dicho: en el triángulo Roni-Neta-él. El viaje se lo ha hecho comprender. O admitir. Sin embargo, extrañamente, no tiene ningún deseo por arreglarlo. Puede ser que lo desee, pero ese deseo se ha oscurecido. Todos los deseos que conciernen a su hogar se han oscurecido en el transcurso de estos últimos días. Mientras que todo lo que ocurre con Inbar es vital.

Como la erección que tiene cuando ella dice sexy. Cantidad de sangre. Con agujonazos dentro del pantalón. Cambia de posición para que no le moleste, intenta ver si ella se ha dado cuenta. Desea que se dé cuenta. La desea. Aquí y ahora. En el asiento trasero. Besar esos labios, meter la mano entre esos cabellos y poco a poco tumbarla en el asiento y desabrocharle los botones de la blusa y del pantalón, para descubrir que lo que hay entre ellos no es más que una atracción de esa clase. Mucho más sencillo. Pero ella está escribiendo. Levanta la mirada de la página y en un instante furtivo sus ojos se encuentran, pero entonces vuelve los ojos hacia Victorcito y descubre horrorizado que va dando cabezadas sobre el volante.

¡Eh! –grita.

¡Se duerme! –le grita a Inbar. ¡Dile que se detenga!

Se detienen en un parador de la carretera. Hace mucho frío fuera. El cielo es claro y glacial. Dentro hay sillas de montar, riendas, herraduras. Y utensilios para tomar mate. Victorcito le explica a Inbar, que le explica a su vez a Dori: esto es el vaso del mate y esto la bombilla, la vara-filtro metálica con la que se sorbe el mate. Y esto es el termo, con el cual dispones de agua caliente para cebar la yerba mate. Esas son las yerbas con las que se preparan los distintos sabores del mate. ¿Qué van a tomar?

Café, responde Dori. Inbar tose para disimular la risa.

* * *

Eso sucede cuando el camino es interminable. Eso sucede cuando los campos de trigo dejan lugar a campos de maíz y estos a campos de soja, cuando el silencio en el vehículo es relajante. Eso sucede justo después de que Dori piense que el barón de Hirsch tenía razón. Realmente en Argentina hay inmensos espacios que invitan a instalarte en ellos. Eso sucede cuando las pupilas empiezan a atraerse una a la otra como imanes y la frente se afloja...

Deja que la cabeza caiga sobre el hombro de Inbar.

No es que no sepa lo que hace.

No es que no sepa que a partir de ese instante le será difícil hacerse el ingenuo.

Pero ya no le quedan fuerzas, sencillamente ya no tiene fuerzas para luchar.

Nesia

No le gusta contemplar la naturaleza a través del cristal de un coche. A la naturaleza, ha aprendido en sus viajes, no hay que mirarla, hay que sentirla.

Beber el aire, por ejemplo, y sentir que se está acibillado de sol. Abrazar un árbol donde tiene la herida. Caminar entre las gotas de lluvia, no en sentido figurado, sino de verdad. Caminar bajo un chaparrón procurando que no te alcance ninguna gota. Lanzar una piedra a una charca y ver cómo se propagan las ondas que se ensanchan más y más. Dejar en libertad a todos los animales enjaulados del zoológico.

Incluido el guepardo.

Una vez hecho todo eso, se puede pasar a la fase siguiente en la que comprendes que todo es parecido a todo. Por ejemplo, las ramas de los árboles y los brazos de las personas. Todo encaja con todo. Por ejemplo, un pez limpiador sale indemne de entre los dientes de un tiburón.

Y en un mundo así no queda sino intentar integrarte, intentar hacer siempre la cosa que surja de sí misma, es decir, si un hombre pone su cabeza sobre ti en el transcurso de un viaje, acaríciala la nuca una y otra vez, acaricia y consuela, al diablo todo, con infinita ternura.

Lili

A veces aún oye los pasos de Nathan por la casa. Aún lo oye arrastrar la pierna izquierda, después avanzar con la derecha, su pierna fuerte. A veces aún cocina por error comida para los dos. Olvida que con un huevo basta. Y que no hay nadie para comer una cantidad tal de zanahorias dulces. No pone

la mesa para él, eso no. No pone frente a su silla un plato, un tenedor y un cuchillo, ni el vaso largo y estrecho con el que le gustaba beber agua. No está senil, aunque en los últimos días tiene una especie de momentos muertos, como los de la radio de un coche al pasar debajo de un puente...

A veces escucha las noticias y se imagina lo que Nathan hubiera dicho. Siempre tenía algo que decir. Y casi siempre era original e interesante. A veces, los comentaristas decían exactamente lo mismo que él acababa de decir unos momentos antes y entonces un ligero rubor de satisfacción aparecía en la punta de su nariz...

Desde que murió, las noticias no le interesan de verdad. A lo mejor precisamente a causa de ese desinterés, solamente se fija en las tendencias de los encabezados de los informativos: elevar a un hombre a lo más alto hasta hacerlo parecer un héroe, para que después puedan...

Lo cierto es que ve mucho menos la televisión desde que Nathan falleció. Ver la tele juntos era agradable. Verla sola le produce un sentimiento de soledad. Además, está esa serie australiana, ¿vaya, cómo se llama? ¡No consigue recordar el título de la serie, diablos! Solo el nombre del personaje que le gustaba: Emily. Una mujer hermosa. Bien proporcionada. Le recordaba mucho a Esther, con sus bonitas piernas. A lo mejor por eso le gustaba tanto. En la serie, Emily vivía con sus dos hermanas en Melbourne. Esas dos hermanas eran malas y estúpidas mientras que ella era inteligente y llena de alegría de vivir. Llevaba el pelo recogido en un moño y unos pendientes muy bonitos. Y, de pronto, en plena tercera temporada. Muere. Sin duda le ocurrió algo a la actriz que hacía su papel, no había otra explicación posible. Las hermanas dijeron que Emily había sufrido una operación de cirugía plástica que se había complicado, pero ¿cómo era posible que una mujer tan hermosa recurriera a la cirugía plástica? ¿Qué tenía que corregir? Sea como fuere, su muerte golpeó sorprendentemente a la serie. Demasiado parecido a cómo la muerte de pronto nos pega en la vida real.

Lloró sola en el salón en el episodio en que Emily muere. Lloraba por muchas cosas. Un entramado inextricable de espirales con espirales de espirales de nostalgias. Y desde entonces no es capaz, no quiere estar tan apegada a los personajes de las series de televisión, y si no lo está...

A veces siente a su alrededor la fragancia de Nathan. En el salón. En el dormitorio. Y a veces...

Olía a vergel. Aun cuando abandonaron el kibutz, aun después de haber

vivido cuarenta años en Haifa, aun cuando todos sus amigos olían a vejez, Nathan aún conservaba la fragancia de los árboles frutales.

Abandonaron el kibutz a los tres meses de llegar. Por ella. Ella no quería vivir allí y él deseaba que fuera feliz. Era imposible en una pareja, decía, que uno de los dos sea desgraciado sin que al final también el otro lo sea.

No era muy locuaz su Nathan, pero, cuando hablaba, sus palabras tenían sentido. Y siempre procuró escucharla porque sabía que a ella le importaba conversar.

Ella también se preocupaba por él. Se interesó por el fútbol y preparaba el jamín, la sopa del sábado, con pasta, como su suegra lo hacía, y se ponía minifalda cuando estaba de moda aun cuando sus piernas no fueran adecuadas a la mini...

Y procuró con todas sus fuerzas olvidar a Fima.

Pero ¿por qué quiso abandonar el kibutz? De pronto no consigue recordarlo. Esos últimos tiempos es así, incluso si se sienta en la silla de los recuerdos, tiene la memoria llena de agujeros, como un encaje. Nunca antes se había dado cuenta de que la palabra encaje tiene también otro significado: los encajes del cerebro, que ya no ajustan del todo bien...

Ayer al telefonar Hanna para compartir con ella su preocupación por Inbar, no reconoció su voz —creyó que era una encuestadora—, le dijo que estaba ocupada y Hanna se ofendió. Claro que se ofendió. Su ofensa es crónica. Todo lo que haga esta niña, que ya es toda una mujer cultivada y próspera, siempre la va a ofender...

Le tenía celos. A Hanna. Porque a ella sí que le quedaba bien la mini. Tenía celos de su hija. Eso no se podía disimular...

Pero ¿cuántos años tenía Hanna cuando le permitió ponerse una minifalda? La red. Su memoria es una red agujereada, eso es su memoria.

Hoy quizás pondrá en marcha el ventilador en el número tres y no en el dos. Dicen en los informativos que el globo terráqueo se calienta. Los glaciares se derriten. Sube el nivel de los mares. Puede ser que en julio no sea suficiente el dos.

Bueno, así. Está bien.

Cada vez que imaginaba la casa que tendría con Nathan en el kibutz, se la imaginaba ligeramente distinta. Una vez le añadía una chimenea. Otra, un techo de tejas. Y otra, plantaba lilas en el jardín. Entonces decidía que los crisantemos serían más adecuados al clima de Israel. A veces, la casa tenía

tres habitaciones, otras veces dos, y con una gran terraza. Durante los días en que su barco se acercaba a la costa, había decidido dividir el salón y la habitación de los niños con un tabique y justo en el momento de desembarcar decidió no ponerlo...

Pero ninguna de las veces en que imaginó la casa había en ella más habitantes que ellos dos.

Tengo que advertirte algo, dijo Nathan cuando el autobús se acercaba a la puerta del kibutz.

Lo sé, dijo ella. Por eso he traído solo vestidos sencillos. Si de todos modos los vestidos van a ser propiedad de la comunidad, entonces...

No se trata de eso, Lili.

* * *

La llamaban Gordonia. De hecho se llamaba Alberta pero se obstinaba en que la llamaran Gordonia. Y esa era la condición que el kibutz había impuesto a Nathan. ¿Quieres vivir con tu compañera de la formación agrícola? Estamos contigo. Pero deberá unirse a vosotros una «carabina». Una tercera compañera de piso. Por un tiempo.

Al entrar en la casa de madera, aun antes de ver a la «carabina», le golpeó la nariz un olor que aprendería a identificar. Olor a esperma.

Después del olor llegó la misma Gordonia, con botas de montar y una camisa masculina hasta las rodillas. ¡Bienvenida, *señora* Lili! La aplastó contra ella en un fuerte abrazo, luego la tomó por la cintura, se apartó un poco para verla mejor, y soltó: existes de verdad. Ya creíamos que eras una invención de Nathan. *Pero* —le hundió los dedos en el hombro para cerciorarse—, hay bastantes chicas que se van a decepcionar, existes sin lugar a dudas.

¡Olvidé presentarme, soy Gordonia Stirin! Le tendió la mano, tomó la de Lili y se la estrujó. Soy vuestra carabina. La tercera rueda. La espina en la garganta. El barro en el suelo. Los ruidos que impiden dormir por la noche. Los pelos en la bañera. Me excuso de antemano por todo eso. Hubiera preferido un cuarto para mí sola, en Argentina lo tenía, pero estamos en un kibutz. Todo es comunitario, ¿eh? A propósito, en la alacena hay *empanadas* que preparé por la mañana. Seguro que estáis hambrientos después del viaje. Me excuso por no quedarme. Pero tengo que irme. El entrenamiento en el

arsenal empieza dentro de unos minutos. *Un beso*, y se llevó dos dedos a los labios para lanzarlo al aire...

¡Chao!

Gordonia había nacido en Moisés Ville, una de las primeras colonias fundadas por los «judíos del barón de Hirsch» en Argentina. Su familia, le contó a Lili mientras tomaban mate que había preparado para las dos, había emigrado a Argentina después del pogromo de Kichinev. Ella ya nació allí. Sus mejores compañeros de la infancia fueron los caballos. Y las ocas. A los catorce años perdió la virginidad a manos de un gaucho autóctono. No judío. A los quince, aprendió, de otro gaucho que se sentó a su lado en el teatro Kadima, algo que le gustaría hacer partícipe a Lili si lo deseaba: cómo tener tres orgasmos sucesivos en pocos segundos. A los diecisiete, su familia, como tantas de las colonias agrícolas del barón de Hirsch, se trasladó a Buenos Aires. A los dieciocho, después de conocer a un agente del movimiento de los kibutzim, cuya piel sabía locamente a naranja, se unió al sionismo. ¿Por qué os mudasteis a la ciudad?, reprochó a sus padres. ¡El pueblo judío no renacerá sin el trabajo de la tierra! ¡Y no hay otra tierra digna de ser trabajada que la tierra de Sión!

Una noche sin luna huyó con su agente hacia Palestina. En barco. Él estaba seguro de que se casarían, pero el matrimonio no era para ella. ¿Y qué hiciste con ese pobre chico al llegar a tierra?, le preguntó Lili. ¿Qué quieres decir? Gordonia estaba asombrada de esa reacción. Lo dejó llorando en la playa de Yafo. Alguien tiene que ocuparse de mantener el mar salado, ¿no? Después me monté en un autobús para el kibutz. ¿Cómo supe llegar aquí? No tenía ni idea. Fui buscando de kibutz en kibutz, hasta encontrar uno que tuviera una cuadra digna de este nombre. Y así llegué a este agujero. Ahora debo irme. Me espera la patrulla. ¡*Un beso*, Lili, chao! Vuelvo por la noche, así que, si tú y Nathan queréis un poco... *pasarla bien*... ¡Te ha esperado *mucho tiempo*!

* * *

Gordonia cabalgaba cada día con los guardianes con una carabina al hombro izquierdo. A causa de sus rasgos afilados y su camisa ancha, costaba distinguir que fuera mujer.

También trabajaba en el establo. En el gallinero. En la plantación. Todos esos trabajos los conocía muy bien de la colonia del barón de Hirsch, en

Moisés Ville. Trabajaba con ahínco, con orgullo. Y por la noche regresaba a la casa de madera de Lili y Nathan. Con olor a cuadra. Y a semen.

Por las noches, al otro lado del delgado tabique, se divertía con los guardianes. Cada vez con uno distinto. Lili intentaba taparse los oídos, sin embargo no podía impedir ver cómo huían las lagartijas por medio de las rendijas de su cuarto cuando empezaba el jaleo, ni mucho menos dejar de oír sus gritos, ¡Dios! ¡Dios ¡Dios!, tres veces seguidas en pocos segundos, cuando terminaba.

La misma Lili, ni siquiera logró un ¡Dios! desde que llegaron al kibutz. Es porque no tenemos ni un ápice de intimidad, se quejaba con Nathan. Pero la verdad era mucho más amarga. Ese kibutz, su más anhelado deseo durante los dos años de formación agrícola, la deprimía. Fracasó por completo en todos los trabajos en que esperaban que ella destacara. En el establo, su producción de leche ordeñada era tan miserable, que la responsable sospechó que mentía y que se quedaba la leche para ella en un depósito oculto. En el gallinero, su presencia hacía huir a las gallinas. En la cocina, los vasos y los platos se le resbalaban de las manos y se rompían. Y en la torre de guardia se dormía sobre el teléfono, justo cuando llegaba una inspección de la Haganá.

Se sentía como Sansón cuando le cortaron el pelo: todas las cualidades que la habían transformado en «Lili Freud», en jefa del comité y jefa de la manada, en el kibutz no tenían ningún valor. A nadie le importaba que le gustara leer. Ni su hermosa escritura. Todo lo contrario, sus intentos de hablar de libros con las mujeres del kibutz le otorgaron el título de pretenciosa.

Chismorrear de ti, le dijo Nathan. Y desde el momento en que se lo dijo, oía esos chismorreos cada vez que paseaba por los caminos del kibutz, en el comedor, en la lavandería, en la casa de los niños, chismorreos, chismorreos, chismorreos, fragmentos de conversación, miradas. Una mañana de viernes, una de las blusas que llevaba en la maleta, después de haber pasado por todas las otras chicas, milagrosamente le llegó a ella. Y se la puso, tomó a Nathan del brazo, el cuerpo erguido, la cabeza alta, en efecto, no sé ordeñar vacas, pero por lo menos estoy guapa, pensó, y entonces le pareció oír, o quizá imaginó que oía, a una compañera que pasaba cerca diciendo: es elegante la novia de Nathan, y otra mascullo: una burguesa, Lili estalló y le exigió: dilo en voz alta, ¿por qué murmuras? Y la otra, avergonzada, dijo, solo decía nubes, hay nubes, seguro que por la noche va a llover en abundancia y Lili

dijo mentirosa, eso es lo que eres, una mentirosa, y Nathan dijo Lili, basta, Lili, no es culpa suya, la tomó del brazo y regresaron a la habitación, y allí las lagartijas huían por las rendijas y Gordonía chillaba, ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! Y luego salió con una chica, Dios nos asista, y Lili añoraba su casa, otros cielos más altos, pero allá hay guerra, y quién sabe qué les ha ocurrido a su padre y a sus hermanas, por qué después de la carta en la que su padre le contaba cómo le habían despojado de su gorro de astracán, cesó la correspondencia, y tampoco era conveniente hablar de eso aquí...

Pero ¿dónde tienes la cabeza?, le riñó un día Rama, la encargada de la cocina. Se le había resbalado otro vaso, que se hizo pedazos contra el suelo.

Allí se le escapó la verdad, hace meses que no sé nada de mi padre ni de mis hermanas...

¿Crees que eres la única, compañera Lili?

No, pero...

Esther fue quien la ayudó a tomar su decisión final. En cuanto recibió la carta de Lili se montó en el primer autobús de Haifa para ir a visitarla.

Estaba preocupada por ti, dijo. Y ahora veo que tenía razón. Mira qué aspecto tienes. Pálida, marchita. Hasta tienes los pechos caídos.

¿De verdad?

No. Pero pareces un tomate seco. ¿Qué es lo que te han hecho aquí?

Vente a Haifa, dijo después de haber escuchado los infortunios de su amiga. En el piso de abajo ha quedado una habitación libre. Es pequeña, pero será solo para vosotros dos. Sin «carabina».

Y, como para reforzar sus palabras, Gordonía irrumpió en la habitación – ¡Hola, Lili!– lanzando las botas de un manotazo, reparó en la invitada y preguntó: ¿Quién eres?

Esther, respondió.

¡Esther! Hemos oído hablar mucho de ti, dijo Gordonía (Lili no recordaba en absoluto haber contado nada de Esther a nadie del kibutz, salvo a Nathan). Mucho gusto. ¡Soy Gordonía Stirin!, la «carabina». La espina en el trasero. La mosca en el cocido del amor de Lili y Nathan. Se acercó a Esther con una ancha sonrisa, le dio un fuerte abrazo, luego le acarició las piernas hasta la línea del pantalón corto, mientras decía: Bueno... vaya piernas que tienes Estherika. *Matarrría* por tener unas piernas como estas. ¿Has venido a remontar un poco la moral a nuestra Lili? *Buenísimo*. La verdad es que desde

que ha llegado está algo amargada. Quizás puedas explicarle que la amargura no se aviene con el clima de Palestina.

* * *

Esa misma noche habló con Nathan. Y él –como Esther había vaticinado– accedió. Tu felicidad, dijo, es la mía. Y Haifa es una ciudad muy bonita. Desde cualquier sitio se ve el mar.

Pero hemos soñado tantos años con el kibutz, Nathan; se había asustado ante su aprobación. Habíamos soñado en fundar una nueva sociedad. Mejor. Establecer otro tipo de relaciones entre la gente. Ni urbanas. Ni burguesas. Igualitarias.

Entonces soñábamos, dijo Nathan. Los sueños existen para poder soportar la realidad.

Soy una mujer con suerte, le dijo, mientras el autobús se alejaba del kibutz, de tenerte a ti en la vida real. Y se avergonzó, se avergonzó muchísimo porque el primer pensamiento que se le ocurrió al aproximarse al Monte Carmelo fue: Haifa es una gran ciudad con mucha gente. Quizás un día encuentre a Fima.

* * *

Gordonia –ahora lo recuerda y la invade una tristeza sorprendentemurió en la guerra de Independencia. Una muerte tonta. Bajo el fuego de nuestras propias fuerzas. Unos meses después de su muerte la llamaron del kibutz. Al parecer le había dejado una carta sellada. ¿Para mí?, preguntó. ¿No eres Lili Blum? Entonces aquí hay una carta para ti, tronó la telefonista con la impaciencia propia de la posguerra. Ven a buscarla en una semana. Si no, la tiramos.

Fue al kibutz. Gordonia había dejado muchas cartas antes de entrar en combate. Como si lo hubiera sentido. La que le había destinado contenía instrucciones precisas para llegar a tener tres orgasmos sucesivos y al final una sola frase: espero que lo aceptes como compensación a mi comportamiento grosero. Un abrazo, tu «carabina».

Cerca del rincón del recuerdo erigido en su honor a la orilla del río, hay un cartel:

A la memoria de una mujer valiente, Gordonia (Alberta) Stirin (1922,

Argentina-1948, Israel).

* * *

Por la noche, telefonea Inbar. Cuando se despierta Lili, los agujeros del encaje de la memoria se agrandan más.

Estoy en Argentina, dice Inbar.

Gordonia, le dice, ¿no habías muerto en la guerra de Independencia?

Soy Inbar. ¿Quién es Gordonia?

¡Ah, Inbar! ¿Por qué no me visitas más a menudo?

Estoy en Argentina, abuela, ¿no te acuerdas?

¿Cómo puedo olvidarme si no lo recuerdo? ¿Qué haces en Argentina?

Voy de camino a un lugar llamado Neuland.

¿Altneuland?

No, Neu-land.

¿Inbar?

¿Sí, abuela?

Me has interrumpido en pleno sueño. ¿Podrías llamar mañana por la mañana?

Ningún problema. Solo estaba preocupada porque mamá dijo que...

Imposible preocuparse de lejos, cariño mío. Preocuparse a distancia es como besar a través de una sábana. O como comprar bonos de apoyo a Israel. ¿Deseas preocuparte por mí? Vente para acá.

Inbar y Dori

Cuando Inbar termina de hablar con su abuela, de nuevo están muy juntos los dos en el asiento de atrás, hombro con hombro, las telas de las camisas se frotan. Son ya ocho horas, como de Dan a Eilat, del norte al sur de Israel, por llanuras interminables, boscosas, verdes, cruzadas de vez en cuando por un río cuya pendiente es tan insignificante que no se sabe cómo puede fluir el agua. En el río, pescadores con cañas. Y vacas. Muchas vacas. Vacas negras con manchas blancas, vacas blancas con manchas negras, de pie, como estatuas. Se diría que todo aquí está inmóvil desde hace milenios. Sin

embargo, poco a poco, a medida que se van alejando de Buenos Aires, se notan cambios graduales: el paisaje se vuelve más pobre, hay parches en la carretera, las vacas son más flacas, los pájaros están posados en los cables eléctricos que parecen tensos, aun cuando se curvan en el medio, como las hamacas. Un cartel comunica: «Una vivienda para toda la vida», una casa prefabricada que viaja contigo. Otro cartel, oxidado, señala un hotel, pero en vano, no hay ningún hotel. Acaso hubo alguno y ha cerrado. Unas porterías de fútbol sugieren que hubo césped alguna vez, por más que ahora solo hay hierbajos, el paisaje se difumina incorpóreo, más tenue, el alma desfallece, se aflojan las viejas tejas en los tejados de las casas, los recuerdos menguan...

Hasta que aparece el primer cartel que anuncia Moisés Ville. Solo a diez kilómetros.

¿Estás emocionado?, pregunta Inbar, y pone una mano en la de él y la deja allí.

No sé, dice Dori. Aún me cuesta creer que vamos a encontrar a mi padre. Creo que, cuando lleguemos, resultará que se habrá ido a otra parte.

Disculpe... señores... nosotros... tenemos to stop unos minutos en Moisés Ville, farfulla Victorcito.

¿Por qué stop?, preguntan ambos casi al unísono.

Para recoger a una señorita de aquí. Nos conducirá a Neuland, ¿sí? Victorcito se excusa por medio del espejo con ojos asustados. La colonia no se encuentra en la localidad, explica, sino en el campo situado entre Moisés Ville y Palacios. Y el camino hasta allí... *un poquito* difícil. Yo no lo conozco bien. Así es más *seguro, señores. Por favor.*

* * *

La entrada principal de la ciudad la preside una estatua en forma de barco parecido al de los inmigrantes ilegales con una inscripción en la base: «Celebración del centenario de la primera colonia judía de la Argentina», le traduce Inbar a Dori.

* * *

Si las calles de Tel Aviv despegan despacio, como en la canción de Assaf Amdursky, las calles de Moisés Ville aterrizan despacio. De hecho, parecen

pistas de aterrizaje. Anchas, perezosas y muy tranquilas. Victorcito también disminuye la marcha, como si se amoldara al ritmo del lugar, y va de izquierda a derecha bajo los ojos de los lugareños, que los siguen con la mirada de los habitantes de pequeñas aldeas donde todos se conocen y cada visitante es una atracción.

Finalmente se detienen cerca de un hermoso edificio, antiguo, casi derruido pero bien revocado, con un gran letrero en hebreo en lo alto: Kadima.

Quédense en el coche, voy a buscar a nuestro contacto, les pide Victorcito. *Momentito*, ya vuelvo.

Estamos solos, nos podemos besar, piensa Inbar. Pero Dori concentra toda su atención en el exterior, ella también mira por solidaridad. Por la ventanilla del vehículo se ve una sinagoga. Una carnicería. Una zapatería. La oficina de la «Cooperativa judía fundada por el barón de Hirsch». Dos jóvenes de piel oscura van en bicicleta. Un grupo de ancianos toma cerveza. Un restaurante de asados.

Un auténtico *shtetlito*, dice Dori admirado. Inbar saborea la palabra *shtetlito*. Le gusta.

Y en este mismo instante irrumpe en el coche, como un ciclón, una joven señorita. Se instala en el asiento delantero, sobre las rodillas, frente a ellos, de espalda a la carretera y con la cara enrojecida.

Cecilia-Aharona

Sean bienvenidos, amigos de Israel. Me regocija acogerlos aquí, en Moisés Ville, la Jerusalén de Argentina, y de instruirlos en el camino hacia Neuland. Me llamo Aharona. Y también Cecilia. Bueno, me pueden llamar por el nombre que os produzca más placer. ¿Y vosotros? ¿Inbar y... Dori? ¿Sabes, Dori, tu rostro es muy similar al de Mani Peleg? ¿Es tu padre? ¿Qué estás discutiendo? En otras palabras ¿de qué estás hablando? Deben perdonarme. El hebreo de mi boca es algo irrisorio. Es el hebreo del seminario. Aquí, en Moisés Ville, las muchachas aprendemos hebreo en el seminario femenino. Y no tenemos dónde traducirlo. Horrible e ignominioso. Debido a eso deseo mucho viajar a la Santa Tierra. Pero mi familia no opina lo mismo. Yo, en diciembre cumpliré dieciocho años y no quieren que yo vaya a mi muerte en

el ejército de defensa de Israel, como Rosita-Verdina mi tía, bendita sea su memoria. Bueno, que se retire la preocupación de vuestros corazones. Dentro de dos semanas, amigos míos, habrá el concurso bíblico de Argentina y los tres primeros ganadores subirán a la Jerusalén dorada. Si gano el concurso, como representante de Santa Fe, ni mi misma familia podrá detenerme, así mis sueños se verán cumplidos y *desertaré* a la Tierra de Israel, donde hallaré un amor de *albas alas* como el vuestro, amigos. Mientras, yo ayudo a los israelíes que desean llegar a Neuland y no saben cómo hacerlo. Así también puedo traducir mi hebreo. Bueno, de tanto hablar de mí, no les he hablado de nuestro Moisés Ville. Nos acercamos en este instante al encuentro entre dos calles, Benyamin Zeev Hertzl y Barón de Hirsch. Hertzl y el barón se vieron dos veces: la primera vez, Hertzl intentó convencer al barón de que el territorio de refugio de los judíos debía ser en la Tierra de Israel *L*, pero, bueno, el estilo de discurso de Hertzl no fue satisfactorio para el barón, lo exilió de su oficina y tomó una decisión: Argentina sería la tierra prometida. La segunda vez, Hertzl y el barón se encontraron aquí, en Moisés Ville. En este cruce. ¿O es en esta cruce? –preguntó pidiendo que le corrigieran su hebreo. El masculino y el femenino en hebreo es un gran barullo. Como la cantante Dana Internacional de Israel que ganó la Eurovisión de Europa. Bueno, de Europa llegaron también los primeros colonos de Moisés Ville. De Rusia y de Polonia. Hoy en día, como pueden ver, hay aquí *muchas* forasteros y solamente trescientos judíos. ¿Cómo conversamos nosotros? El día en que la colonia tenga más años que judíos, será posible cerrarla. Esto es para reír. Ahora, en serio, nosotros aquí, en Moisés Ville, estamos orgullosos de nuestra historia, porque de no ser por nosotros, ¿a dónde hubieran escapado los judíos de Europa después de la Noche de los Cristales Rotos? Contamos aquí, en Moisés Ville, con un museo, sí. Y un palacio de la Cultura llamado Kadima. Y además cuatro sinagogas. En mi bolsa tengo todas las llaves si sentís deseos de verlo. Lo entiendo. Sí. Claro, lo entiendo. Vuestros rostros se dirigen a Neuland y la historia ya les resulta conocida. ¿El señor Dori es profesor de historia? ¿Por qué no me lo ha dicho antes? Yo converso, converso y no sé de lo que converso. Horrible e ignominioso. Si es así, ¿qué va a despertar vuestro placer, amigos míos? ¿Llegar a vuestro destino con rapidez? Bueno, a la izquierda, Victorcito, vamos a la izquierda por el camino lleno de baches. No se preocupen. Lo que tenga que ser será o no será. Es decir, nuestro viaje será *rompehuevos*, pero será corto. No más de quince...

cómo se dice... minutos... segundos, bueno, minutos. A veces la palabra más simple en hebreo, yo la olvido. Aquí, estamos muy contentos con Neuland porque solo ha traído bendiciones a nuestra pequeña aldea. Todos los lunes llega Sara, la heroína de Neuland y organiza una compra formidable en la carnicería y en la verdulería y unos muchachos de Neuland la ayudan con las cajas. A la una del mediodía todos los neulandeses salen como un solo hombre a ayudar a los pueblos de la zona, a los que lo desean. Justo ayer, una doctora de Neuland, gratificó con unas medicinas que no se podían conseguir por aquí a un niño de San Cristóbal y apartó los peligros que amenazaban su vida. Mis amigas de Palacios han empezado de pronto a hablar en un inglés fluido, que les ha enseñado un muchacho de Neuland, que va a su pueblo y don Rigoberto no cesa de decir a todo el mundo cómo los jóvenes de Neuland le salvaron su campo de maíz después de la gran tempestad. ¿Qué es lo que hacen dentro de la granja, me preguntan? Contemplar, constatar, reflexionar. A nuestra derecha cipreses y a nuestra izquierda casuarinas y eucaliptus y palomas en cada rama igual que entre vosotros, en la tierra que mana leche y miel. Tenemos también las siete especias de la Biblia. Y también higos chumbos, *sabras*. Como vosotros. Miren, eh aquí sus espinas. A la derecha, Victorcito. Y una vez más a la derecha. Bueno, ¿dónde estábamos? ¿Están deseosos de saber qué ocurre dentro de Neuland? Si es así, mi mano es demasiado corta para ayudarlos, porque aún no he cumplido 18 y es imposible franquear las puertas de Neuland si no los has cumplido. Así, pues, yo puedo explicar solo lo que puedo explicar, ¿sí? Agárrense fuerte que ahora hay un gran agujero. Sí, bueno, todos los campos que contemplamos en el camino son de soja. Antaño hubo vacas. Antaño silbaba así, con los dedos, y cinco vacas giraban la cabeza. Ahora todo es soja. La tierra que mana leche y soja. Es para reír. A los chinos les gusta la soja, compran mucha. ¿En Neuland? Sí, al final habrá mucha soja. Una docena de hectáreas ha adquirido tu padre a Hugo Yaakobi. Y enseguida, después de la adquisición, empezó a restaurarlo todo con los pioneros que venían con él. Antes hicieron una enorme compra en lo del constructor. A continuación, hicieron de la casa de Hugo Yaakobi un pequeño palacio. Trajeron tiendas. Trazaron avenidas. Un orgullo para la vista. ¿Que cómo lo sé? Se puede contemplar a través de la cerca. Sin entrar. Poco a poco empezó a llegar más gente y, ahora, una vez por semana por lo menos, llega un caminante. Y en cuanto baja del autobús a la *plaza* central de nuestro pueblo uno de esos caminantes enseguida me lo

mandan a mí porque todos saben que yo estoy ansiosa por traducir mi hebreo y por conocer a personas de Israel. ¡Dios! Cómo pude olvidarme. Os traje *knishes* para el camino. ¿Cómo es posible que no sepan qué son los *knishes*? Es un alimento judío. Mi abuela Paula los preparaba. Tomen, gustad, no están rellenos de veneno, sino de patata. Sabrosos, ¿verdad? Se los dije. Tomen más. Hay en abundancia. Bueno, al final están un poco callados y yo puedo hablar. Es para reír. Coman, coman. Es bueno para los judíos. El edificio a la derecha fue una vez una sinagoga. Ahora ya no. También donde tu padre, en Neuland, hay una sinagoga. Ahora la están restaurando. Díganme, amigos míos, por favor, ¿es cierto que en la *Tierra de Israel* una de cada cinco casas es una sinagoga? ¿No? ¿Qué dicen? Bueno, nos estamos acercando a Neuland. Está ahí mismo, detrás de los cipreses. Todavía no se puede contemplar. Cuando nos acerquemos más. Tu padre, *mister* Dori, buscó adrede un lugar que no se pudiera ver por casualidad desde el camino. Para la *prividad*. ¿Cómo se dice *prividad* en hebreo? No importa. Tu padre es un hombre... una persona del todo excepcional. Una vez le traje a un *mochilero*, vino hacia mí con el mate y me llamó Cecilia. Yo le dije: puedes llamarme también Aharona, lo que va a despertar en ti más placer. Entonces él me dijo: Cecilia-Aharona, deseo agradecerte la ayuda que nos has prestado en estas últimas semanas. Entonces le dije: Todo el placer es mío. Y me ofreció tomar mate con él, que, para nosotros, en Argentina, es un signo inmenso de honor. Me miró al fondo del alma, y entonces fue cuando comprendí por qué todos permanecen con él. Sin haber entrado en Neuland ni una vez, yo lo comprendí. Al que puede mirarte al fondo del alma, tú estás dispuesto a hacer mucho por él.

Bueno, aquí nomás, Victorcito. Este es el portal de Neuland. En lo alto hay siete estrellas, en recuerdo de la bandera que Hertzl tenía la intención de crear para el estado de Israel. Las siete estrellas simbolizan las siete horas de trabajo del obrero y transmiten una moral universal del trabajo igualitario. Y por el otro lado, atiéndanme, por favor, observarán que en la valla que rodea Neuland, los tablones forman una... ¿cómo se dice en hebreo?, estrella de David. ¿Lo pueden contemplar, sí? He aquí, también en mi llavero llevo una estrella de David. Bueno, yo hablo, hablo y de hecho lo pueden contemplar por sí mismos y si desean entrar.

Entonces, señor Dori, *señorita Inbar*, como decimos aquí: ¡Buena suerte! Si me necesitáis, estoy en Moisés Ville, en la calle Estado Israel, 32. Y el día

de la Independencia próximo, encended el televisor al mediodía y, *posible*, con la ayuda de Dios me verán allí. Representando a la Argentina en el concurso bíblico.

Chao, nosotros nos despedimos con un beso en la mejilla. Un beso.

Sí, así. Exacto. Necesitas un afeitado de urgencia, señor Dori. ¿No te molesta que pinche cuando te besas con él, señorita Inbar?

¡Bueno, hasta la vista, *muchachos!* ¡Vamos, Victorcito?

Inbar

Esperaré unos minutos fuera, le dijo Victorcito a Inbar. Si no vuelven, le diré a Alfredo que han encontrado a quien buscan y regresaré. Aquí está mi número de teléfono por si necesitan volver a Buenos Aires. Estaré unos días por los alrededores.

Muy bien, Victorcito. Muchas gracias, le dijo Inbar, y les dio una propina, a él y a Cecilia-Aharoná, tan llena de deseos. Dori estaba demasiado impaciente por el próximo encuentro con su padre para prestar atención a las despedidas.

* * *

Se acercan al portal coronado por un arco. En el arco está inscrito: neuland y debajo la frase: «Ser humano, eres mi hermano», en hebreo, en inglés y en español. Los únicos sonidos que se oyen son el gorjeo de los pájaros y un golpeteo monótono, indefinido, lejano.

Se abre el portal y un hombre que le parece familiar (¿de dónde... de dónde... del vuelo, de Lima?) les recibe con una gran sonrisa. Bienvenidos a Neuland, dice, los abraza a los dos, aunque se detiene algo más en ella, y añade: ¡Seres humanos, sois mis hermanos!

Se presenta, me llamo David, y hay algunas preguntas que debo hacerlos antes de entrar. No os preocupéis. Solo nos llevará unos minutos. Neuland es un espacio libre de teléfonos, de móviles y de cualquier otro aparato de comunicación, y debo saber si lleváis por casualidad un móvil, una cámara o una grabadora.

Dori dice que no con la cabeza a las tres cosas e Inbar confiesa que posee un móvil con la batería descargada y no tiene adaptador argentino para recargarlo.

Pues debes entregármelo para que lo guarde, dice David.

Pero te acabo de decir...

Estas son las normas. ¿Hay algo más que declarar?

Dori y ella intercambian una fugaz mirada de complicidad. No, dice Dori. No tenemos nada más que declarar.

¿Drogas de algún tipo? Debéis saber que el uso de drogas solo se permite en Neuland en el marco de las ceremonias destinadas a ese efecto...

No, no tenemos drogas, le interrumpe Dori.

Estupendo. Así, solamente me queda preguntaros cuál es el motivo de vuestra visita. No estáis obligados a responder. Se trata de una comprobación para nuestras necesidades internas.

Un encuentro.

¿Con quién, si se me permite preguntar? De nuevo os digo que no estáis obligados a responder.

Con Mani Peleg.

¿Con el señor Neuland? ¿Tenéis cita previa? Porque él no acostumbra...

Es mi padre, explota Dori, ¿te parece que debo concertar una cita previa?

¿El señor Neuland es tu padre? ¡Qué honor! El muchacho está estupefacto. ¡No hay que enfadarse, hombre! Neuland es un espacio libre de cólera y violencia.

Qué dices, dice Dori entre dientes.

Mira, Dori, Inbar pone una mano en el hombro a Dori antes de que la situación degenera, hace ya unas semanas que está buscando a su padre. A fin de cuentas solo desea hablar con él y comprobar que está bien.

Ningún problema, ningún problema, dice David. Entonces consulta su reloj y añade: aunque deberéis esperar un poco porque a esta hora el señor Neuland se dedica a sus visiones.

¿Visiones?

Sí, en cada sociedad, alguien tiene que pensar en el futuro. Y en Neuland él es quien asumió esta carga para liberarnos en el presente. Termina a las cuatro. Entonces le podré anunciar vuestra llegada. Mientras, os voy a dar un pequeño plano y unas hojas de información. Estáis invitados a pasa: con toda libertad por nuestro recinto. Dori, hermano, me disculpo desde el fondo de mi

corazón si el proceso de integración te produce alguna incomodidad. Puede que sea yo el culpable. A veces olvido cuán difícil puede ser el paso del mundo exterior al nuestro. Espero que encuentres un lugar en tu corazón para perdonarme.

* * *

También puede enamorar un lugar. Un lugar puede también reactivar un mecanismo adormecido de dicha. Y eso es lo que le ocurre a Inbar cuando ella y Dori cruzan el portal de entrada y Neuland se revela ante sus ojos: un embate de belleza le golpea directo al corazón. Una ancha y extensa avenida, flanqueada a ambos lados por árboles inmensos, desconocidos, conduce a la antigua granja que se parece asombrosamente a la casa que siempre se imaginó habitar cuando sea una célebre escritora célebre: una puerta de entrada abovedada, cubierta casi por entero por plantas trepadoras. Las escaleras blancas, amplias. Las grandes ventanas. El pequeño desván donde podría instalar su gran mesa de trabajo con la vieja máquina de escribir.

Dirige la mirada a Dori para compartir con él su admiración, pero él, por su parte, rastrea con los ojos el lugar como si fuera un radar, tratando de localizar amenazas.

Desde la avenida que lleva a la casa de sus sueños, parten dos avenidas de tierra comprimida, a derecha y a izquierda, las dos la invitan a descubrir a dónde conducen y entre ellas hay una consonancia; no una consonancia simétrica rígida, como, por ejemplo, los jardines Bahai de Haifa, sino una consonancia armoniosa, natural. Y otra diferencia entre Neuland y los jardines Bahai le salta a los ojos: gente joven con gruesos suéteres y gorros de lana llenan los caminos, y el lugar es un estallido rebosante de vida, jubiloso, que no se detiene a su llegada al lugar. De vez en cuando alguien cruza a su lado por el camino (con una carretilla llena de grava, con paneles de construcción, sonriendo), los saluda y se va a sus quehaceres. Hay también otro hombre con botas que se inmoviliza un instante, detiene la mirada en Dori como si quisiera averiguar algo. ¿Sí, qué ocurre? Le pregunta Dori en un tono desconocido para ella, no *doritically correct* y el hombre mueve la cabeza y dice, todo va bien, hombre, tranquilo, todo va bien. Y prosigue su camino.

Pero, salvo ese incidente, Neuland no se conmociona con su llegada. Una

parte de la gente está sentada en bancos multicolores y hablan entre ellos. Un pequeño grupo come alrededor de una larga mesa y otro grupo produce el golpeteo que Inbar oyó en el portal: están jugando a las palas en un círculo de tierra, a la sombra de una tela tendida sobre tres postes solamente. Inbar observa que falta el cuarto poste. Además, una mirada más atenta revela que aún faltan muchas cosas en Neuland: la piscina al extremo de uno de los caminos está vacía y se parece más a una herida abierta que a una piscina. Uno de los caminos a la izquierda termina de pronto a la mitad como si a alguien se le hubiera terminado el material. Y el piso superior del edificio de la granja, el más reciente, es más parecido a un prototipo que a un piso verdadero. Y sin embargo, a pesar de lo inacabado del lugar, Inbar siente de algún modo su integridad. Íntegro y algo familiar. Como el protagonista de «Sueños» de Akira Kurosawa cuando penetra en un cuadro de Van Gogh y camina por él. Este lugar es nuevo para mí pero no extraño.

Al cabo de unos momentos se les acerca una muchacha que se presenta como Sara, les da la bienvenida y se ofrece a enseñarles la granja. Lleva una blusa abotonada a cuadros, que se podría considerar masculina de no ser por la agradable figura de la que la lleva, y un lindo sombrero vaquero bajo el cual asoma una austera cabellera negra —a lo Yona Wallach, la poeta—, que le cubre los hombros.

Gracias, pero no hace falta, dice Dori rehusando su proposición. Estamos aquí solo para ver a alguien.

¿A alguien?

A mi padre, Mani Peleg.

¿Él es tu padre?; un atisbo de temor asoma a los ojos de Sara. Ahora que lo dices sí que os parecéis un poco. ¿Ya te ha dicho David que hasta las cuatro el señor Neuland se dedica a sus visiones y no se le puede molestar?

Sí, hemos tenido el... placer de conocer a David, dice Dori.

Espero que no os haya asustado, se ríe Sara, está un poco lesionado... pero es inofensivo... hay algunos así... es decir, es parte del concepto de este lugar.

¿Puedes llevarnos a ver a mi padre ahora?, pregunta Dori.

Sí, puedo, dice Sara. Pero como os he dicho, hay que esperar a las cuatro... Mirad —mira al sol como si mirara el reloj—, la verdad es que, de todos modos, la pausa va a terminar dentro de poco. Me parece que vamos a

renunciar a la visita guiada y simplemente os acompañaré a las cabañas de los invitados donde podréis dejar las mochilas antes del encuentro, ¿de acuerdo?

Dori asiente levemente, sin ceder, y siguen caminando por la avenida central. Esta avenida se llama Hertzl, dice Sara, los árboles son —bueno, soy mala con los nombres de los árboles—... ah, sí, *paraísos*. Árboles del paraíso. Y ahí enfrente está nuestro centro comunitario. Originariamente, ahí vivieron los primeros judíos que llegaron a la Argentina bajo el patrocinio del barón...

Dori la interrumpe: conocemos la historia.

Tienes razón, dice Sara. Quedamos que no habría visita guiada.

Siguen su camino y pasan de nuevo ante la zona de juegos. Dime, pregunta Dori en tono de fiscal, ¿también el juego de palas forma parte del concepto de este lugar?

Sí, Sara se ríe generosamente, haciendo caso omiso del tono de él. Las palas es nuestro «juego nacional» en Neuland. ¿Cómo dice el señor Neuland... tu padre? No todo es malo en el país de origen. Las palas, por ejemplo, es un juego magnífico, que favorece la colaboración y la no violencia...

Pero en este mismo instante uno de los jugadores golpea la pelota con gran violencia directamente al estómago de su compañero, un muchacho con una mata de pelo alborotada, que se cae al suelo con un lento movimiento, exagerado, como el de un vaquero herido por una bala en una película del oeste y al que únicamente le queda morir en cámara lenta hasta que empiece la música final. ¿Qué ocurre, Sara-la-heroína-de-Neuland?, pregunta el vaquero caído, ¿no te vienes a jugar conmigo hoy?

¿No ves que tengo invitados, Jamali?

No creáis nada de lo que os diga, dice Jamali dirigiéndose a ellos en plural aunque sonrío solo a Inbar. Bueno, nada. No creáis a la gente que os dice que no hay que creer.

Vaya, Jamali, Sara se interpone entre sus miradas, qué frase tan bonita. ¿Dónde estaba esa creatividad tuya cuando redactamos nuestro estatuto?

Me cuesta mucho concentrarme cuando estás en la misma habitación que yo, Sara.

Oh, Sara vuelve los ojos al cielo, siempre a punto, ¿eh? Ve, Jamali, ve a jugar a las palas.

Jamali lanza una última sonrisa a Inbar y luego arroja la pelota a su compañero de juego.

Sara sigue caminando con ellos dos detrás. Tic, la pelota percute a sus espaldas. Tic-tac-tic-tac.

Dime, pregunta Inbar, ¿ese ruido no os vuelve locos?

No eres la única que cuestiona este punto, dice Sara. Hay unos compañeros que quieren llevar este asunto a la asamblea. Por otro lado, el juego de las palas les va bien a nuestros lesionados.

¿Qué quiere decir exactamente «lesionado»? pregunta Inbar. También has dicho antes esta palabra, refiriéndote a David.

Sorry, se disculpa Sara. Contamos ya... con nuestro propio vocabulario y a veces olvido que los huéspedes no lo conocen. En las hojas informativas que os dieron veréis que Neuland se define como un «espacio comunitario terapéutico». La tesis del Visionario... de tu padre... gracias también a su experiencia personal es... que la vida en nuestro país de origen, en Israel, es un trauma permanente. Y que todo el que viene de allí tiene una lesión de algún tipo.

¿Todos?

Estamos intentando diferenciar entre la primera y la segunda generación de lesionados. Y también dentro de estas hay distinciones. Hay personas aquí, como David, el que encontrasteis en el portal cuya lesión... es muy manifiesta, al contrario, hay otras como Jamali cuyas lesiones... sangran por dentro. Y nosotros intentamos cuidar de todos.

¿Cómo? ¿Cómo lo hacéis?, pregunta Inbar mientras piensa: ¿La herida de mi Yoavi era de la primera o de la segunda generación? ¿Manifiesta o sangrando en el interior?

Además, estamos intentando establecer aquí un modo de vida completamente distinto al del país de origen, explica Sara, por medio de ceremonias especiales que tienen lugar cada jueves en la tienda de las reuniones.

¿Qué ocurre en esas ceremonias? Pregunta Dori. David nos dijo algo en la entrada sobre... ¿drogas?

No estoy autorizada para hablar de las ceremonias con los huéspedes. La mirada de Sara se cierra repentinamente y las manos, que hasta ahora estaban relajadas y plácidas se le agarrotan. Es algo –dibuja en el aire un círculo con las dos manos– que preferimos mantener confidencial. Quizás sea preferible que se lo preguntes a tu padre cuando lo veas. Pero venid, la tienda de las

reuniones está junto al alojamiento de los invitados, así que os la enseñaré, ¿de acuerdo?

Doblan a la izquierda por otro camino. Una mujer con un vientre redondeado se cruza con ellos y saluda a Sara: ¡Hola, hermana!

Hola, Ofri, Sara le dedica una sonrisa, ¿cómo te encuentras?

Mucho mejor que por la mañana. Pero un embarazo es un embarazo, ya sabes.

¿De cuánto estás?, le pregunta Inbar, y al momento se asombra de sí misma, ¿desde cuando le interesan los embarazos?

De siete, Ofri mira primero a Inbar y luego a Dori y poco a poco asoma a sus ojos la incertidumbre. Sabes... quiero decir... te pareces terriblemente a...

Es su hijo, dice Sara.

No sabía que tuviera un hijo, dice sorprendida Ofri.

Tiene también una hija y tres nietos, dice Dori.

Dori ha venido para verlo, explica Sara, y Ofri se aterra y dice con una voz ansiosa: ¿Ya sabes que hasta las cuatro está inmerso en sus visiones y no se le puede molestar?

Sí, he oído algo de eso, dice Dori.

Bueno, sigo con mi paseo, estoy molesta así, de pie, sin caminar.

¡Es el primer bebé de Neuland!, dice Sara cuando Ofri se aleja. Estamos todos muy emocionados. Su padre, añade en voz baja y chismosa típica de las pequeñas comunidades, murió en un atentado en el país de origen.

El sendero que tomaron serpentea y ellos serpentean con él hasta que llegan a una gran tienda.

Parece una carpa de circo, comenta Dori.

¿Sabes qué?, dice Sara, pienso que tu padre realmente la compró en Buenos Aires a un circo que había quebrado. Aunque no estoy muy segura. De todos modos, aquí es donde se hacen las asambleas.

Es igualito a un kibutz, dice Dori con ironía manifiesta. Asamblea de miembros. Fiestas por el primer nacimiento. Pronto vas a decirme que para Shabuot traéis cestas de fruta.

No eres el primero que se fija en esto, dice Sara, pero los kibutzim son una herencia del pasado. Nosotros miramos hacia el futuro.

¿Lo que significa?

Me es difícil explicarlo, así, de pronto. De haber hecho la visita...

Dame un ejemplo.

¿Habéis visto los bancos de colores al entrar? La gente tiene reuniones de «visión personal» durante las pausas. Es decir, Neuland es una comunidad cooperativa, como se propone en Altneuland, aunque nosotros avanzamos un paso más, creemos que la auténtica colaboración funciona cuando permite a cada individuo llevar a término sus propias aspiraciones. En general, intentamos hacer realidad, en condiciones de invernadero, algunos de los principios que Hertzl describió y de los que el país de origen se ha desviado, pero queda totalmente claro que es imposible ignorar que ha transcurrido más de un siglo desde que el libro de Hertzl fue escrito, y hay que realizar ajustes.

¿Ajustes?

Eso es lo que tu padre trata de hacer durante las horas en las que no se le puede molestar: concentrarse en la visión de Neuland, no en la de Altneuland.

¡Ah, ah!, exclama Dori y no añade nada más. Inbar piensa, bueno, toda esta charla no le interesa para nada, no puede distanciarse de su padre, sin embargo podría... por educación...

Tú seguro que deseas ver a tu padre, dice Sara. Cuando lo hayáis visto – dirige la mirada a Inbar– sería estupendo que nos acompañarais a nuestra cena común. A propósito, ¿alguno de vosotros dos toca un instrumento?

Yo, dice Dori con los labios apretados.

¡Estupendo! Así podrás participar en la Jam session con la orquesta después de la cena. La costumbre, entre nosotros, es que los huéspedes contribuyan con su talento, de la forma que crean más conveniente, a pagar su alojamiento. Tú también, dice dirigiéndose a Inbar, estás invitada a pensar de qué forma quieres contribuir.

Con mucho gusto, responde Inbar. La generosidad siempre ha despertado en ella el deseo de contribuir con la misma moneda. Además, esta Sara le gusta cada vez más. Ha asumido con heroísmo las flechas de suspicacia que Dori le ha lanzado y, cuando le ha respondido, ha tenido cuidado de mirarlos a los dos para no dejarla a ella al margen de la conversación. Su mirada es vivaz pero no enojada, aguda pero no condenatoria. Y su porte es maravilloso, como el de una bailarina, como Inbar siempre había deseado tener. Los hombros abiertos. Los omóplatos radiantes. La columna vertebral. Sí, la columna vertebral es lo que les falta a todas las jóvenes con las que se ha cruzado en los albergues.

Muy bien, dice Sara, aún hay mucho por ver: toda la zona agrícola, por

ejemplo. Estoy segura de que todavía no lo tenéis todo claro. Y es normal. Neuland ha nacido para remover las conciencias y provocar dudas. Y, en la práctica, tampoco entre nosotros están las cosas totalmente resueltas. El núcleo inicial llegó hace apenas dos meses y medio y aún estamos buscando la vía para muchas cuestiones. En todo caso –mira profundamente a Inbar–, echad un ojo a los papeles informativos que David os ha dado en la entrada y... dejad que el lugar os impregne. Ahora os abro el alojamiento de los huéspedes para que tengáis un poco de tiempo para prepararos antes del encuentro. ¿Os va bien?

* * *

El alojamiento de los huéspedes consiste en siete cabañas dispuestas en arco, como las siete estrellas amarillas de Hertzl. Sara abre dos puertas chirriantes de metal de dos cabañas, y después de mostrarles dónde están las mantas de lana, porque «aquí por la noche hace un frío de perros» se despide de Inbar con un largo beso en la mejilla y de Dori con un expedito apretón de manos, roza su sombrero a guisa de saludo como una vaquera y se aleja, erguida.

Se demoran un poco antes de entrar y Dori se frota la barba como si fuera a proponerle algo. Si él ahora le propone que entre en su cabaña, piensa ella, entonces supongo que... ¿qué?

Pero Dori está enteramente inmerso en su misión y le propone que lo organicen todo un poco y que se encuentren dentro de diez minutos fuera de las cabañas. Ella no se ofende. Es natural que necesite prepararse para reunirse con un padre que ha escrito un diario como el suyo. Y, además, un viaje en común como el que ella y Dori han hecho, acelera las partículas de la familiaridad y así como sabe que después de beber Coca-Cola casi enseguida necesita ir al baño, también ha comprendido que hay momentos en que él no funciona. Y que no siempre tienen relación con ella.

En la cabaña de ella hay un colchón en el suelo y encima cuelga una bombilla desnuda. Unos textos en hebreo con traducción en español, en marcos multicolores, están suspendidos en distintos lugares de la pieza como si fueran móviles. Amijai, Rajel, Zelda, y una cita de Hertzl justo encima de la almohada: «El sueño no es muy distinto a la realidad, como muchos creen. Todos los actos de los seres humanos una vez fueron sueños. Todos sus actos serán algún día sueños.» Hermoso, piensa Inbar mientras se descalza. Los

pies doloridos se posan en la suave alfombra de fibras bastas tejida a mano, y piensa que es la primera vez desde que ha salido de Israel que sus pies se sienten en casa y pueden relajarse de verdad, dedos incluidos. En un rincón de la cabaña hay una sillita, como las de las antiguas escuelas, sobre la que han colocado un Dr. Gav pequeño, de color gris. Cerca, hay una mesa cuadrada con un único cajón.

Abre el cajón para dejar en él la riñonera.

Y en el fondo distingue el dibujo, muy conocido, de un violín y junto a él la siguiente inscripción:

THE WANDERING JEW

Bajo este titular, en inglés, en tinta negra, los detalles que le son familiares de ciudades y fechas con un añadido: Neuland 2006. Toca la tinta y el dedo se mancha ligeramente.

La tinta está fresca. O sea que anda por los alrededores. Su judío errante.

Quién sabe, piensa mientras saca del bolsillo la hoja informativa, acaso finalmente va a encontrarse con él. Precisamente aquí.

Neuland - Hoja informativa para los huéspedes

Seres humanos, hermanos,

Bienvenidos a «Neuland», un centro comunitario terapéutico según los principios de Benyamin Zeev Hertzl. Para que vuestra estancia entre nosotros sea no tan solo agradable sino llena de sentido, he aquí, a continuación, algunos detalles que les conviene conocer sobre el lugar.

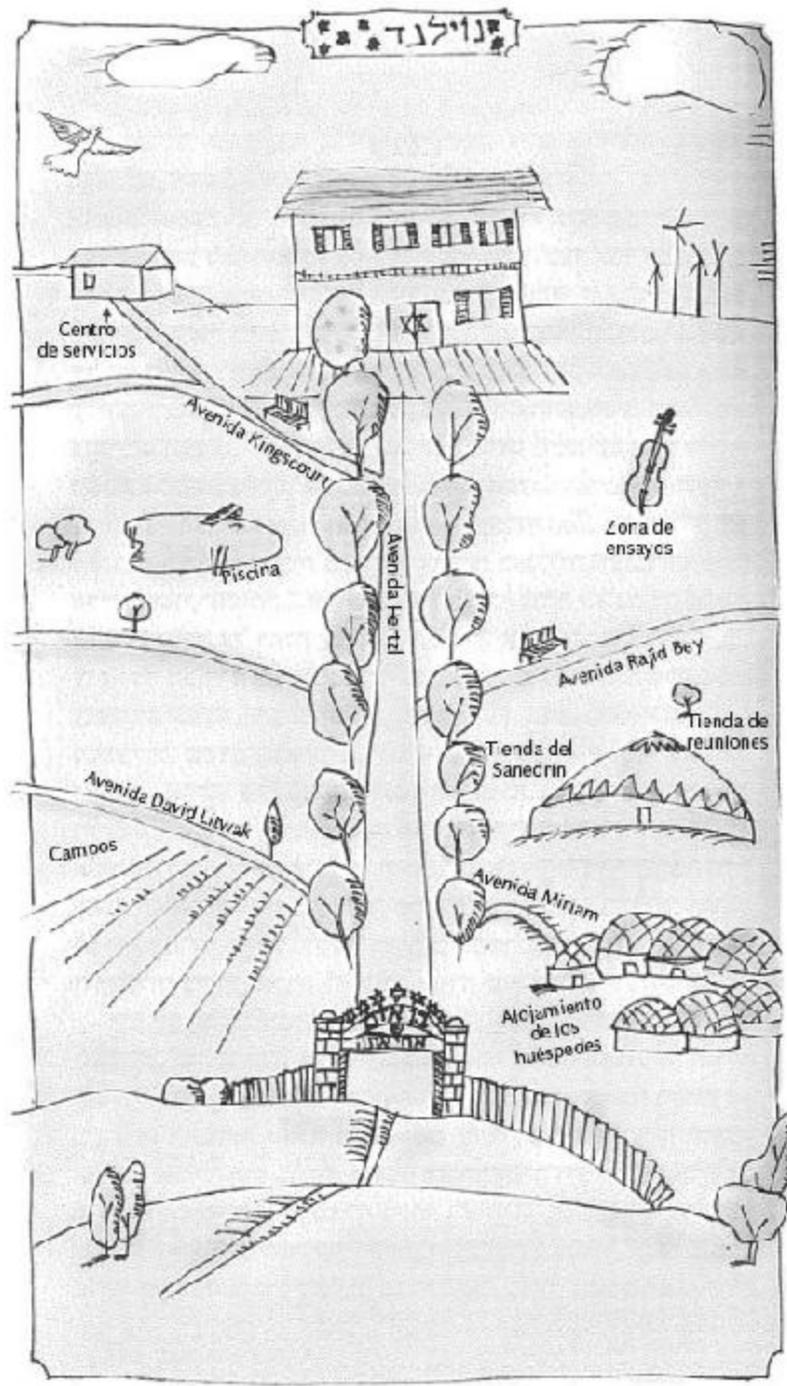
La granja Neuland ha sido fundada en abril de 2006 por un núcleo pionero con el señor Mani Neuland (Peleg) a la cabeza, para servir como centro de actividad ética a los israelíes que viajan por Sudamérica. Sin embargo, como parte de la concepción universalista de Neuland, el lugar está abierto a las personas de otros países solo con que acepten nuestros valores fundamentales:

No violencia: física, verbal y psicológica. Eso, a fin de que Neuland pueda ser una experiencia purificadora para aquellos que llegan de Israel o de otras zonas traumáticas del mundo.

Igualdad progresiva: en cuanto a derechos, a deberes, pero no a propiedad privada. Eso, para que Neuland pueda ofrecer una alternativa, tanto a la moral capitalista como a la comunista.

Altruismo: todos los miembros de Neuland deben realizar acciones sociales en los

pueblos de la zona. Eso es según la visión de Hertzl, que veía al pueblo judío como un agente de progreso e ilustración en el mundo.



Apertura hacia el otro: «Venimos del hombre y al hombre regresamos» y no existe

la redención sin el prójimo. En consecuencia, los miembros de Neuland están abiertos al extranjero y al visitante, como se muestran abiertos entre ellos.

Ilustración: Neuland anima a sus miembros y huéspedes a estudiar y a cultivarse con la convicción de que solo el conocimiento del pasado y del presente posibilitarán soñar el futuro.

¡Importante destacar! Neuland no ha sido fundado para sustituir a Altneuland, la vieja nueva tierra, o sea Israel. Nuestro objetivo, de momento, es aceptar un reto, colocar un espejo, preparar los corazones. Si queréis ser un «país en la sombra», en miniatura, que recuerde a Israel lo que debería ser. Y lo que puede ser.

¡Importante saber! Neuland no es una utopía. Existe en la realidad y, como tal, es rico en contradicciones, defectos y problemas. En muchos aspectos, aún buscamos el camino dorado, y estaría-

mos encantados de escuchar cualquier comentario o aclaración que tuvierais a bien hacernos al terminar vuestra visita. Se adjunta un plano para facilitaros vuestra estancia aquí. Deseamos que vuestra visita a Neuland sea una experiencia estimulante.

Inbar

En el cielo, unas nubes se agrupan para decidir si harán que llueva, o no, y ella empieza a caminar junto a Dori en dirección a la antigua granja. A un lado del camino, un grupo de jóvenes está montando unas turbinas eólicas. La turbina con sus hélices ya está montada y ahora intentan levantarla y clavarla en una superficie elevada. No lo consiguen. En lugar de hundirse en la tierra, la turbina se derrumba sobre ellos y los muchachos se caen unos sobre otros. Cuando se ponen de pie, uno de ellos acusa al otro del derrumbamiento. El otro lo acusa a su vez y por un instante parece que se van a pelear a lo bestia, hasta que un tercer chico se interpone entre ellos con los brazos extendidos, como uniéndolos. Otro grupo, un poco más lejos, llena con miel de un cuenco unos moldes de madera en forma de letras latinas e Inbar se acerca con curiosidad. ¿Qué... qué es lo que hacéis? Le pregunta a una chica de pelo corto que está con la letra «t». ¿No conoces la canción de Shlomo Bar? Le responde la chica con otra pregunta sin dejar de trabajar. ¿Una canción? ¿De Shlomo Bar? Inbar no entiende nada. *Y escribimos sobre un tablón de madera, con miel, desde la primera hasta la última letra del alfabeto, recita la voz de Dori detrás de ella. Y le dicen ha-bi-bi, querido, lame,* termina la

joven. ¿Pero qué... quién...? Inbar sigue sin entender. Es para enseñar inglés a los niños de los pueblos de los alrededores, explica la chica mientras unta delicadamente el palo de la «t». Pensamos que sería un modo muy agradable de hacerles asimilar esta asignatura. ¡Una idea estupenda! Inbar está maravillada. Y también quiere untar miel. Enseñar. Lamer. Luego, cuando prosiguen el camino, le pellizca ligeramente el brazo a Dori y le dice: ¡Confiesa, confiesa que es una idea magnífica!

Él no lo confiesa. De todos modos, durante todo el camino no abre la boca. Avanzan por el camino entre grupos de trabajo (un grupo talla juguetes, otro pinta tableros de ajedrez de cartón) e Inbar se pregunta si entre todos esos grupos se esconde su judío errante, aunque no tiene medio de saberlo, nunca lo tendrá a no ser que lo atrape con las manos en la masa, dibujando un violín.

El camino termina cuando desemboca en la avenida Hertzl. Las ramas de los frondosos árboles conversan entre ellas mientras se rozan levemente. Flores desconocidas de brillantes colores florecen en enormes macetas muy bien cuidadas, las que flanquean la avenida. *Y mi corazón se ensancha de nuevo como espuma blanca*, recuerda este poema de Zelda colgado en el baño de su cabaña, y se le ensancha el corazón. Ha pensado en hablar con Dori de ese poema, pero decide que no es el momento oportuno. Se acuerda también de la divertida confusión de Cecilia-Aharoná al describir a Neuland como «un orgullo para los ojos». Y cuando dijo que quería «desertar» a la Tierra de Israel para encontrar un amor de «albas alas» como el de ellos. De ella y de Dori.

Delante de la entrada de la granja han esparcido grava blanca, solemne, y sus zapatos producen un crujido agradable al pisarla. Encuadran la puerta de entrada dos viejas ruedas de arado, de bordes oxidados. Pasan entre ellas y penetran en la casa...

David los detiene. ¿Cómo estáis, hermanos? Abraza largamente a Inbar y estrecha la mano a Dori con cautela.

¿No estás en el portal?, pregunta Inbar.

Solo en el turno de la mañana, explica. Por la tarde estoy aquí, en la entrada de la oficina del señor Neuland.

Precisamente vamos a verlo, dice Dori intentado pasar.

Tendréis que esperar. David le impide la entrada.

Son las cuatro, dice Dori enojado.

Faltan tres minutos. Pero ¿por qué estáis de pie? Sentaos. A las cuatro le anunciaré que estáis aquí.

Se sientan.

Igual que los sábados por la mañana, murmura Dori.

¿Qué pasaba los sábados por la mañana?

La puerta cerrada. De vez en cuando, los sábados se encerraba en su despacho para trabajar. Estaba prohibido molestarlo.

Ella imagina a Dori de pequeño, esperando al otro lado de la puerta y se le rompe el corazón. ¿Y... y lo aceptabais así, sin rechistar?, pregunta.

Yo sí. De todos modos prefería estar con mi madre. Pero mi hermana se plantaba en la puerta y empezaba a llorar. A viva voz. Bueno, no puedo creer que estemos sentados aquí esperando que el gurú nos deje entrar. Esto me enloquece...

¿Y no salía para ver qué hacía tu hermana?

Al fin sí. Al final ella ganaba y él salía a tranquilizarla. Es el único camino para obtener el amor de mi padre: mostrarse débil. Y pedir auxilio en voz muy fuerte. Y Tseela siempre ha sido la reina de este estilo. Bueno, ¿son ya las cuatro?

Dos minutos más.

¡Mierda!

Las paredes del vestíbulo están cubiertas de fotografías en blanco y negro, enmarcadas y descoloridas, de judíos de antaño de pie en medio de un campo sin cultivar. Junto a un arado. Junto a un caballo. Llevan vestidos inapropiados para montar. Los judíos que trajo el barón de Hirsch, recuerda Inbar. No parecen felices los personajes de las fotos, pero tristes tampoco. Tal vez confundidos.

La rodilla de Dori salta frenética y ella le pone la mano encima para calmarla. Se tranquiliza un poco. La rodilla sigue rebotando agitada pero más despacio.

¿Has visto lo que ha escrito el gurú en la puerta?, dice Dori después de un breve silencio.

Ella frunce los ojos y se esfuerza en leer la inscripción. Léemelo, le dice presionándolo un poco la rodilla, desde aquí no lo veo.

«Todo era tan estrecho que me vi obligado a desplegar las alas y volar hacia un lugar que, como en el monte Nevo, se ve de lejos, se ve transparente.»

* * *

A las cuatro en punto, hora de Neuland, David se acerca a la puerta con pasos cautelosos, pero antes de llegar a tocarla, se abre sola y aparece el padre de Dori.

Inbar piensa enseguida: Oh, cómo se parece a Dori.

Camina unos pasos en dirección al vestíbulo y entonces repara en ellos.

¡Dorinio! –Se queda helado—. ¿Qué haces aquí?

Dori

Su padre lo abraza. No le da una palmada en el hombro. Ni en la espalda. Lo abraza de verdad. Hace tantos años que espera un abrazo como este. Pero ahora es él quien se separa primero. Tiene demasiadas preguntas como para dejarse ir.

Se contemplan. Desde la punta de los pies hasta la nuez de Adán.

Vaya sorpresa, vaya sorpresa, murmura su padre. El tono que usa no deja entrever si la sorpresa es buena o mala.

Dori guarda silencio. Un cóctel de rabia y alivio bulle en su garganta.

¿De dónde habéis venido?, pregunta su padre.

De Buenos Aires.

Entonces seguro que estáis agotados. ¿Os han enseñado ya las cabañas de los huéspedes?

Sí, dice Dori, Sara lo ha hecho.

Una chica de gran calidad, Sara, dice su padre.

Hay una breve pausa. Dori piensa que su padre está ridículo con esa barba a lo Hertzl, en la que sobresalen unas canas.

¿Has olvidado tus modales, Dorinio? –Su padre señala a Inbar con un movimiento de cabeza. ¿No me presentas a la señorita?

Me llamo Inbar, se presenta ella antes de que Dori tenga tiempo de abrir la boca.

Mani, dice su padre, y le alarga la mano para estrechar la suya. Examina a Inbar hasta el fondo de los ojos, como esperando encontrar algo, entonces

sonríe, como si lo hubiera encontrado. Luego vuelve a dejar la mano en el costado.

Acompaño a Dori en su búsqueda desde Perú, dice Inbar, y desde entonces...

¿Búsqueda? ¿Qué es lo que estás buscando, hijo?, pregunta su padre. La mirada refleja que no bromea ni se hace el ingenuo.

A ti, papá, dice Dori.

¿A mí?

Tseela estaba terriblemente preocupada por ti. Desapareciste. Dejaste de mandar correos. Y los que mandaste eran sumamente extraños. Las historias que me contaron de ti las personas que te habían conocido por el camino eran... preocupantes.

Pero...

Además está tu diario.

¿Mi diario?

El que dejaste en el ordenador en la Isla del Sol.

Su padre reprime un suspiro, como un político confrontado con un oscuro episodio de su pasado. Y, como tal, cambia de tema.

¿Cuánto tiempo hace que vas por los caminos, hijo?

Tres semanas.

¡Vaya, no es poco!

Hubieras podido ahorrarnos todo esto si te hubieras molestado en informarnos de lo que ocurría, papá.

No pude. Si has leído el diario, sabes que no estaba en condiciones de...

Una sola llamada telefónica, papá. Es cuanto debías hacer.

Su padre se rasca la barba. Algo perplejo. No mucho. Pero, dice, ¿qué necesidad tenías de venir tú mismo hasta aquí, hijo? Creo que se puede poner en movimiento un equipo...

No contrataste una póliza de seguros antes de irte de viaje, papá. Y sin póliza es increíble lo caro que cuesta. Y, además, quisimos cuidar de ti. Que tus clientes no piensen que has perdido la cabeza. Antes de saber qué es lo que realmente te pasa. Entiendes, pensábamos en ti mientras que tú no te has preocupado ni de telefonarnos.

Su padre respira larga y profundamente, como recuerda que lo hacía cuando era pequeño. Respiraba así cuando creía que él y Tseela tardaban

mucho en estar a punto por la mañana. O cuando se peleaban. O cuando Dori no entendía algo de ingeniería aun cuando se lo explicara por tercera vez.

Dorinio, dice ahora, estoy muy contento de que tú, vosotros, estéis aquí. Dispondremos aún de tiempo suficiente para aclarar todo cuanto haya que aclarar. Seguro que tenéis hambre, ¿verdad? La comida comunitaria es por la noche, pero vamos a ir juntos a la cocina de la comunidad, os prepararé unos bocadillos.

Inbar

Siempre es fascinante conocer al padre o a la madre de algún amigo. Es un poco como dar un vistazo a la cocina para ver los ingredientes de una comida. Después de conocer al padre de Eytan, por ejemplo, entendió de dónde le venía el talento para el diseño. El padre de Eytan era contable, pero de la forma como había colocado el mantel en la mesa del comedor, con un solo gesto preciso, y el modo como puso la parte leída del periódico del viernes en un montón distinto a la parte que no había leído aún, predecían el comportamiento de Eytan. Y, una vez, la madre de Roital –la de la radio, la que pensaba que si un hombre no quería algo con ella era homosexual– llegó con unos tacones de un palmo para coger las llaves de su apartamento y quedó evidente el origen de la arrogancia de su hija. A veces también se produce en sentido inverso: años después de rayar el Honda de Hoffman, vino el hijo a la emisora a traer un paquete. Aunque había crecido y llevaba un mono de mensajero, lo reconoció enseguida, de la época que observaba a su familia los viernes en el café de Maoz Aviv y, al cabo de unos minutos fallidos de intentar entablar conversación con él, llegó a la conclusión de que el chico se parecía a su madre o que el engreimiento del padre lo había llevado, de la forma en que los padres influyen sobre sus hijos, a mostrarse apocado.

Ahora observa a Dori y a su padre. Prefiere no tomar parte en la conversación entablada entre ellos así que se puede dedicar a mirar.

El padre de Dori es un hombre guapo. Más guapo que en las fotos de Dori. Guapo como Paul Newman.

Tiene grandes ojos azules y lleva un poncho azul cielo que los realza. La

barba es larga pero no demasiado y se nota que la cuida. Le sobresale la nuez de Adán, exactamente igual que a Dori. Cuando estaban de pie uno frente al otro después de abrazarse parecía que sus nueces de Adán iban a tocarse. Y cuando Dori le mencionó el diario, tragó saliva, y la nuez de Adán se movió hacia arriba y hacia abajo como si tuviera vida propia.

Se lleva las manos a las caderas como Dori. Las cruza sobre el pecho como Dori. Las utiliza para subrayar sus argumentos como Dori: una mano extendida hacia el espacio para decir «dispondremos aún de tiempo suficiente», un breve y enérgico golpe de karate en el aire para decir: «Seguro que tenéis hambre».

Al cabo de cinco minutos escasos en su compañía también comprende de dónde ha sacado Dori sus maneras de aristócrata polaco.

Le abre la puerta de su habitación, le dice «después de ti», y le cede el paso. En la cocinita le prepara con sus propias manos un bocadillo siguiendo estrictamente sus indicaciones: una fina loncha de tomate, dos pepinillos en vinagre. Sin cebolla. Sin mayonesa. Sin preguntar qué diablos hace ella con su hijo casado. Igual que Dori, su exquisita educación nunca cruza la línea que conduce al paternalismo. Años enteros de trabajar con jefes machos le han enseñado a reconocer las palabras que cruzan este límite: la aparición de la palabra «muñeca» al principio de una frase, por ejemplo. O la de esta otra «¡dame!», antes de realizar una tarea técnica muy sencilla, como reiniciar un ordenador. No. En la exquisita educación de la familia Peleg-Neuland no hay nada de paternalista. Espíritu de servicio, tal vez se puede definir de este modo la cualidad que poseen. Un bienvenido espíritu de servicio.

Y durante todo este tiempo, mientras les prepara los bocadillos, enjuaga los platos y los coloca en el lavavajillas de Ikea que, increíblemente ha llegado hasta aquí y, mientras, pasean los tres bajo el cielo cuajado de estrellas hacia la cena común en la tienda de las reuniones, él le ofrece su poncho «porque en Neuland las estaciones van al revés, en julio hace frío...»

Durante todo este tiempo intenta ver en este hombre al náufrago desorientado que escribió el diario. Y no lo consigue.

* * *

Entran en la tienda y se sienta a la cabecera de la mesa en la silla especial reservada para él –con un Dr. Gav instalado en ella– y los invita a sentarse

uno a cada lado. Los miembros de la comunidad empiezan a llegar poco a poco, más numerosos que los que ha visto en la visita con Sara. Treinta por lo menos. Quizás más. La mayoría son jóvenes, aunque hay alguna cana. Gran parte de los asistentes parecen israelíes, pero hay al menos dos jóvenes de tez clara y el físico de vikingo. Más hombres que mujeres. Con poca diferencia. Todos vestidos con sencillez pero limpios. Ella intenta vislumbrar quién de los presentes tiene una «lesión manifiesta» y no lo consigue; todos parecen satisfechos. Como si su alma se sintiera a gusto en su cuerpo. Busca a Sara y, cuando la descubre, la invita con la mirada a sentarse en la silla junto a ella. Sara va hacia ella con ese magnífico modo de andar y le roza el brazo en señal de afecto. Otros miembros de la comunidad se acercan al padre de Dori para pedirle consejo sobre los problemas que han aparecido en el transcurso de las actividades de la tarde en los pueblos. Uno de los muchachos cuenta que el profesor de inglés local se siente amenazado a causa de las clases que ellos han empezado a impartir a los niños del pueblo. Deberías oír cómo habla, dice, un error tras otro. Una joven, al parecer médico, cuenta que una madre después de curar a su hija desea darle un regalo, ella no lo quiere aceptar aunque no la quiere ofender.

El padre de Dori responde a todos con frases breves muy acertadas y concierta citas privadas con ellos para el día siguiente a las seis de la mañana. Está impaciente pero no desagradable. Y después de haber terminado con el último solicitante, se aclara la garganta:

Buenas noches, compañeros, comienza, y les anuncia que su hijo ha llegado de visita por sorpresa y que –se disculpa de antemano los próximos días estará menos disponible para las visitas privadas. A continuación pide a los asistentes que reflexionen en profundidad acerca del debate de la asamblea, sobre la propuesta de algunos miembros religiosos que llevan kipá de transformar la cocina en casher, y al final recuerda a todos que esta noche, inmediatamente después de la cena, tendrá lugar el espectáculo de los klezmers de Neuland en la tienda de las reuniones.

Luego lo repite en inglés, en atención de los que no hablan hebreo y unos instantes después de terminar –como si hubiera dado la señal– los asistentes cantan a viva voz el *Hatikva*, el himno de Israel.

De hecho, la versión local del *Hatikva*.

Mientras en lo profundo del corazón

*Palpite un alma judía
Y dirigiéndose hacia el Oriente
Un ojo aviste a Sión
No se habrá perdido nuestra esperanza
La esperanza de dos mil años
De ser un pueblo libre según nuestro camino
El de la tierra y la tranquilidad*

Dori la mira y alza las cejas cuando termina el himno, para asegurarse que ella comparte su asombro. Esta historia del himno es extraña la primera vez, le susurra Sara al oído lejos de Dori, pero después se comprende.

* * *

La comida en sí es abundante (o es que ella está muy hambrienta). De primer plato una sopa de tomate con hierbas aromáticas; de segundo, un bistec asado con *knishes* de guarnición y, para postre, una ensalada de fruta fresca: plátanos, naranjas y manzanas. En el centro de cada mesa hay dos jarras, una con agua y la otra con un zumo dulzón que le da vergüenza preguntar qué es, y de los que cada cual se sirve a voluntad. El salero y el pimentero pasan de mano en mano y a veces se lanzan por encima de las cabezas. Quien quiere repetir, no tiene más que pedirlo. Y se lo sirven. Todo es muy corriente. Muy familiar. De una forma tal, que Inbar no consigue precisar. Es como las primeras horas en el Sinaí, piensa: cuando estás instalada en la choza central y todo a tu alrededor se comporta según una música interior que aún no has conseguido escuchar porque acabas de llegar.

La comida es excelente, ¿verdad?, le pregunta Sara, orgullosa y ella asiente.

Dori, a su izquierda casi no toca el plato. Está pálido y su prominente nuez de Adán esta noche se ha escondido en su garganta.

¿No tienes hambre?, le dice preocupada y acerca su pie al de él por debajo de la mesa.

Aún estoy digiriendo todo esto, responde.

* * *

Al principio tampoco participa en el espectáculo de los klezmers, pero Sara salta al improvisado escenario de tablonos y murmura algo al oído de la clarinetista que a su vez susurra algo al oído de Jamali, el vaquero del juego de palas, que ahora toca el violín, y sin detener el movimiento del arco anuncia al público que entre ellos hay un músico que no sabe que «en Neuland no se dice “no” a una oportunidad» e incita a los asistentes a gritar Do-ri, Do-ri y a Dori no le queda más remedio que acceder, saltar sobre la caja de verduras que conduce al escenario y encontrar su lugar entre los músicos.

Al principio toca los tambores, indeciso, y a Inbar le parece que más que tocar pretende no molestar, pero a medida que el espectáculo avanza se va soltando y ella descubre que además de su lenguaje corporal cuando está sentado y su lenguaje corporal cuando camina, tiene un tercero cuando toca y es el más entusiasta de todos. Le observa las manos, cómo se contraen y se distienden al ritmo de la melodía que desea producir en ese momento, la forma en que se aflojan o se endurecen según la potencia con que quiere percutir la piel tensada del tambor e imagina, con los muslos ruborizados, cómo serían esas manos al contacto con su piel, deslizándose bajo su blusa, bajo el pantalón, bajando por sus nalgas, sí, ¿qué tiene que temer?, ¿qué una-de-la-cadena-de-mujeres-que-ella-es se ate a él?, ¿ella, de quien se burla? Ya hace tiempo que se siente ligada a él, ya hace tiempo que lo quiere para ella. Para ella. Solo para ella. El ritmo de la música se acelera. Los klezmer que tocaban «No hay otro lugar», de Mashina, pasan a otras versiones mucho más potentes, casi exacerbadas de *dicen que existe una tierra, una tierra ebria de sol, esta es esa tierra, donde está ese sol*. Jamali pulsa las cuerdas del violín como si fuera una guitarra, Dori acomete la batería y la gente a su alrededor empieza a bailar. Sara la toma de la mano y pretende arrastrarla, pero ella rehúsa y se arrima contra la tela de la tienda, turbada.

La música es algo maravilloso, dice el padre de Dori, que ha ido con ella.

Ella asiente sin dirigirle la mirada.

Para mí, la música es el mayor logro cultural del país de origen. Todas las tensiones internas que envenenan aquella sociedad han transformado su música en algo fascinante. ¿Y sabes por qué?

Ella no consigue dar con una respuesta adecuada. Y piensa que va a fallar en el examen.

A causa de la atención, se responde a sí mismo. Los músicos tienen que

colaborar entre ellos para crear en conjunto algo grande que por separado no podrían conseguir. Por eso la música es un componente clave aquí, en Neuland. Para que podamos aprovechar de ella los mecanismos de atención.

Inbar asiente. Y aunque le gustaría contribuir al debate con un punto de vista propio, original, la lengua se le pega al paladar. Como si en las horas contadas que ha pasado en Neuland se le hubiera contagiado la veneración que sienten los miembros de la comunidad por el padre de Dori.

El abuelo de Dorinio era músico, dice señalando con la mano a su hijo que se enardece con los tambores. Él quiso siempre que yo tocara, pero fracasé totalmente, por desgracia.

Lo sé, se le escapa. Por tu diario, se apresura a explicar.

¿Tú lo has leído también?

Sí –siente que la cosa se complica–, Dori me lo pidió. Quería que le diera mi opinión. Siento si...

No pasa nada. Alguien que deja su diario así, en el ordenador, tal vez le interese que lo lean. Y de todos modos –añade con una sonrisa no muy alegre–, no tiene derecho a quejarse.

Ella guarda silencio, azorada hasta la raíz del pelo y hace ver que está concentrada en la música.

¿Así que tú y Dorinio os conocisteis en Perú?, pregunta el padre de Dori.

Sí, dice ella bajando la vista.

¿Y entonces lo acompañaste en la búsqueda... de mí?

Sí.

¿Y ya sabes que está casado y tiene un hijo? está totalmente segura, al cien; no, al doscientos por cien qué es lo que dirá ahora...

Pero solo le pone la mano en el hombro, apenas lo roza como hacía siempre su padre y dice está bien que lo acompañes. No hay mucha gente capaz de identificarse así en la búsqueda de personas ajenas. Y añade, mientras aparta la mano de su hombro y la deja al lado del cuerpo, está bien que estés aquí, con nosotros, Inbar.

* * *

Llovizna al terminar el espectáculo. Un tipo de lluvia de la que en Israel todo el mundo corre a refugiarse, aunque en el extranjero no le importa a nadie.

Al llegar al cruce cercano a la tienda quedan rezagados. Dori, su padre y

ella.

Y quedan rezagados.

Y quedan rezagados.

Cuando los caminos de la gente se separan siempre hay una breve demora. Esta vez la vacilación es más notoria. Inbar se balancea de un pie a otro unos largos minutos y aspira el agradable olor a tierra mojada mientras espera que algo entre esos dos hombres madure.

Aún se me hace difícil dormir solo... sin mamá, ¿sabes? Dice finalmente el padre de Dori.

Y Dori suspira profundamente como diciendo: también a mí sin ella.

Y su padre dice de día estoy demasiado ocupado para pensar, pero por la noche...

Y Dori sacude la cabeza enérgicamente como diciendo: yo también.

Y su padre retira una gota, o una lágrima, de las pestañas y pregunta: ¿Vendrás a mi oficina, mañana por la mañana?

Y Dori responde –con una ligera ironía en la voz– no quisiera molestarte en tus «visiones», señor Neuland.

Y su padre responde –con voz clara– mañana deseo que mis visiones te incumban, hijo.

Y después de un breve silencio dice: Que tengamos una buena noche. Y añade dirigiéndose a Inbar: Si necesitas algo, Inbar, si te falta algo en la cabaña, otra manta, por ejemplo, hay un vigilante de noche en el centro de servicios.

Y ella responde gracias. No sabe qué añadir después de gracias, ¿Mani?, ¿papá de Dori?, ¿señor Neuland?

Entonces, sus caminos se separan, ellos se dirigen a las cabañas de los huéspedes y él a la granja. Al volver la vista atrás, Inbar ve que camina lentamente, arrastra el poncho con él, con los hombros encorvados, tristes, exactamente como los de su hijo cuando lo vio por primera vez en el aeropuerto Ben Gurión, inclinado sobre las fotos.

* * *

Vaya día, le dice a Dori cuando se acercan a sus cabañas. ¿Te das cuenta de que ayer por la noche aún estábamos en La Paz? Qué gusto verte tocar, añade al ver que tampoco hay respuesta. ¿Te encuentras bien? Y con mano audaz le

acaricia la mejilla. No sé, dice él, frotándose las manos para luchar contra el frío. Y repite: no sé. Este lugar me parece tan extraño. La historia de el «señor Neuland» me es ajena. Me parece que a toda la gente de aquí le falta un tornillo, pero tengo la impresión de que les va bien, ¿no?

Son felices, de eso me he dado cuenta.

Sí, es verdad.

Y entusiastas.

Hasta ahora no tengo claro el porqué.

Yo tampoco, pero solo es nuestro primer día aquí, ya sabes. Cuando leemos un libro también nos lleva algo de tiempo entrar en él.

Entonces, ¿quizás ellos están bien y soy yo el chiflado? ¿Eso es lo que quieres decir? Dori extiende los brazos con desconcierto y de nuevo le parece un niño, una especie de Marco.

¿Quieres entrar... para hablar de ello?, le pregunta ella señalando su cabaña.

Él tiende la mano hacia su pelo, toma un mechón, lo enrolla en un dedo durante unos largos segundos, demasiado largos, lo acerca a la nariz para olerlo. Después lo deja.

Quiero, *señorita* Inbar, claro que quiero, quizás demasiado y todo... es decir... tú y yo somos ya mucho más que una simple... y precisamente por eso, es más... dice y se queda donde está. ¿Lo entiendes?

Sí, dice ella. Y repite sí. Y se da la vuelta para alejarse de él, llena de turbación, al diablo, hasta que ella ya...

Dime —él la toma por el brazo, quizás demasiado fuerte—, ¿te molestará si te llamo algunas veces durante la noche?

¿Qué?

Desde la cena tengo una extraña sensación. Como si nos hubieran metido en el zumo la pócima de cactus que tomó mi padre con el chamán. No sé. Te lo quise decir antes. Hay algo en este lugar... el himno... los nombres de los caminos... el comportamiento de mi padre... ha habido momentos durante el espectáculo que no estaba del todo seguro de si estaba en un lugar real o alucinaba.

¿Qué quieres decir?

Déjalo. Hace ya cuarenta y ocho horas que no he pegado ojo. Seguro que no digo más que tonterías.

Bien.

De todos modos, si te llamo, ¿me responderás?

Sí.

Gracias. Y la besa en la mejilla, cerca de la comisura. Y se da la vuelta. Y se va a su cabaña.

* * *

Diez minutos después, ella oye un grito: ¡Inbar!

Y responde: ¡Estoy aquí!

¡Gracias!

Y de madrugada otra vez: ¡Inbar!

Y ella responde: ¡Estoy aquí!

¡Gracias!

Y ella piensa. Mierda, lo amo.

Dori

Se duerme ya de madrugada, y en su sueño Inbar era una ayudante de astronáutica, que explicaba al público universitario que estadísticamente es más probable suponer que hay vida en otros planetas y no únicamente en el globo terrestre. Él era un alumno suyo de ese curso que se acerca a ella al terminar su exposición y, sin mediar palabra, la tumba sobre la mesa como si no estuvieran ante un aula repleta, le aparta con delicadeza el cabello del rostro y la besa en la boca —la saborea más que la besa, tiene un sabor maravilloso—, y de pronto se ve lanzado a la guerra de Yom Kipur y el general Gorodich, con sus gruesas gafas le grita que es un traidor, una vergüenza para su familia, y le ordena avanzar hacia el Canal y él camina por el inmenso desierto, infinito, con la cantimplora vacía, cantando para disipar la soledad, *regreso a casa esta noche, enciendo la luz de la escalera, saco la llave de arriba*, la mano la toca sin tocarla, pero en un momento dado de la marcha, la voz se le apaga y los labios apretados se le agrietan por la sequedad y de ellos brota sangre en lugar de palabras, y sabe que tiene que llegar a un oasis, no puede más, tiene que rebelarse contra la misión ordenada

por Gorodich, tiene que beber si no se verá obligado a beber su propia sangre que empieza a gotear en la boca y tiene un sabor dulzón y extraño...

Cuando despierta, aún con sabor a sangre en la boca, durante un momento no sabe dónde se encuentra, no recuerda la cabaña, ni la mesa, ni qué son esos poemas suspendidos en las paredes, y aunque esta sensación no dure más que unos segundos y al final consiga ponerse de pie, Neuland, Argentina, julio de 2006, hay en ello algo recurrente y se levanta, se lava la cara y llama: ¡Inbar!

Al cabo de unos segundos llama otra vez: ¡Inbar!

Entonces se da cuenta de que bajo la puerta hay una nota.

Buenos días, Dorinio. Espero que al fin hayas conseguido dormirte. Estoy muerta de ganas de saber lo que ocurre aquí y he ido a dar un paseo por la granja. Además, creo que tú y tu padre necesitáis estar un rato juntos, ¿no? Nos vemos pronto. Un abrazo, Inbar

Qué tacto tiene, piensa. Qué maravillosa es. No es exactamente mi padre ese hombre con el que ella cree que necesito pasar un rato. Sin embargo se viste, se enjuaga el sabor a sangre de la boca y se afeita hasta el último pelo para que, Dios no lo quiera, no le florezca una barba ridícula, y sale hacia la granja.

En el cielo hay unos espesos nubarrones y un fuerte viento, que trae un olor desagradable —¿qué es?, ¿azufre?—, y que alborota el pelo de los miembros de la comunidad que trabajan en el exterior, y los de la mujer embarazada que viene a su encuentro en el camino y que, cuando llega a su altura, lo abraza de repente, un abrazo de viejos amigos y le pregunta: ¿Tienes hijos? Y él medio ahogado responde qué... cómo... por qué... y ella responde aquí nadie tiene hijos y no tengo con quién hablar y he pensado que a lo mejor... Sí, confiesa, tengo un hijo, y ella lo abraza de nuevo y dice estupendo, no estoy sola. Y se va a lo suyo, embarazada hasta los dientes. Sin añadir palabra.

Dos muchachos con botas lo detienen en medio de un camino fangoso y también ellos le exigen un abrazo. ¿Cuándo has dejado Israel?, le preguntan casi en un susurro. Hace tres semanas, dice él. Dime, le susurran de nuevo, ¿tienes idea de quién ha ganado el campeonato de fútbol este año? El Beitar, responde. ¿Y la copa? También el Beitar, pero, ¿por qué habláis en voz baja? Ya lo sabes, pero no dan ninguna explicación. No lo sé, dice. Ellos se ríen demasiado alto y siguen su camino. «Soy una isla-hombre al que un lago de

pavor circunda», recuerda esta frase del diario paterno cuando pasa frente a los bancos de visión personales, donde hay dos jóvenes sentadas conversando animadamente y una palabra, con el viento y el olor a azufre, llega a sus oídos: alas. Alas, dice una de ellas y la otra asiente. En dirección a él y no a ella. ¿Por qué a él? Él asiente a su vez y prosigue su camino hacia la granja y de nuevo una sospecha le asalta. ¿Seguro que hablaban de alas? ¿O había imaginado esta palabra? ¿Y si ha imaginado ese olor a azufre, y si ha imaginado la invitación de Inbar a entrar en su cabaña anoche e imaginado su propia negativa? Qué idiota fui al rehusar, piensa, buscando a Inbar con la mirada, desea lamentarlo con ella, con ella bajo la manta, pero no la ve por los caminos, ni en la granja, y en su lugar lo recibe David, el lesionado, que le dice: ¡hombre, ayer estuviste grandioso tocando! Y lo lleva con su padre, que lo espera en la puerta de su habitación, como si supiera a qué hora iba a llegar, con un poncho blanco en vez del azul del día anterior. Le da un largo abrazo, mientras Dori se queda helado y piensa: ¿Desde cuando a mi padre le gustan los abrazos? Y su padre, como si oyera lo que piensa dice: He aprendido mucho de los niños de aquí. La importancia del contacto, por ejemplo, en el proceso terapéutico. Y Dori piensa: Pero ¿qué dice, que estoy enfermo? Quizás atrapé algún virus ayer y por eso tengo una sensación extraña, como si mi padre me hubiera contagiado su vértigo. Vamos, hijo, entra, le dice su padre y, mientras entra, de verdad se siente como un niño, y piensa: Es increíble con qué facilidad un hombre se empequeñece delante de sus padres. ¿Quieres tomar algo?, le ofrece su padre. Él pregunta: ¿Tienes un teléfono? Vamos a llamar a Tseela, papá, le diremos que estás vivo. Y a Neta. Para que oiga un poco la voz de su abuelo. Te echa de menos.

Lo siento: su padre se acomoda en su Dr. Gav es un espacio libre de teléfonos.

¿Totalmente?

Absolutamente. ¿Quieres un mate, Dorinio? Eso, dice señalando una gran tetera en un rincón de la habitación, es el viejo samovar de la familia Feldman. Hugo Yaakovi lo obtuvo al comprar la casa. Lo habían traído de Rusia. Me dijo: Recibí de ellos este samovar gratis, así que también te lo doy a ti gratis. También me dejó un aparato de telégrafo y este largo bastón. Tómalo, tómalo, ¿de qué tienes miedo? Lo utilizaban para expulsar a las nubes de langostas. En Argentina la plaga de langostas es un auténtico azote, Dori. No bíblico. El año cuarenta y cinco...

Dime, interrumpes a su padre y le devuelve el bastón, ¿no tienes ganas de hablar con tu nieto? ¿Con tu hija? ¿No te interesa saber cómo se encuentran?

No se trata de ganas, Dori. Su padre deja el bastón en su lugar, en la pared.

En efecto, piensa Dori, se trata de la forma de ser padre, mamá, por ejemplo, no se habría comportado así. Nota cómo una puñalada de rabia lo atraviesa y disipa la confusión frenética que lo agobia desde la mañana. Tseela está fatal, le dice a su padre. La historia con Aviram se ha complicado. Los niños están divididos entre ellos, los dos. ¿Sabes cuánto desea hablar contigo?

Los ojos de su padre vagan de un punto a otro de la habitación, sin tregua, y Dori espera que esta alarmante información sobre su hija preferida finalmente vuelva en sí al padre que conoce...

Tu hermana no está teniendo una vida apropiada, dice por fin. Le escribí diciéndole que tendría que emprender un viaje para salir del círculo en que está encerrada. No puedo hacer mucho más. Tengo las manos ocupadas con nuestras actividades de aquí.

¡Pero es tu hija, papá! ¿No te importa lo que le ocurra?

He recibido una llamada, Dori. Y cuando se recibe una llamada, hay que dedicarse a ella.

Recuerda esta expresión de su diario: «He recibido una llamada». Entonces tampoco lo entendió.

Hertzl, cuando recibió su llamada, también se consagró a ella por completo, dice su padre mientras se acaricia la barba.

Dori guarda silencio. No imaginaba así el encuentro con su padre. De ninguna forma.

Ahora, es su padre el que guarda silencio. Un silencio tranquilo y exasperante.

Dime –Dori de todos modos prueba suerte en un terreno común–, ¿no te interesa saber qué ocurrió con el Hapoal? Te fuiste de Israel en febrero. No tienes ni idea de cómo ha terminado la temporada.

Bueno, ¿cómo quieres que termine? El rostro de su padre se ilumina un instante con la sonrisa engañosa del Mani Peleg original. Seguro que han perdido contra el Maccabi en los últimos tres partidos. O quizás han conseguido la copa. Vaya, como siempre.

A Dori le habría gustado decirle a su padre «pues no ha sido así» y hacerle caer de su pedestal de profeta. Pero tiene razón.

Un momento –se acuerda de su anterior petición que no ha obtenido respuesta–, no tenéis ni un teléfono para las urgencias? ¿Qué ocurre si alguien cae enfermo?

Tenemos una enfermería móvil atendida por dos médicas. Ellas cuidan a las personas que lo necesitan sobre todo con productos naturales provenientes de la vegetación de la zona. Aunque también tenemos el equipo convencional que se requiere.

Pero, papá, qué... ¿qué tienen de malo los teléfonos?

Dificultan la intimidad. La concentración. Y también la discreción.

Pero, ¿que tenéis que esconder? ¿Sabes qué pensé cuando ese tal David nos interrogó en el portal? Que estabas entrenando a un grupo armado, como en *Apocalypse Now*...

Todo lo contrario, Dori. Exactamente lo contrario. Este lugar está concebido, entre otras cosas, para que soldados desmovilizados que... están psicológicamente tocados... o a los hijos de segunda generación del golpe... puedan procesar su trauma en un entorno terapéutico adecuado para ellos, para que no les ocurra lo que a mí, y que todo su sufrimiento no les explote al cabo de los años.

¿Y en el marco de esta terapia les das a beber la droga que mencionabas en el diario?

Solo quien no ha probado la pócima puede llamarlo droga.

Lo siento, lo siento de verdad. ¿Pues cómo lo llamarías?

Su padre cierra los ojos. ¿Se habrá ofendido? ¿Estará pensando la respuesta? Dori no lo sabe. El padre que él conocía no se comportaba así, no cerraba los ojos largo rato.

Es una puerta –finalmente los abre–, es una puerta al mundo de los sueños. Al inconsciente. A la compasión, a la atención y a las llamadas que te dirige el universo. Una puerta que los indios han descubierto hace muchísimo tiempo, que han domesticado y utilizado con moderación, exactamente como nosotros tratamos de hacer en nuestras ceremonias curativas.

¿Entonces Neuland es, de hecho, una granja terapéutica por vías... digamos, no convencionales... postraumáticas?

Neuland es más que eso, Dori, mucho más. Ven, mira. Se levanta de la silla y abre una puerta de hierro que separa la habitación de una pequeña terraza. Un aire frío que huele a azufre penetra en el cuarto y Dori sale tras él a la terracita. Las nubes matutinas se han dispersado, queda una solitaria

colgada del cielo, como la enorme roca de René Magritte colgada sobre el mar en su obra *El Castillo de los Pirineos*. Ante ellos se abre un espacio grandioso. Ilimitado. El vigía que hay dentro de él le dice que está libre de elementos hostiles. Él y su padre se apoyan en la barandilla pintada de azul: la pintura no es fresca pero el tacto es algo pegajoso. Es un color natural, presume su padre, sin venenos ni aditivos químicos.

Dori asiente, con un entusiasmo fingido. No tenía ni idea de que existiera algo así, «color natural».

Estas son nuestras tierras agrícolas, dice su padre, y extiende las manos como diciendo: «Un día, todo esto será tuyo, hijo mío». Tenemos la intención de cultivar soja, sandías. Muy pronto. La soja pega fuerte ahora en todo el mundo. ¿Ves las ruinas, a la derecha? Antaño fue una sinagoga. Justo estos días estamos terminando el proyecto de su restauración, con la esperanza de que el verano próximo podamos inaugurarla. Entretanto, el equipo de la constitución trata de decidir el rito de esta sinagoga. Qué clase de judaísmo queremos aquí. Puedes imaginar que... no es sencillo. Detrás de la sinagoga – no se puede ver desde aquí– hemos empezado a aplanar un campo de básquet. Si hubieras venido dentro de unos meses, hubiéramos podido jugar uno contra uno. Y eso no es todo. Mientras trabajábamos en el campo de básquet, hemos descubierto por casualidad un manantial de agua caliente. Aquí las llaman *aguas termales*. Aún no hemos decidido qué vamos a hacer con ellas. A lo mejor vendemos el terreno del manantial para subvencionar el resto de las actividades. O abrimos nosotros mismos un spa. Mira a la derecha, ¿ves cómo se elevan vapores de la tierra?

Lo veo. Dime, ¿no os molesta el olor?

¿Qué olor?

A azufre.

¿Hueles a azufre? Husmea el aire. Yo no.

Dori desplaza la vista hacia la izquierda, hacia Neuland, animado por abundante gente joven. A pesar de ser la hora de la pausa, y del barro del suelo, la mayoría de ellos está trabajando. Construyen, excavan, atornillan. Colocan un ladrillo sobre otro. Han añadido dos turbinas eólicas a las ya existentes y hay otra a punto de ser fijada. Detrás del equipo de las turbinas hay un par de carpinteros: uno acopla tablones multicolores bordeados por una cadena metálica, mientras que el segundo sierra una superficie redonda de madera; parece que preparan un tiovivo. Están construyendo un parque de

atracciones, le dice su padre adelantándose a la pregunta de Dori. Está a punto de nacer el primer bebé de Neuland, Benjamín, y todos los compañeros están muy emocionados.

Dori prueba a imaginarse a Inbar entre los equipos de trabajo. ¿Cuánto hace que no la ve? No mucho. Y ya la echa de menos. Mucho. Le duele no verla. ¿Por qué es tan lento, por qué siempre advierte esa clase de cosas tan tarde? La próxima vez que le proponga entrar en su cabaña...

¿Son estupendos, verdad, estos muchachos?, dice su padre. Durante tres meses no hago más que mirarlos. Porque antes de... antes de tomar la pócima estuve unos meses viajando, un viaje bastante corriente. Cuando eres adulto y viajas solo casi no tienes con quien establecer contacto. Por eso la mayor parte del tiempo me dediqué a observar. La naturaleza o la juventud. Primero observaba a los jóvenes de todo el mundo, y poco a poco mi mirada se fue concentrando en los israelíes. Hay algo en ellos... hipnotizador. Tanta energía. Y tan poca alegría. En cada uno de ellos vi la herida. No la imaginé, la vi. El punto exacto por el que había penetrado la metralla. Muchos preferían apartar la vista de la herida, pero los otros precisamente hablaban de ello. Lo compartían con sus compañeros de viaje. Vuestra generación es mucho más abierta. Yo, sentado en una mesa cercana, escuchaba. Por un lado, los admiraba. Por el otro... no los comprendía.

¿No comprendías el qué?

¿Cómo gente tan joven puede doblarse hasta ese punto? ¿Por qué renuncian de antemano con tanta facilidad a la oportunidad de cambiar cuando regresan al país? Creo que fue entonces cuando germinó en mí la idea de que había que ofrecerles una experiencia significativa antes de volver a la guerra por la supervivencia. Algo que libere la enorme energía que llevan enjaulada dentro.

¿Una energía enjaulada? ¿Qué quieres decir exactamente, papá?

Muy bien, intentaré explicarlo desde otro punto de vista. Un hombre joven viaja al extranjero. La distancia le ofrece la posibilidad de comprenderse más a sí mismo y al lugar que ha dejado atrás. Se hace toda clase de promesas. Cómo va a transformar su vida de acuerdo con ellas. Lo que era ya no será. Pero a su regreso a Israel, todas las promesas se disuelven con el calor. Trituradas por el día a día. De ahí nació la idea de que hace falta proporcionar a ese hombre joven, a esas personas, un invernadero que haga posible llevar a la práctica los cambios que se prometieron a sí mismos en el plano personal y

social, antes de que se monten en el avión de regreso. En este punto, no sabía aún qué forma tendría ese invernadero. Todavía no había recibido la llamada.

¿La llamada? No sé de qué me hablas, papá.

Lo siento, es el lenguaje que utilizamos aquí, en Neuland. Y me había olvidado de que no es tan evidente. Leíste mi diario, ¿verdad? Mira, no sé hasta dónde llegaste a comprenderlo. Es tan... turbulento.

Alcancé a comprender que tu viaje te ha llevado a acordarte de la guerra de Yom Kipur.

Es cierto, dice su padre, mientras se aparta de la barandilla y entran los dos otra vez a la habitación. Ven, acerca una silla. Siéntate a mi lado, dice en un tono distinto, nuevo.

Se sientan el uno junto a otro. El poncho blanco de su padre casi le frota a Dori las rodillas.

Seguro que te pareció raro lo que leíste, le dice su padre.

Sí, porque yo nunca...

Yo tampoco... suspira su padre. Y no añade nada más. Solo hunde la mirada en el vacío.

El padre que él conocía no soportaba los silencios. Ni los silencios, ni las pausas, ni las miradas perdidas en el vacío.

Todas mis... convicciones se hundieron al morir tu madre, dice finalmente. Todo lo que pensaba de mí mismo, del sentido de la vida, del país en el que nací, de pronto no me pareció válido. Y fue muy aterrador, pero a la vez sentí que no valía la pena resistirse. Que debía dejarme romper en pedazos para tener la oportunidad de reconstruirme de cero. ¿Puedes entenderlo?

Sí, lo puedo entender. A pesar de que... dice Dori, y se calla.

¿A pesar de que... qué?

Dori vuelve la vista hacia el telégrafo que está en un rincón de la habitación y piensa, si funcionara, ahora telegrafiaría a Tseela: *He encontrado a papá. Stop. Pero no exactamente al padre que conoces. Stop. Mantiene conmigo conversaciones íntimas. Stop. Es lo que siempre quise. Stop. Pero de momento me pone nervioso. Fin.*

¿A pesar de que... qué, Dorinio?

A pesar de que yo aún no... aún ... no me he permitido romperme en pedazos, responde al fin, sin conseguir que no asome a su voz un tono irónico.

No hace ningún bien, Dori, guardarlo todo dentro, dice su padre y le pone

una mano en el hombro. (¡Su padre! ¡Le pone una mano en el hombro!) ¿Te acuerdas de cómo tu madre estropeaba todos los chistes?, pregunta de golpe.

Sí, lo recuerdo. (Su madre era capaz de destrozar el mejor chiste. Contar el final al principio. O no contar el final. A veces se liaba entre el final de dos chistes que le habían explicado el mismo día. Era capaz de decir algo como: «Entonces el conejo dijo: el árbol no ha caído lejos de la manzana.» Y a continuación callarse y esperar a que todos se rieran.)

¿Y los quesos? ¿Del olor de los quesos, te acuerdas?

Claro que sí. (A su madre le enloquecían los quesos malolientes. Tenía en el frigorífico un estante con quesos pestilentes de todo el mundo.)

¿Y cómo, cuando sufrías en el ejército, ella te calmaba contándote historias de la Inquisición? Te contaba la historia de la gente que mandaban a galeras y que se pasaban un año entero en el vientre de la nave sin subir a cubierta a la luz del sol y te decía: Lo ves, Dorinio, hay castigos peores que llevar prismáticos...

Basta, papá; Dori siente cómo todo su cuerpo, desde el diafragma y más allá rechaza con fuerza esos recuerdos, furioso por este intento evidente...

¿Por qué basta, Dori? Quiero que lo sepas, empiezo cada mañana llorando. Sentado, lloro a tu madre durante media hora. Después, empieza un día alegre.

Así eres tú, papá. Yo soy distinto. Tengo un ritmo distinto. Todavía no estoy preparado para todo lo...

¿Sabes qué?, dice su padre –es decir, el hombre abierto y atento en que se ha convertido su padre o que aparenta ser–, tienes razón, Dorinio. Tómate tu tiempo.

Inbar

Lo más notable a simple vista es su entusiasmo. ¿Cómo es ese entusiasmo? Labios carnosos, muchos gestos con las manos, la postura alerta, inclinada hacia adelante, como los corredores en el punto de partida. Nueve personas inclinadas alrededor de una mesa redonda se miran unas a otras con ojos brillantes. Se lanzan ideas al aire, que en el aire hacen el amor y dan a luz ideas nuevas. Un mate con su bombilla metálica pasa de mano en mano, sin

orden sino a voluntad, y cada uno toma un breve sorbo y enseguida lo pasa. Durante todo este tiempo ella está sentada un poco a un lado, si es que se puede estar a un lado en una mesa redonda, y escucha su lenguaje, que suena como hebreo aunque incluye expresiones como «profundamente lesionados», «el país de origen», «no había caído en ello», «neulander». Al principio, piensa que no tiene ninguna posibilidad de saber de qué están hablando, ellos están en una historia y ella en otra completamente distinta, pero poco a poco las piezas se ensamblan y el tema de la discusión queda claro ante ella. La polémica más importante, o así se lo parece, se desarrolla hoy sobre dos secciones de la Convención: la primera versa sobre el papel que debería tener, si así se considera necesario, el judaísmo en la vida cotidiana de Neuland, y la segunda –que Jamali ha definido, bajo las risas de los demás, como «¿Quién es Neuland?» – se refiere a la pregunta de quién puede ser miembro de Neuland y cómo conciliar la voluntad de ser abiertos a todas las naciones del mundo, con la de otorgar a Neuland un cierto carácter especial, que conserve el contacto con «el país de origen», es decir, con Altneuland.

Sara dirige este apasionante debate. Con la mirada como batuta, hace callar a los más agresivos e incita a hablar a los más callados. De vez en cuando, cuando el debate se vuelve demasiado personal, lo encauza con una palabra o dos al terreno de la Visión. Otras veces, cuando se ha llegado a un camino sin salida, Jamali sale en su ayuda: Cómo me apetece ahora un poco de queso «cottage», suelta en medio de un silencio. Pero «cottage» al estilo Neuland – Sara mueve un dedo con exageración– ¡que todos los pedacitos sean del mismo tamaño! ¡Y tolerantes los unos con los otros! Añade otra compañera. Y todos se ríen. Y añaden sus nostalgias: un café con leche, un jamín (la sopa del sábado), una sopa de kube agria, un falafel de Assir, del barrio Hadar Yosef en Tel Aviv...

Saben reírse de sí mismos, piensa Inbar. Es una buena señal. Y desea añadir su alegre nostalgia por las zanahorias dulces de su abuela. Pero los otros participantes ya se han secado la baba que les caía y siguen con su charla.

Hace años, piensa ella, desde el movimiento juvenil, que no participaba en un debate ideológico. No he intentado definirme a mí misma, en qué creo. Y no solo yo. Todos los que me rodean son escépticos, están desesperados, con una desesperación callada y sombría, todos abdican de antemano, bajan la cabeza desde el principio, se acurrucan en sus bienes inmobiliarios, todos

piensan que es inútil hablar del futuro, porque de todos modos todo se mueve en un círculo cerrado del «es así», del que no hay cómo escapar.

¿Y tú qué piensas?, le pregunta Sara.

Perdón... se ruboriza. Tenía el pensamiento en otras cosas... ¿sobre qué tema?

Sobre el judaísmo, y del lugar que ocuparía en lo que intentamos llevar a término aquí.

No estoy segura de comprender del todo lo que tratáis de hacer... confiesa, y Sara le dirige una sonrisa amistosa, amable. Pero, prosigue Inbar, si vuestra intención es empezar todo de cero –Sara mueve la cabeza en señal de aprobación–, entonces tal vez valdría la pena empezar con ello.

¿Qué quieres decir?, pregunta Sara.

Quiero decir qué, en vuestro debate, tratasteis de las representaciones del judaísmo que existen hoy día en Israel... perdón, en el país de origen. Lo cierto es que sois judíos, lo queráis o no. Pero de hecho podéis reinventar el judaísmo más apropiado para vosotros.

¿Reinventar una nueva corriente de judaísmo?

¿Por qué no? ¿Hay tres corrientes, ahora? Pues que haya cuatro.

Los jamalistas, propone Jamali. Y cuando la explosión de risa se ha extinguido, prosiguen el debate sobre la proposición de ella y disertan, se embrollan, mientras preparan una ensalada gigante de verduras frescas y la comen en cuencos de madera, luego siguen el debate, la broma, proponen compromisos, citan textos de las fuentes judías, de «Altneuland», de letras de canciones de Ehud Banai, todo ello con una especie de fuego que hacía tiempo no sentía arder en su interior, ni en el trabajo, ni en casa, un fuego que despierta en ella ironía y envidia a la vez.

Cuando todo el mundo se ha dispersado, quedan en la sala solo Sara y ella. En el aire vibran aún las chispas de los flamantes pensamientos.

¿Qué te ha parecido?, le pregunta Sara mientras le roza el brazo amigablemente.

Extraño e interesante, responde Inbar con sinceridad.

Si decidieras quedarte –dice Sara mirándola con ojos brillantes– estaría muy contenta de que participaras en nuestra lluvia de ideas.

¿Quedarme? La verdad es que no... no he pensado en esta posibilidad.

La mayoría de los que estaban hoy en la mesa, llegaron por casualidad, se quedaron para vivir esta experiencia y, entonces, en algún momento, se

contaminaron... del virus, y fueron a solicitar una entrevista de admisión al señor Neuland.

¿Hay gente a la que no haya admitido?

No mucha.

¿Cuánta es no mucha?

Tres, confiesa Sara. Uno volcó una mesa en pleno debate del equipo de la Constitución. La verdad es que fue terrorífico, porque la volcó encima de mí. Dije algo que lo irritó. La segunda estaba sola todo el día en los bancos de las visiones mordiéndose las uñas. Entonces, él pensó que era preferible que regresara antes a casa de sus padres, en el país de origen, para recomenzar de nuevo desde cero. El tercero era un holandés drogado que no entendió dónde había ido a parar y pretendía vender hachís a la gente.

Y... dime –se le ocurre una pregunta a Inbar–, ¿el señor Neuland debe dar el visto bueno a lo que habéis decidido hoy sobre la Constitución? Porque si él es el visionario... entonces no comprendo mucho para qué...

Esto funciona en dos direcciones. Nosotros le presentamos ideas y él nos propone preguntas para resolver.

Pero él dice la última palabra, ¿verdad?

No. La dice el Sanedrín.

¿El Sanedrín?

Nuestra asamblea general. No somos una secta, Inbar. Aunque me imagino que desde fuera lo puede parecer. No adoramos al señor Neuland, de ningún modo. Le tenemos mucho respeto, eso es todo. Él tuvo la visión de este lugar, como Hertzl la tuvo del Estado Judío y por esto tiene un estatus especial. Hertzl también tuvo sus detractores, ya sabes. Y también tomó decisiones que luego no consiguió llevar a cabo.

¿Quién dirige las ceremonias de los jueves?

Él –Sara se recoge el pelo en una cola de caballo–, pero de las ceremonias no... estoy autorizada a hablar.

Cómo es que siempre, en las comunidades cerradas como esta, tiene que haber un secreto, piensa Inbar. Tal vez para añadir un aura de misterio, para dar a los participantes la sensación de que saben algo que los no iniciados no saben. Y a pesar de la evidente manipulación, se confiesa a sí misma que le gustaría asistir a una de estas ceremonias. Nada más que por la pequeña oportunidad de encontrar a Yoavi, con su ayuda.

Déjalo –Sara se deshace la cola de caballo y se deja la cabellera suelta–, las

ceremonias son un premio. No son el corazón de la historia. A mi modo de ver sería mucho más importante que nos acompañaras, por la tarde, a una de nuestras actividades por los pueblos. Esta es la parte de Neuland que, personalmente, me atrapó. Porque de verdad significa dejar de estar obsesionados por el Holocausto y comenzar a ser «una luz para las naciones», como Hertzl profetizó. ¿Sabes cuál es nuestra plegaria del viernes? «Tú nos has elegido *con* todos los pueblos».

¿En lugar de «*entre* todos los pueblos»? Es hermoso.

¿Así que vas a venir con nosotros, después?

Estaré encantada. ¿Cómo funciona?

¿Montas a caballo?

No.

Deberías aprender cuando se presente la ocasión. Es estupendo. De momento, ve a ver al responsable y él os encontrará a ti y a Dori un lugar en la camioneta para los que no montan a caballo.

¿Dónde está, ese responsable que dices? ¿Tienes un plano?

Inbar le tiende el plano que lleva doblado en el bolsillo del pantalón, Sara lo despliega y la guía con el dedo: a la derecha por la avenida Kingscourt, pasas el huerto de tomates y el centro de servicios, después a la izquierda la zona de ensayo de los klezmer, allí está su puesto.

La mirada de Inbar se detiene sobre el dibujo que señala la zona de ensayo. En lugar de una guitarra, como era de esperar, hay el dibujo de un violín. Un violín que le es familiar. De muchas paredes.

¿Tienes idea de quién ha dibujado este plano?

¿Por qué?

Por nada. Nunca había visto un plano como este, es una pequeña obra de arte.

Sí –Sara asiente– Jamali tiene talento. Herido en lo más profundo del alma, pero muy dotado.

* * *

Al salir al exterior, las recibe un fuerte viento que sacude las hamacas tendidas entre los árboles. En la avenida Hertzl, varios compañeros están ocupados colgando bombillas multicolores en forma de frutas en las ramas. Escaleras muy largas, con muchos peldaños, están apoyadas en los troncos e

Inbar piensa que es como la recolecta pero al revés. Y piensa: Ese entusiasmo que tienen, por ilusorio que sea, tiene algo que seduce, disuelve la obstinación, derriba la indiferencia. Unos días más aquí y, quién sabe, tal vez yo...

La electricidad debería llegar a las bombillas desde allí –Sara señala las turbinas recientes que giran veloces como si alguien accionara una manivela–, es mucho mejor que el ruido de un generador, ¿no?

¡Sara! Se acerca alguien que anuncia febrilmente: ¡Tenemos huéspedes! Tres, dos hombres y una mujer, y... no lo vas a creer, dicen que vienen del Líbano.

¿Libaneses? Brilla una luz en los ojos de Sara. ¿Estás seguro?

Es lo que ellos dicen.

Si es cierto, ¡sería maravilloso! Sara se vuelve hacia Inbar. El señor Neuland predijo que en algún momento esto ocurriría. Dijo que sería uno de nuestros mayores retos. Es ahí donde el país de origen ha fracasado, dice, en las relaciones con los que no son nosotros... y eso es el lugar que Neuland puede ocupar con éxito, precisamente por ser extraterritorial. Escucha, me parece que tengo que acercarme al portal...

Claro, claro, dice Inbar y añade: Gracias.

No hay de qué –Sara sonríe confusa, en contradicción a su postura erguida y segura–, estaré muy contenta si decides quedarte en Neuland. Me falta una buena amiga aquí.

A mí también me falta una buena amiga, dice Inbar, intentando corresponder a Sara con la misma generosidad. Y piensa: De haber tenido una buena amiga, tal vez no hubiera invitado a un hombre casado a entrar en mi cabaña. Pero dice: Si no me quedo, podemos vernos cuando vuelvas al país de origen...

Si es que vuelvo, subraya Sara. No lo he decidido todavía. Hemos hablado del retorno con algunos compañeros, de alquilar un piso juntos en Jerusalén y *neulandear*, es decir, realizar un cambio. Por otra parte, es complicado para mí en el país de origen. Mi hermano pequeño... murió en el Golán hace un año.

¿En el Golán?

Un tanque le disparó durante una maniobra.

Te acompaño en el sentimiento. En otras palabras, me imagino por lo que habrás pasado.

Por todas partes veía hologramas de él. Me parecían tan reales que alargaba la mano hacia él; ¡me encontraba en plena calle tocando el aire, ¿te lo puedes imaginar? Solo cesó al llegar aquí. Desde que murió no consigo sentir nada. Ni amor. Ni odio. Ni felicidad. Tampoco tristeza. Es como si sobre mi pecho pesaran una multitud de nubes negras. Solamente aquí, en Neuland, algo se ha abierto. Un poco. Así que no sé cuándo voy a regresar. Supongo que cuando note que soy menos peligrosa para mí misma.

Mani y Dori

Están callados un buen rato uno junto al otro recordando a la mujer que los dos han amado. Y Dori se acuerda de pronto –con un nudo en la garganta contra su voluntad– de una noche en el hospital. Todo el mundo se había ido ya, quedaron los dos sentados en las sillas de plástico cerca de la cama. Ella tenía los ojos cerrados, pero los abrió de repente y dirigió su mirada de uno a otro, esbozó su bonita sonrisa y dijo: Cómo os parecéis, por un instante creí que empezaba a ver doble.

Ven, dice ahora su padre, quiero enseñarte algo.

Se levanta ágilmente y se dirige hacia otra ala del edificio. Camina más erguido y más rápido que en Israel y Dori, cuya espalda aún le duele, se siente como un niño intentando seguir los pasos de un adulto. Es una historia singular la de esta granja, dice su padre mientras avanza por los pasillos y, sin esperarlo, sin comprobar si su hijo quiere escuchar su historia singular, prosigue: llegaron aquí en el treinta y dos, la familia Yaakobi, cuando aún era posible salir de Alemania. ¿Entiendes? Las colonias del barón de Hirsch en Argentina, que al principio fueron un fracaso, en los años treinta se transformaron en la cabeza de puente de acogida de todos los judíos europeos lo bastante inteligentes para huir a tiempo. Que es exactamente lo que el barón de Hirsch había planificado. Lo que es bonito es que, en poco tiempo, los Yaakobi se volvieron cabeza de puente de la cabeza de puente. El año treinta y ocho esta granja acogió a los judíos que huyeron de Alemania después de la Noche de los Cristales Rotos. Aquí pasaban su primera noche. La señora Yaakobi les ofrecía una cena caliente y unas botas vaqueras, luego

se instalaban en una de las granjas judías de la región. Mira, ya hemos llegado...

Su padre abre una puerta y, ante sus ojos, aparece una pequeña sala, toda ella biblioteca. Cubren las paredes estanterías y más estanterías. Volúmenes y más volúmenes.

Su padre guarda silencio unos instantes para reforzar la impresión y luego dice: Al dejar el «centro de acogida» dejaban a Yaakobi padre un libro de regalo. Así, un refugiado tras otro, su biblioteca se transformó en la mayor de la zona. Hay aquí un verdadero tesoro de cultura judía, Dori. Sobre todo en alemán, también en yiddish, en hebreo, en español.

Saca un libro de una estantería. ¿Lo conoces? Le muestra una cubierta que lleva por título: *Los gauchos judíos*.

Es de Alberto Gerchunoff, ¿verdad?

Sí, él documentó todos los intentos de implantación aquí, por medio de relatos cortos de la vida cotidiana de los colonos; su padre hojea el libro hasta que encuentra la página que busca. Está en español, dice, voy a intentar traducirte...

«Y así, cuando el rabino Zadoc-Khan nos informó de la inmigración, de tanta alegría olvidé Jerusalén y recordé las palabras de Yehudah Halevi: Sión se encuentra en un lugar donde reinan la paz y la tranquilidad.»

Su padre le alarga el libro pero Dori no lo toma. Que yo sepa, Sión está en un lugar muy determinado.

Oh, Dorinio, se te ha escapado la gracia de la historia.

Pues, cuéntamela, le pide, pero piensa: Yo ya soy padre, que no me llame Dorinio.

Un estado no puede existir solo para sobrevivir, Dorinio. El objetivo original del establecimiento de Israel fue reunir a los judíos de la diáspora en un lugar donde no fueran perseguidos. Pero ese *era* el objetivo. En pasado. Un estado necesita una visión. Un estado sin visión es como una familia sin amor. ¿Y si el amor no existe, para qué conservar la familia?

Bueno, ¿y entonces? ¿Qué relación tiene todo esto con Neuland? A Dori se le termina la paciencia. Le molesta que su padre le hable como un gurú a sus adeptos y todavía le molesta más que un hombre que no muestra un ápice de interés por su familia, utilice la familia como metáfora...

Neuland será el recordatorio, dice. Un recordatorio de la Atenas que el

estado de Israel debería de haber sido si no se hubiera transformado en Esparta.

Pero, ¿por qué en Argentina? ¿Por qué no instaurar un lugar como este en Israel?

Imposible, Dori. Cualquier organización fundada en el país de origen invadiría el territorio de alguien y, por consiguiente, sería etiquetado de «contra» cualquier cosa y al momento tendría enemigos. Y, además – prosigue Mani antes de que Dori llegue a perfilar la objeción que tiene en mente–, estos jóvenes que viajan por Sudamérica se encuentran justo en el momento preciso de sus vidas de apostar por algo nuevo. ¿Cómo lo dijo Hertzl? Para llevar a término grandes empresas hace falta una pizca de desesperación.

Entonces, ¿quieres construir con ellos la «diáspora de Neuland»? Sabes qué hubiera opinado mamá de todo esto, que incluso la Edad de Oro en España terminó con...

La expulsión. Lo sé. Si te es más cómodo, puedes pensar en nosotros como el «Futuro», la nave con los sabios visionarios de Hertzl o como el Sanedrín de Yavne, fundado por Yohanan ben Zakai cuando huyó de la Jerusalén sitiada por los romanos y del que nació, después de la destrucción del Templo, un judaísmo distinto, más espiritual, después de liberarse del yugo implacable del asedio.

Pero...

Pero ¿tú eres quien cada año se niega a ir con tus alumnos a Polonia, ¿no? Eres el que sostiene que estas marchas no hacen más que infundir miedo y desconfianza. Entonces, lo que nosotros intentamos hacer aquí es justo lo contrario, invitar a los jóvenes a un viaje de lucidez y apertura.

Su padre devuelve el libro a la estantería, mientras Dori se obstina:

De acuerdo, lucidez y apertura está muy bien, pero, ¿cómo encajan con el interrogatorio que ese chalado, David, nos hizo al entrar, antes de confiscarle el teléfono a Inbar?

Está bien, hijo –dice su padre mientras saca otro libro del estante–, es natural que aún no lo comprendas todo. De todos modos, lleva tiempo a la gente digerir la visión de Hertzl. Incluso esto, dicho sea de paso, lo había previsto también de antemano. Mira lo que escribe en el epílogo de Alterneuland: «Deberás» –advierte lanzando piedras a su tejado– «abrirte camino entre el laberinto de hostilidad y falsedades como en una selva

tenebrosa. Pero si la suerte te acompaña y llegas a encontrar gente buena trasmíteles la bendición de tu padre.» Esto es lo que me ocurrió, añade. La suerte me sonrió y mi visión ha encontrado a las buenas personas que se encuentran aquí.

¿Cómo es que en la hoja informativa está escrito «de momento»? ¿Puede ser que Neuland desee ser otra cosa, algún día? ¿Que el programa del pequeño Neuland sea solo tu cobertura del proyecto de un gran Neuland?

Su padre cierra los ojos y guarda silencio largo rato, demasiado largo, durante el cual Dori tiene ganas de descolgar el bastón contra los saltamontes y golpearlo con él. ¡Que responda ya de una vez! Que le hable como le habló antes en su habitación.

Su padre abre al fin los ojos, mira el reloj y dice: La pausa ha terminado. Inbar y tú podéis ir con los voluntarios a uno de los pueblos y telefonar a casa.

El Judío Errante

¿Me pasas la pala?, le pregunta Inbar al muchacho que juega con Jamali, luego recoge la pelota caída en la arena y la lanza a Jamali con fuerza. Jamali se la devuelve a su vez a la altura justa e intercambian algunos golpes sin que la pelota se caiga al suelo. No está mal para ser una visitante, la felicita mientras juegan, ¿de dónde eres, en el país de origen?

De Haifa, le dice mandándole una pelota baja, ¿y tú?

De todas partes. Se abalanza y evita que la pelota toque el suelo.

¿Qué significa «de todas partes?» –le devuelve el golpe–, ¿quién eres, el Judío Errante?

Se queda helado y la pelota le pasa delante de las narices.

Perdona, se acerca a ella, a una distancia que no permite jugar, ¿qué has dicho?

Lo que has oído. El Judío Errante. *The Wanderer Jew Tour*.

No tengo ni idea de lo que dices.

El dibujo del violín en el plano, Jamali. Sin él no habría pensado nunca que eras tú.

¿Por qué gritas?, él baja la voz hasta el susurro. Ven, vamos a un lugar

donde se pueda hablar.

Dejan las palas en el suelo y él la conduce detrás de una de las turbinas eólicas.

En general, no me gusta hablar de esto, dice jugando con el vello de su torso. La gente me malinterpreta.

Inbar pisa un terreno seguro. Tipos como él eran el pan de cada día en su programa de radio. Naturalmente, al principio están indecisos. Han ocultado durante un buen tiempo su universo íntimo y se han acostumbrado a ello. Pero ella sabe por experiencia que todo cuanto necesitan es una pregunta que les indique que su interlocutor está dispuesto, mientras dure la entrevista, a aceptar las leyes de su universo íntimo para que empiecen a hablar.

No está nada bien que no le dieras de beber a Jesús, aposte por una ligera provocación. Te mereces que él te maldijera.

¿Pero qué dices de Jesús? —salta él—, ¿desde cuando Jesús maldice? Escúchame bien: la violencia es gratuita. Todo empezó con la destrucción del Segundo Templo. Solo nos quedó el Muro occidental. ¡Y vete a vivir a una casa con un solo muro! Incluso las cabañas de los huéspedes en Neuland tienen tres muros. Entonces empecé a errar. Aparezco y desaparezco. Cambio de pseudónimo. ¿Qué quieres decir con «cómo»? Como Gaby y Deby, los de la tele. Pero sin la varita mágica. Como las máquinas del futuro. Pero sin máquina. Llego a una época. A veces es buena, a veces mala. Es más fácil caer en Woodstock que en Treblinka. Aunque tienes que saber que Woodstock también tenía su parte mala. ¿Sabes que murieron dos personas en una batalla de tenedores? Habría que rebobinar para oír los aullidos cuando los pinchaban. Lo ocultaron al público para no destruir la imagen. La imagen es importante. La mía, por ejemplo, es problemática. ¿Has visto qué aspecto tengo en los folletos escandinavos? De una fealdad flagrante. No es que yo sea un Marlon Brando, pero no soy tan repugnante como me dibujan esos antisemitas, reconócelo. Una sola vez, en Toledo, en el siglo xiv, conseguí acostarme con la que tenía que dibujarme. Era del tipo artista, ya sabes. Toda esa historia del vagabundeo encajaba con ella. Sin ataduras, sin «te amo», sin infusiones de hierbas. Pura pasión. Sobre la mesa de la cocina. Mientras el marido dormía. Luego me dibujó de una forma tan bella que al cabo de pocos meses la llevaron a la hoguera, culpable de adulterio. O de brujería. Cuando los hombres desean a una mujer hermosa que los rechaza, encuentran el camino para vengarse. A pesar de que se ha avanzado en este

tema. Con la perspectiva de dos mil años puedo afirmar que ha habido mejora en el estatus de la mujer, pero el camino a recorrer es largo. De todos modos, cuando supe lo de la muerte de ella, ya estaba en París. Lloré lágrimas a ríos. ¿De qué te asombras? Que sea errante no quiere decir que no pueda mantener un vínculo. Así soy yo, errante y conectado. Me vinculo y sigo errando. ¿Quién crees que acompañaba a Hertzl en los jardines de Luxemburgo mientras forjaba El Estado Judío? ¿De verdad? ¿Te parece que una sola persona puede discurrir todo esto solo en dos semanas? ¿Y, además, Hertzl? ¿Que no sabía nada sobre el judaísmo y el vagabundeo hasta que no lo conocí? ¿Y quién, según tú, inventó esta frase «*First we take Manhattan then we take Berlín*»? ¿Leonard Cohen? Eso es lo que piensan todos. Pero díles que te expliquen qué significa y te darán un silencio por respuesta. La verdad es que yo le insinué esta frase en los años setenta. En un bar de Manhattan. A las dos de la madrugada. Mira a tu alrededor, *my friend*, me dijo ¿no te parecen judíos todos los que nos rodean? «*First we take Manhattan*», le respondí, «*then we take Berlín*». Digamos que se puede dar un Estado a un pueblo errante, pero resulta imposible privarle de su impulso nómada. No me lances esta mirada. Oh, *sorry*, a veces mi hebreo parece una traducción. Ocurre cuando hace mil años que vas por los caminos. Quería decir: no me mires de esta manera. Si no me quieres creer, ve a ese bar de Manhattan, no recuerdo el nombre, la Séptima Avenida con Broadway. Entra en el servicio de caballeros y allí encontrarás una de mis inscripciones. Con el dibujo del violín. Por cierto, también en la casba de Nablus encontrarás una inscripción mía. A dos dedos de la tienda de delicias turcas de Said. Después de Manhattan, tuve unas horribles semanas en una de las mazmorras subterráneas de Franco en Barcelona y, cuando pensaba que no podía haber nada peor, fui lanzado de pronto a la segunda intifada. Como enfermero con los paracaidistas. Vaya pesadilla. Hice cosas que ningún judío debería hacer. Te lo digo, si no hubiera tenido un poco de perspectiva me hubiera vuelto loco. No, por favor, no me mires así, como si hubieras resuelto el enigma. No te digas a ti misma, todo ha empezado allí. Porque no es cierto. Todo empezó con la violencia gratuita. Y con la destrucción del Segundo Templo. Tal y como te lo he explicado. Y desde entonces ando por los caminos. Dando amor gratuito a las mujeres no judías. Iluminando a los no judíos. ¿Quién crees que le iluminó a Edison la bombilla encima de la cabeza? ¿Y Bell? ¿Y Galileo? Con toda humildad, sin mí, la humanidad todavía se encontraría

sumergida en la Edad Media. ¿Piensas que exagero? Lástima. Creí que eras diferente. Por eso no me gusta contar mi historia a la gente. Porque recibo esta respuesta. Me agarran por la cabeza y, como a la zanahoria del abuelo Eliezer, me quieren arrancar de la tierra para observar mis raíces psicológicas. Idioteces. Si tuviera raíces, serían históricas y no psicológicas. Y las raíces históricas se hunden tan profundo en la tierra que ni el abuelo Eliezer con todos sus ayudantes que lo agarran por la cintura logran arrancarla. Y la única persona que hasta ahora ha entendido todo esto es Mani Peleg. Aquí lo llaman «señor Neuland» esos gilipollas. A mí, personalmente, me recuerda más la semana que pasé con la peña de David Koresh en Waco, Texas. Yo lo llamo señor Mani. Esto no le representa ningún problema. Desde el primer momento se dio cuenta de que conmigo tendría que ser un poco más flexible con las reglas. Cuando le conté mi linaje me dijo que le parecía que había hecho un largo camino para llegar aquí, entonces le dije largo no es la palabra, y él dijo que no podía prometerme que aquí me sentiría en casa, porque sabe que va contra mi naturaleza sentirme en casa, pero que esperaba que Neuland fuera una de las estaciones más significativas de mi tránsito. Con placer, le dije, ¿por qué no? Y así terminó mi entrevista de admisión. Después Sara vio que en el formulario de capacidades que yo había rellenado había escrito «diseño», entonces me pidió que dibujara el plano para los huéspedes. Antes, aquí no había nada, solo ideas. Y buena voluntad. En todas mis andanzas no había encontrado tanta gente de buena voluntad. Así que dibujé el lugar como Mani me dijo que sería. Incluso añadí al plano una piscina, que no formaba parte de su proyecto, porque me pareció que sería un bonito homenaje al kibutz. Allí también estuve, claro. En Ein Jarod. Pero fui a caer en el periodo de la escisión entre el movimiento «unidad» y el «unificado», y no sabía por cual de ellos decidirme porque no veía una gran diferencia entre los dos y todos me decían tienes que tomar partido, tienes que tomar partido, ¿cómo es que no tomas una posición, Najtche? Entonces estuve muy contento cuando me mandaron a un canal de Ámsterdam. De todos modos, el plano imaginario de Neuland que dibujé se cumple, como puedes ver. Incluso han empezado a excavar la piscina.

¿Impresionante, dices? Me parece inquietante. ¿Por qué inquietante? Porque Mani me dijo, y en realidad lo dice a todo el mundo, que toda la idea de este lugar no era un nuevo territorio sino un campo itinerante fantasma. Un Sanedrín en el exilio que se establecería cada vez en un lugar distinto. Y

tengo la mala impresión de que esta vez el cactus se le ha subido a la cabeza y ha cambiado de opinión y desea establecer aquí una especie de pequeño Estado fijo. Y esto, tengo que decírtelo, no me conviene en absoluto. Yo ya tengo un Estado. Ciertamente, después de lo ocurrido en Nablus, no contemplo una situación en la que pueda vivir allí en un futuro próximo. Pero, ¿qué es lo que digo siempre? La casa no es el lugar en que vives sino el lugar al que sabes que podrás regresar cuando quieras. Y no hace falta más que un lugar como este. ¿Qué tengo proyectado hacer ahora? Me parece que voy a ser expulsado de Neuland dentro de una semana o un par de meses hacia otro periodo. ¿Quieres venirte conmigo? No se lo propongo a todas. Pero tú... hay algo en ti. O más cierto, hay otra en ti. He captado su vibración desde que empezamos a hablar. Es decir, desde que empecé a ahondar en ti. Sencillamente, hace mucho tiempo que no encontraba a alguien que despertara en mí el deseo de vagabundear con ella. No te ruborices. No hablo de ti, Inbar. Le hablo a la que está en tu interior. A la que todo le importa un comino. Entre nosotros, ¿cómo la llamas? Prometo no contarle a nadie. ¿Nesia? ¿Liberarás a la señorita Nesia y la dejarás que se venga conmigo? Tengo la impresión de que solamente agarrándome fuerte de tu mano podrá ir conmigo de un sitio para otro y, como yo, no morir nunca. No es seguro que funcione. Pero vale la pena probar, ¿no?

Dori

Ella lo espera a la salida de la granja y él, nada más verla, la abraza. Un abrazo prolongado que en algún momento se convierte en el de dos boxeadores que se sostienen el uno al otro. Te echaba de menos, dice él. Inbar guarda silencio.

Siento lo de anoche.

Tú te lo perdiste, dice ella mientras sonrío junto a su cuello.

Estaba desorientado a causa de mi padre. Todo este tiempo convencido que venía en su ayuda...

Sí, dice ella mientras se aparta lentamente, la verdad es que parece estar bastante... bien.

Eso es, a veces parece estar bien y otras parece haber perdido el norte.

Caminan por la avenida Hertzl y justo en ese instante se dan cuenta de que van hacia la salida. El sol asoma un momento entre las nubes y brilla a través del follaje del árbol del paraíso. Se cruzan con tres jóvenes que caminan a paso ligero y hablan entre sí en una lengua extranjera pero a la vez familiar. ¡Son las libanesas! Recuerda Inbar, y piensa que si no llevan las mochilas a la espalda es porque Sara ya las ha convencido para que se queden.

A propósito ¿adónde vamos?, pregunta Dori, y le tiende la mano.

Los acompaño en las actividades de los pueblos. Me va bien ser un poco la luz de las naciones. ¿Te vienes?

No sé, dice él. No estoy seguro de conectar con...

Hazlo por mí.

De acuerdo.

La verdad es que tengo que confesarte que tu padre es bastante... encantador, dice ella con cautela.

Bueno, siempre ha enamorado a las mujeres.

No pretendía decir eso. Aunque tú eres más guapo.

¿De verdad?

Sí. De todos modos, lo que pretendía decir es que da la impresión de que tu padre está bien aquí y que sus intenciones son buenas.

El infierno está lleno de buenas intenciones, ya lo sabes.

No he dicho que esto sea el infierno.

El olor es infernal.

¿Olor?

A azufre. ¿No lo notas?

Ahora que lo dices... un poco.

¡Oh! Finalmente alguien lo admite. Ya empezaba a pensar que mi imaginación me jugaba una mala pasada.

No sé... Dori, noto que hay cosas que no comprendo. Hace apenas un día y medio que estamos aquí y ellos, por lo que veo, están todavía debatiendo muchas ideas.

¿Hay cosas que sí comprendes? Le deja la mano. ¿Tal vez puedas explicarme cómo es posible que este lugar se fundara bajo los «valores de Hertzl» cuando lo único que dijo Herzl es que los judíos necesitaban un territorio para ellos? Vivir en Argentina según los valores de Hertzl es como vivir según los principios de Lenin, solo que sin la parte de la igualdad.

Lo que yo entiendo es que... tu padre desea efectuar un cambio en el país

de origen, como él lo llama, sin embargo, piensa que este cambio no puede venir de dentro, por lo tanto debe venir del exterior, mediante una alternativa que sacuda a las personas y las desafíe en lo más profundo de su existencia. El hecho es que contigo lo ha conseguido, te ha desconcertado.

Sí, pero...

Y la idea es que después este «país en la sombra» alimente al país de origen. Sara, por ejemplo, proyecta regresar al país de origen y allí *neulandear*...

Bueno, ¿empiezas a hablar como ellos?

Desea hacer cambios, no importa cómo lo llamemos. Desea regresar a Israel y fundar una comunidad que ponga en práctica lo que ha aprendido aquí,

¿Te ha dicho cuándo va a regresar?

No.

Claro que no. Seguro que necesita el visto bueno del «Visionario», porque él es sin duda el que «ve el futuro por ella».

No es exactamente así... pero tienen razón, en Neuland hay algunas cosas extrañas, Dori. Cómo hablan de tu padre. Esas ceremonias terapéuticas secretas. Y hay cada tipo... ahora, en la pausa, he hablado con uno de ellos... no importa... en cualquier caso creo que soy demasiado escéptica para unirme a ellos. Sin embargo, me habría quedado una o dos semanas para vivir la experiencia. A fin de cuentas son buena gente. Y siempre está bien airear tus principios, imaginar otra historia, ir un poco hacia... *road not taken*, ya sabes.

Inbar

Al final no se queda en Neuland una o dos semanas. Tampoco un día o dos. Porque al llegar a la puerta los espera Victorcito con la furgoneta. Qué bien que hayáis venido, les dice. Hace horas que estoy aquí y este *hijo de puta* – señala a David– no me deja entrar. Tengo una noticia importante para Míster Dori.

¿Una noticia?

Te buscan con urgencia en Israel.

¿Qué ocurre? Dori se asusta por la mirada penetrante de Victorcito.

Dile, Victorcito se dirige a Inbar, que he traído un teléfono para que pueda telefonar.

Te buscan en casa, le dice Inbar, y Dori toma el aparato y trata de telefonar. No lo consigue. Están comunicando.

¿Os espero? Sara tira de las riendas y detiene a su bonito y musculoso caballo junto a ellos. El bonito y musculoso caballo mira con el ojo derecho a Inbar, como si también él esperase la respuesta.

No, dice Inbar, ve. Más tarde iremos contigo.

Al cabo de diez minutos mortales, alguien responde a Dori desde Israel. Ella únicamente consigue oír la parte de él de la conversación y trata de recomponerla entera con los cortes.

¿Qué querían? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Les has dicho que estoy en el extranjero? ¿Hay mucha gente que...? Dime... ¿Neta estaba despierto cuando han venido? Shhh, shhh. ¿Está ahora en casa? ¿La guardería está protegida? Dile que lo quiero y que mañana o pasado, a más tardar, estaré ahí. Sí y no. Sí, encontré a mi padre. Es una larga historia. Pero se encuentra aquí. Está vivo. Ok. Ok. Claro. En el primer avión. *Bye*.

¿Qué ha ocurrido? Le pregunta, con una mano sobre su hombro.

Ha estallado la guerra, dice, y le pasa el teléfono.

* * *

Ella llama a la abuela Lili. Sin embargo, en lugar de su aló ronco y profundo oye el aló agudo y nasal de su madre.

Inbar, ¿dónde estás? Te estamos buscando como locos. Acabo de hablar con la línea de urgencia de la embajada de Buenos Aires. ¿Qué? Un misil ha impactado el edificio de la abuela. Tomé el primer avión y aquí estoy. Ella no se encuentra muy bien. Estoy embalando algunas cosas tuyas y vamos a casa de Eytan. Tu Eytan, Inbar. Nos llamó y nos ofreció ir a su casa. Allí no llegan los misiles. No. La abuela está físicamente bien aunque está muy confundida. No importa, Inbar. Vuelve tan pronto como sea posible. Ya tenemos suficientes preocupaciones.

Dori, Inbar y Mani

Tendremos que decírselo a mi padre, dice Dori.

Inbar cuenta a Victorcito la situación y le pide que los espere unos minutos más.

¿Qué ha pasado, hermanos?, les pregunta David en el portal ¿Cómo es que no habéis ido a los pueblos? Inbar le responde, ha estallado la guerra en Israel, y David con voz tranquila y moderada como si le anunciara que ha salido el sol por la mañana dice ah, sí, era previsible, el señor Neuland nos anunció que ocurriría esta semana o la semana que viene a más tardar. ¿Qué?, exclama Dori, y David que le tiene algo de miedo, retrocede un paso y dice sí, hermanos, predijo que habría guerra y que no hacía falta que nos implicáramos en ella porque lo que hacemos aquí, en Neuland, no es menos importante. Bueno, sal de ahí, chiflado, dice Dori, pasa delante de él y sale corriendo con Inbar por la avenida de los árboles del paraíso hacia la granja e irrumpen los dos en la oficina de su padre.

Su padre levanta con calma los ojos del libro que lee con los pies apoyados en un reposapiés y pregunta: ¿Qué, ya habéis hecho vuestras llamadas urgentes?

Hay guerra, le dice Dori, sin aliento por la carrera. En la frontera del Líbano. Están cayendo misiles en Haifa.

Bueno, dice su padre, no me sorprende. De vez en cuando tenemos que iniciar una guerra para desviar la atención de la falta de visión.

¿De dónde sacas quién ha iniciado la guerra? –Dori está enojado. ¡Te lo acabo de decir!

Su padre se calla y acaricia su poncho ¿Queréis tomar mate? Señala el samovar del rincón. Precisamente iba a preparar para mí. ¿Es cierto lo que David nos ha dicho en la puerta? Dori ignora su invitación.

¿Qué es lo que dijo?, dice impasible su padre mientras vierte agua caliente en el vaso del mate, se mete un terrón de azúcar en la boca y sorbe el líquido con la bombilla.

Que les dijiste que no participaran en esa guerra, que lo que hacen aquí es más importante.

Yo no les digo lo tienen que hacer. Yo solo puedo hacerles partícipes de la información que recibo en mis visiones.

¿Y cuál es?

Que es una guerra inútil, que no va a cambiar nada y que no vale la pena tomar parte en ella.

¿Cómo lo sabes? ¿Papá, te has vuelto completamente loco? ¿Estás oyendo lo que dices? ¿Quién eres tú para determinar si vale o no la pena? ¿Qué, eres un profeta? ¿El Mesías? ¿Sabes que, de estar en Israel, habría podido avisar a los poderes públicos y te habrían encerrado por la fuerza?

Pues es una suerte que no estemos en Israel, dice su padre, con una leve burla en la voz y los pies aún descansando en el posapiés.

Seguro que es una suerte que no estemos en Israel. Es más fácil ocuparse de los síntomas que de la enfermedad. Mucho más fácil estar aquí sentado hablando de visiones sin ensuciarte las manos.

Eso es un modo de verlo, Dorinio.

¿Y cuál es el otro?

Que es imposible definir una nueva visión si seguimos metidos en el mismo fango. Que hay situaciones en las que debemos subir al monte Nebo si deseamos ver lejos y con claridad.

¿Qué dices del monte Nebo? Estás en Moisés Ville, un pueblo perdido de Argentina, que fue parte del proyecto fracasado de tres al cuarto del barón de Hirsch. ¡Fra-ca-sa-do!

Señor Neuland... papá de Dori –Inbar interviene por primera vez en la conversación–, creo que estás haciendo algo injusto. Muchos jóvenes de aquí te adoran. Todo lo que les digas lo aceptarán como la Torá del Sinaí. Creo que deberías darle a Dori la oportunidad de hablarles para que oigan una opinión distinta.

El padre de Dori se mete otro terrón en la boca, sorbe mate de su vaso, se frota la barba y al cabo de unos momentos dice:

Claro que sí, ningún problema, claro que sí. Tienes razón. Dori, estás invitado a exponer tus argumentos ante la asamblea en el próximo Sanedrín, el viernes.

Pero faltan aún cuatro días, exclama Dori, nosotros ya no estaremos aquí. Su padre da una palmada como diciendo ¿qué puedo hacer? Entonces, mira a Inbar y dice: Pensaba que estabais bien aquí. Juntos. ¿A dónde vais con tantas prisas? ¿Cuánto tiempo lleváis aquí? ¿Dos días? Sentaos. Tomad mate. Quedaos conmigo un poco más. Conoced el lugar y... vuestro potencial, con más profundidad.

Mi estancia aquí ha bastado –explota Dori– para saber que necesitas ayuda psicológica. Y quiero decirte algo más: si mamá estuviera aquí, se avergonzaría de ti. Aceptemos que seas un traficante de drogas. Pero, ¿que

pases de tu hija y de tus nietos que están en peligro? Puede ser que les estén cayendo ahora mismo misiles encima y tú estás tomando tranquilamente tu mate. Mamá no te lo perdonaría.

Pero mamá fue la que me mandó aquí, Dorinio. Apareció en mi visión...

¿Ya estás otra vez con tus visiones? No son visiones, papá, son alucinaciones causadas por las drogas...

Ya te lo he contado, Dori, la pócima no es una droga, es una puerta para ver con más lucidez el mundo del alma.

¿Qué lucidez? Has perdido la cabeza, papá. Y el problema es que arrastras a otra gente en tu caída...

Es una forma de verlo, Dorinio.

Déjalo –Dori levanta las manos encolerizado, desesperado–, no hay más que hablar. Ven, Inbar, vámonos.

Inbar, querida –Mani deja a su hijo y se dirige a ella–, estás también invitada, por descontado, a permanecer aquí, si lo deseas. No hemos hablado aún de tu herida. Y además, nuestra Sara ha quedado impresionada de lo mucho que podrías hacer aquí, en la comunidad.

Gracias, dice Inbar. Yo también siento que la comunidad podría ofrecerme mucho... pero me necesitan en casa.

Los truenos retumban en el cielo y sacuden los cristales de las ventanas, y los gorjeos de los pájaros que se oyen incesantemente desde su llegada a Neuland, enmudecen.

* * *

El padre de Dori, con su poncho, se reúne con ellos justo cuando terminan de cargar sus mochilas en la furgoneta de Victorcito bajo un gran aguacero. Lleva un paquete en la mano y se lo alarga a Dori: un bastón de lluvia.

Me sabe mal que te vayas... así, hijo, dice su padre. Y, a pesar de todo, estoy contento de que hayas venido a visitarme. Da besos a todos. Dile a mi Tseela que estoy muy bien. En esta zona hace ya doscientos años que no ha habido guerra, así que no tiene que preocuparse por mí. Que cuide de sí misma y de los niños. Dile a Neta que todo lo que hace su abuelo es para que él crezca en un lugar mejor. Informa a Dany Klein que nuestro problema es el entrenador y hasta que no incorporen a un crack, no habrá posibilidad de ganar el campeonato. Vaya, veo que sonríes un poco. Qué serio eres, hijo

mío. Qué bloqueado estás. Deberías dejarte ir un poco, solo así podrías reconstruirte de nuevo.

No le dejes ser demasiado serio, ¿eh, Inbar?, le dice, y se inclina para besarla en la mejilla. Incluso su olor es parecido al de Dori.

Ella sube al vehículo, ávida del calor de la calefacción, y se pregunta cómo se ha mostrado tan cariñoso con ella esos días, sabiendo que Dori tiene mujer y un hijo. Y piensa: Se comporta conmigo como si me hubiera visto en su visión, como si yo misma fuera Neuland.

* * *

Los ve a través de la ventanilla, a Dori y a su padre, el uno junto al otro a la luz del farol, azotados por el viento, como si fueran a abrazarse de un momento a otro.

Se quedan así, frente a frente, el porte altivo, como antes de un duelo por el amor de una mujer.

Finalmente se estrechan la mano rápido. Casi con hostilidad. Dori se da la vuelta y sube a la furgoneta. Y su padre se da la vuelta y se dirige de nuevo a Neuland, con el cartel «Ser humano, eres mi hermano» iluminándole el camino y sus hombros abatidos, tristes, balanceándose de un lado a otro.

Inbar y Dori

En el aeropuerto de Buenos Aires disponen aún de un momento decisivo.

Alfredo se ha ocupado de sus dos billetes. Un telefonazo en ruta de Victorcito, y él ha tocado algunas teclas para que puedan tener incluso asientos contiguos.

No hay una gran aglomeración en la taquilla de El-Al. La gente no agobia a las azafatas para suplicarles regresar a Israel. Pero hay una tensión controlada en el ambiente. De muchos israelíes a la vez. Del zumbido de sus móviles. De las manchas de sudor en sus axilas. De las arrugas de preocupación en el entrecejo.

Heridos, le dice a Dori. Exactamente como dice tu padre.

Heridos, Dori, tiene que reconocerlo.

Después del control de pasaportes se separan para comprar regalos en el Duty Free, cada uno por su parte. Él compra un estuche de cremas y maquillaje para Roni y muchos chocolates y juguetes para Neta. Ella compra un estuche con productos para el cuidado masculino para Eytan y muchos chocolates y juguetes para Reuven (aunque no está segura de que vayan a venir de Australia ahora que hay guerra).

Él entra al servicio de hombres, y ve en el espejo que tiene menos canas que antes y piensa: Eso es imposible, el pelo no se oscurece.

Ella entra al servicio de mujeres y ve que tiene granos en la cara, como las adolescentes antes de acostarse con chicos, y piensa: Es increíble que finalmente no nos hayamos acostado.

Él llama a su casa, pide hablar con Neta y le dice: Vuelvo enseguida, hijo, enseguida estaré allí. Tengo un regalo para ti de parte del abuelo.

Ella saca el teléfono para llamar a Eytan y lo sostiene un momento cerca del corazón, finalmente solo le manda un sms.

Se encuentra con Dori en la puerta de embarque. Cada uno lleva en la mano las bolsas selladas por la aduana.

¿Vamos?, dice él.

Me gusta esperar hasta el último momento, dice ella. Y se sienta. Puedes pasar, si lo deseas.

Él toma asiento a su lado, deja las bolsas entre las piernas y le toma la mano.

Miran juntos cómo la larga cola atestada de pasajeros va llegando a su fin. Hasta que solo quedan ellos dos sentados.

Inbar –él se pone de pie– vas a perder el vuelo.

I know, se ríe y permanece sentada con los brazos extendidos a lo largo del asiento, se pregunta si él se da cuenta de la referencia a *Antes del Amanecer*, si sabe que en la película es Judy Delpy la que dice a Ethan Hawke, casado y con un hijo, que va a perder el avión de vuelta a su casa y él quien le responde *I know* extendiendo los brazos sobre el sofá de la casa de ella en París.

Ven, Dori le tiende la mano.

Y ella la toma y lo atrae levemente hacia sí.

Y un breve instante se atraen el uno hacia el otro, hasta que ella cede. Y se pone de pie. Y va con él.

Nesia

Ella, por su parte, se queda en Neuland y espera que el Judío Errante regrese de los pueblos montado en su caballo.

Eh, Nes, la llama al verla. Eh, responde ella, ambos galopan hacia el cuarto de él, se quitan las botas mutuamente y se acuestan.

Y se acuestan.

Y se acuestan.

Y se acuestan.

Porque, ¿hasta dónde se puede soportar toda esta tensión sexual?

Después del cigarrillo de después él pregunta: ¿Vendrás conmigo? Y ella dice: Por supuesto. Y él subraya: No te he dicho a dónde. Ella se ríe; esa es la gracia.

Dejan de intercambiarse rimas, hacen la maleta y se van hacia otro lugar y otro tiempo. Una pareja de judíos, errantes.

Inbar y Dori

No hablan mucho durante el largo trayecto.

Después de despegar, todavía sobrevolando Buenos Aires, están entrelazados el uno con el otro. Las manos, los dedos. Luego las azafatas reparten periódicos del día anterior con fotos de la guerra. Inbar identifica algunas de las casas derruidas de Haifa, que conoce muy bien, y se estremece. Y Dori mira los convoyes de reservistas que van hacia el norte y calcula cuánto tiempo se puede permitir detenerse en su casa antes de presentarse en su unidad. Por lo menos tiene que ver a Neta, al que de pronto añora con locura hasta dolerle el estómago, tiene que abrazarlo, jugar a las cartas Taki con él, mimarlo por haberlo abandonado tanto tiempo, por haberse sentido tan bien descansando de él, por haberse sentido aliviado sin él, aunque tal vez sea preferible ir directamente a su unidad para no trastornar al niño con otra despedida. Joder. ¿Quién sabe qué es lo mejor? Y cuán

complicada esta paternidad de la que se ha librado esas tres semanas de permiso sin sueldo.

Sin darse cuenta, Inbar y él se separa el uno del otro. Bajan el reposabrazos que separa los dos asientos. Cada cual sumido en sus preocupaciones. A continuación proyectan una película en la pantalla, *Salvar al soldado Ryan*. Entre todas las películas del mundo. Como si no bastara la guerra que espera a los viajeros en casa. Ambos se quitan los auriculares al cabo de unos minutos de empezar la proyección. Ella se duerme en el hombro de él. Eso sí. Y él inclina la cabeza hacia la de ella. Pero es más por un cansancio de los trabajadores de las atracciones del Luna Park al fin de la jornada que por el encanto de la proximidad.

Y cuando él se queda dormido encima del océano Atlántico, un sueño de pesadilla lo asalta: en el pecho de Neta, en el lado izquierdo, crece un hermoso olivo enano y él no sabe qué hacer. No se puede dejar que el niño vaya así a la guardería, con un olivo enano plantado en su pecho. Y, por otro lado, si se arranca a la fuerza el árbol del pequeño pecho, ¿quién le asegura que junto con el árbol no va a arrancar también la piel y el corazón? Y busca aterrorizado en el botiquín algún ungüento que cure los olivos enanos que crecen en el pecho y no lo encuentra, por todos los diablos, no lo encuentra...

* * *

Seguro que Eytan me espera fuera, le dice Inbar cuando han recogido sus maletas de la cinta del aeropuerto Ben Gurión, porque en su familia nadie vuelve solo del aeropuerto.

Entonces, ¿nos despedimos ahora? La gente los adelanta por ambos lados hacia la salida, con una mano sujetan la maleta y con la otra el móvil. Regimientos de zapatos avanzan y ellos, como en ese café, el primero, en Tumbes, están plantados en el medio, como una isla.

Sí, nos despedimos ahora, asiente ella. Entonces, se pone de puntillas y lo besa en la boca. Un beso breve.

Tenía que hacerlo, dice. Y él, algo sorprendido al principio, se recupera y, con pasión, desliza la mano por su brazo, la agarra por la cintura, la atrae hacia sí y le devuelve el beso, un beso más largo, ella le alborota el pelo, y él a ella, y los dos se lo alborotan mutuamente, tocan todo lo que pueden para no perderse nada, el cuello, las caderas, las piernas, abren los ojos y los

vuelven a cerrar para sumergirse en otro beso, lengua contra lengua, una lengua se enrosca con la otra, las manos en las nalgas, en plena terminal, después de tantas oportunidades de hacerlo en secreto, finalmente ocurre a la vista de todos los policías y de toda la gente, un escalofrío los recorre de la cabeza a los pies a ambos en el mismo instante y se detienen un segundo para retomar aliento, todo es tan nuevo, como un país nuevo, él le acaricia el pelo, se lo acerca a la nariz y lo huele, ella le besa la nuez de Adán y va bajando con pequeños besos para remontar de nuevo besándolo hasta la oreja, sabes que... ¿verdad? Gruñe ella y él asiente, lo sé, y ahora están adheridos, simplemente adheridos de un modo tan fuerte y prolongado que a cada punto del cuerpo de ella corresponde un punto gemelo del cuerpo de él, todas las cosas imposibles de decir, ellos las juntan, todas las distancias que han recorrido los dos hasta Neuland y más allá, las juntan, los últimos pasajeros cuyas maletas se han perdido ya han informado de ello en el mostrador de objetos perdidos y ellos aún están adheridos, las manos atrayendo un pecho contra otro, un corazón palpitante contra otro corazón palpitante, como en un lento en la fiesta de fin de curso, hasta que un empleado de la oficina de cambio con una voz vulgar les grita desde su puesto: ¿Qué pasa con vosotros, es que no tenéis adónde ir?

* * *

Y se separan. Despacio. Las cabezas, las gargantas, después el vientre y la sacra pelvis.

Aún se cogen de la mano, aún de los dedos, luego también estos se separan.

Quedan el uno frente al otro. Sin tocarse. Todo el cuerpo ardiendo.

No tengo ni tu teléfono, ni tu correo, dice ella.

Un músculo reticente sacude la mejilla de él. Y antes de que tenga tiempo de decirlo, habla ella: de hecho, tal vez sea mejor así.

Y él completa: ¿Para qué hacernos daño? Y añade: sal tú primero. Yo esperaré un poco más. Y la besa otra vez, un beso breve, como si tuviera algo de despedida.

Ella le vuelve la espalda, agarra fuerte su maleta y camina sola en dirección a la salida, por el camino verde de los que no tiene nada que declarar y llora, al final llora, por primera vez en estos cinco años, por

primera vez desde lo de Yoavi, no una lágrima fugaz deslizándose del ojo a la mejilla, sino un verdadero torrente, un Iguazú de lágrimas, una parte cae en las maletas, otra en el suelo de linóleo y la otra la traga mientras pasa lentamente frente a los agentes de aduanas en dirección a la terminal y a Eytan que está allí, como era de esperar, con un globo en forma de corazón, a la cabeza de los que esperan, y cuando los ojos enrojecidos de ella y los ojos brillantes de él se encuentran, corre hacia ella y la abraza con una sola mano porque en la otra lleva el globo y dice basta, respira, no llores. Ya estás en casa. Ahora todo va a ir bien.

Abuela Lili

Y entonces, un día, cuando Hanna tenía cinco años, Fima cruzó la frontera entre el sueño y la realidad y llamó a la puerta de la casa de ellos. Hanna estaba en la guardería. Nathan trabajaba en aquel tiempo en una fábrica del mar Muerto y regresaba a casa cada dos semanas. Ella tenía la edad que tiene ahora Inbar, treinta, tal vez algo menos.

¿Qué llevaba puesto ese día? ¿Se había perfumado porque su corazón presentía su llegada?

Se sienta en la silla de los recuerdos, con el rostro hacia la ventana en el ángulo adecuado, pone el ventilador en marcha en el punto dos, ni el uno ni el tres, y sostiene en la mano su taza de té Wissotzky corriente, no esos nuevos con nombres ridículos...

Es importante para ella ser muy precisa en los detalles cuando recuerda aquella mañana. De golpe lo comprende, todo ese recorrido lo ha hecho para llegar a esta mañana. Todos los recuerdos de la embarcación y del kibutz en los que ha estado inmersa las últimas semanas eran los peldaños que la han conducido hasta esa mañana. Porque, aquella mañana, más que cualquier otro punto en el tiempo, constituyó la encrucijada de su vida.

Toma un sorbo de té, uno, nada más. Cierra los ojos. Entonces oye golpear a la puerta. Primero se desconcierta: ¿es real, la llamada, o es el recuerdo que vuelve?

Pero los golpes redoblan y ahora aporrean su puerta de verdad, tiembla la casa entera. Su retrato, dibujado por Nathan, cae al suelo y el cristal se hace

añicos. Fuera de sí, se levanta de la silla de los recuerdos, junta los fragmentos de vidrio con el recogedor. Y los echa a la basura. Entretanto enciende el televisor. «Ataque de misiles sobre Haifa», el titular circula por la franja roja en la parte inferior de la pantalla. Inmediatamente después empiezan las llamadas telefónicas. Los vecinos vienen a llevarla al refugio. El refugio huele a pelambre de perro. Después llama Hanna y le dice que toma un avión. ¿Y dónde está Inbar? Luego Hanna aterriza en su casa. Sin su nazi. ¿Bruto, Bruno? ¿Dónde está Inbar? A continuación, Hanna habla por teléfono con un tal Eytan. No recuerda quién es ese Eytan. Hanna dice que irán a su casa hasta que pase el peligro. Después llama Inbar para decir que también ella regresa. Le da vergüenza preguntar a Hanna dónde estaba Inbar, porque debería saberlo. Y cuando bajan al coche, le dice a Hanna, tengo que llevarme esta silla. Señala la silla de los recuerdos. Y Hanna dice, no hay sitio en el coche. Cae otro misil en el vecindario, rompiéndole los tímpanos. A través de la brecha, lo nota, sus recuerdos se vuelven líquidos, se pierden, y se empecina –sabe que sin la silla nunca volverá a recordar aquella mañana desgarradora–, y Hanna accede, no tiene tiempo para discutir con ella porque a cada instante puede caer otro misil, y meten la silla en el asiento trasero de tal modo que una pata queda entre las dos, y descienden por la montaña y se arrastran tras el atasco de coches que abandonan la ciudad...

Altneuland

Dori

Desde que ha vuelto, va por la vida como un extraterrestre.

Es decir, un Dori hace todo cuanto hacía antes del viaje. Mientras que otro Dori lo observa todo como espectador. De este modo, de repente, es consciente de muchas cosas.

Que Roni es hermosa, por ejemplo. No solamente hermosa. Hace girar las cabezas a su paso. Y que no es feliz con él. Incluso en sus escasas sonrisas hay un rictus de amargura. Que casi ya no se hablan. Es decir, se hablan. Pero la conversación termina siempre en una confrontación.

Exactamente como entre los padres de ella, que se han instalado en su casa, huyendo del kibutz a causa de la guerra. Siempre había pensado que tenían una relación difícil. A partir de ahora, lo constata de una forma más aguda. Sin embargo existe alguna diferencia entre ellos dos. Su padre es duro con su madre pero la ama. Su madre es dura con su padre pero no lo ama.

¿Qué es el amor? Es difícil decirlo. ¿La voluntad de hacer el bien al otro? A Neta lo ama. De todo corazón. Los momentos que pasa con él son los únicos desde su regreso en los que no se siente extranjero en su casa. Entonces, ¿cómo se entiende que lo mejor que ha hecho por él haya sido alejarse de su lado?

Hay que reconocer que algo en la dependencia agotadora del niño se ha calmado. Y algo brilla en sus ojos. Ahora pasa todas las mañanas con él. A la una lo lleva a la guardería y, hasta este momento, el niño está en el «campamento de verano de papá». Así lo llama Neta. Juegan a juegos de memoria. Inventan cuentos juntos. Van al mercado. Al zoo bíblico. Finalmente ha dejado los sustitutos lácteos, ya puede comer humus en Pinati. Le puede enseñar cómo rebañar el humus con la pita con un movimiento circular, pedir para él zumo de uva con una pajita para ayudar a tragar la ensalada de tabule, luego sentarse en un banco de la calle peatonal, con los brazos a los lados, e inventar acertijos. ¿Qué es lo contrario de lejos? Cerca.

¿Qué es lo contrario de malo? Bueno. ¿Qué está fuera de contexto: salón, bañera, dormitorio, calle?

A lo largo de las horas que pasan juntos, el niño no se desmorona. Y tampoco se desanima. Ha colocado entre los dos una especie de frontera que Dori no ha sido nunca capaz de poner él mismo. O tal vez no deseó hacerlo.

Quizás no sea eso, y algo distinto ha causado este cambio en él, algo que se escapa a la mirada penetrante de Dori, que observa como espectador.

* * *

De regreso a casa, después de haber dejado a Neta en la guardería sin las escenas de despedida que partían el corazón; el niño simplemente camina con calma hacia adentro y dice está bien, papá, ya te puedes ir. Eska, la madre de Roni, ya lo espera en la puerta y le recuerda la lista de tareas del día: hacer la colada. Doblar la ropa. Preparar una gran ensalada de verduras para la cena. Y escuchar en la radio la emisora Dos para estar al corriente de si anuncian un ataque con misiles sobre Jerusalén.

No creo que eso ocurra, le dice él. Hay demasiados lugares santos aquí.

Nunca se sabe, responde Eska.

A continuación lo regaña por la forma en que dobla las camisas –no, ¡así!– y le enseña cómo hay que hacerlo. Manga, manga, doblar, doblar. Manga, manga, doblar, doblar, canturrea con su voz de bajo y él esboza una sonrisa.

Y qué, he oído que tu padre ha perdido la chaveta, dice ella sin dejar de doblar.

¿Ha perdido la chaveta? No sé. Puede ser que simplemente... haya cambiado.

¿Cambiado? Se burla ella. Hace un gesto como de escupir. La gente, a nuestra edad, ya no cambia. Mira Efraím. Hace cincuenta años que duerme la siesta. Se acuesta a la una y media y se levanta a las tres. Como un reloj. También en vuestra casa hace lo mismo. ¿Qué me dices a eso?

Dori no sabe qué decir.

Lástima, dice Eska. Era un hombre agradable, tu padre.

No es exactamente una lástima, piensa Dori, es más complicado que todo eso, es decir, es ingenuo lo que él trata de hacer allí, ingenuo y a veces desconcertante, pero por lo menos se arriesga a hacer algo. Intenta explicar a Eska cómo es Neuland y el papel de su padre allí, pero como cada vez en

estas últimas semanas que intenta explicarlo a la gente, choca con miradas desconcertadas, casi enfurecidas: estamos en guerra. Tenemos que ganarla. No nos vengas ahora con cuentos de Sudamérica.

De hecho, tampoco a Roni le ha contado nada de Neuland.

La primera noche en Israel se acostaron juntos y, mientras, él no dejaba de pensar en Avivit, entre todas las mujeres del mundo en Avivit, su monitora de segundo curso. No es algo que le guste hacer, acostarse con una mujer y pensar en otra, en general en el sexo su pantalla está limpia de pensamientos y, esta vez, mientras intenta realizar los movimientos adecuados, de repente, se le aparece proyectada un instante, en la comuna de la calle Shenkin. Avivit lo había invitado a ir para preparar el campamento de verano y cuando llegó allí no había nadie más y ella dijo he visto lo que has escrito en la casa de madera, «el amor no conoce leyes», y él dijo lo siento, mañana lo borro, y ella dijo estás completamente loco, Dori, y se le acercó, le puso la mano bajo la camisa y le tocó el vientre...

Y mientras le besaba a Roni el vientre, el abuelo Fima también se le aparecía en el pensamiento y le decía: No es bueno vivir con una mujer cuando se lleva a otra en el corazón...

Entonces Roni le agarró el pelo que le había crecido durante el viaje y tiró hacia arriba, le tomó el mentón como si fuera un chico malo y le dijo: ¿Qué pasa, estás bien?, ¿estás aquí? Y él esquivó sus ojos, verdes y penetrantes, y dijo sí, solo algo preocupado por presentarme mañana a la reserva militar. Y ella dijo: Mañana es mañana, y le mordió bajo la nuez de Adán en el punto que solo ella conoce, y él se abandonó, a pesar de todo hay algo en él que todavía late por ella fuerte y claro, a pesar de todo, ella está tatuada tan profundamente en numerosas zonas de su alma...

Y al terminar, en el lapso de tiempo habitual, acostados el uno junto al otro, ella le contó largo y tendido qué maravilloso había sido estar con Neta cuando él estaba en el extranjero, y qué magnífico que los otros niños quisieran jugar con él, él le dijo: ¿Quieres saber cómo me fue en Neuland?

Y ella dijo, claro, pero ahora no. Estoy muerta de cansancio. Mañana, ¿de acuerdo?

Y la mañana siguiente él esperó que le preguntara. Y pensaba: Tal vez cuando le cuente, nos ayudará a conectar de nuevo. Pero ella no se lo preguntó. Ni tampoco los días siguientes. Al principio se desconcertó.

Después se enojó. Más tarde, lo incitó a ir a su ordenador para responder a Inbar. Y responderla otra vez. Con correos cada vez más largos.

* * *

Después de haber distribuido la ropa limpia y doblada en los armarios según las instrucciones de Eska, abre el ordenador, esperando sin esperar ver de nuevo *inbarbenvenisti* en su bandeja de entrada.

Siempre que ve su nombre en la bandeja de entrada, su corazón se llena de añoranza mezclada con una pizca de miedo. Cuando ve su nombre, siente su sabor en su propia boca. El sabor al besarse en el aeropuerto.

Aunque hace una semana que no lo ve. Ella no le escribe. Lo acordaron así en el último correo. «No nos escribiremos, pero nos encontraremos después de la guerra en el Muro occidental». Pero ¿cómo es que cumple ese acuerdo? ¿Con quién, salvo con ella, puede hablar de Neuland?

Y un día se derrumba. Y le escribe: Es cómico. *Deseo que la guerra termine para que nos podamos ver de una vez.* Y vacila antes de mandarla. Tiene tanto que perder. Todo cuanto es suyo, de hecho. Y decide no decidir. Y esperar a la noche, cuando todo el mundo duerma. Y él tenga la mente clara.

Lili

Fima llamó a la puerta a las diez y treinta y cinco de la mañana. Ahora que Inbar acaba de salir de la habitación, que el té está encima del aparador, y que ella se encuentra en casa de Eytan fuera del alcance de los misiles, se las arregla para evocar la imagen del reloj: la manecilla horaria marca entre el diez y el once y el minuterero señala el siete. De repente, un golpe en la puerta.

Fue unos meses después de terminar la guerra, los supervivientes empezaban a escapar de los campos y de los bosques hacia las costas de Israel. O hacia las costas de Chipre y de allí a las costas de Israel. En ese periodo sabía casi con certeza que todo su árbol genealógico fue cortado en los primeros meses de la guerra y la duda había dejado ya de roerla, sin embargo, cuando caminaba por la calle, el corazón dejaba de latir cuando

veía a hombres rechonchos que le recordaban a su padre o a mujeres cuyo perfil le recordaban a sus hermanas y, cada vez que golpeaban a su puerta se apresuraba, con el deseo infundado, ilógico, de que se produciría el milagro y que al otro lado...

No era solamente ella. Había miles como ella, no sabras de piel tostada, ni supervivientes pálidos, ni de esa especie de criaturas híbridas, mestizas, que ni nombre tenían, porque ¿qué nombre se les podía dar: «supervivientes de segunda mano»? ¿«perdidos del Holocausto»?

Lo descubrió por la mirilla. Fima.

En el otro lado se encontraba Fima.

A lo largo de seis años solo lo ha visto en sueños. Y ahora, de carne y hueso. En esos seis años ha tenido tiempo de tener una hija y llamarla Hanna, en memoria de su hermana menor. Ella y Nathan habían comprado su primera casa en Haifa. Tres días por semana ella trabajaba en el ayuntamiento asesorando familias en crisis. Ha vuelto a ser un poco Lili Freud desde las ocho y media hasta las doce y media. Para tener tiempo de recoger a Hanna en la guardería.

Puedo simular que estoy en el trabajo, pensó, y el músico se irá.

Él volvió a llamar, esta vez con ritmo musical: Tam-ta tam-ta ta ta ta tam...

Ábreme, le pidió. Sé que estás ahí, Lili. Te huelo a través de la puerta.

Descarado, pensó, siempre ha sido un descarado. Y le abrió la puerta.

Se había vuelto feo. Eso fue lo primero que pensó. Antes no era especialmente guapo, pero ahora aún menos. Y estaba más calvo, si es que eso podía ser. Y tenía la frente cubierta de arrugas amargas.

Estás mucho más guapa de como te recordaba, dijo, pasando la mano por la mejilla de ella. Gesto que enardecía a Lili.

Y tú menos, respondió.

¿No me invitas a entrar?, dijo riendo. ¿A tomar algo? Veo que has abandonado tus buenas maneras en Polonia, Lili.

Nadie se había burlado así de ella. Seis años ya. Nathan no es de esta clase y ella todavía no ha desarrollado su capacidad irónica y, en el trabajo, los otros asesores carecen del sentido del humor.

¿Cuánto azúcar? Se fue a la cocina a prepararle café y él detrás, con su mirada le ardían las nalgas, como antaño, en el barco.

Tres cucharaditas, por favor.

¿Tres?

La vida es corta, dijo él.

Esperaron a que silbara el hervidor de agua, en silencio. Ella miraba al suelo; él, a ella.

¿Quieres que te enseñe la casa?, le propuso ella, sobre todo para escapar de esta situación incómoda.

Por qué no, sonrío, por qué no.

Le enseñó el baño. El dormitorio de ella y de Nathan. Con las sábanas revueltas. La ventana que daba a la bahía de Haifa. El cuarto de los invitados. Por la noche, la niña duerme aquí, le abrimos la cama, dijo señalando una cama plegable.

Y él sonrió.

¿Sabías que tengo una hija?, le preguntó.

Sí, claro que lo sé, dijo sin dejar de sonreír.

¿Por qué sonrío todo el rato? Estaba enojada. Nadie la había hecho enojar de ese modo en seis años.

Yo también tengo un hijo, de la misma edad que tu Hanna. Dentro de poco cumplirá los cinco.

El silbido del hervidor los hizo volver a la cocina. ¿Cómo sabía la edad de Hanna? Se estremeció hasta la raíz del pelo.

Le sirvió café. Vertió un poco en la mesa, por error. Y se apresuró a secarlo con un paño. Intentó extraer confianza de los gestos mesurados de la limpieza: posee una casa. Mmmm. Marido y una hija. Mmmm. Y nadie va a privarla ahora de eso. Mmmm... mmm.

¿Y qué te trae por aquí?, le preguntó ella como hacía a los que acudían a su consulta.

Pasaba por aquí y se me ocurrió venir a visitarte, eso es todo. Tenemos una actuación esta noche en Haifa, siguió dando los detalles al darse cuenta de su mirada incrédula.

¿Todavía tocas?, preguntó.

Sí.

¿Te ganas la vida con la música?

No.

Entonces, ¿cómo te mantienes?

De ninguna manera. Una tierra que devora a sus músicos, eso es la Tierra de Israel.

Fima cerró los ojos un instante, que Lili aprovechó para observarlo. Bajo su sonrisa, algo se había quebrado. Era esto. Los hombros, la nariz, se habían quebrado, incluso la nuez de Adán sobresalía menos, como si se le hubiera hundido en la garganta.

Contra su voluntad, sentía cómo su corazón se deshacía ante su abatimiento y un fino hilo emanaba de ella hacia él.

Estoy pensando en marchar, dijo.

¿Marchar? ¿Qué quieres decir?

Marchar a América. Allí hay futuro para los artistas. Aquí todo arde, Lili. ¿Te acuerdas de Aharón? ¿El que percutía con tenedores? Se enroló en la brigada judía y murió en El-Alamein. ¿Y de Guiora, el violinista? ¿El que balanceaba los pies mientras manejaba el arco? Murió por un disparo de un francotirador en Biriya. Y eso no va a mejorar, Lili. Cada vez irá a peor. No nos quieren aquí, nuestros vecinos. Tendremos que afrontar por la eternidad blandear la espada y, al que blande siempre la espada, no le quedan libres las manos para tocar, para escribir, para amar.

Lili guardaba silencio. Sin saber qué decir.

Tendríamos que haber ido a Uganda, prosiguió. O a Argentina. O simplemente seguir errando de un lugar a otro. Así no hubiéramos suscitado un odio tan inmenso. En cambio, nos hemos obstinado por esta vieja y nociva tierra donde todo arde bajo este sol abrasador. A la que miran demasiados ojos, en la que hay demasiadas religiones. Y cuya acústica, bueno, es insoportable. ¿Cómo puede llegar la melodía a los oídos correctamente cuando hay tanta tensión en el ambiente?

Entonces, ¿has venido a despedirte de mí antes de irte?, dijo interrumpiendo su discurso.

No, dijo él. He venido a llevarte conmigo.

Hanna

Por la noche, reina el silencio. Yosi, su mujer y el hijo de ambos viajan de vuelta a Australia. Su madre se ha ido a dormir. La madre de Eytan se ha ido a dormir. Los hermanos adolescentes de Eytan juegan en la terraza cerrada hasta que él los hace callar con una suave reprimenda y, luego, vuelve con

ella delante del televisor. Juntos, en silencio, ven las imágenes de la guerra. Él sabe su opinión (los Territorios, es la muerte). Ella, la de él (los Territorios, es la vida). Y no tienen ningún interés por abrir un frente interno. Así que ella se sienta de tal manera que su oído malo esté cerca de él, y no dicen ni una palabra. De vez en cuando aparece la imagen de un niño en uniforme, acompañada por la frase «El funeral tendrá lugar mañana», y su corazón sangra de añoranza por Yoavi. Deja que la nostalgia fluya libremente unos minutos, porque ya sabe que no hay que luchar contra el primer embate, el más agudo, y después, se recuerda a sí misma que se encuentra en este gueto llamado Estado de Israel solo por un tiempo limitado. Tiene una casa agradable, con objetos agradables y un agradable marido en otro país más cuerdo.

Antes de que terminen de pasar los créditos, Eytan se retira a su habitación. Mañana tiene que levantarse para ir al trabajo. Ciertamente han disminuido los encargos en el centro del país, le explica a ella, pero en el norte, la gente desea cambiar su lámpara rota. Y ya que tienen que reponerla, por qué no actualizarla. Les hace un descuento. Claro que se los hace. Un precio especial para los habitantes del norte. Todos somos hermanos, ¿no? Esta vez les ha tocado a ellos, la siguiente, los misiles nos pueden caer encima.

De camino al dormitorio, se queda un rato cerca del ordenador de Inbar. ¿Vienes a la cama?, le pregunta cada noche.

Dentro de poco, le responde ella. Cada noche. Sin levantar los ojos de la pantalla.

¿Te preparo un café?, pregunta Hanna a Inbar cuando él se ha retirado al dormitorio y ha cerrado la puerta.

Si tú también tomas, sí.

Añade una galleta Oreo a la taza de café. Una. Como le gusta a su hija. Y deja el posavasos con el café y la galleta en la mesa del ordenador, suficientemente apartado del teclado.

¿Sigues escribiendo lo que empezaste en el viaje? No se cansa de preguntar noche tras noche.

Podría decirse así, le responde su hija. Y se ríe. Esconde alguna cosa.

Antes, se habría obstinado en descubrir su secreto. Tal vez hubiera echado un vistazo a la pantalla. Ahora no. Ahora existe entre las dos una reciente y serena comprensión. No una proximidad, sino una comprensión. Y no desea

echarla abajo. Así que, en vez de esto, abre su propio ordenador, escribe a Bruno su añoranza y lee la de él.

Si no vuelves, le escribe él, iré a tu casa.

Voy a volver, le promete ella. Este lugar me recuerda demasiadas cosas que deseo olvidar.

Se me hace raro comer solo, escribe él.

Se me hace raro dormir sola, escribe ella.

Pues vuelve, Hanna querida, ya. Te mandaré el billete, escribe él.

Pero mi madre... escribe ella.

Tan pronto ha terminado el intercambio de correos, abre su tesis doctoral y relee el capítulo sobre el Judío Errante que ya está terminado. Y piensa: Tal vez convendría añadir un anexo que llevara por título: el Judío Expulsador. Porque en cuanto hemos dejado de ser errantes hemos provocado que otros pueblos se conviertan en errantes. Los echamos de sus poblados. Destruimos sus casas con bombas no inteligentes.

Eso sería otro trabajo distinto, piensa. Y relee los últimos renglones que escribió en el café:

Parece que la leyenda del Judío Errante ha existido, existe y existirá, no solo a causa de la fractura histórica entre el judaísmo y el cristianismo, y no solo a causa del antisemitismo tan profundamente arraigado en la cultura europea, sino debido al anhelo humano –una anhelo que lleva implícito el horror, por supuesto– de abandonar la sede fija y moverse hacia otro sitio mejor; creer que el día a día que se repite no es la única posibilidad. ¿Es que esta inclinación del pueblo judío a errar «a la búsqueda de cosechas», como dice la Biblia, es en efecto tan fuerte? O es que se le ha impuesto, una y otra vez, cumplir este deseo de viajar del que él mismo ya está harto? Este trabajo...

¡Esther! Su madre la llama. Ya sabe que cuando llama a «Esther» se refiere a ella, y le parece que tiene algo de insultante. ¿Qué pasa, mamá? Va a su habitación, molesta por la interrupción. ¿Me puedes traer una taza de té? Le pide su madre. Son las dos de la madrugada, mamá, ¿una taza de té, ahora? Bueno, dice su madre, pues me la preparo yo misma. No, mamá, ya te la preparo yo. La última vez que Lili fue a «prepararla yo misma» salió de casa y se perdió por las calles de la ciudad. Dos jóvenes de buen corazón –uno de ellos se parecía dolorosamente a Yoavi– encontró su teléfono en una libreta que llevaba con ella y la llamó.

Va a prepararle el té. De todos modos ya no estaba concentrada. La casa

respiraba silenciosamente. Incluso Inbar ha apagado el ordenador y se ha ido a dormir. Solamente los aviones del ejército del aire rugen en el cielo, de camino hacia el norte, y ella y su anciana madre están despiertas.

Le lleva el té a la cama. Con mano firme, para que no se vierta el té y humedezca la galleta.

¿Sabes, Esther –le dice– que finalmente él vino a verme?

No necesita preguntar quién.

Llamó a la puerta de la casa que teníamos en Nevé Shanan, ¿sabes Esther?, la del patio trasero sin cultivar, y me quería llevar a América con él. Lo que oyes. Sin los niños, me dijo. Solos, él y yo. Y yo le dije que no, con todo el respeto, yo no abandono a mi Hanna. Si hubieras venido antes de nacer Hanna quizás te hubiera escuchado. Pero esta niña es mi patria. Así se lo dije, Esther.

Yo no soy Esther y ya es tarde, mamá, le dice con la voz ahogada. Y pone la mano sobre la mano temblorosa de ella. Mañana por la mañana nos contamos los sueños, ¿vale?

No es un sueño, Esther, protesta su madre débilmente. Pero ya se le cierran los ojos.

Lili

Se ríe: como Sara cuando los ángeles le anuncian el nacimiento de un hijo.

Ayer no consiguió recordar su reacción cuando Fima le propuso viajar con él a América. De repente hubo un cortocircuito en su cerebro y se le escaparon todos los detalles como agua en un cedazo. Ayer por la mañana le pidió a Inbar que pusiera en marcha el ventilador en el cuatro. Porque están en Tel Aviv, en julio. Y poco a poco vuelven los detalles y, junto con ellos, la risa que le entró entonces.

¿Por qué te ríes, Lili?, le preguntó entonces Fima, con la voz algo decepcionada.

Porque... cómo podría decirlo con delicadeza, Fima. Incluso si hubiera querido ir contigo a América –y no estoy diciendo que quiera–, tengo una hija. Yo no puedo abandonarla aquí.

De todos modos, es la hija de su padre.

¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes tú?

Porque os he observado. He abandonado mi casa hace una semana. Mi mujer siempre dice, cuando discutimos: Vete, vete con tu Lili si quieres. Así que me fui. Sólo con una bolsa pequeña. Y mi armónica. Alquilé un apartamento en Hadar. Y cada mañana subo a pie hasta aquí y os observo. Y esta niña es de su padre. Entre tú y ella hay una especie de discordancia. En este trío, eres tú la solitaria.

Lili guarda silencio. Bajo la coraza de autopersuasión sabe que todo cuanto dice él es cierto.

Cuando el ángel bajó del cielo para anunciar el acoplamiento, Lili, prosigue Fima alentado por su silencio, anunció nuestros dos nombres juntos. Y, en vez de escucharlo, nos seguimos atormentando. Hace ya seis años.

¿Y dónde estabas hace seis años, Fima —dice ella con la voz quebrada—, por qué has esperado hasta ahora para venir?

Porque entonces era un joven idiota. Pensaba que un encuentro como el nuestro ocurría cada día.

* * *

Ese había sido el último momento decisivo.

Fima se apoya atrás en su silla como diciendo: bueno, mis cartas están sobre la mesa, ahora, tú decides.

Ella sabe que no se lo propondrá más. Y sabe cuánto valor necesita —como cualquier hombre— para estar dispuesto a echar su vida por la borda. Hay tanta gente que desea abandonarlo todo, huir, partir, romper, formular la pregunta prohibida, desmontar y montar, hojear y borrar, empezar de cero...

Pocos lo hacen realmente.

Una parte de ella desea responder sí. Ciertamente. Una parte de ella reclama ser de las pocas que se atreven. Pero el cuco surge del reloj y anuncia: las doce. Al cabo de media hora tiene que recoger a Hanna en la guardería. Nathan está en el mar Muerto. Si nadie va a recogerla o se retrasa, la niña esperará sola en la puerta.

Yo no puedo, le dice finalmente. Habría podido decir: «No quiero». Pero prefiere decir: «No puedo». Y tal vez se tienda a sobreestimar la distancia entre estas dos negaciones.

Esta niña, le dice a Fima, es mi patria. Me vuelve loca, eso es cierto, pero

eso no quita que sea mi patria. Ha estado conmigo, dentro de mi vientre. Vosotros, los hombres, no lo podéis comprender. ¿Cómo te lo podría explicar? Ha transcurrido demasiado tiempo, Fima. Hay demasiadas cosas que me sujetan aquí. Y ya he sobrepasado el punto en que puedo soltarlas.

Los hombros de Fima se abaten. En sus ojos, los palacios se desmoronan. Luego se hunden. El mentón se le dobla en uno. La nuez de Adán desaparece como si no hubiera existido nunca.

Ella se acuerda de cómo lo vio así una vez, en cubierta, después de una terrible tormenta, acusando al mar de ser antisemita.

Y de nuevo, como entonces, se le deshace el corazón. Pedazo a pedazo.

Vuelve a mirar el reloj. Aún quedan veinticinco minutos.

De todos modos, le dice ella acercando una mano a la mejilla de él, ya que has venido hasta aquí...

Y se pone de pie. Y se desabrocha hasta el último botón de la blusa. Y piensa: A veces también hay que alimentar a los sueños con algo de realidad para que no se desvanezcan. Y se acerca a él, a su aliento, y dice:

Tenemos veinticinco minutos, músico, ¿sigues siendo tan garboso como antes?

Inbar

Su abuela aprovecha que todos los habitantes de la casa se han reunido frente al televisor para ver otro discurso de Nasrallah, el secretario general de Hezbolá, abre la puerta silenciosamente sin que nadie se dé cuenta y sale a la calle. Tardan media hora o más en descubrir que su habitación está vacía. Y después de comprobar, estremecidos, que no está debajo del edificio ni en las calles vecinas, se dividen, sin orden ni concierto, para buscarla. (Dónde estás, Alfredo, cuando se te necesita, piensa Inbar.)

Los hermanos de Eytan salen en dirección sur. Eytan, en bicicleta, hacia el este, en dirección al barrio Hatikva. Su madre va hacia el mar, y ella busca en un radio cercano. Las calles Shoken, Hertzl, Salma. Y hacia el norte.

Solo pasan viandantes extranjeros o locales. Un nepalés, después un senegalés. Todos extremadamente jóvenes. Demasiado jóvenes. ¿Habéis

visto por azar a una señora anciana?, les pregunta en hebreo. En inglés. En español: *¿Una abuela vieja?*, dice saboreando de nuevo la lengua del viaje.

Sí, responden. Precisamente la han visto. Iba en esta dirección. *No*, en aquella. *No*, qué va, en esa otra.

¿Podría ser, empieza a sospechar Inbar, que en este momento rondan por Gush Dan decenas de abuelas refugiadas?

Y, por si acaso, afina su descripción: es bajita. Conserva todo el pelo. Blanco. Lleva un vestido y unos zapatos deportivos blancos. Estamos muy preocupados por ella porque tememos que no recuerde el camino de vuelta a casa.

Ahora ya encuentra peatones menos seguros de haberla visto.

Si no la encontramos en pocos minutos, piensa, llamará a Dori. Yo lo ayudé a buscar a su padre, que me ayude a encontrar a mi abuela.

Empieza a anochecer. De las ventanas de las casas llegan las noticias de la guerra. Y también una riña entre padre e hijo. Un taladro. Una canción de los Shoté Hanebuá, los Locos por la Profecía, y más noticias de la guerra. «Ciento setenta y cuatro inmigrantes han llegado a Israel desde el comienzo de los combates.» Increíble. ¿Hasta qué punto tiene que deteriorarse aquí la situación para que dejen de llegar inmigrantes? «La oveja Lilush ha cruzado la frontera del Líbano y no ha regresado.» Pobrecita, seguramente le cayó una Katiusha encima. «Un habitante de Naharia que huía de las Katiushas, cayó a causa de una sandalia y salvó la vida.» ¿Escriben estas perlas por anticipado? «Los judíos de Estados Unidos han hecho un donativo de un millón de dólares para construir refugios en Israel.» Muchas gracias, de verdad.

Hace ya unas semanas que Inbar no sale de su casa convertida en refugio y, sus pasos, que al principio de la búsqueda eran precavidos, ahora son seguros, más ligeros cuanto más avanza. Mira también los patios de las casas. Tal vez su abuela está descansando debajo de un árbol, llena de añoranza por su Carmelo. Tal vez ha tenido una urgente necesidad de orinar, como aquella vez que viajaban juntas de Haifa a Jerusalén y que pidió sin ninguna vergüenza que se detuvieran en el arcén, para orinar detrás de una parada de autoestop.

Telefonea su madre: ¿La has encontrado? Aún no. ¿Me lo dirás si la encuentras?

Dori vendrá. Seguro que lo hará si lo llama. Le llevará una hora o una hora y cuarto llegar de Jerusalén. ¿Me besará al verme? ¿En la mejilla? ¿En la

boca? ¿Seré capaz de aplastarle la cresta del pelo con la mano? ¿Y si no viniera? Se le ensombrece el rostro. Encontraría una excusa. Me diría: El niño. Tengo que llevar al niño a la guardería de verano, o tengo que ir a recoger al niño, tengo que llevar al niño al médico porque le ha subido la fiebre. ¿Qué, entonces? ¿Y por qué no me escribe? Me gustaba tanto leer lo que me decía. Es cierto, acordamos que no nos escribiríamos más y que nos veríamos después de la guerra, pero estaba segura de que él no lo podría resistir.

Pasa frente a un edificio en construcción. En la cerca hay unos anuncios en rojo de un concierto de Depeche Mode. Los carteles están todavía allí a pesar de que el grupo ha anulado el espectáculo. «Estimado guardia municipal» ruega un papel en el parabrisas de un Mitsubishi azul «ayer por la noche huí de Haifa y duermo en casa de unos amigos. Gracias por tu comprensión». Pasa una ambulancia, con la sirena habitual. Pero, un momento, ¿y si es su abuela la que va en esa ambulancia? Quizás su viejo corazón no ha soportado el esfuerzo de la caminata y se ha desplomado en plena calle.

Todavía no, abuela, todavía no. Se le llenan los ojos de lágrimas (desde que se le abrieron las compuertas en el aeropuerto, llora una vez al día. Por lo menos). No me desaparezcas ahora abuela, no estoy preparada para separarme de ti, tengo algo que explicarte, no me faltes ahora abuelita, sin ti, te lo ruego, te quiero, sin ti cómo podré cambiar los signos de interrogación por signos de exclamación...

Dori

Todos los padres excepto él y Arnon Shtruzman llevan una cámara. La exmujer de Arnon Shtruzman no habla con él desde el divorcio y va a las fiestas de la guardería con su amigo, altísimo, y su videocámara, y graba al niño como si fuera suyo y no de Arnon Shtruzman. A pesar de que el niño apenas mira en su dirección, Arnon Shtruzman sigue asistiendo a todas las fiestas de la guardería vestido como un novio y se queda siempre a un lado, aparte de todos, sin cámara.

Hoy está al lado de Dori, que tampoco lleva videocámara porque no le gusta grabar. No le gusta que nada se interponga entre él y Neta. Y especialmente ahora no quiere una barrera porque, desde que llegó, ya se

siente demasiado apartado. Eres muy amable, le dice Roni entre dientes en el tono cínico que utiliza estos últimos días, realmente amable que me hayas enchufado la videocámara. También se puede no grabar, quisiera responderle, no sería ninguna desgracia. Pero se calla. Ya han reñido en casa, antes de salir. Y también han reñido en el coche de camino a la guardería. Cosas que antes del viaje soportaba más o menos bien, ahora las soporta a duras penas. Y seguro que ella también. De todas formas, no conviene otra pelea, sobre todo delante de los otros padres.

El niño más guapo de la guardería ahora baila. Y canta. Y participa en todas las actividades. Es la primera vez que el niño más guapo de la guardería participa en las actividades. Hasta ahora, en todas las fiestas estaba pegado a las piernas del padre, despavorido, negándose con fuertes movimientos de cabeza a todos los intentos del equipo de maestras y de sus padres a participar en la fiesta.

Ahora está bailando. Vuelta, palma, vuelta, palma. Mientras, incluso sonrío a una niña con pecas. Dori está sorprendido de que sea así, que se haya eliminado la barrera invisible que lo ha tenido tanto tiempo encerrado, aunque también sabe que tal vez esta barrera invisible era él mismo.

Pido a todos los niños que se sienten, dice la maestra, vamos a repartir las notas de fin de curso. De pronto Neta se levanta, deja al grupo y corre hacia él.

Así le ha parecido en el primer momento. Pero no, corre hacia Roni. Un abrazo, clama pegándose a ella. Solo uno, añade este pequeño genio como para tranquilizarla y subrayar: Solo es una pequeña pausa para repostar, enseguida volveré a portarme bien. Roni le confía la videocámara para poder abrazar al niño como Dios manda y él la toma, qué remedio, y mira por el visor como los otros padres y ve cómo su hijo vuelve al sitio que le ha guardado la niña pecosa y cómo se levanta cuando la maestra dice su nombre –primer plano, dice Roni, ¡dale al botón verde!– y cómo vuelve a su sitio con paso ligero, seguro, tan distintos a los de antes del viaje, realmente es otro niño, lleva en la mano sus notas con orgullo. Desbordante de salud. Mira en dirección a su madre.

* * *

Roni conduce. Él mira los dibujos de Neta. Al salir les han dado el álbum con

los trabajos que el niño ha efectuado en el transcurso del año en la guardería, ordenados cronológicamente. Qué bonitos. Qué bonitos. Está sinceramente encantado. Se ve cómo progresa en cada dibujo. ¡Y el colorido, estupendo! ¿Cómo sabes con qué color tienes que pintar?

Hay colores que quedan bien juntos, otros no.

¿Os lo enseña la maestra?

No.

¿Entonces, quién?

Nadie. Lo noto yo solo cuando un color va bien con otro.

Uno de los últimos dibujos lleva por título: Mi familia. ¿Has visto este? Le dice a Roni. Sí. Es de cuando no estabas, dice ella.

En la familia que Neta ha dibujado hay un padre y una madre en el centro y dos niños a los lados. Un niño a cada lado.

¿Qué familia es la que has dibujado?, le pregunta a Neta con cautela para no psicologizarlo demasiado. Nuestra familia, dice el niño, con seguridad. ¿Y quién es el otro niño? Intenta averiguar. Neta guarda silencio. Abre y cierra la ventanilla con el botón eléctrico. ¿Un hermano tuyo? ¿Te hubiera gustado tener un hermano? Intenta Dori. No, dice Neta, es Neta. ¿Tú? Sí, yo. Pero también eres tú a la derecha de mamá, ¿no? También es Neta, responde de nuevo. ¿Y por qué hace falta otro Neta?, pregunta Dori. No sé, ¿puedo tomar otra nube, papá?

Lo que diga mamá, dice Dori.

Lo que diga papá, dice Roni.

En casa descubren que Dori ha apretado el botón equivocado de la videocámara y ha interrumpido la grabación, así que no sale el momento de la entrega de las notas, cosa que enloquece a Roni y a él lo deja indiferente. Qué importa, le dice a ella, de todos modos está grabado a fuego en nuestra memoria, y ella emite un largo suspiro, falto de amor, como el que la madre de ella hace con su padre, y le dice, déjalo, no lo entiendes, ya no nos entendemos entre nosotros.

Inbar

Por fin han encontrado a su abuela en un café de la calle Florentin, detrás de

unos cristales demasiado limpios. De esos que por error puedes no ver e ir de cabeza contra él. Está sentada en una mesa que da a la calle. Ilumina sus arrugas una vela colocada en el centro. En la mesa hay una taza que desprende vapor y una tarta que parece de queso.

Manda un sms para tranquilizar a todos: he encontrado a la abuela. En un café. Tiene muy buen aspecto. Me siento un rato con ella y la devuelvo a casa.

Se seca las lágrimas con la manga y luego entra.

Mi pájaro de fuego, su abuela se vuelve hacia ella, ¿cómo has sabido que estaba aquí?

No lo sabía. Estábamos buscándote. Estábamos preocupados por ti.

¿Por qué os tenéis que preocupar por mí? ¿Los soldados están luchando en el Líbano y vosotros os preocupáis por mí? No puedo escuchar más a ese Nasrallah. A ese hijo de mala madre. Así que salí a tomar el aire. Vaya ciudad maravillosa que tenéis. Fea que ni hecha por encargo, pero interesante. Siéntate un poco, Inbarita. Por qué te has quedado de pie. No es bueno que el ser humano beba solo.

Se sienta.

Te presento a Julia, dice, señalando con la mano a la camarera. Una chica encantadora. Emigró de Bielorrusia a los siete años. Estudia psicología en la universidad. Quiere especializarse como asesora conyugal. Ella misma se paga los estudios. Tienes que probar la tarta de queso, Inbarita. Está riquísima. ¿Pido una para ti?

No, gracias, dice Inbar. No como pasteles a esta hora.

¿Otra vez esa bobada de la dieta? Inbarita, tienes un cuerpo espléndido. Como debe ser el cuerpo femenino. Tan solo a los homosexistas no les gusta una mujer así. Por eso diseñan unos trajes imposibles de llevar.

Tal vez tome un chocolate, le dice Inbar a la camarera. Dos tercios de agua y uno de leche. Y cuando esta se ha alejado un poco, regaña amorosamente a su abuela: abuelita, no puedes salir de casa sin decírselo a nadie. Hemos estado a punto de llamar a la policía.

Bueno, tienes razón. Su abuela clava el tenedor en la tarta. Pero una persona necesita cambiar de aires de vez en cuando, ¿no? Aunque sea vieja.

Llega el chocolate. Se lo toma mientras observa a su abuela. Y entonces, como en una ilusión óptica en la que se pueden ver dos imágenes a la vez, una vieja y otra joven según cuál enfoquemos, de pronto ve a su abuela a los

veintiún años, en el tren de Varsovia al puerto de Constanza. Agarrada a una maleta pequeña y comprimida. La primera viajera de la familia, sin cuyo esfuerzo de lanzarse a ese viaje, no habría otros viajes. No habría un hogar desde el cual viajar.

¿Y cómo está tu enamorado? Le pregunta su abuela cuando ha terminado de rebañar la última migaja del pastel con la punta del dedo.

¿A quién te refieres? ¿A Eytan? Lo ves cada día, duermes en su casa...

No, no Eytan, qué va. Ese al que escribes desde tu ordenador y que mientras tecleas se te ruboriza la garganta.

* * *

Sorprendida por la capacidad de su abuela de descifrar lo que le ocurre, traga saliva y le habla de Dori. Todo. Dónde se encontraron. Cómo le acompañó en su viaje. Cómo se entrelazaron sus almas. Aún cuando los dos tienen pareja. Y él un hijo. Ella estaba segura que era a causa del viaje. Que solo duraría mientras durase el viaje. Pero por lo visto no es así. Se lo cuenta con todo detalle, incluso el sabor a caramelo de su boca en el aeropuerto Ben Gurión. Es la primera vez que habla de Dori a alguien. Y lo hace más palpable. Y más doloroso.

Su abuela no la interrumpe con preguntas. Escucha. Una levísima sonrisa en los labios.

Y lo más enloquecedor aún no te lo he contado, abuela. Él es nieto de Fima. Es decir, su padre es hijo de Fima. El que estuvo contigo en el barco.

¿Qué Fima?, pregunta su abuela, con la mirada vacía.

Fima, Inbar está sorprendida, bueno, el Fima de tus sueños.

Su abuela balancea la cabeza de un lado para otro.

Fima, el calvo, le suplica casi Inbar. El músico, abuela. El que estaba contigo en el barco.

Angustiada, su abuela se retuerce los dedos, no tiene ni idea de quién le está hablando. Se siente doblegada –como marchita– dentro de ella misma. Así es últimamente, viene y se va, se disculpa. Confusa. Se toca la sien con un dedo. Así es últimamente, viene y se va, repite, como si hubiera olvidado que acaba de decir exactamente lo mismo. Entonces dice, mi padre estaba allí con su gorra de astracán, aún con su gorra era bajo, era bajo y apuesto, mi padre, y yo no salí para verle. Mi padre pasó toda la noche afuera, cerca del

hotel, no estoy segura de que llevara paraguas y, allí, la lluvia no es como la de aquí, allí la lluvia es irritante, y yo no salí...

Después de una pausa tan larga como el exilio, añade con voz temblorosa, tengo cortocircuitos en el cerebro, Inbarita. ¿Y si llevaras a tu abuela a reparar?

Florentin está llena de artesanos. Zapateros. Carpinteros. Vidrieros. Inbar acaricia la mano de su abuela en silencio y piensa: Falta otra tienda con un cartel así: «Restaurador de recuerdos perdidos.»

Llama su madre. Todo el mundo las espera en casa. ¿Cuándo vais a volver?

Enseguida, promete Inbar. Enseguida.

Las mesas del café se llenan de gente con sus recuerdos. Se encienden más velas. De pronto, todo el lugar le parece como una casa en duelo, y las velas, velas funerarias.

La camarera viene a preguntar si «todo va bien». Sí, le responde. A pesar de que no es así.

Su abuela cierra los ojos.

¿Estás cansada, abuela?, le pregunta. ¿Quieres que nos vayamos?

¿Tiene un hijo, ese enamorado tuyo?, le pregunta abriendo los ojos de repente.

Como si de golpe le hubiera vuelto la electricidad.

Sí, responde Inbar. Tiene un hijo. De cuatro años.

¿Y está unido a su hijo? Porque hay hombres que...

Está muy unido a él.

Pues es una lástima para tu corazón. Ese hombre solo es bueno para hacer de carabina, Inbarita.

¿Carabina?

Así se llamaba a la tercera persona que añadían a la casa de una pareja en el kibutz.

¿Qué quieres decir? No lo entiendo.

Que siga contigo, Inbarita, en tus pensamientos. En tu imaginación. En tus sueños. También eso es la vida. No solo lo que ocurre en la realidad, sino lo que podría haber ocurrido.

Pero...

¿Crees, mi pájaro de fuego, que eres tan especial? Mira a tu alrededor, a toda esta gente sentada en el café, ellos también están en otro sitio ahora, con

el pensamiento, con alguien distinto. Al lado de cada pareja que ves junto a la vela, hay una tercera persona que uno de los dos imagina. Que uno de ellos necesita imaginar para seguir ahí sentado. Y esta Tel Aviv vuestra, ¿cómo la podríais soportar si no os imaginaraís siempre otra ciudad, más hermosa? ¿Y nuestro país? Unos judíos apretujados viviendo en un mismo lugar, pero en la cabeza llevan el lugar del que partieron y otro al que desearían huir mañana mismo. Y es una gran suerte que sea únicamente eso lo que tengan en la cabeza, pájaro de fuego, porque solamente así, pensando e imaginando el nomadismo, es posible renunciar a ser errante en la realidad. Y quedarse.

Pero es tan difícil... quedarse, renunciar. Inbar suspira como una abuela.

Quedarse es la verdadera proeza. Y tú, Inbar, no has renunciado de verdad. Es lo que estoy explicándote.

Pero yo no puedo conformarme con lo que me propones, abuela. Imaginar un beso no es como besar. Y yo deseo un beso auténtico. De él. Muchos besos. Lo deseo, abuela. Como nunca he deseado a nadie.

Su abuela guarda silencio.

Los ojos de Inbar se llenan de ira. Por qué esto no funciona nunca por qué por qué por qué lo que ella desea está siempre detrás de rejas por qué por qué por qué cada vez que trata de corregir un error comete otro todavía mayor...

Pide la cuenta. Paga y firma el recibo de la tarjeta de crédito. Aprieta demasiado el bolígrafo y desgarró el papel. Al diablo.

Salen del café y tratan de cruzar la calle. Pasan bicicletas, un *rickshaw*, después coches, después el tiempo.

Escríbele, le dice su abuela.

¿Qué dices?

Escribe a ese hombre tuyo, vamos. Siempre has querido escribir, ¿no?

* * *

En el camino de vuelta a casa, con su abuela del brazo, imagina el correo que le mandará a Dori.

Ya lo tiene todo claro: principio, centro y fin. Incluso escoge una cita agradable: «*De alguna manera tenía que decirte adiós*», le transcribe a Dori de un cuento de Cortázar, cuyos protagonistas son un hombre y una mujer que se comunican entre sí por medio de grafitis que dibujan en las paredes de los edificios de una ciudad, «*y a la vez pedirte que siguieras. Algo tenía que*

dejarte antes de volverme a mi refugio donde ya no había ningún espejo, solamente un hueco para esconderme hasta el fin en la más completa oscuridad, recordando tantas cosas y a veces, así como había imaginado tu vida, imaginando que hacías otros dibujos, que salías por la noche para hacer otros dibujos.»

Y bajo la cita de Cortázar –decide mientras cruzan la calle Salma–, escríbele: *De Inbar, con amor*. Porque si no lo admite ahora, ¿cuándo lo hará?

Y firmará con un punto. (Siempre hay un momento, cree ella, en el que se puede poner el punto.)

Pero por la noche, al abrir el ordenador cuando el caos de refugiados de la guerra en que se ha convertido su casa se calma, descubre que él se le ha adelantado.

Le propone que se vean. Después de la guerra. Para poner juntos un mensaje en el Muro.

Escribe que no consigue dejar de pensar en ella y que tal vez si se ven en persona –una sola cita, no más– eso los ayude a liberarse el uno del otro. Y a terminar finalmente el viaje.

Ella le responde y se detiene un rato antes de pulsar el ratón: la vida y la muerte: la vida y la muerte dependen de un *enviar*.

Podría hacer volver a Nesia de sus viajes y mandarla a *ella* a «poner punto final a su viaje». Que Dori la enloquezca a *ella*. Sí, tranquilamente la puede mandar a ella y no a sí misma de camino a Jerusalén y acompañarla con la imaginación hasta el cartel de Bienvenidos, a la entrada de la ciudad y de allí, pasando por Biniané Haumá, el Palacio de las Naciones, hasta la ciudad vieja. Todo ello sin moverse de la silla. Sin que peligre su corazón herido. Sin embargo, el dedo pulsa: *enviar*. Echa tu pan sobre las aguas. Deja ir a mi pueblo. Envía al pájaro de fuego hacia la libertad.

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: Vernos

Nos vemos a las cinco, después de la guerra. En la puerta de Yaffo. Estaré cerca del vendedor de bagels. Llevaré en la mano un libro de Julio Cortázar.

Mándame tu número de teléfono y yo te mandaré el mío, por si acaso.

Tuya, señorita Inbar.

Inbar y Dori. Epílogo y prólogo

«Allá al fondo está la muerte, pero no tenga miedo. Sujete el reloj con una mano, tome con dos dedos la llave de la cuerda, remóntela suavemente. Ahora se abre otro plazo...»

(«Instrucciones para dar cuerda a un reloj.» *Historias de cronopios y famas*, Julio Cortázar)

Inbar

Cuando era adolescente jugaba ella sola al juego de «¿En qué curva del camino de Shaar Hagai aparecerá el letrero «Bienvenidos a Jerusalén?»», y cada vez perdía, siempre se adelantaba en una o dos curvas. Entretanto, han añadido un semáforo en los jardines Sajarov y hay un nuevo intercambiador que a la derecha conduce directamente a la colina francesa, pero ella sigue derecho, apuesta por el desvío inmediato después del semáforo y se vuelve a equivocar porque, antes de llegar al cartel de bienvenidos, hay que tomar otro desvío. Una vez, su cumpleaños cayó en un raro día de nieve en noviembre y todas las letras del cartel estaban pintadas de blanco. Ahora es verano, pero el aire que entra por la ventana es fresco y los semáforos de Biniané Haumá están en onda verde en su honor, y en la radio hablan de la oveja Lilush que regresó a su casa en el kibutz Misgav Am después de cruzar la frontera el primer día de la guerra. Ya creía que no la volvería a ver nunca más, dice Nejama, su pastora, y luego informan de la cosecha de las manzanas que empieza en el kibutz Manara, de la salida gradual de las tropas y de las colas para los pasaportes en la embajada de Polonia...

¿Habrá un parking en la puerta de Yafo? Se pregunta Inbar y, como si escuchara su pregunta –en la misma frecuencia privada que siente que están utilizando los dos desde que han vuelto–, Dori telefona –su voz, es su voz– y pregunta si necesita ayuda para orientarse, y ella responde, un poco, intenta no sonar demasiado emocionada, total solo van a ir juntos a dejar un papel en el Muro, eso es todo, sé cómo llegar pero no recuerdo dónde se aparca, dice, y él explica –cómo se nota que es profesor–: toma a la izquierda por Rehavia y después que pases frente a Terra Sancta y el parque de la Independencia, sigue recto el semáforo en dirección a la muralla y encontrarás un parking de pago a la izquierda, y ella dice estupendo, y no le dice te añoro, y no le explica, ayer me separé de Eytan. Si te lías, llámame, le dice él, ya estoy en la puerta, y ella dice gracias y piensa por qué gracias, desnúdate., y conduce siguiendo las instrucciones que él le ha dado, aparca y sale del parking

trepando una escaleras, cruza un puente sobre un río de coches, y ya lo ve, al lado del vendedor de bagels, con unos tejanos y una camiseta roja, con un nuevo corte de pelo, la saluda agitando la mano y ella se aguanta para no salir corriendo hacia él, nada de correr, estamos aquí para liberarnos el uno del otro de *verdad*, eso es lo que él ha escrito, así que avanza a paso normal, como liberador, como liberado, aunque los dedos de los pies se alargan hacia él dentro de los zapatos, va, adelante, grita el dedo gordo, unos metros más...

Se dan un corto abrazo, frustrante, y ella piensa: Esto no es Neuland, aquí la gente lo conoce, esa es la causa de este abrazo y con una voz demasiado alegre dice ¡te has cortado el pelo!, alarga una mano audaz –por qué tiene que ser siempre ella la audaz– a la cabeza de él, que dice sí, y ella dice te queda bien, y a él se le ruboriza la nuez de Adán y dice, a ti también... es decir... es el gorro que llevabas cuando... o sea... tú también tienes buen aspecto, y ella tira de la blusa hacia abajo para ofrecer un buen escote y dice sí, es gracias a Jerusalén, y él dice hace un buen día, durante la guerra no había ni un aliento de aire y hoy hacia las cuatro ha empezado a soplar el viento, y ella dice en Tel Aviv todavía hay mucha humedad, pero cuándo hablábamos del tiempo nosotros, allí, no lo mencionamos ni una sola vez, y él pregunta: ¿Vamos? Con una voz algo impaciente, como si tuvieran una misión que cumplir, y tal vez para él este encuentro no sea más que eso, una misión más que llevar a término y tal vez él es así no solo cuando busca a su padre sino siempre, terriblemente concienzudo en llegar hasta el fin. Esta es la Torre de David, dice señalando a la derecha, y ella sí, David, ya sé y a él se le enrojece de nuevo la nuez de Adán y dice claro... es que... a veces guío a grupos, puedo charlar un poco por el camino sobre lo que vamos viendo y así disimulo lo muy emocionado que estoy de verte...

Muy bien, sonrío ella aliviada, adelante...

Y siguen avanzando, de nuevo juegan él el papel de Dori como el conocido profesor de historia Michael Harsegor y ella el de Inbar como el famoso presentador de radio y televisión Alex Ansky, y él le describe el magnífico palacio de David, el barrio armenio, cómo se construyó la muralla y ella escucha más la melodía de su voz que el contenido y de vez en cuando alguna palabra le llega a la consciencia...

Un momento. Él se detiene. No te he preguntado cómo está tu abuela. No muy bien. Mañana la llevaremos a una residencia. Un misil Grad cayó en su casa de Haifa, llevará tiempo reconstruirla, yo no puedo alojarla más tiempo

en Tel Aviv, porque yo misma abandono mi casa. ¿Por qué? Me he separado de Eytan, dice. Y añade, ayer. Él suspira profundamente como si le hubiera anunciado una noticia mala y no buena. Entonces ¿dónde duermes? Entretanto en el sofá del salón, aunque estoy buscando casa, añade un poco turbada porque no tenía la intención de mostrar sus cartas tan rápido y gratis, va, sigamos, aún tenemos que poner un mensaje en el Muro, ¿no?

Y siguen descendiendo hacia la cuenca de los Santos lugares, de donde van y vienen palestinos con camisas descoloridas, turistas de ojos brillantes, monjas con severos hábitos y Jaredíes, judíos ortodoxos temerosos de Dios, de ensortijados tirabuzones, qué bien les va la palabra «temerosos», piensa, y le dan ganas de acariciar a alguno de ellos, por ejemplo a este adolescente que se arrima contra la pared para cederle el paso, y decirle, no temas, muchacho, todo el mundo es un puente angosto, y lo esencial y lo esencial es no temer saltar de cabeza cuando sea necesario...

Ven, desde aquí hay una buena vista, Dori le pone una mano amable en la espalda, el primer contacto, y ella trepa tras él por las escaleras metálicas de puntillas y entre las aspilleras de la muralla se descubre la cúpula dorada de la mezquita de la Roca, el hospital Augusta Victoria, el hotel Hyatt en el que asesinaron al ministro Rehavam Zeevi «Ghandi», seguro que ella lo recuerda, aquí y allí excavaciones arqueológicas, abajo el pueblo árabe de Silwan en el que se podía, antes de la Intifada, entrar en el túnel de Ezequías, o de Siloé, sí, ella también lo ha recorrido, con una linterna, le confirma a Dori. Quién sabe, dice él, quizá nos cruzamos el mismo día sin saberlo, y ella dice puede ser y piensa: Por lo menos entonces estabas libre...

Y él, tal vez porque se ha dado cuenta de que a ella se le ha ensombrecido la mirada, pone la mano con ternura en su cintura, segundo contacto, y dice ¿seguimos? Y vuelven a bajar por las escaleras de hierro hacia el estrecho camino que conduce al Muro y un zapatero, demasiado joven para serlo, los invita con un amplio gesto a entrar en su tienda como si fuera un restaurante de pescado y, cuando se alejan, ella se da cuenta de que conoce de algún sitio a ese joven zapatero, sus ojos, el pelo alborotado, un momento...

¡Jamali!, grita y Dori dice ¿qué dices? Y ella: el zapatero es el muchacho que estaba en Neuland. Dori, estupefacto, ¿cómo?... ¿qué?... y vuelven los dos sobre sus pasos pero el zapatero ya no está, la tienda está cerrada a cal y canto y solo Nesia, imagina ella, está fuera y le dice ha llegado la hora,

llévame contigo, entonces la recoge con todo su corazón y le dice a Dori, vamos a seguir, parece que ha sido fruto de mi imaginación...

Dori se ríe, a ver si tienes el síndrome de Jerusalén, y le cuenta este trastorno: está registrado en los manuales de trastornos psicológicos, dice él, hay personas que al visitar Jerusalén por primera vez enloquecen completamente, empiezan a imaginar que son el Mesías, se les puede ver a veces por las calles del centro de la ciudad haciendo tintinear una taza de plástico, y la verdad es que a pesar de haber nacido aquí puedo comprender ese fenómeno, Jerusalén tiene algo que desborda. Y ella dice no sé, a mí esta ciudad siempre me ha inundado de amor.

Inmediatamente se recrimina a sí misma, Inbar Benvenisti, tranquilízate con todo ese amor, y siguen bajando, el uno cerca del otro, casi se tocan, pero no, y después de la curva...

Ya se divisa el Muro sobre los arbustos secos, grisáceos, surge entre piedras y, a pesar de que ha estado muchas veces, es la primera que consigue imaginarlo como un muro que forma parte de un todo, como el muro de un gran templo, y entonces le pide a Dori que le recuerde cuándo fue exactamente la caída del Segundo Templo y él se la describe mientras descienden por el camino: las numerosas tropas de Tito galopando hacia aquí, sobre sus caballos, con las antorchas, hasta el día de hoy no se han puesto de acuerdo los historiadores sobre si fue Tito el que dio la orden de incendiar el Templo o si uno de los portadores de antorchas lanzó una en el ardor del combate...

Ya han llegado a la entrada del recinto cerrado en todo su perímetro, y tienen que separarse para pasar el control de seguridad, hombres y mujeres aparte...

Qué significa para nosotros separarnos unos momentos, comparado con un mes, piensa ella, sin embargo está impaciente por reunirse de nuevo con él, su control termina antes, así que ella es la que lo espera, y puede observarlo mientras camina a su encuentro y recordar la primera vez que lo vio en la azotea en Tumbes...

Mira, se vuelve a reunir con ella y llama su atención sobre una placa con una cita de Isaías capítulo 56 versículo 7 que dice: «Porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos», ella se extraña un poco, ¿el Templo no era solo para nosotros? Y él dice, esa es la gracia del judaísmo, a veces está abierto al mundo y otras lo contrario, cada vez la balanza se inclina

a un lado o a otro. Por cierto, ¿sabes algo más de tu padre?, pregunta ella, él asiente y dice mi hermana irá a verlo con los niños en las fiestas, les ha mandado los billetes de avión. Le he avisado que no se encontrará con el padre que conoce y me dijo que no le importa, que lo que necesita es oxigenarse un poco después de esta guerra...

¡Oh!, mira qué muchedumbre!, exclama ella.

Están al borde de la explanada del Muro y a sus pies se extiende una alfombra de sombreros amarillos y de sombrillas rojas, racimos de turistas con cámaras y soldados en grupos de a tres.

Could you? Se acerca a Inbar una joven de piel clara para pedirle si puede fotografiarlos, a ella y a su novio. El novio es negro. Negro como el carbón. Se abrazan y se besan a cada instante. Y ella los fotografía y piensa: Seguro que habrán tenido que sortear toda clase de obstáculos para estar juntos. *Thank you*, le dice la joven, ella le devuelve la cámara, y le pregunta a Dori: ¿Siempre hay tanta gente aquí?

Tanta no.

Tal vez a causa del fin de la guerra cada mochuelo ha salido de su olivo.

Podría ser.

Él saca del bolsillo trasero de los tejanos una kipá negra, se la pone en la cabeza y dice: Es del abuelo Fima, y ella: Fima el de los sueños y él sonríe, sí, ella lo acompaña a la entrada del recinto de los hombres y él saca del bolsillo un papelito doblado y dice mira cómo no le ha pasado nada en la lavadora, y ella dice de verdad que es un milagro y pregunta: ¿Has leído lo que hay escrito? Y él se horroriza: ¡Qué dices, es privado! Y ella piensa: Nada que hacer, nada que hacer, es un niño bueno de Jerusalén, y él, como si hubiera captado su repentino despecho le acaricia la mejilla largamente, el tercer contacto, fresco, y dice: El primero que termine espera al otro, ¿vale? Y ella dice claro, sabiendo que, como siempre, será ella la que espere.

Mete el mensaje en el bolsillo y se separa de ella, que se queda unos momentos en la explanada preguntándose adónde dirigirse y finalmente va al espacio reservado a las mujeres a pesar de su insultante tamaño, muy pequeño, observando la cantidad de medias y sombreros; imposible acercarse al Muro por la muchedumbre de mujeres que desean insertar un mensaje en él, bueno, piensa, ya que estás aquí, escribe también algo, pero no tiene pluma, e incluso si la tuviera, ¿a quién dirigiría sus deseos?

Dios no existe, le decía siempre la abuela Lili. Y si existía, murió en el

Holocausto. Entonces, ¿qué hay, abuela? El payaso del destino. ¿Qué es el payaso del destino, abuela? Es un tipo con un sentido del humor muy desarrollado. ¿Cómo es? Lleva una pajarita. ¿De qué color? No lo sé, Inbarita. ¿Por qué me preguntas todas esas cosas hoy?

La joven que antes le ha pedido que la fotografíe con su novio negro, se cruza con ella. *Excuse me*, la persigue para preguntarle si por casualidad tiene una *pen*. Y *paper*. *Thanks*. *Just a minute*, le pide y aspira una buena bocanada de aire de las montañas, bueno para los pulmones, y escribe de golpe y con el corazón a cien...

Al tipo con pajarita.

Escucha. A mí no me gusta tu sentido del humor. No encontré nada divertido en que dejaras morir a mi hermano pequeño. Me llevó cinco años y un viaje salir de esta. Creo que ha llegado el momento de la compensación.

Es así. Exijo que mi abuela no sufra. Que se cure o que muera rápidamente. No dejes que agonice durante años. No se lo merece. Y yo deseo a ese hombre. Sí, el que está ahora en el espacio de los hombres. Se llama Dori Peleg. Le sobresale la nuez de Adán, tiene unas pocas canas, huele muy bien y es un poco tristón, y yo lo amo y no me importa nada que tenga mujer. Deseo que él también me ame, que estemos juntos y que tengamos hijos juntos.

Gracias por tu atención,

Inbar Benvenisti

Dori

Ponte las filacterias, le mandan desde la izquierda, únete a un *minyán* (un grupo de diez personas para rezar), le piden desde la derecha, pero él sigue derecho, hacia el Muro. Otro hombre, con un casco de bicicleta en lugar de kipá, apoya la cabeza contra las piedras como un paracaidista en la guerra de los Seis Días y Dori se coloca a su lado, vuelve a sacar el mensaje del dueño de la tienda de Ecuador y busca una rendija que no esté demasiado atestada. Tres veces trata de meter el papel y cada vez sale despedido a sus manos.

¿Está a tope hoy, verdad? Dice el ciclista, y le propone acercarse a la parte cubierta, acaso allí haya más sitio...

Dori accede, y pasa frente a un grupo de personas rezando alrededor de un muchacho que hace su bar mitzvá, y a otro grupo que reza sin estar alrededor de nadie y un grupo de soldados de Guivati y un grupo de soldados de Golani...

El director de la escuela lo llamó ayer por la noche y le dijo que él regresaba al ejército. Le habían hecho una proposición imposible de rehusar. Desde el punto de vista económico, quería decir. Además, dijo en un tono engreído, hay que solucionar las irregularidades detectadas durante esta guerra porque, en Oriente Medio, el que se muestra débil termina en el mar. ¿Por qué precisamente a él le suelta todos estos clichés? Se sorprende Dori. ¿Por qué este teniente coronel que se cree un rey, ha sentido la necesidad de telefonarle precisamente a él? Hacia el final de la conversación descubre el intrínquilis: el asunto es que me necesitan urgentemente en la comandancia, explica. Y la proposición depende de mi disponibilidad en los próximos meses. Entonces, he pensado que mi sustituto debe proceder del mismo instituto, para acortar el periodo de transición. Habrá un procedimiento formal, ya sabes. La administración lo debe aprobar. Pero no te preocupes. Cuando llegue el momento, ya superaremos este trámite.

No vas a creer lo que me acaban de proponer ahora mismo, le dijo a Roni cuando terminó la conversación. Pero ella no se emocionó en absoluto. ¿Qué diferencia de sueldo hay? Reclamó. Vas a tener más trabajo. Y vas a seguir cobrando poco. Pero es una oportunidad de efectuar cambios auténticos, dijo él casi a gritos. ¡De aplicar aquí, y no en Argentina, todo aquello en lo que creo! Ella se encogió de hombros, abrió su ordenador y se escondió detrás, y él no lo pudo soportar, se acercó a ella, le empujó un poco la pantalla hacia delante y dijo: Dime, ¿qué te pasa desde que he vuelto? ¿Por qué estás así? Y ella dijo no me lo pongas más difícil, Dori, y él dijo, como si fuera su propio padre o Menajem Beguin, ya no puedo más, necesito una respuesta y ella dijo no es un buen momento para una respuesta de este tipo y no estoy segura de que te guste oír mi respuesta., y él dijo la quiero escuchar, y ella con una voz glacial, no soy solo yo la que está así, somos nosotros, y no desde que llegaste, desde mucho antes. Cada uno de nosotros ha tomado un camino distinto en la vida. Y esos caminos son completamente diferentes. Y además nuestro trío, el que formamos con Neta, no funciona realmente. Entonces...

¿qué hacemos?, preguntó él –porque, como siempre, ella se le había adelantado describiendo en voz alta todo cuanto él no conseguía explicarse a sí mismo y, conociéndola, seguro que ya tenía a punto la solución– y ella levantó los ojos congestionados del ordenador y dijo ¿qué hacemos? Lo que todo el mundo hace, y él se arrodilló a su lado y preguntó: ¿Qué hace todo el mundo, Roni? No tengo ni idea, dímelo por favor, te lo ruego, y ella le acarició la cabeza de mala gana y dijo: Otro hijo...

Trata de abrirse camino por la parte más angosta, la inicial, del Muro. Aquí abundan también los deseos y hay que esperar hasta que quede un espacio libre en las piedras. Frente a ellas, en una minúscula alcoba casi invisible entre las columnas, hay unos pocos estudiantes talmudistas sentados en sillas negras de plástico escuchando una clase de Guemará de su rabino, y a pesar de que Dori desea encontrar ya reposo para su mensaje en alguna rendija para regresar con Inbar, sus oídos siempre están dispuestos a aprender, así que se acerca, se apoya en el muro y escucha al joven rabino de ojos atentos leer a sus oyentes, con una melodía llena de sabor, la descripción de la huida de Yohanan ben Zakai de Jerusalén dentro de un ataúd, antes de la destrucción del Templo: «Y lo hicieron salir y lo condujeron, a la puesta del sol, hasta llegar a Vespasiano, el romano, abrieron el ataúd y Vespasiano se acerca y le dice: Eres tú Rabam Yohanan ben Zakai ¿qué quieres que te dé? Y le responde Yohanan, no te pido más que Yavne, donde iré a enseñar a mis discípulos y erigiré una casa de oración.» Y aquí –dice el joven rabino levantando los ojos de la página, y por un momento a Dori le parece que le mira a él– nuestros sabios divergen. Algunos preguntan: ¿Por qué ben Zakai no le pide a Vespasiano Jerusalén? ¿Por qué no aprovecha la oportunidad que se le ofrece para aliviar los sufrimientos de los sitiados? Y otros sostienen: ya que ben Zakai pide Yavne y sus sabios, obtiene el mérito de establecer un nuevo judaísmo que es la raíz del judaísmo de nuestros días. Otros preguntan: ¿Podría ser que ben Zakai huyera demasiado pronto de la ciudad y esta fuera la causa de que antes de su muerte rompiera a llorar y dijera a sus discípulos que no estaba seguro de ser conducido al paraíso o al infierno? Mientras que otros sostienen: ben Zakai sabía por el Espíritu Santo que la devastación de Jerusalén era irremediable, y con la ayuda de Dios instauró en Yavne las bases para la restauración de esta nación tenida por muerta...

Dori se separa del muro porque las palabras le llegan al alma, y camina a lo largo del Muro, va y viene, hasta encontrar un resquicio entre las personas y

entre las piedras para introducir el papel y espera un rato para asegurarse de que el deseo de Jesús, el tendero de Otavalo, no se caiga al suelo, entonces sale del estrecho espacio cubierto hacia el cielo abierto, hacia la luz, y detrás del puesto de kipás de cartón ve a Inbar que le está esperando...

Ella no ve que él la está viendo, mira en otra dirección mientras se acerca un mechón de pelo a la nariz y huele...

¿Cómo es posible enamorarse de una mujer a causa de un único gesto?

Cuando está muy cerca, ella se da la vuelta hacia él, y él pone la mano en la suya, y ella dice la kipá, y él se la quita y la mete en el bolsillo del pantalón, mientras el sol difunde sus últimos rayos sobre el Centro mundial «Fuego de la Torá» y las seis estrellas del Memorial que hay debajo, y ellos siguen su camino hacia afuera, hacia la valla de seguridad de la explanada y, mientras caminan, él separa los dedos para que ella pueda encajarlos entre los suyos y no le importa en absoluto si algún conocido puede verlos, qué importancia tiene ya, y salen de la ciudad vieja atravesando la muralla por la puerta de los Desperdicios, se detienen al borde del barranco, cerca del vendedor de *knafe*. Y permanecen allí largo tiempo. En silencio. Hombro contra hombro.

¿Puedes ver el mar?, le pregunta ella finalmente.

¿Qué mar? Vuelve la cabeza hacia ella.

El mar de Jerusalén, responde estrechándole suavemente la mano.

Vuelve a mirar hacia adelante, primero no entiende de qué le habla, no ve ningún mar, solo un puesto de tambores y un taxi con dos ruedas sobre la acera...

Pero, poco a poco, lo ve...

Empieza a soplar la brisa nocturna sobre el mundo de olas de exilio y de ondas de retorno, olas que se alejan y olas que regresan...

Las olas se van elevando ante sus ojos, como las ondas expansivas de una gran explosión, que van naciendo una tras otra de las profundidades del desierto de Judea, llegan a la cima de las colinas que rodean la ciudad, se rompen cada vez ante sus zapatos y los de Inbar, dejando una fina espuma de posibilidades...

Entonces, se recogen en sí mismos, para empezar de nuevo.

Agradecimientos

La escritura también es un viaje. Que la mayor parte del tiempo realizas solo.

Aunque en este libro, quizás más que nunca, conté con la colaboración de muchas personas que se unieron a mí por un tiempo y me ayudaron generosamente con sus conocimientos.

Gracias a los que participaron en la planificación y realización de las investigaciones en Sudamérica: Yoav Adler, Java Golbert, Yuval Holander, Dorit Morali, Bat Sheva Fisher, Gachi Kramer y Eva Rosenthal.

Agradezco en especial a Enrico Grinberg, que me acompañó personalmente a lo largo del viaje y se convirtió en amigo (y un amigo es el mundo entero).

Gracias a Frank Doheman, Lea Hersher (Berlin Tours) y Keren Prezente por los días en Berlín.

Gracias a Homaya Amar que me abrió las puertas del chamanismo.

Gracias a Micha Odenheimer y a Yshai Levi Binyamini ya que, a través de ellos, me expuse a las actividades benéficas de la ONG israelí Tevel vetsedek.

Gracias a Yoram ben Yehuda, Shmulik Calderón y Yosi Rufeizen, que me abrieron los ojos en todo lo concerniente a la Guerra de Yom Kipur y a la forma en que sigue resonando en las vidas de los soldados que lucharon en ella.

Gracias al Archivo de la Haganá, del que obtuve ayuda con los diarios personales de los inmigrantes ilegales del Tiger Hill. La narración del Tiger Hill, que fue el último de los barcos que llegó a las costas de Israel antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, fue la que inspiró la historia del viaje de Lili a la Tierra de *Isruel*.

Gracias a Pola Barzam, Tal Davidovitch, a la Profesora Galit Hazan-Rokem, Meirav Londres, Hilik Magnus, Tal Nitzan, Amnon Sadovski, Ylanit Frank-Hakim, Franka Cristal, Doron Rachmani y Dalit Richpi-Tor por ayudarme, cada cual en su especialidad.

Gracias a los lectores de las primeras versiones del libro, Shimon Adaf,

Yael Gover, Oshrit Gur, Orit Gidali, Meital Mor, Yoram Meltzer, Moshe Azuz y Lior Sternberg. Sin sus comentarios honestos e inteligentes, no hubiera llegado hasta aquí.

Gracias a Hilla Bloom, la mejor editora que existe.

Y, por último, gracias a Anat, mi amada esposa y compañera del auténtico viaje. El viaje de la vida.

Altneuland, 2008-2011

Título de la edición original: Neuland

Edición en formato digital: febrero de 2017

© Eshkol Nevo, 2011

Publicado gracias al acuerdo con el Translation of Hebrew Literature

© de la traducción, Eulàlia Sariola, 2017

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán, 2017

Todos los derechos reservados

Imagen de la cubierta: © Heather Evans Smith / Trevillion Images

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España).

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-83-5

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.